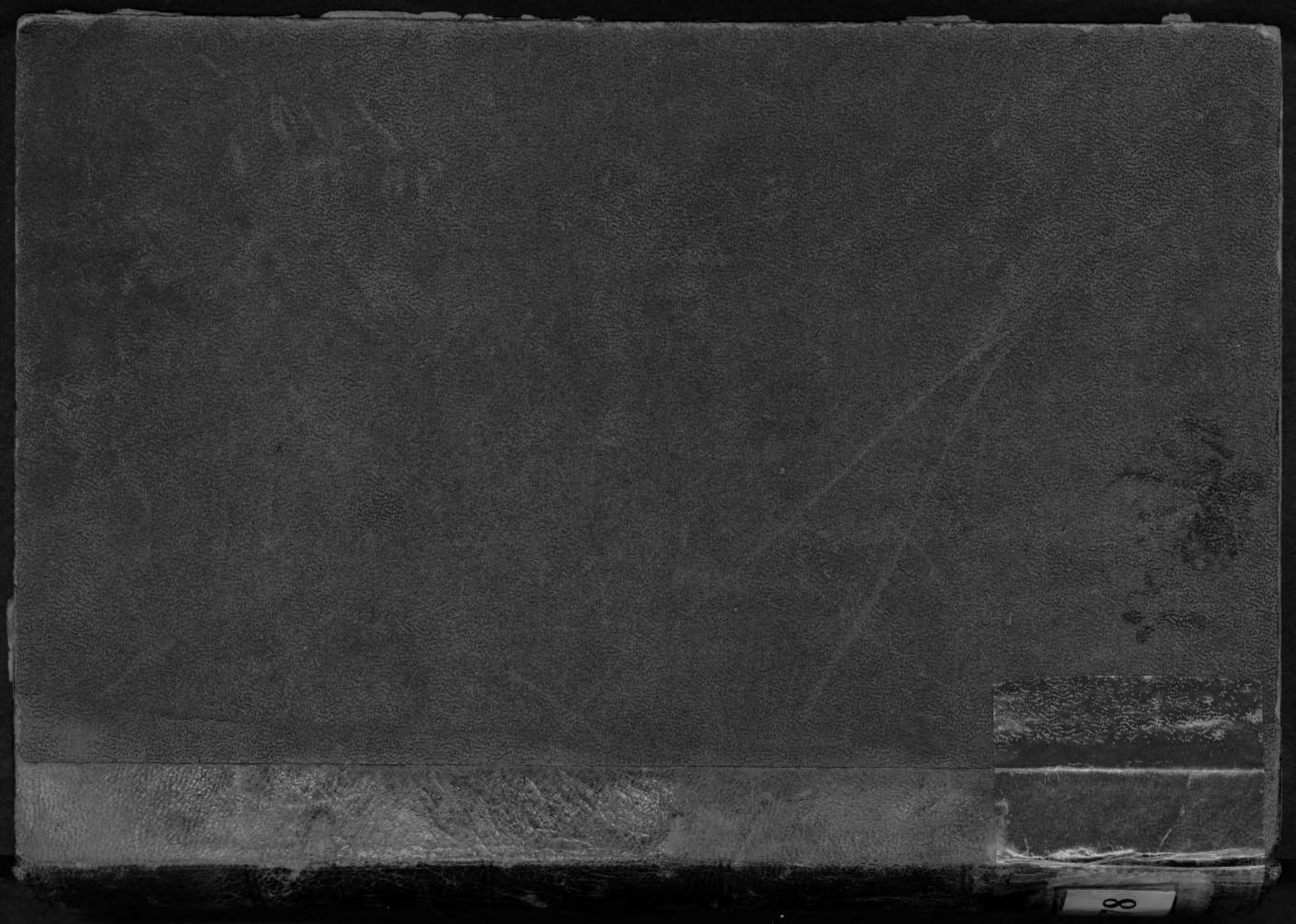


14378

TREINTA AÑOS;

6

LA VIDA DE UN JUGADOR.

TREINTA AÑOS Ó LA VIDA DEL JUGADOR

TREINTA AÑOS;

ó

LA VIDA DE UN JUGADOR.

NOVELA ORIGINAL,

inspirada del drama de su mismo título,

POR

D. MANUEL ANGELON.

BARCELONA:

D. I. LOPEZ BERNAGOSI, CALLE ANCHA, NÚM. 26.

MADRID:
LIBRERÍA ESPAÑOLA,
calle de Relatores, 16.

HABANA:
LIBRERÍA LA ENCICLOPEDIA,
calle O-Reilly, núm. 58.

1862.

Es propiedad del Editor.

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, callejon entre los núm. 21 y 23.—1862.

INTRODUCCION.

EL GOLGOTHA.

Era el año 33 del nacimiento de Jesús, el mas humilde de los Reyes, el mas dulce de los hombres, el Dios verdadero.

Y érase el dia en que iba á cumplirse la mas grande de las profecías, el mas admirable de los sacrificios de amor.

Una turba numerosa, desenfrenada, soez, una turba que proferia voces de muerte, se dirigia, desde el pretorio de Jerusalen, al lugar de las ejecuciones, llamado el Calvario, ó sitio de las calaveras, monte escarpado, fuera las puertas de la ciudad.

La distancia entre ambos puntos era de mil trescientos veinte y un pasos.

El sol brillaba con todo su esplendor en un cielo no empañado por la mas ligera nube.

La turba de los judíos se apresuraba para llegar á la cima de la montaña, donde era contenida por una doble hilera de soldados romanos, comandados por el Centurion Aben Adar.

A la hora de tercia una estraña comitiva desfilaba delante de la ciudadela llamada Antonia.

Marchaba al frente de ella un oficial á caballo, cuya vista estaba echada á perder hasta el punto de que dirigia su corcel poco menos que maquinalmente. Se llamaba Longinos.

En seguida otros cuatro ginetes se abrian paso con harta dificultad entre el gentío, que se esponia á ser atropellado por los caballos á trueque de satisfacer su curiosidad.

En pos de los ginetes, un pregonero iba leyendo en alta voz la sentencia de un hombre, lectura que repetia al volver de cada esquina, preludiándola con un toque agudo, prolongado, lúgubre, de su trompeta.

Luego venian muchos soldados custodiando á dos reos de muerte, Dimas y Gestas, dos ladrones condenados á morir en cruz.

Detrás de los dos bandidos y de los sayones de su custodia, y precedidos por un gallardo jóven que en sus manos conducia un letrero escrito sobre una tabla de madera blanca, que en habla samaritana, griega y latina, decia:

JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS;

marchaban otra porcion de soldados, mas sanguinarios, mas feroces aun que sus compañeros. En medio de ellos caminaba la Víctima espiatoria, regando el camino de su breve vida con sangre, que, al caer, borraba las huellas de los pecados del mundo.

En torno á Jesús la gritería era mucho mas notable, la muchedumbre mas compacta, el desenfreno mas visible. El hijo de Dios sucumbia á menudo bajo el peso de la desmesurada cruz que habian cargado sobre sus hombros, y cada vez que le presentaban de nuevo el altar de aquel incomprensible, sublime, divino holocausto, besaba con amor el mal pulido leño y levantaba al cielo su mirada á través del velo de sangre que la oscurecia.

Durante el camino hasta el Calvario, camino que recorria despacio... muy despacio..., Jesús no encontró compasion en hombre alguno: únicamente unas buenas mujeres le miraron con semblante triste y derramando llanto.

Al cabo de mucho tiempo, y despues de haber caido cinco veces durante el camino, llegó el Redentor á la cumbre del Calvario.

El sitio de las ejecuciones estaba preparado de antemano para recibir tres cruces.

Los judíos rodearon á sus víctimas, y dejando de ser soldados, empezaron á ser verdugos.

Primero libertaron á Jesús del pesado instrumento de su muerte, y en seguida empezaron á desnudarle. Y donde el Señor, conducido brutalmente por los judíos, ponia los piés, allí quedaba un charco de sangre.

La primera vestidura de que le despojaron fué su manto, hecho girones anteriormente por tantas manos infames como se posaron sobre la resignada víctima.

Tras el manto le fué quitado el blanco ropaje que Herodes le habia hecho vestir en señal de befa, calificando de loco al hombre que seria el mas sabio de los filósofos, si no fuera el único verdadero de los dioses.

Luego le despojaron de su túnica de un color rojo oscuro; túnica sin costura, tejida, segun la tradicion, por la Madre del Redentor, túnica que habia empezado á vestir desde sus primeros años y que se conservaba siempre nueva, siempre sin mancha; túnica que habia ensanchado maravillosamente su tamaño á medida que se habian desarrollado las formas del que la vestía; túnica milagrosa, en fin, como todos los objetos que se referian al Hombre de los milagros.

Ultimamente le arrancaron el vestido interior, de lino blanco; y tan cruelmente se verificó esta operacion, que al tirar del vestido pegado á la piel, la piel, ensangrentada, se fué con el vestido.

Jesús pareció á los ojos de la muchedumbre feroz y estúpida de sus asesinos, envuelto simplemente en el cendal de su inocencia, en la aureola de su divinidad.

Y poco despues se tendió sobre la cruz como pudiera en un lecho de nubes.

Sonaron algunos martillazos, crujieron algunos huesos, corrió nuevamente alguna sangre, y el cuerpo de la amorosa víctima fué enarbolado en el infame cadalso.

Entonces redoblaron los insultos de los soldados, las amenazas de los sacerdotes, las imprecaciones de los fariseos, formando un conjunto infernal con las trompetas del templo que anunciaban al pueblo de Jerusalen el inhumano sacrificio.

De pronto, como si un poder sobrenatural hubiera puesto un freno á las insolentes turbas, enmudecieron las trompetas, las imprecaciones, las amenazas y los insultos, sucediéndoles un silencio estra-

absoluto, cual si el mundo hubiera interrumpido sus funciones para que no se perdiera una sola letra de las palabras que iban á ser pronunciadas por unos labios cárdenos, amargados últimamente con hiel y vinagre.

Aquel repentino silencio tenia algo pavoroso: los perpetradores del mas grande de los crímenes temieron oir su sentencia por boca de Jesús. Agitó este sus labios, y todos se dispusieron para escuchar palabras de esterminio y de venganza.

El silencio fué interrumpido por una voz dulce, suave, como únicamente se concibe que hablen los ángeles cuando interceden junto á la Vírgen por los pecadores arrepentidos.

Y aquella voz de un hombre, que, segun espresion de su propio ez, habia perdido su forma humana á fuerza de golpes y martirios, onunció simplemente estas palabras, acompañándolas con una mida de compasion lanzada á sus verdugos:

«*Perdonadles, Padre mio, porque no saben lo que se hacen!...*»

Prosiguieron los martirios, crueles como no los ha inventado nunca mayores la especie humana.

Cada gota de su sangre que se empapaba en la tierra del Calvario, edimia las culpas de toda una generacion; misterio incomprensible nicamente por los ángeles que en torno al leño santo, batian ligeramente sus alas para refrescar el rostro de la víctima, empapado en el sudor de la agonía.

Mientras esto pasaba en la cima del Gólgotha, tenia lugar una escena muy distinta en uno de los recodos de la montaña.

Cuatro soldados, cuatro sayones, se habian apartado del lugar de muerte, llevándose consigo los despojos de la víctima espiatoria.

La misteriosa túnica sin costura llamó su atencion.

Cuatro miradas codiciosas se fijaron en aquella prenda, hácia la cual se tendieron á un mismo tiempo cuatro manos.

La vestidura estuvo á punto de ser desgarrada, porque ninguno queria renunciar á la presa.

Por un momento estuvieron los sayones á punto de venir á las manos. Pero uno de los cuatro, que sin duda no creeria llevar gran ventaja á sus compañeros, dijo:

por semejante friolera? Hagamos de la túnica cuatro partes, y distribuyámoslas buenamente.

Y sacó la espada para dividir aquella misteriosa prenda.

Sus compañeros paralizaron este movimiento, negándose resueltamente á la particion.

—¡Será del mas fuerte!—esclamaron á un tiempo los tres sayones, desnudando los aceros y disponiéndose á empezar una lucha sangrienta.

Entonces el menos espadachin de los cuatro metió su mano dentro de una especie de zurron de cuero, y despues de haber revuelto su contenido, dijo:

—Será del mas afortunado.

Y al mismo tiempo arrojó tres dados encima de la disputada vestidura.

Los ojos de los cuatro sayones lanzaron un mismo rayo de alegría: el demonio del juego habia triunfado del demonio de la sangre.

Acto contínuo se empeñó la partida.

De repente palideció el sol de una manera estraña, y una sombra densa pareció descender del Calvario, envolviendo á Jerusalen y al valle en que la ciudad se asentaba.

Los sayones de nada se apercibieron: tan preocupados les tenia la pasion del juego.

A los pocos momentos la tierra esperimentó una ligera sacudida, cual si la montaña diera síntomas de desplomarse. Las gentes que en número inmenso poblaban el Calvario, se apercibieron de aquella terrible oscilacion, y empezaron á huir despavoridas.

Solamente los jugadores permanecieron impasibles: para ellos no existia otra impresion que la de los dados al rodar sobre la preciosa túnica, ni mas ni menos que sobre un infame tapete verde.

Uno de los muchos hombres que descendian de la montaña se detuvo junto á los sayones, y contemplando la vestimenta, la reconoció por ser de Jesús.

Aquel hombre era Simon de Cyrene, el que habia compartido con el Señor el peso de la cruz sagrada.

Simon habia podido contemplar de cerca á Jesús, y le habia compadecido, como tambien á su Madre.

—Oid—dijo á los soldados con rústica ternura:—en la cima del monte y al pié de la cruz del Nazareno, hay una mujer cuyo dolor se comunica á las mismas piedras, que ya una vez han temblado, dando señales de compadecerla. Esta mujer es la madre del inofensivo jóven que en estos momentos exhala su último suspiro. ¿Comprendeis el dolor de María?

Tres de los sayones miraron á Simon con aire estúpido: el cuarto dijo:

—Y bien... ¿qué?...

—María—prosiguió el cireneo,—no conserva objeto alguno de la admirable pasion de su hijo; y si comprendeis el valor que se da en semejantes casos al objeto mas fútil, el cariño con que esa desconsolada madre besaria esta ensangrentada prenda, la religiosidad con que conservaria esta memoria de la mas dulce de las víctimas inmoladas; en nombre del mas puro y noble de los sentimientos, os pido para María la túnica de Jesús...

Los cuatro sayones contemplaron á Simon con estrañeza, y unánimes soltaron una carcajada.

En el mismo instante rugió el huracan, cual si el infierno hiciera eco á aquella risa impía.

—¡Os lo pido en nombre de vuestras madres, los que las tuviereis! —dijo el de Cyrene.

Este conjuro no produjo resultado alguno, y los dados rodaron otra vez sobre la túnica.

—¡Os lo suplico en el nombre de vuestras esposas!—añadió el anciano.

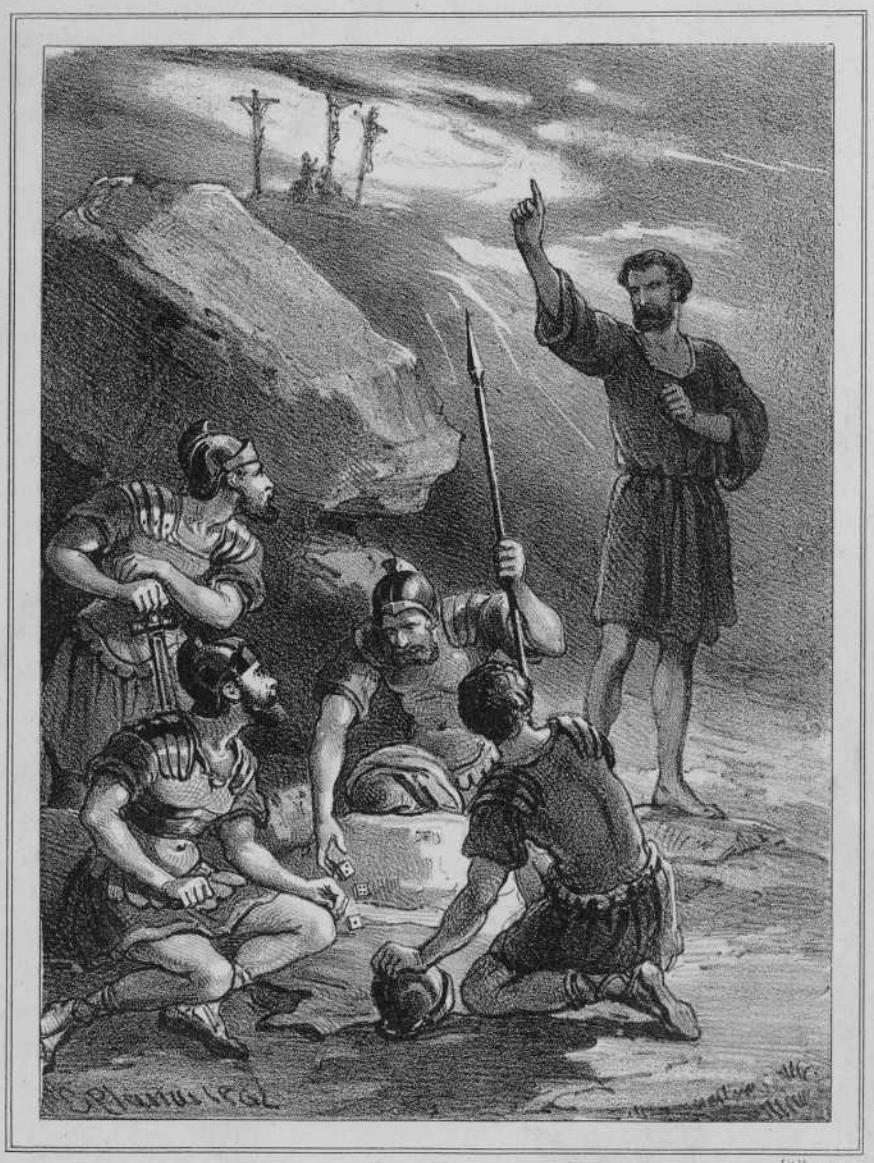
—¿A qué viene hablarnos de nuestras esposas?—murmuró indiferente uno de los soldados.

Simon hizo un esfuerzo para dar á sus palabras toda la espresion de ternura de que se sentia capaz, y para mayor ablandar aquellas empedernidas almas, se postró de rodillas, esclamando:

—¡Os lo imploro por la vida de vuestros hijos!!!...

—¿Qué nos importan nuestros hijos, ni su vida tampoco?—contestó, entre blasfémias, un sayon que jugaba con desgracia.

En aquel mismo punto, el sol se escondió entre nubes y portentosamente brillaron en el cielo la luna y las estrellas.



Lit Vazquez

Anatema sobre vosotros!... ¡anatema! ¡anatema!

El mundo estaba redimido, y el Hijo de Dios habia espirado...

Simon de Cyrene comprendió el significado de aquel desórden de la naturaleza, y se levantó del suelo con altiva dignidad. Quien tan cerca tenia á Jesús, no podia estar de rodillas delante de sus verdugos.

Los cuatro jugadores permanecieron un momento indecisos, teniendo cada uno de ellos agarrado un estremo de la vestidura del Mesías.

Entonces el cyreneo, cuya gigantésca figura se destacaba entre las tinieblas como una evocacion de la tempestad, levantó su voz de suerte que dominaba el rumor del huracan y las conmociones subterráneas del mundo. Y aquella voz pronunció palabras terribles, palabras fatídicas, palabras de desesperacion y de muerte.

—¡Anatema! ¡anatema!—dijo—sobre vosotros, los hombres sin corazon, los hombres dominados por el vicio, los hombres degradados por el juego... En vuestra desenfrenada codicia, no respetasteis ni aun los despojos de vuestra víctima, y mientras el Justo moria bendiciéndoos, negasteis un fácil consuelo á su afligida madre. Insensibles á las advertencias de la misma naturaleza, habeis cerrado los oidos del corazon al que os conjuraba en nombre de vuestras madres, de vuestras esposas, hasta de vuestros hijos...

Los sayones empezaron á temblar, como si el cyreneo repitiese palabras dictadas á su oido por la voz de la tempestad. Al mismo tiempo se repitieron las oscilaciones del Calvario, y se dejó oir á lo lejos un ruido inusitado, estraño, que salia del interior de la ciudad, donde las gentes huian despavoridas, repitiéndose unas á otras con terror, que el velo del templo se habia rasgado maravillosamente por sí solo.

En medio de esta confusion de los elementos, prosiguió Simon diciendo:

—Os hallais entregados al vicio mas horrible que puede apoderarse del corazon humano, y en vuestra ceguedad habeis cometido la mas impía de las profanaciones. Pues bien, en castigo de ese crímen abominable, pasareis, vosotros, los jugadores endurecidos, por los siglos de los siglos, con el sello de la reprobacion impreso en vuestra frente. Las gentes honradas transitarán por vuestro lado, volviendo

con repugnancia la cabeza, y os perseguirá de contínuo con sus maldiciones el número siempre creciente de vuestras víctimas. Fieras por la dureza de vuestros sentimientos, sereis causa de la muerte de vuestros padres, de la deshonra de vuestras esposas, de la desgracia de vuestros hijos. Y para mayor castigo, cuantos conversaren con vosotros se contaminarán con vuestro aliento; cuantos se apoyaren en vosotros, sucumbirán; cuantos tuvieren fe en vosotros, morirán de cuerpo y de alma. Azote de vuestras familias, en todos los tiempos sereis plaga de la sociedad, que un dia os arrojará de su seno por mano del verdugo; y despues de ser los mas despreciados entre los despreciados de la tierra, vuestra mano se deshará como polvo á fuerza de golpear inútilmente las doradas puertas del palacio de los justos; porque el destino del jugador se halla escrito en los calcinados muros del infierno. ¡Anatema sobre vosotros!... ¡anatema! ¡anatema!!...

Los cuatro sayones permanecieron un momento mudos y temblorosos. Los dados cayeron de las manos de uno de ellos, y por un movimiento comun todos miraron el punto del jugador.

—¡Diez y ocho!—esclamó el afortunado. Y alzó del suelo la vestidura, interin sus compañeros desahogaban el coraje blasfemando.

En aquel mismo instante tuvo lugar el cataclismo del mundo.

El Calvario quedó desierto en un momento.

En su cumbre se veian tres cruces con tres cadáveres, y tres vivientes.

María, madre de Jesus, María Magdalena, y el jóven apóstol que el dia anterior se habia quedado dormido en el seno de su Maestro.

En cuanto á los sayones de la túnica, huyeron despavoridos, chocando en su terror con las blancas calaveras, que á millares se alzaron de sus tumbas, para dirigir una mirada suplicante al Redentor de los vivos y de los muertos.

El cyreneo descendió lentamente del monte, pronunciando siempre la misma terrible palabra:

—¡Anatema!... ¡Anatema!... ¡Anatema!!

TREINTA AÑOS;

ó

LA VIDA DE UN JUGADOR.

PRIMERA PARTE.

EL TAHUR.

CAPITULO PRIMERO.

El café de la Fortuna.

Allá por los años de 1790, y en una de las calles que desde la de Alcalá, en Madrid, conducen á la carrera de San Gerónimo, existia una casa de modesta apariencia, cuyo cuarto bajo habia sido destinado á café, quizás desde la época en que la capital de España abrió por primera vez semejantes establecimientos, en provecho de los vagos y mal entretenidos, que tanto abundan en las córtes.

Los cafés de Madrid nunca han tenido fama de ser muy lujosos, pero en el año de 1790, es decir, por aquel tiempo en que los teatros se llamaban corrales y los espectáculos empezaban en ellos á las tres y media de la tarde, café y elegancia eran dos cosas que se rechazaban mutuamente y andaban sin interrupcion á brazo partido.

El establecimiento de que venimos ocupándonos se intitulaba *Café de la fortuna*. Estamos seguros, aunque no tenemos deseo alguno de probarlo, que todos los cafés primitivos se han titulado de la fortuna, como todos los primitivos paradores se han titulado del sol.

La descripcion de la sala, que nos parece sumamente oportuna en este sitio, no molestará ciertamente gran cosa á nuestros lectores.

Abiertas las vidrieras, cuyos cristales, por lo sucios, podian hacer inútiles las cortinillas de algodon ex-encarnado, se encontraba una

piececita bastante mal enladrillada, y cuyas paredes, hasta la altura de un hombre, se hallaban humildemente tapizadas de vieja estera.

En torno á la estera corria un banco, en torno al banco algunas mesas de madera ordinaria, con los piés pintados de verde y el tablero de blanco, y en torno á las mesas algunas sillas, no tan nuevas que no corriera peligro la seguridad personal de quien se sentara en ellas. Las pinturas de las paredes eran bastante pasadas y bastante malas para que hicieran el efecto de que no estuviesen, y del techo, que era abovedado á guisa de prision de la edad media, pendia un quinqué de hoja de lata, con tres mecheros, escasos para desterrar las tinieblas de aquel sitio, sobrados para llenarle de humo pestilencial.

En el fondo habia un mostrador, detrás del mostrador una dama, que era una muestra de fealdad y de bruscos modales; detrás de la dama un armario de cristales para contener lo que no contenia, y encima del armario un reloj que, cuando no carecia de cuerda, andaba como los vehículos de la época, á razon de ocho horas por dia.

Agréguese á esto un fuerte olor alcohólico, y un mozo que con la servilleta al hombro aguardaba, con las narices pegadas á los cristales, servir á unos parroquianos que no venian, y el lector se habrá formado una idea exacta de la fisonomía que presentaba el café de la fortuna.

Sin embargo, para no desperdiciar el mas mínimo detalle, hemos de añadir que en el fondo de la sala y en el espacio que dejaba en descubierto el armario de que antes hemos hecho mencion, se veia una puerta baja y estrecha, que comunicaba con un corredor oscuro, á cuyo término se encontraba lo que por ahora nos es inútil saber.

Con semejante mensaje no es de estrañar que el local, designado pomposamente con el nombre de café, se encontrara desierto la mayor parte de las horas del dia y todas las de la noche.

Pero aquí entra, sin embargo, lo mas estraño: los vecinos del establecimiento, que dejaran de ser vecinos si no hubieran sido chismosos y amigos de inventar, aseguraban que el café de la fortuna era uno de los mas concurridos de Madrid, á juzgar por el gran número de personas que á todas horas acudian, empujando, los cristales de sus inseguras vidrieras.

Esto aseguraba la vecindad, refiriéndose al testimonio de sus sen-

tidos; pero nosotros, refiriéndonos á la verdad del hecho, sostenemos que las mesas del establecimiento apenas bamboleaban de tarde en tarde bajo el peso de algun cesantillo ó retirado, clase mucho menos numerosa que ahora, pero que siempre ha presentado los mismos síntomas de crísis monetaria.

De esta lucha entre la verdad de la concurrencia y la certeza de la soledad, surgió naturalmente un nuevo acceso de curiosidad pública; acordándose en consejo de vecinos que el café de la fortuna permaneceria, de dia y de noche, sujeto á la inspeccion de dos Argos vigilantes, que darian cuenta exacta del movimiento de entradas, salidas y existencia en el salon.

Colocados los vigías en sus puestos y mas atentos que un empleado en telégrafos ópticos, al cabo de tres horas de atalaya se reunieron para comunicarse sus observaciones.

El resultado conforme de aquel cargo y data duplicado, era el siguiente:

Desde las 11 de la mañana hasta igual hora de la noche: Entrados 43.—Salidos 17.—Existencia en la sala del café, ninguno.

¿Dónde, pues, se habian metido los 26 restantes, en el supuesto de que la tierra no se habia abierto para tragarlos?

Este resultado negativo colmó la curiosidad pública, que mal avenida con semejante calificativo, optó por llamar alarma al sentimiento de chismografía, típico de todas las tertulias de vecindad.

En cumplimiento de un deber, que se calificó de sagrado, una comision de calle, presidida por el comerciante de ultramarinos de la esquina, y compuesta de una naranjera, un maragato, y un revendedor de trastos inservibles y prendas de sospechoso orígen, se trasladó á la celaduría del barrio, para dar cuenta de las observaciones verificadas, y quizás de las no verificadas tambien.

El celador se encogió de hombros, y dijo por toda respuesta:

—No sé que decir á Vds.: esas no son incumbencias mias... Acudan Vds. al comisario...

La comision no sabia como esplicarse aquella manifiesta indiferencia; pero la chismografía de vecindad no desiste tan fácilmente de sus empeños, y una hora despues el comisario del distrito se hacia cargo de las deposiciones ofensionales de los cuatro diputados.

El jefe de policía arrugó el entrecejo y permaneció un momento silencioso. Los vecinos del café de la fortuna creyeron buenamente haber acertado el golpe, y discurrian de antemano la fórmula con que darian cuenta del triunfo á sus comitentes.

Levantó la cabeza el comisario y el especiero se inclinó hasta el suelo, haciéndose todo él oidos para no perder una sola de las palabras que iban á salir de aquellos labios, devolviendo la calma y la tranquilidad y el aprovechamiento del tiempo á todos los vecinos de una calle puesta en verdadera combustion.

—¿Qué consejo nos da V., señor comisario?—dijo melosamente la presidencia.

—Digan Vds.:—contestó el funcionario público.—¿han tenido Vds. noticia de que en el interior del café susodicho haya acontecido alguna vez muerte ó robo, ó delito punible por la ley?

El trapero consultó con una mirada al maragato, este á la naranjera, la naranjera al de los ultramarinos, y unánimes hicieron un movimiento negativo con la cabeza.

—En tal caso,—prosiguió el comisario,—lo mejor que pueden Vds. hacer es desistir de unas denuncias que pueden comprometerles, y no meterse en asuntos agenos que no les importan á Vds.

Fué tal la impresion que esta respuesta causó á los mensajeros, que por de pronto ninguno atinó con la puerta; por mas que el comisario se la estaba señalando con un movimiento muy significativo. Mas en seguida, roto el encanto, oyéronse cuatro esclamaciones, y los mensajeros salieron precipitadamente á la calle, como si recelasen que iba á desplomarse aquella casa en que un comisario de policía habia cometido tan inaudito atentado.

Llegada la noche se formaron corrillos en las tiendas de los cuatro diputados, celebráronse reuniones magnas en que no faltaron ciertamente oradores que, como siempre, aprovecharon aquella ocasion para insolentarse con media docena de enemigos personales; y de comun acuerdo se declaró, que pues en Francia habia aparecido una clase de gente que habia hecho una revolucion sangrienta, cuya clase de gente era desconocida de los franceses antes de la convocacion de los Estados generales; debia ser considerado sospechoso todo lugar acer-

ca del cual no se tuvieran ámplias esplicaciones, y en consecuencia el café de la fortuna quedaba colocado fuera de la ley.

Veamos, á todo esto, que es lo que pasaba en el interior de aquel establecimiento que tan poderosamente llamaba la atencion pública.

Serian las cuatro de la tarde de un dia de invierno frio y nebuloso, uno de esos dias tan frecuentes en la coronada villa durante ocho meses del año, y que únicamente debieran descontarse de la vida de los hombres que tienen en casa chimenea á la francesa, y para salir de casa carruaje acolchado y tiro de yeguas normandas.

El mozo del café de la fortuna proseguia en su tranquila ocupacion, consistente en trazar toda suerte de líneas y letras en los cristales glaseados por el agua helada, cuando saltó el pestillo de las vidrieras, y entró en el establecimiento un arrogante mozo embozado en una capa corta, que sin cumplido alguno sacudió apenas vióse bajo techado, promoviendo una lluvia artificial en la casa.

La aparicion de este personaje no produjo por de pronto alteracion alguna en el interior del café: el mozo no desamparó los cristales, y la dama del mostrador apenas se dignó estender la mano cogiendo un estremo de la cortina que ocultaba la puerta inmediata, estremo que dejó caer de nuevo cuando se apercibió de que el recien llegado tomaba asiento junto á una mesa y pedia café, al mismo tiempo que, con ayuda de una navajilla, picaba un trozo de tabaco, negro y en forma de cuerda, menjurge nauseabundo cuyo color, olor y sabor competian en lo detestable. El recien llegado era hombre de unos cuarenta años mal empleados, y ni en su fisonomía, ni en su traje, ni en sus modales, ofrecia cosa alguna digna de llamar la atencion, necesitándose poseer una mirada muy penetrante para leer á través de su frente elevada y aun no surcada por la primera arruga, la formacion de ruines pensamientos é interesadas cábalas de mal género.

No era ciertamente desconocido el personaje en el establecimiento, pues mientras se le servia por el mozo la pócima pedida, desarrugó la dama del mostrador su habitual ceño y entabló con él un breve diálogo en estos términos:

—¿No pasa V. adelante, D. Jacinto?...

—Mas tarde, tia Ambrosia,—respondió el interpelado.

—¿Aguarda V. á algun caballo?... preguntó la marimacho con gran retintin.

—Sí, señora; potro.

—¿Blanco?

—Como un copo de nieve.

La dama del mostrador sonrió de una manera estraña y guiñó el ojo poniéndose aun mas fea de lo que por naturaleza era, que es cuanto podamos ponderar.

Pocos momentos despues entraba en el café un nuevo personaje.

Era éste jóven de unos veinte y cinco años, alto, bien formado, de gallarda presencia, y en sus ojos brillaba la llama del ardimiento y de la fe, esa circunstancia especial, típica, inseparable de 25 años de edad. Su semblante hubiera sido hasta bello, si sus labios hubiesen sido algo menos delgados, siendo notables ciertos movimientos de su rostro que, juntando sus cejas hasta formar una sola línea negra encima de los ojos, endurecia de una manera particular la espresion, naturalmente dulce, de su semblante.

Vestia á la última moda de aquella época, con pantalon de punto color de ceniza, bota de charol alta hasta la rodilla, de la cual pendia una pequeña borla de seda negra, chaleco de piqué blanco, por debajo del cual asomaban los colgantes de dos relojes, camisa de rica tela de Holanda en cuyo pecho resaltaban dos gruesos brillantes, casacon de finísimo paño azul festoneado con un estrecho bordado de seda negra, corbata de raso, y por encima de esas prendas una capa á la airosa manera española, rematando el conjunto un enorme sombrero apuntado, complemento ridículo de un traje que nada tenia de esto.

Nos detenemos tanto en estos pormenores, porque ni uno de ellos se escapó á la perspicaz mirada de la tia Ambrosia, que dirigió al llamado D. Jacinto una como envidiosa mirada.

El apuesto mancebo se llamaba Jorge y era hijo primogénito de D. Teodoro Gomez, uno de los mas ricos y bien reputados banqueros que hubo en la corte.

Cuando el jóven entró en el café de la fortuna saludó cortesmente á la dama del mostrador y al parroquiano de la mesa, que se apresuró á devolver aquel saludo, deshaciéndose en cumplidos con el man-

cebo, brindándole con el mejor sitio, y enterándose de su salud con un afecto tan particular, que no parecia sino el hermano mayor del recien llegado. Este, por su parte, parecia encontrarse estraño y mal hallado en aquel sitio, cual si la atmósfera que en él se respiraba hubiera sido insuficiente para alimentar su pulmon, ó quizás como si temiera que el vetusto edificio se desplomara sobre sus habitantes.

En una palabra, se encontraba mal en aquel café, donde sin duda entraba por la primera vez.

Pero es sabido que hasta los presos acaban por vivir tranquilos dentro de su calabozo, y al fin y al cabo no se necesitaba tanta resignacion como esta para tomar una taza de café en el de la fortuna.

A los pocos minutos Jorge y D. Jacinto platicaban sabrosamente y como dos íntimos compañeros.

—Con que, amigo mio,—decia el parroquiano de la señora Ambrosia,—hoy ha cumplido V. 25 años...

—Precisamente: hoy á las diez en punto de esta mañana.

—¡Hermosa edad!... Fuera trabas, fuera dependencias... libertad completa para todo: el presente embellecido por la fortuna y el porvenir sonriéndole á mandíbulas batientes.

—No crea V. que yo aguardaba este dia con menos impaciencia: estaba tan harto de sermones y de patria potestad...

—Su padre de V. es amigo del principio de autoridad en la familia?... No le sorprenda á V.: es la debilidad de todos los padres.

—El mio es bueno, cariñoso, honrado como el primero; pero á fuerza de bondad, cariño y honradez me tenia sitiado por hambre cual pudiera el mas encarnizado enemigo. Estoy seguro de que si en su mano hubiera estado retardar el dia de hoy durante unos cuantos años, lo habria efectuado de este modo, sin el mas mínimo remordimiento. Y todo por que tal dia como hoy debia ponérseme en posesion del patrimonio de mi difunta madre.

—Es muy natural: los viejos son poco aficionados á desprenderse de los bienes agenos: á fuerza de cuidarlos para otro, llegan á formarse la ilusion de que los cuidan para sí.

—No lo crea V., no es mi padre curador de esta naturaleza: su único temor era, que una vez en mis manos el caudal de mi madre, lo disipara alegremente en lo que llama la edad provecta tonterías y

liviandades. De suerte que cuando, insiguiendo el consejo de usted, he suplicado al escribano se hiciese cargo del capital y lo emplease en provecho mio por un plazo fijo, sin retirar en el acto ni una sola onza de oro, mi padre se ha entusiasmado hasta el punto de darme un beso de amor y dos mil reales.

Y Jorge sacó del bolsillo de su chaleco seis onzas y un doblon de á 80 asomando á sus labios una sonrisa, no de satisfaccion, sino de desprecio.

—¡Qué miseria!...—dijo D. Jacinto.—Cien pesos cuando se prometia V. montes de oro para este dia.

—Permítame V. advertirle, que si he seguido tan generosa conducta, ha sido cumpliendo las indicaciones de V. y en la seguridad, que me dió de proporcionarme dinero en abundancia bajo la garantía de mi firma.

—Es muy cierto, y no crea V. que me retracto del compromiso; pero antes se hace preciso que V. ratifique su voluntad, no sea que creyera sorpresa de mal género lo que es puro resultado de mi afecto. Ayer podia V. faltar impunemente á su palabra; era V. menor de edad, y nulo, por consecuencia, todo contrato con V. celebrado; pero hoy la razon debe presidir en todos los actos de V. y calcular que cosa le trae á V. mas cuenta: si renunciar á los placeres de que hasta ahora ha rodeado V. su existencia, ó aumentar el número de sus goces abriendo una pequeña brecha al patrimonio de su madre.

—Renunciar á los placeres.. ¿Cree V. que hay en Castilla mayorazgo alguno que renuncie buenamente á ellos, disponiendo de su capital tan libremente como yo puedo disponer del de mi madre? Don Jacinto, menos chanzas y dé V. cuenta de su cometido.

—Muy fácilmente: del balance practicado hasta hoy dia de la fecha, resulta que V. es deudor, por diversos conceptos, de la cantidad de ochenta y seis mil reales...

—¡Ochenta y seis mil reales!... ¿Cuándo he recibido yo ni la mitad de esta suma?...

—V. lo sabrá que ha firmado los pagarés, amigo mio: yo digo lo que he visto.

—¡Ochenta y seis mil reales! En un año...—murmuró sombriamente Jorge.

—¿Se ha asustado V.?...—preguntó con ironía D. Jacinto.

Jorge arrugó el entrecejo de aquella manera particular que daba á su rostro una espresion tan terrible, y dijo:

—Yo no he de asustarme ni aun el dia en que cambie el último doblon de la caja de mis padres. Pero me irrita que un usurero estafa abuse hasta tal punto de mis necesidades.

—Es de irritar, con efecto, y yo que usted trataria de darle una leccion que le llegase al alma.

—¿De qué manera?

—Negándose á admitir estos veinte mil reales que para V. me ha entregado.

Y el demonio tentador hizo brillar á los ojos del jóven un saquito lleno de monedas de oro. La vista del codiciado metal desarrugó el ceño de Jorge, que tendió hácia el saquito una mano crispada.

—Poco á poco;—prosiguió D. Jacinto.—La amistad que á V. profeso, me obliga á enterarle de algunas circunstancias... de ciertas exigencias...

—¡El dinero!—esclamó Jorge volviendo á fruncir el ceño.

—Ese hombre tiene varias pretensiones, que en conciencia...

Salió la palabra conciencia de una manera tan vergonzante de los labios de D. Jacinto, que su jóven interlocutor no pudo menos de estallar en una ruidosa carcajada.

—Descargue V., descargue V. esa conciencia atribulada.

—Figúrese V. que ante todo pretende reasumir en uno solo los varios pagarés que de usted tiene.

—Es muy justo: el hombre quiere asegurar el cobro destruyendo las pruebas que le acusan de entrar en tratos usurarios con menores de edad. ¿Y qué mas?

—Pretende asimismo que, reuniendo los veinte mil reales de ahora á los ochenta y seis mil de antes, le firme V. un pagaré á plazo de seis meses, por la cantidad de ciento veinte mil reales.

—¡Habrá judío! catorce mil reales por premio de veinte mil, durante seis meses...

—Es un abuso.

—¡Es una infamia! dirá usted mejor.

—De suerte que le devuelvo su dinero, y tambien este pagaré sin firma que ha tenido la avilantez de entregarme.

Y alargando un pagaré al jóven, le dijo:

—Hágame el obsequio de romperle V. mismo, para tener el gusto de contar á ese viejo usurero el caso que hace V. de sus proposiciones.

Jorge leyó el pagaré y arrojó una mirada al saquillo de oro.

La verdad es—dijo algo menos altanero—que tengo algunas cuentecitas pendientes que he de cubrir de un modó ú otro; piquillos insignificantes, que por esta misma razon no debe desatender un caballero. Ya sabe V. lo insolentes que están de algunos dias á esta parte los criados de la fonda; el sastre me persigue como á un estudiante en fin de curso, y Curra está á cada paso mas exigente...

—Ello, sin embargo, es una infamia... V. lo ha dicho.

—Pero es una infamia que por el pronto me saca del apuro. Las acciones del hombre casi siempre son hijas de las circunstancias... A ver ¡mozo! un tintero...

Trajéronselo á D. Jorge, y mientras este escribia aquel contrato inícuo, D. Jacinto le dirigió una mirada furtiva, que equivalia á: —¡infeliz!...—es decir: ¡imbécil!...

A todo esto, nadie habia hecho caso de otro personaje que entrara en escena.

Era el recien llegado jóven de unos treinta años, aunque á primera vista representaba muchos mas, gracias á una prematura calvicie, que aumentaba la estension de su frente, de suyo alta y despejada. Su semblante debió ser bien parecido en otro tiempo, y aun cuando parezca estraño que digamos *otro tiempo* refiriéndonos á un jóven de treinta años; sin embargo, no debe echarse en olvido que las pasiones imprimen en el rostro un sello mucho mas visible que el de los años.

La vida de este hombre parecia concentrada en su mirada, sombría, misteriosa, salida de unos ojos negros, hundidos, velados por dos cejas espesas, cerdosas, blanqueadas de antemano por algunas ebras de plata. El color de su semblante tenia un tinte lívido, cadavérico, un tinte parecido al que tendria el rostro de un hombre detrás de cuya piel no circulara sangre.

El nuevo parroquiano habia entrado en el café poco despues que Jorge, á quien no perdia de vista un momento, aun cuando, al parecer, se hallaba vivamente preocupado en aspirar el aroma de una amarga pócima que el mozo le habia servido.

De suerte que mientras Jorge suscribia el pagaré, se hallaba bajo la doble fascinacion de cuatro ojos, mas perspicaces y malignos que los de un águila al cernerse sobre su presa.

—Ea,—dijo el jóven despues de haber echado encima del papel un garabato—toma y daca: venga el dinero y recoja V. el documento de ese perro judío, á quien el Santo Oficio debia tostar para escarmiento de pícaros.

D. Jacinto recibió la obligacion y entregó el oro: Jorge empezó á hacer varios montoncitos con las monedas, á cada uno de los cuales dió acto contínuo su destino.

—Al chalan por la yegua que rebenté camino de Aranjuez, cuatro mil reales.

—Al joyero por la sortija que compró Currilla, mil y quinientos.

—A la fonda nueva por comidas y cenas, item mas la bajilla rota el último dia de corrida, dos mil doscientos reales.

—Al marquesito del Clavel por una deuda de honor, tres mil reales.

Cuando el nuevo parroquiano oyó las palabras *deuda de honor*, sonrió como se concibe que deberian hacerlo los gatos cuando juegan con el raton que están seguros de atrapar al primer zarpazo.

El jóven Gomez continuó haciendo montoncitos de oro, pero las monedas se acabaron mucho antes de agotarse el catálogo de las atenciones pendientes, lo cual puso de un humor pésimo al autor de aquel balance, que ponia de manifiesto la vida íntima de un calavera precoz, tipo harto frecuente, por desgracia, en la corte de España y en todas las de Europa.

—D. Jacinto,—dijo con acento muy decidido—necesito mas dinero.

—Es una desgracia;—contestó el interpelado—pero nuestro proveedor me ha manifestado que se desprendia de su último doblon para juntar los veinte mil reales que V. ha recibido.

—Ya sabe V. que yo no escaseo los sacrificios...

—Ni nuestro hombre escasea su dinero, cuando lo tiene.

D. Jorge apoyó la cabeza en la palma de la mano izquierda, y con la derecha empezó á golpear la mesa dando visibles muestras de impaciencia.

—Si ese judío no tiene dinero, V. conocerá israelitas, que lo tengan. En una palabra, yo lo necesito.

D. Jacinto pareció reflexionar un momento, y dijo en seguida:

—Por de pronto, solo se me ocurre un medio.

—Aunque sea yendo á buscarlo al infierno. Todos mis acreedores han aguardado hasta hoy, fiados en mi palabra de que serian satisfechos el dia en que fuese yo declarado mayor de edad. Si hoy no les pago, como no puedo pagarlos, gracias al consejo de V., mañana tirará el diablo de la manta.

—Es muy fácil.

—Es seguro. Con que ya lo sabe V. ¿Dónde hay dinero?

D. Jacinto se aproximó al oido del jóven, y pronunció esta sola palabra:

—Aquí.

Jorge se estremeció como si á sus plantas se hubiera abierto un abismo en cuyo fondo se descubriese un tesoro. Mas él lo habia dicho: por dinero bajaria al infierno; cuanto mas á un abismo.

—Con el dinero que V. posee y un poco de suerte—prosiguió con gran misterio D. Jacinto—puede V., sin salir de esta casa, triplicar su caudal.

—¡El juego!... murmuró sordamente Jorge.

—En el juego, amigo mio, no se pagan, cuando menos, intereses de doscientos por ciento.

El jóven reflexionó un momento; despues recogió su dinero, se puso en pié, y dijo:

—Me acomoda: al fin y al cabo es una pelea sin cuartel en que el vencedor no tiene obligacion de ser generoso con el vencido. Verdad es que la desgracia me persigue de mucho tiempo á esta parte...

—La desgracia, jóven, es una querida caprichosa, que cambia muy á menudo de amante.

—Lo creo... pero, confieso mi debilidad, las emociones del juego me fatigan, me perjudican.

—Caballerito, los mas reputados cirujanos han sentido disgusto y

nauseas la primera vez que han hundido su bisturí en un cadáver. Mas, V. comprenderá que mi proposicion no es puñalada de pícaro. Entre jugar y no hacerlo, obte V. por lo que mas crea convenirle.

—Eche V. para delante, compañero: al fin y al cabo, V. tiene razon: en el juego gana el que tiene suerte y pierde el que tiene desgracia; y salga lo que saliere, no se pagan intereses de doscientos por ciento.

La tia Ambrosia hizo una mueca ridícula al oir esta tésis de todos los jugadores cándidos, que no han llegado aun al conocimiento de aquel refran que dice: de Enero á Enero, el dinero es del banquero. Tomó D. Jacinto la direccion de la puertecita abierta junto al mostrador, y desapareció detrás de la grasienta cortina, junto con el cándido mancebo que redondeaba su magna operacion de préstamo jugando entre tahures la cantidad recibida.

D. Jacinto tenia razon cuando dijo á la tia Ambrosia, que Jorge era todo un caballo blanco.

Apenas se habian traspuesto Mentor y Telémaco, cuando el estraño personaje que en frente de ellos tomaba café, echó una moneda de á dos reales encima de la mesa y tomando su capa se dirigió al mismo punto que sus dos predecesores. Mas al ir á poner su mano profana en la cortina, cuyo servicio estaba vinculado en la dama del mostrador, estendió esta su brazo, interceptando el paso y diciendo con voz muy agria:

—¿A dónde va V., caballero?

—A donde me da la gana—contestó el interpelado apartando el obstáculo.

—Es que ahí dentro no entra nadie sin mi permiso...—replicó el marimacho interponiéndose entre la puerta y el desconocido.

Pero este cogió del brazo á la tia Ambrosia, y removiéndola por su ancha base, la arrojó sobre su silla, como pudiera hacerlo con un chiquillo mal criado, juntando á su accion la siguiente amable frase:

—¡Arre allá la bruja, y deje en paz á las personas decentes!

Y desapareció á su vez detrás de la cortina, arrojando encima del mostrador un doblon de oro, encargado de justificar ante la dueña de la casa la conducta de aquel ente singular, que tan pocas atenciones dispensaba al bello sexo.

CAPITULO II.

Una tertulia de gente honrada.

D. Jacinto y Jorge, seguidos á pocos pasos de distancia por el atropellador de la tia Ambrosia, recorrieron un estrecho y mal alumbrado pasadizo, á cuyo estremo, y torciendo á la mano derecha, se encontraba una tortuosa escalerilla, bastante oscura, alta y resbaladiza para que se pudiese romper cómodamente la crisma veinte veces el que intentase llevar á cabo su difícil ascension. Pero en fin, se escalan las Pirámides, el Monte Blanco y el Atlas, y no es de estrañar que nuestros tres personajes llegasen sanos y salvos á la altura del primer piso.

Allí se detuvieron, empujaron una puerta, anduvieron á oscuras algunos pasos, y guiándose por ciertas rendijas detrás de las cuales brillaba una luz, se encontraron en un salon colocado en el centro de la casa, sin vistas á calle ó sitio de vecindad, cuyo aspecto hubiera inspirado á Goya indudablemente uno de sus célebres caprichos.

Figúrense nuestros lectores una vasta y cuadrilonga estancia, cuyas paredes, para estar desnudas de todo objeto, hasta se desnudaban voluntariamente de sus pinturas. Del techo de esta sala pendia un quinqué con reverbero, que reflejaba sus rayos en una mesa bastante grande y suficientemente recia para llevar con paciencia y sin

peligro el peso de muchos pares de codos, sobre los cuales descansaban los cuerpos de varios personajes, tan distintos por sus trajes como por la impresion respectiva que reflejaban sus semblantes.

El tablero de esta mesa se hallaba cubierto por un paño verde, sujeto por los cuatro ángulos con clavos de cabeza de laton.

En torno á la mesa habia una doble hilera de tertulianos, sentados los de primera fila, en pié los que habian llegado un poco tarde á la honesta diversion. El rostro de estas personas revelaba el mayor interés por la escena de que todos eran protagonistas: su color era febril como la espresion de sus miradas, y dentro del pecho de cada uno latia con violencia el corazon, cual si estuviera abocado á un peligro inminente. Frecuentemente se oian algunas blasfemias, que herian el oido menos delicado, no tanto por el pensamiento impío que espresaban, como por el tono en que eran vertidas. Tambien se descargaba uno que otro puñetazo en la mesa, á cuyo golpe contundente saltaban alguna vez los montones de moneda que cada parroquiano, en mayor ó menor cantidad, tenia delante de sí, dando lugar á inculpaciones y disputas violentas, á las cuales, como por encanto, ponia término la voz de un hombre que pronunciaba monótonamente esta simple palabra:

—Juego...

Algunos favorecidos de la suerte, juntaban lo insolente á lo afortunados, alzándose á un tiempo con el dinero y la paciencia de sus competidores, que mal avenidos con esta doble pérdida, amenazaban á cada paso jugar otra cosa, menos apreciable aun que su despreciable dinero, es decir, su miserable vida.

Otros, por el contrario, seguian inmóviles, mudos, faltos hasta de respiracion, el movimiento de la fatal baraja: estos revelaban su mala suerte por una simple contraccion de los labios, movimiento de ira reconcentrada, secundado ocultamente por sus manos, que desgarraban sin piedad las prendas de su ropa, ó su propia carne, si la carne se encontraba muy cerca de sus uñas implacables.

A decir verdad no sabríamos decir cuales de aquellos hombres inspiraban mas asco, si los dos banqueros, por su simple carácter de tales, no fueran los mas dignos de animadversion. Aquellos dos hombres, colocados frente á frente como dos estátuas fijas en los estre-

mos de una tumba, presenciando frios, impasibles, la ruina de muchos hombres, que sin duda un dia fueron honrados y prudentes, presidiendo á los codiciosos instintos de aquella turba de tahures, estimulando su horrible pasion con la sempiterna voz de: —Juego—parecian dos de esos genios implacables que dirigen los pasos del hombre criminal, ó tal vez mejor, dos de esos inexorables jueces de los tiempos de ignorancia, que asistian, sin inmutarse, al tormento y á la muerte de los infelices procesados.

Por lo que toca á la turba de jugadores, al coro de tahures que invadia el salon y aprisionaba la mesa con la avidez de un judío que custodia su caja de hierro, se hallaban representados en él todos los tipos y clases de la sociedad, confundidas en una misma degradacion, igualadas ante un mismo vicio. Habia entre esos hombres rostros verdaderamente patibularios, gentes de quienes se pudiera presumir que la sociedad las habia recibido prestadas del presidio.

La entrada en el salon verificada por D. Jacinto, Jorge y su estraño seguidor no produjo alteracion alguna en la honrada concurrencia: apenas se apercibieron de ella uno que otro parroquiano de bolsillo ecsausto individuos del numeroso batallon que hace fuego con la pólvora de sus mismos enemigos, y que leen desde luego en el semblante de los recien llegados el grado de confianza con que pueden aguardar lo que en cualquiera otro sitio se llamaria una limosna vergonzosa.

Jorge era un *caballo blanco* en toda la estension de la palabra.

Caballo blanco es el nombre que se da entre los jugadores á los neófitos cándidos que satisfacen su aprendizaje á precio de oro, de lágrimas, y tal vez de sangre. Esta clase de víctimas están seguras de ser bien recibidas siempre en semejantes lugares: acontece con ellas lo que con las víctimas propiciatorias de las mitologías, á las cuales se adorna y obsequia desde el momento en que se las destina para el sacrificio.

Las apretadas filas de los jugadores se abrieron para ceder un puesto de preferencia al inesperto mancebo, que se sentó junto con su compañero en uno de los lados de la mesa, entre un empleado que se jugaba el sueldo de un mes antes de haber separado un real para la manutencion de su esposa y de sus hijos, y un militar retirado que

por cada duro que perdia necesitaba no comer, ó hacerlo de gorra, cinco dias consecutivos.

El seguidor de nuestros dos amigos aprovechó la ocasion de retirarse un perdidoso que habia quemado el último cartucho sin haber puesto una bala en el blanco, y tomó asiento casi en frente del banquero que tallaba.

Ocupadas de este suerte las posiciones, rompióse el fuego por parte de Jorge.

Saltaron encima de la mesa un caballo de bastos y un siete de copas: las figuras son naipes favoritos de los novicios: nuestro jóven colocó una onza al lado del caballo.

Por lo alto salieron á relucir el garbo y á tentar la codicia de los apuntes, el as de espadas y el dos de copas. Jorge optó por el gran chafarote, á cuya buena suerte fió una segunda onza.

La vista de aquellas dos monedas relucientes y de otras varias que el mancebo tenia en depósito, constituyendo el grueso de ejército, despabiló á los humildes peseteros y animó con súbito rayo la fisonomía de los dueños de la banca, que trocaron una imperceptible mirada con D. Jacinto.

—Juego...—dijo el banquero, y volvió la baraja.

Al cabo de un minuto habia desaparecido la primera onza de Jorge, como si el caballo de bastos se la hubiera llevado en grupa, y un instante despues el as de espadas hundia la acerada hoja en el corazon de sus favorecedores.

Un momento despues los primeros naipes eran sustituidos por otros compañeros de la misma familia, y la monótona voz del banquero dominaba el pequeño murmullo que reinaba en la sala, con el sempiterno:—Jugar, señores, jugar...

Plácenos, por ahora, hacer gracia á nuestros lectores de la descripcion minuciosa de esta partida, y básteles saber que á la media noche continuaba bizarramente empeñada entre Jorge y los banqueros, amen de tres ó cuatro mirones tan escuálidos de semblante como de bolsillo, que presenciaban las alternativas de la lucha, con ese mal corazon que llevaba á los romanos á contemplar los sangrientos juegos del inhumano Circo. La demás concurrencia se habia ido paulatinamente retirando, operacion que se verificaba por una escaleri-

lla escusada, que, por medio de un zaguan y un estrecho pasadizo, comunicaba con cierto establecimiento público de la calle de Alcalá.

Entre los pocos concurrentes que habian quedado en la sala, contábase el seguidor de Jorge, clavado en su silla frente á frente del banquero que tallaba. Muy de tarde en tarde verificaba alguna apuesta de poca consideracion y siempre llevando la contraria al jóven, con una suerte tan decidida que nunca dejó de salir naipe favorecido por su envite. Algunos apuntes cumplimentábanle por su ojo certero; mas él acogia los elogios con una sonrisa estraña, y embolsaba su dinero con la mayor indiferencia.

Jorge jugaba con desgracia: no tan solo el azar habia fallido su cálculo tocante al aumento del capital que poseia, sino que este habia sufrido una merma de consideracion. El jóven hacia grandes apuestas para desquitarse, que es el peor de los modos de perder el dinero; de suerte que su caudal apenas bastaba para continuar aquella lucha desigual durante una media hora de temerario empeño. Una retirada á tiempo podia salvar del naufragio algunos miles de reales, pero Jorge se hallaba harto dominado por la pasion para adoptar ninguna medida prudente.

Las horas habian transcurrido para él con la rapidez de los instantes, y ni aun habia atendido á remediar la debilidad de su cuerpo; por cuanto al jugador, como al enfermo, le alimenta la calentura propia de su triste estado.

A cada nuevo desaire de la fortuna, á cada una de las ilusiones que le robaba un naipe, su rostro se contraia violentamente y su mirada iba adquiriendo mayor espresion de enojo, y hasta de estupidez, primer período del embrutecimiento del jugador.

A medida que el monton de oro colocado delante de Jorge iba disminuyendo, aumentaba el de los dueños de la banca, que segun permanecian inmóviles en sus puestos durante horas y mas horas, parecian nueva raza de centáuros, mitad hombres y mitad sillas. Tanto, empero, se iba prolongando aquella partida, que hasta el quinqué que alumbraba la estancia, pareció cansarse de ella y uno de sus tres mecheros se negó rotundamente á continuar prestando sus servicios. En el salon restaban únicamente los banqueros, Jorge, don Jacinto y su estraño seguidor.

Un dos de espadas habia abierto terrible brecha en las ya clareadas filas del dinero que poseia el mancebo, el cual se puso en pié por uno de esos movimientos de impaciencia que no pueden contener ni los hombres de mas sangre fria, cuando la desgracia se empeña en mortificar su paciencia aun mas que su codicia. Los mil y pico de duros que Jorge poseia seis horas antes se habian convertido en unos mil quinientos reales escasos, que el jóven, sin contarlos siquiera, puso al lado de un cinco de copas. Perdida aquella cantidad, perdido todo; hasta la esperanza de tener dinero en mucho tiempo. El novel apunte enjugó el sudor que le inundaba la frente, hizo un violento esfuerzo para contener el temblor nervioso que agitaba su cuerpo, y detuvo hasta su respiracion como si esta ejerciera alguna influencia en la casual salida de los naipes.

Estamos seguros de que en aquel momento nacieron las primeras canas en la negra cabellera del desgraciado Jorge. De pronto vió una mano cubrir su dinero, y antes de enterarse de la aparicion de la carta contraria, sintió un fuerte vahido, del que por fortuna volvió en sí con igual instantaneidad Habia perdido su última moneda.

Entonces el banquero arrojó otras cuatro cartas, y pronunció la fórmula de estilo, lanzando una mirada de insolente compasion al perdidoso galan.

Jorge no quiso utilizar su crédito, este segundo capital del jugador que apunta bajo su palabra, es decir, bajo aquella garantía que no se admite muchas veces á un hombre honrado.

No se verificó, por tanto, envite alguno; lo cual visto por el banquero, dijo:

—¿No hay apuntes?... Se cerró la banca.

Y haciendo pedazos la infame baraja, la arrojó sobre el tapete verde.

Jorge no hizo caso de este movimiento, pero su seguidor, que permanecia aun en la estancia, volvió á sonreir de la manera estraña que ya antes hemos visto en él.

Los banqueros recogian su dinero y se disponian para abandonar el campo; Jorge se pasó la mano por la frente, y para ponerse de pié tuvo necesidad de apoyarse en su amigote. No era que la idea del dinero perdido le acobardase, ni que, como otros muchos infelices,

hubiera quedado sin pan para su familia; pero le perseguia la imágen de sus acreedores y la necesidad de renunciar á sus calaveradas, á sus placeres, á sus vicios, por mucho tiempo.

Disponíanse todos á partir, dejando solitaria aquella estancia, tumba de tantas esperanzas, escollo invencible de tantas honras, cuando el seguidor de Jorge, estendiendo el brazo y con un acento enteramente calmoso y un si es no es irónico, dijo:

—Un momento, señores.

Todos contemplaron con estrañeza á aquel hombre singular, cuya mirada tenia algo de fascinadora.

—¿Qué se le ofrece á V.?—preguntó uno de los banqueros, presintiendo una escena desagradable, ó cuando menos una impertinencia.

—Se me ofrece—dijo—preguntar á ese caballero (y designó á Jorge) ¿cuánto dinero ha perdido esta noche?...

La pregunta era bastante directa para que el aludido pudiera dejar de responder.

—He perdido—contestó con bastante despejo—lo que á V. le importa poco averiguar, puesto que no he jugado dinero de V.

Los banqueros y D. Jacinto se dispusieron para ser testigos de alguna de aquellas escenas tan desagradables como frecuentes en tales sitios; pero contra todo lo que era de esperar, el curioso preguntón no hizo alarde alguno de impaciencia, y prosiguió con la mayor calma:

—Cierto que no ha perdido V. dinero mio, y aun puedo asegurar á V. que mis dineros no se pierden tan tontamente: V. mismo puede haberlo observado esta noche.

—Y esto ¿qué me importa?—dijo con altanería el jóven.

—Le importa á V. mucho, puesto que ahora mismo va V. á recobrar de esos señores el dinero que le han ganado en esta larga sesion.

Los dos socios de la banca contemplaron al desconocido con aire de lástima, bien así como se puede contemplar á un loco ó compadecer á un tonto. Mas no por esto se desconcertó nuestro singular personaje: ya hemos dicho que si la imperturbabilidad tuviera color propio, de este color era el rostro suyo.

—Digo y repito,—continuó—que esos señores le devolverán á V. su dinero.

—Este hombre ha perdido el juicio—dijo uno de los dos socios.

—Voy á mandar que lo echen de aquí y le prohiban la entrada en lo sucesivo—añadió el colega.

—Es inútil, señores,—interrumpió Jorge, cuyo orgullo mal entendido empezaba á fosforecer—yo me encargo de contestar á ese amigo que la casualidad me depara, acompañado de tan ridículas circunstancias. Sepa V., caballero, que yo no vengo de raza de mendigos, y que en consecuencia ni pido ni acepto limosnas.

Tampoco se inmutó por esto el inesperado desfacedor de agravios, antes bien, arrojando una mirada á los banqueros y á D. Jacinto, que heló en los labios de todos la sonrisa insultante que los entreabria, dijo con cierta solemnidad:

—No se trata de una limosna, caballero, sino de una restitucion. Pregunte V. á los señores qué es lo que entienden ellos por un *caballo blanco*, y si al dirigirles V. semejante pregunta, observa que se estremecen á pesar suyo, dé V. por cierto que ha sido vilmente engañado esta noche.

Los banqueros perdieron el color súbitamente, y uno de ellos, bastante mal seguro de sí mismo, dijo:

—¿A qué llama V. engaño, caballero?

—A lo que otros hubieran llamado pura y simplemente una estafa.

—¡Una estafa!—esclamó Jorge indignado.

—Una estafa...—repitieron los banqueros sin saber lo que les pasaba.

—Ha tenido V. la desgracia de caer en manos de unos piratas, que á la vista de V., de su inesperiencia, de su fogosidad, de su falta de método, de ojos y de malicia, han dicho entre sí: Valiente *caballo blanco* se nos descuelga; á ese niño se le puede robar el dinero impunemente.

Jorge sentia arrebatársele la sangre á la cabeza: aquella calificacion de niño tenia todo el carácter de un insulto. Hemos llegado á un tiempo feliz en que nadie quiere ser inocente.

Los socios de la banca empezaron á comprender que su desenmascarador estaba resuelto á mantener su primitiva exigencia de restitucion, y se prepararon para la defensa. D. Jacinto dirigia con in-

quietud la mirada á unos y á otros, y de cuando en cuando la dirigia tambien, y con particular cariño, á la puerta.

Reinó un instante de silencio: Jorge fué el primero en romperle, diciendo:

—Despejemos la situacion, señores: aquí se ha lanzado una acusacion terrible: si es cierta, probará que se me ha tratado como á un chiquillo, y yo soy muy hombre para demostrar todo lo contrario. Si la acusacion es falsa, hay de por medio una calumnia infame, y yo el primero exigiré que se retiren, una por una, las palabras que aquí se han proferido.

—¡Que se retiren!—esclamaron á un tiempo los dos banqueros y D. Jacinto.

—¡Ni una!—respondió con la mayor entereza el desconocido—ni media. Digo, y repito, y sostengo que se ha jugado con trampa toda la noche, que esos naipes están señalados, y que si no se devuelve al señor el dinero que ha perdido, se comete con él una estafa, un verdadero robo!

Los ánimos estaban enardecidos: era inminente una catástrofe. Jorge fluctuaba aun; no se atrevia á dar crédito á las aseveraciones de aquel acusador implacable: tanto le costaba acostumbrarse á la idea del ridículo que en tal caso hubiera venido haciendo.

—Caballeros,—dijo—si en este aposento se ha cometido una estafa, encima de la mesa debe estar el cuerpo del delito. El señor denuncia los naipes: que se reconozcan.

—Esos naipes están rotos—dijo balbuceando D. Jacinto.

—Por precaucion...—contestó inmediatamente el desconocido. —Pero no lo están tanto que sea imposible reconocer las marcas que en ellos se han impreso. Examínense, y aparecerá la verdad.

—¡Yo no lo consentiré nunca!—esclamó uno de los banqueros, haciendo ademan de abalanzarse á la mesa.

—Y yo—dijo el acusador, amartillando una pistola—levantaré la tapa de los sesos al que de VV. ponga las manos en los pedazos de la baraja.

Y al decir: á VV., designó con el cañon de la pistola á los dueños de la banca y á D. Jacinto.

Lit Vazquez R.M.

WARNER.

Los tres se hicieron un paso atrás; la actitud del desconocido era alarmante por lo resuelta.

—Caballero,—prosiguió indicando á Jorge—acérquese V. á la mesa y vea si encuentra V. unas pequeñas cortaduras junto á dos de los ángulos de algunos de estos naipes.

Jorge cogió con mano trémula los pedazos de la baraja, y recorriólos uno por uno con mirada febril. Los dueños de la banca cambiaban colores á cada momento y sentian fuertes impulsos de acometividad, pero los contenia la actitud de su denunciador que no era para ensayar remedio alguno heróico.

Al cabo de un buen rato de exámen, Jorge puso de manifiesto cuatro pedazos, correspondientes á dos naipes, mostrando una pequeña cortadura en su borde, junto al ángulo.

En los labios del desconocido brilló una sonrisa de triunfo cruel, vengativa.

Los dos socios bajaron la mirada confundidos.

—¿Lo ve V.?—dijo el desconocido á Jorge.—Esos naipes cortados son los guias de la baraja: pregunte V. á su amigote D. Jacinto, que es práctico en el ramo, el uso que se hace de ellos.

Jorge tendió la mano, mostrando los naipes rotos á los tres hombres que hasta tal punto habian abusado de su candidez: cuanto mas aquellos miserables esquivaban su mirada, mas cerca de los ojos les ponia el jóven la prueba de su infamia; hasta que frenético, en el colmo de su justa indignacion, estampó la mano y los naipes en el rostro de uno de los banqueros.

Aquel insulto produjo el mismo efecto que un boton de fuego aplicado por un domador en el ensangrentado hocico de una pantera.

Lanzó el ofendido un ahullido ronco, revolvió los ojos con siniestra espresion, y murmuró:

—Esta bofetada la ha de borrar V. con su sangre.

—O quizás le azotaré á V. la otra mejilla con la hoja de mi espada—respondió sin titubear el mancebo.

—¿Cuándo quiere V. que lo decidamos?—preguntó el insultado.

—Cuando V. guste.

—Poco á poco:—dijo el causador de aquella inminente catástrofe, con la mayor sangre fria—el duelo no está reñido con la restitucion.

Yo he tomado á empeño este punto, y declaro que estoy resuelto á atropellar por todo hasta obtener justicia.

—Se restituirá ahora mismo el dinero,—contestó el banquero ofendido—siquiera para no demorar un punto mi venganza. ¿Cuánto ha perdido V., caballero?

—No he perdido, se me han estafado veinte y dos mil reales—contestó Jorge.

—Es inútil repetir el insulto cuando el duelo está ya concertado—dijo el socio de la banca.

—Debo hacer constar el hecho,—insistió el jóven—porque de otro modo me seria imposible recobrar esta cantidad.

Inmediatamente fueron contados veinte y dos mil reales, que de encima de la mesa pasaron al bolsillo de Jorge, acompañados por un suspiro de dolor que D. Jacinto arrancó á lo hondo de su codicioso pecho.

—Ya que está V. pagado—dijo el banquero—supongo que no demorará V. darme la satisfaccion que tengo exigida. Me llamo don Antonio Fernandez, soy propietario en la corte, y vivo en la calle de Fuencarral, núm. 20, cuarto principal, casa propia.

Fernandez tenia razon: era todo un propietario de Madrid, que se dedicaba al infame oficio de mantenedor de banca, ó mejor dicho, de fullero. ¡Propietario un hombre semejante!... De cuantas ruinas, de cuantas deshonras, de cuantos crímenes hubieran podido acusarle las fincas de que con tanto énfasis se decia propietario...

Jorge oyó las señas que le daba su competidor, y contestó friamente:

—Soy el retado: mis padrinos se avistarán muy pronto con los que V. nombre.

Y tomando del brazo al desconocido, salió de la estancia y de la casa, sin pronunciar mas palabra.

Quedaron solos los banqueros y D. Jacinto. Ninguno rompia el silencio que se prolongaba hacia ya bastante rato, cuando el último de aquellos tres personajes dijo entre irónico y compungido:

—*El caballo blanco* nos ha arrojado de la silla...

—Mañana,—respondió el ofendido—como el infierno no le defienda, le arrojaré yo del mundo.

CAPÍTULO III.

Inocencia y honradez.

Han transcurrido algunas horas sobre las escenas descritas en el anterior capítulo. El viento fuerte y helado que ha reinado durante la noche toda, ha despejado de nubes el cielo, y el sol brilla radiante á través de esa atmósfera bellísima, purísima y límpida, que reina en Madrid por estraordinario en uno que otro dia de invierno. En semejante y raro caso, cuan envidiable es la dicha del mortal cuya casa baña el sol, esa estufa económica é incomparable, que calentaria gratis todos los cuartos, si la codicia de algunos y la miseria de muchos no fueran motivos para la construccion de ciertas habitaciones llamadas buhardillas, y que mejor se llamarian, en gran número de ellas, cavernas lúgubres y malsanas!...

Afortunadamente no pensamos introducir por ahora á nuestros lectores en ninguno de esos tabucos, donde viven los pobres y han muerto algunas veces los genios; antes bien la casa de la calle Mayor en que vamos á penetrar, si no es una de las mas vistosas de este ostentoso barrio de la corte española, es una de las mas cómodas, segun deciamos antes de que la moda introdujera el uso del calificativo confortables. En una de las estancias de esta casa, cuyos grandes balcones daban paso á un elegante jardin, se encuentra sentado un anciano venerable, contemplando con paternal mirada á una jóven que,

del otro lado de los cristales, se ocupa en formar un ramillete con las pocas flores que ha dejado sobre sus tallos la lluvia de la noche anterior.

Esa jóven, esa niña, casi pudiéramos decir, era un conjunto de belleza y de dulzura como muy de tarde en tarde se complace la naturaleza en producirlos. Realza su esbelto y elegante talle un modesto vestido de merino gris, con pequeñas borlas de pasamantería negra en hombros y pecho; y su semblante, blanco y sonrosado, animado por la dulcísima espresion de sus grandes ojos azules, se halla como encuadrado por una multitud de rizos naturales, formados por su abundante cabello castaño claro, que por un rasgo de buen gusto lleva algo mas largo de lo que era usanza de la época.

El anciano era una de esas figuras respetables, en las cuales la edad no ha podido destruir del todo la belleza severa, que algun dia debió ser verdaderamente notable. En torno á su espaciosa frente el tiempo habia ceñido una hermosa diadema de cabellos blancos, veneranda aureola que respetan todos los hombres honrados. Sus achaques le habian sepultado prematuramente en el sillon en que le hallamos sentado, donde con ejemplar resignacion sufre, sin hacer sufrir á los demás, un fuerte dolor en el pecho y golpe de tos, contraidos merced á muchos años de asíduo trabajo. A este trabajo debió el anciano la conservacion y aumento del caudal de sus padres; y á su nunca desmentida honradez la fama de probidad que le habia merecido el hermoso título de modelo del comercio de Madrid.

En la época á que alcanza nuestro libro, D. Teodoro Gomez, así se llamaba el anciano, se habia retirado de los negocios, porque se sentia muy débil para sostener su peso, y no podia confiar en las fuerzas de su hijo Jorge, mancebo que desde su mas temprana edad habia sentido una invencible repulsion por el escritorio y la caja. Esta circunstancia habia causado el primer disgusto á D. Teodoro: cesar en el comercio cuando de padres á hijos cinco generaciones se habian legado sucesivamente aquel carácter, causóle un pesar muy parecido al que siente el poseedor de un apellido ilustre que muere sin sucesion. Entonces apareció la primera arruga en la frente del padre de Jorge.

Algun tiempo despues, con admiracion de la familia toda, se le

oyó un dia gemir á solas en su gabinete, y ninguno de la casa dejó de comprender que D. Teodoro habia derramado abundantes lágrimas. Como nadie se atrevió á preguntarle la causa, hiciéronse mil conjeturas, formáronse toda suerte de cálculos; pero jamás se vino en conocimiento de los motivos originarios de aquel pesar, que sin duda por falta de desahogo, dió márgen á una grave enfermedad que puso en peligro los dias del honrado comerciante. Aquello pasó, pero no pasó ciertamente la tristeza que desde entonces afligia muy á menudo á D. Teodoro, y que únicamente se disipaba cuando se encontraba reunido con sus hijos, nombre cariñoso que daba indistintamente á Jorge y á Amelia, á pesar de que ningun parentesco le uniera á la jóven, sino era el parentesco de amor, lazo voluntario y no por esto menos indestructible.

El anciano contemplaba á la niña con esa mirada del justo que se despide del postrer rayo del sol que iluminará su frente, y Amelia le devolvia aquella atencion con otra mirada de gratitud, que acompañaba á menudo con el envio de un beso que aparentaba tomar de entre sus rientes labios.

Cuando hubo terminado su ramillete, corrió con infantil alegría al lado de D. Teodoro, al que hizo presente de sus flores; sencilla dádiva que el antiguo comerciante llevó á su corazon, en muestra de galante aprecio. En seguida sentóse Amelia en un taburete á los piés del anciano, que tomando de pronto un aire grave, aunque no exento de amabilidad, dijo:

—Hija mia, hoy cumples diez y siete años, plazo prefijado por mí mismo para que decidas del porvenir que te aguarda en este mundo.

Amelia no pudo reprimir un movimiento de asombro. La palabra porvenir no consta en el vocabulario de los jóvenes. Tomó su rostro una súbita espresion de temor, y contestó:

—Padre mio, mi porvenir debe trazarlo el que ha hecho tan feliz mi pasado. ¿Acaso no es V. mi padre?

—Por el cariño, lo soy, Amelia; pero no por la naturaleza. Ningun derecho tengo á tu obediencia...

—Tiene V. la gratitud que le debo, y la gratitud es el mas santo de los derechos adquiridos.

—Sin embargo, cuando se trata de tomar estado, el derecho de los padres debe limitarse al simple consejo, y aun este ha de darse con la mayor circunspeccion. Mas como tú careces de antecedentes, es indispensable que yo te ponga en ellos para que los aprecies debidamente. Tienes diez y siete años: á esta edad la mujer tiene el privilegio de empezar á ocuparse de sí misma.

—Pues es un privilegio bien enojoso y bien triste.

—Bien considerado, todos los del hombre tienen el mismo carácter, hija mia. De otro modo ¿á qué vendria que desde niños nos hubieran acostumbrado á conocer el mundo por el nombre de valle de lágrimas?...

Amelia inclinó la cabeza, y recogió su pensamiento para escuchar mejor y guardar con mas santo respeto las palabras que iban á salir de los labios del anciano.

—Hija mia,—dijo este—perdóname si por un momento te distraigo de tus rosados pensamientos, de tus bellas ilusiones. Hace quince años murió el mejor y mas antiguo amigo de mi corazon: era tu padre... Junto á su lecho de muerte pasé inmóvil muchos dias y muchas noches, y en la última de su vida me dirigió las siguientes palabras: Amigo mio; no tengo mas que una hija y mi testamento comprende esta sola cláusula: dejo el porvenir de mi Amelia y la administracion de su fortuna al cuidado esclusivo de mi compañero don Teodoro Gomez. ¿Aceptas este santo legado de un padre moribundo?

—V. no quiso que su amigo muriese sin este consuelo,—dijo Amelia sollozando—y tomó á su cuidado la suerte de la huérfana: gracias á ello, puedo decir que he conocido á un padre.

—He hecho por tí cuanto me era dable, y durante quince años me he creido obligado á rodearte de ese cariño puro, de esas minuciosas precauciones, que adoptan los padres para con sus hijos. El cielo me ha recompensado con usura esos desvelos: cuando se desarrollaba tu hermosura, subia de punto mi dicha; cuando descubria en tí una virtud nueva á cada momento, me volvia mas orgulloso y avaro de tu amor. Desgraciadamente todos mis desvelos, todos mis cuidados no fueron bastantes á impedir que tu belleza llamara la atencion de mi Jorge, y muy pronto observé con sorpresa y pesadumbre, que el amor habia prendido en vuestros tiernos corazones.

—¿Y por qué le apesadumbró á V. la noticia de un afecto que debia conducirme á ser en realidad hija suya?—preguntó la jóven con amable reconvencion.

D. Teodoro contempló un momento en silencio á la huérfana, y ahogando un suspiro, dijo:

—Es que desde el momento en que adiviné este amor, comprendí lo que hasta entonces no se me habia ocurrido, es decir, que tu dicha en lo sucesivo dependeria de otra persona que no seria yo. Mi amor hácia la niña, no atinó en que un dia habia de sentir las pasiones de la mujer.

—¿Pude, acaso, corresponder con mas gratitud á los desvelos de mi bienhechor?

El anciano no respondió por de pronto: contempló á Amelia con cierto aire de compasion, y dijo luego:

—¿Crees de veras ser feliz uniéndote con Jorge?

—Padre mio,—contestó la jóven con exaltacion amorosa—estoy segura de morir si no puedo ser amada de mi prometido esposo.

El antiguo comerciante sintió humedecerse sus párpados: las entusiastas palabras de Amelia, que al parecer habian de causarle tan grata sensacion, se la produjeron visiblemente contraria.

—¿Estás segura de lo que dices?—preguntó con singular interés. ¿Tienes por cierto que este cariño no es el de una hermana para con su hermano, el de una amiga para con su amiga?...

Amelia no respondió; pero lo hizo por ella el rubor que súbitamente coloreó su semblante; y el rubor no es el síntoma esterno de la pasion á que se referia D. Teodoro.

—Dios te haga tan feliz como mereces serlo—dijo este.—Y pues hemos llegado á este punto, permite al padre de Jorge que te imponga en algunos pormenores que tú ignoras. Jorge no es rico, á lo menos no lo es hasta el estremo que se supone, atendida la fama de mi antiguo comercio.

—Padre, yo jamás he parado mientes en semejantes detalles: un pensamiento tan mezquino no puede por ningun concepto manchar las ilusiones de un afecto tan grande.

—Las ilusiones... dices bien, hija mia, las ilusiones; porque en el mundo no se vive de otra cosa.

—¿Quiere V. destruir las mias?

—No por cierto; pero la vida tiene indudablemente su parte de prosa, y hay que leer esta, Amelia, por monótona que nos parezca. Digo, pues, que Jorge no es tan rico como parece: la mayor parte de su fortuna la constituye el caudal de su madre, de que ayer tomó posesion, y que indudablemente bastaria para vivir honestamente á quien no tuviera los hábitos de grandeza de mi señor hijo. En cuanto á mi casa de comercio, su principal haber al tiempo de la última liquidacion, era procedente de los beneficios obtenidos por el capital de tu difunto padre, que yo hice aumentar en provecho tuyo. Mis negocios no prosperaron en la misma proporcion que los tuyos...

—Pues qué ¿no los amalgamó V., padre mio?

—Amalgamarlos!—esclamó el honrado comerciante.—No, Amelia, de ningun modo. El administrador de un caudal ageno no puede arriesgar los fondos que no son suyos en especulaciones inciertas. ¿Qué otra cosa haria un imprudente?... Parte, pues, del principio de la verdadera posicion de Jorge, y calcula si ese primer desengaño influye en algo sobre tu anterior resolucion.

—Influye para corroborarla, padre mio. Jamás he pensado en la fortuna mas ó menos grande que mi prometido pudiera heredar un dia; pero lo que sí puedo jurar á V. es que si al pié del altar me dijeran que se hallaba totalmente arruinado, no por esto dejaria de darle mi corazon y mi mano ante Dios y ante los hombres.

D. Teodoro no pudo contener su emocion, y humedeció la frente de Amelia con un beso y una lágrima al mismo tiempo.

—¡Corazon noble!... ¿Quién mas que tú digna de ser amada? ¿Quién mas digna de ser feliz?

—Mucho cuento serlo.

—Dios lo permita hasta el punto que yo se lo pido. Pero, hablando de otra cosa: ¿y Jorge? ¿no se ha levantado aun?

—No sé; Luisa la doncella dice que se ha retirado muy tarde. Sin duda habrá estado en las máscaras.

—En las máscaras...—dijo el anciano con acento entristecido.—¿Por qué no pasó la noche á nuestro lado?

—Porque Jorge ha cumplido veinte y cinco años, y hay que ser un poco indulgente con la juventud.

—Indulgente... Si todos fueran tan buenos como tú lo eres, poca indulgencia seria necesaria. Yo pondré coto á ese trasnochar contínuo: el que aspira á la dicha de poseerte, debe hacer algunos sacrificios á trueque de la dicha que le espera. Dile á Luisa que en cuanto Jorge deje la cama, le prevenga que se me presente. Tengo que hablarle muy serio y muy pronto.

—Pero no le reñirá V. ¿es cierto? Cualquiera que sea su falta, yo intercedo por él. ¿Le perdona V.?

—¿Cómo no he de perdonarle cuando el mismo Dios perdona por intercesion de los ángeles?

La jóven estampó un ardiente beso en la frente del anciano, beso de impresion irresistible, que desarrugó instantáneamente el sombrío entrecejo que habia aparecido en el semblante de D. Teodoro. En seguida salió de la estancia para cumplir el encargo de su padre.

Trasmitido á Luisa la doncella el recado para Jorge, manifestó aquella que el señorito hacia ya mucho rato que habia salido en compañía de otro caballero, que por primera vez habia llamado á la puerta de la casa á hora muy temprana.

—Es estraño;—dijo Amelia—jamás acostumbra á salir de casa tan de mañana, y menos sin saludar á su padre y á mí. ¿Ha dicho á dónde iba?

—Ha salido sin pronunciar una palabra.

—¿Y qué clase de persona era su acompañante, su nuevo amigo?...

—Señorita, no sé; pero si es amigo de D. Jorge, como V. dice, no me parece muy brava eleccion.

—¿Es de condicion ruin, de clase ignoble?

—No, señora, antes al contrario viste con suma elegancia, y hasta puedo asegurar que su rostro es bien parecido; pero hay cierta clase de bellezas... verbigracia ¿no nos dicen que los diablos eran bellos antes de ser arrojados del cielo por su soberbia? pues la belleza de ese hombre tiene un tinte diabólico.

Amelia no pudo menos que sonreir oyendo aquella estraña comparacion, y sin inquirir mas noticias penetró en el cuarto de Jorge, observando con sorpresa que la cama se hallaba intacta. De aquí dedujo naturalmente que el jóven no se habia acostado durante la anterior noche, mas por otra parte las bujías se hallaban consumidas casi por

completo, y esto era una prueba de que Jorge habia pasado muchas horas en aquella estancia. Permanecer de noche en su cuarto y no dormir, era en el jóven cosa sorprendente, casi un fenómeno... Luego debian ser muy graves los motivos que le obligaban á permanecer en vela.

Amelia continuó registrando el gabinete con su mirada, y de pronto lanzó un grito: encima de la chimenea encontraba á faltar un objeto, una caja de pistolas, que le habian dado mucho temor cuando niña. La desaparicion de las armas, coincidiendo con la del jóven, descorrió una parte del velo que cegaba los ojos de la enamorada niña.

Entonces le aconteció una cosa estraña; tuvo miedo, pero un miedo tan fuerte que paralizó sus movimientos, clavando su planta en el suelo y sus ojos en el sitio de donde faltaba la caja fatal.

Pero impensadamente una idea vino á distraerla, idea que revelaba la inmensa dósis de abnegacion albergada en el pecho de la jóven. Aquella idea era referente al dolor que habia de esperimentar D. Teodoro, si por desdicha sobrevenia una desgracia á su hijo.

Bajo esta triste impresion se encaminó Amelia lentamente al encuentro del pobre anciano, dispuesto á ser el sosten de sus vacilantes pasos, y gustando de antemano la amargura de unas lágrimas que nunca saben tanto á hiel como cuando se engullen sin haber salido antes por los ojos.

Pero ¿cuál no seria la sorpresa de Amelia al oir la voz de D. Teodoro platicando tranquilamente con su hijo, con Jorge, con el jóven á quien la enamorada niña suponia en peligro inminente, herido tal vez, quizás cadáver. La reaccion fué brusca como pudiera haberlo sido el cumplimiento de su triste vaticinio: exhaló un débil quejido y cayó desfallecida en un sillon.

Cuando abrió los ojos á la luz se encontró rodeada por los individuos de su familia, D. Teodoro, Jorge, Luisa, y entre ellos un desconocido, un jóven, que contemplaba á Amelia con una de aquellas miradas de pasion intensa, desordenada; miradas que ruborizan á las mujeres honradas, miradas que equivaldrian á un insulto, si no resbalaran en la dignidad de la inmensa mayoría del bello sexo.

Verdad es que difícilmente podia presentarse á la vista de un jóven sensual imágen mas bella que la de Amelia acometida por aquel

súbito desmayo: la muerte, al rozar ligeramente con las negras plumas de sus alas el semblante de la niña, habia suprimido de su belleza la parte humana y hecho resaltar la espiritual, la sublime, la divina.

Por de pronto no se atrevió la jóven ni aun á levantarse de su asiento, pero decidida á ocultar la causa de su emocion, hizo un esfuerzo y sonrió, dando las gracias por los cuidados é interés que se le venian prodigando. D. Teodoro sintió reanimado todo su sér: las almas nobles tienen sin duda una misteriosa simpatía, una inesplicable afinidad que las hace sentirse heridas á un mismo tiempo y á impulsos de idénticos sentimientos.

—¿Qué tienes, hija mia?—preguntó el anciano con paternal solicitud.

—Nada, padre mio; un vahido, una congoja... respondió Amelia.

—¿Se te ha pasado?

—Del todo—dijo la jóven, lanzando una mirada á Jorge, que creyó descubrir por ella la verdadera causa de aquel desvanecimiento. Tan cierto es que el amor mas prudente se vende á menudo por los ojos.

Jorge cogió galantemente la mano de Amelia y la condujo al jardin, pretestando que el aire libre convendria á la jóven.

—¿Has descubierto algo?—preguntó discretamente al oido de la niña.

—Todo—murmuró esta con voz apenas perceptible.

—¡Silencio!—añadió Jorge con imperiosa acentuacion.

A todo esto, el jóven de que hemos hablado, y que no era otro sino el valenton que pocas horas antes habia descubierto la estafa de que habia sido víctima el hijo de D. Teodoro, no quitaba ojo de la niña, como decirse suele, aprovechando la distraccion de la familia para devorar á su sabor aquella belleza que tan instantánea y profunda impresion habia causado en su ánimo.

Recobrada del todo Amelia, volvióse Jorge al desconocido, y designándole en seguida á la jóven, dijo con aire de satisfaccion:

—Tengo el gusto de presentarte á D. Carlos de Varner, caballero castellano y el mejor de mis amigos.

La jóven dirigió entonces por primera vez la mirada al desconocido, y sin saber esplicar el motivo, sintió un movimiento de repul-

sion estraño, inesplicable, pero invencible. Fijó los ojos en el suelo y saludó con una severa aunque graciosa reverencia. Varner adivinó la mala impresion que habia sin duda producido; pero hizo asomar á sus labios una sonrisa mas ó menos bien imitada, y golpeó amistosamente la mano que le habia tendido Jorge. Este, completando la empezada ceremonia social, prosiguió:

—Caballero, presento á V. á la señorita D.ª Amelia García, pupila de mi señor padre, y mi prometida esposa...

Si Jorge no hubiera estado tan preocupado en aquel momento, por fuerza hubiera debido observar el brusco estremecimiento que esperimentó el cuerpo todo de su nuevo amigo. Aun no habia cambiado este una sola palabra con Amelia, y ya se sentia devorado por el tormento de los celos.

Aquella escena, al parecer insignificante, que se reducia á una presentacion en términos oficiales, entre dos personas que nunca se habian visto, y que tal vez nunca tampoco se volverian á ver, iba tomando un carácter comprometido, y quizá habia de ejercer una influencia inmensa en el porvenir de las personas allí reunidas. Sin embargo, el caballero Varner, cuya fisonomía se adaptaba con asombrosa y fácil movilidad á las circunstancias, dió á su semblante un aire de cortés admiracion, y de la manera mas dulce que darse pueda, dijo:

—Señorita, yo creí que la felicidad completa no existia en este mundo: desde que he visto á V., creo todo lo contrario y envidio noblemente la de mi amigo.

D. Teodoro encontró muy discreta la fineza: en cuanto á Amelia sintió haber sido objeto de ella. Está averiguado que el corazon de la mujer se halla mucho mas dispuesto que el del hombre al presentimiento. La jóven repitió su modesta reverencia y se alejó, pretestando una ocupacion doméstica. ¡Cosa particular!... Al lado de aquel desconocido que se presentaba con el noble papel de amigo íntimo de su esposo futuro, Amelia se encontraba malamente: la mirada de Varner ejercia sobre ella un influjo fascinador, mezcla de miedo y de repugnancia, algo, en una palabra, parecido al influjo que ejerce la serpiente en el pájaro á quien da caza.

El anciano fué á cambiarse de traje para ir á misa, ocupacion in-

dispensable, en el siglo pasado, de todo sexajenario que nada tenia que hacer á las doce del dia; y quedaron solos en el jardin Jorge y su amigo Varner.

—Ya conoce V. á mi familia, caballero,—dijo el prometido de Amelia—y todos le quieren á V., puesto que yo le he llamado mi amigo. ¿Cuál, sin embargo, seria su agradecimiento si supieran que, gracias á la mediacion de V., acabo de salir con tanta honra de un lance que pudo serme funesto?

—Ni V., ni su familia, tienen que agradecerme cosa alguna;—contestó Varner modestamente—ya le he dicho á V. que esos tahures de profesion no tienen de valientes sino la apariencia, la cual desaparece cuando ven brillar la hoja de una espada ó el cañon de una pistola. Ayer le exigieron á V. una satisfaccion; hoy son ellos quienes se la han dado á V.: un triunfo de esta naturaleza completa la buena fama de que ya goza V. en la alta sociedad madrileña.

Si Jorge hubiera leido alguna vez *las aventuras de Gil Blas*, se habria prevenido sin duda contra aquella especie de elogio inmotivado que Varner le habia dirigido, refiriéndose á una sociedad que no conocia á Jorge mas que á otro cualquiera de los muchos entes inútiles que entonces, lo mismo que ahora, pululaban en la coronada villa. Madrid, la corte aristocrática de Europa por escelencia, tenia aun borrado, en aquel entonces, del libro verde de sus vecinos memorables, los nombres de cuantos, á pesar de su honradez y su dinero, no tenian un escudo de piedra encima el portalon de su palacio, ó no paseaban el prado en carroza blasonaba con tronco de mulas, cuadrúpedo de especial predileccion para la gente de los pergaminos y los cronicones.

Pero como ningun jóven de veinte y cinco años pone obstáculo alguno en dar ascenso á las mentiras que halagan su vanidad, Jorge, que desgraciadamente tenia este punto flaco entre los muchos descubiertos de su persona, encontró oportunísimo el cumplido de su amigo.

—Ignoro—dijo—si este lance puede dar fama á un hombre que jamás ha tenido un compromiso; pero lo que sí puedo jurar á V., es que si otra vez me acontece ser engañado en el juego de la manera ignominiosa que ayer lo fuí, no aguardaré á que medien padrinos ni

condiciones para tomar venganza del miserable que así abuse de mi buena fe.

—Y hará V. muy bien; aunque mejor seria que no se espusiese V. á semejantes lances.

—¿Y como evitarlos? Desgraciadamente los hombres no traen letrero alguno en la frente que descubra sus intenciones. ¿Sé yo quién me es leal ó quien me vende?

—Ciertamente; pero esto no obsta para que tome V. sus medidas.

—No es fácil, caballero: V. mismo habrá sido engañado mil veces.

—¿Quién lo duda?... Pero la esperiencia es una gran maestra, y yo he recibido ya muchas lecciones de ella. V. mismo va á ser juez en mi favor. Dígame V.: si recibiese V. noticia de que en Madrid se ha cometido un robo á mano armada por la calle ¿dónde aconsejaria V. que la policía tendiese las redes para cazar á los ladrones?

—Allí donde la gente de mal vivir suele albergarse; en los barrios bajos, en esos inmundos figones donde se hospedan los enemigos de la luz, que son los malos.

—Y ¿por qué cree V. que la gente mala es enemiga de la luz?

—Toma... por la misma razon que las mujeres feas: la luz, la publicidad, no convienen á los pícaros, ni á persona alguna á quien desaira su espejo.

—Corriente: aplique V. su propia máxima. ¿Qué sitio escogió V. para jugar? ¿Con qué gente alternó V. en aquel sitio? ¿Qué garantía tiene V. de la honradez de aquella gente?... Recuérdelo V. bien: era un casucho de mal aspecto en una calle mal concurrida. Para llegar á la estancia del juego tuvo V. que atravesar pasadizos y subir escaleras mas propias de una cárcel que de un sitio habitado por personas decentes. Tomáronse con V. mil precauciones, y anduvo V. á oscuras y tanteando paredes, como si todo lo hubieran dispuesto para sustraerse á una mirada comprometedora. Ahora bien ¿cree V. que las personas decentes, honradas, tienen que jugar entre tinieblas, en el interior de un casucho cuyo ambiente asfixia, de bruces sobre un tapete cuyo roce mancha? No, amigo mio; el que se esconde, teme, y el que teme, de fijo no es hombre de bien.

—Tiene V. razon; pero entonces...

—Entonces debe V. seguir un camino enteramente opuesto, alter-

nar con una sociedad distinta, frecuentar salones y no tabucos, pisar alfombras y no lodo, jugar á la luz de millares de bugías que al sol dan celos por su resplandor, y no al amortiguado rayo de un quinqué que espide mucho mas humo que llama y favorece de esta suerte las mas visibles trampas. Juegue V. con tranquilidad, y no teniendo el alma en un hilo por temor de que la policía asalte el infame garito; en una palabra, busque V. la compañía de los caballeros de su clase y abandone la de esos tahures de profesion, que se arrastran por las calles de Madrid en busca de caballos blancos, de cuya candidez se mofan despues que han esplotado su último real.

Varner hablaba del vicio con el entusiasmo de un guerrero que hablase de batallas, de un sabio que hablase de ciencias, de un artista que hablase de Rafael ó de Miguel Angel. ¡Miserable! ¿Ignoraba, por ventura, que el vicio infama, cualquiera que sea el disfraz con que se cubra, y que no bastan terciopelos ni armiños para ocultar la asquerosa podredumbre de un cadáver?... Sublimar el vicio... Hé aquí la obra de la verdadera corrupcion. Sírvese el veneno en copa de oro, y se supone con harta verdad que se llevará mas fácilmente á los labios... Este es el complemento del crímen, la apoteosis de la infamia. Dejad que lo feo sea feo como es, lo horrible horrible siempre: entonces las víctimas se retirarán disgustadas, como se rechaza la bebida de un licor amargo y nauseabundo.

Pero Jorge se hallaba harto dominado por su funesta pasion, y no podia distinguir lo cierto de lo falso de aquella descripcion que tan seductoramente resonaba en sus oidos. Se dejaba seducir por el canto de la sirena, y sin remision debia precipitarse en los abismos del mar. En cuanto á su peligroso amigo, sin duda debia estar dispuesto para proseguir su discurso en caso preciso; pero no hubo necesidad de ello: su palabra de fuego caia de lleno en sitio sembrado de pólvora.

—Tiene V. razon;—dijo el jóven inesperto—he arrastrado mi dignidad por el fango y servido de mofa á esos miserables... Pero V. ignora porque medios me han encadenado á su compañía.

—¿Qué cadena no se rompe en este mundo con paciencia y buenos amigos?...

—Tengo firmados pagarés por cantidades qué he recibido...

—O mejor, que no ha recibido V.: estoy seguro. No les basta á esos vampiros robar el dinero en el juego; y para enriquecerse mas prontamente, le estafan en el préstamo. ¡Oh, caballero! Es necesario cortar estos abusos, y se cortarán, yo se lo prometo á V.

—¿De qué manera?

—De la única: empezando por pagar y en seguida no volviendo á recurrir á semejantes medios.

—Muy bien pensado, pero obsta una dificultad: para pagar se necesita dinero, y yo he cometido la torpeza de no tocar un maravedí al dote de mi madre, que ha sido impuesto por cinco años en una casa respetable de este comercio.

—¿Y esto le apura á V.? Caballero Jorge, permítame V. decirle que, sin querer, me está V. ofendiendo. ¿Qué es lo que entiende V. por amistad?

—El afecto que une á dos personas distintas.

—Pero añada V. el afecto capaz de hacer sacrificios grandes, como no los realiza nadie. Pues bien, ¿á cuánto ascienden los pagarés que tiene V. suscritos?

—Ayer se refundieron en uno solo, de importe seis mil duros.

—Suscríbame V. un documento autorizándome para retirar ese pagaré, y mañana mismo tendrá V. el gusto de hacerle pedazos. Yo me encargo de retirarle.

Jorge contempló á Varner con asombro. Aquella especie de ángel tutelar que de repente habia encontrado á su lado, iba adquiriendo proporciones sobrenaturales.

—V. se admira de todo, amigo mio...—dijo Varner con irónica sonrisa.—El mundo no está tan corrompido como á V. le parece; y si es una verdad triste que no faltan truhanes del calibre de los de anoche, no es menos verdad que de cuando en cuando se encuentra tambien una que otra alma grande.

El jóven no acababa de comprender el significado de estas palabras: tan acostumbrado estaba á tratar simplemente con personas que le estafaban con el mayor descaro.

—Pero V. pagará por mí esos seis mil duros?...—preguntó.

—Sí, señor, y V. en cambio me firmará una sencilla obligacion por otra tanta cantidad, pagadera dentro del plazo que á V. mejor le

parezca. Soy rico, me ha llamado V. su amigo, y yo no gusto de nombres vanos. A lo dicho; autoríceme V., y mañana tiene en su poder el documento.

Jorge hizo un ademan parecido al de los niños, que cuando están muy contentos no pueden contener sus lágrimas. Sin embargo, como su corazon se habia empezado á endurecer y ya no comprendia que la sensibilidad es la mas noble de las prendas humanas, contuvo sus lágrimas á fin de no parecer ridículo. Dirigióse con Varner á su gabinete y estendió en debida forma la autorizacion pedida. Su nuevo amigo la metió en el bolsillo sin leerla siquiera, y cambiando repentinamente de conversacion, dijo:

—Con que ¿se casa V. con esa linda señorita que hace un momento fué acometida de una congoja?

—Sí, amigo mio, me caso, ó mejor dicho, me casan con ella.

—Pues como... ¿no es este matrimonio de inclinacion?

—Por parte de la jóven, opino que sí: por parte mia, creo que aun no lo he pensado. Desde niños nos hemos conocido; juntos hemos crecido jugando en nuestros primeros años á esas inocentes diversiones que son el encanto de nuestros padres. Cuando me dijeron que Amelia era ya una mujer, y mujer, por añadidura, hermosa, me apercibí de ello por la primera vez. Hoy me dicen que debo quererla y desposarla: no tengo inconveniente ni siento repugnancia; luego estoy por decir que la quiero; aunque no lo juraria, pues jamás he tratado de analizar escrupulosamente los síntomas de este afecto.

—¿De veras?...—dijo Varner con irónica incredulidad.—Si es así, voy á prestarle á V. un nuevo servicio, diciéndole si realmente ama ó no á su interesante prometida.

—¿Se precia V. de leer en mi corazon?

—Su corazon de V. es á mis ojos un libro abierto impreso en grandes caracteres. Vamos á ver: ¿tiene V. á Amelia por tan bella como es en realidad?

—No he fijado gran cosa la atencion en este punto.

—A pesar de haber vivido en su compañía tantos años... Yo la he contemplado pocos minutos nada mas, y la declaro la mas hermosa de todas las mujeres, la mas digna de amar y ser amada.

Pronunció Varner estas palabras, no con el acento burlon que acostumbraba á emplear en sus conversaciones, sino con sentimiento, con pasion, con verdadero entusiasmo. Jorge hizo un ligero movimiento de inquietud, pero se reprimió en seguida, y contestó dando amistosas palmaditas en el hombro de su amigo:

—Hola, compañero... Paréceme que no le disgusta á V. la mujer del prójimo.

—El prójimo...—murmuró Varner con sombrío acento.—¿Con qué derecho ese prójimo me arrebata el bien que yo amo; con qué razon tiende su mano al objeto de mis ensueños, al ideal que yo he encontrado en el sendero de mi existencia? El prójimo... Una mujer es de quien mejor la merece, y yo disputaria esa jóven contra la humanidad entera.

—Y yo ¡contra la humanidad entera, la defenderia por mia!—esclamó Jorge con la mayor exaltacion.

Varner prorumpió en una estrepitosa carcajada que aumentó el asombro de su compañero.

—¿Qué le he dicho á V.?—preguntó en seguida.—V. ignoraba si estaba enamorado de su prometida, y yo le aseguro que lo está como un cadete recien salido del colegio.

—¿Por qué lo asegura V.?

—Vaya una pregunta... Porque tiene V. celos, y celos suponen precisamente amor.

Jorge se ruborizó: estaba corrido de haber dado una muestra de lo que el mundo llama flaquezas.

—Tiene V. razon—dijo—soy un niño. Pido á V. mil perdones.

—No se hable mas del asunto. Dejo á V. hasta mañana, y le encargo que estime á su prometida en lo mucho que ella vale. Amelia hará de V. un feliz esposo.

—Pero esto de casarse...

—Amigo mio, para encontrar una perla es menester sumergirse en el mar. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Los dos amigos cambiaron un apreton de mano, y Varner salió de la casa recapitulando sus pensamientos en esta forma: Jorge es un niño ridículo del cual se hará lo que se quiera; Amelia es una mu-

chacha lindísima que merece la pena de ser asediada en toda regla: no se me escaparán.

Y sonriendo de una manera infernal, echó á andar muy contento de sí mismo; entró en uno de los cafés de la Puerta del Sol, y se hizo servir un opíparo almuerzo.

CAPITULO IV.

Un comercio lucrativo.

Puesto que nuestros lectores conocen ya al caballero D. Cárlos de Varner, que no será, por cierto, el personaje menos importante de nuestro libro, bueno ha de ser que se enteren de sus antecedentes: siquiera de este modo sabrán á punto fijo con quien tratan.

Nuestro hombre descendia de una familia rica de honradez, aunque no demasiado holgada de fortuna. Sus padres, que le querian con ese amor especial, purísimo, comprensible solamente para los que tienen hijos, cometieron, tal vez por efecto de ese mismo amor, la insigne torpeza de imbuirle desde niño unas ideas que era harto imprudente infiltrar en el corazon de un hijo de la última clase del pueblo. Todos los puestos del estado deben estar abiertos para el talento y la honradez, cualquiera que hubiere sido la cuna que haya mecido al hombre sabio y probo; pero del genio que se revela al genio formado á viva fuerza, hay una distancia inmensa. En lugar, pues, de haber sentado á Varner en la banqueta del aprendiz, se le hizo frecuentar el trato de los jóvenes de una clase múy superior á la suya, y muchas veces sus padres se privaron de lo que les era hasta preciso, para que su hijo pudiera alternar con aquellos, cuyos vicios adquiridos aprendia, sin contar con las virtudes, tal vez cómodas, de su raza. ¿Qué resultó de aquí? Que cuando Cárlos empezó á tener uso de razon, lo primero que hizo fué sonrojarse de sus padres, de sus pa-

dres que infinitas veces se habian consolado de sus privaciones acariciando la risueña idea del feliz porvenir que les aguardaba con el apoyo de su hijo.

¡Cuántos ejemplos podríamos citar de resultados semejantes; verdaderos sacrilegios cometidos á mansalva por hijos desnaturalizados, cuyo crímen horrible repite de contínuo al oido del Señor el ángel de las venganzas!...

Aquella ingratitud de que Varner dió prematura muestra, habia de producir en breve sensibles, aunque naturales resultados. Un dia el hijo pródigo dejó de acudir al hogar paterno: sus padres le llamaron á voces; pero el llanto ahogó sus palabras, y Carlos no acudia á consolar á los ancianos autores de su existencia. La desesperacion de aquellas honradas gentes subió de punto cuando supieron que su hijo habia desaparecido cometiendo un crímen, un abuso de confianza: habia robado en la casa de un amigo de su niñez.

El mismo dia en que el sepulturero enterraba en una sola hoya los cadáveres de aquellos desventurados padres, la sociedad escribia el nombre de Carlos Varner en el libro negro de los caballeros de industria.

En este punto, con dificultad hubiera podido encontrar superior. Su altivo aliento le indicó la corte como teatro de sus vergonzosas hazañas: se sentia capaz de maniobrar en grande escala, y la coronada villa recibió en su seno un perdido mas, uno de esos reptiles que si no se les aplasta muerden, y muerden si se les aplasta tambien, como no se tenga la buena suerte de machacarles la cabeza, cosa que no es dable hacer legalmente sino por mano del ejecutor de justicias.

Desde entonces, Carlos Varner cruzó con distintos vientos el mar cortesano: nadando unas veces en la opulencia, y otras veces sometido al penible influjo de la escasez, vió transcurrir diez años, durante los cuales sus aventuras pudieron ser asunto de libros tan interesantes como *Gil Blas* y *el Ingenioso hidalgo*.

Sin embargo, nuestro caballero de industria habia tenido el buen talento de inscribirse en lo que pudiéramos llamar el estado mayor general de la tunantería. Despreciaba las escaramuzas, y únicamente libraba grandes batallas: sus golpes eran audaces, bien dirigidos, perfectamente ejecutados, y encaminados siempre á obtener resultados

pingües. Mientras tenía abundancia de dinero, gastaba como de lo ageno que era; y cuando tocaba al fondo de sus arcas, guardaba la precaucion de retirarse á tiempo, dejando grata memoria de su paso á lo meteoro.

De buen porte, hábitos cortesanos y conversacion siempre decidora y preñada de sarcasmo, que es la sátira de la gente de mal corazon; era admitido aun en algunos círculos donde se ignoraba la profesion de su vida, y en los cuales era tenido por un gran calavera, pero no por un infame. Agréguese á esto que la necesidad le habia obligado á ser fuerte, la costumbre á mostrarse sereno en los muchos lances que habia tenido, y que ninguno como él se mostraba tan espléndido durante sus períodos fastos; y se comprenderá que Carlos Varner, personaje que solo por una anomalía inconcebible no remaba en una galera, tuviera en la corte cierta fama de buen tono y una porcion de amigos dispuestos siempre á adular sus pasiones y á disfrutar con su dinero.

Tal era el hombre que habia fijado su mirada de águila en Jorge Gomez, calificado de buena presa en la mente del malvado caballero de industria.

Ahora tendrá el lector la bondad de cambiar el lugar de la escena y entrar en relaciones con nuevos personajes.

En un cuarto segundo de la calle de Hortaleza, y en una casa de muy vistosa apariencia, vivia en la época á que nos referimos, una mujer que por aquel entonces se llamaba D.ª María de las Mercedes de Rio frio y de Alcázar. Y no estrañe el lector, ni menos presuma que es error involuntario, el haber calificado como de transitorio el nombre altisonante de la tal dama; pues á nosotros nos consta de positivo que una mujer de sus mismas señas y condiciones, que pudiera muy bien ser ella, se habia llamado en Sevilla Curra la petimetra, en Toledo la marquesa de San Fernando, en Valencia D.ª Encarnacion Ferrer, y en Zaragoza D.ª Leonor Urrea.

La misma diversidad que en sus nombres se observaba en su estado y en lo poco que se sabia de su posicion social. En la capital de Andalucía era soltera y formaba las delicias del público bailando jaleos y boleros en el teatro; en la ciudad imperial era casada, aunque su marido viajaba, segun ella, por América, con objeto de

recobrar la perdida soberanía de ciertas islas que tuvieron, en feudo de los reyes católicos, los antepasados de su esposo, en época en que sin duda estaban por nacer los padres de Cristóbal Colon; en las orillas del Turia era prometida esposa de Jesucristo y descendia de la familia que hizo célebre San Vicente; en la ciudad de los fueros era casada con un valenton que de contínuo echaba de menos los tiempos en que los abuelos de su mujer ensangrentaban los patios de la Aljafería, y que por un quítame allá esas pajas promovia contínuos altercados con el lucero del alba, por mas que su amable consorte fuera una especie de alba rodeada continuamente de luceros; y finalmente, en Madrid era... lo que son siempre las damas que se descuelgan por encanto; viuda del coronel Alcázar, nombre que decia haber sido famoso en los anales militares, y del cual, sin embargo, no se acordaba ningun jefe, veterano ó no veterano, del ejército español.

Si se apelaba á la chismografía de vecindad para averiguar de qué rentas mantenia su tren D.ª María de las Mercedes de Rio frio etc., ninguno sabia dar razon de ello: pero lo cierto es que el tren existia; y que la morada de la viuda de Alcázar era visitada sin ninguna interrupcion por personas de todas clases, desde lo mas ínfimo de la sociedad, hasta la aristocracia de sangre, que tenia á la puerta de la casa, como perenne muestra, una de sus carrozas blasonadas. Todos, sin embargo, convenian en que el comercio de la gran dama debia ser tan estenso como lucrativo.

Por nuestra parte renunciamos prudentemente á engolfarnos en la genealogía múltiple de la viuda: como la encontramos la pondremos de manifiesto, y no habremos conseguido poco si acertamos á describirla tal cual se nos aparece. Era la viuda mujer de cuarenta años largos, mas bien alta que baja, y á trechos en su persona descubria rasgos de belleza, que algun dia debieron guardar mas proporcion con el resto de su fisonomía, prematuramente desfigurada. Dábase aire de grán señora, y por el hábito pudiera creérsela así; pero de vez en cuando la desenvoltura de sus movimientos y hasta de su lenguaje, hacian traicion á la antigua Curra la petimetra del teatro de Sevilla.

El cuarto que habia alquilado en la calle de Hortaleza tenia dos puertas de entrada en un mismo descanso de la escalera, y entre las dos puertas, que eran colaterales, habia un espeso ventanillo para re-

conocer á los personajes que iban en busca de la viuda. Si el que pedia por ella era persona de aspecto noble, abríase la puerta de la derecha por un criado de librea blasonada, que introducia las visitas en un salon magníficamente decorado que entretenia agradablemente la vista, cualquiera que fuese la tardanza de D.ª María en dejarse ver. Este precioso salon recibia todos los dias nuevos adornos, especialmente en estimados cuadros y objetos de plata, que en gran número se hallaban expuestos encima de las consolas. Si, por al contrario, llamaba desde el descanso algun mal perjeñado individuo, abríase la puerta de la izquierda por un curro entrado en años, que enseñaba los puños mucho antes que la lengua, y el visitador era introducido en un pieza dividida en todo su ancho por una reja de grueso alambre, detrás de la cual habia una mesa de escritorio y en frente de ella una silla de palo, única en aquel vasto aposento, donde ni siquiera un clavo olvidado tentaba la codicia de los forasteros.

Tocante al comercio ejercido por la noble viuda, se enterarán de él nuestros lectores á medida que se vayan sucediendo los acontecimientos de nuestro libro.

A las siete de la noche de aquel mismo dia en que Varner puso por vez primera los piés en la casa de Gomez, deteníase un carruaje delante de la mansion de D.ª María de las Mercedes, apeándose de él un caballero que fué á llamar directamente á la puerta del cuarto segundo. Abrió, segun costumbre, el criado de la librea, y la visita pasó directamente al lujoso salon, suplicándosele en términos muy amables, tuviera la dignacion de tomar asiento ínterin se pasaba recado á la Sra. Coronela.

Salió en seguida el criado, y el caballero se puso á examinar á fuer de inteligente los cuadros de la sala, operacion sumamente cómoda, gracias al gran número de bujías que ardian en magníficos candelabros de plata, ni mas ni menos que si el salon estuviera dispuesto para un baile. Al cabo de un buen rato de exámen, corrió el criado un cortinon de terciopelo, y anunció á la dama de la casa de una manera tan ceremoniosa que el visitador de D.ª María estuvo por un momento aguardando á que entrase en la sala la turba de pajecitos que sin duda debian preceder á la altiva castellana. No obstante, quizás

la viuda de Alcázar ignoraba aquella aristocrática costumbre, puesto que se dejó ver sin nuevos preámbulos, y saludando al forastero con algo parecido á una sonrisa amable, le hizo seña para que tomase asiento, como así lo verificó.

—Señora,—dijo entonces el caballero—pues esta es la primera ocasion que tengo de presentarme á V., bueno será que me nombre antes de entablar mi pretension. Me llamo Luis de Mendoza y he venido á la Corte solicitando servir un cargo diplomático.

—Lo de diplomático le sentará á V. á las mil maravillas: me parece V. un escelente embajador, á lo menos de sí mismo—contestó la viuda esforzándose por parecer amable.

—Pues ahí verá V., señora;—replicó el jóven—el Sr. Secretario del despacho de Estado no opina de la misma manera, y es el caso que mis ilusiones han desaparecido como el humo.

—¿Y viene V. á solicitar mi influjo con el ministro?—preguntó la viuda pavoneándose.

—No, señora: estoy completamente ignorante de que ese influjo exista, y por mi parte aseguro á V. que nunca seré de esos pretendientes que todo lo esperan de la influencia, y nada de su merecimiento.

—Siendo así, me parece que no hará V. gran carrera—dijo la de Alcázar algo resentida del desaire.

—Allá veremos; pero de todos modos conste mi manera de pensar por ahora.

—¿Y se puede saber á qué debo el honor de la visita, caballero Mendoza?

—Es muy fácil. Para V. no será nuevo, señora, que en Madrid abundan los escollos, y que en ellos naufragan á menudo los jóvenes. Yo lo soy, como V. ve, y no me creo descubridor de la brújula cortesana. Quiero decir que un dia naufragué, como muchos.

—¿Busca V. una tabla de salvacion?—preguntó irónicamente la viuda.

—No tal—contestó el jóven en el mismo sentido.—Hace dias que he llegado á puerto. Pero con la confusion propia de un naufragio, perdí una parte muy interesante de mi equipaje, y he venido á su casa de V. para recobrarla.

—Sr. D. Luis, ¿por dónde ha presumido V. que mi casa era una aduana?

—Señora, los náufragos inquieren, toman noticias, y tarde ó temprano encuentran lo que buscan.

—¿Y qué busca V. en mi casa?

—Busco, señora, cierto retrato, para mí muy estimable, que presumo se encuentre en poder de V.

—¿Es el retrato de alguna inocente prometida?

—Es el retrato de mi madre!—contestó Mendoza con entonacion grave.

—No puedo comprender, caballero, qué relaciones median entre su señora madre de V. y mi persona. Sin embargo, si en algo puedo serle útil....

—Señora, hablemos sin rodeos, y no perdamos el tiempo en bromas propias de una mascarada. Hace unos quince dias tuve la debilidad de penetrar en los salones del primer piso de esta casa. Jugábase en ellos, me dejé seducir, apunté y perdí.

—Con que fué una seduccion... ¡Habrá inocente!... ¿Cuántos años tiene V., amigo mio?

—Los suficientes para hacer la debida distincion entre las personas honradas y los miserables.

—Caballero, esto tiene todo el carácter de un insulto, y siento tener que recordarle á V. que estoy en mi casa.

—No permaneceré mucho tiempo en ella, porque harto se me viene encima.

—Abrevie V. razones.

—Voy á hacerlo. Jugué, y perdí; ya se lo he dicho á V.; y dominado por el irresistible vértigo del juego, cometí una imprudencia aun mayor, cual fué, á falta de dinero, dar en prenda el retrato de mi madre.

—¿Y en cuánto se lo estimaron á V.?

—El retrato supongo que en nada; pero el marco era de diamantes y acto contínuo fué empeñado en tres mil reales. Continué jugando y los perdí tambien. Desde entonces, señora, he dedicado todos mis afanes á recobrar esta prenda: me parecia haber vendido un objeto sagrado, y tengo la íntima conviccion de que, tar-

de ó temprano, he de espiar terriblemente aquella hora de vértigo.

—¿Y vive V. tranquilo?

—Mucho, porque lo que se espia en este mundo es una cuenta mas saldada con la eterna justicia.

—¿Y qué mas?

—Que he sabido quien tiene la prenda cuyo rescate solicito, y vengo por ella á su casa de V. Tome V. sus tres mil reales, señora; y devuélvame V. la santa memoria que yo he profanado.

Reinó luego un breve silencio, durante el cual la imaginacion de la viuda discurrió sin duda la manera de torturar al jóven que tan enérgica y decididamente huia del precipicio á que habia estado abocado por un momento; y sin duda encontró el medio de satisfacer su perversa intencion, pues preludió con una maligna sonrisa la siguiente pregunta:

—¿Y qué haria V. si yo le dijera que no poseo la prenda que V. reclama?

—Señora, voy á serle á V. franco: empezaria por no creerlo.

—¿Y despues?...

La pregunta no podia ser mas comprometida: Mendoza no se atrevió á responder. Entonces se levantó la viuda del sillon, y con un acento y unos ademanes, que tenian mas visos de rabia que de dignidad, se dirigió al jóven en estos precisos y poco dudosos términos:

—Despues, caballero, no podria V. olvidar que hay cierta clase de ofensas que es imposible repetir dos veces; ofensas que los hombres castigan con las armas y que las mujeres confunden con el desprecio.

Mendoza se mordió los labios para contener su despecho al ver que la sulfurada viuda le designaba la puerta, con ademan que hubiera parecido sublime para quien no hubiera sabido distinguirle del ridículo. Ello era cierto, sin embargo, que se trataba de una dama, y se limitó á decir:

—¿Es esta su última respuesta de V.?

—La última—contestó la coronela dando á su estendido brazo una tension marmórea.

—En este caso,—replicó D. Luis—yo sabré dirigirme á quien sin duda meditará mas las suyas.

Inclinóse ligeramente y salió de la estancia, dejando muy sofocada á la viuda, que apenas oyó cerrarse la puerta detrás de Mendoza, desahogó su bílis en toda suerte de improperios contra el jóven.

Pero un recio campanillazo vino á distraerla de su furor, llamándola á otro distinto sitio, ó sea al despacho establecido en el cuarto de la verja de alambre. Apareció detrás de esta la múltiple viuda, y dirigió á la estancia una mirada escudriñadora.

Pegados al enverjado y contemplando la parte del gabinete cerrado á los profanos, veíanse dos hombres, en actitud muy parecida á la de esas fieras que dentro de su jaula dirigen al público que las examina, sus ojos inyectados de sangre. Esos dos personajes vestian miserables trajes al uso de la ínfima clase del pueblo, y cubrian sus harapos con una capa de paño pardo, con mas ventanas al aire que el palacio del Museo. Los tales entes pertenecian sin duda á la clase de los caballeros cubiertos, pues llevaban en la cabeza unos chambergos de anchas alas, cuya primitiva tela habia desaparecido debajo de una costra grasienta, que á su vez desaparecia tambien merced á los girones que se desprendian de aquella prenda singular. Aquel traje era digno marco en el cual se destacaba el rostro de los dos parroquianos, tertulios, ó lo que fueran de D.ª María de las Mercedes; pues si es cierto que, segun el dicho vulgar, hay caras que forman proceso por sí solas, la de nuestros dos entes, en el supuesto de que fuesen caras, traian escrita cuando menos una condena de presidio perpétuo. La nariz era achatada en entrambos, no se sabe si por capricho de la naturaleza ó por el brusco contacto de alguna puñada atlética, los labios abultados y descoloridos, y los ojos tan pequeños que con dificultad se llegaba hasta ellos por entre una encrucijada de chirlos y cicatrices, que hacian del semblante de nuestros compadres una cosa parecida al plano de una ciudad ó á un mapa geográfico.

Finalmente, de sus fées de pila, libradas por el decano de la gitanería del Rastro, resultaban ser hermanos en aventuras y llamarse Carando y el Pelado, nombres célebres en todo paraje donde era comprendida la jerga peculiar de la gente del bronce.

Mostraban su impaciencia los dos compadres rascando con sus uñas negras el alambre del enverjado, cuando apareció detrás de este

la persona de D.ª María de las Mercedes, envuelta en un pañolon que casi ocultaba su traje completamente, como ocultaba su rostro un antifaz de terciopelo negro. La primera precaucion que tomó la viuda al presentarse ante Carando y su socio, fué depositar encima del escritorio un pistolete de recio cañon y bien trabajada culata de marfil con incrustaciones de bruñido acero.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó en seguida á los guapos, adelantando un paso hácia ellos.

—Decir á V., señora,—contestó el Pelado—que esta noche pasada echamos las redes al mar.

—¿Y pescasteis?

—Alguna cosa... Y ya se ve, como nosotros sabemos lo muy delicado que tiene V. el gusto, separamos para V. el mejor bocado. Con que si su merced gusta de ello...

—Veamos—dijo la viuda abriendo un estrecho ventanillo.

Carando remangó su capa y por el ventanillo introdujo un estuche de tafilete verde, cuya configuracion revelaba claramente contener un aderezo. Abrióle D.ª María junto á la luz, y del fondo de la caja pareció salir una llama de vivísimos y variados colores. La viuda no pudo contener un movimiento de sorpresa: en cuanto á los gitanos, su alegría al ver brillar los gruesos diamantes se tradujo mediante una especie de gruñido que nada, al parecer, tenia de racional.

La viuda tiró negligentemente el estuche encima de la mesa, y dijo:

—Y bien ¿cuánto quereis por esta fruslería?

Los dos compadres se miraron sorprendidos.

—¡Llamar fruslería á una alhaja digna de una reina!...—murmuró Carando.

—Un surtido de diamantes para empavesar á la misma duquesa de Medinaceli—añadió el Pelado.

—Menos palabras: ¿cuánto vale esta joya?

Esto es cabalmente lo que no sabian los dos bandidos, que se consultaron en silencio con una mirada. No era ciertamente la primera vez que habian echado sus redes al mar, como decian en su lenguaje figurado; pero nunca habian prendido en ellos un pez tan grande.

Sin embargo, bien comprendian que la joya era de valor, y aun á trueque de equivocarse en un mil por ciento de rebaja, dijo Carando, rascándose la oreja:

—Toma... Una joya así... Bien podrá V. darnos por ella veinte mil reales.

De fijo el aderezo no valia menos de tres mil duros.

—¡Veinte mil reales!...—esclamó la viuda sagaz—¿estais locos? ¿Se os antoja que yo robo el dinero, como vosotros robais las alhajas?

—Señora, son diamantes muy grandes y lucientes—dijo el Pelado.

—Diamantes... ¿Y quién os ha dicho que no son falsos? ¿Los habeis hecho examinar por algun platero?

La pregunta era escusada: aquellos dos bandidos no podian, sin comprometerse, poner de manifiesto su tesoro. No obstante, la procedencia del aderezo era una segura garantía de su buena ley.

—Sea lo que fuere, señora, esclamó Carando—no rebajamos un real de los veinte mil.

—Y yo os digo que tomareis muy agradecidos diez mil reales.

—Jamás, señora: devuélvanos V. el aderezo.

Por toda respuesta, D.ª María abrió el cajon del escritorio y juntó en buena moneda treinta y una onzas de oro y cuatro duros, que, envueltos en un papel, alargó á los ladrones por el ventanillo.

Carando y el Pelado se negaron á recibir aquel dinero.

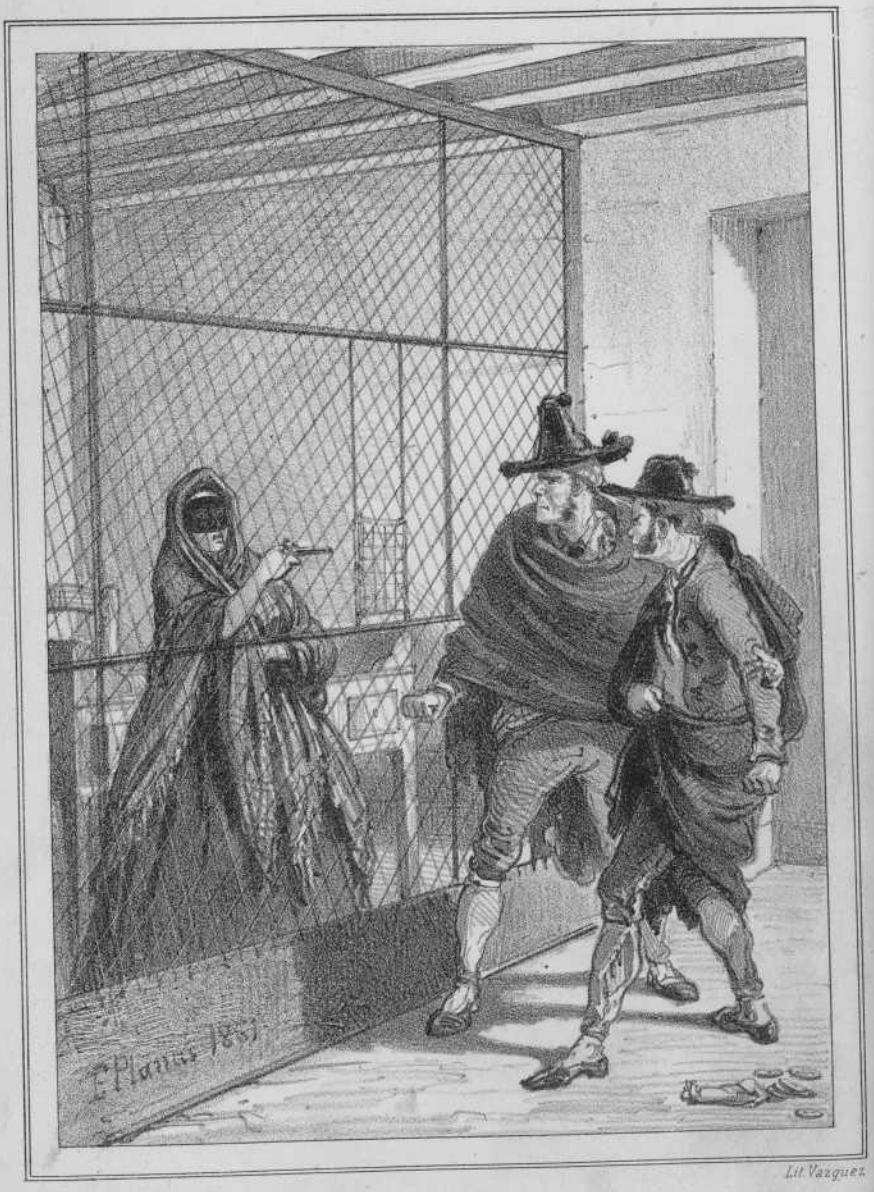
—Hemos dicho á V. que nos devuelva la joya;—dijo uno de ellos —no queremos ser robados.

—Pues á vosotros ¿qué os ha costado adquirirla, miserables?

—Nos ha costado arriesgar nuestros pescuezos: mientras que V. quiere lucrar impunemente y de la manera mas escandalosa. Veinte mil reales ó el aderezo; ya lo sabe V.: y de lo contrario...

La reticencia era en verdad amenazadora en boca de aquellos desalmados; pero la viuda no hizo caso alguno de ella, antes bien, viendo que los bandidos rehusaban tomar su dinero, lo arrojó desdeñosamente al otro lado del ventanillo, y cerró este, haciendo en seguida ademan de marcharse.

Un rugido salvaje salió á un tiempo del pecho de aquellos dos hom-



Lit Vazquez

Al menor desman os levanto la tapa de los sesos....

bres, que arrojando al suelo sus capas, se dispusieron para dar un asalto al enverjado. La situacion se iba poniendo crítica: era muy probable que ninguno de aquellos hombres retrocederia ante la idea de un crímen, del cual les alejaba simplemente una verja de alambre, bastante débil para no venir abajo al primer empuje.

Brilló la mirada de la viuda á través del negro antifaz, y dando un paso hácia el escritorio, cogió con mano segura la pistola que en aquel sitio habia dejado, y tendiéndola á los bandidos, dijo:

—Al menor desman, os levanto la tapa de los sesos....

Carando y el Pelado hicieron un paso atrás, al mismo tiempo que la viuda tiraba fuertemente del cordon de una campanilla. Al llamamiento acudieron los dos criados de las respectivas puertas: cada criado llevaba una carabina corta, con la cual, por interina providencia, apuntaron á los guapos.

D.ª Maria tenia perfectamente tomadas las medidas en todo sentido.

—Echadme de casa á esos dos bribones,—dijo—y si se volviesen á presentar, moledles á palos.

El Pelado y su compadre rechinaron de dientes; uno de ellos recogió el dinero que habia quedado en el suelo, y entrambos abandonaron el campo, jurando tomar venganza de aquella mujer. Mas la viuda, merced á su pistola, á sus criados, y particularmente á su antifaz, que hacia desconocidas sus facciones en público, se creia bien segura de aquellos burladores burlados, y de cuantos frecuentaban su casa con igual objeto é idéntico resultado.

D.ª María de las Mercedes se retiró á sus habitaciones particulares para descansar de los combates que habia sostenido en pocas horas; pero estaba de Dios que aquella noche debian sucederse unas á otras las agitaciones. Contemplando se hallaba la de Alcázar con ávida mirada el aderezo á tan buen precio adquirido, cuando penetró un nuevo personaje en el gabinete reservado. Por esta vez no precedió anuncio de criado alguno: el recien llegado entró como por su casa, y fué á sentarse sin ceremonia junto á la dama, que le recibió con un gesto agrí dulce, equivalente á una mueca de muy poco efecto. Verdad es que el semblante de aquella mujer no se prestaba ya á las coqueterías de este género.

El hombre que tan familiarizado se hallaba con las entradas y salidas de la casa y que de tanta intimidad gozaba con su dueña, es nuestro ya conocido D. Carlos Varner.

—No es poco que le veamos aquí esta noche, caballero...—dijo la viuda con acento de mujer celosa.—¿Se ha perdido V...?

Varner no era muy á propósito para sostener un tiroteo de ironías con una dama á quien no amaba poco ni mucho: el sacrificio de proseguir la conversacion en el tono inaugurado por la de Alcázar, no era superior á sus fuerzas, pero sí á su voluntad; porque convencido del ascendiente que ejercia con la dama, no se queria tomar el trabajo de consolar á la que le amaba ingrato, y tal vez le hubiese despreciado rendido. Dios castiga á veces á esas mujeres sin corazon haciéndolas sentir una pasion ruda, terrible de sobrellevar, que las ata como un yugo al carro de su vencedor, que puede serlo cualquiera que tenga el corazon aun mas endurecido que ellas.

Esto es lo que le acontecia á nuestra dama de la calle de Hortaleza: la que no se sentia conmovida en presencia del pobre que hipotecaba las prendas de sus hijos, la que no temblaba á la vista de dos asesinos que puñal en mano iban á castigar su temeraria codicia, temblaba ante un hombre inerme, cuyo único escudo contra tamaña enemiga, era la mayor dósis de vacío en su encallecido pecho.

A la irónica pregunta de la dama contestó Varner encendiendo un cigarro, despues de lo cual, y haciendo abstraccion completa de la interpelacion, dijo:

—¿Sabes á qué he venido, Maruja?

—Siempre supongo que no será por el gusto de verme—contestó la tal Maruja en tono algo mas enfático.

—No andas del todo desacertada, prenda. Vengo para un asunto muy sério.

—Sus asuntos de V. siempre son sérios, especialmente desde que apadrina duelos que terminan como el del banquero del café de la fortuna y ese jóven imbécil á quien V. patrocina.

—¡Cómo! ¿Estás enterada de ese lance?

—No lo he de estar.... Cuando por buena suerte aparecen caballeros andantes que, como tú, se dedican á desfacer agravios, la corte entera va llena de sus hazañas.

—Pues pienso continuarlas, y á nadie daré el derecho de hacer comentarios sobre ellas.

—Hará V. mal, porque no siempre encontrará contrincantes tan amables como ese banquero, á quien impunemente se arrojan pedazos de naipes á la cara.

—Estás perfectamente instruida.

—Debes presumir por parte de quien...

—Mucho; por parte de tu agente D. Jacinto, el ente mas inútil de los que pasean su vagancia por la coronada villa. Pero ya que me has salido á hablar de mi nuevo amigo, sabe que de él se trata.

—¿Vienes á recomendármelo?...

—Es inútil, pues con mi amistad le sobra para adquirir un título á tus mercedes.

—Te has propuesto esplotarle en grande escala, segun me han dicho.

—Y han dicho bien. Para conseguirlo, necesito de tí.

—¿Cuándo te he negado yo cosa que me hayas pedido?...

—Sabe, pues, lo que quiero. Ayer recibiste de tu agente D. Jacinto un pagaré de valor seis mil duros, suscrito por Jorge Gomez.

—Es muy cierto.

—Yo necesito este pagaré.

—Nada mas fácil; en trayendo ciento veinte mil reales...

Cualquiera que fuese la intencion con que D.ª María habia pronunciado esta frase, produjo un malísimo efecto en Varner, que la dirigió una mirada de enojo harto significativa.

—En trayendo ciento veinte mil reales,—dijo—tanto hubiera valido que hubiese mandado por el pagaré al hijo del verdugo.

—Confieso francamente que no lo entiendo—murmuró la viuda verdaderamente estrañada.

—He dicho, lo necesito; y ya sabes que esta frase en mis labios equivale á una órden de entrega.

—¿Sin dinero?

—Sin dinero.

—Jamás!

—¡Maruja!—esclamó Varner lanzando llamas de coraje sus negros ojos.—No pronuncies esta palabra en mi presencía, porque tengo hartos medios para volverla dentro de tus labios.

Trabóse entonces una lucha entre la sórdida codicia de la viuda y el terror que ejercia sobre ella aquel estraño amante que la imponia su voluntad de una manera tan despótica. Era necesario que ambas pasiones ejercieran una grande influencia en el ánimo de aquella mujer, para que una de ellas, cualquiera de las dos, no se revelase en la viuda por medio de un estallido. Por último adoptó una resolucion heróica; púsose de pié, irguió su talle, y desafiando con una mirada á su tirano, esclamó:

—Aun cuando debiera perderte para siempre, no entrego ese pagaré sin que me den su importe.

Varner saltó de su sillon como pudiera un leopardo que sintiera herida su anca por la saeta de un cazador africano. Brillaba su mirada con fulgor sombrío, y cogiendo el brazo de la viuda, la sacudió violentamente, sin pronunciar palabra alguna, puesto que la ira habia embargado su acento.

Maruja, como la llamaba su amante, se retorció con fuerza y cayó al suelo, esclamando:

—Perder seis mil duros... ¡Jamás! ¡Jamás!!! Primero no amarte...

—¡Pobre criatura!...—murmuró sordamente Varner, soltando el brazo de su víctima—¿has olvidado que soy algo mas que tu amante; que soy tu dueño?... ¿Has echado al olvido que todos tus secretos me pertenecen, que no gozas de mas libertad que aquella que yo quiero otorgarte, y que dentro de un instante puedo tomar posesion de esta casa, haciéndote salir de ella entre soldados y polizontes?

—Carlos ¡compasion!...—esclamaba la supuesta coronela; y en seguida murmuraba entre suspiros:

—Pero esto de perder seis mil duros...

—Una palabra mia arrancará de tu semblante la máscara que le encubre, y esa palabra voy á pronunciarla ahora mismo al oido del jefe de policía; voy á decirle...

—¡Calla, calla, cruel!...—esclamó Maruja—calla, ó toma antes mi vida!

Y pálida, sudada, jadeante, cayó sobre el sofá del gabinete. La fiera estaba completamente domada.

Carlos contempló su obra con sardónica sonrisa, cruzado de brazos, en una de esas actitudes de triunfo que respiran mucha perver-

sidad y mucho orgullo. Hé aquí el castigo que Dios imponia á aquella mujer sin corazon. Y cuando Maruja dirigió una mirada á su amante, mirada que pedia únicamente un movimiento, una palabra de amor, una tan sólo; Varner, impasible, frio, dueño completamente de sí mismo, estendió el brazo en ademan imperativo, y la formidable amazona echó á andar lentamente como la sonámbula que obedece á ciegas las mentales órdenes de su magnetizador.

Cuando la mujer subyugada hubo traspuesto la puerta, su amante murmuró:

—No hay que dudarlo, soy el único para esta clase de asuntos: con las leonas, fuego y mas fuego.

Un momento despues la humillada viuda ponia en manos de Varner el pagaré de seis mil duros que Jorge habia firmado en el café de la fortuna.

—Está muy bien,—dijo el caballero de industria—mañana tendrás en su lugar un recibo de otra tanta cantidad, suscrito por el Sr. de Gomez á mi favor, y endosado por mí á tu caja.

—Como tú quieras,—contestó la viuda entre afligida y amante—tú eres el dueño y yo soy la esclava.

Varner se levantó del sillon en que, á guisa de soberano, se hallaba sentado, y se dirigió á la puerta de salida, prescindiendo por completo de Maruja, como él la llamaba; pero la viuda le cerró el paso, presentándole cariñosamente al mismo tiempo una mejilla, que hubiera convidado á estampar en ella un ruidoso beso, si, como dijo un escelente poeta español, no hubiesen palpitado sobre la irritante epidermis los besos lúbricos de los amantes de la víspera. Varner rozó apenas sus labios con los labios de la prestamista, al mismo tiempo que le daba á comprender su hastío rechazándola suavemente y dejando el paso espedito.

D.ª María se contentó con maldecirle interiormente y seguirle con una mirada de amor, de loco amor.

De suerte que cuando D. Carlos bajaba la escalera, acompañado hasta el último tramo por las reverencias del criado de la librea que por la peana se proponia besar al santo, cruzóse su pensamiento con el de la dama, que decia:

—Es preciso romper esta cadena. Varner me desprecia, y es que ama á otra.

—El instrumento me conviene;—decia Carlos—cuando se vuelva inútil, le romperé.

Y engañándose uno y otro en lo tocante á sus respectivos sentimientos, dirigióse Varner á uno de los mas aristocráticos garitos de la coronada villa, y Maruja fué á buscar mas consoladoras emociones en la vista de su tesoro, riqueza amontonada dentro de aquella caja, merced á la combinacion de muchas desgracias y muchos crímenes, muchos vicios y raudales de llanto, mucha prodigalidad y aun mayor miseria. ¡Ruin ambiciosa!... Bien la castigaba el cielo por su crueldad.....

CAPITULO V.

El garito.

¿Por qué está tan gozosa la bella y enamorada Amelia? ¿Qué secretitos son estos que, medio ruborizada, comunica al oido de su fiel y discreta Luisa? ¿En qué consiste que D. Teodoro rie unas veces como niño que todo lo espera, llora otras veces como fatalista que todo lo teme? ¿Qué nueva, fausta ó triste, ha venido en pocos dias á cambiar el órden tradicional que reinaba en la casa del antiguo comerciante? ¿Cómo se esplica el movimiento que ha adquirido de improviso aquella casa tan tranquila, tan ordenada, tan metódica?... Todo se aclara con muy breves palabras: hay boda.

Jorge se ha sentido acometido de comezon matrimonial: ha instado á Amelia, á su padre, al tio de aquella: á todo el mundo hubiera importunado con tal de apresurar su casamiento.

El ha sido el mas activo agente para el despacho de los papeles en la vicaría, él se ha puesto en relaciones contínuas con D. José García, el tio de Amelia que reside en Cádiz y á quien se aguarda de un momento á otro en Madrid, aunque ya tiene escrito dando su consentimiento para la boda; él ha revuelto todos los ebanistas, tapiceros y adornistas de la corte para decorar la casa de la manera mas elegante y en el menor plazo de tiempo posible; él, en suma, siempre halla medio para dirigir á Amelia una palabra de amor, á D. Teodoro una frase de respeto.

Secundábale poderosamente en su obra, el nuevo amigo que á todas partes le seguia como la sombra al cuerpo, D. Carlos Varner, que dispensaba á Jorge tanta y tan desinteresada amistad, á D. Teodoro tantos miramientos, y á la señorita Amelia tanta admiracion y tantos elogios, que insensiblemente fué adquiriendo un prestigio grande en aquella casa regenerada por su simple presencia. D. Carlos era propiamente el amo de todo y de todos: hasta la misma Amelia habia vencido y desterrado la preocupacion que sintió en un principio, y sus instintivas sospechas se desvanecieron cuando tropezaron con el furor matrimonial que se habia apoderado de su prometido, merced á los consejos de su nuevo amigo.

Tan solo dos vivientes de aquella casa no habian podido vencer del todo su repugnancia hácia Varner; Luisa, antigua aya de Amelia, que siempre hallaba medio de hincar la lengua, que aun es peor que el diente, en las circunstancias físicas y morales del caballero llovido del cielo, como el aya le llamaba; y el perro del portero que, abundando sin duda en la misma opinion, acogia al amigote con un gruñido nada pacífico y se permitia de vez en cuando reconocer con el ojo y el olfato el cuerpo todo de Varner, arrugando en seguida el hocico, como si quisiera decir: no me gusta, decididamente no me gusta.

¿Qué fenómeno habia producido en la casa de D. Teodoro Gomez, aquel agradable cambio en el modo de pensar de los unos, en los sentimientos de los otros? Una cosa muy sencilla.

Varner habia cumplido la promesa hecha á Jorge de poner en sus manos el pagaré de los consabidos seis mil duros, rasgo de aparente desprendimiento que habia sido el golpe de gracia para la credulidad del incauto jóven. Desde aquel momento, el prometido de Amelia se entregó en cuerpo y alma á D. Carlos, el cual, despues que se hubo enterado minuciosamente de la situacion y aspiraciones de su amigo, concluyó por trazarle el siguiente cuadro:

—La posicion de V.—dijo—es crítica, verdaderamente. V. comprende que en el juego se esperimentan emociones fuertes como las apetece el corazon del hombre bravo, sin perjuicio de que no seria el de V. el primer ejemplo de haberse enriquecido un mozo por tales medios, hasta igualar en su fortuna á uno de los mas poderosos

príncipes. Pero, amigo mio, ante todo es pagar lo que se debe; y no lo digo por mí, que estoy pronto á romper el resguardo que V. se ha empeñado en darme, sino por V. mismo. El que debe mas de lo que tiene, nada tiene propiamente, y para jugar, para gozar de la vida, es preciso tener algo, tener mucho. Su padre de V. cree que hace mucho por su hijo si al cabo del mes le regala mil realejos para sus malos gastos; y efectivamente puede V. con ellos hacer competencia al mercader mas pintado de la calle de Toledo; pero con cincuenta duros y queriéndose dar una vida un poco desahogada, no tiene V. para alternar sino es con los tahures que hasta ahora le han esplotado á V. de una manera infame.

—Es muy cierto; pero mi padre dice que harto hace por mí, y que no conviene á los jóvenes tener dinero de sobra, puesto que no saben apreciarlo en lo mucho que vale—contestó Jorge.

—Su padre de V. raciocina como todos los padres, por aquella razon de que ningun guardian se acuerda de cuando fué novicio; pero, amigo mio, aquí es menester resignarse á hacer la vida del hortera, ó á buscar recursos estraordinarios.

—De sobra los tendria yo si no hubiera cometido la imprudencia de renunciar temporalmente á la herencia de mi madre.

—Pues arbitre V. otro medio. Yo le indicaré á V uno. Tome V. estado.

—No comprendo...

—Es bien sencillo: el marido es administrador del dote de su mujer: su prometida de V. es, á lo que me han dicho, un buen partido bajo todos conceptos; V. es mayor de edad; su padre de V., que es depositario de los fondos de Amelia, desea vivamente este matrimonio... Cásese V. y tendrá dinero cuanto se le antoje, ínterin se pone á V. en posesion de la herencia materna.

Jorge quedó un momento pensativo: ciertamente no profesaba á Amelia un cariño profundo; pero hasta entonces nunca se le habia ocurrido emplear á la huérfana como instrumento de sus vicios. En el fondo de aquella alma, donde ya no cabia amor, existia, á lo menos, un resto de compasion.

Varner devoraba, mientras tanto, con la vista al caviloso jóven.

—¿Qué resuelve V.?—preguntóle viendo que se prolongaba el silencio de Jorge.

—No sé que decirle á V., D. Cárlos..... Amelia me ama profundamente; es casi una hermana mia...

—¿Y qué?—dijo Varner que estaba preparado sin duda contra esta indecision.

—Si la desgracia me persiguiese... Involucrar á Amelia en mi ruina.... ¡Seria infame!

Cárlos no pudo reprimir un movimiento de disgusto; pero tuvo tiempo para reprimirse antes de que Jorge se hubiese apercibido de ello.

—¿Y quién le dice á V. que mi proyecto puede, en caso de desgracia, arruinar á su prometida de V.? ¿Acaso no puede V. afianzar su dote con esa misma herencia materna, á que no puede V. atentar? ¿Acaso un dia ú otro no debe V. heredar á su padre, subsanando entonces los descalabros que pudiera haber sufrido la fortuna de su esposa?... Y sobre todo, amigo mio, mi consejo no pasa de ser un proyecto acomodaticio, atendida la posicion que V. quiere ocupar en la sociedad. ¿Quiere V. que le dé otro enteramente distinto y mucho mas fácil de realizar sin riesgo? Cásese V. asimismo; alquile ó compre una casita de campo en Carabanchel ó en Hortaleza, haga V. en su pintoresco retiro la vida del pastor enamorado, y una vez al año, por la semana santa, véngase á Madrid con su esposa é hijos, á visitar el Sagrario de la Capilla Real y de las Comendadoras.

—¡Jamás! caballero. ¿Le parece á V. que yo he nacido para herborizar junto á las tapias de la corte, privado de ver la Puerta del sol, los teatros, los salones, las mesas cubiertas de oro, la alegría de los unos, la desesperacion de los otros, los trenes, las damas, los paseos; llevando, en una palabra, la vida que hacen los tios del campo?... Yo puedo titubear un momento cuando se trata del porvenir de ciertas personas; pero nunca he pensado llevar mi amor al prójimo hasta la ridiculez del ostracismo.

—¡Bien, muy bien!...—esclamó D. Cárlos—siempre le supuse á V. dotado de estos sentimientos. Es preciso embellecer la vida, amigo mio, y ¡dichoso V. que puede hacerlo sin temor del porvenir!... Con que ¿aprueba V. mi proyecto? Al fin y al cabo, no es mas que apresurar un negocio decidido hace mucho tiempo.

—Casarme... renunciar á mi libertad... Quizás hacer infeliz á una

niña...—dijo Gomez defendiéndose bastante mal contra las asechanzas de su enemigo.

—¿Por qué concibe V. semejantes temores? Tiene V. una pasion, la pasion del oro: ¿quién no la tiene en este mundo? ¿El comercio es otra cosa que un juego? ¿Quién le dice á V. que en una noche, en una hora no ha de doblar V. la suma que ahora teme perder y que, multiplicada, gracias á V., ha de hacer la felicidad de una dama? Su prometida de V. es mujer al fin y al cabo: como mujer debe gustar forzosamente del fausto, de las galas, de los mil placeres del lujo, de esas cien mil frioleras que halagan el amor propio de una jóven, y que no se adquieren sino con dinero, con muchísimo dinero.

Aquel demonio tentador, deseoso de arrastrar á la víctima que habia escogido, no titubeaba ni aun ante la idea de manchar la fama de las mujeres virtuosas, suponiéndolas capaces de hacer radicar su dicha en esas vaciedades que únicamente interesan la vanidad de las damas frívolas, coquetas, escepcion de su sexo, que por fortuna se encuentran en una inmensa minoría.

Pero la tentacion hizo su efecto, y Jorge escuchó con creciente anhelo el final del discurso de su falso amigo, que concluyó diciendo:

—El mundo, que llama virtud á la hipocresía, ha querido lanzar un anatema contra los que buscan en el juego las emociones y la fortuna de que se hallan privados de otro mundo; y en su ignorancia injusta cree que los jugadores son una raza impura que se esconde en las entrañas de la tierra para huir la animadversion pública... ¡Pobres gentes!... Ellos, como V., han juzgado esta pasion tomando su punto de vista desde esos garitos infames, lupanares indignos, visitados por la hez de la sociedad, en los cuales, por desgracia, le encontré á V. encenagado. Bajo este aspecto, el mundo tiene razon; el hombre debe tener siempre la conciencia de su dignidad, y nunca está en su derecho cuando se despoja de ella. Pero en lugar de semejantes cavernas, de tan infectos sitios, diga V. al mundo que tienda la mirada por esos salones resplandecientes de luz, en los cuales las maravillas del arte son reproducidas millares de veces por magníficos cristales de Venecia. Diga V. que el mundo recoja al entrar las targetas de los caballeros que á estos sitios acuden, calzado el perfumado guante blanco y con el sombrero en la mano, y encontrará

que esos nombres figuran en el catálogo de todas las aristocracias, la de sangre, la de dinero, la de talento, la de genio artístico..... Penetre el mundo un poco mas adentro; no tema hacerlo, no tendrá porque ruborizarse: encontrará en torno de una mesa cubierta de oro, damas y galanes que se ganan unos á otros el dinero, silenciosos, corteses, reverentes, como pudieran estarlo en una tertulia de la corte. Allí la honesta casada, la cándida doncella, la jóven viuda, permanecen respetadas, sin que ni el mas mínimo pensamiento ageno á la mira general, venga á manchar el decoro de su sexo, á empañar siquiera el brillo de su reputacion. ¿Puede decirse otro tanto de esas reuniones, de esos bailes, de esos espectáculos á que el público asiste con el mayor descoco, sin tomar la precaucion de esconder, siquiera por decencia, el rostro de sus esposas, de sus hermanas, de sus hijas?

La elocuencia de Varner, elocuencia de paradoja, era la mas á propósito para seducir á Jorge: brillaban los ojos de este incauto jóven inflamados por el deseo; y renunciando á nuevas luchas, se rindió á discrecion. La llama habia prendido; el incendio amenazaba causar sérios estragos.

Y era lo peor del discurso de Varner que, aun cuando careciese de razon en las consecuencias, los antecedentes eran ecsactos mas de lo que debieran serlo para honor del mundo, de ese público reo y juez en una misma causa, de esa sociedad que tiene escritos en un libro negro los nombres de los vicios, y en un libro de oro el de los viciosos; de esa turba sin cuento de necios que saludan, hasta servilmente, en detalle, á los mismos á quienes bajo el anónimo de la colectividad intenta vanamente confundir con su desprecio.

Mas ya lo hemos dicho: Jorge no estaba en disposicion de discutir. Aquel mismo dia se dirigió á su padre, suplicándole activase los preparativos para su boda, y tal se habia apresurado esta, que únicamente se aguardaba para celebrarla, á que viniese de Cádiz el tio de Amelia.

Varner, por su parte, cumplió con igual puntualidad á D.ª María de las Mercedes Riofrio, viuda de Alcázar, la promesa de entregarle el recibo suscrito por Jorge á favor de Varner y endosado por este á la ignoble prestamista. Y fué lo mas repugnante de aquella escena la reconciliacion habida entre aquellos dos entes á cual mas desprecia-

ble, un hombre que prostituia el don de perseverancia con que el Señor le habia dotado, y una mujer que, á sabiendas, abria su corazon y su caja á aquel miserable. Por un rasgo de amorosa confianza, D.ª María puso de manifiesto al caballero de industria el tesoro amasado á fuerza de avaricia, de dureza y de encubrir crímenes horribles; y Varner se crispó de alegría al contemplar tanta riqueza perteneciente á la mujer en quien mandaba de una manera tan despótica. D. Cárlos no podia amar sinceramente á aquella dama; pero en el fondo de su alma perversa consagraba una gran dósis de admiracion á la mujer oscura, pobre, perseguida de la justicia, que habia venido á ser la necesidad personificada del vicio aristocrático y del tenebroso crímen. El admirador era realmente digno de la cosa admirada.

No hay que decir cómo desde aquel dia en que Jorge se rindió á merced de Varner, el incauto jóven empezó á frecuentar los sitios que llamaríamos mas peligrosos, si para Gomez el peligro no fuera un motivo de temor pasado. El prometido de Amelia era ya lo que puede llamarse un tahur completo. Como el soldado que necesita respirar la atmósfera del campamento, como el levita que recoge con delicia el vapor del templo, como la honesta matrona que respira con doble facilidad y placer en el ambiente del hogar doméstico, así el desgraciado Jorge no dilataba con satisfaccion sus pulmones sino cuando se encontraba en el brillante templo en que la Fortuna presidia á los destinos de sus ciegos adoradores. La codicia y el deseo del placer, los dos únicos sentimientos que estremecian el corazon de Jorge, se hallaban perfectamente escitados en los sitios á donde Varner le habia conducido, mansiones lujosas, frecuentadas por lo mas aristocrático de la villa, en apariencia al menos, palacios del vicio á cuya puerta se detenian los mas lujosos trenes, edenes embellecidos con la presencia de las mas seductoras mujeres, en una palabra, tumbas de las ilusiones, forradas de terciopelo y recamadas de oro, en cuyo fondo la esperanza representada por montones de dinero, oculta los asquerosos gusanos, la sangre y la podre que despide el cadáver de la fe, allí enterrado.

Jorge habia jugado, y jugado con desgracia, á mayor abundamiento: en pocos dias habia perdido el dinero que recibiera para gas-

tos de la boda, sin perjuicio de una cantidad de cincuenta mil reales que le dió su padre para comprar las joyas de la novia. En vano su pérfido amigo habia tratado de hacer frente á la desgracia facilitando á Gomez algunos fondos propios: las deudas del perdidoso aumentaban todos los dias; adelantaba rápidamente el de la boda, y Jorge no poseia el aderezo sin el cual malamente podia conducir á Amelia al altar, so pena de incurrir en una falta que las señoritas de aquel entonces estaban mucho menos dispuestas á perdonar que las de ahora.

A todo esto, tenga el lector la amabilidad de trasladarse con nosotros al piso principal de la casa que en la calle de Hortaleza habita nuestra conocida, la supuesta viuda de Alcázar.

Varner habia dicho verdad al describir los encantos que encerraban las casas de juego donde la que pudiéramos llamar aristocracia del vicio sentaba, de noche especialmente, sus reales. Desde el primer descanso hasta el último salon se hallaban iluminados por centenares de bujías colocadas en candelabros de plata ó de bronce y en arañas de trasparente cristal importado de Venecia. Magníficos espejos con marcos de escultura dorada reproducian las preciosidades artísticas de que se hallaban cubiertas las paredes, y el rumor de los pasos era sofocado por tupidas y blandas alfombras de vistosos y permanentes colores. Ricos cortinajes de damasco, última perfeccion y sobresaliente lujo del arte de sedería en aquel entonces, ocultaban balcones y puertas, y chispeantes troncos de pino ardian en las grandes chimeneas de mármol, que recordaban por lo suntuosas las de algun antiguo castillo feudal. Los salones eran incesantemente recorridos por numerosos criados vestidos con elegantes libreas, que servian á los parroquianos toda suerte de bebidas, sin perjuicio de otra porcion de lacayos dispuestos á arrojar de la manera mas cortés, pero no menos decidida, á cualquiera que promoviese algun escándalo entre la concurrencia, lo cual no impedia que harto á menudo tuvieran lugar espectáculos de muy mal género, provocados generalmente por los mal avenidos con su desgracia.

En distintos salones habia dispuestas varias mesas con diversos juegos, ecarté, monte, rolina, dados, bolas, cuanto pudiera apetecer el vicio para no tener que desperdiciar la ocasion por falta de medios. En torno á las mesas una concurrencia compacta y distinguida,

por sus trajes á lo menos, tomaba parte en los diversos juegos, segun el gusto de cada uno, que tambien cabe de gustos en la manera que un prójimo tiene de amiserarse, como cabe en el modo de suicidarse allí donde este crímen se halla en boga.

El silencio que reina en torno de estas mesas únicamente es interrumpido por el rumor del oro que pasa de mano en mano, y por la monótona voz del banquero, que desempeña su infame oficio vestido de toda etiqueta, ni mas ni menos que pudiera asistir al acto mas solemne de la sociedad que componen las gentes honradas.

Mezcladas entre los elegantes caballeros, que se arruinan sin piedad unos á otros y sonrien falsamente cuando en su interior blasfeman como unos condenados, vense algunas damas lujosamente ataviadas. Su presencia en tales sitios causa mas repugnancia que la presencia de los hombres; sin duda porque el pensamiento se complace en rodear de mas delicados sentimientos á esa porcion del género humano mas parecida á los ángeles. Verdad es que la esperiencia viene demostrando con tristísimos ejemplos, que cuando una mujer pierde el rubor y la conciencia de su mision, llega á donde ningun hombre osaria seguirla. Y tal vez esas mujeres tendrán hijas á quienes educar... Parece mentira que hasta tal estremo pueda prostituirse la maternidad... Dios no deberia conceder hijas á esas miserables, á quienes no ha purificado ni aun la vista de la cuna que mece al hijo de sus entrañas.

Inunda el oro los tapetes verdes, fórmanse y destrúyense capitales en un instante, complácese la suerte en fomentar y destruir ilusiones, y con el dinero que cada hora pasa de unas manos á otras habria indudablemente con que proporcionar pan y trabajo á los muchos que bendicen á Dios en ayunas desde el interior de una buhardilla, infecta, oscura, helada.

La viuda de Alcázar, ex-Curra en Sevilla, habia tenido un tacto especial para escoger su vivienda: en el primer piso se hallaba establecida una casa de juego y en el segundo una casa de préstamos: es como si dijéramos que abajo se fraguaban suicidios y arriba vendian cordeles.

En la noche á que nos referimos se atravesaba oro en abundancia: Varner habia llegado á pillar un asiento de preferencia y desde él

venia haciendo una guerra cruel á uno de los banqueros que tallaba al monte. Nuestro caballero de industria habia recabado de la suerte un felicísimo cuarto de hora, y se hallaba en posesion de unos mil y pico de duros, que en sus manos eran otros tantos proyectiles lanzados sin interrupcion contra el castillo de oro que representaba el fondo de la banca, en la cual empezaba á abrir una regular brecha. La fisonomía del tahur se hallaba radiante de gozo.

De pié, detrás de Varner, y como quien dice sin quitarle ojo, se encontraba otro conocido nuestro, el jóven D. Luis de Mendoza, á quien hemos visto en casa la prestamista reclamando en vano el rescate del retrato de su madre. Nadie, ni aun el mismo D. Cárlos, habia reparado en el jóven, ó cuando menos á ninguno habia llamado la atencion su presencia. ¿Acaso Mendoza no habia sido un apunte como todos, ó acaso en semejantes garitos es lícito tener parientes como no sea para heredar y jugar su dinero?

Engolfados se hallaban la mayor parte de los jugadores asistiendo con particular interés á aquella especie de reto sostenido por Varner contra la banca, y escasamente una media docena de apuntes desesperados divagaban acá y acullá por los salones, renegando de su suerte y rompiendo los bolsillos de su traje para encontrar la moneda que no habian olvidado ciertamente en ellos. Vendrian á ser las once de la noche.

En esto apareció un caballero de edad provecta, vestido con un traje severo, y cuya fisonomía revelaba la mayor dignidad y despejado talento. En su manera de andar incierta, en la mirada de curiosa estrañeza que dirigia á los mas insignificantes objetos de mueblaje y adorno, hasta en la completa carencia de relaciones que demostraba tener en aquel sitio, se conocia perfectamente que el tal personaje era completamente nuevo en aquella sociedad.

Apenas habia atravesado lentamente los primeros salones, fijando en todas partes una mirada escudriñadora y haciéndose cargo hasta de los tapices que ocultaban las puertas, se aproximó al forastero un servidor galoneado, preguntándole si tenia gusto en dejar el sombrero y el abrigo.

—Gracias;—respondió el interpelado—no pienso permanecer mucho tiempo en esta casa.

—¿Gusta V. de tomar algun refresco? Puede V. pedirlo con entera libertad...

—Se agradece, pero no lo acostumbro á tales horas. Un favor, sin embargo, voy á solicitar de V.

El forastero puso al mismo tiempo una monedita de oro en la mano del criado.

—Soy su servidor humilde—respondió este, embolsando la propina despues de haberla tanteado.

—Dígame V.: ¿frecuenta, segun me han dicho, esta casa un jóven caballero llamado D. Jorge Gomez?

El criado se quedó mudo por un momento y fijó en su interlocutor una mirada muy ladina.

—¿D. Jorge Gomez, dice V.?... Gomez, Gomez.....

El forastero comprendió que la discrecion de aquel criado encubridor necesitaba un aumento de propina si habia de ponerse de parte de un curioso, que en semejantes sitios siempre infunde sospechas.

Una segunda moneda cambió de dueño con el mayor disimulo: el lacayo comenzó á ablandarse.

—¿Es V. su padre, tal vez?—dijo.

—No por cierto.

—¿Pariente suyo?...

—Ni aun remoto.

—¿Amigo suyo, encargado?....

—En mi vida le he visto, ni él á mí. Se lo aseguro á V.

—En semejante caso, y en el supuesto de que V. ningun mal desea á D. Jorge...

—Antes le deseo muchos bienes. Pero dígame, ¿está V. seguro de conocer al caballero por quien yo pregunto?

—Toma... Segurísimo: como que aquí se viene todas las noches, y es de los mas firmes puntos.

—¿Podria V. decirme si se encuentra actualmente en esta casa?

—Lo ignoro, caballero: yo no sirvo en la puerta, y habiendo tantos salones... Pero V. mismo puede buscarle.

—Gracias; seguiré el consejo de V.: si por acaso viera al tal D. Jorge..

—Descuide V.: le prevendré que hay un caballero que pregunta por él con mucho interés.

— Nada de eso ; será V. mudo, mudo como una piedra.

— Está muy bien, caballero ; será V. complacido en todo.

Separóse el criado del forastero, y este permaneció un momento clavado en su sitio, dominado seguramente por tristes impresiones. Meneaba lentamente la cabeza y murmuraba de vez en cuando:

— Ciertos han sido los informes: bendita sea la Providencia que me ha permitido llegar á tiempo.

Y continuó internándose en los salones. En uno de ellos vió á un jóven, que se paseaba á grandes pasos, y con frecuencia llevaba la mano á la frente, como si fuera el acompañamiento obligado de su monólogo. El forastero, cuyo objeto era tomar noticias de D. Jorge, se acercó al jóven, diciéndole:

— Caballero, ¿sabrá V. darme razon de cierto tertuliano de esta casa, llamado D. Jorge Gomez?

— Caballero—respondió el jóven sin titubear—¿sabria V. dónde paran seis mil reales que no hace un cuarto de hora se encontraban dentro de esta bolsa?

Y sacando de la faltriquera un bolsillo vacío, lo enseñó al forastero, y continuó su interrumpido paseo y su incomprensible monólogo.

El forastero dirigió aun la misma pregunta á varios tertulianos que encontró al paso ; pero de todos obtuvo poco mas ó menos la misma respuesta ; de suerte que ya, de uno en otro salon, iba á penetrar en uno de aquellos en que se tallaba con mas calor, cuando se detuvo viendo asomar por la puerta al jóven D. Luis de Mendoza. Un mismo sentimiento, el de la sorpresa, se reflejó en el semblante de entrambos personajes. Uno á otro quisieron esquivarse ; pero el encuentro no tenia remedio, ni tampoco la mirada que involuntariamente habian cruzado. Por de pronto el mismo color de vergüenza asomó al rostro de entrambos.

El primero que rompió el insostenible silencio, fué Mendoza.

— No me culpe V.—dijo— sin oirme antes, caballero.

— ¿Cómo puedo á V. culparle, cuando ambos nos encontramos en un mismo sitio ?—contestó el anciano.

— Yo he venido para rescatar un tesoro.

— Y yo para rescatar un alma. ¿Ha visto V. por estos lugares á cierto jóven llamado D. Jorge Gomez ?

— Lo que es por hoy todavía no ha comparecido. ¿ Tiene V. interés en verle ?

— Muchísimo.

— Pues no dejará de venir, puesto que aquí se halla su flamante amigo, su genio malo, pudiera llamársele mejor. Voy á enseñárselo á V.

Y apartando el cortinaje que ocultaba la sala de juego, designóle á Varner que depositaba junto á un naipe un puñado de monedas de oro. En aquel momento el caballero de industria se hallaba radiante de fealdad: el demonio del vicio se transparentaba en sus facciones, en sus ademanes, en su mirada sobre todo.

— Verdaderamente—dijo el forastero — ese hombre tiene todas las trazas de ser un perverso.

— Lo es, caballero ; es uno de aquellos bichos que dejan en todas partes repugnantes huellas de su paso,y á quien, para hacer un servicio á la juventud madrileña, me propongo aplastar como si fuera un insecto venenoso.

— ¡ Vsted !

— Yo mismo: á esto vine esta noche, y únicamente aguardo á que salga de la sala para hacer con él un escarmiento. No sé porqué, pero tengo el presentimiento de que ese villano pudiera serme fatal.

— Fatal le será á V. si por castigarle se compromete: á unos entes semejantes se les desprecia.

— No lo juzgo yo así : cuando la sociedad no tiene medios para deshacerse de esos pillos con casaca, el derecho de sus víctimas alcanza hasta hacerse justicia por su propia mano.

— Andese V. con tiento, Sr. de Mendoza: la juventud no siempre es buena consejera de sí misma.

— V. mismo juzgará el hecho, y verá si obro con sobrada razon y con la necesaria prudencia. Ahora entre V. conmigo en esos salones: verá V. en ellos lo que solamente presenciándolo se puede creer.

Y tomando el brazo del forastero, penetró D. Luis en el salon de juego.

Varner estaba algo menos petulante: la fortuna no se le mostraba tan favorable como al principio y su caudal habia ido en disminucion de una manera asombrosa. Sin embargo, aun le quedaban algunas

onzas con las cuales estaba resuelto á desbancar ó ser desbancado. Pero en lo mejor de la partida recibió recado por uno de los criados, y embolsando su dinero se trasladó á uno de los salones de la casa.

Allí le aguardaba Jorge; pero ¿en qué estado? Con dificultad hubiera sido dable reconocerle á no ser por quien le hubiera visto alguna otra vez en tan lastimera situacion. La palidez de su rostro era suma y contribuia no poco á hacer mas sombría, mas terrible la mirada desprendida de sus negros ojos. Un copioso sudor habia pegado su cabello á la frente, y un temblor nervioso agitaba su cuerpo, revelando la agitacion aun mas profunda de su alma. Alguna causa estraordinaria habia producido aquel trastorno, causa muy poderosa sin duda, porque Jorge á fuerza de viciarse habia ido endureciendo su corazon de una manera asombrosa.

Varner se aproximó á su amigo, y preguntóle con fingido interés la causa de aquel trastorno.

Al propio tiempo que el caballero de industria, penetraban en la sala el forastero y D. Luis, que por lo visto se habia propuesto no perder de vista á D. Cárlos.

Jorge condujo á su amigo á uno de los estremos de la sala, y le dijo:

—Varner, estoy perdido, si no discurre V. medio de conjurar la tempestad que me amenaza.

—Sepamos de qué lado vienen las nubes, amigo mio.

—Las nubes vienen de Cádiz. Ya sabe V. que todos los preparativos de mi boda se hallan terminados, y que para celebrarla aguardábamos únicamente la llegada del tio de Amelia.

—Es muy cierto.

—Pues bien, hoy hemos recibido una carta de este caballero, previniéndonos que mañana á primera hora se hallará en nuestra casa. Mi padre, que de algunos dias á esta parte decae visiblemente y cuya salud inspira sérios cuidados á los médicos, quiere precipitar la boda y acaba de ordenar lo conveniente para que aquella se verifique mañana mismo. Se han hecho ya las invitaciones; se ha prevenido todo lo necesario, y yo he tenido la debilidad de dar á todo mi consentimiento.

—Y no veo porque motivo debia V. portarse de otro modo. Preci-

samente este enlace corona nuestros planes: si mañana contrae V. matrimonio, pasado mañana ha salido V. de apuros.

—Es muy cierto; pero yo no puedo llevar á Amelia al altar sin entregarla antes el aderezo para cuya compra recibí el dinero de mi padre. Hasta ahora habíamos confiado en nuestra buena suerte, pero esta se halla de algun tiempo á esta parte reñida conmigo; y el peligro que no me asustó cuando se hallaba distante, me anonada en este momento, porque le veo cerca de mí. V., que ha sido de algun tiempo á esta parte mi ángel tutelar, ¿no encontrará medio para sacarme de este apuro; el último, amigo mio, el último, pero el mas temible, el mas ruinoso?

Gomez continuó interrogando á Varner con una mirada: queria anticiparse á la respuesta que este le diera, se encontraba en la situacion mas crítica que habia atravesado en su vida, y su suerte ó su desgracia dependia en aquel momento de la solucion que D. Cárlos diera al problema bastante climatérico de proporcionar á un jóven arruinado y vicioso, un aderezo nada menos que de diamantes.

El caballero Varner se complació un instante saboreando la angustia de su amigo, cuyo sudor y palidez aumentaban por instantes hasta el punto de amenazar con una inminente congoja.

— ¿Cómo está V. de dinero?...—dijo por fin.

—Perdido, completamente perdido—contestó Jorge, desesperanzado al escuchar aquella pregunta.

D. Cárlos vació su bolsillo encima de una mesa, y contó el dinero. Quedaríanle apenas unos ocho mil reales.

— Con esto no se compra un aderezo de diamantes...—murmuró Gomez con el mayor abatimiento.

—No se compra ciertamente un aderezo, pero con un poco de suerte se gana con que comprarlo. En fin, yo hago cuanto me es dable por sacarle á V. de este compromiso: juegue V. mi dinero; ¿puedo decirle mas?

Jorge dirigió una mirada de gratitud á su amigo, es decir, al miserable que, fingiendo profesar la jóven amistad desinteresada, preparaba lenta y pérfidamente su ruina y su deshonra.

—Acepto su consejo de V.;—dijo Gomez—y pongo mi suerte en este dinero. Si acaso le pierdo...

Detúvose el jóven: iba á pronunciar una blasfemia.

En seguida desapareció en direccion á una de las salas de juego, hasta la cual le siguió el forastero amigo de Mendoza: este se quedó en el salon, espiando los movimientos de Varner.

Habia este tomado asiento en un sillon junto á la chimenea, y cruzado de brazos y de piernas se entretenia en formar cálculos para el porvenir, que transparentándose en su semblante, imprimíanle el sello unas veces de la esperanza, otras veces de la desesperacion. Dominado mas que nunca por su insensato amor hácia la prometida de Jorge, tenia la penetracion suficiente para comprender que en vano trataria de romper aquel matrimonio; pero acostumbrado á servirse de los hombres como otros tantos instrumentos de sus infames pasiones, estaba seguro de dominar por completo á Gomez y constituirse en árbitro de su destino. Bajo este punto de vista se complacia anticipadamente saboreando las premeditadas consecuencias de su perfidia, y en verdad que el hombre mas endurecido se hubiera horripilado penetrando en los secretos de aquel sér degradado, ocultos detrás de su frente como oculta la losa de un sepulcro la podredumbre del cadáver que tiene debajo.

Cuando mas engolfado se hallaba en estas reflexiones, distrájole de ellas un ligero golpe familiarmente descargado sobre sus espaldas. Volvió la cabeza con cierto sobresalto y se encontró con el semblante de Mendoza, que inclinado sobre el sillon en que Varner se hallaba sentado, contemplaba á nuestro caballero de industria con una sonrisa bastante indigesta para quien pudiese creer ser causa de ella.

D. Cárlos se repuso muy pronto de la impresion que le causó al principio aquella especie de sorpresa: el hombre que concibe viles pensamientos, se asusta hasta del imperceptible rumor que hace una puerta cuando rechina, pues se le antoja eco de sus palabras que puede llegar á oidos del público; pero aun cuando ni Varner habia dado motivo á D. Luis para permitirse tales familiaridades, ni don Luis se habia tomado nunca libertad alguna, nada de asombroso tenia que un jóven neófito se arrimara al consumado profesor de las ciencias ejercitadas en aquella notable academia.

—Adios, Sr. de Mendoza...—dijo Varner con aire de proteccion—¿se divierte V. mucho?

—Poca cosa;—respondió el jóven—pero cuento desquitarme antes de poco.

—Desquitarse... Cuidado con ello, Sr. D. Luis..... El desquite es el escollo de los jugadores...

—¡Hola!... ¿De cuándo acá se ha vuelto moralista el caballero Varner?

—¿Esto le sorprende á V.?

—No puedo sorprenderme habiendo un refran que dice: cuando se cansó el diablo de hacer daño, se metió á ermitaño.

Mendoza acompañó la alusion con una mirada tan insultante y fija, que Varner no pudo prescindir de la impresion que le produjo instantáneamente. No obstante, su amor propio, su orgullo diríamos mejor, le ponia á cubierto hasta de sospechar que semejante rapaz pudiera subírsele á las barbas.

—¿Pretende V.—dijo simplemente—desquitarse conmigo en alusiones personales?...

—¡Qué tontería!... Lo que yo tengo que proponer á V., lejos de perjudicarle ni aun causarle molestia, le servirá sin duda ninguna de satisfaccion. Voy á esplicarme: hace unos pocos dias perdí en esta casa un retrato guarnecido de diamantes, cuyo retrato representaba á mi madre...

—¡Demonio! No le suponia yo á V. capaz de jugarse á los autores de sus dias... V. promete, amigo mio; yo se lo aseguro.

Mendoza se sonrojó y tuvo necesidad de morderse los labios para reprimir un estallido de cólera que se reveló por medio de una lágrima de fuego que despuntó en sus ojos.

—Caballero Varner,—dijo con sofocado acento—si no creyera que Dios me castiga por mi falta, y que debo aceptar cualquiera pena que por mi delito se me imponga, empezaria por decir á V. que de ninguno tolero insultos, ni cuando vienen envueltos en forma de proteccion, y mucho menos cuando al insulto se agrega el sarcasmo. Hágame V., por lo tanto, la merced de hablar de mis padres con el respeto que ellos se merecen.

Chocó á Varner el tonillo con que Mendoza proseguia el diálogo; de suerte que se puso de pié y empezó á tirar de los faldones de la chupa con aire muy significativo, como si le dieran intenciones de

rebajar la voz al que tan alto hablaba. Su orgullo, empero, le hizo dar un paso en falso. Con una mirada midió, como vulgarmente se dice, de piés á cabeza á aquel niño que le dirigia severas advertencias, y estendiendo el brazo y posando su mano en el hombro de D. Luis, dijo con bastante impertinencia:

— Mocito... ¿está V. seguro de saber con quien habla?

— Quiero pensar que con un caballero.

— Que jamás ha vuelto la espalda á un lance.

— Deseo convencerme de lo primero antes que de lo segundo; y al efecto voy á hacer una prueba. El retrato á que he hecho referencia quedó en poder de V. en hipoteca de seis mil reales...

— Me ha contado V. esto muchas veces, y siempre le he dado la misma respuesta. ¿Qué habia de hacer yo con el retrato? ¿Queria V. que lo guardara hasta el dia del juicio? Cuando he necesitado dinero, lo he vendido. Estaba en mi derecho.

— De vender los diamantes, quiero concedérselo á V.; pero no de vender la miniatura.

— Ya le he dicho á V. donde podria recobrarla.

— Pero como donde V. me dijo se han negado redondamente á devolvérmela, vengo á suplicar á V. que se tome el trabajo de ponerla en mis manos, mediante que doy por la miniatura lo que vale esta con el cerco.

En cualquiera otra ocasion, Varner hubiera aceptado con mil amores la ventajosa oferta; pero como aun podia mas en él su índole perversa que su codicioso instinto, prefirió disgustar á Mendoza mejor que realizar una operacion lucrativa. Además, Varner sentia por el jóven D. Luis una repulsion instintiva: comprendia que la virtud recobraba su imperio en aquel corazon estraviado por un momento, y se sentia como ofendido por aquella transicion, bien así como el tentador de los hombres debe desesperarse cuando el alma de un perverso se eleva al cielo por medio del arrepentimiento.

D. Cárlos sonrió despreciativamente: D. Luis empezó á recelar que aquel miserable intentaba acabar á un tiempo con su dinero y con su paciencia.

—Con que, seis mil reales da V. por una miniatura... No es poco pagarla; pero opto por quedarme con ella.

—Considere V.—replicó Mendoza temblando de enojo—que se lo he pedido á V. con suma calma.....

—La misma con que yo se lo he negado, caballero.

—Y que la calma tiene tambien su término cuando se pretende abusar de la candidez de un hombre.

—En esto mismo me hallaba yo pensando, señor mio: veo que por este lado nos entenderemos mejor.

—Convenidos: le doy á V. una hora de tiempo para entregarme el retrato de mi madre.

—Y si transcurre la hora y el retrato no parece.....

—Entonces se lo pediré á V. de una manera muy distinta.

Mendoza saludó con frialdad y se encaminó al salon de juego, pero apenas habia puesto la mano en el cortinaje de la puerta, se detuvo sorprendido al escuchar rumor confuso de voces, juramentos, muebles rotos, amenazas y blasfemias. Al mismo tiempo una oleada de gente hubiera derribado sin duda á D. Luis, si este no hubiera tenido la precaucion de ceder el paso á aquella especie de inundacion amenazadora, que como la de todos los rios, se anunciaba bramando.

CAPITULO VI.

Tira el diablo de la manta.

Entró súbitamente en la estancia la turba de los jugadores, y al frente de ellos, mal sujeto por cuatro ó cinco de los mas forzudos tahures, el jóven D. Jorge Gomez.

Verdad es que se necesitaba mucho conocimiento del personaje para reconocerle en el deplorable estado en que se hallaba, estado comparable tan solo con el de un infeliz demente en el acto de ser atacado por un frenético acceso de locura.

Su semblante se hallaba desencajado de una manera espantosa, y entre sus labios cárdenos asomaba una espuma sanguinolenta, espesa, como la del atacado de epilépsia. Su cabello se habia erizado sobre su frente, y en las convulsiones de su cuerpo daba á conocer la irritacion febril de que se hallaba poseido. Veíanse sus ropas desgarradas en varios puntos, y su camisa se hallaba ligeramente salpicada de sangre. La ira aumentaba sus fuerzas de una manera grande, y cada vez que podia desprenderse de las personas que le contenian, se arrojaba violentamente hácia el salon de juego, profiriendo dicterios y amenazas contra los banqueros, y dando, en una palabra, con su conducta, motivo de escándalo mayúsculo.

A todo esto, los jugadores interrumpidos en el pacífico ejercicio de su vergonzosa tarea, clamaban porque los criados restableciesen el órden, arrojando á Jorge de la casa; pero el mancebo no se hallaba

dispuesto á obedecer aquellas intimaciones, antes por el contrario, á cada queja proferida, vertia una nueva injuria y retaba á todos con tanta insolencia como valor.

— ¡ Que le arrojen á la calle ! —decian unos—Está bebido.

— Sujetarlo... está loco...—decian otros.

— ¡ Arrojarme á mí ! — esclamó el jóven Gomez — ¿ Cuánto va que cierro con todos y uno por uno los echo del balcon á la calle ?...

Y haciendo un esfuerzo verdaderamente atlético se desprendió de uno de los jugadores, que con la sacudida tambaleó un momento y dió en el suelo, con generales risotadas de la concurrencia.

Las dos únicas personas que compadecian á aquel desgraciado eran sin duda el jóven Mendoza y el forastero que una hora antes habia preguntado con tanto interés por D. Jorge. Separado del grupo principal, apoyado en la chimenea y meneando lentamente la cabeza, permanecia el anciano sin apartar los ojos de aquel hombre delirante, y murmurando por lo bajo monosílabos que se confundian á veces con sus profundos suspiros.

Todo esto tuvo lugar en mucho menos tiempo del que se necesita para describirlo.

Varner se enteró al momento de quien era el protagonista de aquella escena, y como estaba seguro del ascendiente que ejercia en el ánimo del jóven, no titubeó en presentarse á él, y separando á cuantos procuraban contenerle, dijo:

—Suelten Vs.! Yo basto y sobro para hacer entrar en razon á este caballero.

Y en seguida, dirigiéndose á Gomez con amistoso acento, prosiguió de esta manera:

— Compañero, ¿ qué es esto ? ¿ Qué furia se ha apoderado de V.? No sin un grave motivo se habrá V. propasado con esos señores, todos los cuales eran hace un momento sus amigos.

— Amigos... amigos...—murmuró Jorge con voz sombría.—En el juego no hay amigos, sino contrarios.

— Sin embargo, no dejará V. de esplicarme los motivos que le han impelido á ese desacato...

— A V. se lo diré todo ; pero no delante de estas gentes cuya vista me irrita. ¡ Sálganse Vs. !

Pronunció Gomez estas últimas palabras como pudiera un grande dirigiéndose á sus lacayos, y como la humanidad es propensa á resistir las intimaciones del orgullo, ninguno de los aludidos se movió de su puesto. Semejante impasibilidad hubiera tal vez provocado un mayor conflicto, si Varner no hiciera disimuladamente un ademan suplicante á los jugadores, designándoles á Jorge con aire lastimero.

Todos en efecto desocuparon entonces la sala lentamente, y el forastero tomando por el brazo á D. Luis, dijo:

—Hágame V. la merced de escucharme algunas palabras donde no podamos ser sorprendidos.

—Estoy á las órdenes de V.—contestó Mendoza conduciendo á su amigo á un aposento retirado.

En la estancia quedaron solos Varner y D. Jorge.

—Y bien ¿qué es lo que tiene V. ?—preguntó el primero.

—Tengo,—respondió el jóven arrojando un profundo suspiro—que otra vez estoy arruinado.

—Cómo ! El dinero que yo le he dado á V...

—Perdido, perdido todo... Figúrese V. que cuando he entrado en la sala, se hallaba la mesa cubierta de oro: era una especie de tentacion, de burla que la fortuna me dirigia. Hago mi apuesta; yo no sé lo que puse en ella; pero mi pecho se dilató y respiré libremente cuando ví que aquellas monedas eran dobladas por el banquero. Entraba con buen pié, y puse mi dinero doblado á un siete de basto... El naipe por mí preferido saltó encima de la mesa el tercero. Me estremecí de contento, y seguí apuntando fuerte, amigo mio, porque, como V. me ha dicho algunas veces, un cuarto de hora feliz es, para el jugador que sabe aprovecharlo, una fortuna equivalente á cincuenta años de trabajos y de privaciones; es un tesoro, el tesoro que yo veo de dias y sueño indefectiblemente todas las noches.

Al llegar á este punto de su narracion brillaban los ojos de Gomez como los del avaro que contempla el dinero contenido en su ferrada arca, y tendia sus manos crispadas hácia un objeto invisible como si tratara de apoderarse de él á la viva fuerza. Varner contemplaba silenciosamente á su víctima, y en sus labios asomaba una sonrisa de satisfaccion parecida á la del médico que presenciase un feliz esperimento, por él dispuesto.

— Seguí doblando mis apuestas, — prosiguió Jorge — y siempre con la misma fortuna. Todos los ojos se volvian á mí, es decir, al monton de oro que tenia delante; yo era el objeto de la atencion y de la envidia general. Un par de apuestas mas con igual suerte, y habria desbancado.

— Debió V. retirarse con las ganancias y no exigir de la suerte una constancia que ninguna mujer tiene.

— Retirarme... ¿Qué general deja de perseguir al enemigo que va en derrota?

— Todo general que no quiere aventurar el éxito de una jornada que ha empezado felizmente.

— Esto no pasa de ser una cobardía.

— Nunca lo es la prudencia, y mucho menos en V. que tenia necesidad absoluta de ganar para un aderezo.

—¿Cree V. que en aquel momento me acordaba yo de semejante cosa? ¿Cree V. que empeñado en la lucha, me vino una sola vez la idea de Amelia, de mi padre, de mi casamiento? ¿Cree V. que durante esa hora de vértigo, he esperimentado siquiera la sensacion de mi propia vida?... No, caballero: como el valiente soldado que una vez entre en accion ve únicamente gloria y sangre, así yo no he visto mas objetos que naipes y oro. ¡Oh! lo conozco perfectamente: el juego es mi pasion; el discípulo ha dado cuchillada al maestro...

—El discípulo tiene aun cierto defecto que cuesta muy caro; es temerario.

—Suprima V. la temeridad, y el juego no tiene sensaciones; es una cosa equivalente á un triunfo sin resistencia. Déme V. á mí ver circular las monedas de mano en mano, formarse y destruirse y volverse á formar montones de oro, como el simoun forma, destruye y vuelve á formar las montañas de arena en el desierto; déme la inquietud, la zozobra, la lucha, inseparables del azar, y el triunfo del orgullo, el poder decir á voz en grito: he hecho saltar la banca; no hay mas oro que el mio, ni mas ley que la de mi insolente fortuna.

Varner sentia indecible gozo: su educando se hallaba preso por completo en los lazos del vicio. El juego era para Gomez mas que la satisfaccion de un deseo, mas que una pasion: era la esencia de su carácter, era el virus que inficionaba hasta la última gota de su san-

gre. La víctima reunia todas las condiciones necesarias para el sacrificio, que debia empezar muy en breve.

—Pero ¡oh desgracia!—continuó Jorge—en el momento crítico de la noche, pierdo una apuesta, y otra y otra... y el oro desciende, desciende... como el nivel del agua de un estanque en el cual se ha abierto una brecha. Mis ojos no lo ven; pero mi corazon siente el efecto de la disminucion que sufren las monedas, sobre las cuales tengo puesta mi mano. Llega un momento en que puedo abarcar todo mi caudal dentro del puño. Cojo el dinero y con mano trémula le impongo al lado de un rey de espadas que jugaba contra un seis de copas... Era mi última apuesta, es decir, mi última esperanza. Entonces se me figuró que el salon daba vueltas en torno mio, sentia temblar el pavimento debajo de mis piés; las bujías me parecian lanzar reflejos estraños, llamas diabólicas, y á su luz los jugadores que habia en torno de la mesa semejáronme rostros de condenados mofándose de mi desgracia. Empezó el banquero á arrojar naipes sobre la mesa; cada uno de ellos caia, no sobre el tapete, sino encima de mi corazon que estremecia con angustias mortales... Mis ojos no se apartaban de las manos del banquero, cuyos dedos me parecian las uñas de un ave de rapiña. De repente perdí de vista el salon, la mesa, la baraja, el banquero, los puntos, todo, todo!... Mis ojos habian sido heridos por la vista de un seis de espadas...

—Lo habia V. perdido todo.... ¡Imprudente!—dijo Varner con hipócrita reconvencion.

—Ignoro lo que pasó por mí en aquel instante; no recuerdo lo que dije, y lo que hice aun menos, porque acto contínuo me asaltó la idea de la posicion terrible en que voluntariamente me habia colocado. Estoy seguro de que si la desgracia hubiera puesto á mi alcance una pistola, sin titubear me levanto la tapa de los sesos. Cuando recobré el uso de mis sentidos, me apercibí de que puntos y banqueros tenian fija en mí su atencion y me contemplaban con cierto aire de burla que, se lo confieso á V., me pareció un insulto. Yo necesitaba desahogar mi ira, dar una salida á mi furor que me amenazaba con un estallido mortal; y entonces fué cuando les llené de improperios, cuando les dirigí toda suerte de amenazas, cuando reté á todos y á cada uno de esos insolentes mofadores, deseando, como deseo,

que alguno aceptase mi provocacion, para cambiarme con él de estocadas y meterle en el cuerpo su indigesta sonrisa. ¡Oh! vengan, vengan todos juntos! no me asustan!... Aun soy hombre para lanzarles cien insultos á la cara.....

Y así diciendo, se abalanzó hácia el salon de juego; pero le detuvo Varner con mano de hierro.

—Deténgase V., caballero: ¿cree V. que no hay bastante con el escándalo que ya se ha producido? ¿O quiere que esos señores le tengan á V. por un chiquillo que llora y se desespera cuando ha perdido los reales que le han dado para dulces? En el juego, y particularmente en la desgracia, es donde se mide el corazon del hombre; y del de V. ninguno formaria gran juicio por su conducta.

—Ya he dicho á V. que soy capaz.....

—Sí; de repetir sus provocaciones, de aumentar el ridículo en que ha incurrido V.

—¡Varner!

—Varner es su amigo, y no puede consentir que de tal suerte se ponga V. en evidencia ante una reunion de gentes honradas. Cuando no ha mucho habia V. ganado el dinero de la banca casi por completo ¿habia visto V. que ninguno de los jugadores armase tales alborotos? Resígnese V. como ellos se resignaban; hágase cuenta de que la rueda de la fortuna anda dando continuas vueltas, y mañana, D. Jorge, será otro dia.

—Mañana..... Mañana podia ser el mas feliz de los dias de mi vida, y será el de mi desgracia y el de mi vergüenza. ¡Y todo por una hora de desgracia!...

—Que le ha quitado á V. las probabilidades de comprar un aderezo... Vaya un motivo de pesadumbre... ¿Quiere V. seguir mi consejo? Pues bien: empecemos por abandonar esta casa donde no ha entrado V. con buen pié esta noche; el aire libre despejará nuestras ideas, y ¿quién sabe?... Es imposible que la desgracia de un hombre dependa de no encontrar un aderezo. ¿Acaso no tenemos crédito?

—¿Cree V. que á un hombre desconocido como yo lo soy, se le vendan al fiado joyas por sesenta mil reales?

—En las platerías, lo dudo; pero joyas se encuentran en muchos parajes donde nadie las sospecha.....

—¿Qué dice V.?—esclamó Gomez con la exaltacion de la esperanza.

—Digo que me siga V. fuera de esta casa, y que aun cuando pueda V. desconfiar de la suerte, nunca quiera V. ser desconfiado de la amistad.

Y tomando el brazo de Jorge iba encaminándole fuera de la sala, cuando fué cortesmente detenido por uno de los criados de la casa, que poniendo en sus manos un billete, dijo:

—Aguardan respuesta.

Varner abrió el escrito y leyó su contenido, que era el siguiente:

«Caballero: ha transcurrido una hora, y el retrato de mi madre no ha parecido. ¿Dónde, cuándo y cómo quiere V. que nos reunamos para ello? Prevengo á V. que nunca retrocedo de mi propósito.»

D. Carlos acogió esta lectura con una sonrisa de compasion, bien así como debió sonreir Goliat cuando escuchó el reto desigual del niño David. En aquel instante los relojes de la casa dieron la una.

Varner se separó un momento de Jorge, y dirigiéndose á una mesita con recado de escribir, donde se estendian generalmente los pagarés de los que á cualquier interés buscaban dinero para alimentar su vicio, escribió las siguientes palabras al pié de la provocacion que Mendoza le habia dirigido:

«Señor mio: esta misma mañana, á las 7, aguardo á V. junto á las tapias del Retiro: el retrato de su madre de V. vendrá sobre mi cuerpo: si llega V. á él con la punta de una espada, será muy suyo.»

Volvió á cerrar la esquela, y la remitió á su destino por el mismo criado.

En seguida se retiró acompañado de Jorge, á quien dijo alegremente:

—En gracia de la buena noticia que acabo de recibir, casi casi le prometo á V. que tendrá su aderezo.

El criado trasladó á D. Luis de Mendoza la contestacion de Varner: el jóven se apartó del forastero, que no le habia dejado en toda la noche, y arrimándose á un candelabro que ardia encima de una chimenea, leyó la resolucion de su adversario, volvió á leerla para no perder ninguna de sus espresiones, y en seguida con la mayor indiferencia la arrojó á la llama que producian los tizones.

Vuelto á reunirse con su anciano compañero, le dijo sin descubrir la menor emocion:

—Caballero, estoy por completo á la disposicion de V. hasta las 7 de esta mañana.

—Mil gracias, jóven estimable; y pues me ha indicado V. que para redimir la falta de un momento, está V. dispuesto á impedir, cuanto esté de su parte, las fatales consecuencias del juego, yo le daré á V. por donde empezar su caritativa empresa. Mas antes salgamos de esta casa, porque el aire que dentro de ella se respira, es venenoso para los hombres de bien.

Con efecto, entrambos amigos abandonaron aquel suntuoso garito, y tomando un carruaje á la puerta, dieron al cochero las señas de una de las principales fondas de Madrid. Una vez en ella, el anciano introdujo al jóven en su habitacion, y dando vuelta á la llave, le invitó á tomar asiento, diciendo en seguida:

—No ignora V. quien soy, amigo mio, y como todos los que han vivido en Cádiz algun tiempo, sabe que la casa de D. José García es una de las mejor conceptuadas de Andalucía. Por esto se le habrá á V. hecho muy estraño encontrarme en el ignoble sitio del cual acabamos de salir.

—Siempre supuse que le llamarian á V. en él asuntos muy graves, Sr. de García.

—Supuso V. bien. Mi hermano murió, hace ya muchos años, en esta corte, dejando una hija al cuidado de uno de sus mejores y mas honrados amigos, el Sr. D. Teodoro Gomez, padre del jóven cuya desenfrenada conducta ha promovido no ha mucho el escándalo que entrambos hemos presenciado.

—¡Desdichado padre!...—dijo profundamente conmovido el buen Mendoza.

—Muy desdichado, y mas lo será cuando tenga noticia del proceder de su hijo, que aun ignora.

—¿Y quién será bastante cruel para traspasar de esta suerte el corazon de un padre?

—No anticipe V. juicios ni pronósticos, caballero, sin que yo haya terminado mi relacion. Mi sobrina Amelia se ha educado en la casa de Gomez, y todas las noticias que he recibido de su comportamiento

y virtudes, justifican la eleccion que hizo mi hermano al morir: don Teodoro ha cumplido perfectamente su encargo. Pero, V. ya sabe, amigo mio, que segun el refran, tratos engendran cariños; y Amelia se enamoró de Jorge Gomez, y este dicen que se ha enamorado tambien de mi sobrina. Enamorados entrambos y uno y otro poseedores de una regular fortuna, nada mas natural que pensar en casarlos: D. Teodoro me consultó sobre este particular, yo vine otra vez á Madrid con el mismo objeto; entonces el mancebo no se hallaba aun contaminado por ese horrible vicio. Accedí, y aplazamos de comun acuerdo el enlace para cuando Amelia hubiera cumplido la edad de diez y siete años.

—Y luego?...—preguntó Mendoza demostrando el mayor interés.

—Luego recibí una carta de mi sobrina anunciándome haber cumplido la edad prefijada, hallarse mas que nunca enamorada de Jorge, y que únicamente aguardaba mi llegada para ser la mas venturosa de todas las mujeres. Figúrese V., amigo mio, que soy viudo y no tengo hijos, que todos mis afectos se hallan concentrados en esa niña...

El enternecimiento interrumpió las palabras del respetable García. Al cabo de una breve pausa prosiguió:

—Contesté á Amelia felicitándola por ese risueño porvenir de que ella se mostraba tan segura, y acepté la invitacion que me hizo, junto con D. Teodoro y su hijo, de venir á presenciar la suspirada boda. Arreglo acto contínuo mis asuntos, remito por el correo una carta anunciando el dia de mi llegada, hoy precisamente, y me pongo acto contínuo en camino.

—Llegó V., sin embargo, mas presto de lo que se habia figurado.

—No sin querer, caballero. Yo contaba hacer el viaje por jornadas cortas, segun le conviene á un hombre de mis años; cuando á mitad, poco mas ó menos, del camino, me detengo en un parador para tomar descanso y refrigerio. Otro carruaje se hallaba detenido junto al portal: en él viajaban dos caballeros que se dirigian á Sevilla, con los cuales tercié en la conversacion, gracias á esa franqueza que se contrae instantáneamente en los carruajes, los buques y los paradores, es decir, donde quiera que varias personas se quejan de unas mismas penalidades. Los dos viajeros lamentaban la tris-

te suerte que aguardaba á cierta jóven de Madrid que iba á contraer enlace con uno de los principales calaveras de la Corte; y yo, que me hallo siempre dispuesto á tolerar las ligerezas de la juventud cuando son las propias de los pocos años, traté de defender en su ausencia al caballerito madrileño que tan mal parado salia de manos de los dos compañeros de viaje. Pero cuando me dijeron que el jóven en cuestion era dado al vicio del juego, dejé de defenderle, y auné mi compasion á la que mostraban aquellos dos personajes hácia la futura esposa del jugador; porque, créame V., Mendoza, el juego es el mas terrible de todos los vicios, es mas perjudicial que todos los otros reunidos. Sus consecuencias...

—Las conozco, caballero: afortunadamente no del todo: pero la introduccion me esplica perfectamente el desenlace. Estoy completamente de acuerdo con V.

—Despedíme al cabo de unas horas de aquellos caballeros, y juzgue V. de mi asombro cuando me hacen el encargo de enterarme del resultado de la próxima boda de D. Jorge Gomez con D.ª Amelia García. Un temblor súbito se apoderó de mi cuerpo; llamé al cochero, hice poner inmediatamente el carruaje, recogí algunas noticias concernientes al novio que se me habia indicado, y en el acto de subir al estribo, encargué al postillon que precipitase el paso, ofreciéndole un peso por cada hora que ganásemos sobre cada una de las que nos separaban de Madrid. Partimos efectivamente con una velocidad estraordinaria, y ayer al medio dia paraba en esta fonda, rendido de fatiga y sostenido únicamente por la idea de salvar á mi Amelia del peligro que la amenazaba, si las noticias casualmente recogidas por mí eran ciertas.

—¿Y avisó V. su arribo á D. Teodoro?...

—No por cierto: queria hallarme completamente libre para mis averiguaciones, y dejé que la familia de Gomez me creyera en viaje para llegar al siguiente dia. No puede V. figurarse la lentitud con que transcurrieron para mí las horas que me separaban de la noche: cerró esta, por fin, tomé un carruaje y me hice conducir al infame sitio en que nos hemos encontrado. La vergüenza que me ha costado penetrar por aquella puerta, cuyos umbrales únicamente traspasan los tahures de profesion y los hombres dominados por el vicio, no es para que yo se la describa á V., Sr. D. Luis.

Calculo cual seria esa vergüenza por la que yo he sentido al encontrarme en ese infame garito con V., que es uno de los mas antiguos amigos de mi venerable padre.

—¡Dichoso, á lo menos, V., que no conoce del vicio sino lo preciso para aborrecerle doblemente! Lo que pasó dentro de aquella casa lo sabe V. de la misma manera que yo: es inútil repetirlo y triste recordarlo. En tales circunstancias, debe V. suponer que no puedo yo consentir semejante enlace, so pena de hacerme cómplice en la desgracia de mi sobrina. ¿Cree V., Sr. D. Luis, que puedo obrar de otra manera?

—No, Sr. de García; su resolucion de V. es la de un hombre honrado bajo todos conceptos.

—Gracias, amigo mio; pero mi propósito necesita un ausiliar poderoso; voy á ser franco con V. y dispénseme si por ventura abuso de su condescendencia.

—He dicho á V. una vez que me tenia á sus órdenes, y yo nunca digo las cosas en vano.

—Pues bien: yo conozco á fondo la honradez del padre de Jorge; yo me hago cargo del golpe que indispensablemente ha de esperimentar aquel corazon nobilísimo; y... francamente, no me siento con valor para dar semejante paso personalmente... En semejante compromiso...

García no terminó la frase, limitándose á fijar en Mendoza una mirada escudriñadora. El jóven le sacó de aquel mal paso, diciendo despues de una breve pausa:

—En semejante compromiso, se ha acordado V. de mí para confiarme el triste mensaje...

—Necesitaba un amigo muy leal y sobre todo muy generoso. ¿Me he equivocado dirigiéndome á V.?

De nuevo reinó en la estancia un momento de silencio. El anciano palideció temiendo una negativa de parte de Mendoza: este dudó un instante solamente, despues del cual dijo:

—No se ha equivocado V., Sr. de García. La comision es triste con efecto; pero al fin y al cabo todo pecado necesita su penitencia proporcionada, y yo no he acabado aun de cometer todos los mios.

—Es V. demasiado riguroso consigo mismo...—contestó el anciano agradecido á tanta bondad.

—D. José, no quiera V. acusarse nunca de haber rendido culto, ni siquiera profesado admiracion á los pecadores.

García no comprendió el significado de estas palabras.

—Por lo demás,—prosiguió el jóven—repito que acepto el mensaje, y aguardo solamente á que se sirva V. darme una carta de presentacion para el Sr. D. Teodoro Gomez.

—Va V. á ser servido inmediatamente. En cuanto á mí, quiero evitar toda suerte de esplicacion con el desgraciado padre de Jorge, y á este efecto saldré para Segovia esta misma noche. Pasados algunos dias, y cuando haya recibido aviso de V. de haberse cumplido el doloroso encargo, me trasladaré de nuevo á Madrid, daré á don Teodoro toda suerte de esplicaciones, y llevaré conmigo á Cádiz á la pobre Amelia.

—¡Cómo! ¿Va V. á separarla de su tutor?

—Pues qué ¿supone V. que yo no conozco el corazon de las mujeres? Mi sobrina ama al jóven Gomez; el amor es crédulo y propenso á perdonar. Un dia ú otro se perderia mi trabajo, y Amelia seria desdichada toda su vida. Además ¿qué diria la sociedad de una jóven que permaneciera en la casa de su antiguo amante, despues de haber fracasado el proyecto de su casamiento? ¿Con qué razon no se la criticaria, y á mí mismo con ella, y á su tutor mas que á ningun otro?...

—Será otro golpe mortal para el anciano Gomez; pero comprendo que tiene V. razon sobrada. ¡Cuántas ilusiones destruye en un momento esa pasion maldita del juego!... En fin, Sr. D. José; hágame V. el obsequio de estender ese billete para D. Teodoro, y permítame V. que me retire: tambien yo tengo que arreglar esta noche algunos asuntos personales.

Si el honrado García no hubiera estado grandemente preocupado, y con sobra de razon, sin duda hubiese parado mientes en el tono estraño y lúgubre con que Mendoza pronunció estas últimas palabras. Pero el hombre menos egoista tiene derecho á establecer un órden de preferencia en sus atenciones y cuidados, y el tio de Amelia se hallaba esclusivamente absorvido por la idea del peligro que habia corrido su sobrina.

Y decimos *habia*, porque el anciano estaba segurísimo de la eficacia del remedio que tenia escogitado.

Sentóse junto á una mesa y trazó en el papel las siguientes líneas:

«Mi apreciado amigo Gomez: por cuanto mas sagrado haya para V. en el cielo y mas querido en la tierra, le conjuro á suspender el proyectado enlace de mi sobrina Amelia con su hijo de V. El dador de la presente, que es porsona de mi mayor confianza, impondrá á V. de algunas de las razones que me asisten para adoptar esta súbita resolucion, y dentro de pocos dias se las completaré á V. personalmente.

»Sabe Dios lo que me cuesta causar á V. tamaña pesadumbre; mas tengo la íntima conviccion de que el amor verdaderamente paternal que tiene V. á mi sobrina, le hará sobrellevar con resignacion un sacrificio, que es indispensable para asegurar la felicidad de una niña inocente.

»Saluda á V. del fondo de su alma, su mas atento..... etc.—José García.=»

Cerró el anciano el billete, despues de habérselo leido á D. Luis, y entregándolo á este, dijo:

—Asegure V. al amigo Gomez que me ha visto llorar escribiendo estas líneas.....

—Y en efecto, gruesas lágrimas surcaban las mejillas del anciano cuando calculaba que con aquella carta iba á herir mortalmente á un hombre tan bueno, tan honrado, tan digno de respeto como el padre de Jorge.

Mendoza dejó su asiento y se dispuso para salir del cuartó.

—Confio en V.—dijo García estrechándole la mano.

—Juro poner esta carta en manos de la persona á quien V. la dirige: únicamente la muerte podria hacer que el encargo dejara de cumplirse.

García no hizo caso de aquella especie de escepcion puesta por el jóven Mendoza: todos sabemos que la muerte destruye hasta el último de los compromisos personales; pero aunque la muerte es una de las pocas seguridades absolutas en este mundo, nadie cuenta en semejantes cosas con el fortuito de su ocurrencia. Por esto el anciano quedó enteramente descansado en la palabra del jóven. Este, empero, saben nuestros lectores tenia un motivo muy fundado para hacer la salvedad que hizo.

Dentro de seis horas debia batirse en duelo con D. Carlos Varner.

Estrechó afectuosamente la mano de García, saludó, y salió de la fonda, entristecido sí, pero de ninguna manera amilanado. D. Luis de Mendoza se creia en aquel momento el adalid de su madre.

Al llegar á su casa, despertó al amigo en cuya formalidad y discrecion tenia mayor confianza.

—D. Enrique,—le dijo—á las siete de esta mañana tengo que batirme en duelo con un miserable.

—¡Batirse!—esclamó el compañero, despavilándose los ojos.—¿Está V. en su juicio?

—Estoy en mi juicio, y aun le suplico á V. que no quiera disuadirme de mi empeño. Sé cuanto puede objetar V. á mi propósito, y le concedo á V. toda la razon que darse pueda; pero es inútil hacerme retroceder de la palabra empeñada: le he dicho á V. que mi adversario era un miserable, y con gente de esta naturaleza no hay transaccion posible. Pero V. sabe que el desafío tiene todo el carácter de una riña punible, hasta de un asesinato, si no es presenciado por testigos.

—Sí, me consta que la sociedad ha pretendido reglamentar este crímen—contestó D. Enrique con sarcasmo.

—En tal supuesto, yo me prometo de V. que no rehusará ser padrino mio, pues me hallo convencido de que su opinion, como la mia, es que los amigos son para las ocasiones graves, y esta es una de ellas.

D. Enrique titubeó un momento, pero le decidió una mirada suplicante de Mendoza.

—Cuente V. conmigo, D. Luis: es la mayor prueba de afecto que podia V. exigirme.

—Sin embargo, aun deseo de V. otro particular servicio. Si el lance me fuera mortal...

—Mendoza ¿por qué concibe V. tan tristes presentimientos?

—No los tengo, amigo mio; mas debo estar prevenido para todo. Si el lance me fuese mortal, repito, encontrará V. en el bolsillo interior de mi casaca una carta dirigida á D. Teodoro Gomez: irá V. á entregársela inmediatamente, y pondrá V. la noticia de mi muerte y mi encargo en conocimiento de D. José García, en Segovia.

—¿Y qué mas?—preguntó el padrino, con la gravedad que el caso requeria.

—Y escribirá V. á mi familia en la forma que su buena amistad le dicte. Mas, cuanto he dicho á V. es únicamente para el caso en que me sobrevenga la muerte: en cualquiera otro, nada absolutamente encargo á V. sino que me haga conducir á esta casa y se acuerde de que es mi amigo. Ahora descanse V. nuevamente, y no se impaciente por falta de puntualidad: yo despertaré á V. á la hora conveniente.

Entrambos amigos se estrecharon la mano y separáronse ocultándose mútuamente su emocion.

Mendoza entró en su cuarto, escribió algunas palabras en su cartera, y en seguida se quedó medio dormido, apoyada la cabeza en la palma de la mano. El jóven D. Cárlos se hallaba completamente tranquilo, y hasta su conciencia le garantía la rectitud de aquel acto de su vida, empeñado para recobrar el retrato de su madre, retenido por un miserable, que habia de traer muerte ó desgracia á cuantos se ponian en contacto con sus vicios.

CAPITULO VII.

El rastro de unos diamantes.

Mientras tenian lugar las escenas descritas en el capítulo anterior, verificábanse otras de bien distinto carácter en una de las comisarías de la policía matritense.

Hallábase el comisario poniendo un parte al subdelegado del ramo, dándole cuenta del estado de perfecta seguridad que se gozaba en la coronada villa, cuando uno de los dependientes de última esfera le enteró de que en la antesala se encontraban, con demanda de audiencia, dos hombres de malísima facha.

Un comisario de vigilancia puede pasarse sin recibir en un plazo breve y perentorio al mas pintado de los títulos de Castilla, si alguna vez tiene alguno de esos señores el mal gusto de entrar en relaciones con la policía, pero lo que no sería prudente de ningun modo es que un comisario entretuviera un solo minuto á dos hombres que se presentaban ante él con la recomendacion de su malísima facha.

—¿Conoce V. á esos hombres?—preguntó el jefe al dependiente.—¿Son confidentes?

—No, señor, antes al contrario me parece que hay confidencias sobre ellos.

—¿A qué género cree V. que pertenecen?

—Al malo, señor comisario; al peor de todos.

—Estos son los que no se pueden despreciar en nuestro destino. Un hombre verdaderamente malo será delator mucho mas fácilmente que un malvado á medias. Diga V. á esos bribones que pasen adelante.

Un momento despues parecian ante el comisario los dos bandidos que pocos dias antes habian mal vendido un aderezo de diamantes á la retumbante D.ª María de las Mercedes Riofrio de Alcázar.

No hay naturaleza mas dulce ni fisonomía mas compungida que la de un malvado vulgar colocado frente á frente de la justicia. Hay pillastre de profesion que puesto en el teatro de sus ínclitas hazañas, se encara y entabla pendencia desigual con una cáfila de esbirros y corchetes; y ese mismo pillastre tiembla como un azogado y habla á guisa de demandadero de monjas, cuando se encuentra á solas entre cuatro paredes con el mas tímido de los alguaciles de un juzgado.

Nuestros dos cazadores nocturnos, ó mejor pescadores, como ellos se titulaban con la mayor impudencia, parecieron ante el comisario barriendo con sus haraposas capas el suelo de la estancia, y dando mil vueltas entre las manos á sus grasientos sombreros, síntoma infalible de desconcierto ó temor.

El jefe de policía, hombre práctico en esta clase de reconocimientos, tuvo de sobra con una ojeada para descubrir que se las habia con dos tunos de profesion, que por milagro se habrian escapado de remar en una galera.

—Vamos á ver, ¿qué tienen Vs. que decirme?—preguntó el comisario, yéndose recto á la cuestion.

Los dos bandidos se consultaron con un gesto, y de esta mímica resultó una dósis de resolucion, hija sin duda de haberse confirmado en sus villanos propósitos.

—Nosotros...—dijo uno de los chulos— ya se ve... Como la vida cuesta un ojo...

El comisario creyó que se trataba simplemente del precio que aquellos dos miserables ponian á su delacion.

—Hablen Vs.;—dijo—la recompensa será proporcionada á la importancia del servicio.

No es esto precisamente, señor comisario; si V. quiere recompensarnos, sea en buen hora; y si no, tan amigos como antes. Pero... á

veces... Ya sabe V.: hay un refran que dice: por la boca muere el pez.....

El funcionario público empezó á ver claro en el asunto: aquellos dos hombres se presentaban á su autoridad estimulados, no por espíritu de codicia, sino de venganza. Sin duda eran dos criminales que iban á denunciar á otros de sus cómplices, y querian asegurarse anticipadamente de su impunidad.

Muy sensible es en semejante caso que la sociedad haya de renunciar al derecho de castigar á alguno de sus enemigos; pero en la dura alternativa de transigir con uno ó declararse impotente con todos, opta por lo mas conveniente, aunque á veces no sea lo mas justo.

Titubeó el comisario un instante, y por último dijo á pesar suyo:

—Esplíquense Vs. sin temor: haya lo que haya, saldrán Vs. á cubierto de todo.

—Es que... se han visto muchos ejemplos, y á nosotros nos es perjudicialísima la sombra.

—¡Acabemos! ¿Acaso soy yo quien ha mandado á buscar á Vs.?... —dijo el funcionario viendo tal pesadez.

Los dos bribones volvieron á dirigirse una mirada, que resultó ser afirmativa como la primera.

—Somos de V., señor comisario. ¿Ha oido V. hablar del robo de un aderezo de diamantes cometido en casa del banquero Sr. de Carranza?... Pues nosotros podemos dar cuenta del paradero de la joya.

—¿Vs.?—dijo el jefe de policía fijando en los dos chulos una investigadora ojeada.—¿Y por dónde saben Vs. tanto?

—Si V. pregunta mucho, es fácil que concluya por ignorarlo todo.

—Vamos á cuentas, porque conmigo no se juega. El aderezo á que se refieren ha estado durante estos dias en poder de Vs.... No hay que negarlo: tienen Vs. mi palabra, y esta debe bastarles para revelar cuanto sepan.

—Pues bien, sí señor, ha estado en nuestro poder; pero al presente se halla en manos de cierta dama, ó mejor diremos, de cierta bruja que habita en la calle de Hortaleza.

—¿A quién Vs. se lo vendieron?

—Tratamos de hacerlo; pero abusó de nuestra confianza, y nos arrojó de su casa pistola en mano.

—¡Hola! Con que encontraron Vs. la horma de su zapato... Pero huir dos hombres delante de una mujer...

—No es una mujer, señor comisario, es un demonio. ¿Cree V. que de otro modo comprometeríamos á nuestros bienhechores? Nos jugó una mala pasada, y nosotros hemos querido devolverla el cambio de su moneda falsa.

—Está muy bien: ¿cuales son las señas de la casa que Vs. denuncian?

Los chulos contestaron cumplidamente á esta pregunta, y el comisario registró un enorme *in folio* que tenia encima de la mesa.

—Está muy bien:—dijo—esa casa y esa dama hace tiempo que son sospechosas para la policía. Esa D.ª María de las Mercedes ¿tiene algun presentimiento del paso que han dado Vs.?

—Ninguno: la cuestion es coger á la pícara en el nido. Para que otra vez no abuse de la gente honrada.....

—Corriente: mañana á las diez en punto vuelvan Vs. por la comisaría y empezará la batida.

—Y ¿por qué no empieza ahora mismo? Cuidado con que el pájaro no tienda el vuelo.....

—No le tenderá, pierdan Vs. cuidado. Hemos encontrado el rastro: pero falta tomar ciertas medidas que aseguren el golpe. A las diez en punto estén Vs. en esta casa.

Los chulos se retiraron haciendo grotescas cortesías, y el comisario hizo avisar inmediatamente á los corchetes que permanecian de guardia en la contigua estancia.

—Que no se pierda de vista un punto á los dos hombres que han salido de esta casa: hasta mañana á las diez y media no se les debe quitar el ojo, y á la hora indicada, cualquiera que sea el sitio en que se encuentren, redúzcaseles á prision y sean conducidos á mi presencia.

Uno de los esbirros saludó, y saliendo de la casa, comenzó su operacion de rastrear la pista á los dos chulos.

—Dos de Vs.—prosiguió el comisario—pasarán á situarse á la calle de Hortaleza y examinarán sin quitar el ojo la casa señalada con el número 30. Procurarán Vs. indagar las señas de cierta dama que habita el cuarto segundo de esa casa, y si por casualidad saliese de

casa antes de las diez y media del dia de mañana, procedan Vs. disimuladamente á su arresto y condúzcanla á la comisaría. Tengan asimismo en cuenta las personas que frecuenten la casa, y no se dejen Vs. perder el mas insignificante detalle.

Designó el jefe de policía dos hombres, y partieron estos á ocupar sus atalayas.

—Un recado al secretario de la comisaría—dijo el funcionario público, finalmente,—previniéndole que se me presente sin pérdida de tiempo. Los demás pueden ir á sus habituales quehaceres.

Los satélites salieron de la estancia, en la cual pocos minutos despues entraba un jóven, tomando en presencia del comisario una actitud harto humilde.

—Sr. secretario,—dijo el jefe—ahora mismo se trasladará V. á la casa del Sr. de Carranza, el banquero que nos denunció el robo de los diamantes de su esposa: hará V. que le den las señas exactas del aderezo en cuestion y las pondrá V. por escrito á mayor abundamiento.

El jóven dobló la cabeza en señal de obediencia pasiva y dió un paso hácia la puerta.

—Oiga V.:—dijo el comisario—si el Sr. de Carranza pregunta á V. si hemos adelantado algo en nuestras averiguaciones, dígale V. que ya tenemos rastro, porque nada, nada enteramente pasa desapercibido del buen olfato de la policía madrileña. Ande V. con Dios, y á cualquiera hora que sea, vuelva V. con esas señas.

El secretario de la comisaría recogió su capa al paso y salió disparado como un verdadero corchete.

El comisario dió unos cuantos pasos por la estancia con aire de satisfaccion, saboreando de antemano los elogios que haria el público de su actividad y esquisito tacto. En esto llamaron discretamente á la puerta, y una voz dijo, desde el opuesto lado:

—Una carta han traido para el Sr. comisario.

Recibióla este, y aproximándose á la luz, fué á reconocer ante todo la firma del escrito. No la tenia.

—Un anónimo...—murmuró el funcionario público.—Parece mentira que para prestar un servicio á la seguridad pública, haya necesidad de ocultar el nombre... En fin, hágase el milagro mas que lo haga el diablo.

Y calándose los espejuelos, leyó lo siguiente:

«Señor comisario: mañana á las siete del dia debe tener lugar un duelo sangriento entre dos jóvenes de buena sociedad, junto á las tapias del Retiro. Es menester que la presencia de la policía evite una inminente catástrofe. Estando V. avisado, seria doble falta permitir que se consumase un hecho tan criminal.»

—Bueno.....—dijo el comisario, guardando el escrito.—Me se figura que de los dos contendientes, uno, cuando menos, debe tener poquísimas ganas de cruzar el acero con su contrario. De seguro no llegará la sangre al Manzanares...

Esta es la idea que generalmente se tiene formada de los duelos, costumbre que parece conservada por nuestra sociedad á beneficio de las fondas y colmados, en cuyas mesas se firman generalmente los tratados de paz. Esto y el haberse verificado una denuncia tocante á un hecho, por lo comun guardado como un gran secreto entre poquísimas é interesadas personas, hizo creer al comisario que se trataba buenamente de dos rivales que á poca costa y menos peligro, querian ganar fama de espadachines á la moda.

Sin embargo, nuestros lectores tienen motivos para creer que se trataba de un asunto algo mas formal.

—Iremos á apaciguar á los contendientes—dijo el comisario que no pecaba de perezoso.

Y continuó su informe al jefe superior del ramo.

Media hora despues el secretario de la comisaría se hallaba de vuelta con su encargo cumplido.

—El aderezo—dijo—es de diamantes montados en oro; se compone de collar, pendientes, brazalete y una hebilla para el cinturon del vestido; y todo por junto se halla encerrado dentro de un estuche de tafilete verde, con las iniciales D. C.; Dolores Carranza.

—Está muy bien, Sr. secretario: de esta hecha vamos á prestar un gran servicio á la seguridad pública.

—¿Se ofrece algo mas?

—Nada mas, sino que mañana á las seis y media en punto esté V. aquí para ir conmigo á impedir un atentado.

Aunque la perspectiva no era muy apetitosa, pues á ninguno le gusta correr en invierno las calles de Madrid á las seis de la madru-

gada, el pacífico y obediente secretario hizo un gesto de aquiescencia y se retiró consolándose con la esperanza de un ascenso, ó cuando menos de contraer méritos para llegar hasta él.

El comisario se embozó en su capa y salió á correr el distrito de su cargo, retirándose á la media noche sin mas que haber mandado conducir á sus casas á tres embriagados que habian escogido los adoquines por lecho, y haber desocupado de parroquianos dos despachos de vino, en los cuales, so pretesto de jaleo, tenian lugar escenas nada edificantes ni pacíficas.

Cuando nuestro funcionario público iba ya en retirada, se dirigió hácia la calle de Hortaleza, echando de ver con satisfaccion que sus dos esbirros permanecian en los puestos designados.

—¿Ha habido novedad?—preguntó el comisario.

—Ninguna.

—¿Quién ha entrado en la casa?

—Un solo caballero.

—¿Ha salido ya?

—Al cabo de una hora.

—¿Se ha observado alguna particularidad durante su permanencia en la casa?

—No, señor: únicamente despues de salir el caballero, han bajado á cerrar la puerta de la calle y todo ha quedado en el mayor silencio.

—Está muy bien, pueden Vs. retirarse, y mañana, antes de amanecer, estén otra vez en sus puestos.

El comisario se retiró muy satisfecho de haber recogido tan buen acopio de datos, y aguardó tranquilamente en su lecho á que el secretario viniera á despertarle, conforme se lo tenia prevenido.

A la media noche y cinco minutos el funcionario público disfrutaba de un sueño tranquilo como el de un niño. Esto prueba que en el año del Señor 1790 la policía española no se habia convertido en instrumento de unos partidos que aun no existian, y particularmente en pesadilla de una libertad, de la cual aun no habian asomado en España los primeros albores. ¡Cómo han cambiado despues los tiempos... y la policía!

Algunas horas despues, ó sea, á las siete de aquella mañana, y cuando apenas una que otra fuencarralera y uno que otro aguador

iban imprimiendo su huella en la helada escarcha de las calles de Madrid, dos carruajes se dirigian hácia la puerta de Alcalá, procedentes uno de la calle del mismo nombre, y otro de todo lo largo del Prado, al cual habia desembocado por el portillo de Atocha.

Con muy pocos minutos de diferencia uno y otro vehículo traspasaron aquella suntuosa puerta, y torciendo á la derecha, se detuvieron, uno despues de otro, apeándose del primero D. Luis de Mendoza con su amigo D. Enrique, y del segundo D. Cárlos Varner con su inseparable D. Jorge Gomez. Anduvieron aun separados algunos pasos, hasta que encontrándose en un sitio, verdaderamente resguardado de importunas miradas, hicieron alto entrambas parejas, á impulsos de un sentimiento igual de predileccion. A conveniente distancia quedaron los criados de los respectivos contendientes, vigilando las avenidas.

Entonces se reunieron los cuatro personajes, saludándose recíprocamente con bastante frialdad.

El paraje escogido formaba una especie de recodo en el camino de ronda que daba vuelta á la coronada villa, resguardándole de curiosos algunos grupos de arbustos y matorrales que formaban los bordes de un caminito, á cuyo término se veia una de las puertas de entrada del Retiro.

—Este sitio me parece el mas á propósito—dijo Gomez—¿Son Vs. de la misma opinion?

—De la misma—contestó D. Enrique lacónicamente.

Apartáronse prudentemente los dos combatientes, y los padrinos hicieron seña á los criados para que se acercasen.

Hiciéronlo así, y cada uno hizo entrega á su parte de dos espadas y una caja de pistolas, pasando en seguida á recoger los abrigos de sus respectivos amos.

Varner se quitó la capa, y so pretesto de entregarla al criado, llamó á este aparte y le dijo:

—Guarda este estuche, y si el duelo en que voy á entrar fuera para mí funesto, devuélvele hoy mismo á casa de D.ª María.

Y puso en manos del criado un estuche de tafilete verde. Los padrinos despidieron con un gesto á los lacayos, y estos fueron á colocarse, el de Mendoza en direccion al santuario de Atocha, el de Var-

ner en la de la puerta de Alcalá. Entonces el jóven Gomez entró con D. Enrique á establecer las condiciones del duelo: segun manifestó el padrino de Mendoza, y aceptó el de Varner, D. Luis optaba por la pistola, debiéndose hacer fuego á la distancia de quince pasos y á una voz de los padrinos, repitiéndose los disparos hasta tanto que uno de los proyectiles diera en el blanco del contrario. En seguida se reconocieron y cargaron las armas, y se sorteó á cual de los dos pares se daria la preferencia en el primer tiro, resultando ser favorecidas las pistolas de D. Carlos. D. Enrique las cubrió con un pañuelo blanco, y llamando á los dos contendientes, presentólas á Mendoza primero, y luego á Varner. Cada uno de los padrinos fué á colocar á su respectivo amigo en el punto de antemano designado, una vez medida la distancia, y un instante despues los dos adversarios, tendidas las pistolas, apuntaban mútuamente con pulso firme al corazon de su enemigo.

Gomez y D. Enrique se apartaron cuatro pasos: al tercer apreton de mano que el primero diera al segundo, este debia pronunciar la palabra homicida.

Reinó entonces un momento de silencio absoluto: los dos padrinos temblaban visiblemente revelando su emocion, sin perjuicio de la palidez que habia invadido su semblante. Varner se hallaba completamente dueño de sí mismo, y de sus entreabiertos labios se escapaba una sonrisa insultante: en cuanto á Mendoza, no podia estar tranquilo por mucho que aparentase estarlo: á pesar suyo no podia rechazar en aquel momento la imágen de su madre.

De repente, el solemne silencio fué interrumpido por la voz de D. Enrique que esclamó:

—¡Fuego!

Instantáneamente se oyeron dos detonaciones, y uno de los combatientes llevó la mano al pecho, bamboleó un momento, y vino al suelo antes de que los padrinos llegasen á sostenerle.

El herido era Mendoza.

D. Enrique y Jorge le prodigaron los primeros cuidados: Varner continuaba sonriendo y murmuraba:

—Cosas de niños... Este empeño por hombrear ha de ser su perdicion tarde ó temprano.

Y sin cuidarse del herido, salió en busca de su criado; pero el criado habia desaparecido.

Llamóle por su nombre; pero el criado no respondió por esto.

Un pensamiento torturador pasó entonces por la imaginacion de Varner.

—¡El miserable—dijo—me ha robado!...

Y dió algunos pasos por el campo sin rumbo fijo, dirigiendo á todas partes miradas escudriñadoras.

De pronto se detuvo: bajóse hasta el suelo y levantó su propia capa, que sin duda el criado habia dejado caer para huir sin embarazos.

Mas estaba de Dios que aquel dia corriera Varner de sorpresa en sorpresa: al levantar del suelo la capa, cayó de entre sus pliegues un objeto pesado de color verde.

D. Carlos lanzó un grito: aquel objeto era el mismo que poco antes habia entregado á su lacayo.

De suerte que lo único que se habia realmente perdido, era el criado.

—Del mal el menos...—murmuró Varner—Habrá tenido miedo...

Y metiendo el estuche en el bolsillo de su casaca, se embozó en su capa y se dirigió al sitio que acababa de regar con sangre de un jóven honrado. Mendoza aun no habia vuelto en sí, pero D. Enrique y D. Jorge, ayudados por el criado de D. Luis, procuraban restañar la sangre que se escapaba de la herida y devolver al jóven los sentidos mediante la aspiracion de fuertes álcalis.

Varner se fué directamente á Gomez, y tocándole ligeramente en el hombro, le preguntó:

—¿Ha perdido V. la memoria del dia en que estamos?

Jorge se sobresaltó, y cual si en efecto recobrase de improviso sus recuerdos, se apartó del lastimoso grupo, y dirigiendo á Varner una mirada suplicante, humilde, tal como puede dirigirla el hombre subyugado á aquél que le subyuga, dijo:

—Solo en V. confio; en V. que es fuerte, sereno, y da la muerte con la misma impasibilidad con que se espone á recibirla. Ya sabe V. de qué cosa tan pequeña depende mi dicha, procúremela V. y le habré debido aun mas que la vida.

—Viva V. muchos años, jóven; y vívalos muy placenteros: si la dicha de V. está en mis manos, yo las abriré para que V. la reciba completa de ellas. Sígame V.

—¿Y dejaremos á ese hombre en el apurado trance por que está pasando?

—Sr. de Gomez, el que hace un momento apuntó á nuestro pecho con el cañon de su pistola, no es nuestro amigo, ni tan siquiera nuestro prójimo. No sea V. blando de corazon, compañero; los compasivos están llamados á ser desgraciados en todo tiempo.

Jorge se hallaba en situacion tal, y tanto se habia dejado escurrir en la resbaladiza pendiente del vicio, que ya las virtudes iban tomando á sus ojos carácter de ridiculeces. Cuando el hombre llega á semejante estado, es que ya ha aparecido el primer grano de la gangrena; y una de dos, ó corta sin compasion el miembro corrompido, ó la muerte es inevitable.

El incauto jóven no se atrevió á replicar á su pérfido enemigo, y siguiendo á Varner llegó con él al sitio en que habian dejado su carruaje. El cochero habia descendido del pescante y estaba dando paseos para hacerse pasar el frio que era sumamente intenso, por cuyo motivo sin duda se habia levantado el cuello de su carrik, que aprisionaba por completo su semblante dentro de un aparato singular de paño burdo.

Varner y D. Jorge entraron en el vehículo, y el auriga al cerrar la portezuela, dijo con ese acento gallego tan típico de los cocheros de Madrid:

—Mi amu ¿á dónde vamus?

—A casa—contestó Varner arrellanándose en el fondo del carruaje.

Echó este á rodar con la rapidez permitida á un tronco de alquiler, y un cuarto de hora despues se detenia en la puerta de la casa de don Carlos, que la tenia en la calle de Atocha. Apeáronse el paladin y su padrino, y aquel dijo al cochero, inmóvil en el pescante:

—No te muevas: te necesitamos todo el dia.

—Está bien, mi amu—contestó el auriga con la flema propia de los gallegos.

Un momento despues los dos amigos, sentados en cómodos sillo-

nes y apoyados los piés en los morillos de la chimenea, discurrian tranquilamente sobre el hecho lamentable de aquella mañana, permitiéndose el Sr. Gomez soltar alguna pulla, que nada tenia de chistosa, á propósito de la singular inauguracion que tenia el dia de sus bodas.

—Es casual, con efecto;—dijo Varner—dos duelos en un mismo dia..... En el uno es V. padrino, en el otro ahijado... No le acontece esto á muchos hombres que tienen fama de duelistas.

—Y dígame V., amigo mio ¿para cuál de los dos lances cree V. que se necesita mas valor?

—Sin adulacion, Gomez: mucho mas valor se necesita para el segundo.

—Afortunadamente estará V. allí para infundírmelo... Pero aquí nos estamos muy tranquilos charla que te charla, y las horas transcurren rápidamente para nosotros. Hemos llegado al momento preciso en que no se puede demorar la presentacion del aderezo. Las joyas son tan indispensables en un casamiento como la bendicion del sacerdote.

—¿No tiene V. confianza en mí? ¿No le he dicho á V. que contase con el aderezo de boda?

—Ciertamente.....

—Pues parta V. tranquilo; entréguese por completo á la dulce satisfaccion que debe embargarle ésclusivamente, y anuncie V. á su bella prometida y á su padre, que yo soy el encargado de recoger las joyas en la platería. ¿A qué hora es el casamiento?

—Considerando que el tio de Amelia llegará este medio dia á mas tardar, se ha hecho la invitacion para las cinco de esta tarde.

—¿Estará sin duda lo mas notable de Madrid?

—El alto comercio y la banca mandarán á la ceremonia sus hombres mas graves y sus mujeres mas hermosas.

—En cuanto al refresco, baile y cena consiguiente, pierda V. cuidado: quiero que todo Madrid se haga lenguas de V. y que hasta la encopetada nobleza intrigue mas adelante para ser invitada á esos bailes que nos proponemos dar, á esas fiestas en que se derramarán pródigamente oro y perfumes, flores y armonía. Hoy comienza para V. una nueva vida de placer: libertad y dinero en abundancia: hé

aquí lo que significa para V. el matrimonio. En verdad, amigo don Jorge, que es V. en la corte de España el único novio digno de envidia.

—Y pensar que tan brillante perspectiva podia ser destruida en un momento por falta de un aderezo.....

—Siempre debió V. calcular que la buena amistad es fecunda en recursos.....

—Tiene V. razon, amigo mio, es fecunda é indulgente; tanto que ahora mismo me dará permiso para trasladarme á mi casa en el carruaje que tiene á la puerta. Hasta luego, mi salvador.

—Hasta luego, criatura afortunada..... ¡Ah! Y si tiene V. un instante desocupado, pásese V. por la casa de ese pobre diablo que ha tenido la desgracia de provocar mi enojo. Sin duda habrá ya espirado; pero en fin, es de buen ver que el padrino del contrario vaya á fingir un dolor que no siente.

—Quede V. tranquilo: cumpliré con la fórmula.....

—Y dígale V. que yo estoy transido de dolor por su desgracia;—añadió Varner con horrible sarcasmo—hasta el punto de que me dan vértigos suicidas... tentaciones de ahogarme esta noche....., en un mar de Jerez ó de Málaga seco.

Una carcajada cruel y estúpida puso fin al diálogo de aquellos dos hombres que hacian gala de la maldad de su corazon. Jorge salió para su casa, y Varner le despidió con una de aquellas miradas de pérfida compasion que revelan la peor de las maldades, la que se encubre bajo la máscara de la hipocresía.

¿Que es lo que habia pasado, mientras tanto, junto á las tápias del Retiro? Vamos á verlo.

D. Enrique habia llamado al criado de Mendoza, el cual á su vez solicitó el auxilio del cochero para trasladar á su amo: este habia vuelto en sí, y su amigo habia tenido la prudente precaucion de arroparlo, á fin de impedir que el aire de la mañana perjudicase su estado harto lastimero. Al honrado amigo de D. Luis no se le habia escondido la fea conducta observada por Jorge y por Varner, conducta que probaba la bajeza de sus sentimientos; pero como ni el sitio ni las circunstancias eran á propósito para desahogar con palabras inútiles una cólera, inútil tambien, prefirió guardar el resenti-

miento en la seguridad de que mas ó menos tarde tendria ocasion para desquitarse cumplidamente.

Hizo, en consecuencia, arrimar el carruaje al sitio de la catástrofe; mas en el momento de ir á trasladar al herido ¿cuál no seria la sorpresa de D. Enrique, viendo brotar del suelo, como quien dice, una porcion de gentes estrañas, á cuya cabeza marchaba, convertido en síntesis de la gravedad, nada menos que un comisario de policía?... Se repuso, empero, prontamente, y sereno, tranquilo en su conciencia, aguardó de pié firme al enemigo comun, que no se hizo esperar.

—Caballero,—dijo el comisario—en este sitio acaba de tener lugar uno de esos hechos punibles por la ley, dando por resultado la desgracia de ese jóven, cuya vida quizás se encuentra en inminente peligro.

—Sr. funcionario—contestó D. Enrique—cualquiera que sea la mision que está V. llamado á cumplir en este sitio, hágase cargo ante todo de que el peligro á que V. se refiere será tanto mayor, en cuanto mas se tarde á trasladar al herido. Yo me llamo D. Enrique de Guzman, soy bastante conocido en la corte, he servido de padrino á este amigo mio en el duelo que acaba de verificarse, y estoy pronto para responder á cualquiera cargo que la justicia quiera dirigirme por mi conducta.

—Está muy bien, caballero: ante todo sea conducido el herido á su casa; mas no estrañe V. si me tomo la libertad de acompañarle en el carruaje, pues me interesa recibir de ese caballero algunas declaraciones, no tanto para dilucidar la cuestion del desafío, como para recibir ciertas noticias que me han de ser sumamente interesantes en otro asunto que vengo persiguiendo.

Dió con efecto la órden de que Mendoza fuese conducido al carruaje, al cual subió en seguida con D. Enrique, y el vehículo echó á andar hácia la casa del herido, en la cual aguardaba ya un reputado cirujano, prevenido por el criado de D. Luis. Del reconocimiento facultativo resultó que la herida no era de la gravedad que se creyó en un principio, si bien se hacia indispensable guardar toda clase de precauciones, pues la calentura iba haciendo sus efectos y el delirio se iba revelando de una manera manifiesta. La idea fija de Mendoza en este punto, era jurar una y mil veces á un cierto D. José García,

de todos desconocido, que su sobrina no se casaria con el miserable que á mansalva concertaba su desgracia.

Convencióse el comisario de que el herido no podia ser interpelado en aquellas circunstancias, y se despidió de la casa, porque á todo esto se iban aproximando las diez de la mañana, y á esta hora sabemos que la justicia del distrito tenia que hacer en la casa de nuestra conocida, la prestamista.

CAPITULO VIII.

Preparativos de boda.

¡Cuán hermosa está Amelia!... Ya se ve: la felicidad es el mejor de los cosméticos para una niña que aun no ha cumplido diez y ocho años. Previene el libro verde, cronicon de ceremonias cuya encuadernacion destruida por los años, ha hecho que el libro llegara incompletísimo á nuestras manos, que en un dia de boda deben los esposos permanecer recogidos, graves, silenciosos y meditabundos. En verdad que no faltan, con semejante ocasion, motivos para estar todo esto y mas, porque si es verdad que en el mundo no hay mas que una media naranja para cada uno de los míseros mortales ¿quién no ha de estremecerse y santiguarse tres cuando estienda la mano para coger la suya donde hay tantas que se parecen?

Sin embargo, Amelia, que no era hipócrita, y que además habia vivido casi siempre en la casa de su marido, que iba á serlo en el instante de que dejara de ser poco menos que su hermano; no tenia porque ocultar su alegría ni medir con ojo azorado un porvenir que para ella debia parecerse mucho á su presente. Y este presente era hermoso, hermosísimo á juicio de Amelia.

Tenia, además, suficientes motivos para fijar su atencion en aquel dia solemne, ella, pobre niña que únicamente conocia el mundo por el cariño que le profesaba D. Teodoro, la fidelidad de su aya la buena

Lit. Vazquez.

Valentin.

Luisa, y el amor de Jorge que Amelia contemplaba á través del prisma de su deseo.

Una niña que está á punto de casarse y se encuentra tranquila respecto de su eleccion, bien puede decirse que se halla plenamente autorizada para pensar esclusivamente en su vestido de boda. Amelia tenia muchas amigas en la mejor sociedad de Madrid, y un dia de boda es una especie de gran gala para la novia, que está segura de atraer la atencion de damas y galanes. La prometida de Jorge queria parecer hermosa, no para satisfacer un capricho de pueril vanidad, sino para agradar á su esposo muchísimo mas que cuantas mujeres hermosas se reuniesen aquella noche en su casa.

Y para conseguirlo tenia reunidos notables elementos: su traje nupcial era un portento de riqueza y de buen gusto, y segun noticias dejadas entrever agradablemente por D. Teodoro, el aderezo de la novia corresponderia á la fama que Jorge tenia de buen gusto y esplendidez.

Tambien la casa del antiguo banquero habia sufrido algunas agradables reformas. Elegantes sillerías de madera barnizada de blanco con hojas y bellotas de oro, forradas de tapicería de colores distintos; espejos de grandes dimensiones, entre cuyas esculturas no habian sido descuidados los emblemas de himeneo, alfombras con pasajes de los tiempos heróicos, cuyo primoroso tejido nada tenia que envidiar al de nacion estranjera alguna, grandes arañas de cristal, reproduciendo por todas sus limpias facetas los colores del iris; en una palabra, cuanto ordenaba la severa elegancia de aquellos tiempos, se habia reunido en obsequio al plausible motivo que ocasionaba la fiesta.

La impaciencia habia hecho madrugadores á los habitantes de aquella tranquila mansion, incluso D. Teodoro. Sin embargo, Jorge habia madrugado mas que todos y salido de casa antes que ninguno.

Nuestros lectores saben ya á qué sitio le condujo su amistad con Varner.

Tristemente se inauguraba para Gomez el dia de sus bodas.

D. Teodoro se hizo conducir al Buen Suceso: era para él un dia muy solemne; se iba á decidir para siempre la suerte de las dos personas que mas queria en este mundo, é iba á implorar á Dios que

por algunas horas le dotase del don de prudencia para distinguir lo bueno de lo malo.

Nuestros abuelos se lo pedian todo á Dios, lo emprendian todo en su santo nombre.... Nosotros, los espíritus fuertes del siglo 19, sonreimos con desden cuando pensamos en las prácticas devotas de aquellos débiles mortales... ¡Cuán injustos somos!... Si quitamos de la criatura la confianza en Dios ¿á dónde elevaremos el perfume de nuestra alma?

Además, D. Teodoro tenia motivos muy especiales para fortificarse en aquella ocasion.

Su conciencia no se hallaba tranquila.

Salió del templo, regresó á su casa y llamó á su hijo: Jorge se hallaba de vuelta de su espedicion y compareció á presencia de su padre.

El anciano llamó á uno de los criados, y le dijo:

—Quiero estar solo con el señorito, enteramente solo, y hasta que yo vuelva á abrir esta puerta, para nadie estoy visible; para nadie, incluso para la señorita Amelia.

Jorge se sorprendió de la prohibicion absoluta que su padre acababa de hacer, y aun mas del tono solemne en que habia sido hecha. Pero en su interior se lo esplicaba todo, diciendo:

—El sermon de rigor: por fortuna es el último.....

Y tomó una actitud compungida, colocándose de pié ante su padre, que ocupaba uno de esos sillones antiguos, de alto respaldo y esculpido remate, parecido á aquellos en que los señores feudales administraban pocos siglos antes su alta justicia.

D. Teodoro hizo ademan de empezar dos ó tres veces su discurso; pero otras tantas la emocion ahogó sus palabras. Por último, fijando su mirada en Jorge, entre severo y cariñoso, dijo:

—Hijo mio, dentro de breves horas vas á tomar estado. ¿Has medido bien la importancia del papel que Dios y la sociedad te imponen al entregarte á una mujer por esposa?

El jóven Gomez no se hallaba preparado para responder á aquella pregunta: no se habia tomado el trabajo de estudiar el matrimonio sino bajo el punto de vista del interés que á él particularmente le traia, pero comprendió al momento que su posicion no era para dejar sin respuesta la primera pregunta del catecismo matrimonial.

—Padre mio,—dijo—comprendo la gravedad del cargo, y procuraré hacer feliz á Amelia.

—No esperaba menos de tí, Jorge, pero permite á un pobre anciano que puede hablar del mundo por esperiencia, hacerte algunas reflexiones en este momento supremo de tu vida. Vas á tomar esposa, hijo mio, y atiende á que esposa quiere decir compañera, pero no esclava; amiga, pero no súbdita.

—Tomaré lecciones en el ejemplo del comportamiento de V. para con mi madre.....

—Tu madre fué una santa mujer, cuyo recuerdo vive en mi corazon tan puro y tan animado como el dia en que la conduje al altar. Si quieres ser feliz en tu matrimonio, como yo lo fuí en el mio, ten presente que vas á constituir una pequeña sociedad en el seno de esa sociedad general que se llama el mundo; que el Señor te ha puesto al frente de tu familia para que seas su guia y la base de su felicidad, y que ninguno tiene mas obligacion de rendir estrecha cuenta de sus actos que aquél que voluntariamente toma sobre sí el empeño de labrar la dicha de cuantos vivan en torno suyo, es decir, de una esposa que se entrega á tí confiada, de unos hijos que tienen, al venir al mundo, el derecho de ser amados por su padre, mas que por nadie.

—Tambien en esto tengo en V. un ejemplo que imitar prudentemente, padre mio.

—Yo he hecho cuanto he podido; pero no lo he hecho todo. Perdóname si por un momento traigo á tu memoria tristes recuerdos; pero tu educacion ó mi vigilancia debieron ser incompletas cuando tu alma dió entrada á un vicio... á un vicio, hijo mio, que deja huellas horribles en el hogar doméstico.

D. Teodoro se detuvo un momento, y Jorge permaneció sin responder y con los ojos clavados en el suelo, como el niño que siente vergüenza de la reprension que le infiere su maestro.

—Jorge,—prosiguió al fin y al cabo el anciano—yo tambien tengo cuentas que rendir: hay en el cielo un hombre que antes de poco me las pedirá de la dicha de su hija. Ahora bien, si ese vicio fatal imperase aun en tu corazon, si al quererle arrojar de tu pecho tu mano no fué bastante vigorosa para arrancar hasta la última de sus rai-

ces, si es posible aun que retoñase en tu seno la planta de maldicion, cuyos frutos son veneno puro, mas activo que cuantos produce la América y alambican los hombres; detente, hijo mio, detente: no quieras que en el instante de tu muerte te atormente el grito vengador de las víctimas que habrias arrastrado contigo al fondo del abismo.

El jóven Gomez permanecia guardando el mayor silencio: cada una de las palabras de su padre despertaba en su conciencia un nuevo remordimiento, y asomaban á sus ojos algunas lágrimas, las últimas que habian quedado en el ya seco depósito de su corazon. Sentia violentos latidos, impulsos vehementes de arrojarse á los piés de su padre pidiéndole perdon por sus estravíos, formaba mil propósitos de labrar la felicidad de Amelia, en una palabra, fluctuaba entre el bien y el mal, entre su dolor y su egoismo. Pero ¿dónde lucha una sola vez esta pasion, que no sufoque todos los sentimientos delicados del hombre? Jorge temió las consecuencias de una declaracion espontánea; se hizo algunas ilusiones tocante á su propósito de nunca más pecar, y transigió con engañar á su padre, á un honrado anciano que, despues de Dios, habia rendido culto preferente á la pureza de su nombre, á la honradez de sus actos.

D. Teodoro se levantó de su asiento, dió á su semblante una espresion de mayor severidad, y designando á Jorge un retrato de mujer pendiente de una pared, le dijo:

—Jura, hijo mio, jura á tu madre que está en el cielo, que al unirte en matrimonio á Amelia no atiendes sino á labrar su felicidad, para la cual te sientes bastante fuerte, bastante digno.....

Jorge no se atrevió á levantar los ojos para contemplar el retrato de su madre: iba á mentir descaradamente á la faz de los vivos; pero no se atrevia á hacerlo á la faz de los muertos. En su miedo, harto fácil de comprender, temió que el semblante de su madre se iba á animar para echarle en cara su perjurio.

Su anciano padre, con un vigor impropio de su edad y de sus achaques, designaba el retrato y requeria á Jorge con la fórmula que antes habia ya pronunciado: el jóven hizo un esfuerzo, y dijo:

—Lo juro por la memoria de mi madre.....

—Gracias, hijo mio, gracias porque me has quitado tan grande

pena del corazon. Has hablado con tu madre; no quiera Dios que la memoria de esta venga á perseguirte en tiempo alguno. Abrázame; puedes retirarte.

Jorge hizo ademan de estrechar á su padre contra su seno y salió de la estancia, pálido, confundido, triste, temiendo que el perjurio cometido iba á atraer grandes desgracias sobre su cabeza.

Por de pronto no se encontraba bastante tranquilo para comparecer delante de Amelia, y aumentaba su zozobra la tardanza de Varner que no acababa de traer el suspirado aderezo. Su padre podia pedírselo de un momento á otro, Amelia podia hacer otro tanto, y el jóven estaba seguro de que su emocion le venderia si llegaba á encontrarse en semejante compromiso. Para ahuyentarlo resolvió salir de casa, y cumplir con lo que Varner llamaba fórmulas, yéndose á enterar de la salud de Mendoza.

Mientras tanto Amelia empezaba á inquietarse por la tardanza de su tio: parecíale que, á tenor de su carta, tenia el anciano tiempo bastante para haber llegado á Madrid, y la jóven temia que llegara la tarde, en cual caso hubiera sentido tener que ir al altar sin ser acompañada por un solo pariente, como pudiera una de aquellas criaturas que se hallan en el mundo solas y abandonadas, sin otra vigilancia que la mirada tendida por el Señor sobre todas sus obras.

—¿No es verdad, Luisa,—decia á su fiel aya—que la tardanza de mi tio da que pensar?

—Señorita, Cádiz no está tan cerca de Madrid como Carabanchel, y en un viaje largo pueden ocurrir mil accidentes, que, sin ser personales, pueden muy bien detener en su viaje á un caballero.

—Sin embargo, segun nuestros cálculos, mi tio debió haber llegado á primera hora de esta mañana.....

—Pero nuestros cálculos se hicieron sin contar con el mal estado de los caminos, las lluvias, las nieves, las ruedas de los carruajes que se rompen, los caballos que rebientan, y otros muchos entorpecimientos inherentes á una tan larga caminata. Quiere decir que su tio de V., que aun no ha llegado, puede llegar de un momento á otro.

—¿Y si nos encontramos á las cinco de la tarde y mi tio no está en Madrid?

—En tal caso, tendrá V. que ir al altar sin su tio, que al fin y al cabo no es tan esencial como el novio.

—Te confieso, Luisa, que lo sentiria de veras.....

—Y ¿qué hacerle? Ya debe V. suponer que no es cosa de decir á los convidados que se retiren. Tanta gente como se reunirá esta tarde en estos salones... Poquita campanada se armaria si los despedia V. sin que presenciasen el enlace..... Hay mujer de aquellas que se mueren de envidia, que se permitiria hasta creer en un rompimiento.

Amelia permaneció un instante silenciosa: la tristeza iba ganando terreno en aquel corazon que un momento antes rebosaba alegría. Luisa se apercibió de aquel cambio, y dijo:

—Señorita ¿por qué se aflige V.? ¿Qué falta le hace un tio á quien apenas conoce?

—No sé que te diga, pero es tan triste tender á todas partes la mirada, y hallar siempre unos mismos ojos y estos indiferentes, frios; y no encontrar un semblante que refresque en mi memoria la fisonomía dulce de mi madre, ni una persona que enseñe como se lleva con fiereza el nombre de mi padre.....

—Diantre..... los de casa no somos tan poco amigos de V., señorita, que no pueda contarnos como de la familia.

Amelia tendió los brazos á Luisa, y esta se arrojó en ellos. Poco despues las lágrimas de entrambas se confundian, como confundidas subieron al cielo las aspiraciones de entrambas encaminadas á la felicidad del matrimonio próximo á celebrarse.

Poco á poco, empero, fué disipándose la nube de tristeza que habia envuelto el semblante de Amelia: las niñas de diez y siete años dan poca importancia á esa especie de misteriosas indicaciones que Dios hace algunas veces al corazon de sus criaturas, y que estas han bautizado con el nombre de presentimientos.

Luisa, ganosa de alejar los tristes pensamientos que asaltaban á la jóven, tan pronto como la vió un poco mas tranquila, inclinó la conversacion al lado opuesto, hablando de lo que nunca disgusta á las jóvenes á quienes el espejo ha llamado hermosas, una sola vez á lo menos.

—Hoy—dijo—se reunirá en esta casa lo mas elegante de la sociedad madrileña: estas salas darán acogida durante algunas horas á

las mas bellas mujeres de la corte, y entre todas ellas, V., la mas hermosa y la mas elegante de todas, reinará en la fiesta y deslumbrará á sus antiguas compañeras de colegio.

—¿Te parece que escitaré hasta tal punto la atencion?

—¿Qué es la atencion?... escitará V. la envidia, y el señorito Jorge se embriagará de orgullo.

—No de orgullo, de amor quisiera yo verle embriagado en mis brazos. ¿Si supieras cuan contenta me hallo desde que me dirige palabras cariñosas, y me dedica media hora todas las noches, formando planes para nuestro mútuo porvenir? ¡Oh! dígote que ha sido para todos nosotros una gran felicidad esa conversion de Jorge y que debemos estar sumamente agradecidos á su nuevo amigo el Sr. de Varner.

Luisa no pudo ocultar una mueca que contradecia ciertamente la última parte del razonamiento de Amelia. Apercibióse esta del gesto, y dijo sonriendo:

—¿Aun no puedes rectificar el concepto que tienes formado de don Carlos?

—¿Qué quiere V., señorita? El hombre y la mujer son tanto mas tercos cuanto mas entran en años. Además, la esperiencia nos hace desconfiados, y yo he venido al mundo muchos años antes que V.

—Y ¿en qué fundas tu antipatía para con ese caballero, mi buena Luisa?... Tú, tan sencilla, tan condescendiente, tan dispuesta á perdonar.....

—Hay cosas, señorita, que se sienten y no se esplican... Yo ignoro, v. g., en qué consiste que el perro del portero ahulla ó ladra siempre que el Sr. Varner entra en esta casa; pero lo cierto es que nunca deja de dar esta prueba de indocilidad y poca simpatía á la vista del caballero.

—¿De suerte es que mi señora D.ª Luisa funda sus sospechas en los ladridos de un perro?...—dijo Amelia, acompañándose con una sonrisa burlona.—¿Sabes que es muy poco cristiano eso de creer en agüeros?

—Dejémoslo correr, señorita: cuando sea V. casada, sabrá perfectamente lo que le conviene y se gobernará conforme su buen talento le aconseje. Hoy por hoy tenemos asuntos mas serios en que ocupar-

nos. ¿A qué hora quiere V. empezar su tocador de novia? Mire V. que este es asunto grave, muy grave, algo mas grave de lo que parece á primera vista. El peluquero y la modista han estado ya á recibir órdenes, y no es cosa de que luego tengamos que precipitarnos en las operaciones.

—Tanto empeño tienes en hacerme parecer hermosa.....

—Señorita, Dios, que no me dió hijos de mi matrimonio, comprendió que no debia tenerlos la que los hubiera pospuesto al cariño que profesa á V.

Amelia por toda respuesta estampó un ruidoso beso en la frente de Luisa, y en seguida, con una curiosidad verdaderamente infantil, entró en el gabinete dispuesto para tocador de la novia.

En nuestros dias se da escasa importancia á este departamento del hogar doméstico; pero en la época á que nuestro libro se refiere, época de fórmulas y solemnidades, de chorreras, hebillas y espadines, un tocador de novia preocupaba tanto ó mas que el traje nupcial, del cual, por decirlo así, formaba el estuche. El de Amelia habia sido dispuesto con sumo buen gusto.

Figúrense nuestros lectores un gabinete mas bien pequeño que grande, cuyas paredes habian desaparecido detrás de una tela de color de rosa claro, sembrada de flores de un tejido admirable, atendidos los escasos adelantos de la época y á ser trabajado en España, circunstancia que los hacia doblemente preferibles á los ojos de don Teodoro. Colocado entre dos balcones se veia el tocador de la desposada, con su mesa cubierta de mármol, su marco de plata primorosamente cincelada, y su doble cortina de tul blanco con guarniciones de encaje, prendida en el remate por una cinta de raso azul, que formando una especie de abollado, sustentaba un emblema de himeneo, tambien de plata, que consistia en dos palomas tendiéndose mútuamente el pico y sujetando con sus pequeñas garras una doble antorcha.

En torno de las paredes habia unas elegantes y al parecer delicadas sillas con asientos de cordon de colores muy bien combinados, y en cuyos barnizados respaldos una mano diestra en manejar pinceles, habia pintado, con ayuda de dos solas tintas, agradables escenas de amorcillos entregados á los distintos juegos y recreos de la niñez. Sobre un grupo formado por tres de estas sillas se hallaba cuidado-

samente depositado el traje nupcial de la hermosa Amelia, medio oculto por grandes tiras de encajes de Cataluña.

Encima del tocador una mano solícita y previsora habia depositado esos distintos chismes, esas importantes frioleras, indispensables para las mujeres, secretos de todos los tiempos, mentiras de todos los paises para obtener lo que las niñas poseen de sobra y las viejas nunca tendrán como lo desean. Hay una frescura que no se vende, una lozanía que no se pinta, un carmin que no se espende en boticas, talleres, droguerías ni peluquerías; es el carmin de diez y ocho abriles matizando un semblante no manchado con un solo beso impuro.

Entre aquellos diges habia un precioso ramo de azahar elaborado por mano diestra; adorno el mas lindo y delicado que puede ostentar en su seno la jóven que camina hácia el altar con la modestia reflejada en los ojos y el rubor en la mejilla.

En una palabra, todo se hallaba dispuesto, todo preparado, escepto una cosa esencialísima.

El aderezo de la novia.

Dejemos á Amelia que saboree los sencillos placeres propios de su último dia de niña, y trasladémonos á la cabecera de D. Luis de Mendoza, que abre los ojos cual si despertara de un pesado sueño y se estremece al encontrarse en su ensangrentado lecho. Poco á poco recobra la memoria de los recientes acontecimientos, y su amigo D. Enrique, que no le desempara un instante, le ayuda á reunir sus recuerdos, para no fatigar la inteligencia del herido. Este murmura, entre enojado y placentero:

—Siento no haber podido castigar debidamente á aquel miserable... ¡Cómo ha de ser!... Peor para él: Dios se lo demandará en su dia.

D. Enrique prodigaba toda clase de atenciones al herido, habiendo dado la órden al criado de que no se le pasara recado alguno si no era de persona ó cosa de mucho interés. No sin emocion, por lo tanto, vió al lacayo que pocas horas antes le habia seguido al lugar del combate, llamarle por señas desde la puerta y hacer tales gestos que revelaban en él una gran dósis de sorpresa.

El padrino de Mendoza salió de la estancia, dejando en ella al criado, que repetia por lo bajo:

—¡Qué escándalo! Y ese hombre es muy capaz de creerse que tiene vergüenza.....

¿A quién se referia el nombrado sirviente con tales indirectas?... Se referia á D. Jorge Gomez que, insiguiendo las prevenciones de Varner, se presentaba para enterarse de la salud de D. Luis.

Mas como el amigo de este, D. Enrique, no habia echado en olvido la grosera y hasta inhumana conducta seguida aquella mañana por el novel padrino y su torpe ahijado, creyó que se le presentaba una ocasion magnífica para desquitarse de aquella mala pasada.

—¿Qué se le ofrece á V.?—preguntó lacónicamente á Jorge despues de un saludo harto frio.

—Vengo á enterarme, y en representacion asimismo de mi amigo el caballero Varner, del estado de salud en que se halla el herido.

—El herido—contestó D. Enrique, acentuando muy particularmente sus palabras—se halla lo suficientemente malo para recordar con su memoria á V. y á ese su amigo *el caballero*, la singular conducta que han observado esta mañana. Quede V. con Dios.

Y dió un paso hácia la puerta; pero D. Jorge no se avenia del todo con la respuesta, ni con el tono en que le fué dada, y adelantándose hácia D. Enrique, dijo:

—Caballero, esa respuesta que se ha servido V. darme, exige una esplicacion.

D. Enrique se detuvo como quien aguardaba ya ser interpelado en tales términos.

—La esplicacion que V. me pide—respondió—no la doy sino á quien se encuentre á la altura de mi dignidad.

—Semejante ofensa.....—esclamó Gomez adoptando una actitud poco tranquila.

—No he tratado de ofender á V., señor mio: ignoro quien es, y supongo que me evitará V. el disgusto de tener que saberlo. Por lo demás, cuando no se conocen las leyes del duelo, es menester á lo menos sustituirlas con las de la buena educacion.

—Las palabras de V. me ofenden.....

—Tambien yo me he ofendido por los hechos de V. y de su amigo; sin que olvide V. que no soy yo quien le ha llamado á esta casa.

Y sin proferir mas palabra, desapareció de la presencia de su in-

terlocutor. En cualquiera otro caso, hubiera Jorge intentado castigar al atrevido que le prodigaba tamaño insulto; pero el jóven Gomez se hallaba aun bajo la influencia de la escena habida poco antes con su padre, y mientras una voz imperiosa gritaba á su corazon ¡venganza! otra vez terrible gritaba á su oido ¡espiacion!.....

Esta última pudo mas en aquel momento: Jorge sintió que la sangre arrebatada á su cabeza le amenazaba con un estallido y salió de la estancia y de la casa teniendo necesidad de apoyarse en las paredes, ni mas ni menos que un embriagado.

Enrique dió cuenta á Mendoza de la escena que acababa de tener lugar: el herido pareció disgustarse por la provocacion de que habia sido objeto el jóven Gomez, y dijo:

—Lo siento vivamente, amigo mio: ese muchacho es víctima de un miserable á quien yo creí desarmar esta mañana, y entonces habria estado seguro de rescatar un alma. Ahora, Dios sabe en el fondo de que abismo se estrellará el infeliz.. .

—Cuando ese hombre se haya estrellado, la sociedad se habrá librado de un enemigo. Quien hace un cesto hará ciento, y quien mal anda mal acaba.

—Sin embargo, en mí es un deber neutralizar los efectos de su conducta. Tengo noticia de que este hombre intenta envolver en su ruina á un ángel de candor, y es imposible que, sabiéndolo yo, no trate de impedirlo.

—¿De qué manera?

—Oigame V., y podrá asociarse á mí para llevar á cabo una buena obra.

Y D. Luis empezó á contar á su amigo D. Enrique la historia de su encuentro con el tio de Amelia, García el de Cádiz. Mas como nuestros lectores conocen ya la relacion, permítannos que dejando á Mendoza ocupado en tan caritativos pensamientos, acabemos de ponerles al corriente de las escenas que preludiaron la boda de nuestro protagonista.

El comisario de policía, que tanto empeño habia puesto por descubrir el robo de los diamantes de la casa de Carranza, acudió en la mañana de aquel dia al sitio en que se le habia notificado que iba á tener lugar un duelo; mas cuando pensó poner término á este lan-

ce mediante su simple aparicion y la de su adjunto el secretario de la comisaría, hízole este que contuviese el paso, mostrándole desde lejos al criado de Varner que contemplaba el estuche que le confiara su amo. Los rayos del sol daban tan de lleno en los diamantes y estos eran de tan perfecta calidad, que la vista se deslumbraba al ser herida por el foco luminoso.

El criado á su vez se hallaba tan preocupado contemplando el tesoro que su amo le habia confiado, que no echó de ver al comisario y á su dependiente, que por distintas veredas y dando un grande rodeo, se iban aproximando á él, guardando las mayores precauciones. Así consiguieron los dos empleados de policía colocarse á espaldas del curioso criado y examinar con toda facilidad el estuche y su contenido.

El comisario, hombre ducho en rastrear criminales, formó su plan en un santiamen. Hace al secretario una seña, arrójase este encima del criado y cúbrele la boca con un pañuelo, operacion inútil, pues aun mas que la improvisada mordaza le anuda la voz en la garganta, la vista y el frio contacto del cañon de una pistola que el comisario apunta impasible en su frente, haciéndole seña de que calle y siga.

Aquel encuentro inesperado distrajo al funcionario público del principal objeto que le habia conducido á tal sitio, así fué que cuando quiso volver por los duelistas, ya habia tenido lugar la catástrofe.

El jefe de policía se guardó muy bien de apoderarse de los diamantes: harto comprendia que un criado con librea no habria robado un tesoro por el placer de trasladarle fuera de las tapias de Madrid á fin de contemplarle como un papamoscas. Dejó en el suelo la capa de Varner y el estuche con los diamantes, dió al secretario órden para entregar el prisionero al primer individuo del cuerpo que encontrara en su camino, y regresó velozmente al mismo punto con tres ó cuatro polizontes, uno de los cuales fué metamorfoseado acto contínuo en cochero del carruaje de Varner.

De esta suerte y sin escitar la mas mínima sospecha, iba el comisario tendiendo las redes que habian de darle por resultado cazar á tantos pajarracos. Asegurado de Varner y de su criado, faltaba atar todos los cabos practicando una desagradable visita en la casa de la viuda de Alcázar.

A las diez en punto salia el comisario de su casa en un carruaje, dentro del cual iban asimismo el secretario de la comisaría, y los dos chulos, Carando y el Pelado. El jefe de la espedicion fué el único que salió del vehículo y fué en derechura á llamar á la puerta del cuarto segundo, en que habitaba la mentida viuda. Habia abarcado el asunto con mirada de verdadero polizonte práctico, y estaba seguro de encontrar la esplicacion de como un aderezo depositado en poder de una dama habitante en la calle de Hortaleza, se encontraba junto á las tapias del Retiro en poder de un lacayo que guardaba las espaldas á unos duelistas.

El comisario tomó asiento sin aguardar á ser invitado, y empezó de esta manera:

—Esta mañana ha tenido lugar un duelo junto á las tapias del Retiro.

La viuda hizo un ademan de asentimiento, mas luego, como si tratase de rectificar, contestó:

—Diga V. mejor: debja tener lugar un duelo.....

—Lo que he dicho está bien dicho, señora: el desafío se ha llevado á cabo.

D.ª Maria no pudo ocultar un movimiento de sorpresa, que el comisario unió á su recopilacion de pruebas.

—¿Se estraña V. de que dos jóvenes se den una cita para pegarse mútuamente de estocadas ó balazos?

—No, señor, pero yo habia entendido que la autoridad tenia conocimiento del hecho.

—Es verdad, y lo tenia por cierto escrito anónimo que la dirigió V. ayer noche, por mas señas.

La encubridora contempló al comisario con cierta sorpresa mezclada de espanto.

—¿Podré saber—dijo—á quien tengo el honor de hablar, que tan enterado parece estar de mis asuntos?

—A un ente bien insignificante en la sociedad, á un funcionario que pasa desapercibido entre el bullicio cortesano; en una palabra, al comisario de policía del distrito.

La viuda palideció ligeramente: no gustaba de entrar en intimas relaciones con la justicia. Mas repuesta de la primera impresion, pro-

curó dar á su semblante una espresion de afabilidad contra la cual se puso en guardia el funcionario público, y dijo:

—Al comisario del distrito..... ¿A qué debo el honor de semejante visita?

—Suplico á V. que prescinda de mi carácter especial, y vea en este paso la simple correspondencia de un hombre bien educado. V. tuvo la amabilidad de escribirme una carta, y yo vengo á darle las gracias y á traerle la respuesta.

—¿Se aprovechó V. del aviso que le fué comunicado?—preguntó la viuda sin declararse su autora.

—Confieso ingénuamente que me he portado con alguna torpeza: yo no creia en las consecuencias de ese duelo, que sin embargo las ha tenido, y por desgracia muy sensibles.

D.ª María no pudo contener su emocion: se la hablaba de sensibles consecuencias de un duelo en el cual se hallaba empeñado el hombre á quien profesaba un cariño inmenso, incomprensible en aquella alma degradada y corrompida; y á mayor abundamiento el comisario parecia complacerse en prolongar su inquietud, teniéndola en la incertidumbre del desenlace.

—Caballero!—esclamó algo indignada—V. mismo ha declarado hallarse advertido de que se habia concertado un duelo, y el deber de V. era acudir al lugar que se le denunciaba y evitar un delito á todo trance.

—Pues ¿qué otra cosa he hecho?...—contestó el comisario con grandísima flema.

—Entonces ¿cómo es posible que encontrándose V. en el terreno, el desafío haya tenido consecuencias sangrientas?

—Ahí verá V., señora... Ello es que las tuvo. Mas, puesto que V. se complace en hacerme cargos, sírvase á su vez responder á algunas preguntas mias. ¿Qué interés tenia V. en denunciarme el hecho?

La viuda no dió respuesta alguna, y el comisario repitió la pregunta.

—Pero ¿qué interés tiene V. en suponer que yo he sido autora de ese anónimo?

—Mera curiosidad... Ya he tenido el gusto de decir á V. que me tomase en este momento por un amigo.

D.ª María adoptó una resolucion heróica: iba á descubrir su pasion por Varner, y lo iba á hacer ruborizándose de aquel amor, que era sin embargo el punto menos negro en el corazon de la encubridora.

—Pues bien, sépalo V.: —dijo con mucha vehemencia—yo he escrito á V. esa carta, prestando con ello un gran servicio á la moral pública; y el motivo que á ello me ha impulsado es que de los desafiados, el uno de ellos es mi amante. ¿Quiere V. mas?

—¿Qué he de querer, señora?—dijo el comisario no ocultando por cierto su satisfaccion.

—Y ahora ¿tendrá V. algun inconveniente en decirme cual de los dos campeones ha sido el desgraciado en el duelo?... Conociendo el motivo que me impulsa, supongo no llevará V. su crueldad hasta el estremo de prolongar por mas tiempo mi incertidumbre.

El funcionario público hizo asomar á sus labios una burlona sonrisa, y respondió:

—Es una lástima que los comisarios de policía estemos privados de tener corazon. Únicamente así se esplica que la tenga á V. en zozobra contra mi voluntad. Pero yo confio en que vamos á entendernos perfectamente.

La mirada de la viuda reveló instantáneamente el mayor enojo: tiró fuertemente del cordon de una campanilla y compareció el criado de la librea, que se detuvo en el umbral de la puerta.

—Vaya V. ahora mismo—dijo—á casa de D. Cárlos Varner á preguntar de mi parte por su estado.

El criado se inclinó respetuosamente y salió de la estancia.

—Ahí tiene V.—dijo la viuda triunfante—como á pesar de todo, saldré de mi cuidado.

—Por el conducto que acaba V. de emplear, lo dudo muchísimo.

—¡Cómo!...—esclamó D.ª María con mucho orgullo.—¿Desobedeceria ese criado las órdenes mias?

—No por cierto; pero no tendrá V. que reprenderle si acaso mis gentes le impiden cumplir con ellas.

La de Alcázar comprendió perfectamente su posicion; pero antes de rendirse quiso tentar el último esfuerzo. Púsose de pié con un movimiento que tenia algo mas de grosero que de digno, y dijo:

—Pues ahora veremos si sus esbirros de V. me impedirán á mí salir de esta casa.

—V., señora, seguirá mis consejos y se mostrará tan dócil como debe serlo.

—¿Y si yo me rebelase contra semejante atropello?—preguntó la encubridora dando un paso.

—Me pondria V. en la necesidad de decirla: señora, no se pasa.

Y el comisario se interpuso entre la puerta y la viuda.

—¿De suerte es—dijo esta última reprimiendo bastante mal su despecho—que estoy presa?

—Precisamente presa, no; pero está V. detenida.

—¿Hasta cuando?—preguntó D.ª María dejándose caer en un sillon con menos calma de la que pretendia demostrar.

—Hasta tanto que desee V. de veras saber el desenlace del duelo que tenia V. denunciado.

—¿Deseo yo otra cosa, por ventura?—esclamó la dama poniéndose en pié.

—Pues va V. á saberlo y á salir de esta casa ahora mismo, si me esplica V. en qué consiste que el caballero D. Cárlos Varner se encuentra ser poseedor de un aderezo de diamantes, robado hace pocos dias á la esposa del señor de Carranza.

Por mas esfuerzos que hizo la viuda y por muy prevenida que estuviese para contestar á cualquiera pregunta comprometedora, no pudo ocultar su sorpresa. Era, en efecto, maravilloso lo que sabia el comisario.

—¡Caballero!—dijo fingiendo un resentimiento que en realidad no era sino coraje—ignoro de qué aderezo me habla V., y me estraña sobremanera que se atreva V. á hablarme de robos y crímenes. ¿Por quién me ha tomado V.? Soy la viuda de un jefe esclarecido del ejército, y me es tan fácil encontrar personajes de alta categoría que respondan de mi persona, como hombres decididos que le hagan pagar á V. caro semejante ultraje. No pretenda V. continuar esta entrevista: la viuda de Alcázar no puede descender á este terreno.

El comisario se hallaba preparado contra esta esplosion de mal humor, y con una sonrisa muy indigesta acabó de desconcertar á la exasperada matrona.

—¿Tiene V. algo mas que añadir á su última respuesta?

—Ni que quitar tampoco, caballero. Lo único que le suplico es que me deje V. en paz ahora mismo.

—Es imposible, señora: la justicia debe seguir su curso.

Y tirando á su vez el comisario del cordon de la campanilla, dijo al curro que apareció en la puerta:

—Prevenga V. á los hombres que encontrará junto á esta casa en un carruaje, que suban ahora mismo, sin permitir que la persona detenida hable con persona alguna.

El criado, aleccionado por la esperiencia de su compañero, trasladó el recado con toda puntualidad.

Un momento despues penetraba en la estancia el secretario de la comisaría acompañado de Carando y el Pelado. A la vista de estos dos miserables comprendió la viuda la traicion de que había sido objeto y se dejó caer en un sofá, desviando la mirada del grupo de sus acusadores. Estos demostraban en su semblante el colmo de su vengativa satisfaccion.

—¿Es esta—preguntó el jefe de policía—la dama á quien acusan Vds. de encubridora del robo de los diamantes?

—La misma—contestó rotundamente el Pelado.

—Tan cierto como que mi padre murió remando en servicio del estado—añadió Carando.

—Y V. ¿qué dice á esto, señora?

—Digo que esos dos hombres se vengan de mí como dos infames que son.....

—Toma...—dijo con mucha sorna uno de los delatores—Con que V. se permitia robarnos descaradamente, amenazarnos pistola en mano, echarnos á puntapiés por sus lacayos..... y se enoja si nos desquitamos á nuestra manera..... Vamos, princesa, sea V. mas justiciera, que dónde las dan las toman.

La fingida viuda se sentia ahogar por el despecho: incapaz de defenderse en semejante estado, quiso desahogar su cólera llenando de improperios á sus acusadores; pero el mismo arrebato de las sangres anudó la voz en su garganta. Carando, complaciéndose en aquella situacion, continuó:

—Si el Sr. Comisario no quiere dar entero crédito á mis palabras,

yo le indicaré el sitio de esta casa donde esa dama acostumbra á recibir á las gentes de nuestra catadura, y si busca con maña, es muy fácil se convenza de que hay aquí algo mas aun de lo que busca.

El jefe de policía no despreció el consejo ciertamente: dejó la dama bajo la vigilancia del secretario y empezó á practicar un detenido reconocimiento en la casa.

Al cabo de una media hora entró de nuevo en la estancia, y aproximándose á D.ª María, le dijo:

—Señora, el deber de cumplir con mi destino me obliga á ser inexorable. A la puerta de esta casa nos espera un carruaje: supongo que no me obligará V. á dar un espectáculo disgustante.

—De suerte es que me lleva V....

La infeliz no pudo concluir la frase: fué necesario que el comisario la completase.

—La llevo á V. presa:—dijo este último—su delito de V. es ser encubridora de efectos robados.

Entonces tuvo lugar una escena triste y repugnante á un tiempo. La supuesta viuda del supuesto coronel prescindió por completo del tono altivo que hasta aquí se habia impuesto, y se transformó en mujer que apela al gran recurso del sexo débil, las lágrimas. Suplicó, lloró, se arrastró á los piés del comisario; pero este habia dicho ya perfectamente que un jefe de policía estaba obligado á no tener corazon, ó en otro modo á no manifestarlo.

Cuando la encubridora se hubo convencido de que su desesperacion, real ó fingida, no la sacaria del mal paso en que su conducta la habia colocado, renunció al sentimentalismo y se dejó arrastrar por los impulsos de su naturaleza. Allí no quedaba mas que Curra la de Sevilla, la manola descocada del barrio de Triana, vomitando por su impura boca improperios y maldiciones. El comisario no sabia que partido tomar para poner un término á aquella situacion violentísima, cuando se le ocurrió una idea luminosa.

—Señora,—dijo aproximándose á la acusada—si se deja V. conducir al coche sin dar lugar á un escándalo, que de nada aprovecharia á V., juro darle á V. una noticia que sin duda le interesa sobremanera.

—¿Referente al desenlace del desafío?—preguntó súbitamente la encubridora.

El comisario hizo una señal afirmativa.

—Condúzcame V. á donde quiera—añadió con serenidad completa aquella mujer á quien Dios castigaba, sin duda por emplear tan malamente el tesoro de su amor.

—En este caso, sepa V. que su amante ha salido ileso del combate, habiendo herido malamente á su contrario.

Un rayo de orgullo iluminó la sombría mirada de la desgraciada criatura: envanecíase esta de aquel nuevo rasgo de la destreza y fortuna de Varner. Entre esas mujeres degradadas se observa una especie de vanidad salvaje, fundada en los amores de algun miserable cuyo único mérito consiste en distribuir los mas chirlos al prójimo y recibir los menos posibles. Curra no habia podido renunciar á esta costumbre, á esa especie de comercio entre el vicio y el crímen: únicamente que cuando su estrella la condujo á pisar alfombras en lugar de barro infecto, el florete y la pistola en las manos de sus nuevos amantes sustituyeron á la navaja y al trabuco.

La acusada subió al carruaje y partió para la cárcel acompañada del secretario de la comisaría. El jefe se quedó en el portal y despidió á los dos bribones, causa principal de aquella escena.

Apenas Carando y el Pelado estuvieron á veinte pasos de distancia, hizo el comisario una seña, y acto contínuo se le reunieron dos polizontes disfrazados que habian quedado vigilando la casa.

—¿Ven Vs. á esos dos hombres que se alejan?...—les dijo designando á los dos guapos—pues esta noche se busca un pretesto cualquiera y se les conduce á que duerman en la cárcel.

Los dos esbirros se echaron sobre las huellas de su presa.

El comisario tomó un polvo con mucha calma, sonrió satisfecho de sí mismo, y murmuró, recalcando cada una de las palabras que salian de sus labios:

—A mí ahora el pájaro de mayor cuenta...

CAPITULO IX.

La boda.

A las cinco en punto de la tarde del propio dia en que tuvieron lugar las escenas que últimamente hemos descrito, detenianse, uno tras otro, multitud de carruajes á la puerta de la habitacion de don Teodoro Gomez.

La invitacion para asistir á la boda de Amelia habia sido muy estensa y todos los convidados se habian hecho un deber en corresponder á aquella fineza, aunque en ello no obedecieran todos á un mismo sentimiento.

Los papás, hombres maduros, unidos en otro tiempo con D. Teodoro por relaciones mercantiles, iban á pagar un tributo de buena amistad al honrado banquero en cuyas manos prosperó considerablemente el caudal ageno: los maridos, que en tales casos tienen el privilegio de transportarse al dia en que hicieron papel de protagonistas en un drama semejante, acuden acompañando á sus esposas que aprovechan la ocasion de lucir sus galas y joyas, amen de satisfacer sus instintos de murmuracion *inocente* á espensas de su prójimo, en cuyo caso conceptuan ya á la novia: los jóvenes caballeros, al paso que dirigen ardientes miradas al bello sexo solteril, no pierden ocasion de poner en ridículo al novio que voluntariamente se desprende de su *dulce* libertad, lo cual no impide que á la corta ó á la larga doblen todos la cabeza al blando yugo; y finalmente las mu-

Lit. Vazquez R.H.

Mi querida Amelia, dignese V. añadir á las gracias que la adornan el brillo de estos diamantes.

que con mi chorra sostengo

chachas solteras hacen que no entienden los equívocos demasiado transparentes de que los mancebitos se permiten salpicar su conversacion, sin perjuicio de recortar trajes y tocados que la modista ha dado por bien terminados, y que sus dueños usan en la conviccion de ser el *non plus* de la elegancia.

De todo esto se hablaba en los salones de Gomez aunque en voz bastante baja, pues aun no ha podido descubrirse la razon de una verdad esperimentada, cual lo es, que las reuniones para celebrar bodas tienen un sabor muy parecido á los entierros; se entiende hasta que, una vez dada la bendicion, novios y convidados pasan al salon del refresco y salta el primer tapon de la primera botella de champagne.

A medida que los convidados iban penetrando por los salones, pasaban á saludar y felicitar á D. Teodoro, cuyo semblante escesivamente pálido, hacia traicion á los sentimientos de alegría y complacencia que intentaba demostrar. El buen anciano no se hallaba tranquilo, aunque no podia darse cuenta de los motivos de su inquietud, pues salvo la ausencia de D. José García, que habia faltado á la promesa de asistir al casamiento de su sobrina, todo lo demás se efectuaba con el mayor órden, concierto y buena voluntad, gracias sin duda á la cooperacion del caballero Varner que todo lo dirigia, todo lo arreglaba y estaba en todo.

Como la etiqueta exigia que los novios no se presentaran hasta el acto de la bendicion, y como D. Teodoro se hallaba sepultado en un sillon, merced á la accion combinada de los años y los achaques; el amigo D. Cárlos habia tenido tambien la complacencia de ir recibiendo á damas y galanes, haciendo los honores de la casa como si toda su vida hubiera mandado en ella.

Cada dia iba tomando el miserable mayor ascendiente en el ánimo de los individuos, cuya muerte, deshonor y ruina preparaba á sangre fria: hasta Luisa, ama suspicaz como ninguna, se habia dejado deslumbrar por los diamantes que D. Cárlos habia aportado á Amelia de parte de su prometido. En cuanto al perro del portero, no sabemos si habia mejorado de opinion con respecto á Varner, pues atendiendo á la mucha gente desconocida, ó poco menos, que aquella noche debia asistir á la boda, habianle relegado, por precau-

cion, á un zaguan intermedio entre el jardin y una puerta de escape que tenia la casa.

—¿Quién es ese caballero que hace los honores?—preguntaba la marquesita de San Julian á su amiga de colegio la baronesa de las Siete Torres.

—Lo ignoro:—contestó la interpelada con impertinencia suma—como esas gentes no frecuentan los salones de la aristocracia....

—Pues es lástima—replicó la marquesita—porque estoy segura de que haria fortuna en ellos.

—Siempre y cuando se limitase al papel de aventurero.....

—Segun los libros de novelas, no son los aventureros los que peor partido tenian entre las damas.

—Esto aconteció en tiempo de entonces.....

—¡Ay, amiga mia!... que los hombres y las mujeres en todos tiempos han tenido el corazon en el mismo sitio...

La de Siete Torres hizo con sus labios un movimiento de aristocrático disgusto, y la de San Julian llevó á la boca su abanico de filigrana de oro para esconder la sonrisa que no pudo contener al escuchar las razones de su amiga.

En otro punto del salon, una de esas hermosas criaturas que pueden hacer impunemente justicia al buen gusto ageno, merced á que la naturaleza se ha encargado de adornarlas con galas que no suplen modistas ni cosméticos, llamaba la atencion de su vecina acerca el traje de la Sra. de Santillan, recien casada con un rico propietario.

—Observe V. que colores tan bien combinados y la gracia con que las flores caen sobre sus hermosos rizos—decia.

La vecina, que no tenia tantos motivos como su compañera para sostener con ventaja la comparacion, hizo un gesto de displicencia, y contestó:

—No está mal..... Pero desengáñese V., no hay filosofía en ese tocado. Las flores en tal sitio únicamente sientan bien á las jóvenes solteras. Nosotras las casadas debemos distinguirnos por la cabeza.

Y al decir estas palabras, hacia balancear majestuosamente su tocado de plumas verdes y encarnadas, que en dia de torneo hubiera podido envidiar un caballero de la edad media para hacer con ellas

un penacho. La interlocutora no se dió por vencida, y volvió á la carga diciendo:

—El matrimonio no aumenta los años de una mujer; y si ella es realmente hermosa, no veo inconveniente en que un ramo de flores realce su natural belleza.

—No me convence V.: una mujer casada siempre tiene la misma edad. El matrimonio nivela todas las edades é impone unas mismas obligaciones en el traje y en el tocado. Cuando una mujer casada tiene, como yo he tenido, la desgracia de parecer demasiado jóven, la honestidad exige que su porte supla por la falta de años. Yo, por lo menos, así lo he practicado y continúo practicando.

—Pero V. no podrá exigirme, señora, que yo oculte mis cabellos propios debajo de una peluca...

Y la incisiva dama lanzó al desgaire una mirada al pelucon de su compañera, que hubiera sin duda palidecido de coraje á ser posible que el carmin comprado en la peluquería cambiase de color segun los sentimientos que agitasen á la que habia trocado su piel en tela de cuadro para retratos.

La dama aludida lanzó una especie de rugido sordo, y medio sufocada entabló conversacion con una señora muy matrona que tenia al opuesto lado, lamentándose del carácter ligero que distinguia á las niñas de la última generacion, que las echaban de esperimentadas y decidoras muy antes de tiempo.

En un corro de caballeros jóvenes, dignos representantes de esa raza que pasa los años mas á propósito para el estudio aprendiendo lazos de corbata ó actitudes de gabota y murmurando de lo que debiera infundir respeto á su necedad, se estaba pasando escrupulosa revista de comisario á todas las damas del salon.

—Vamos,—decia un petimetre á quien el cuello de la camisa conjurado con el de la casaca, impedia mover la empolvada cabeza—digo á V. que en conjunto, ninguna puede competir con la esposa del amigo Carranza. ¡Oh venturoso banquero! que no contento con descontarnos letras y pagarés al interés que quieres, entras en caja á la mejor moza de Madrid. Permita el cielo que tu esposa ciña tu frente con la corona de gloria de los bienaventurados mansos de la tierra.

Una carcajada estrepitosa hizo coro á la insolencia del pisaverde

que se preciaba de satírico cuando debia llamarse estúpido y grosero.

—Solamente una cosa me estraña en Lolita. ¿Cómo ha venido á un matrimonio sin lucir sus joyas de novia?... ¡Es una falta imperdonable!—dijo un afamado discípulo de Vestris, que únicamente habia traido de París las señas de la casa en que moraba el distinguido maestro de baile.

—Yo aseguro que Lola ha hecho perfectamente prescindiendo de sus joyas esta noche:—dijo un presumido de poeta cuyos conceptos, por lo rebuscados, parecian un acertijo—alguna vez hemos de admirar á las flores sin que estén bañadas por el rocío matrimonial. Esto prueba que Lolita se inspira de una buena musa.

—¡Qué no es eso, señores!... no es eso!...—esclamó uno de tantos bulles bulles que se encuentran en todas partes y tienen un ojo en cada ventana y un oido en cada puerta.—La esposa de nuestro amigo Carranza no trae esta noche sus joyas de novia.....

—¿Por qué?...—preguntaron á un tiempo los jóvenes ganosos de adquirir un capítulo nuevo para su historia de las vidas privadas de Madrid.

—Porque se las han robado—contestó el gacetillero del salon.

Un grito unánime se exhaló del pecho de aquellos mancebos, á los cuales asustaba el oir hablar de ladrones, conversacion muy en boga, por otra parte, en aquellos tiempos peculiares de esas epopeyas de trabuco puestas en obra por bizarras cuadrillas, terror de montes y llanos, pesadilla de los corregidores y patrimonio de los cadalsos.

Reintegrados á su estado natural, los pisaverdes abrumaron á preguntas á su compañero para que les refiriese las circunstancias del hecho; pero nuestro hombre sabia de la ocurrencia lo que ya tenia manifestado, y se limitó á contestar:

—Toma... Se los robaron... como hacen los ladrones estas cosas: entrando en la casa, de noche probablemente, robando, y saliendo á su vez con los diamantes.

—Pero ¿no hubo cuchilladas, ni amenazas de muerte, ni siquiera ataron á los dueños...

—Ni siquiera...—respondió el noticiero del salon, lamentando que se acabase tan pronto una historia que podia ser tan interesante.

—Pues no deja de ser raro...—dijo significativamente un caballe-

ro que se preciaba de escéptico por no conceder que de todo formaba juicios temerarios.

—No lo entiendo yo así;—dijo otro de los del corro—precisamente el señor cuenta el hecho con una carencia de detalles, que le dá el carácter de una verdad completa.

—Yo siento no poder llevar mi credulidad hasta el punto que Vs. la llevan, pero estoy tan desengañado de esas historias de robos que tienen lugar en las casas de los comerciantes..... Observen Vs. el obligado turno de los acontecimientos: primero hay un robo incomprensible, inesplicable; en seguida se habla de una quiebra ocurrida allá por las Indias aun no descubiertas; pocos dias despues se dá un suntuoso baile, y á la semana que viene se verifica una suspension de pagos. ¿Conocen Vs. la historia esta? ¡Oh! ninguno podrá decirme lo contrario: el que mas y el que menos de Vs. tiene en su cartera letras incobrables suscritas por ciertos hombres que dieron una fiesta suntuosa el dia antes de firmarlas. Desengáñense Vs., señores, hay contradanzas en que se resbala muy fácilmente y pasteles que no se sirven á los convidados hasta despues que se han reintegrado á su domicilio con la barriga llena. Esta es la pura verdad de los hechos.

—De suerte que V. supone que el robo de los diamantes de la esposa de Carranza, puede.....

—Puede ¿qué?... ¿ser una farsa?... Yo no supongo cosa alguna; pero me reservo el derecho de aquilatar los hechos en el crisol de mi conciencia.

—Vamos, es V. lo mas mordaz que he conocido. Suponer mala intencion en un hombre como el amigo Carranza, que con su matrimonio ha puesto el sello á la rigidez de sus costumbres puritanas.....

—¡El matrimonio!...—esclamó el caviloso mancebo.—El matrimonio de los comerciantes es amenudo como esas estampas de santos que se pegan en las puertas de las casas sospechosas. Una mujer es en determinados casos un precioso esquife de salvacion. Todos los tunantes de oficio debieran erigir á escote una estatua de bronce al que inventó los privilegios dotales de una mujer. ¡Bienaventurados los comerciantes que se casan! ellos tendrán acreedores privilegiados para un dia de quiebra.....

Y aquel fátuo caballero, que sin respeto á lo mas santo en la sociedad, que es el honor, atropellaba los fueros de la amistad para hacerse el gracioso ante una reunion de amigos, dió el ejemplo de soltar la primera carcajada, prueba inequívoca de la poca hilaridad que habian producido sus groseras apreciaciones.

En esto se aproximó al grupo de los murmuradores el Sr. de Carranza, víctima de las dudas de un necio; y fueron de ver la eficacia y los estremos de amistad con que fué recibido por sus *compañeros*, que le abrumaron con parabienes por su boda y plácemes por la prosperidad de sus negocios mercantiles.

He aquí la fisonomía íntima de los salones: cada uno, al entrar en ellos, echa mano de dos caretas: con la una se cubre el rostro cuando adula, con la otra cuando ofende. Y pensar que hay cristiano que tiende su mano, mintiendo cariño, al hombre cuya reputacion ha ofendido, á cuya tranquilidad ha atentado con el mayor cinismo, sin tener motivo de queja, sin poder alegar mejor razon sino que así se entretiene el ocio y se pasa la vida á espensas de la honra del prójimo..... ¡Miserables!... Si Dios permitiera que los lábios de una mujer se quemasen al imprimir en las mejillas de sus *amigas* el beso de Judas; si la Providencia dispusiera que la lengua del amigo traidor se pegara al paladar al mentir las frases de un cariño que no siente ¡cuantos y cuantos hijos de Adan irian pregonando por el mundo la justicia de Dios y la falsedad de los hombres!...

Si dable nos fuera dar cuenta á nuestros lectores de todas las conversaciones sustentadas en los distintos círculos y grupos de convidados reunidos en los salones de D. Teodoro, verian con cuanta verdad se dice en el mundo, que los que emplean su dinero divirtiendo á los estraños, encabezan con su nombre el catálogo de la interminable clase de los criticados. Todo se volvia entre los *amigos* de la familia de los novios pasar escrupulosa revista de faltas agenas, siendo lo peor del caso que allí donde la verdad no tenia que criticar, comenzaba la fatal inventiva de la calumnia.

Por fortuna de todos, la aparicion de los novios puso un término á la entretenida escena.

Un murmullo, hijo de la curiosidad, acogió la presencia de Amelia y de Jorge, que juntos fueron á prosternarse ante el anciano pa-

dre del jóven novio. No hay que decir que todas las miradas se fijaron á un tiempo en los protagonistas de esta escena. Desgraciadamente para los criticones, ni Amelia ni su prometido ofrecian punto alguno descubierto en su irreprochable *toilette* matrimonial.

La hermosa huérfana parecia una bella estátua del candor, sobre la cual se hubiera arrojado un delicado y rico velo de encaje de Flandes. En cuanto á Jorge, el severo traje que la próxima ceremonia le obligaba á vestir, sentaba perfectamente á su fisonomía severa y hacia resaltar sus correctas y varoniles formas. En una palabra, Jorge y Amelia eran tal para cual y entre ambos constituian lo que se llama una interesante pareja.

La primera impresion desarmó por completo á la crítica; pero esta tiene recursos para defenderse, siquiera sea con desventaja y aun despues de haber sido desarmada en los primeros golpes.

—Mamá;—dijo por lo bajo una niña para quien habian transcurrido los años en un desesperante celibato—¿no observa V. qué ojos tan hinchados tiene la novia?

—¡Las niñas no se paran en semejantes cosas!—respondió la interpelada mamá, que gustaba de llamar niña á su hija por ahorrarse que la llamaran vieja á ella.

—Pero si se conoce que ha llorado recientemente...—replicó la niña de los treinta años largos.

—¿Y qué?... Todas las señoritas bien educadas están obligadas á llorar en semejante caso. Pero ya se ve, tú eres una niña, y no estás obligada á saber lo que son estas cosas.

—Que no las sé... Vaya... Y por lo mismo que las sé, puedo responder de que yo no lloraria. Todo lo contrario: pues qué ¿se llora acaso cuando una muchacha ve cumplido su mayor deseo?

—Eres demasiado niña para meter la cabeza en semejantes honduras.

—Pues sepa V.—respondió la muchacha algo desconcertada—que hace muchos años estoy yo llorando por no haber podido llorar de lo que ahora está llorando Amelia. Pero ya se ve, como para V. siempre he sido demasiado niña... Dios sabe cuando seré yo casadera para V.

—¡Hija! no me apures la paciencia... Los entusiasmos matrimoniales son de mal tono, de muy mal tono.

Y la enfurecida mamá volvió la espalda á la *niña*, que á pesar de todo envidiaba las lágrimas de Amelia.

Y sin embargo, no habia porque envidiarlas tanto: la interesante huérfana lloraba su horfandad en aquel momento: jamás la idea del alejamiento de su familia habia herido mas tristemente su corazon. Hasta su tio, su querido tio García, la abandonaba en aquel momento; y sin saber porqué no se atrevia á mirar á Jorge, temiendo encontrar, no á su amante, sino á un dueño que iba á erigir su poder en derecho por medio de un sacramento, de un vínculo indisoluble. El aislamiento absoluto en que se hallaba contribuia no poco á exaltar su imaginacion y exacerbar sus presentimientos: se trasladaba con la fantasía á unos tiempos menos felices, se creia desgraciada, sentia temblar bajo su planta el mundo que hasta entonces se habia movido para ella con la suavidad de una cama en que una madre cariñosa mece al hijo de sus entrañas; y al tender su mano buscando un apoyo, no encontraba otra cosa que el vacío, impalpable, frio, impregnado de aires mefíticos, de palabras desgarradoras y de ayes de dolor, humedecido además por las lágrimas de la desesperacion. Estas ideas habian mortificado su pensamiento; toda la tarde la habia pasado llorando, y al presentarse delante de sus convidados con la sonrisa en los lábios, esta sonrisa era tan triste como los rayos de sol que en los dias de tempestad atraviesan una de esas densas nubes que pesan sobre la tierra como una losa de hierro.

En cuanto á Jorge, procuraba afectar una tranquilidad que sin duda se hallaba bastante léjos de su ánimo. Sin embargo, el porvenir tenia á sus ojos mas atractivos que á los de su dulce compañera. El matrimonio era para él la libertad, la administracion de sus bienes, la satisfaccion de sus pasiones, es decir, el alimento del juego. Su mirada era límpida, fija, algo insultante: únicamente la palidez de su rostro vendia su emocion; porque las alegrías esperadas, al igual que los placeres presentidos, tienen el don de afectar el ánimo con iguales síntomas esteriores.

D. Teodoro lloraba como un niño: tocaba al término de sus deseos, y se estremecia en el instante supremo.

Despues que hubo dado su bendicion á Jorge y Amelia, al levantarse estos, estrechó significativamente la mano del primero y pudo pronunciar tan solo estas breves palabras:

—Hijo mio, sé hombre honrado.....

Los sollozos ahogaron su voz, y cayó como desplomado en el sillon, del cual, á impulsos de su emocion, se habia levantado.

Los novios dieron la vuelta del salon, saludando á sus convidados y recibiendo los parabienes que, mas ó menos sinceros, se les prodigaban á boca llena.

Mas de pronto ocurrió una cosa estraña. Habíanse detenido Jorge y Amelia delante de la jóven esposa del banquero Carranza : entre esta y la prometida de Gomez existia una amistad antigua, todo lo antigua que puede ser la amistad de dos señoritas de diez y siete años. Amelia quiso distinguir á su compañera de colegio, y deteniéndose particularmente á su lado, se inclinó para darla un cariñoso beso. De repente, Lola, la esposa del banquero, lanza un grito y retrocediendo un paso se queda contemplando á Amelia de una manera tan estraña que llena de consternacion á la jóven y de asombro á todos los concurrentes.

Lola comprende la indiscrecion que ha cometido; se repone prontamente, y haciendo por sonreir, dice á los muchos curiosos que se han reunido junto á las dos amigas:

—No es nada, señores; una alucinacion, un parecido... Se me figuró... Me hallo perfectamente bien.

Este incidente no tuvo consecuencia alguna : abrazáronse nuevamente las dos jóvenes y la concurrencia no pareció haberse preocupado gran cosa por el resultado, ni por las causas de un hecho que se calificó de puramente casual. El único en quien pareció haber producido mayor efecto fué en el traidor Varner.

Cuando el silencio que reinaba en el salon fué interrumpido por el grito de la señorita de Carranza, conmovióse Varner de tal suerte que tuvo necesidad de apoyarse en una consola, cuya actitud no pudo abandonar ni aun en el acto en que todos los caballeros se dirigian hácia las dos amigas. Tan solo cuando Lola pronunció las entrecortadas palabras que devolvieron la tranquilidad á la concurrencia, don Cárlos pareció respirar mas libremente, y recobró sus movimientos, de los cuales fué el primero llevar su pañuelo á la frente, retirándolo acto contínuo empapado en sudor.

Aquella conmocion estraordinaria en la cual nadie reparó, por ha-

llarse harto preocupados los circunstantes en la autora de ella, fué debida á haberse desarrollado instantáneamente en la imaginacion del jóven, uno de esos panoramas terribles en cuyo término se diseñan figuras cubiertas de ridículo y de deshonra, heridas por la vara de la justicia, marcadas algunas veces con el sello que en aquellos tiempos imprimia aun el verdugo.

Mas ya lo hemos dicho; cesó la alarma con la misma facilidad con que habia cundido, y los novios salieron del salon para dirigirse á la Iglesia, seguidos por los convidados, que guardaban una apostura convenientemente ceremoniosa. Cuando cada uno de los invitados hubo ocupado su respectivo carruaje, el banquero Carranza preguntó á su esposa, á fuer de marido amable:

—Querida mia, ¿qué causa puede haber producido en tí la alarma que has manifestado hace poco?

—¿Qué causa?... Una causa que ha de parecerte imposible. ¿Sabes á quien juraria haber visto prendida con las joyas que me fueron robadas hace muy pocos dias?

—¡Con tus joyas!... ¿Es posible que haya habido persona tan descarada?

—Yo misma no acierto á creerlo; pero ó la vista me ha hecho traicion en aquel momento, ó mis joyas las traia puestas Amelia.

—¡Amelia, la que ahora mismo se dirige á la Iglesia para desposarse con el hijo de Gomez!... ¡Imposible!

—Imposible me parece á mí; sin embargo, una mujer conoce su aderezo de boda tan bien como un banquero su firma, como un militar sus armas. ¿No ves que una y mil veces le hemos mirado, antes de casados con la alegría infantil de la niña; despues del matrimonio con la vanidad disculpable de la mujer?

—Es sorprendente.....—murmuró atónito Carranza.

—Es inverosímil, es inesplicable, es cuanto tu quieras; pero te digo que es cierto.

El comerciante se arrellanó en el fondo del carruaje para discurrir mas cómodamente acerca el hecho estraño que le habia denunciado su esposa; y nosotros dejaremos que la comitiva siga su curso al majestuoso andar de los carruajes, para ocuparnos de D. Teodoro que, imposibilitado por sus achaques de asistir á la boda, se ha quedado

solo en el vasto salon de su casa, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y sumido en profundas meditaciones.

La presencia de Valentin, el antiguo criado de la casa, distrajo al anciano de aquel estupor estraño.

—¿Qué hay, Valentin?—preguntó en ese estilo formulario que es indicio seguro del poco interés que se pone en la respuesta.

—Nada, señor... Aguardamos el regreso de los señoritos para empezar á servir los refrescos.

—¿Ha venido alguno de los convidados despues que han partido los novios?

—Uno tan solo... Es decir, ha venido un caballero que preguntaba por V. con mucho empeño; mas apenas el portero le ha dicho que ya los novios habian salido para la Iglesia, ha vuelto á subir corriendo en el carruaje que le ha traido, partiendo en seguida á escape, sin duda para reunirse mas pronto á la comitiva.

—¿Seria, tal vez, el tio de Amelia ese personaje retardado? ¿Te han dicho las señas?

—Sí, señor: jóven, bien parecido, con traje cortado á la última moda.....

—En este caso, no es el tio de la señorita... Y sin embargo, se me hace bien estraña su ausencia. El debia comprender lo terrible de la responsabilidad que sobre mí pesaba; responsabilidad ¡ay! que quizás en este momento ya no me es dable alejar de mis últimos años.....

Sin duda este pensamiento hubiera sumido de nuevo al anciano en sus tristes reflexiones, si el rumor de carruajes parados junto á la puerta de la casa no le hubiera distraido, anunciándole el regreso de los desposados y de la corte de sus amigos.

El anciano, trémulo, conmovido, púsose en pié y dió algunos pasos para salir al encuentro de sus hijos; pero de repente le abandonaron las fuerzas y quizás hubiera venido al suelo, si sus brazos estendidos con ademan impaciente, no hubieran encontrado el apoyo de Jorge y de Amelia, que se habian arrojado al seno de su buen padre. Esta escena muda, este grupo interesante, produjo en la concurrencia un efecto inesperado por aquellos que asisten á una boda como á una diversion sin consecuencias, como á la representacion

de un drama cuyo argumento se desenlaza con satisfaccion general á una hora cómoda y apropósito para que el espectador sensible no encuentre quemada la clásica cena española que le aguarda en su casa.

Aquella situacion no podia prolongarse sin incurrir en delito de ridiculez ante los convidados. ¿Acaso estos habian aceptado la invitacion que les habia sido hecha, para ver llorar á dos niños y desfallecer un anciano? Varner se encargó de deshacer el grupo, y en su calidad de maestro de ceremonias, ordenó que se empezaran á servir los refrescos, operacion que en aquellos tiempos se llevaba á cabo con la misma formalidad que caracterizaba los actos todos de nuestros abuelos. La etiqueta prescribia hasta los platos que debian servirse, la cantidad que cada convidado debia dejarse servir, la parte de ella que debia dejar en el plato, las cumplimentosas escusas que debia oponer á cada nuevo servicio; y el refresco terminaba con un órden admirable, siendo rara la boca que durante la operacion se permitia otro uso que el de mascar y engullir segun las reglas del buen tono.

Al presente sucede todo lo contrario: refresco y órden son dos cosas imcompatibles: el salon del ramillete debe permanecer cerrado hasta la hora precisa de comenzar la funcion gastronómica, por temor de que los platos y bebidas sean apuradas en detall antes de tiempo; y no bien queda el paso franco á los huéspedes, cuando ambos sexos se precipitan en la sala ni mas ni menos que los cuervos sobre el botin sangriento que una reciente batalla les ha deparado. Una vez verificado el asalto, cada cual trabaja sin miramiento alguno, de cuenta propia, y las manos enguantadas se hunden en las fuentes de Chantilly ó se apoderan de los pastelillos y otros comestibles, que en su afan voraz despachan dos á dos, dejando las grasientas huellas de la manteca en la perfumada cabritilla y entre los pelos del bigote, donde neutralizan el efecto de la pomada húngara. Y despues que aquella invasion, mas destructora que la de los hunos, ha dado cuenta de comidas y bebidas, destrozando, rompiendo, tragando, pisando, engullendo, derramando y manchando á un tiempo mismo, se retiran los convidados, alguno de ellos dando traspiés, varios sin acordarse del motivo que les ha conducido á aquella casa, y mas de uno permitiéndose alusiones nada chistosas y que pudieran

ser calificadas de ofensivas con toda propiedad, si no llegasen al oido del prójimo entre vapores de Rhin ó de Champagne, lo cual destruye una grandísima parte de su efecto.

Suprímase en nuestra sociedad que da banquetes en francés, inglés y otra porcion de costumbres no españolas; suprímase, decimos, el desórden, el barullo y hasta la embriaguez, y estamos por decir que de hecho queda suprimido lo que hemos dado en llamar buen tono, y hubiera escandalizado en tiempos nada remotos por cierto.

Ninguno de esos escesos se permitieron los convidados á la boda de Gomez, de suerte que hasta se hubiera podido entrar en dudas acerca de si los manjares habian llegado á ensuciar el paladar de los elegantes y ceremoniosos huéspedes.

Terminada la primera parte del refresco, una delicada, aunque poca numerosa orquesta, dejó oir sus melodías, invitando á los jóvenes para el baile. Tambien las danzas de nuestros abuelos participaban de esa formalidad que se respiraba en la atmósfera de nuestra patria hasta tanto que los huracanes del mediodía de Europa vinieron á purificar de preocupaciones á los españoles. En la música se buscaba la armonía, no el estruendo; Verdi no hubiera conseguido popularidad alguna hace cuarenta años: el público filarmónico hubiera temido aturdirse: para sacar á un pueblo de su marasmo durante tres horas todas las noches, no habia necesidad de apelar á los instrumentos de viento mónstruos, á las invenciones Sax, que son á la música instrumental lo que el cañon rayado es á la artillería. Dulces violines, cuyo chillido natural era neutralizado por las graves notas del contrabajo, y melancólicas flautas, no convertidas aun en flautines para dejar oir su agudo sonido por encima del clamoreo de las desenfrenadas y enronquecidas máscaras, constituian la música de un baile á últimos del siglo pasado, predisponiendo el ánimo á tomar parte en aquellas danzas, en que el ojo del papá mas avizor ó el recelo de la mamá mas timorata no hubieran podido descubrir actitud, postura, ni aun pensamiento poco plausible ó alarmante

Posteriormente una danza de buena sociedad ha consistido en un abrazo muy estrecho que enlaza durante diez minutos á dos personas que en cualquiera otro caso estarian divididas ó separadas por toda la distancia del respeto, lo cual no ha sido obstáculo para que algu-

nas desaforadas amigas de las apreturas de la polca y del schotich, hayan encontrado muy censurable el ligero apreton de mano que la moda ha introducido en los saludos y encuentros, sin distincion de sexos.

El baile que se anunciaba en la casa de Gomez comenzó por una de esas danzas severas, que mas que danzas parecen un paseo efectuado por dos personas graves, que se preocupan grandemente del concepto que formarán las gentes de los ángulos y curvas descritas por sus piés, que se mueven á impulsos de un reglamento que el insigne Vestris llegó á elevar á la categoría de cosa formal. La primera pareja que salió á romper el baile la formaban los desposados, porque en aquel entonces aun no era ridículo que un marido bailase con su mujer. Mas seguidamente gran número de damas y galanes imitaron la conducta de los novios y á un minuet se seguia una gabota, con gran contentamiento de los jóvenes, que en todos tiempos han hecho del baile una de sus preferentes ilusiones.

El mismo D. Teodoro se sentia rejuvenecer contemplando la dicha impresa en el semblante de sus hijos; Varner llenaba de atenciones al pobre y engañado anciano, y Luisa que estaba contenta porque su señorita parecia estarlo, empezaba á creer que el perro del portero podia ser injusto en sus apreciaciones, como á veces lo son algunos hombres. En una palabra, reinaba en los salones la mayor alegría y la mas grande animacion: hasta la esposa del banquero Carranza parecia haber abandonado sus sospechas, y se dejaba arrastrar por los atractivos que una fiesta suntuosa tiene para una recien casada de pocos abriles.

De repente, y en uno de esos espacios ó treguas que da la orquesta á los danzarines, se oyó rumor confuso en la antesala, y al fijarse la mirada de los concurrentes en la puerta de entrada del salon, vieron en ella una figura pálida, espantosa, como pudiera la de un cadáver que se tuviese en pié y á quien el Señor permitiera mover los ojos, animados con una espresion terrible, amenazadora.

La concurrencia se asombró de aquella aparicion: los hombres cejaron un paso, las mujeres lanzaron un grito. Jorge fué instintivamente al encuentro de Varner, y halló á este turbado, trémulo, con los ojos fijos en el aparecido, murmurando palabras ininteligibles que pudieran haber sido conjuros inspirados por el miedo.

Y es que Varner, al igual que Jorge, acababa de reconocer á don Luis de Mendoza en aquel sér que por su inmovilidad y lividez parecia otro Lázaro evocado de la tumba, y que por el brillo de sus ojos daba á entender que la indignacion y quizás el espíritu de venganza habia sido el golpe eléctrico á cuyo impulso se debia la resurreccion de aquel cadáver.

Hubo un momento de silencio absoluto, solemne, durante el cual se podian contar hasta las respiraciones de los individuos reunidos en el vasto salon.

En medio de este silencio, D. Luis de Mendoza atravesó la estancia por toda su longitud, arrastrando maquinalmente su capa, con esa impasibilidad de los muertos que barren la tierra con sus sudarios, y sin detenerse un momento, sin perder un punto el majestuoso compás de sus pasos, sin fijar la atencion en personaje alguno de entre los que supersticiosamente se habian replegado á las paredes del salon; llegó hasta D. Teodoro, y poniendo sobre sus hombros una mano flaca y amarilla, dijo:

—Caballero, esta es mi credencial.

Y puso un papel en manos de D. Teodoro, que al leerlo palideció como si D. Luis le hubiese comunicado su lividez cadavérica. En seguida pronunció Mendoza estas sencillas palabras, que se oyeron perfectamente por la concurrencia:

—Tengo que hablar con V.

—¿En este momento? preguntó el anciano que no acertaba á volver en sí de su estupor.

—Ahora mismo, puesto que no está en la mano del hombre tener suspendida la losa de los sepulcros.

Los concurrentes se contemplaban mútuamente con el mas grande estupor: Varner se adelantó hasta Mendoza, y con humilde acento murmuró:

—Está V. interrumpiendo las satisfacciones de una familia honrada que celebra una fiesta...

El aparecido, por toda respuesta, clavó en Varner sus ojos, que brillaban con el fuego de la calentura como dos áscuas engastadas en una cabeza de mármol. El caballero de industria se sintió débil ante aquel hombre á quien creia haber muerto pocas horas antes.

D. Teodoro se levantó de su sillon y se disponia á cumplir el deseo de Mendoza, cuando este, á impulsos sin duda de la calentura, dió algunos pasos hácia el centro de la sala y haciendo ademan de imponer silencio á los murmullos que de todas partes se habian levantado, dijo con voz trémula:

—Yo he venido á arrancar la máscara que cubre á los infames; Dios no quiere que la tórtola perezca entre las garras de los milanos. Amelia, en nombre de la única persona que vela por tu felicidad, te ordeno abandonar esta casa, donde se ha refugiado el vicio, donde mañana entrará el crímen.

La jóven sorprendida en medio de su dicha, permanecia de pié, sostenida únicamente por la curiosidad de penetrar el sentido de aquellas palabras amenazadoras, bien así como el hombre sobre quien va á caer una gran desgracia, conserva su serenidad hasta el punto en que unos labios imprudentes vienen á confirmar las sospechas adquiridas con harto fundamento.

Jorge, pálido de miedo, trémulo de coraje, se aproximó á su esposa, y cogiéndola por una mano:

—¡ Sígueme !—la dijo—aquí no estamos para escuchar las razones de un loco...

Pero aun cuando hizo un movimiento para atraer á Amelia, esta permaneció inmóvil como una estátua cuya base estuviera perfectamente unida al suelo.

Mendoza se interpuso entre los dos esposos, y separando á Jorge violentamente, exclamó:

—¡ Atrás ! ¡ atrás el impuro ! Dios no permite que la inocencia haga depender su destino del hombre que se ha hundido en el fango del vicio hasta el punto en que tú lo estás, Jorge Gomez. ¡ Atrás tú y tus cómplices ! yo soy el encargado de la justicia celeste.

Y cual si se dispusiera á resistir un verdadero ataque, arrojó al suelo la capa que le cubria, y un grito de horror resonó simultáneamente en la estancia, lanzado por todos los concurrentes.

Mendoza habia separado de su sitio el apósito que cubria su herida, y mostraba su pecho bañado en sangre negra, que aun manaba de los ulcerados labios abiertos por el plomo desgarrador.

Jorge y Varner, que habian hecho un movimiento como para

arrojarse encima de Mendoza, se contuvieron de repente, á la vista de aquella figura verdaderamente terrible.

—¡A mí! ¡á mí los miserables!—continuó el jóven con creciente delirio.—¿Por qué os deteneis? ¿Quién os impide terminar la obra que habeis empezado esta mañana?... ¿Temeis que mi boca fulmine la acusacion que pende sobre vuestras cabezas? Apesar de todo será fulminada... Oidla, oidla todos...

—¡Por piedad!—esclamó Amelia juntando sus manos y tomando una actitud suplicante.

Mendoza fijó su mirada en la jóven, y prosiguió:

—La mano que hoy te ha conducido al altar, se ha teñido en sangre esta mañana misma; los labios que han jurado amor eterno, pronunciaron ayer noche blasfemias horribles que estremecieron de gozo á los condenados; y despues que se estingan estas luces, mucho antes de que se marchiten estas flores, verás á tu esposo salir escondidamente de esta casa y dirigirse al infame garito donde se consumen sus dias, donde apresura su muerte todas las noches. ¡Huye, Amelia, huye incauta paloma de Jorge el jugador!...

Esta palabra rompió el encanto: un murmullo de disgusto, de reprobacion, se alzó de entre los grupos de los convidados, Amelia se desvaneció en brazos de sus amigas, y D. Teodoro, sepultado en su sillon, hundió el avergonzado rostro entre sus manos, y cerró los ojos á la luz creyendo que de esta suerte seria menos vista su deshonra.

Jorge se arrojó sobre Mendoza con el ímpetu frenético de la pantera sobre la víctima que ha irritado su fiera naturaleza; pero algunos caballeros se interpusieron á tiempo entre ambos enemigos, logrando impedir las consecuencias del primer choque.

—¡Dejadme!—esclamaba Jorge, arrojando espumarajos por la boca.—Este hombre es un villano á quien debo arrojar por un balcon.

Entonces reinó en la sala una confusion indescriptible: algunas damas que ya se empezaban á sentir acometidas de esa enfermedad de los nervios que tanto se ha generalizado en nuestros tiempos, se desmayaron dando chillidos y esclamando:

—¡Socorro! ¡qué se matan!

Los caballeros andaban de aquí para allá conteniendo á los unos, prodigando ausilios á los otros, consolando á los dueños de la casa,

y aumentando la algarabía con su movimiento y vocear contínuo.

En cuanto á Mendoza, habia caido entre los brazos de los que le sujetaban, quienes creian buenamente estar sosteniendo un cadáver, sin atreverse ni aun á depositarle en un sillon. Tan perplejos les tenia aquella inesperada catástrofe.

En esto, uno de los criados atravesó el salon, y dirigiéndose consternado á D. Teodoro, esclamó:

—Señor, señor, tenemos la policía en casa...

El nombre de la policía causó un efecto brusco en el anciano. Levantóse del sillon y dió á su aspecto y ademanes un carácter de dignidad tal, que todos los concurrentes, por un movimiento espontáneo de respeto, abrieron paso al noble anciano, sobre quien habian sobrevenido tan inmerecidas desgracias.

Al llegar junto á la puerta de la antesala, apareció en el dintel el comisario, seguido de varios agentes de policía, pronunciando aquella consabida fórmula:

—En nombre de la ley, ninguno se mueva de su sitio...

CAPITULO X.

La vergüenza.

D. Teodoro habia recobrado una parte de su serenidad, gracias principalmente á la indignacion y á la vergüenza que le causaba la presencia de la policía en su casa. El honrado anciano estaba resignado á morir de dolor, pero hubiera deseado al menos que sobre su tumba hubiera leido el piadoso visitador de los cementerios, un nombre llevado por su dueño con fiereza hasta el último instante de su existencia. Por esto, D. Teodoro, que no habia hecho frente ni tratado de resistirse á la desgracia que le habia sobrevenido por causa de su hijo, iba á impedir que una precipitacion ó mala inteligencia de la justicia arrojase en su buen nombre un borron indeleble.

La presencia de la policía obró asimismo una reaccion súbita en los convidados á la boda. Al desórden sucedió la quietud, á la curiosidad el miedo; en una palabra, aconteció en el salon de la casa de Gomez lo que acontecia en la plaza de San Marcos de Venecia cuando las máscaras que la inundaban en carnaval se encontraban en presencia del temido bravo, cuyo ojo nunca se sabia á quien miraba, cuyo puñal nunca se sabia sobre quien estaba suspendido.

—¿Se puede saber, señor comisario—dijo D. Teodoro—que motivo ha tenido la justicia para invadir mi casa, harto conocida como honrada, ni mas ni menos que la de un criminal de quien se espera resistencia á las intimaciones de la ley?

El comisario se quitó el sombrero y penetrando cortesmente en la estancia él solo, contestó:

—Debe V. suponer, señor de Gomez, que no sin un poderoso motivo me hubiera atrevido á interrumpir la fiesta que hoy tiene lugar en esta casa; mas tales cosas va V. á presenciar en ella, que le llenen á V. de asombro y le espliquen perfectamente mi presencia y la de las personas que me acompañan.

D. Teodoro se sintió amenazado de una congoja: temia que iban á denunciarle una falta de su hijo; mas que una falta, tal vez un delito. Siendo Jorge un jugador ¿no podia temerlo todo aquel desdichado padre?... Este recelo amenguó los brios del anciano: el que teme ser herido en su honra, no se atreve á emplear el lenguaje severo de la virtud inmaculada.

—Entre la justicia en mi casa muy enhorabuena, y cumpla su cometido en ella. Por fortuna ninguno se encontrará que tenga que bajar la frente en presencia de la ley.

El honrado Gomez se equivocaba grandemente: alguno habia que no solo humillaba el semblante, sino que procuraba eclipsarse á los ojos del severo comisario.

—Ante todo— dijo el jefe de policía—suplico á V. que se sirva mandar retirarse á las personas en quienes no tenga V. absoluta confianza. Lo que yo voy á decir es grave, y tambien lo que voy á hacer.

—Los amigos que han honrado esta casa—dijo el viejo Gomez—tienen todos el derecho de presenciar la satisfaccion que la justicia me debe. Ellos han creido alternar con personas muy dignas, y yo les debo una aclaracion completa de las sospechas que en caso contrario pudieran abrigar.

—Lo he dicho sin mas objeto que el de evitar mayor escándalo; mas puesto que V. así lo desea...

—Hable V., señor comisario: las gentes honradas no temen la publicidad; antes bien la desean.

—Paso á esplicarme. Hace algunos dias se ha cometido en la corte un robo considerable.

—¡Un robo!—esclamaron cuantos habian oido las palabras del comisario.

—Un robo, si, señores,—repitió el gefe de policía—un robo de un aderezo de diamantes, que pertenecia á la esposa del banquero señor de Carranza.

Al oir este nombre, todas las miradas se volvieron hácia la linda jóven aludida, la cual empezó á temblar como si en lugar de suponérsela víctima de un delito, la hubieran acusado de ser su autora.

Jorge Gomez, que hasta aquel momento habia permanecido junto á su esposa, á quien tenia cogida de la mano cual si tratase de arrebatarla de aquel sitio, se adelantó al frente de sus convidados, y repuesto del primer sobresalto, dijo:

—Si todo se reducia á tomar una declaracion á los SS. de Carranza, podia el Sr. Comisario haber escogido otra hora y otro sitio mas oportuno.

El funcionario público fijó su mirada en el jóven que tan recio habia hablado, y mal avenido con que tratase de dar lecciones á la justicia, respondió:

—Yo he venido cuando y donde he creido conveniente para hacer que no quede impune un delito tan escandaloso. Suplico á V. por lo tanto, que suprima sus indicaciones y consejos hasta que me haya oido del todo.

Y en seguida prosiguió, dirigiéndose á D. Teodoro:

—Una circunstancia casual, ó mejor dicho, una delacion de cuyo orígen fundado no puedo dudar, me han puesto en el caso de seguir la pista de los objetos robados, de suerte que puedo indicar punto por punto los sitios en que se han encontrado de veinte y cuatro horas á esta parte. Ayer noche estaban en poder de cierta encubridora de la calle de Hortaleza; esta mañana los tenia un criado en las afueras de Madrid, junto á las tápias del Retiro; en este momento...

El comisario se interrumpió como si temiera cometer una grande indiscrecion.

—Prosiga V.—dijo D. Teodoro con la digna severidad de la inocencia.

—En este momento, se hallan dentro de esta casa.

Un movimiento semi-tumultuoso acogió aquella impensada revelacion. Cada uno de los convidados se apartaba de su vecino como si temiera hallarse en contacto con algun ratero ó cosa mayor, y aun

muchos no pudieron contener un movimiento involuntario y llevaron las manos á sus relojes, como si temieran por la seguridad de estas prendas. Las únicas personas á quienes la zozobra y el asombro retuvo en su sitio fueron la familia Gomez y los esposos Carranza.

En medio de la confusion y preocupacion que reinó por un momento, Varner trató de evacuar el salon; pero los agentes de policía le cerraron bonitamente el paso, pretestando obedecer á su consigna.

El caballero de industria se hizo atrás de algunos pasos, y gracias á la atencion que todos prestaban á las palabras del comisario, pudo ocultar en un rincon de la estancia la confusion de que se hallaba poseido. En cuanto á D. Teodoro, dirigió á Jorge una mirada terrible; pero el mancebo, ignorante de la villana accion de su traidor amigo, tuvo serenidad bastante para protestar de su inocencia á los ojos del anciano.

—Sr. comisario,—dijo algo mas tranquilo el padre de Jorge—yo no pretendo poner en duda la procedencia legítima de las noticias que á V. le han dado; pero tengo la íntima seguridad de que en todo esto hay cuando menos una preocupacion manifiesta.

—Lo veremos muy pronto, caballero, como tambien la manera de que se han valido para introducir el aderezo en este sitio; pero de lo que no puede caberme duda, es de que lo estoy viendo ahora mismo en el tocado de una de esas damas.

Y el comisario dirigió á Amelia una mirada tan poco discreta, que muchos de los circunstantes se apercibieron de ella, aunque no pasó por imaginacion alguna la realidad del hecho.

Hay cosas tan inesperadas, tan increibles, tan inverosímiles, que se ven, se tocan, y no se descubren: sucede lo que con aquellos acertijos que á puro fáciles y claros, no se da con su significacion, que sin embargo repetimos veinte veces antes de declarar nuestro vencimiento.

Únicamente Varner sintió correr un frio glacial por sus venas y Jorge buscó con la vista á su amigo como para pedirle cuenta de aquel suceso que el mancebo no podia esplicarse en manera alguna.

D. Teodoro sintió una necesidad absoluta de poner término á aquella situacion violenta, y dirigiéndose al comisario, le dijo con energía suma:

—Caballero, si acaso por equivocacion, ó abusando de nuestra

confianza, que no de otro modo pudiera acontecer, se ha introducido en esta casa alguna persona indigna de alternar en una sociedad honrada, sepamos á qué atenernos; cumpla V. su cometido y no aumente nuestra zozobra con reticencias insostenibles.

Luchó el funcionario público una vez mas con su buen deseo, y al fin y al cabo respondió:

—Señor D. Teodoro, yo no me atreveré á designar al culpable contra quien debo proceder y que estoy seguro se encuentra en este recinto; mas, puesto que V. está en su derecho al exigirme que dé acerca de mi conducta satisfactorias esplicaciones, sepa V. que uno de mis agentes, que conoce muy bien los diamantes robados, asegura que en este momento los está usando.....

—¿Quién?—preguntaron unánimes los concurrentes.

—La señorita Amelia, esposa de su hijo de V.—contestó haciendo un visible esfuerzo el comisario.

Esta revelacion terrible produjo el mismo efecto que una piedra arrojada en la superficie de un lago tranquilo y apenas agitado por el viento; es decir, que instantáneamente se apartaron todos de Amelia, formando en derredor de ella un círculo que se iba ensanchando con la mayor rapidez.

La jóven lanzó un débil quejido, vaciló sensiblemente, y en seguida se la vió adoptar una actitud inmóvil, bien así como una estátua que, despues de haber sido ligeramente sacudida, volviera á asentarse sobre su maciza base.

En el centro de ese círculo y mas atento al accidente que amenazaba á Amelia, que á las palabras del comisario, D. Teodoro permaneció tan erguido como si el peligro que corria la honra de su pupila, le hubiera quitado veinte años de encima. Jorge permaneció apoyado en el respaldo de un sillon, y hubiese dado de buena gana la mitad de lo que aun le restaba de existencia por tener en su mano los medios de poner un término á aquella angustiosa escena.

El primero que rompió el silencio solemne que reinó despues de las últimas palabras del comisario, fué D. Teodoro.

—Caballero,—dijo encaminándose al representante de la ley—la acusacion que acaba V. de fulminar es harto grave para que yo pueda contestar á ella con el desprecio con que siempre acojo las ca-

lumnias. Afortunadamente puedo rehabilitar el buen nombre de mi casa sin salirme de esta estancia, designando á V. la persona que recibió de mi hijo el encargo de comprar el aderezo de esta señorita, que hace dos horas era mi pupila, y que en este momento ya es mi hija, ¿lo entiende V.? mi hija. Su honra es la mia, y confio en que ninguno de los presentes presumirá que con tan inícuo motivo se habia de manchar por primera vez el lustre de mi apellido.

Hízole algun efecto al comisario el enérgico lenguaje de D. Teodoro, al cual respondió:

—Nunca ha sido mi ánimo ofender á esta señorita, á la cual supongo desde luego víctima de una trama villana; pero esto no impide que me atenga á lo manifestado. Daré mis pruebas.

—Y yo las mias—esclamó D. Teodoro, cuya energía redoblaba á medida que todo se conjuraba, al parecer, contra su honra.—Varner; ¿dónde está el caballero Varner?

Al oir este nombre, el comisario hizo subir á sus labios una sonrisa de compasion, por no decir de desprecio.

—El caballero llamado por su nombre se estremeció como si se hubiera sentido herido por la vara sútil de los alguaciles, y abandonando el escondrijo que hasta entonces le habia ocultado á las miradas de los circunstantes, se lanzó nuevamente á la puerta del salon; pero los agentes fueron inexorables como la vez primera, y el secretario de la comisaría, que conocia personalmente al caballero de industria desde aquella mañana, le condujo junto á D. Teodoro, diciéndole con maligna satisfaccion:

—¿No ha oido V. bien, caballero?... Paréceme que le han llamado á V.....

Y mal de su grado dejó á Varner en el grupo de los actores de aquella escena, que á cada paso era presenciada con mayor interés por los circunstantes; porque de cualquiera manera que se junte una cosa á la cual pueda llamársela público, esa cosa, si tiene corazon, le tendrá encallecido.

—Sr. D. Cárlos,—dijo el anciano—ninguno mejor que V. puede destruir tan insigne calumnia. V. recibió encargo de mi hijo para comprar un aderezo y dinero para satisfacer su importe. Esta tarde misma lo ha traido V. á casa: hágame, por tanto, el obsequio de de-

cir en voz alta, muy alta, la fábrica en que el aderezo ha sido comprado.

D. Teodoro aguardó la respuesta del amigote de su hijo, como el sentenciado aguarda la palabra de perdon que ha de librarle de ser infamado por el verdugo. Sus ojos, clavados en el semblante de Varner parecian querer penetrar en la mente del caballero para anticiparse á su respuesta; y Jorge, no menos interesado en evitar su propia vergüenza, imitó á su padre, fijando en D. Cárlos una mirada interrogadora.

Varner perdió en aquel momento toda su serenidad, ó mejor su audacia: no podia él responder de que el aderezo perteneciese á la S.ª de Carranza, mas tampoco estaba tan seguro de la legítima procedencia del mismo que no tuviese por muy ciertas las señas dadas por el comisario.

Quiso balbucear algunas palabras, y estas se negaron á salir de sus entorpecidos labios. Entonces fué cuando D. Teodoro sintió por primera vez un vago temor de que hasta entonces se habia visto libre por fortuna. Tan imposible le parecia que su hijo se hubiese deshonrado hasta tal punto.

Jorge se acercó á Varner, y con angustioso acento murmuró á su oido estas solas palabras:

—¡Sálveme V.!

—Si este caballero no atina con la respuesta—dijo el comisario—yo ayudaré, si quiere, su memoria.

—Es inútil—contestó Varner;—cuando yo enmudezco, es porque no quiero comprometer á ciertas personas cuyo destino depende de mi discrecion.

—Si en el número de esas personas cuenta V. á la dama de la calle de Hortaleza, es inútil que se empeñe V. en conservar un silencio que de nada puede servirle, pues se halla ya á disposicion de los tribunales.

—Ignoro de qué dama me está V. hablando—replicó Varner recobrando parte de su audacia.—Se me pregunta acerca la procedencia de un aderezo; y yo pregunto á mi vez: ¿quién tiene derecho á interrogarme? ¿Será por ventura V., señor comisario? Enhorabuena; mas téngase V. mucho cuidado en su manera de proceder, porque

de una palabra en otra va V. designándome como cómplice de un robo escandaloso, y tamaña calumnia puede á V. costarle muy cara. Me llamo D. Cárlos de Varner, tengo en Madrid personas que me conocen muy bien y valen algo, y jamás me he avenido con dar esplicaciones de mi conducta á quien no empezase su interrogatorio tratándome conforme mi dignidad exige.

Estas palabras, que al fin y al cabo nada decian en defensa de Varner, fueron pronunciadas con estilo suficientemente declamatorio para que produjesen alguna impresion en el ánimo del comisario, que al fin y al cabo era hombre, y aunque pudiera tener la seguridad de sus convicciones, estaba sujeto á creer como los demás mortales.

Por otra parte, la escena se iba prolongando mas de lo que convenia, y no era la discusion el fuerte del comisario. Mareado por la última interpelacion de Varner, alarmado por cierto murmullo de descontento que se percibia en el salon, obligado por las miradas de D. Teodoro y de Jorge, harto compadecido del estado de Amelia, que continuaba representando perfectamente la imágen del estupor, se resolvió á poner un término á aquella situacion violentísima.

—Menos declaraciones bastarán, señor D. Teodoro: en este salon se encuentra la dama á quien ha sido robado el aderezo: la señora de Carranza se servirá decirnos si reconoce sus diamantes en los que lleva la jóven desposada.

Apenas el comisario hubo pronunciado estas palabras, todas las miradas se volvieron hácia la bella esposa del banquero, que empezó á temblar en presencia del papel á que se la destinaba.

Dolores no podia dudar de que los diamantes que Amelia llevaba eran los suyos propios: ella misma lo habia dicho: para una mujer recien casada, las joyas regaladas por su marido puede decirse que tienen una fisonomía especial, señas particulares que no las dejan confundir con ningunas otras.

Pero aun sin comprender porque misterioso conducto la buena Amelia se encontraba usando unos diamantes que habian sido robados pocos dias antes, Dolores se sentia inclinada á disculpar á aquella mujer, cuya vida parecia estar pendiente de la respuesta que su amiga diese á la proposicion del comisario.

Sin embargo esta proposicion era tan natural y dirimia tan com-

pletamente las dudas suscitadas, que ni D. Teodoro, ni el mismo Jorge se opusieron á ella, antes bien este último dijo con orgullo:

—Señora, no puedo consentir ni por un momento en demorar la rehabilitacion de mi conducta y la de mi amigo D. Cárlos de Varner. Puede V. sin temor pronunciar la verdad, la verdad pura.

Dolores, conducida por su esposo, se aproximó á Amelia lentamente, con los ojos tan bajos, con el semblante tan triste, cual si fuera á pedirla perdon de un grande agravio.

Cada paso que daba la esposa del banquero resonaba en el corazon de Amelia, como deben resonar en el de un reo en capilla los pasos acompasados de los guardias que se encaminan en su busca para conducirle á su terrible destino. ¡Pobre Amelia!... Sostenida por el terror mismo, ni aun siquiera tuvo la dicha de perder el sentido.....

La esposa de Carranza se detuvo junto á su amiga.

—Señora—dijo el comisario—va V. á prestar un servicio á la ley. ¿Reconoce V. por suyos esos diamantes? Dolores permaneció silenciosa, y sin quitar los ojos del cielo.

—¡Diga V., diga V.!—esclamó D. Teodoro—y no consienta que tal sospecha pese sobre mi cabeza.

El acento del anciano era verdaderamente angustioso: la esposa del banquero entrevió en él una verdadera súplica, la súplica de un hombre que ve destruidos en un momento sesenta años de irreprochable conducta.

—¡Habla!... ¡habla!...—murmuró Amelia, y para dar mas fuerza á aquel conjuro de la amistad, se apoderó de la mano de Dolores.

Entonces medió entre las dos amigas una conversacion muda, que pasó desapercibida para todos los circunstantes, que comprendieron únicamente aquellos dos corazones de mujer, hechos para compadecer y amar.

Amelia dió un simple apreton de mano á Lola: Lola dirigió una simple mirada á Amelia.

Y sin embargo, ambas se comprendieron perfectamente.

—¿Está V. pronta á declarar la verdad?—preguntó el comisario.

—Estoy dispuesta—respondió la esposa del banquero sin titubear ni un instante.

—¿Reconoce V. por suyas esas joyas?

Dolores levantó resueltamente la cabeza y fijó una mirada tranquila en el aderezo de la desposada.

Luego, en medio del silencio mas profundo, interrumpido solamente por la respiracion inquieta y fatigosa de D. Teodoro y de Amelia, pronunció Lola clara y distintamente estas palabras:

—¿Me pregunta V., señor comisario, si reconozco por mias las joyas que adornan á esta señorita?... Pues bien, no señor, no las reconozco: estas joyas nunca me han pertenecido.

Instantáneamente resonó un grito unánime: la satisfaccion esperimentada por los amigos de Gomez estalló en un murmullo de satisfaccion, que podia compensar al anciano aquellos momentos de angustia, de tormentos, mucho mayores que cuantos inventó en otro tiempo la rabia de ciertos déspotas.

Al propio tiempo se rompió el encanto que sostenia á la pobre Amelia. De sus hermosos ojos brotó un raudal de lágrimas, y cayó, casi desmayada, en el seno de su salvadora.

Jorge recobró al propio tiempo su serenidad, y Varner su insolente audacia.

En cuanto á D. Teodoro fué acometido de una congoja y tuvo que ser trasladado á sus habitaciones particulares. Su honra habia quedado á salvo, pero la herida, abierta bruscamente en su corazon, estaba arrojando sangre.

El único que por de pronto se quedó hecho una estátua, fué el comisario. Cuando volvió en sí de su asombro, le aconteció lo que á aquellos pobres que sueñan haberse enriquecido de pronto, y al despertar no conciben como se encuentran sobre cuatro viejas tablas en el interior de una buhardilla oscura y fria.

—¿Está V. segura de lo que ha dicho, señora?—preguntó dirigiéndose á Lola.

—¿Cómo es esto?...—esclamó Varner con sobrada altanería—¿Trata V. de continuar el sin fin de sus indiscreciones, y proseguir su intempestivo interrogatorio?

—Cumplo con mi deber—contestó friamente el comisario.

—Su deber de V.—prosiguió el caballero de industria,—era no confundir á las personas honradas con la canalla de Madrid. Y si se permite V. otra vez dudar de la sinceridad de esta dama...

Carranza, que habia oido con disgusto á Varner producirse en un lenguaje tan poco conveniente en un hombre que, á juicio del banquero, hubiera hecho mejor en esconder su vergüenza, ó sus faltas si aquella no existia, tocó ligeramente en el hombro á D. Cárlos, y le dijo friamente:

—Caballero, mi esposa no necesita que persona alguna tome su defensa; el dia en que necesite algun apoyo, yo soy muy bastante para dárselo muy cumplido.

—Mi intencion.....—murmuró Varner balbuceando.

—La agradecemos como es debido; pero repito que yo me basto y me sobro para defender á Dolores si ella necesitase alguna vez de defensa.

El comisario agradeció sinceramente en su interior la leccion que Carranza habia dado al caballero de industria, á quien sintió no haber podido echar el guante, conforme habia creido hacerlo un momento antes. Dirigió de mala gana algunas escusas á Jorge y fué á retirarse de la sala, mucho menos satisfecho de lo que en ella habia entrado. Hallábase ya en el dintel de la puerta, y contaban todos verse libres de su presencia, cuando se detuvo repentinamente, como herido por una idea súbita.

Acababa de descubrir, tendido en uno de los sofás del salon, á D. Luis de Mendoza, que, como sabemos, se desmayó poco despues de haber lanzado la primera acusacion contra el hijo del honrado Gomez.

El comisario habia encontrado un medio para vengarse de D. Cárlos. Volvióse hácia los agentes que le habian acompañado y, designándoles al herido, les dijo:

—Conduzcan Vs. á este caballero hasta su casa, y no permitan Vs. que hable con persona alguna mientras no se halle en el caso de prestar una declaracion ante la Autoridad.

Los polizontes cargaron con el inmóvil Mendoza, de quien ninguno se habia ocupado durante la anterior escena, y el comisario salió definitivamente de la estancia, lanzando á Varner y á Jorge una mirada de triunfo.

No hay que decir como un momento despues la reunion se habia disuelto. Los amigos de la familia Gomez se fueron despidiendo y

protestando de una amistad, que, con franqueza, acababa de esperimentar un rudo golpe; al paso que Amelia, harto convencida de su triste situacion, sentia como gradualmente se la iba estinguiendo la voz con que contestaba á aquellos cumplidos, frios como lo son todas las fórmulas.

Unicamente cuando el llegó el turno á la señora de Carranza, Amelia estrechó particularmente la mano de su amiga, é inclinándose como para darla un beso, murmuró á su oido esta sola palabra:

—Gracias.....

Lola se creyó suficientemente pagada de cuanto habia hecho por su antigua amiga. Aquella espresion de gratitud tenia tal acento de verdad, habia tanto consuelo en aquella palabra, tanta resignacion en aquella desgracia, que la esposa del banquero se dió completamente por satisfecha de su conducta.

¡Los que acusan á las mujeres de egoismo y de falta de corazon qué poco las han estudiado!... Los novelistas se han empeñado muchas veces en hacérnoslas odiar; pero la esperiencia de todos los tiempos, que es la verdadera novela social á través de los siglos, ha venido demostrando que el corazon de las mujeres comprendia algo mas esquisitamente que el de los hombres y que no en vano el Señor las dió un semblante mas parecido al de los ángeles. ¡Los hombres!... Envanecidos con su ciencia, orgullosos con su fuerza, monopolizadores de todos los derechos, miran á sus compañeras con cierto aire de desprecio, que no puede menos de ser muy y muy ridículo á los ojos de toda persona sensata. ¡Ya quisiéramos ver nosotros qué hombre valdria lo que la última de las madres!

Algunos minutos despues, todo era silencio y tristeza en aquella casa, centro una hora antes del bullicio y de la alegría. Las luces se estinguieron paulatinamente; cerráronse las ventanas y las puertas; y los criados iban azorados de una á otra parte procurando esplicarse aquella inesperada catástrofe, que suponia una merma en las propinas que todos ellos aguardaban. Para los criados, una boda representa la parte de felicidad que cabe en cobrar y gastar una onza de oro, tipo á que aspiraban los criados del ex-banquero.

Sin embargo, no todos los sirvientes de la casa de Gomez participaban de tan interesadas miras.

Luisa, la buena Luisa, cuyo amor á Amelia se esplicaba por uno de esos sentimientos tan raros en su clase que han merecido en nuestros tiempos ser premiados como actos meritorios de una virtud caduca; Luisa, decimos, se hallaba tan conmovida, que aun no atreviéndose á romper el silencio guardado por su querida señorita, daba á entender harto claramente con sus lágrimas la parte que tomaba en el trastorno y dolor de sus amos.

A solas con Amelia en el cuarto tocador de esta, á donde se trasladó despues que hubo despedido á sus convidados, hartos impulsos sintió la buena doncella de prodigar algun consuelo á la jóven; pero ¿qué palabras podria decir para guardar consonancia con el dolor que anhelaba consolar?

La jóven desposada fué la primera en romper el silencio.

—Luisa, mi buena Luisa—dijo—¿quién me dijera que al cabo de tantos años de alimentar una ilusion, esta ilusion habia de trocarse en mi primera y mas irreparable desdicha?...

La doncella quiso contestar, y no pudo... ¡cabian tan pocas reflexiones para consolar aquella desgracia!... Lo único que hizo fué encogerse de hombros con esa acquiescencia forzada, que equivale á decir:

—¿Y qué le haremos? Dios lo ha dispuesto así.....

Amelia fué despojándose de sus galas: á cada una de las prendas que algunas horas antes habia vestido con gozo infantil y que ahora abandonaba con una herida incurable en el corazon, lanzaba un suspiro que apenas levantaba su pecho virginal; un suspiro de despedida, como un recuerdo que consagraba al pasado, como una lágrima que derramaba en el umbral del porvenir.

Cuando se despojó de sus diamantes, los contempló un momento con cierta sonrisa impregnada de amargura, y en seguida los depositó en el estuche, murmurando:

—¡Parece mentira que haya hombres y mujeres que se deshonren por semejante miseria!....

Dejó caer la tapa del estuche, y volvió á sonreir con mayor amargura.

En seguida recobró su ademan triste, y volviéndose hácia Luisa, la dijo:

—Amiga mia, voy á confiarte un encargo arriesgado y acerca del cual exijo me guardes el mayor secreto.

—Señorita, si la fidelidad pudiera cicatrizar las llagas del dolor ¿quién seria mas feliz que V. en este mundo? ¿Vivo yo acaso para otra cosa que para servirla á V.?

—Pues bien, dentro de algunas horas ven á este mismo gabinete; toma este estuche, tal como se halla, de encima de ese tocador; trasládate á la casa de Carranza; pide por mi amiga Lola, y dila estas solas palabras: De parte de mi señorita, que jamás podrá olvidar la grandeza de ánimo de que recibió tan irrecusable muestra.

—¿Y qué haré del aderezo?—preguntó Luisa algo alarmada por el encargo.

—Se lo dejarás á todo trance ¿lo entiendes bien? á todo trance. Y si Lola persistiese en su negativa, dile de mi parte que la dignidad, el orgullo, si es menester, son el último patrimonio de los desgraciados. A estos se les dispensa lo que á otros se les echa en cara, porque ¿quién es cruel para los que sufren mucho?...

Y pronunciando estas palabras, estalló en copioso llanto. ¡Es que habian de ser muy terribles unas reflexiones de esta naturaleza en labios de la jóven que aquel mismo dia habia creido que el mundo era un verjel delicioso sembrado de flores que despedian aromas delicados y cuyos talles eran mecidos por unas brisas que al deslizarse murmuraban palabras embelesadoras al oido de las niñas enamoradas!

—Pero señorita,—repuso Luisa—yo tenia entendido que la Sra. de Carranza habia negado ser la dueña de esos diamantes.....

—Amiga mia,—contestó Amelia volviendo á sonreir amargamente—¿crees que yo puedo aceptar una limosna, cuando esta limosna no es la honra de mi esposo?

La fiel aya dejó de replicar: todo estaba aclarado.

Amelia se dejó caer en un sillon, y apoyó la frente en la mano con abatimiento.

De pronto se oyó en la puerta del gabinete un golpe seco que hizo estremecer á las dos mujeres.

Al mismo tiempo la voz de Jorge llamó á la jóven con acento imperioso.

—¡Dios mio!—esclamó Amelia—¿Aun no han terminado las desgracias de esta noche?

Hizo una seña á Luisa para que abriera la puerta, y Jorge asomó en el dintel, deteniéndose como avergonzado ante aquella estátua del candor, cuyas ilusiones habia desgarrado cruelmente.

El hijo de Gomez habia envejecido diez años en una hora.

La primera arruga del dolor, la primera huella del vicio habian aparecido en la fisonomía de Jorge; su voz se hallaba impregnada de esa ronquera peculiar á los hombres que frecuentan sitios en donde se respira una atmósfera mefítica, y cuyos sentimientos embotados se reaniman fugazmente, merced al frecuente uso de bebidas alcohólicas.

—Amelia,—murmuró con sombrío acento—mi padre te llama á su lado; está muy grave.....

La jóven se levantó con piadoso respeto y se encaminó hácia la puerta. Al pasar por delante de Jorge, cogióla este fuertemente por el brazo, y en tono imperioso la dijo:

—Nuestra suerte está en tus manos: el viejo ha perdido la cabeza. ¡Ay de tí! si muere maldiciéndome.

La desposada inclinó la cabeza y se dirigió por entre los tenebrosos salones á la estancia de D. Teodoro, semejando uno de esos ángeles que poéticamente se hacen descender á la tierra para recoger, con el último suspiro de un moribundo, el alma de un varon justo.

CAPITULO XII.

La prediccion.

No hay que decir si las ocurrencias que tuvieron lugar en la noche de las bodas de los esposos Gomez, se comentaron en la buena sociedad de Madrid. La gente que no tiene en que ocupar sus ocios, encuentra muy agradable matar el tiempo á espensas de la vida privada de sus amigos; de suerte que, aun cuando el resultado de las gestiones oficiales practicadas por el comisario de policía no fué tan completo como hubieran apetecido los aficionados al escándalo; sin embargo, no faltaron íntimos de la familia que comentaron sabrosamente la escena del aparecido y la aparicion de la justicia.

Verdad es que hasta el momento en que los convidados despejaron el salon, ninguno habia puesto en claro otra cosa sino que Jorge habia dado en la debilidad de hacerse jugador; pero este solo descubrimiento bastaba y sobraba para que sus compañeros y las familias de estos, hicierán comentarios de toda suerte y compadecieran en lo íntimo de su corazon á la pobre víctima que habia unido su destino al de un hombre predestinado por sus vicios á ser lo que vulgarmente se llama un tahur, un perdido.

En esa compasion de que hemos hablado entraba por no poco la envidia, verdadera lepra de los grandes salones; enfermedad que se pega de una manera escandalosa y que la buena sociedad tiene el hipócrita instinto de cubrir con un aspecto de caridad cristiana, de

piedad evangélica, que es el mas bello ornato de cuantas mujeres especialmente se dedican á la práctica de semejantes virtudes. Una mujer que compadece á su amiga tiene el derecho de murmurar de ella cuanto sepa y cuanto ignora; porque ¿quién no se cree autorizado para decir mal de aquél á quien trata de socorrer, cuando la única manera de interesar al público está averiguada que consiste en ofrecer á su consideracion uno de esos comunes ejemplos de lo que se ha dado en llamar preocupaciones mundanas?.....

Las buenas amigas de Amelia, decididamente empeñadas en demostrarla sus utilísimas simpatías, lloraban en presencia de sus novios la desgracia de aquella compañera por quien tanto temian, pero á la cual hacian gracia desinteresadamente de una suma precipitacion en contraer matrimonio; cosa que ninguna muchacha prolonga mas allá de la voluntad de su novio, y que Amelia, sin embargo, habia estado meditando poco menos que desde el dia en que empezó á meditar.

Esto no quiere decir que Amelia no fuera verdaderamente compadecida: ni la sociedad de nuestros padres, ni la nuestra tampoco, se hallan tan absolutamente faltas de almas sensibles, que no quepa un sentimiento de dolor sincero para un momento de desgracia positiva.

Lola Carranza, la esposa del banquero, aquella mujer de especial corazon y buen talento que salvó á su amiga al borde del precipicio, continuó uniendo sus lágrimas á las lágrimas derramadas en abundancia por la jóven desposada.

Pocos dias despues de haber tenido lugar las escenas que hemos descrito en el anterior capítulo, y en uno de esos hermosos dias de invierno, en que por rara escepcion no llueve ni nieva en la coronada villa y corte de España, las dos amigas se hallaban en el jardin de la casa de Amelia, aspirando el aroma de las pocas flores que en él quedaban, con el mismo placer con que las flores parecian bañarse en los rayos del sol que las inundaba.

La esposa de Gomez habia agotado el caudal de su llanto y su aspecto era el de una bella estátua de ese dolor que consume lentamente y de una manera oculta el corazon de los hombres, bien así como el fuego que arde entre cenizas y que no se revela esteriormente hasta tanto que ha causado estragos inevitables.

Lola guardaba una actitud conveniente para no aumentar el dolor de su amiga y al mismo tiempo para no captarse el título de mujer ligera; actitud especial que únicamente saben guardar las mujeres de talento.

La conversacion gira entre ambas amigas acerca un asunto que sin duda quieren conservar oculto, puesto que se sostiene en voz sumamente baja y tomando grandes precauciones para no ser descubiertas ó espiadas.

—¿Crees que vendrá pronto?—preguntaba Amelia.

—No me cabe duda; mi esposo es todo un caballero que no falta nunca á las palabras que empeña con su mujer.

Esta respuesta, por sencilla que fuera, arrancó un suspiro del pecho de Amelia: era un tributo al recuerdo de su pasado en que todavía la pobre niña tenia fe en su prometido; horas perdidas, confianzas infundadas que se disiparon brevemente como las quimeras de un sueño, como los fantasmas de la embriaguez.

—Necesito ver á tu esposo cuanto antes: temo que mi proyecto no llegue á realizarse.

—¿Por qué? ¿Tanta prisa se da Jorge en destruir tu felicidad?

—Jorge... ¿Se acuerda él acaso de su esposa? Pero yo temo que muy en breve la mujer del jugador tendrá que acordarse desgraciadamente de que por el camino del vicio se llega al abismo de la miseria.

—Y para cuando llegue este caso.....

—Quiero impedir que venga un dia en que mis hijos culpen indistintamente los vicios del padre y la imprevision de la madre.

—¿Tanto es tu temor de que Jorge no ha de volver al sendero de la virtud, del honor, que nunca debiera haber abandonado?... Amelia, amiga mia, quizás tú misma exageras tu desgracia. Jorge se fatigará muy pronto de esa vida de disipacion y escándalo; vendrá al lado de su esposa, y esta logrará con su ternura hacerle ver cuanto se alejaba de una felicidad que tan cerca tenia sin embargo.

La esposa de Jorge hizo uno de aquellos gestos que equivalen á una desconfianza que raya en negacion absoluta.

—¿Por qué has de dudarlo? ¿por qué te empeñas en atormentarte tan cruelmente?... Jorge obedece sin duda á un impulso mas fuerte

que su voluntad, á una especie de hechizo que destruye las buenas condiciones de su naturaleza. Pues bien, hechizo por hechizo, hada por hada ¿crees que la lumbre de tus ojos no es filtro bastante poderoso para cautivarle?

—Ah, ya no tienen luz: la han apagado las muchas lágrimas que en poco tiempo han vertido.

—Pero ¿tú has probado de detener á tu marido? ¿Le has hablado como esposa que conoce sus derechos, como mujer que adivina cuales son sus deberes para el dia de mañana?

—Ignoro cuales son esos derechos, esos deberes de que me hablas: de soltera únicamente he pensado en mis amores, de casada tan solo he tenido tiempo para pensar en mis desgracias. Hallar á mi esposo... ¿Qué lenguaje quieres que emplee con él? Cuando me ha encontrado llorando, ha pretendido por un instante consolarme, haciéndome merced de algunas dulces mentiras; y cuando ha comprendido que ningun efecto me causaban estas, se ha alejado de mi compañía, diciendo que ningun jóven se divierte al lado de una mujer que se queja siempre y que siempre llora.

Lola no pudo contener un movimiento de despecho: ninguna mujer perdonará nunca al hombre que no comprende lo que vale una sola lágrima sinceramente derramada.

—Él se fatigará tarde ó temprano de esta vida—dijo la amiga de Amelia, encerrándose en ese círculo vicioso de palabras, propio del que habla sin conviccion y tiene necesidad de decir algo.

—¿Cuándo? No le ha detenido el escándalo del dia de nuestras bodas, no le han detenido mis palabras, no le han detenido las amonestaciones de su padre, no le ha detenido siquiera, el ver que este iba á sucumbir bajo el peso de la vergüenza que sobre él ha caido tan injustamente.

—¡Pobre D. Teodoro!... Al cabo de sus años...

—Al cabo de sus años se halla postrado en un sillon, triste, meditabundo, sin pronunciar apenas una palabra, rechazando la vista de las gentes, hasta la mia. Cuando queremos prodigarle algun consuelo, nos contempla con ademan estraño, y si le dirigimos la palabra para hablarle de su hijo, no nos contesta, levanta los ojos al cielo, y sus blancas pestañas se humedecen con una lágrima...

—Es una gota de sangre que se le salta al corazon lacerado del pobre padre.

—O mas bien una gota de purísimo rocío con que riega la tumba que encierra su buen nombre.

Pronunciadas estas palabras, reinó un instante de silencio: luego se escuchó un ligero rumor y apareció Carranza en el jardin. El banquero saludó á Amelia, cortesmente, y esta le dirigió la palabra de la siguiente manera:

—Perdóneme V., amigo mio; necesito aconsejarme de un hombre prudente, y confio en que mi desgracia será título suficiente á los ojos de V. para que se sirva favorecerme y secundarme en mis planes.

—Señorita—contestó el banquero—los hombres que hemos sido educados entre libros de cuentas, no somos muy apropósito para consolar desgracias ni dar consejos á los que de consejos necesitan; pero ya que V. me ha distinguido nombrándome su consultor en este caso, sepa V. que aun siendo menos desgraciada de lo que dice ser, me bastaria que fuese V. amiga íntima de mi esposa, para que me creyese obligado á secundar esos planes de que V. me habla.

—Va V. á saberlos. Por muerte de mis padres me hallo ser heredera de un cuantioso patrimonio: sin embargo, en pocos dias he pensado muchas veces en la miseria.....

—¡La miseria! ¡V.! esclamó el banquero.

—Debo pensar en ella como una cosa posible.

—Todo es posible en este mundo, señorita; pero lo que V. dice no es probable—dijo Carranza, fingiendo ignorar lo que harto sabia.

—No me obligue V., caballero, á recordarle que mi ejemplo no seria probablemente el primero. He pensado en la miseria, y se lo digo á V. con toda sinceridad, no la he temido por mí. Al fin y al cabo, la miseria anticipa la muerte, y yo no tengo lazo alguno que me una agradablemente á la vida. Pero tambien le confieso á V., que lo que no me ha asustado por lo que á mí toca, me ha aterrado por lo que hace á los hijos, que pueden demandarme un dia cuentas de una fortuna que estaba destinada para ellos. No soy madre aun, caballero; pero comprendo que debe ser una cosa horrible, muy horrible, ver que los pedazos de nuestras entrañas padecen de aquel mal de que, aun á nuestros enemigos mas encarnizados hemos compadecido.

A la verdad causaba una impresion tristísima ver á esa mujer tan jóven, tan hermosa, tan buena, tan feliz pocos dias antes, espresarse en aquel lenguaje, adelanta con planta insegura hácia un porvenir que su imaginacion acalorada le representaba sombrío, tenebroso, lleno de desgracias.

—Y bien, señorita—dijo el banquero—puesto que cree V. hallarse en el deber de salvar su fortuna de un naufragio inminente, fácil le será V. comparecer ante un tribunal y privar á su marido de la administracion de los bienes de V., con lo cual se consigue cuanto V. anhela.

—¿Y bajo qué pretesto interrumpirán los tribunales la ley comun que hace al marido árbitro de los destinos de su esposa?

Carranza permaneció un momento sin responder á esa pregunta: le era sumamente duro lanzar una piedra que fuese á herir la reputacion de un amigo y el corazon de una mujer enamorada.

—Señorita—dijo—el pretesto lo tiene V. á la mano: la conducta de su esposo.....

—¡Cómo! ¿pretende V. que yo comparezca en público, que me presente ante un juez, y con esa impasibilidad de la ley, que supone el vacío en el corazon, la ausencia de todos los sentimientos, diga: Mi esposo es un jugador, mi esposo ha descendido el último escalon y se revuelca en el fango de los vicios sociales?... Jamás, caballero, jamás.

—Sin embargo, hace poco buscaba V. un medio para impedir la catástrofe que preveia: la madre parecia dispuesta á sacrificarlo todo para asegurar el porvenir de sus hijos...—murmuró escusándose el banquero.

—A sacrificarlo todo, es cierto; todo menos el buen nombre, menos la reputacion de Jorge. ¿Juzga V. que la esposa tiene menos deberes que cumplir que la madre? No, amigo mio: yo comprendo los unos y los otros, y la primera de las obligaciones de la mujer que ante el cielo y la tierra se ha unido á un hombre para siempre, es guardar intacta la honra de su marido, la honra que ya es suya y que mañana será de sus hijos. ¿Y cumple este deber la esposa que imprudentemente lanza el primer insulto á la faz de su esposo? ¿Cumple con su deber la que previene los ánimos en contra del

hombre cuya mano ha estrechado ante Dios? Las mujeres somos ante todo deudoras del honor que se nos confia por completo, y yo no sé ver una gran diferencia entre la esposa que abandonase su cuerpo al vil deseo de un amor culpable, y la que hiciera ludibrio de las gentes á su marido, autorizando á las gentes de bien para que rechazasen su compañía y le señalasen con el dedo como á un apestado, peor todavía, como á un delincuente. Jamás, amigo mio, jamás: yo debo á mis hijos mi fortuna, es cierto; pero les debo con no menos preferencia, el nombre de su padre. Si no hay otro recurso, mis hijos nacerán probablemente en la miseria, pero nacerán honrados.

Carranza no sabia que cosa objetar á las prudentes reflexiones de aquella mujer tan virtuosa como resignada, tan fiel á aquel esposo culpable como pudiera serlo la matrona que mayor dósis de felicidad debiera al marido con quien se hubiera enlazado. ¡Oh! sacrificios de esta naturaleza no los comprende el hombre, y si alguna vez se le ocurre pensar en lo mucho que debe á su mujer, tiene la dureza de llamar egoismo á lo que es fruto del amor mas desinteresado, mas sublime, mas inmerecido por aquel que no sabe comprenderle.

La mujer que en idénticas circunstancias á las de Amelia no pensara como ella piensa, no obrara como ella obra, desde luego distaria mucho de llegar á la sublimidad de la virtud. Ser virtuosa una mujer siendo feliz, es tan fácil, como fácil es no ser ladron cuando se nada en la abundancia: padecer y no quejarse, luchar con la desgracia y vencer, este es el mérito, esto es lo que tiene estima, esto es lo que hacen pocas, muy pocas; pero que se hace, sin embargo; que se hace por las mujeres, y que probablemente no se haria en tan alto grado por los hombres. La resignacion es el patrimonio de la mujer desde que la Vírgen madre dobló resignada la cabeza ante el decreto del Eterno que la exigia el sacrificio del hijo mas querido entre los que fueron y los que son y los que serán.

Por lo que toca á Lola escuchaba con admiracion creciente á aquella amiga tan digna del sacrificio que por ella habia hecho.

—Al fin y al cabo, señorita,—dijo Carranza—las mismas palabras de V. me confirman en mi opinion de que tiene V. un plan ya concebido, y acerca del cual ha querido V. simplemente conocer mi opinion. Yo me anticipo á decir que esa opinion será favorable tra-

tándose de un pensamiento formulado por una dama del talento y virtud que á V. adornan.

—Gracias, amigo mio; pero lo que yo quiero de V. es que dé forma al plan mio, porque la suerte de una criatura débil y combatida por la desgracia como yo lo estoy, los pensamientos se presentan con un carácter tal de confusion, que únicamente á los buenos amigos pueden no parecer ridículos. Dígame V., Sr. de Carranza, ¿no hay medio de que yo impusiera en su casa de V. una parte de mi fortuna, una muy pequeña, la precisa para garantir á mis hijos de la miseria? Pero yo necesitaria al propio tiempo esconder este paso á mi familia, á Jorge especialmente, porque desde el momento en que este conociese el lugar en que deposito mi postrera esperanza, el resto de mi fortuna se iria al mismo abismo que ha de sepultar el porvenir de Jorge y el mio.

Carranza se quedó meditando; el plan no era malo, pero faltaba inventar el modo de llevarlo á cabo. Amelia no podia disponer de parte alguna de su patrimonio sin el consentimiento de su marido; y el banquero que comprendia cuanto importa la limpieza en las operaciones de un comerciante, no atinaba en la manera de entrar en caja cantidad alguna procedente de una mujer casada que obra sin el consentimiento de su esposo. El resultado de la meditacion fué proseguir el diálogo de esta forma:

—¿La cantidad que quiere V. imponer en mi casa forma parte de la herencia paterna ó materna de V.?

—No, señor: de esa herencia no puedo ya disponer: la ha administrado el padre de mi esposo, y antes de celebrarse mi matrimonio me presentó de ella las mas estrechas cuentas. Poco pudo presumir el honrado D. Teodoro que aquella precaucion, aconsejada por su rigidez de costumbres, habia de volverse en contra mia, imposibilitándome de ocultar lo que únicamente de esta manera pudiera haberse salvado.

—Entonces ¿de dónde procede la cantidad de que pretende V. disponer?

—Es una dádiva de mi tio, D. José García, el de Cádiz. Cuando el buen señor tuvo noticia de mi próximo enlace, me escribió una carta diciéndome que poco ducho en comprar regalos para novias, ponia á

mi disposicion la cantidad de cien mil reales para que los invirtiese de la mejor manera que me aconsejase mi deseo; aunque, añadia, el suyo seria que aquella cantidad no fuera sacrificada á la satisfaccion de un simple capricho del momento.

—¿Y qué empleo hiciste de esa cantidad?—preguntó Lola, entre curiosa é interesada.

—Se me ocurrieron tantas maneras de gastarla, que al fin y al cabo buscando como decidirme, terminé por no hacer uso de ella. Los cien mil reales continuan en poder de mi tio.

—Entonces ¿cómo pretende V. hacer uso de esa cantidad?

—Diré á V.: mi tio, que ha venido á Madrid, me ha vuelto á repetir su ofrecimiento. Dispon, me ha dicho, de esos cien mil reales; mas al emplearlos, ten presente, sobrina mia, que tu desgracia te ha hecho la esposa de un jugador.

—En este caso, podia V. haberle suplicado que conservara esa cantidad por si llegase la desgraciada circunstancia de que V. tuviera necesidad de ella.

—Tal fué mi intento; pero aquel mismo dia sobrevino una acalorada disputa entre mi esposo y mi tio, y este se retiró de esta casa prometiendo nunca mas poner los piés en ella. Desde aquel instante he dejado de verle: le escribí una carta, que sin duda llegó á sus manos medio borrada por mis lágrimas, y en su respuesta me dijo que la obligacion de una esposa es obedecer en todo y por todo las órdenes de su marido, seguir su destino, y hacerse cuenta de que el mundo empieza y acaba en el interior de la familia que ha pasado á constituir. En vista de esto ya no me quedaba mas que un recurso: escribí de nuevo á mi tio dándole cuenta del destino que pensaba dar á los cien mil reales que me habia ofrecido, y suplicándole los conservase en su poder, como V. mismo me aconsejaba hace poco; pero aun á esto se negó resueltamente, contestándome que en aquel mismo dia entregaba aquella cantidad á su jóven amigo D. Luis de Mendoza, el cual la retendria á mi disposicion como persona que era de su entera confianza.

—Siendo así, basta que V. continue dispensando la suya al que ya tiene la de su tio.

—Imposible, caballero; porque ese D. Luis de Mendoza es la mis-

ma persona que vino á interrumpir la alegría general el dia de mis bodas.

—¿El herido que causó tan general sorpresa?

—El mismo: ya debe V. suponer por lo tanto que no puedo sostener frecuentes relaciones con un hombre á quien mi marido odia de una manera imponderable.

—Sin embargo, ese hombre es quizás la persona que nos hacia falta en este momento. Yo conozco la prudencia de su tio de V., y sé positivamente que no deposita su confianza sino en quien la merece por completo. ¿Es V. de mi parecer?... Pues bien; la cantidad que no puedo recibir en nombre de V. puede don Luis de Mendoza depositarla en mi casa, y este secreto, del cual depende quizás el porvenir de algun inocente, quedará reducido á tres solas personas. Su prevision de V. habrá hecho, á no dudarlo, este milagro.

Amelia hizo un ademan de asentimiento, y respiró con tanta satisfaccion como si se hubiera libertado de un grande remordimiento que hubiese pesado sobre su conciencia. La desgracia que afligia á la esposa no habia disminuido, pero la futura madre se hallaba tranquila. ¿Qué padre y aun mucho mas qué madre, amenazada de la miseria, no se creeria el ser mas feliz del mundo, el dia en que crease un porvenir risueño para sus hijos?... Hé aquí porque se disipó instantáneamente la nube de tristeza que sombreaba la frente de la jóven; hé aquí porque subió hasta sus labios una sonrisa de placer; hé aquí porque su corazon latió alegremente como latiria el de aquel prisionero que, condenado á prision perpétua, adquiriese la seguridad de salir un dia de su lóbrego encierro.

—¿Lo ves?—dijo volviéndose á Lola con afabilidad suma.—Ya estoy tranquila.

Y lo estaba efectivamente. ¿Qué mas podia desear la pobre criatura que salvar de aquel naufragio una tabla para sus hijos?

—Lo que ahora conviene—prosiguió—es ponerse cuanto antes de acuerdo con ese D. Luis de Mendoza: únicamente él puede ayudarme á completar mi plan. ¿Seria V. tan amable, señor de Carranza, que suplicara á ese caballero tuviese la bondad de venir á esta casa?

—No seria mejor que V. le dirigiese esta misma peticion por escrito?

—De ningun modo, amigo mio: Jorge podria sorprender mi carta,

y yo que conozco su carácter, tiemblo á la simple idea de sus arrebatos. Además, si un dia, por uno de esos acasos providenciales que no se esperan, pero que acontecen sin embargo, mi esposo tenia noticia de que yo he escrito dando una cita á un hombre, esté V. seguro que me interrogaria de una manera tan apremiante que ó tendria que esperimentar las consecuencias terribles de su cólera, ó participarle mi secreto, lo cual equivaldria á hacer ineficaz mi obra. ¡Oh! amigos mios; Jorge está celoso al estremo de su mujer; es el único consuelo que me resta, porque al fin y al cabo, únicamente los enamorados tienen celos.

Amelia se hallaba convencida de la exactitud de sus palabras: creia buenamente en el amor de su marido, y hubiera llevado á mal, no sin razon, que un amigo indiscreto la hubiese hecho comprender que muy amenudo los celos, no son sino el pretexto con que se encubren los hombres que persiguen á sus esposas para impedir que estas hagan otro tanto con ellos.

Sobre los celos hay mucho que decir ciertamente. Lejos de nosotros la idea de negar la existencia de ese sentimiento que tanto se ha querido poner en ridículo y que ha sobrevivido á tantas ridiculeces. Comprendemos que un hombre enamorado sea avaro de las palabras, de las miradas, de los pensamientos, de la mujer á quien ama; y deducimos de esto que hay una posibilidad suma hasta de morir á impulsos de ese sentimiento. Pero sabemos tambien, que los mal llamados celos son una cosa hija del orgullo y de la injusticia. Hay hombres que celan á su mujer, no porque tengan necesidad alguna de ser amados esclusivamente; no porque vivan de ese afecto que encadena indisolublemente dos corazones; sino porque temen el ridículo que les sobrevendria el dia en que los vagabundos de su patria, los ociosos de su barrio, matasen el tiempo á espensas del pobre víctima de la infidelidad conyugal.

Esto no impide, sin embargo, que esos turcos europeos, que tan buenos guardadores aparentan ser de su honor, hagan caso omiso de que Dios ha dividido en dos personas la honra de toda familia, y que si la preocupacion ha hecho responsable esclusivo á la mujer de la fidelidad, la sensatez, y sobre todo la virtud, no ha establecido diferencia ninguna entre los dos sexos cuando se trata del cumplimiento de un deber social y religioso.

El que quiera pureza, que sea puro; el que exige cuentas á los demás, salde primero las suyas.

Ahora bien, ¿cómo es posible que Jorge sintiera verdaderos celos cuando su corazon no podia sentir el único amor que puede inspirarlos? ¿Por ventura entre Jorge y Amelia no se interponia el muro de una pasion que las acalla todas, bien así como el hombre acostumbrado á beber alcohol puro, encontraria flojos y desabridos los licores que escaldan un paladar regularmente delicado?

Sin embargo, la jóven necesitaba una ilusion cualquiera que la uniese á la vida, y se suponia amada extraordinariamente por su esposo: si no hubiera podido hacerse esta ilusion, se hubiera muerto de pesadumbre, como se moririan todos los desgraciados si no se uniesen á la vida con los vínculos de una ilusion ó de una esperanza, que son las dos enemigas acérrimas de la muerte por sacudimientos morales.

Carranza ofreció cumplir el encargo de Amelia y se retiró con su esposa, á tiempo que Jorge entraba en el jardin buscando á su mujer. El semblante del jóven Gomez palideció á la vista de aquellos dos personajes que eran los mas fehacientes testigos de su deshonor, y como todos los hombres, aun los mas miserables, tienen orgullo de sobra para declarar que viven de limosna, de ahí que como nuestro héroe prefieren hacer que no ven la mano que debieran besar, y por no ser agradecidos se vuelven necios y malos.

Jorge saludó muy friamente á los buenos amigos de su familia, y fué á reunirse con su esposa. El semblante del jóven estaba pálido, su mirada era fosca, sus labios eran presa de un ligero temblor; sin duda habia tenido desgracia en la última partida, y como buen jugador venia á descargar en el seno de su familia el mal humor que por el buen parecer habia ocultado entre la escogida sociedad de tahures que le ganaba á un tiempo mismo el dinero y la tranquilidad de su corazon. Porque esta es otra gracia de los malos casados. En público ocultan su enojo y hasta se llevan perfectamente bien con las personas que le provocan; mas una vez llegados al seno de su familia, no hay quien pueda con ellos. Para la esposa son las palabras desabridas, para los hijos son, harto á menudo, los malos tratamientos que una madre llora aun mas que si ella los sufriera; y cuando salen á la

calle esos tiranos domésticos engañan á las gentes cubriéndose, ni mas ni menos que con un antifaz, con la sonrisa de la tranquilidad y hasta del bienestar. Seres de esta naturaleza merecieran ser marcados en la frente para que el mundo supiera á qué atenerse, y no rindiera culto á los verdugos de su familia.

—¿Cómo vienes tan tarde?—preguntó Amelia á Jorge, con ese acento dulcemente regañon de las personas que quieren bien y desinteresadamente.

—He tenido que hacer; hay diligencias que practicar de las cuales es imposible prescindir—contestó Jorge embarazosamente.

—Es muy cierto, amigo; pero esas diligencias no se practicarán probablemente á la hora en que Madrid descansa. Esta noche no te has recogido, tu padre ha preguntado por tí varias veces, y yo he tenido que disculparte pretestando que una ligera indisposicion te retenia en la cama. ¡Oh! si el buen anciano conservara su perspicacia de otros tiempos, hubiera adivinado perfectamente que le estaba mintiendo.

—¿Y por qué mentirle? Haberle dicho la verdad—respondió Jorge ásperamente.

—La verdad en este caso hubiera sido muy amarga para el anciano. No hay padre alguno que se dé por satisfecho de que le digan: su hijo de V. no está en casa, ni sabemos tampoco donde pasa las noches.

—Cierto, cuando este hijo es un niño, cuando puede creerse buenamente que haya caido debajo las ruedas de un carro ó se haya zambullido en el estanque del Retiro. Pero yo he llegado á mi mayor edad, me he casado, soy jefe de una familia, y no comprendo que ninguna persona tenga derecho á pedirme cuenta de las casas que frecuento y de las calles que recorro, ni mas ni menos que se pide á un niño de la escuela. Hay cargas pesadas que el hombre sacude cuando llega á cierto período de su vida: al casarse deja de ser individuo de una familia y pasa á ser jefe de otra ¿lo entiendes bien? jefe; y el que manda no tiene que satisfacer exigencias ni dar satisfacciones.

—Ni yo las pido, Jorge, ni creo que sea exigencia en una mujer interesarse en el bienestar de su esposo; á menos que este pueda suponer tambien que al comprar su libertad por medio del ma-

trimonio, adquiere al mismo tiempo el derecho de mandar en el amor de su mujer. ¿Quisieras acaso que yo te amara menos de lo que te amo?... Es imposible, Jorge: en este punto me sublevaria hasta contra tus mandatos.

Habia un acento tal de amor en las palabras de Amelia, era tan dulce su manera de reprender á su esposo, que este no pudo menos de recompensarla con un beso, á cuya impresion se estremeció de júbilo la tierna jóven, ni mas ni menos que un cuerpo sujeto al choque de una chispa eléctrica. Aquel beso borró el último pensamiento triste que albergaba la mente de la jóven, y en lugar de tener queja alguna de su marido, parecíale que toda una vida de amor y de sacrificios no era bastante á pagar aquellos momentos de dicha debidos á Jorge.

¡Pobre criatura! No comprendia que un fuego que se estingue, conserva durante algun tiempo una que otra chispa entre sus frias cenizas...

Terminado aquel momento de espansion, Jorge rechazó nuevamente á su esposa, y recobrando su aire taciturno la preguntó:

—¿Se puede saber á qué ha venido á mi casa el Sr. de Carranza?

Amelia, que se habia olvidado de sus tristes presentimientos, gracias á la feliz sensacion que esperimentaba en aquel instante, se sobresaltó al escuchar la pregunta de su marido, y no acertó por de pronto con la respuesta. La cándida jóven sentia como cierto remordimiento de haber referido en un instante de mal humor las debilidades de su marido á un individuo que no podia sentir hácia ella otro afecto que el afecto frio de la compasion y hácia él otro sentimiento que el sentimiento terrible del desprecio.

Por de pronto se quedó Amelia sin responder palabra: Jorge creyó de mal agüero aquel silencio.

—Pregunto—repitió con acento que vendia su emocion—¿á qué ha venido el Sr. de Carranza á esta casa?

—A visitarme en compañía de su esposa, que, como sabes, es íntima amiga mia. Nada mas natural.

Nada mas natural, con efecto; pero lo que nada tenia de natural era el tono con que Amelia referia unas cosas tan naturales. Jorge la dirigió una mirada investigadora, una mirada injusta, porque entra-

ñaba una sospecha. En seguida hizo un esfuerzo para contenerse, y dijo:

—Pues tenga V. entendido, señora, que yo no gusto de la amistad de ese caballero ni de la de su esposa; y que por lo tanto, puede suprimir sus visitas. Hágaselo V. entender de esta manera.

—¡Cómo! ¿pretenderias arrojar de esta casa á unos amigos que tan bien nos quieren?

—Una mujer bien casada no debe tener mas amigos que los amigos de su esposo, y yo no lo soy de Carranza.

—¿Despues del favor grande, inapreciable, que nos hicieron el dia de nuestra boda? ¿Puedes olvidar que le somos deudores de nuestra honra, tal vez de tu libertad?

—Por esto mismo, señora: yo no puedo admitir en mi casa personas cuya vista me sonroje.

—¡Qué ingratitud!...

—¡Señora! ¿Desde cuándo le he dado á V. libertad para calificar mi conducta? Buena ó mala, yo soy el único que debe mandar en esta casa, y V. se servirá obedecer sin permitirse hacer apreciaciones de ningun género.

—¡Jorge!... ¡Jorge!... ¿por qué me tratas con tanta crueldad?...

—Para dar á comprender á V. que en esta casa, suceda lo que suceda, sea lo que sea, no hay mas voluntad que la mia, ni mas ley que mi voluntad.

Y sin pronunciar otra palabra, sin dejar á la pobre Amelia ni aun el consuelo de una mirada benévola, salió del jardin y fué á encerrarse en su gabinete.

La desconsolada esposa, tan rudamente precipitada desde el cielo de su felicidad hasta el abismo de su verdadera situacion, sintió vacilar la tierra bajo sus inseguras plantas y tuvo necesidad de apoyarse en la barandilla de un surtidor para no venir al suelo desmayada. En seguida llevó la mano á sus ojos, y murmuró con voz desfallecida:

—Ya no hay lágrimas en mis ojos: la última ha caido sobre mi corazon, abriendo en él una llaga incurable.....

CAPITULO XIII.

La primera víctima.

Cuando Jorge se hubo separado de Amelia, hemos dicho que fué á encerrarse en su gabinete, donde se dejó caer en un sillon con muestras del mayor abatimiento. Algunos instantes despues, el infame Varner llamaba á la puerta de la estancia, que se cerró de nuevo, dejando á los dos jóvenes que á su placer arreglaran los asuntos llevados á cabo de mancomun, asuntos que sin duda andaban de mal talante, segun fué de colegir del perverso gesto que puso Jorge terminada la entrevista.

Sin saber nosotros lo que se trató en esta, podemos, sí, asegurar, que apenas se despidieron los dos amigos, entró Jorge en el cuarto de su padre, agitado, tembloroso, y fijando en el anciano una mirada llena de temor, permaneció durante mas de un minuto estudiando por el semblante de D. Teodoro los sentimientos de que su alma podia estar dominada. El semblante del anciano tenia, sin embargo, bien poco que estudiar.

Un solo sentimiento, el de la tristeza, habia invadido por completo aquel rostro venerable: aquellos ojos de mirar penetrante se hallaban fijados sin espresion alguna en un punto visible, únicamente en su pensamiento; aquellos labios siempre rientes, siempre dispuestos á pronunciar dulces palabras, permanecian cerrados de una manera pertinaz, cual si D. Teodoro temiese que se escapara por ellos alguna

palabra imprudente; finalmente, aquellas manos ungidas por cuarenta años de un trabajo honroso, aquellas manos siempre dispuestas á levantarse para bendecir á los buenos, permanecian inmóviles á lo largo del cuerpo como las de una estátua tendida sobre un sepulcro.

Jorge se tranquilizó porque nada de particular observó en su padre.

Viendo que su presencia no era bastante para sacar á su padre del ensimismamiento en que se hallaba sumergido, y pensando buenamente que el anciano ni aun siquiera habia reparado en él, hizo un gesto de satisfaccion y volvió la espalda encaminándose hácia la puerta.

Sus temores se habian disipado, su padre no gozaba, por lo visto, ni aun de sensibilidad: á este paso, ni siquiera le quedaba que apetecer.

Iba ya á abandonar la estancia en que el anciano se habia sepultado interin la muerte le hacia descender á otro sepulcro mas apetecible, cuando D. Teodoro le llamó clara y distintamente por su nombre.

—Jorge,—le dijo—cuando los padres se van, es cuando los hijos deben rodearles de mayores atenciones; porque Dios nunca desoye la palabra de los ancianos, cuando imploran clemencia ó justicia del Eterno.

El mancebo comprendió perfectamente la reprension que envolvian aquellas palabras, y se escusó diciendo:

—Padre mio, Amelia ya dijo á V. que yo me hallaba anoche algo indispuesto.....

D. Teodoro sonrió con incredulidad y meneó lentamente la cabeza dando á entender que no pasaba por el engaño: Jorge llevó á mal que su padre no se dejara engañar, ni aun en apariencia, y dijo:

—Padre mio ¿duda V. de mis palabras? ¿Hace V. á Amelia la ofensa de creer que ha mentido?

—No, hijo mio; tu esposa ha dicho la verdad: tú estás enfermo, muy enfermo; pero no es en la cama ni á favor de recetas de médicos que se salvará lo que en tí está enfermo. Tú hiciste esta noche pasada otro tanto que vienes haciendo de algunos dias á esta parte: pasarla fuera de casa.

—Digo á V., padre mio, que no es cierto, y cuando no quiera dar

crédito á mis palabras, recuerde V. las de mi esposa. ¿En qué consiste que por primera vez duda V. de ellas?

—Consiste en que por primera vez tiene tu jóven esposa necesidad de desfigurar la verdad para encubrir faltas que ella no comete. ¿Sabes, Jorge, en qué pasó la noche tu escelente esposa?

—Supongo que le haria á V. compañía, segun costumbre; que le leeria á V. algun libro de su agrado, que le cantaria á V. algunas canciones acompañándose con el arpa.....

—Esto mismo: Amelia no quiere privar á su padre de esas únicas delicias que le quedan en este mundo; flores que una mano solícita cultiva junto al sepulcro de los años. Ahora bien, la misma conducta de mi hija, me demuestra que tú no estabas enfermo; porque de haberlo estado, yo conozco muy bien á Amelia y sé de fijo que entre su padre y su esposo no hubiera titubeado un momento. Jorge, tú has mentido.....

—Padre mio...—replicó Jorge algo alarmado por el giro que iba tomando el diálogo—Esa palabra.....

—¡Tú has faltado!—prosiguió el anciano sin hacer caso de la interrupcion de su hijo—Has engañado á tu padre, has perdido á tu esposa, has mancillado mi honra, y para continuar esa vida de crápula y de desórden, exiges de Amelia que manche sus labios con las primeras mentiras que han pronunciado..... ¡Necio!... creiste engañar á tu padre porque la edad y el dolor han debilitado su vista, y no sabias que los padres vemos las cosas de nuestros hijos con la mirada infalible del corazon..... Creiste engañar á tu esposa contando con su obediencia para sufrirte, con su amor para perdonarte, y no has calculado que Dios ve y pesa las acciones de los esposos culpables y exige estrechamente á los hombres que marchitan su existencia, prodigando los aromas suaves y benéficos de la juventud, dentro de uno de esos templos consagrados al vicio, en donde impera una deidad á la cual se ofrece holocausto de honras, que es mucho peor aun que sacrificios humanos. Pues bien, esos desórdenes han de tener un término, y le tendrán; Dios permite que el anciano recobre sus fuerzas en un momento supremo, y Dios nunca obra un milagro, si el milagro no ha de producir un bien á aquel en cuyo favor le obra.

Jorge se hallaba confundido. Aquella súbita reaccion destruia to-

dos sus planes: si su padre le imponia condiciones, cesaria aquella libertad de que él se mostraba tan celoso, precisamente por el mal uso que hacia de ella.

—Padre mio,—respondió—ignoro cuales son sus deseos de V.; pero de todos modos, puesto que el Señor le ha devuelto á V. el sentimiento de que por desgracia parecia hallarse privado, ese sentimiento que le mueve á apreciar los actos de los individuos de su familia, le inducirá tambien á comprender que su hijo ha llegado á una edad en que no debe ni puede dar cuenta de sus acciones: cuando se crea una familia, el jefe de ella es el marido; y yo soy mayor de edad, padre mio, y hace ya algunos dias que he contraido matrimonio.

D. Teodoro comprendió perfectamente la intencion de su hijo, y aquella idea de emancipacion, tan imprudentemente sacada á relucir, causó al anciano un efecto terrible.

—Con que tú—esclamó temblando de emocion y levantándose á medias de su asiento—pretendes desconocer la autoridad de tu padre, y se te figura que los años destruyen los lazos de la familia, como destruye las obras raquíticas y frágiles de los hombres... Te engañas, Jorge, te engañas: tu padre vive aun, y mientras viva, si una voz ha de resonar dentro de esta casa, es la suya; si una órden hay que dictar en ella, él la dictará; y tú la obedecerás de rodillas ¿lo entiendes bien? ¡de rodillas! Hijo desobediente... humíllate delante de tu padre.....

Era tal la energía del lenguaje y la firmeza del acento que súbitamente desplegó el padre de Jorge, que este no pudo menos que obedecer á la intimacion del anciano, que hablaba de la justicia de Dios, por unos labios tan autorizados como los de un padre. Conteniendo, pues, los impulsos soberbios de su alma, y humillando al suelo la mirada que por un momento se fijó con orgullo en su dueño, como la del arcángel precito en el Señor, Jorge fué doblando la rodilla lentamente, á pesar suyo, como si la mano de la indignacion celeste pesara sobre el réprobo. Una vez en tan humilde postura, llevó las manos al semblante, ocultándose á sí mismo el vencimiento, y muy pronto se deslizaron á través de sus dedos algunas lágrimas, no de arrepentimiento por cierto, sino de despecho. El desdichado no com-

prendió cuanta grandeza cabe en el hecho de honrar á un padre honrado, y Dios únicamente podia leer los pensamientos que se formaron detrás de aquella cabeza sublevada, enloquecida por los malos consejos del orgullo.

D. Teodoro, cuya mano diestra se habia levantado terrible sobre el hijo desobediente, permaneció un instante inmóvil y cual si quisiera detener el rayo que serpenteaba en la atmósfera amenazando la cabeza del culpable. Guardando esta respectiva actitud el mozo y el anciano, oyóse un ligero ruido en la puerta: volvió Jorge la cabeza precipitadamente, y se puso en pié como sonrojado de que su esposa le hubiese encontrado en lo que él creia humillante postura. Porque Amelia era en efecto, la que, con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada fija en el cielo, permanecia inmóvil en el dintel de la puerta, como uno de esos ángeles intercesores que los pintores colocan al pié del trono de nubes en que se asienta la Vírgen de las misericordias.

El orgullo de Jorge se sublevó de una manera brusca: púsose en pié súbitamente, y preguntó con voz muy bronca:

—¿Quién ha dado á V. permiso para penetrar en esta estancia, señora?

Amelia contestó con voz tan débil que apenas se la oia:

—Yo presumí que no le necesitaba para reunirme á mi esposo y á mi padre.

Jorge dió algunos pasos hácia la jóven, y con ademan amenazador la dijo:

—Salga V. de este aposento, señora. La curiosidad nunca es un título para sorprender los secretos agenos. ¡Salga V. inmediatamente!

Y juntando la accion á la palabra, cogió á su esposa por el brazo y la empujó fuera de la estancia. Pero Amelia inclinando su hermosa cabeza al oido de su esposo, dijo velozmente y en voz muy baja:

—El caballero Varner desea hablarte al instante: dice que te va en ello la felicidad de toda la vida.

Jorge lanzó un grito, y soltando el brazo de su esposa, salió precipitadamente de la estancia.

Amelia se arrojó en los brazos del anciano, en cuyos labios vaga-

ba una palabra que el desdichado padre no se atrevia á pronunciar.

El desnaturalizado esposo, se encaminó al encuentro de su falso amigo.

—¿Y bien?—preguntó á la vista de Varner—¿queda alguna esperanza?

D. Cárlos no respondió; pero hizo un gesto de malísimo agüero. Jorge se dejó caer sobre una silla, completamente anonadado.

—¿Con que esa mujer está decidida á perderme?... ¡Maldita! ¡maldita!—esclamó Jorge.

—Yo mismo he ido á la cárcel para obtener de ella un plazo, de un mes, de un dia, á lo menos. Inútiles han sido mis súplicas, y para quitarme de una vez toda esperanza, me ha participado que tenia confiados los documentos á persona fiel, con encargo de ponerlos hoy mismo en manos de su padre de V.

—¡Condenacion! ¿Pero V. no calculó que entregando mis pagarés á esa mujer endiablada, ponia V. mi suerte entre sus manos?...

—Pero, y V. ¿por qué no calculó esto mismo cuando me pidió que buscase dinero sobre aquellos papeles.? Dígame V. ¿quién ha perdido mas de los dos en la negociacion? Los pagarés eran mios...

—Estoy pronto á renovárselos á V.: nunca he pretendido perjudicarle. Llegará un dia.....

—No es esto ciertamente lo que yo quiero decir; sino que, cuando exhausto de dinero, mal acostumbrado á hacer uso del crédito, ávido de caudales para satisfacer sus pasiones, vino V. á mí suplicándome le libertara de la estrechez en que se encontraba, nunca pude pensar que esa mujer, que todo lo sacrifica al deseo de adquirir su libertad, comprometiera nuestra posicion y abusara de mi confianza, empeñándose en obrar antes del vencimiento de los pagarés.

—Esta es una exigencia sin fundamento: no hay tribunal alguno que mande pagar una deuda antes de espirar el plazo por que ha sido contraida.

—Lo mismo la he dicho yo; pero esa mujer sabe mas que el diablo y me ha contestado que ella no trata de acudir á tribunal alguno, sino á su padre de V. que no permitirá, por unos cuantos miles, que le encausen á V. como trampista, como caballero de industria; en una palabra, como estafa.

—¡ D. Cárlos ! semejante suposicion me ofende. Yo he contraido deudas en la seguridad íntima de poderlas pagar un dia ú otro. ¿Qué temor puede asaltar á mis acreedores ?

—Su padre de V. estaria en su derecho negándole la facultad de administrar sus bienes...

—Tengo el patrimonio de mi madre.

—Que no administra V. mas que si aun no hubiera salido de la lactancia.

—El dote de mi esposa.....

—Que V. no ha visto ni verá hasta despues de la muerte de su padre, á quien Dios dé largos años de vida.

—De suerte que en medio de mi fortuna, no tengo mas recursos que el último de los vagabundos que recuestan su pereza contra los guardacantones de la puerta del Sol... ¡ Oh ! esto no puede seguir de semejante manera; debe haber un medio, y yo le hallaré, de seguro.

Varner no pudo contener un movimiento de alegría: sin duda las cosas salian á medida de su plan, y este plan por fuerza tenia que ser funesto.

—¿ Qué duda tiene, amigo mio ? Tarde ó temprano V. será dueño de lo que es suyo; mas por de pronto debe V. pensar mas bien en impedir que su padre se entere del mal estado de sus negocios. La cólera de esos viejos educados en las rancias preocupaciones, de eso que llaman exactitud y probidad del comercio, acostumbra á traer consecuencias sensibles para sus jóvenes herederos. Créame V., no desperdicie el tiempo; no se separe del lado de su padre; piense que mientras estamos platicando, recibe tal vez su padre al mensajero de doña María.

Ante este idea sucumbió Jorge, y separándose de Varner, entró de nuevo en la estancia ocupada por don Teodoro, el cual habia vuelto á tomar la misma actitud reflexiva que guardaba antes de entrar su hijo por primera vez. Y fué de ver la inquietud , el miedo con que Jorge se estremecia al mas mínimo rumor; y fué de ver tambien la completa indiferencia con que el anciano acogió la presencia de aquel hijo que pudo haber sido orgullo de su vejez y se convertia en azote de su honra.

Al cabo de algunos instantes de contemplacion, resonó una campanilla: Jorge se conmovió como el criminal que dentro de la capilla oye el campanillazo de los que en la calle imploran la caridad pública para el alma de aquel que se siente lleno de fuerza y de vida.

Dirigió á su padre una mirada llena de temor; dió un paso hácia la puerta; detúvose de repente; vaciló; dudó en la resolucion que habia de tomar; y por fin tendió la mano para abrir la puerta.

—¡Jorge!—dijo en aquel momento el anciano, llamando á su hijo.

El jóven se detuvo. La puerta fué empujada por el lado opuesto, y apareció Valentin con una carta en la mano. El primer impulso de Jorge fué abalanzarse al criado, apoderarse del papel y romperle antes de saber cual era su contenido. Pero la voz de su padre volvió á resonar, breve, enérgica, imperativa, y Jorge permaneció clavado en su puesto, volviendo los ojos á aquel pliego, dentro del cual adivinaba que venia su sentencia.

El honrado Valentin nada comprendia de aquella escena; pero el movimiento de Jorge le dió á entender sobradamente que el escrito corria algun peligro. Entonces dió algunos pasos en direccion á don Teodoro y sin perder de vista al jóven, dijo:

—Esta carta han traido para V., señor: aguardan respuesta.

El viejo Gomez estendió su descarnada mano, pero al mismo tiempo Jorge puso la suya encima del papel, sin que Valentin se atreviera á impedírselo por temor de hacer pedazos el escrito.

—¡Jorge!—esclamó el anciano por tercera vez con acento irritado—Han dicho: para V., señor; es decir para el amo, y el amo de esta casa soy yo.

—Padre mio,—murmuró el jóven algo desconcertado—semejante repulsa delante de mi criado.....

—¿Es menor la falta de haber intentado apoderarse de un papel dirigido á mí? ¿En tan poco se me tiene en esta casa?

—Señor—dijo Valentin—yo nunca hubiera dejado de cumplir mi obligacion.

—Cúmplela, pues, y retírate.

El criado entregó la carta á D. Teodoro, y presagiando que amenazaba tempestad, fué á dar parte de sus temores á la señorita

Amelia, que era propiamente el iris de paz en aquella casa tan cambiada de pocos dias á aquella parte.

D. Teodoro rompió el sobre y sacó de su interior tres papeles: aun no habia tenido tiempo de reconocerlos, cuando Jorge, en el colmo de la exasperacion, esclamó:

—¡ Padre ! ¡ Padre mio ! V. no debe leer estos papeles: no debo, no quiero consentirlo...

El anciano saltó materialmente de su sillon. Aquella frase de su hijo le habia causado mas daño que cuantas desgracias pudieran serle denunciadas en aquella carta fatal.

—¡ Hijo desventurado !—esclamó temblando de enojo—¿ A tu padre dices: no quiero? ¿De suerte es, que ya al vicio agregas el delito? ¿ De suerte es, que como has puesto la mano en los papeles que no son de tu pertenencia, no repararias en ponerla encima de mi persona?... Pues bien, ¡ atrévete ! No faltará en el cielo un rayo para castigar al hijo que maltrata á su padre.

D. Teodoro se iba exaltando por grados: asomaron á su semblante unas manchas encarnadas que hacian un contraste de mal agüero con su habitual palidez, y sus ojos adquirieron una fijeza espantosa: brillaba en ellos el rayo de la divina cólera.

—A pesar de todo, padre mio, —contestó el desatentado jóven— no me convencerá V. de que debo permitir que se entere V. de esos papeles: un presentimiento funesto me indica que su lectura causa la muerte.

—¡ La muerte !... No son esos papeles los que dan la muerte; son las infamias que hacen preciso el escribirlos..... Lo que á tí te atormenta no es el instrumento, sino la causa; no es el papel, sino la conciencia. ¿ Cuánto va que adivinas lo que en esta carta se me dice ?

—Esta carta la ha escrito una mujer infame, sobre quien está suspendida la espada de la ley.....

—¿ Y quién conoce á esa mujer en mi casa ? ¿Quién es, de cuantos moramos en ella, el que tiene relaciones con tales gentes?... Jorge, tú sabes lo que estos papeles contienen, y vas á decírmelo.....

—Jamás, padre mio.

—¿ Con que quieres que otras personas se enteren de tus faltas ? ¿ No es bastante haber mancillado un nombre, sino que es preciso que

el verdugo vaya pregonando su deshonra?..... Pues bien, cúmplase de una vez la voluntad del cielo: has recorrido la primera etapa de la vida del jugador: al final de ella se lee esta palabra: ¡infamia!

Y el anciano, á quien la desesperacion devolvia las fuerzas, tiró con tal vigor de la campanilla, que el cordon quedó entre sus manos y el metal tan bruscamente sacudido, produjo un sonido agudo y prolongado, y sembró la alarma en toda la casa. Al rumor acudieron Amelia y Luisa por un lado, y Valentin por otro. Sin saber por qué, todos traian azorado el semblante y presentian una catástrofe. Jorge luchaba con su indecision, sin saber qué resolucion tomar: la voz del anciano le imponia respeto á pesar suyo; iba á ser testigo de un conflicto, y no se encontraba con fuerzas para evitarle. La fatalidad le empujaba hácia un abismo sin fondo, y cerró los ojos para no padecer con la vista del suplicio que le aguardaba.

—¿Quién mas ha quedado en casa?—preguntó D. Teodoro.

Ninguno de los circunstantes se atrevia á responder, porque todos temian los efectos de una indiscrecion.

El anciano repitió la pregunta con acento tan imperioso, que el pobre Valentin, acostumbrado á una obediencia pasiva durante muchos años, respondió:

—Queda el caballero Varner y la persona que ha traido esa carta.

—¡Que entren todos! Es indispensable que presencien cómo se muere de vergüenza un hombre honrado.

Valentin titubeó antes de obedecer aquella órden; pero su amo le dirigió una mirada tan severa, que el escelente criado fué á cumplir el mandato que se le habia dirigido, regresando en breve con las dos personas que tenia designadas.

Entrambas nos son conocidas: la una es el infame Varner, la otra el miserable D. Jacinto, aquel instrumento de la viuda Alcázar, que por via de pasatiempo lucrativo habia introducido á Jorge en la buena compañía de los tahures y estafadores del café de la Fortuna. En cualquiera otra ocasion, el hijo de don Teodoro se hubiera arrojado contra este infame, instrumento principal de su desgracia; pero en aquel momento, la idea de un peligro mayor contuvo los impulsos del jóven, que se contentó con lanzar á D. Jacinto una mirada llena de

odio, que el tahur recibió con la mayor impasibilidad y haciendo estremos de una humildad que estaba muy lejos de su ánimo.

D. Teodoro, siempre con la carta fatal en su mano, se adelantó hácia el mensajero, y dijo:

—¿Es V. el portador de este escrito?

—Caballero,—respondió D. Jacinto—yo siento mucho haber venido á turbar.....

—V. no debe sentir cosa alguna, sino responder á lo que yo pregunto. ¿Es V. el portador de esta carta?

—Yo soy, dijo el miserable fullero, procurando desviar la vista de Jorge.

—Pues tiene V. que prestarme un servicio.

—Todos los que V. guste, caballero: yo soy un humilde servidor de V. que contra mi voluntad.....

—¡Silencio! yo no le he pedido á V. escusas, ni puedo admitirlas de V. Pero mi señor hijo, aquí presente, no me ha dejado lugar para leer esta carta, y yo le suplico á V. que la lea, que la lea en voz muy alta.

—Pero, caballero...—dijo Varner adelantándose hácia D. Teodoro—semejante humillacion.....

—¡Yo no he pedido á V. su parecer, señor mio!—esclamó el anciano.—He manifestado á ese señor mi voluntad, y él dirá si está dispuesto á cumplirla, ó si prefiere marcharse de esta casa sin respuesta.

—Sin embargo, padre mio—dijo Amelia—ninguna necesidad tenemos de participar nuestros disgustos á los estraños. ¿Por qué no deja V. que uno de la familia se entere de ella?

—Porque en ninguno tengo confianza; porque en la familia todos me engañan, todos me mienten sin remordimiento. Ya se ve; soy tan anciano que bien se me puede tratar como á un chiquillo.....

—¡Yo mentir á V., padre mio!—esclamó Amelia, herida en el corazon por aquellas palabras.

—¡V., señorita, V. la primera que me miente una tranquilidad que está muy lejos de su corazon; una dicha que no puede haber gozado siendo la compañera de semejante miserable!

—¡Padre! es mi esposo.....—esclamó Amelia cayendo á los piés de D. Teodoro.

—Tu esposo... ¿Quieres saber quien es ese esposo que tanto amas? —dijo el anciano medio delirante.

—No, padre mio, no; porque quiero amarle siempre.

—¿Quieres saber cual es la conducta del hombre á quien defiendes?...

—¡Tampoco, padre mio, tampoco! porque no quiero que se avergüence en mi presencia.....

—Y sin embargo, has de saberlo: ninguno será capaz de desviarme de la senda que el Señor me traza. ¡Lea V., caballero, lea V.!

D. Jacinto tomó maquinalmente la carta, y aprovechando el estupor de la familia de Gomez, cambió con Varner una mirada de inteligencia. En seguida desdobló el pliego, y en medio de un silencio sepulcral, interrumpido solamente por los sollozos de Amelia y la respiracion fatigosa de D. Teodoro, leyó lo siguiente:

«Sr. D. Teodoro Gomez. Muy señor mio: por ser amable y condescendiente con su hijo de V., me veo presa y amenazada por una condena como encubridora de objetos mal adquiridos. Situaciones tan comprometidas como esta no se vencen sino á fuerza de dinero, y yo tengo un crédito contra su hijo de V. por valor de nueve mil duros en dos pagarés que adjuntos remito, fiándome á la proverbial honradez de V. El asunto, por lo tanto, es el siguiente: ó me paga V. en el acto esos nueve mil duros, ó de otro modo pronuncio el nombre de D. Jorge Gomez en una de mis declaraciones; saco á relucir nuevamente la historia de cierto aderezo robado en casa de un banquero y encontrado encima de cierta novia, y su hijo de V. tendrá el gusto de hacer compañía en la cárcel, y tal vez en el presidio, á esta su mas atenta S. S. que B. S. M.=Viuda de Alcázar.»

Terminada la lectura de la carta, repasó D. Jacinto los otros dos papeles, y dijo como si se tratara del asunto mas sencillo de comercio:

—Vienen adjuntos los dos pagarés á que se hace referencia en el cuerpo del escrito.....

En seguida reinó un instante de zozobra, de inquietud suprema. Todos los ojos se hallaban fijos en el semblante de D. Teodoro, todos los movimientos estaban pendientes de los del anciano. Este paseó por el salon una mirada vaga, sin espresion, deteniéndose particularmente en su hijo.

—Ya lo has oido—le dijo con voz débil y trémula como la de un moribundo afectado de la horrible tísis pulmonar.—Ya lo has oido... ¡Desmiente lo que dice esta carta, desmiéntelo, ó te abandono para siempre!

Jorge permaneció silencioso; pero sus ojos se inyectaron de sangre. El espíritu del mal atormentaba sin duda aquella naturaleza indómita y de consiguiente muy mal avenida con las amenazas de su padre justamente indignado.

—¿No respondes?...—dijo con emocion creciente D. Teodoro.—Luego reconoces tu infamia..... luego es cierta mi deshonra.... ¡Pues bien, yo rechazo con todas mis fuerzas á los infames; yo reniego de los hijos deshonrados!

Amelia y Luisa lanzaron á un tiempo un grito desgarrador y se arrojaron á las plantas del anciano.

—¡Esto es demasiado!—esclamó Jorge, cual si las últimas palabras de su padre hubieran roto el freno á su desobediencia.—Soy mayor de edad, soy libre de mis acciones, y me estraña que un padre prefiera renegar de su hijo á satisfacer una miserable deuda con el mismo dinero que, al fin y al cabo aquel hijo ha de heredar.

D. Teodoro retrocedió algunos pasos á medida que su hijo iba hablando, cual si le horrorizasen aquellas palabras dictadas al oido de un miserable por el genio de la mas negra ingratitud. Un momento fijó los ojos en el cielo en ademan de implorar gracia para Jorge; pero sin duda vió con los ojos del alma la irritada faz del Señor; sin duda escuchó el anatema que aquel fulminaba contra los malos hijos; pues enderezando con fiereza el encorvado cuerpo y midiendo á Jorge con una de esas miradas que dan miedo por lo amenazadoras, y confunden por lo despreciativas, esclamó:

—La voz de un padre moribundo es el eco de la voz de Dios. Escucha, Jorge, escucha y tiembla... Has deshonrado un nombre siempre pronunciado con respeto; has hecho la desgracia de una mujer virtuosa, y has causado la muerte de un padre que nunca habia dejado de quererte. Y todo por un vicio, todo por haberte dejado dominar de la vil pasion del juego, del juego que destruye el cuerpo y mata los buenos sentimientos del alma. Este es tu pasado; escucha ahora lo que para tí aguarda el porvenir. El destino del jugador se

halla escrito en las puertas mismas del infierno. Has sido hijo ingrato, ¡ has sido parricida !... Pues bien, de la misma suerte serás esposo culpable y padre desnaturalizado. El juego abrirá para tí el abismo de todos los males; tus dias podrán contarse por el número de tus crímenes; tu vida terminará en la miseria; tus ojos se escaldarán á fuerza de verter llanto; y dichoso de tí, si el remordimiento viene en tu última hora á inspirarte un sentimiento de temor y de respeto hácia el Dios á quien tanto has injuriado. Si tal favor no alcanzas de su misericordia, rodarás Jorge, rodarás hasta el fondo del abismo, y en él encontrarás con horror las rejas de las cárceles, la cadena del presidario tal vez; tal vez el dogal del verdugo.....

Un grito aterrador, exhalado á un mismo tiempo por todos los circunstantes, acogió la última parte de esta lúgubre profecía. Unicamente Jorge, insensible ó mas aterrado que los otros oyentes, permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el suelo, con la frente abatida, como si temiera que al levantarse hubieran de leer en ella la sentencia fulminada por el Señor.

El cuerpo de D. Teodoro oscilaba materialmente siguiendo el compás de su fatigosa respiracion, y su mirada, que no perdia de vista á Jorge, iba por momentos haciéndose mas amenazadora.

—¡ Padre ! ¡ padre !... esclamó Amelia—perdon para él....

—¡ Señor ! ¡ señor !—dijo la buena Luisa—es su hijo de V..... El se arrepentirá...

—¡Arrepentirse!...—contestó el anciano con creciente agitacion—Es tarde. El arrepentimiento importa el perdon y la tranquilidad; y ni la tranquilidad ni el perdon se han hecho para los jugadores. De dia, de noche, en el interior de su hogar donde reinará la desventura, en el fondo de esos antros condenados donde reina el desórden y la ruina, verá siempre á su padre amenazándole, oirá siempre la voz de su primera víctima clamándole con acento aterrador: ¡ Maldicion! ¡ maldicion al parricida !!! Hijo criminal, esposo criminal, padre criminal ¡ yo te maldigo !!!...

Jorge cayó desplomado como si hubiera sido herido por un rayo.

Amelia lanzó un grito de esos que penetran en el corazon mas endurecido como pudiera serlo la punta de un afilado cuchillo, y corrió al lado de su esposo como el ángel que cubre con sus purísimas alas

al niño, en cuyo oido el genio del mal pretende deslizar las primeras palabras de tentacion.

En cuanto al anciano, apenas hubo pronunciado la última, terrible parte de su apóstrofe, llevó la mano al corazon, como el herido la lleva á la parte del cuerpo por donde penetra la bala ó el acero.

Y es que el corazon de D. Teodoro habia sido desgarrado por aquella maldicion que pronunciara á pesar suyo, obedeciendo á una voz imponente, á un mandato irresistible, que le dijo: Justicia sea hecha... ¡ Maldice, maldice !...

Pero ningun padre cumple impunemente su destino en este punto: con la maldicion que sale de los labios, sale del cuerpo la vida: la maldicion cae sobre el hijo; el primer efecto, el fulminante le percibe el padre. No se concibe la vida de este, atormentado por la idea del hijo maldecido: viene un momento en que la idea del amor recobra fácilmente su imperio en el pecho del padre, y entonces muere de la misma justicia que ha hecho. No parece sino que el alma vuela al cielo, impaciente por desarmar la cólera del Señor.

Así le aconteció á D. Teodoro. Su semblante espresó de repente el mas agudo dolor; tendió la vista en torno suyo con afan, buscando sin duda á Jorge; y no hallándole, porque la razon y la vista del anciano se habian turbado al mismo tiempo, alargó las trémulas manos en ademan de bendicion; murmuró algunas palabras con enternecido acento, levantó al cielo unos ojos cristalizados y sin espresion, y arrojó un suspiro, el último.....

En seguida sobrevino un breve estertor, y la muerte llegó dulce, tranquila y grata como el descanso al peregrino; plácida como la esperanza al desdichado.

Algunos momentos despues oraba la familia junto al cadáver del anciano.

Jorge queria orar tambien, y sus labios repetian una palabra, siempre la misma: ¡ maldito !...

D. Jacinto, el mensajero de doña María la encubridora, habia presenciado el lance con tal estupefaccion, que ni aun siquiera atinó en abandonar la casa. Verdad es que cuantas veces habia mirado á la puerta con la complacencia propia del que teme correr algun peligro, una mirada de Varner le habia detenido en su puesto, y el mensaje-

ro no se atrevió á oponer resistencia á la estraña consigna que sin duda le hacia depender de don Cárlos. Este respetó durante una hora larga el dolor de Jorge; mas luego le tocó ligeramente en la espalda, y el desdichado jóven se levantó pausadamente, fijando en su infame amigo una mirada sin espresion.

Varner le llamó aparte, y designando á D. Jacinto le dijo:

—¿ Y qué vamos á hacer de ese miserable?

Jorge lanzó al mensajero una mirada llena de odio y sintió que la sangre se le arrebataba á la cabeza.

—¿ A ese infame?—dijo.—Arrojarle por un balcon, pues él ha sido la causa de todos mis males.

Y sin duda hubiera puesto por obra su pensamiento, si Varner no hubiera contenido al desdichado jóven.

—¡ Téngase V.! ¿ Qué hace?... Un atropello... Dirán luego sus enemigos de V. que promueve escándalos para no satisfacer sus deudas; y por haber puesto la mano en un miserable, estará mañana privado de estrechar la de un hombre de bien.

—Tiene V. razon: satisfaremos su cuenta, y en seguida le escupiremos al rostro. Encárguese V. de lo primero; en cuanto á lo segundo, corre de mi cuenta.

D. Cárlos se aproximó al atónito mensajero de la viuda, y cogiéndole por un brazo le sacó violentamente fuera de la estancia. Mas apenas se interpuso la puerta entre estos dos bribones y sus víctimas, cuando Varner adoptó un lenguaje muy distinto, y haciendo asomar á sus labios una de esas sonrisas diabólicas que revelan la ausencia de todo sentimiento digno, dijo en voz baja á D. Jacinto:

—Dé V. parte á Curra de cuanto ha presenciado, y no dude en asegurarle que como Jorge ha heredado á su padre, nosotros heredaremos á Jorge dentro de poco.

El mensajero hizo un signo de inteligencia, y salió de la casa aturdido por la escena que habia presenciado.

Varner permaneció un momento á solas y en ademan reflexivo. En seguida murmuró:

—La cosa marcha: el cálculo es seguro. ¿A quién puedo temer? Curra está perdidamente enamorada de mí y se prestará dócilmente á ser instrumento mio, como lo ha sido hasta hoy... D. Jacinto es

un perdido que cometerá toda suerte de infamias á onza de oro por cada una y á quien por estafador haré encerrar en la cárcel cuando hubiere necesidad de ello... D. Teodoro se ha muerto como y cuando debia morirse: es el mayor partido que podia sacarse de un anciano inservible... Queda un solo enemigo. Amelia... Pero es mujer, es débil, y sucumbirá. El medio mas seguro es hacerla durante algun tiempo mi cómplice; es decir, mi querida. Mas tarde... Mas tarde se rompe el instrumento: al fin y al cabo hay que romperlos todos...

Suspendió Varner aquel monólogo infame y quedó reflexionando acerca las eventualidades de éxito que ofrecia. Todo en él le parecia fácil: un solo temor le asaltaba. ¿Se acomodaria Amelia á tomar lecciones del falso amigo para vender miserablemente á su esposo?... D. Cárlos dió vueltas al problema en todos sentidos, y por ser mal el resultado era siempre contrario á sus deseos; siempre la virtud de la jóven esposa se interponia entre Varner y la completa ruina de Jorge.

Prolongábase la indecision de D. Cárlos, cuando se oyó resonar el llamador de la escalera, de esa manera discreta que es peculiar á los pretendientes, á los mendigos, y por regla general á cuantos llaman con temor de ser mal recibidos. El primer llamamiento no distrajo á Varner de sus meditaciones; pero el llamador volvió á resonar por segunda vez con igual discrecion, y entonces recordó el desalmado amigo que Valentin y Luisa, los dos fieles criados de un hombre de bien, lloraban junto al cadáver de su amo.

No por respetar su dolor, sino porque le interesaba á Varner no ser interrumpido en sus cálculos acerca del porvenir, antes de que estos cálculos hubieran determinado la línea de la conducta que le convenia recorrer, levantóse del sitial en que se habia arrellanado y fué al encuentro del discreto llamador.

Era este, conforme su manera de anunciarse lo indicaba, un personaje harto humilde, uno de esos mandaderos que se emplean en toda suerte de ocupaciones, cuando tienen la dicha de encontrar quien los ocupe.

—¿Qué se le ofrece á V.?—preguntó D. Cárlos en el tono de quien desea aprovechar el tiempo.

—¿Vive aquí—dijo el recien venido—un caballero que se llama D. Teodoro Gomez?

—Ha vivido.

—¿Pues cómo ha cambiado de casa en tan poco tiempo? Acábanme de decir en la portería que aquí vive.....

—Aquí ha vivido hasta que se ha muerto; de lo cual hará apenas media hora.

—¡Será posible!... Y dígame V., ¿la señorita Amelia puede recibir una carta que para ella se me ha confiado?

—Una carta...—repitió Varner con acento singular.—¿De parte de quién viene esa carta?

—Yo no sé: acaba de dármela un caballero que ha desaparecido entregándome el papel y una moneda.

—Y ¿á quién te ha encargado entregar el escrito?

—A la señorita Amelia.

—Pero en el supuesto de que la señorita Amelia se halla rezando junto al cadáver de su padre, ¿no puedes dejar en casa el escrito que para ella has traido? Luego se le entregará...

—La verdad es que con tal de que la carta llegue á sus manos... A mí no se me ha hecho prevencion alguna.

—¿Aguarda respuesta el caballero que te ha confiado este mensaje?

—No lo ha dicho, ni sé tampoco donde encontrarle.

—Pues confíame esta carta, y yo te prometo que llegará á manos de la señorita Amelia.

El enviado titubeó un momento; pero un recadero de Madrid dejaria de pertenecer á la innumerable familia de los que en la corte viven sin saberse de qué ó como, si se permitiera interpretar de una manera racional los encargos que se le confian. La duda fué muy breve: miró y remiró el sobre de la carta, sin entender por esto lo que decia, y al fin se decidió por dejarla en poder de D. Cárlos.

—Tome V.—dijo—aunque no sé si luego llevarán á mal este paso.

—Te sales perfectamente de él con decir que la carta ha llegado á su destino.

—En fin, quede V. con ella y con Dios, caballero.

Y el recadero insigne descendió las escaleras lentamente, refle-

xionando muy preocupado si era bien ó mal hecho entregar una carta á la persona para quien no se ha escrito. Digamos, sin embargo, en honor á la verdad, que este pensamiento no le molestó sino hasta la puerta del despacho de vino en que verificó su primera detencion.

Cuando Varner se hubo hecho dueño del escrito, se cruzó los brazos y empezó á discurrir el uso que haria de aquella carta escrita y dirigida á una mujer casada, sin pasar por la aduana del marido.

Un instante despues sonreia de una manera diabólica y murmuraba:

—Si yo me hubiera equivocado... Si la virtud de Amelia fuera como la de muchas otras á quienes se rinde el mas injusto culto... ¡Oh! ¿Qué mas pudiera yo desear?... Sepámoslo.

Y entrando resueltamente en una estancia apartada, rompió el sobre con una perfeccion tal que no se sabia qué cosa era mas de admirar en ello, si la destreza del caballero de industria ó la mala calidad de la oblea.

En seguida miró la firma, y se estremeció de júbilo. Decia aquella: Luis de Mendoza.

—Mendoza...—murmuró con sarcasmo.—Está de Dios que ese hombre y yo hemos de seguir una lucha interminable. Peor para él, porque yo no pienso sucumbir. Veamos...

Y leyó con creciente júbilo, las siguientes palabras:

« Señorita: Insiguiendo el deseo que V. ha manifestado, tendré el gusto de ponerme á sus piés esta misma noche, á las diez de ella, en cuya hora supongo no estará en casa su esposo de V. Yo enmendaré mi falta, contribuyendo en cuanto esté de mi parte á hacerla á V. menos desgraciada.—Luis de Mendoza.»

—Es mucho mas de lo que yo necesitaba... ¿Con que hay que enmendar una falta?... ¡Bien por Dios! Gente que haya faltado es lo que yo deseo: una falta trae otra, y muchas faltas dejan á una mujer á merced de quien posea sus secretos. Adelante, Cárlos, adelante... Hoy mandas á los criados como amo, mañana mandarás en los amos como déspota.

CAPITULO XIV.

Furor y desamparo.

Al que se muere lo entierran, dice un refran que huele á difunto; es decir, á ingratitud, y ampliando el mismo pensamiento hay otro refran que dice: á muertos y á idos, no hay amigos.

Los refranes son axiomas que casi nunca fallan, y lo acontecido en la casa de Gomez despues de la muerte de D. Teodoro es una prueba de que mas verdad entrañan cuatro palabras agrupadas por el vulgo, que dos tomos de filosofía escritos acerca un punto que no entiende el que lo trata, puesto que los secretos de la humana naturaleza mas se esconden, cuanto mas quiere profundizarse en ellos. Dar el porqué de las debilidades humanas, es querer dar la demostracion de un problema que no se sabe plantear; es ir á ordenar en casa de los demás, lo que no hemos podido ordenar en las nuestras.

Lo cierto es que en casa de Gomez se lloró la muerte de D. Teodoro un dia y otro, hasta tres: al tercer dia, Jorge, con pretesto de arreglar los asuntos que su padre dejó pendientes, salió de la estancia en que habia pasado los tres dias primeros del luto. Varner, encargado de ahorrar á su amigo quebraderos de cabeza, parecia raras veces por la casa, y aun así no parecia dedicado á otros quehaceres que á poner en claro lo que la defuncion de un cabeza de familia siempre deja en turbio: Valentin y Luisa habian vuelto á ocupar sus respectivos puestos, suprimiéndose esa familiaridad que se establece entre

amos y criados cuando unos y otros lloran sobre un mismo cadáver; de suerte que á los ocho dias, todo se habia normalizado y hasta el mismo Jorge se permitia trasnochar mas de lo que debe un hombre recien casado con una mujer jóven y hermosa en tiempos en que el diablo anda suelto, que son en Madrid los mas de los tiempos.

Tan solo Amelia no ha recobrado la tranquilidad perdida. Nunca la idea de su desamparo, de su aislamiento la habia perseguido con mas tenacidad: nunca se habia creido ser huérfana hasta que perdió á su segundo padre.

Su marido, su apoyo, ese compañero que Dios pone al lado de las mujeres para que crucen el sendero de la vida con firme planta; ese sér que llena todos los vacíos, que atrae todas las miradas, que ocupa todos los pensamientos de la esposa amante, su marido, decimos, no parecia reparar en Amelia; y cuantas veces, que no eran muchas, se juntaba á la pobre niña, comprendíase claramente que lo hacia tan de mala gana y que tenia el pensamiento tan lejos de su esposa, que esta renunciara buenamente á la dicha de verle por no tener que reconocer cuanto le servia de enojosa carga.

Amelia no era celosa: para no dar en ese mal, que el mundo ha calificado de ridículo, porque el mundo rie de todos los hijos suyos que lloran, tenia la jóven dos grandes ventajas, su buen talento y la conciencia de su propio valer. Sin embargo, la esposa de Jorge hubiera preferido tener celos, sospechar hasta de la fidelidad de su marido, á trueque de no estar segura de la indigna pasion que Gomez habia hecho rival del purísimo afecto de Amelia.

La mujer enamorada aquilata su propio mérito en las mismas infidelidades de su amante: malo es que este la dé una rival; pero si esa rival es un sér ignoble, despreciable, ó siquiera no tan bella, no tan digna de ser amada como la mujer vendida, entonces el orgullo de esta se subleva ante la idea de la traicion y de la humillacion. El verdadero amor tiene una no pequeña dósis de orgullo: la mujer se cree mucho menos humillada cuando al compararse con su rival se encuentra realmente mas pequeña.

Desgraciadamente Jorge habia dado á Amelia una rival indigna: la pasion del juego.

Semejante idea torturaba el corazon de la pobre jóven, precisa-

mente porque no hallaba un medio para inculcar á su marido la idea de la superioridad de la mujer sobre el vicio.

Si Jorge hubiera tenido una querida, Amelia hubiera rivalizado con ella, no precisamente en hermosura, sino en bondad, en cariño, en cuidados, y sobre todo en llevar la frente muy erguida, que es la prenda mas envidiable, el adorno mas preciado de una mujer.

Pero el juego... ¿qué podia Amelia contra el juego?... ¿Hacer reflexiones á su esposo?

Reflexiones... si el hombre dominado por una pasion pudiera reflexionar, de fijo que se apartaria de aquello que le perjudica, que le envilece.

Quedábale el recurso de llorar... Pero ¿qué marido, cuando tiene la desgracia de estraviarse, no se cansa muy pronto de las lágrimas de su esposa?...

De suerte es que la pobre jóven gemia y suspiraba en su desamparo, y á cualquiera parte donde volviera los ojos, á cualquier lado que dirigiese su pensamiento, negras nubes preñadas de tempestad le amenazaban con trastornos y muerte.

Jorge habia reanudado sus apenas interrumpidas relaciones con la baraja y los dados, y el termómetro seguro de su buena ó mala suerte era el humor con que regresaba á su casa, negro unas veces é insoportable como el de un tirano, locamente alegre é insufrible otras veces como el de un niño mal educado.

Amelia ya no trataba de fundar cálculo alguno sobre el amor de su marido; y cuando ocurrió la muerte de D. Isidoro escribió á su tio suplicándole la aconsejase en aquel difícil trance; pero el tio García no dió respuesta alguna á aquella carta, é igual suerte esperimentaron las que vinieron despues: Amelia debia poner su esclusiva confianza en Dios, y depositar los secretos de su pecho en D. Luis de Mendoza, el único hombre que, al parecer, tenia una mirada de compasion y una palabra consoladora para la pobre huérfana.

Mendoza era, por consiguiente, la única persona que frecuentaba la casa durante las horas que Jorge consagraba á su ruina propia y á la ruina de su familia, y nunca el noble jóven habia imaginado siquiera que de aquel contacto de dos almas igualmente bellas pudiera nacer un afecto que no fuera sobradamente puro para ser confesado an-

te todos los hombres, despues de haberlo sido ante Dios. Y así fué indudablemente. Amelia se acostumbró á recibir las visitas de Mendoza que llegaron á serle indispensables, bien así como dos seres humanos que vivieran en una soledad, necesitarian verse todos los dias para convencerse de que existen semejantes en quienes depositar el tesoro de dulces sensaciones que algunos conservan con toda su pureza; pero jamás cruzó por la mente de la niña un pensamiento de que no pudiera envanecerse y dar cuenta á su tranquila conciencia.

Tal era la existencia de los esposos Gomez, y por cierto que no merecia la pena de ser envidiada por ningun enemigo de aquella aparente tranquilidad, tan amenazada de una interrupcion sensible.

Sin embargo, un hombre existia para quien era un estorbo el débil apoyo en que descansaba Amelia: aquel hombre tenia el corazon endurecido, y resolvió aislar á la niña, para erigirse en verdadero árbitro de su destino.

Varner, el infame Varner, que con una constancia infernal proseguia su doble intento de arruinar y deshonrar al que llamaba su amigo, tuvo celos de Mendoza, y resolvió perderle. Para ello dispuso su plan con la perfidia que le era característica, y aguardó un dia propicio para asestar el golpe impunemente y con toda seguridad.

Este dia se presentó muy en breve.

Jorge habia jugado con desgracia toda la noche: habia perdido cuanto dinero llevaba encima, y otro tanto mas bajo su palabra de *honor*. Si no hubiera tanto honor entre los jugadores, habria mas tranquilidad en sus familias y mas dinero en sus gabetas. El jóven Gomez salió del garito seguido de su inseparable amigo. Si en aquella época hubiera sido conocida la bella obra del inmortal Meyerbeer, de fijo que los dos jóvenes hubieran traido involuntariamente á la memoria los tipos de Roberto y de Beltran.

Gomez caminaba en silencio, y de igual suerte llegó hasta su casa: el enojo amontonaba combustible dentro de su pecho, y anhelaba menos que una ocasion, un pretesto cualquiera para hacer estallar su mal humor.

Varner sonreia disimuladamente como sonrien los genios del mal, ó para servirnos de una comparacion mas positiva, como sonrien los infames. El silencio continuaba: Jorge deseaba hablar, pero hubiese

preferido que otro le diese pié para ello á fin de hacer la contra, pretension típica de todos los mal humorados.

Pero D. Cárlos guardaba el mayor silencio, y ni aun siquiera se salia de su inmovilidad sino es para asomar de vez en cuando la cabeza fuera de la ventana que daba encima la puerta de la calle.

A la tercera ó cuarta vez de repetir este movimiento, Jorge creyó que ya tenia el pretesto que necesitaba para entablar la conversacion.

—¿Qué diablos tienes con esa ventana?—preguntó.

Varner hizo un estudiado movimiento de sorpresa, y se escusó balbuceando. Jorge no debió darse por satisfecho de la escusa, pero su temperamento era mas á propósito para proseguir el diálogo en otro sentido.

—¿Has visto desgracia mas continuada que la mia?—dijo acompañándose con un fuerte puñetazo descargado encima de una mesa.

D. Cárlos se encogió de hombros: harto sabia que el hombre sujeto á una preocupacion, se exalta hablando del motivo que le preocupa. Jorge prosiguió:

—He puesto por obra toda suerte de combinaciones, he jugado segun la mayor prudencia puede aconsejar, y sin embargo he salido derrotado, vencido, arruinado.

—Esto prueba que por donde uno menos se piensa, salta la liebre—dijo Varner con algun retintin y encaminándose de nuevo á la ventana.—No hay esperanza que no falle, ni confianza que no nos engañe.

—En el juego tienes razon: ¡maldito sea el juego!

—El juego... El juego es el responsable de las desgracias de todos los perdidos. Si posible fuera que cuantos apuntan á un naipe lo hiciesen en la seguridad de acertar siempre, siquiera robasen el dinero de la banca, dirian que el juego es lo mas honesto que han inventado los hombres. Desengáñate, amigo mio; en el mundo no hay virtud para el perjudicado, ni vicio para el favorecido: para esto dice el refran con harta exactitud, que cada uno habla de la feria segun le va en ella.

—Pues yo sostengo que únicamente el azar fatal es capaz de destruir en un momento las esperanzas de toda una vida.

—¿ Únicamente el azar ?...—dijo Varner con burlona sonrisa.— ¡ Pobre azar , de que se valen los hombres para los actos de su vida toda , al cual buscan , con el cual cuentan, al cual erigirian un templo á escote , si se lo permitieran ; y sin embargo , él ha de ser mas malo que sus adoradores... ¡ Qué injusticia ! El azar , cuando menos , puede ser favorable lo mismo que adverso; es decir , que involuntariamente tiene cincuenta por ciento para favorecernos y otro tanto para perjudicarnos. ¿ Pueden decir otro tanto los hombres respecto de sí mismos? El hombre no tiene la falta de voluntad del azar, y sin embargo , deliberadamente nos perjudica casi siempre.

Jorge contemplaba de una manera estraña al predicador de aquella filosofía terrible, que causaba daño , no al oido, sino al corazon, que es mucho peor. A pesar de su estado anormal, comprendia perfectamente que su falso amigo no carecia de instruccion al espresarse en aquel sentido ; pero en vano discurria á donde queria ir á parar con aquel estraño sermon que el jóven Gomez encontraba altamente inoportuno. No obstante , continuó escuchando, y Varner prosiguió diciendo :

—Tal es el hombre : y ¿ qué diremos de la mujer ?... La mujer nunca obra por casualidad ; es el sér que calcula mas detenidamente todos sus actos. Y ¿en qué emplea tantos cálculos, para qué la aprovecha tanta malicia ? Para vendarnos lo ojos , y conducirnos, á guisa de lazarillo , por donde sus pasiones ó su capricho la aconsejan.

Y diciendo estas palabras volvió á abrir la ventana y á asomar fuera de ella la cabeza, con una terquedad que hacia mucho mas estraña la brusca impresion que le debia producir cada vez el viento frio de la noche , que rugia con singular furia.

Jorge sintió que aquellas palabras le causaban verdadero daño: fijó en Varner una mirada interrogadora, y viendo la constancia con que hacia tan repetidos viajes á la ventana , creyó que existiria alguna relacion entre las palabras y los actos de su falso amigo.

—¿Por qué te asomas tan á menudo á esa ventana?—preguntó.

—¿ Yo ?... por nada... Mera curiosidad...

—Debe ser curioso , con efecto , lo que acontezca á estas horas por la calle—replicó Jorge con desconfianza.

—¿Quién sabe? A veces entre las tinieblas de la noche se encuen-

tra lo que no ha sabido descubrirse á la luz del medio dia. Pero si el aire te incomoda, cerraremos la ventana, y hasta, si es menester, cerraremos tambien los ojos.

—Varner, tus palabras encierran un misterio que en vano trato de penetrar.

—Ningun misterio, amigo mio. Con que, decíamos.....

—Que la desgracia me persigue sin tregua...

—No; decíamos que la mujer es el sér mas astuto de la creacion. ¡Oh! Y hasta que punto... Tengo la conviccion íntima de que si reapareciera el diablo cojuelo y tuviese el humor de contar todo lo que se puede descubrir en el pecho de una mujer, el catálogo de los engañados ascenderia á igual número que el de los hombres que en ellas han puesto su confianza.

—¿Y qué me importa á mí la fidelidad de las mujeres? Lo que yo ambiciono es la constancia de la fortuna.

—¡Y eres tú quien dice esto!... Un hombre casado.....

Jorge se estremeció como si le hubieran dirigido un insulto al oido.

Por primera vez atinó ó sospechó á que punto iban encaminadas las palabras de Varner. Levantóse de la silla, cogió á su amigo por el brazo con mano trémula, y apenas acertó á pronunciar estas frases:

—¡Esplícate! ¡Habla sin rodeos!... Tú sabes algo, algo que ofende á mi honra...

Jorge estaba amenazador en aquel momento: cuanta mayor ha sido la confianza, ó tal vez el descuido de un marido, con mayor furia estallan sus celos, porque al ridículo comun de los esposos engañados, hay que agregar en tales casos la idea mucho mas irritante, de la perfidia, del abuso de confianza. Varner estaba preparado para esta contingencia, porque su malicia suplia á cuantas eventualidades pudieran surgir de sus infernales medios de destruccion.

—Hé aquí—dijo—la conducta de todos los celosos: se les gasta una broma, y se ponen hechos unos leones.

—Las bromas de honra son cuchilladas atrevidamente dirigidas al corazon. ¿Qué es lo que sabes, Varner?...

—Nada. Quise prevenir con tiempo lo que sin duda no ha acon-

tecido aun, pero es inútil advertir lo que no te hallas en estado de comprender por tí solo.

—¿Que mi esposa me engaña, tal vez?...

—¿Quién? ¿Amelia?... Jorge, modera tus ímpetus, porque ellos te obligarian á cometer muchas injusticias. ¿Qué significa para la pureza esplendente del sol que una nube impertinente se interponga entre él y la tierra?

—¿Luego existe quien es enemigo de mi tranquilidad, de mi honor?... ¡Muéstrame al osado, amigo mio, y morirá!

—Este motivo seria mas que suficiente para que yo me guardase de satisfacer tu deseo. ¿Para cuándo es la prudencia?

—¿Para cuándo es el rigor, yo te pregunto, sino para las ocasiones en que las esposas faltan á sus deberes?

—¡Jorge! Estás calumniando á tu mujer de una manera infame... Oyeme, y lo sabrás todo: hubiera guardado mi secreto hasta la muerte, pero me veo en la necesidad de publicarle para reparar la mayor de las injusticias que pueden cometerse. ¿Ves esa ventana? observa y calla.

Gomez se dejó conducir por su amigo: su frente se abrasaba y el ambiente fresco de la noche despejó en gran parte las ideas lúgubres que iban asaltando su mente con la pertinacia de los malos genios que murmuran á nuestros oidos siniestros consejos.

El silencio que reinaba en el esterior era completo: la oscuridad apenas era disipada por una que otra lámpara encendida ante las imágenes de los santos, alumbrado menos moribundo que el de la municipalidad madrileña, que poco despues de la media noche dejaba á los vecinos de la coronada villa envueltos en tinieblas y en humo de aceite quemado.

Jorge cumplió puntualmente el encargo de su amigote: observó y calló; pero los resultados iban cada vez siendo mas negativos: la vista no alcanzaba á una vara de distancia y el oido percibia únicamente el lastimero gemido que de tarde en tarde exhalaba el viento, como una queja en que proferia la naturaleza fatigada. Gomez no atinaba el motivo de aquel infructuoso espionaje, pero de pronto sintió que su amigo le tocaba ligeramente en el brazo, y se conmovió como pudiera haberle estremecido un boton de fuego aplicado sobre la car-

ne viva. Aquel signo queria decir: atencion, y Jorge detuvo el aliento para no estorbarse á sí mismo.

Entonces se percibió distintamente el rumor de una llave que daba vuelta á una cerradura, y una voz que decia: hasta mañana. En seguida resonaron taconazos en la acera de la calle, y finalmente á la débil claridad de una lámpara, se destacó entre las sombras la figura de un hombre embozado en una capa, alejándose rápidamente del sitio desde el cual se le venia observando con tanto interés. Jorge hubiera dado diez años de su vida para ver en aquel momento el rostro del infame que en horas tan estraordinarias se retiraba de su casa, buscando la impunidad entre las tinieblas y la soledad, ni mas ni menos que lo hacen los ladrones. Con el cuerpo fuera de la ventana, seguia con la mirada los pasos de aquel desconocido, hasta que doblando este la calle, le perdió enteramente de vista. Reflexionó un momento, y disimulando harto malamente su enojo, dijo:

—Ese hombre ha salido de mi casa ¿no es cierto?

—Puede muy bien ser—contestó Varner con sonrisa burlona.

—En este caso, es indispensable que yo mate á ese hombre.

—Jorge, la desgracia nos hace injustos. ¿Quién sabe lo que ha venido á buscar ese hombre en esta casa?...

—Lo presumo.

—Lo sabríamos si conocieras su nombre.

—Daria por ello algo mas que la vida.

—No pido yo tanto.

—¿Le conoces?

—Si no tuviera el remedio en mi mano, nunca hubiera abierto tus ojos á la luz.

—¿Cómo se llama ese infame?

—Se llama... D. Luis de Mendoza.

Gomez se abalanzó á la chimenea y se apoderó de aquella caja de pistolas, cuya ausencia de su acostumbrado sitio habia causado en otro tiempo una dolorosa impresion á la pobre Amelia. Era indudable que los celos escitaban el furor del jóven hasta el estremo de abocarle á la desesperacion y al crímen.

—¿A dónde vas?—preguntó Varner obstruyendo el paso á su desatentado amigo.

—¿A dónde voy?—A matar á ese infame; á vengarme de la ofensa que me ha inferido.

—¿Y á título de qué? ¿Quién te autoriza para cometer tan ligeramente una falta de esta naturaleza?

—¿No me has dicho que ese miserable era el amante de mi esposa?

—Jorge, yo no he proferido tales palabras, ni he podido dudar por un momento siquiera de la virtud de Amelia.

—Entonces ¿qué es lo que debo hacer?—preguntó Gomez enfrenando harto malamente su cólera.

—Debes buscar las pruebas de la culpabilidad de ese hombre, y cuando las tengas... déjate aconsejar por tus propios impulsos.

Varner no tuvo valor para decir: dale la muerte, y apeló á los impulsos propios de Jorge cuando se hubo convencido de que esos impulsos eran verdaderamente homicidas.

—Pruebas... ¿Para qué necesito mas prueba que ver salir de mi casa á ese hombre, que ya una vez, el dia de mis bodas, vino á ella para afrentarme? ¡Oh! si en aquella ocasion le hubiera inmolado á mi justa saña, no vendria hoy á insultarme, á robarme la parte de honra que no pudo arrebatarme aquella terrible noche. Ni necesito mayores pruebas de su culpa, ni hay poder humano que me convenza de que ese hombre y yo cabemos juntos en el mundo.

—Y despues que hayas satisfecho tu venganza ¿quién te librará de las persecuciones de la justicia?

—Pues qué, ¿no puedo matar al ladron que encuentro robando en mi casa?

—Mientras en tu casa esté, mientras se halle con las manos estendidas sobre tu tesoro, ninguna duda tiene; pero yendo á provocarle en su propio domicilio, ejerciendo un acto de venganza donde no pueda justificarse la ofensa, es inútil darle vueltas, amigo mio, la justicia llamará crímen de asesinato á lo mismo que tu llamarias castigo impuesto por el honor. ¿Quieres, fuera de estos estremos, que mi amistad te dé un buen consejo? ¡Observa y calla, disimula y busca, y el dia en que el miserable se descuide, aquel dia convéncete y mátale!

—Esperar, fingir... ¿Y quién me responde de que antes de adquirir una prueba, no me habrá ahogado el despecho?

—Si el despecho no te mata en veinte y cuatro horas, yo te juro que antes de espirar el dia de mañana, tendrás en tus manos la prueba que tanto deseas encontrar.

—¿En dónde?

—En esta casa.

—¿Cómo?

—Ausentándote de ella y participándoselo de esta suerte á tu esposa.

—¿Y él vendrá?

—Como de costumbre.

—¿A seducir á Amelia?...

—A morir en tus manos.

—¿Y ella?...

—Ella puede ser inocente, y lo es, de seguro. No siempre los ladrones que entran á robar en una casa se hallan en combinacion con los criados de la misma. Sin embargo, alejando el peligro, se aleja el daño.

—¿Quieres que vaya á despedirme de Amelia?

—Tu emocion te venderia: escribela una carta pretestando una ocupacion cualquiera....

—Una partida de caza.

—Esto; de caza. Al fin y al cabo yo te aseguro que cazarás piezas mayores...

Gomez escribió con mano trémula un lacónico billete, en el cual ni aun dispensaba á Amelia ninguno de aquellos títulos que tan dulcemente suenan al oido de la persona que nos quiere, y que prodigamos hasta por compasion, cuando no por cariño.

Varner tomó el billete y se ofreció á ser su mensajero.

—Ahora—añadió—es menester dar colorido de verdad á tu marcha.

Jorge tiró del cordon de la campanilla, y apareció en el dintel de la puerta el honrado Valentin.

—Oye;—dijo—haz que dispongan ahora mismo mis avíos de caza y que ensillen la jaca torda.

—Pues qué—contestó admirado el buen anciano—¿el señorito quiere salir á tales horas de la noche?...

—El señorito—dijo mal humorado Gomez—quiere que los criados cumplan las órdenes de sus amos, sin meterse en lo que no les importa. No parece sino que en esta casa todo el mundo ha trocado los papeles.

—Yo lo decia...—balbuceó Valentin.

—Tú lo decias porque te complaces en desesperarme. No hay cosa peor que un criado entrometido.

Ahogó un suspiro el fiel servidor, y levantando los ojos al cielo, esclamó:

—Si su padre de V. oyera esto..... En su tiempo se comprendia mejor lo que vale la fidelidad.

—En tiempo de mi padre se daba á los criados una malísima educacion, puesto que se les permitia abusar de la intimidad que con ellos se tenia. Hoy todo ha cambiado de aspecto, y es menester que cada cual permanezca dentro del círculo de sus atribuciones. Las de los criados consisten en obedecer y callar.

Este desvío á que el honrado Valentin estaba tan poco acostumbrado, produjo en el anciano un efecto capaz de enternecer á quien no padeciera de celos ó no se hubiera dejado endurecer el corazon por la mas fatal de todas las emociones. El jugador llega á ser ciego y sordo para cuantos dolores le rodean: su corazon únicamente se conmueve cuando su fortuna, su honra tal vez, pende de un simple naipe, con que Dios castiga frecuentemente á los que evaporan en los garitos el aroma de sus sentimientos.

Rompió el anciano en llanto, y en medio de su dolor esclamó en tono de dulce reconvencion:

—Tal recompensa me aguardaba despues de cuarenta años de servicios...

Jorge no pudo ó no supo comprender la justicia de aquella especie de reclamacion, de aquella reparacion debida á la virtud, á la honradez, á la fidelidad, cualquiera que sea la esfera social en que se encuentre el que posee estas virtudes.

Gomez tenia el corazon demasiado endurecido para comprender las palabras del anciano, y respondió:

—Por cuarenta años de servicios has recibido cuarenta años de salario: estamos perfectamente en paz.

Esto decia el hombre que sin reparo alguno hubiera jugado á un naipe mucha mayor cantidad que la equivalente á toda una vida lleno de merecimientos, oscurecidos tan solo por la humilde clase á que pertenecia aquel héroe del hogar.

—Dios quiera—dijo Valentin—que el precio de mis trabajos durante cuarenta años, no tenga que servir un dia para redimir, si es posible, los trastornos y el desarreglo de cuarenta dias.

—¡Miserable! ¡así me insultas!—esclamó Jorge enarbolando una silla sobre la cabeza del anciano.

Valentin cayó de rodillas y no trató de contrarestar la fuerza con la fuerza: hubiera sido inútil: cerró los ojos y bajó la cabeza encima del pecho. Afortunadamente Varner se interpuso entre Jorge y su víctima, desvió la direccion de la silla, y esta fué á estrellarse contra un ángulo de la habitacion, despues de haber roto el cristal de un hermoso espejo veneciano.

—Jorge ¿á qué vienen esos arrebatos? Un hombre de buena educacion no debe poner su mano en un villano. Cuando un criado no sirve, se le despide. Esto mismo puedes hacer con Valentin.

—Supongo que ese tunante no me pondrá en el caso de tenérselo que recordar. A mi regreso, pondrás buen cuidado en haber salido de casa; de otro modo, tendré que arrojarte de ella como un insolente que ignora lo que es la obediencia.

El anciano servidor se quedó anonadado: comprendia perfectamente que su jóven amo pudiera romperle la cabeza en un momento de mal humor; pero lo que jamás pasó por sus mientes fué que en el término de su vida tuviese que buscar un nuevo techo, debajo del cual arrojar el último suspiro.

El jóven Gomez se retiró sin proferir mas palabra: Varner le siguió sonriendo con aire de triunfo, y el criado permaneció un momento aun, derramando silenciosas lágrimas y meneando tristemente la cabeza.

—Obedezcamos...—dijo, por fin,—los amos siempre tienen razon, y yo debí haber tenido presente que un criado viejo es un instrumento inútil que se arroja con desden... El señorito lo ha dicho: ¿acaso no he cobrado mi salario?...

Cogió con mano trémula el billete; pero al ir á poner por obra la

órden de Jorge, la última que al cabo de cuarenta años habia de recibir en aquella casa, no pudo menos que decir con acento de amarga reconvencion:

—Sin embargo, mi difunto amo D. Teodoro era un hombre muy prudente, y en su tiempo estoy seguro de que un criado era algo mas que un instrumento despreciable...

Al siguiente dia, ó mejor dicho á la noche siguiente, Amelia, que habia pasado el dia muy triste, llorando desvíos de su esposo, se hallaba sentada en un sillon de su gabinete, dirigiendo al reloj que habia encima de la chimenea frecuentes miradas de esas que venden la inquietud con que se aguarda que sea una hora dada.

Luisa hacia compañía á su jóven señorita, y como la buena doncella padecia mucho cuando Amelia tenia algun pesar, cosa que acontecia por desgracia harto amenudo, de aquí que la aguja corriera muy perezosamente encima de la labor y que los suspiros fueran casi tantos como las puntadas.

En aquel momento vibró una vez la campanilla del reloj: eran las diez y media.

En la época á que se refiere nuestro libro, las diez y media de la noche era una hora muy próxima á la de la quietud y el sueño para los habitantes de la coronada villa. Todavía no se habia sustituido la luz del sol por los reverberos de gas, y los vecinos de la córte que paseaban las calles despues de la media noche, podia tenerse por seguro que se disponian á atentar temerariamente contra alguno de los mandamientos de la ley de Dios.

Al oir el sonido del reloj, hizo Amelia un movimiento de impaciencia y en seguida otro de tristeza.

—No vendrá....—dijo con el acento de la mayor amargura.—Gusto mio habia de ser....

—¿Y por qué no ha de venir, señorita? Ni la hora es estraordinaria, ni tiene de particular que aguarde á que esté desierta la calle un hombre que ha de entrar en esta casa engañando al dueño de ella.

—Engañar á mi marido, faltar á sus órdenes, abusar de su confianza...

—Buena confianza nos dé Dios... á fé que el caballero don Jorge se pinta solo para hacer confianzas. Entra y sale de casa cuando le

conviene ó se le antoja; pasa los dias sin saber V. dónde, y las noches sin saber cómo....

—Sin saber cómo... ¡Ojalá no lo supiera tanto!... Dí mas bien que en su pecho ningun resto queda de aquel amor que despertó el mio. He perdido á mi esposo; estoy á punto de ser abandonada por el mundo entero....

—¿Por qué no sigue V. los consejos de quien la quiere bien? Otra vida tendria V. entonces....

—¡Abandonar á mi esposo! ¡Privar de un padre al hijo que llevo en mi seno!... ¡Jamás, Luisa, jamás!

—Y sin embargo, estoy segura de que todos los amigos de V. le darian el mismo consejo...

—Ten presente, Luisa, que yo ni á ellos ni á tí se lo he pedido: los asuntos de mi esposo yo sé resolverlos: á falta de cabeza que me secunde, tengo un corazon que nunca me engaña.

La buena doncella no se dió por ofendida con la repulsa; antes al contrario, fijando en Amelia unos ojos llenos de dulzura, sonrió como sonrien las madres al presenciar la primera travesura de sus hijos.

Aquella mirada y aquella sonrisa desarmaron á la jóven, que corrió hácia la doncella y la dió espontánea satisfaccion con un abrazo.

—¿Te has enfadado, Luisa mia?... ¡Soy una loca! Pero la desgracia nos hace injustos, el dolor nos vuelve crueles, y yo soy muy desgraciada; tú lo sabes. Mas tu enojo se desvaneció, ¿no es esto?

—Por completo, señorita: no tema V. que imite á ese señor Valentin que al cabo de cuarenta años de servir en esta casa, se ha dejado despedir por el señorito, y lo que es mas, ha cumplido la órden de la despedida.

—¿Pues qué debia hacer sino cumplirla?

—Debia hacer... lo que yo haria, señorita. ¿Cree V. que yo saldria de esta casa porque V. me despidiera?... Pues no saldria, no señora. Y si me arrojaba V. de su gabinete, me iria á la antesala, y si me arrojaba V. de ella, me iria al zaguan ó á la buhardilla.... ¿qué se yo? á cualquiera parte desde donde pudiera continuar protegiéndola con mis oraciones, defendiéndola con mis miradas. ¡Abandonarla!... No faltaba mas... Y algun dia, cuando le dijeran á V.: ahí en un rincon de esta casa, muere, de vejez ó de tristeza, una mujer

que pronuncia su nombre de V. tantas veces como el de Dios; V. de fijo visitaria á la pobre Luisa, y cerraria sus ojos con un beso de eterna despedida. ¿Qué mas puedo yo desear?

Luisa no se habia apercibido de que sus palabras estaban causando una impresion profunda en Amelia, que en presencia de tanto y tan puro amor, no pudo contener sus lágrimas ni tampoco sus demostraciones de afecto.

—¡Qué buena eres!—dijo—oh tú, el único consuelo de mi desgracia, el único sér que me ama y compadece...

—El único... Pues, ¿y el otro?...

—¡Silencio, Luisa! no pronuncies un nombre que mi esposo detesta: la entrevista de esta noche, que yo hubiera comprado hace un mes por precio de la mitad de mi vida, va á ser la postrera. Daré cuenta de mi resolucion, desvaneceré la última esperanza de ese hombre que tantas pruebas me tiene dadas de su amor, y Dios no permitirá que el dolor ponga término á su vida, cuando yo estoy dispuesta á sacrificar la mia por la felicidad suya.

En esto dieron las once, y la última vibracion del reloj se confundió con la de un recio campanillazo que resonó en toda la casa. Amelia se estremeció, y apenas Luisa habia salido del gabinete, levantó los ojos al cielo, y esclamó:

—¡Dios mio, Dios mio! Dadme valor para verle padecer.....

En aquel mismo instante apareció un hombre en el dintel de la puerta. Amelia lanzó un grito; y levantándose de repente se arrojó en los brazos del recien llegado.

Nosotros no queremos asistir á esta entrevista: únicamente suplicamos al lector tenga presente que Amelia habia nacido para amar y sufrir; pero que no pasa de ser una imágen poética equivocada eso de que los ángeles que descienden á la tierra, se esponen á manchar las plumas de sus alas de nieve con el fango del mundo. Si los ángeles tuvieran el mal gusto de venir á pasearse por nuestro sucio planeta, volverian al cielo tan límpios, puros y hermosos, como si hubieran permanecido suspendidos en la atmósfera, ó no hubieran dejado de pisar la estrellada alfombra sobre la cual se levanta el eterno trono del Señor.

Habria transcurrido escasamente media hora despues de la llegada del forastero, cuando la buena Luisa, pálida, azorada hasta el estre-

mo de no acertar ni con las puertas de las habitaciones, vino á llamar á la del gabinete de Amelia. Dentro de este gabinete se oia distintamente la voz de un hombre y la de una mujer.

Apenas la esposa de Jorge abrió la puerta con tanta insistencia golpeada por Luisa, esclamó esta:

—Señorita ¡qué gran desgracia! El amo acaba de apearse en este momento junto al portal.....

Perdió el color la desdichada jóven y por un momento permaneció indecisa sin saber qué partido tomar. Pero Dios ha hecho el corazon de las mujeres para que se crezca en los momentos de mayor peligro, y tomando de improviso una resolucion heróica, dijo:

—Sal al encuentro de mi esposo y no opongas á su paso el mas mínimo estorbo.

—¿Y si quiere entrar en su cuarto de V.?

—Que entre. Puesto que Dios lo dispone así, terminen de una vez los misterios, y sepa cada cual á que atenerse.

Luisa no encontró muy apropósito aquel alarde de energía y de independencia de parte de Amelia; pero no era tiempo de entrar en discusiones, y salió á obedecer las órdenes de su señorita, balbuceando bastante torpemente una salve á la Vírgen de los desamparados, y coligiendo que dentro de poco habia de estallar la tempestad y tronar gordo.

Pocos momentos despues resonaban precipitadamente en las estancias los pasos de Jorge, el cual via recta penetró en el cuarto de su esposa. Amelia se hallaba sola, y fingia, bastante naturalmente, calentarse en la chimenea y dormitar en su silla. Su color era lo único que la vendia: no por ser el de la palidez síntoma del miedo, sino por lo encendido, señal de indignacion. Y con efecto, Amelia se hallaba indignada consigo misma: habia ocultado á un hombre, se habia asimilado á esas mujeres desgraciadas que deberian ruborizarse de si mismas, si el rubor no fuera patrimonio esclusivo de la honradez. Cuando penetró Jorge en la estancia, la jóven quiso levantar los ojos hácia su marido, y no pudo. ¡Cuán infeliz es la mujer que por primera vez quiere, y no puede, fijar con tranquilidad la mirada en su esposo!

Jorge no se detuvo á reconocer el interior del gabinete: habia vis-

to entrar en su casa propia al hombre contra quien habia de antemano fulminado una sentencia de muerte, y seguro de su venganza, estendia la mano con febril temblor cual si debajo de ella sintiera forcejear á su víctima.

—¿En dónde se halla ese hombre?—preguntó con acento entrecortado.

—¿Qué hombre, Jorge?—Contestó Amelia, ocultando bastante malamente su emocion.

—El villano, el miserable que hace un instante se hallaba en este gabinete.

Amelia quiso dar una respuesta evasiva á esta pregunta, pero sintió que las fuerzas la iban faltando: la infeliz no habia nacido para negar la verdad ni fingir.

Jorge cogió la mano de su esposa tan estrechamente que la causó daño; pero la pobre criatura ni aun tenia fuerzas para quejarse. Ahogó un suspiro, contuvo una lágrima entre sus párpados, y dirigió á su esposo una mirada suplicante:

—¡Soy inocente!—esclamó, y cayó de rodillas.

—La inocencia no se humilla ¡criatura indigna!—esclamó Gomez, arrojando á Amelia contra el suelo.— La mujer que durante las horas de la noche, eterna consejera del crímen, protectora de todos los misterios vergonzosos, recibe á un hombre en su casa y le esconde á la llegada de su marido, no tiene derecho á poner en sus labios una palabra que profana indignamente. ¿Negará V., señora, que ayer penetró un hombre en esta casa?

Amelia bajó la cabeza humillada ante su esposo que, despues de haber faltado á todos sus deberes, tenia la peregrina ocurrencia de invocar á voces sus derechos.

—¿Negará V.—prosiguió Jorge—que ese hombre vil es D. Luis de Mendoza?

La jóven creyó inútil negar lo que era cierto, y vergonzoso confesar lo que en apariencia la acusaba.

—¿Negará V., señora,—continuó diciendo Jorge—que ese enemigo de mi tranquilidad y de mi honra ha estado varias otras noches en mi casa, aprovechando siempre las horas en que yo falto de ella?

La jóven levantó la cabeza, y aprovechando la ocasion que le presentaba su marido para devolver queja por queja, se atrevió á decirle:

—Y ¿por qué faltas siempre, Jorge? ¿Por qué me dejas siempre abandonada, sola?

—Esta no es ocasion de dar esplicaciones sobre mi conducta, señora; sino sobre la de V. Esta casta es visitada á deshora por un hombre á quien tengo prohibida la entrada en ella. ¿Se atreverá V. á decir que ese hombre no viene á causar una ofensa en mi honra?

Amelia se puso de pié con un movimiento lleno de dignidad y de energía. Acababa de sentir encima de su corazon el hierro candente de una torpe injuria. Miró á Jorge sin titubear, sin temblar, y dijo:

—Y ¿V. se atreverá á inferir á la mia tamaño insulto? Yo creí que los hombres estaban en el mundo para amparar la debilidad de las mujeres; creí que los esposos tenian un interés vivísimo en rodear á sus esposas de una aureola de pureza cada dia mas inmaculada: necesitaba que V. viniese á demostrarme lo contrario, para saber que una mujer puede faltar á sus deberes sin que le ahogue el remordimiento y la vergüenza.

Jorge se sintió momentáneamente dominado, fascinado, digámoslo así, por el acento de aquella mujer que volvia tan bizarramente por su inocencia. Se pasó la mano por la frente como el ebrio que, recobrada fugazmente su razon, teme haber cometido algun despropósito, y dijo con acento menos alterado:

—Convengamos, señora, en que es V. inocente; pero yo necesito contra la evidencia de los hechos algo mas que las palabras de V., necesito pruebas, hechos tambien que me convenzan...

—Pruebas.... Hechos.... ¿Crees que puedo darte alguna? Si yo tuviera en mis manos el haber destruido desde el primer momento tu preocupacion ¿te hubiera dejado en ella ni un solo momento?

—Dime solamente qué viene á hacer Mendoza á esta casa: ¿qué asuntos le mueven á él á poner los piés en ella despues del insulto que me lanzó públicamente; á tí á recibirle contra mis órdenes? ¿De qué se habla en esas visitas nocturnas; de qué os ocupais durante las horas que permaneceis el uno al lado del otro?... El no ha venido seguramente á esta casa sin que alguno le haya dado cita en ella...

—Yo le he llamado.

—¡Esto mas! Entonces debe haber existido un motivo muy poderoso: este motivo es el que yo quiero conocer.

Precisamente el motivo es lo que Amelia no podia divulgar á su marido. Nuestros lectores saben que la desgraciada jóven, preveyendo la desgracia y ruina en que se habia de ver envuelta, trató de poner á cubierto de la miseria al hijo que llevaba en su seno. Descubrir este secreto era comprometer, arruinar el porvenir de aquel hijo; y esto no lo hace ninguna madre, ni aun en la alternativa de perder su vida.

—¿Oyes lo que te pregunto?—esclamó Jorge á quien nuevamente exasperaba el silencio de Amelia.—Esplícame el motivo que te obligó á llamar á ese hombre, y si no me ofende, dejaré que sano y salvo se aleje de esta casa, y aun saldré de esta sala para no dejarme vencer por la tentacion de arrojarle por una ventana.

—En vano me dirigirás mas preguntas, Jorge: si se parecen á la última, no podré responderte.

—¡Ira de Dios!... ¿Y dices que eres inocente?

—Lo juro.

—¿Y qué no amas á ese infame?

—Lo juro tambien. ¿Me hará V. la ofensa de creerme sin honra y sin religion á un mismo tiempo?

Jorge cerró los ojos y se mordió los labios, síntomas de su creciente exasperacion.

—No señora,—dijo—no la creeré á V. ni una cosa ni otra: me complazco en rodearla á V. de toda la pureza que V. desea y que yo debo desear tambien. Pero en este caso, ese hombre se ha introducido en este gabinete con una intencion personal culpable, puesto que no es susceptible de ser disculpada; y puesto que se ha portado ni mas ni menos que un ladron, como á tal sabré tratarle.

—¡Jorge!—esclamó la jóven.—¡Por piedad! Ten compasion de lo mucho que te amo....

—¡Oh! no tiemble V., señora; mi seguridad es completa. No cometeré la torpeza insigne de batirme con ese hombre, , no le provocaré á un duelo en el cual su destreza ó mi desgracia pudieran serme funestas: ninguna persona que se estima en algo tiene tantas consideraciones con el ladron que se introduce en su casa.

—¡El ladron!

—Como á tal pienso tratarle, y á un ente de esta naturaleza no se le desafía, se le mata.

Y el exasperado Gomez dió un paso por la estancia sin direccion fija, pero con ademan que revelaba completamente sus intenciones siniestras.

Amelia tuvo miedo, y un impulso de su corazon le vendió en mal hora.

Corrió desatinada hácia su cuarto de tocador, y poniendo los brazos en cruz delante de la puerta, trató de impedir la entrada á su esposo. Jorge sonrió: habia descubierto el sitio en que se ocultaba su presunta víctima.

—¿Con que ahí dentro se encuentra el miserable, el villano, el ladron que me ofende?... ¡Paso, señora!

Pero Amelia continuaba obstruyendo la puerta, y únicamente abandonó su actitud para juntar las manos en señal de súplica. Este movimiento acabó de exasperar á Jorge, que interpretó torcidamente su sentido.

—¿Con que temes por su vida?...—dijo—Luego le amas... ¡Oh! casi estoy por decir que me alegro: así tendré el placer de castigarle á tu vista y vengarme de entrambos con un solo golpe. ¡Paso, Amelia, paso!

—No pasarás, como no sea atropellando mi cuerpo.

—Atropellaré por todo, señora, si no se determina V. á dejarme franca la entrada.

—Nunca.

—Vea V., señora, que las dificultades acrecientan los deseos y aumentan el odio. ¡A un lado, mujer infame!

—Tendrás que pisar mi cuerpo antes de descubrir á ese hombre.

—Pisaria el cadáver de mi padre, si menester fuera.

Y se abalanzó con aspecto tan amenazador á su esposa, que esta no pudo contener un grito de espanto.

De repente se abrió la puerta con tanto teson defendida por la jóven, y apareció en aquella un anciano venerable.

Era D. José García, el tio de Amelia.

A su vista retrocedió Jorge un paso y contempló estupefacto la inesperada aparicion.

García salió gravemente de la estancia en que se hallaba escondido, y sin quitar el ojo á Gomez, dijo:

—¿Por qué no continua V. su obra? Bien pocas dificultades pueden á V. ofrecérsele: ya lo ve V., se trata de un viejo y de una niña. Puede V. atropellar á entrambos sin miedo á la menor resistencia.

Gomez se hallaba confuso, avergonzado: sus cálculos habian sido destruidos en un momento, y le faltaba serenidad para colocarse á la altura de aquella imprevista circunstancia.

—Yo no pensaba encontrar á un anciano, iba en busca de un jóven, y no es de sospechar cobardía en quien provoca á un hombre fuerte y valiente tanto á lo menos como el provocador.

—¿Dice V. que su conducta no es la de un cobarde? Pues ¿qué nombre merece el que, faltando al respeto que debemos á la esposa y á la dama, levanta la mano sobre la mujer? La mano que tal ha hecho, si no es la mano del verdugo, mereceria ser cortada por él.

Jorge se estremeció como si el personaje infamante á que se referia García, le hubiera carbonizado la espalda con su marca candente. Amelia dirigió á su tio una de esas miradas intercesoras que hacen vagar los ángeles desde los pecadores hasta Dios. Pero García se hallaba con justicia indignado del proceder de Jorge, y ni creyó bastante duras sus palabras, ni reparó siquiera en la mirada de su sobrina: adelantó otro paso, dando á su aspecto un aire de severidad imponente, y prosiguió:

—Ha manchado V. la honra de su esposa con una sospecha infame; la está V. haciendo mas desgraciada todos los dias; la amenaza V. con un porvenir de luto, de miseria, y quizás de algo mas funesto que la miseria misma, y cuando se apercibe V. de que la niña abandonada ha encontrado un seno donde llorar, un amigo á quien referir sus cuitas, se le antoja á V. tener celos, nada mas que para hacer escusables sus violencias..... Bien prosigue V. jóven, muy bien; V. llegará al final que se ha propuesto.....

—Nadie está libre de tener celos.....—murmuró Jorge, pugnando por contener su ira.

—¿Y con que derecho pretende V. tenerlos, caballero? Celos suponen amor, y V. no ama á su esposa; si V. la amase, ni la rebajaria, ni la haria desgraciada.

Amelia quiso rectificar la última apreciacion de su tio; mas á pesar suyo la verdad le imponia silencio.

—Pero—continuó García—se ha engañado V. en una cosa, caballero: creyó V. encontrar la impunidad en todos sus actos, y sacó el siguiente cálculo: Amelia no tiene padres, sus parientes viven léjos de Madrid y á mayor abundamiento les tengo prohibida la entrada en mi casa. Llorará, nadie verá su llanto; gritará, nadie oirá sus gritos; morirá de pesadumbre, nadie interrogará á la moribunda respecto de las causas que la han abierto el sepulcro. ¡Buen cálculo, caballero, que yo he venido á destruir, y que destruiré!

Desde que García habia empezado á hablar, Jorge venia siendo atacado de un ligero temblor, acompañado de una palidez cadavérica. Asombrado de que un hombre pudiera dirigirle impunemente tales insultos, aguardaba á que se colmase el vaso de las injurias para desbordarse produciendo una catástrofe. La medida estaba colmada: Jorge, que habia resistido á los reiterados cargos del tio de Amelia, no pudo escuchar con paciencia su última provocacion.

Cerró violentamente los puños, mordióse en silencio los labios, abrió desmesuradamente los ojos, cerrólos luego, contrajo su fisonomía toda, y dejando errar por sus labios una apenas imperceptible sonrisa, mas triste que uno de esos débiles rayos de sol, blanco, apenas tibio, que rasgan de vez en cuando las nubes tempestuosas, dijo:

—Supongo que habrá V. terminado ya su peroracion, y que á su vez ha llegado mi turno...

—Todavía no, caballero: falta que sepa V. á donde voy con ella. Amelia no puede permanecer por mas tiempro en esta casa, espuesta á las amenazas, á los malos tratamientos de su esposo.

Gomez continuó sonriendo: la jóven empezó á temblar presintiendo un rompimiento que para siempre la alejaria del único sér que podia ampararla en el mundo.

—Y ¿se puede saber con que derecho pretende V. separarme de mi esposa?—preguntó Gomez.

—Con el derecho que tienen las mujeres desgraciadas de ser protegidas por los hombres de corazon.

—¿Teme V. que á mi lado sufra algun daño?...

—Si no lo temiese, puedo asegurar á V. que me guardaria toda la vida de haber puesto los piés en esta casa.

—Y hubiera hecho V. perfectamente, porque en este caso me habria evitado el arrojarle de ella.

—¡Arrojar á mi tio!—esclamó Amelia—¿Sabes que es el único pariente que me queda, la sola persona que se interesa por mí?

—¿Con que V., señora, une sus esfuerzos á los de su tio para obtener una libertad de que tan mal uso viene haciendo?...

—¡Jorge!—dijo Amelia herida en lo vivo del corazon—no rebajes ante sí misma á la mujer que es madre de tu hijo.

—¿Es mejor acaso que la mujer proteja á quien tan ciegamente insulta á su marido?... Ea, acabemos de una vez, caballero: tengo la suficiente serenidad para respetar esas canas; pero opino que no me pondrá V. en el caso de olvidar que en mi casa todas las personas deben serme sagradas.

—No todas lo han sido para V., caballero,—replicó García sin temor—y si alguna duda me pudiera caber, me bastaria traerle á su memoria el triste fin de su virtuoso padre.

—¡Insolente!—gritó Jorge, haciendo ademan de arrojarse contra García.

Amelia interrumpió el movimiento de su esposo, arrojándose á sus plantas y abrazando sus rodillas.

—¡Salga V.! ¡salga V.!—esclamaba el jóven, lanzando á don José furiosas miradas.

—Sin Amelia ¡nunca!

Jorge sentia que su cabeza se estraviaba: la sangre penetraba en ella impetuosamente y cerraba los ojos sin duda para no ver alguna imágen terrible que mortificaba su imaginacion y le aconsejaba siniestros actos de violencia.

—¡Por piedad, tio! ¡por piedad! no irrite V. á Jorge... Es mi esposo, es el único hombre que tiene derecho sobre mí.

—¡Váyase V.! ó no puedo responder de mí mismo—continuaba gritando Jorge.

Pero García oia solamente las palabras de Amelia, que sin duda le afectaban mucho mas que las amenazas de Gomez.

—¿Dices que nadie tiene derecho sobre tí mas que tu esposo?...

—murmuró con tristeza—¿ Y mi amor, desinteresado como el de un padre, nada significa, nada vale, ningun derecho me concede?

Jorge estaba pendiente de la respuesta de Amelia para dar una ú otra direccion á sus ya irresistibles impulsos de venganza: si la jóven proferia la mas mínima palabra favorable á las pretensiones de García, era inminente un conflicto. Por fortuna Amelia era uno de aquellos tipos que cumplen sin replicar su destino de hierro, una de aquellas víctimas que ahorran al verdugo una gran parte de su trabajo, doblando resignadamente la cabeza ante el golpe mortal que las amenaza.

Reinó un momento de silencio: la jóven no se atrevia á mirar á su tio, porque le constaba que iba á hacerle mucho daño.

—Tio,—dijo por fin con voz muy débil—cualquiera que sea el título que la naturaleza y el cariño le han dado á V. á mi obediencia, es inferior al derecho que Dios y la ley han concedido á mi esposo. Feliz ó desgraciada, su suerte será la mia. Es la única resolucion que cabe tomar á una mujer honrada.

El anciano García dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo con muestras de grande abatimiento. Él tambien tenia formada su resolucion, y sentia que las fuerzas le faltaban al irla á poner por obra.

Su habitual serenidad fué abandonándole; quiso retirarse antes de mostrarse vencido, y un torrente de lágrimas vino á hacer traicion á sus sentimientos.

Jorge sonreia siempre; pero esta vez era de satisfaccion íntima: Amelia misma le habia vengado.

La jóven comprendió cuanto sufria el anciano, y para dulcificar su amargura fué á arrojarse en sus brazos.

Mas García la rechazó suavemente, desviando de ella los ojos, bien á pesar suyo.

—Aparta—dijo—aparta; y no aumentes mi dolor.

—¿ No quiere V. verme?—esclamó asustada la pobre niña.

El anciano hizo otro movimiento, bien poco espontáneo por cierto, apartando á la jóven, y enjugando sus lágrimas con trémula mano, dijo con entrecortado acento:

—He hecho cuanto debia y cuanto podia por tu felicidad: rehusas mi proteccion y voluntariamente te entregas al poder de quien tarde

del hombre tronado; pero al poco tiempo fué siendo objeto de atenciones contínuas por parte de los calaboceros y acabó por vender proteccion á los mismos que pocos dias antes le habian socorrido para que no se viera precisado á pasar por el estrecho régimen alimenticio del establecimiento.

Sin embargo, hay que confesar que á medida que aumentaba el poco envidiable ascendiente de D. Carlos, aumentaba asímismo el retraimiento de sus compañeros de cautividad: los hombres que se hacen populares en las cárceles, por fuerza tienen de gozar malísima reputacion fuera de ellas.

Ahora oigamos el diálogo que media entre Ardilla y nuestro terrible caballero de industria.

—Con que,—decia el primero—¿V. cuenta salir muy pronto de este encierro?...

—Seguramente, amigo mio;—contestó D. Carlos—pues no es probable que deje de reconocerse mi inocencia.

—De suerte, que V. ha sido preso estando inocente... Mal hace V. en confiar tan á ciegas en el resultado de su causa.

—¿Por qué?...—preguntó Varner asombrado de la estraña deduccion del jóven.

—Porque nada hay tan difícil en el mundo como poner en claro una verdad.

D. Carlos contempló de hito en hito á aquel precoz filósofo que por lo visto trataba de dar á un bribon consumado lecciones de escepticismo: como si la filosofía escéptica no fuera ciencia infusa en los hombres sin corazon.

—Segun estas deducciones,—dijo Varner—V., amigo mio, ó es verdaderamente culpable ó se promete no salir en mucho tiempo de este recinto....

—Precisamente: su primera apreciacion de V. es la exacta. Yo soy culpable.

—¿Y lo dice V. con esa frescura?...

—Para darle á V. una prueba de confianza.

—Lo de la confianza ya es algo mas propio de los pocos años de V., caballerito.

—No sé porque me dice V. esto: apuradamente soy el hombre menos espansivo de Madrid.

—Y sin embargo, se fia V. de mí, siendo así que soy para V. poco menos que desconocido.

—Ni por pienso: desde que entré en este establecimiento me dediqué á buscar entre mis compañeros de cautiverio un hombre que durante tres meses no pude encontrar. Introdujéronle á V. por las puertas de este corredor, y á la primera mirada que fijé en V., dije para mí: hé aquí el hombre que tanto he buscado.

—¿ Y para qué necesitaba V. á ese hombre ?

—Para hacer de él mi consocio.

—¿ Tiene V. comercio ?...—preguntó Varner con sonrisa burlona que no cuidó de ocultar.

—Y sumamente lucrativo—contestó Ardilla sin inmutarse poco ni mucho.

D. Carlos dirigió al jóven una de esas miradas que, despues del prolijo exámen de una persona, equivalen á un insulto para aquellos que opinan que el ser pobre es delito, y de los mas feos.

Antonio sonrió á su vez: comprendia perfectamente el significado de aquella mirada, y dijo:

—¿ Se estraña V. de la contradiccion que existe entre mis palabras y mi continente ?... Pues hace V. mal, porque ya tiene V. edad para no dejarse guiar de las simples apariencias.

—¿ Cuántos años tiene V., jóven?—preguntó Varner conceptuando que habia dado con un maestro en maldades.

—Si yo debiera contar lo que he vivido por los motivos que he tenido para conocer á los hombres, seria muy anciano: yo tengo tantos años como la esperiencia. Mi biografía es sumamente breve: nací de padres honrados que al morir me legaron por todo patrimonio una gran dósis de inocencia. Mientras esta duró, servi de víctima, es decir, de esplotado. Cuando ya no quedó en mí que esplotar, hiciéronme merced de introducirme en el número de los esplotadores. Al morir mis ilusiones de hombre virtuoso, heredé el derecho de vivir á espensas de una sociedad que durante algun tiempo habia vivido de lo mio; y héte aquí que abandonándome á mis propios impulsos, me dejé conducir por las olas de la fatalidad, que unas veces me mecen como la cuna de un niño mimado; otras veces me arrojan bruscamente á puertos llenos de peligros, como aquel en que ahora me

hallo. Tal he sido y tal soy, caballero: si el mar, sobre cuya superficie floto, me arroja alguna vez contra una roca ensangrentada en cuya cima me aguarde el verdugo, no hundiré mi cabeza en el agua con riesgo de ahogarme, ni desviaré la vista con repugnancia ó terror: dejaré que las olas me conduzcan, y diré al que llaman ejecutor de las justicias: ¡Adios, compañero! Hace mucho tiempo que vengo pensando en tí.

No cabia seguramente mayor cinismo en la manera de producirse de aquel miserable: Varner mismo se sentia como sobrecogido de espanto al hallarse tan cerca de un hombre que arrojaba indistintamente el alma al infierno y el cuerpo á la tierra, con una indiferencia que helaba las sangres.

Pero muy pronto sufrió Varner una reaccion favorable para Ardilla, pasando del estado de temor al de admiracion. Aquel jóven era la síntesis del hombre que se deja arrastrar por sus pasiones: don Carlos habia hallado un maestro; el gladiador invencible sentia oprimida su garganta por la rodilla de un niño, bien así como acontece con bastante frecuencia que el letrado encanecido en el estudio de las leyes se siente desconcertado por uno de esos fenómenos de precocidad de que se honran con justicia algunas universidades.

Sin embargo, no era Varner hombre despreciable en su género: rendirse á discrecion era una derrota verdaderamente sonrojosa. Quiso tirolearse con su compañero, aunque no con esperanza de acertar tantos blancos, y dijo:

—¿Qué motivo le ha inducido á V. para hacerme semejantes confianzas? ¿Comprende V. toda su importancia?

—Mucho—respondió Ardilla con el aplomo del que está muy seguro de lo que dice.

—¿Y por qué no teme V. que yo le denuncie?

—Porque de denunciarme nada saldria V. ganando, y por al contrario, puede obtener ventajas positivas resolviéndose á ser mi compañero... mi amigo... mas claro, mi cómplice.

En cualquiera otra ocasion, D. Carlos hubiera necesitado muchos menos motivos para castigar al autor de semejante proposicion; pero ya hemos dicho que el caballero de industria atravesaba uno de esos períodos de miseria álgida, durante los cuales parece

que el hombre no tiene derecho á volver, ni aun por su dignidad.

Varner habia oido hablar de un comercio lucrativo, y concretó á este punto sus averiguaciones.

—Tengo á mano un verdadero tesoro, pero hay necesidad de saberlo esplotar, y le propongo á V. entrar en sociedad con este objeto.

—Si el tesoro es tan bueno como V. supone ¿cómo se desprende de él tan fácilmente?

—Porque da para todos: además, V. sabe que no todo en el comercio se reduce á poseer el objeto comerciable; es preciso saberle negociar á tiempo, averiguar donde hace falta, quien lo paga bien, en que mercado puede contar con mejores probabilidades de éxito, y hasta evitar las averías, puesto que nada en el mundo está exento de tener sus contras: en una palabra, yo traeré el capital y V. le pondrá en circulacion.

—Y el capital ¿en qué consiste?

—Consiste en un tino y pulso especial para manejar una pluma, un ojo al cual no se le escapa el último de los puntos negros que unidos en líneas rectas ó curvas constituyen una firma y rúbrica, y una lengua que me arrancara voluntariamente el dia en que pronunciara una palabra semi-imprudente.

Varner hizo atrás un paso y contempló hasta con miedo al cínico falsario.

—¿Le sorprende á V.—dijo este—mi poco comun destreza?

—Me sorprende mucho mas otra cosa, que es la despreocupacion, por no decir otra palabra, con que V. hace alarde de ella. Ha un minuto apenas hacia V. gala de su prudencia, y sin embargo, acaba V. de confesar sus crímenes á una persona que le es á V. poco menos que desconocida. Quien así obra, no tiene por que vanagloriarse gran cosa de su prudencia.

Ardilla volvió á sonreir de una manera que era bastante para descubrir el negro fondo de maldad que se escondia dentro de aquel esterior cadavérico.

—¿Cree V.—dijo—que yo prodigo mis confianzas á personas indignas de ella? Está V. en un error: con la misma seguridad que examino la firma de un banquero y no se me escapa de ella el mas mínimo detalle, analizo las líneas de la fisonomía de un hombre sin

que por ellas se me oculte la menos desarrollada de sus pasiones. Este exámen me ha convencido de que V. era el hombre predestinado á utilizar un dia ú otro mis servicios.

Varner se encontraba indeciso entre despreciar las insultantes propuestas de Ardilla, ó devolverle con creces aquellos insultos, porque en honor de la verdad sea dicho, D. Carlos era un dechado de todos los vicios, pero no le habia empujado aun la fatalidad por la senda del crímen vulgar. Un resto de pudor, mezclado con ese miedo instintivo que el hombre siente por la justicia cuando todavía no se ha acostumbrado á vivir reñido con ella, obligaron al caballero Varner á demostrar el mal efecto que le habian causado las palabras del falsario, dichas con la seguridad y franqueza con que los bribones de oficio conciertan sus planes en el fondo de una taberna con una copa de aguardiente en la mano y media docena de ellas en el cuerpo. Por todas estas razones creyó Varner de su deber contestar á D. Antonio en estos términos:

—Cualquiera que sea la intencion con que me ha hecho V. las proposiciones que acabo de oir, debo rechazarlas. Hay en el hombre, cualquiera que sea el sitio en que se encuentre, algo de que no puede prescindir en manera alguna: ese algo es su pasado. Yo tengo que respetar el mio, yo no puedo olvidar que fuera de este recinto soy conocido por el caballero Varner.

Ya no fué sonreir lo que hizo Ardilla al escuchar estas palabras, sino prorumpir en una carcajada.

—Dispénseme el *caballero* Varner—dijo—si me he equivocado en el juicio que he formado de su persona; pero no lo dude un solo instante: tengo la íntima conviccion de que nunca llamo en vano á las puertas de un corazon.

—El mio se ha conmovido muy poco ante la idea de utilizar su complicidad.

—Nadie puede decir, de esta agua no beberé, y V. mucho menos, caballero Varner... Yo he adelantado mucho en esperiencia, y no hay pasion que no se haya desencadenado tempestuosamente dentro de mi pecho. ¿No está V. viendo que me voy acabando de vejez?... Pues bien ¿quiere V. saber cuando fué que cogí por primera vez la pluma con la decision formada de falsificar una firma?... Fué

despues de una sesion desesperada en el juego: habia perdido mi última moneda, y por dos veces distintas habia inclinado mi cuerpo sobre la corriente del Manzanares. Si mi dolor hubiera provenido de cualquiera otro contratiempo, estoy seguro de que me hubiese dado muerte; pero el jugador siempre tiende al desquite, y para desquitarme era indispensable hacer dinero á toda costa. V. dice que no puede prescindir de su pasado: ¿acaso he tenido yo presente otra cosa que ese pasado cuando me he puesto en relacion con V.?

Varner permaneció un momento pensativo: Ardilla le contemplaba con ojos animados solamente por la calentura.

Hubo un instante de silencio: despues comprendió el jóven que la semilla necesita tiempo para echar raices, y se despidió de su compañero, diciéndole:

—Medítelo V. con calma, y estoy seguro de que algun dia vendrá á buscarme para estender la escritura de nuestra sociedad.

Y se retiró á su estancia, dejando á D. Carlos entregado á profundas reflexiones.

La situacion de nuestro caballero no era ciertamente para envidiada: introdujo en los bolsillos del chaleco sus dedos finos y delgados, y sacó unos pocos reales, á los cuales hizo merced de una mirada de soberano desprecio.

—Lo cierto es—dijo— que yo no puedo continuar de esta manera... Pero es tan duro eso de emprender el camino de Ceuta arrastrando una cadena sin vocacion de penitente...

Y nuevamente quedó en estado de insensibilidad, fijos los ojos en el espacio, donde sin duda se le aparecieron esos vagos fantasmas que revolotean en torno de la gente pervertida, murmurando á su oido palabras siniestras y haciéndoles respirar el aire mefítico que sacuden sus negras alas.

Aquella distraccion pertinaz duró cosa de media hora. Al cabo de ella se oyó en el corredor una voz ronca, que decia:

—Carlos Varner con lo que tenga.

El distraido se estremeció, recobrando súbitamente sus movimientos y sentidos.

Aquellas espresiones eran la fórmula de su libertad: las rejas se abrian para darle paso, y como ellas su corazon se abria á la espe-

ranza. Ebrio de gozo y erguida con insolencia la frente, atravesó, sin reparar en ellos, los grupos de los demás presos, que percibian una secreta alegría porque se alejaba aquel hombre que á todos se habia hecho sospechoso.

Un momento despues se precipitaba fuera la puerta del corredor, olvidado por completo de cuanto le acababa de acontecer, cuando oyó una voz áspera que esforzándose en gran manera, gritaba del otro lado de la reja:

—Caballero Varner, tenga V. presente á sus amigos... Yo soy Antonio Ardilla para servir á V...

Esta voz resonó en el oido de D. Carlos con el fúnebre eco de una profecía terrible. Redobló el paso y tembló cada vez que el llavero se mostraba torpe en abrir las puertas, como si temiera que nuevamente iba á ser conducido á su encierro.

Por fin salió del recinto de los prisioneros: respiró fuertemente y parecióle que el aire de la libertad penetraba en sus pulmones robusteciéndolos, é hinchaba su pecho oprimido poco antes como si se lo hubieran apretado entre dos planchas de plomo.

Cuando llegó á la portería de la cárcel, encontró al cancerbero que le aguardaba al paso con aire risueño, una carta en la mano derecha y una enorme gorra de pelo en la izquierda. Los carceleros guardan su mejor sonrisa para el preso que sale de la prision: es una fuente de la riqueza privada que se estingue: hay que aprovechar, por consiguiente, las últimas gotas de la generosidad voluntaria.

—Esta carta han traido para V., caballero;—dijo el guardian de la puerta—léala V. con toda satisfaccion, y sea el parabien por su libertad.

Y el modoso portero, en vez de alargar la carta, alargó, quizás involuntariamente, la gorra de pelo.

Varner arrojó en ella los pocos reales que le quedaban en el bolsillo, tomó la carta, cruzó con altanería delante de la guardia y se dirigió á la plaza mayor, debajo de cuyos arcos rompió el sello que cerraba la misiva y leyó en voz baja lo siguiente:

«Querido Carlos, acabo de llegar de Alemania: la suerte me ha sido tan funesta como en mi patria, y numerosos acreedores me amenazan con publicar el estado de mis negocios. Sé que vas á salir hoy

mismo de la prision, y me dirijo á tí en la seguridad de que no me abandonarás ahora, como nunca lo has hecho. Para encarecerte la urgencia, bastará decirte que estoy dado al diablo y que por dinero venderia mi cuerpo y estoy por decir que mi alma.—Tu amigo,—Jorge Gomez.»

Varner sonrió, insiguiendo su costumbre de alegrarse del mal del prójimo.

—A buena parte pide ausilio...—dijo.—Y el tono no puede ser mas apremiante...

Y en seguida, volviéndose maquinalmente hácia el lugar que ocupaba la cárcel de córte, terminó diciendo:

—Hete aquí una magnífica ocasion para que luciese sus habilidades el amigo Ardilla. Estoy seguro de que antes de poco, mi querido Jorge habrá de preguntarme por las señas de la habitacion de ese admirable pendolista...

ó temprano labrará tu completa desgracia... Corriente; tú lo has querido y todo ha terminado ya entre nosotros.

—¡Que todo ha terminado!... ¿Puede acaso terminar el amor que Dios ha puesto en el corazon de sus criaturas?

—Ese amor debe borrarse entre nosotros; yo á lo menos trabajaré para conseguirlo. ¡Adios, Amelia! Nunca mas nos volveremos á ver... Quizás algun dia, cuando te halles sumida en la desesperacion y en la miseria, cuando tu marido tenga que ocultar su vergüenza y su ruina entre las sombras, cuando tus hijos te pidan un pan que su madre no podrá proporcionarles, te acuerdes con pena de haber renunciado á la proteccion de tu tio, de tu segundo padre. Pero entonces será ya tarde, Amelia; yo habré muerto de dolor, ó cuando así no fuera, jamás pondria de nuevo los piés en una casa cuyo dueño me ha arrojado de ella, y en la cual mi sobrina ha consentido voluntariamente en su desgracia. ¡Adios, adios para siempre!...

Y diciendo estas palabras dió un paso hácia la puerta sin mirar siquiera á Amelia, temeroso de que su vista venciera la resolucion que habia adoptado irrevocablemente. En vano Amelia se arrojo á sus plantas, en vano regó con sus lágrimas las manos de García, en vano le conjuró en nombre de lo mas santo y de lo mas caro, para que levantase aquella especie de sentencia de proscripcion... El anciano fué inexorable, y traspasó la puerta sin proferir una palabra mas. Su aparente energía le sostuvo hasta encontrarse en la calle y una vez en ella hubiera venido al suelo, á no haberle sostenido un caballero jóven en sus robustos brazos.

—Y bien....—dijo ese jóven—¿ha conseguido V. algo?

García rompió en nuevo llanto.

—¡Nada!—contestó—¡nada! la he perdido para siempre... Ella misma ha consentido en su desgracia...

Mendoza, que no era otro el jóven de la calle, respetó el dolor del anciano, y prudentemente silencioso, condujo á su amigo hasta un carruaje que á entrambos aguardaba no muy lejos de la casa de Gomez.

En cuanto ambos amigos subieron en él, arrancaron los caballos á galope.

En aquel carruaje se alejaba la última esperanza de Amelia.

Por lo que toca á Jorge habia asistido mudo á la última parte de la entrevista del tio y de la sobrina, y aunque durante ella sintió vehementes impulsos de apostrofar á García con frases inspiradas por la ira, su ruin corazon le aconsejó no interrumpir un dolor que le proporcionaba una bárbara complacencia.

Amelia permanecia de rodillas aun, como atontada por el cruel golpe que la habia herido. Una palabra cariñosa de Jorge habria abierto su corazon á la esperanza en aquel momento.

Pero Gomez era jugador, y está dicho todo.

Aproximóse á Amelia, levantóla del suelo, y con ese acento glacial, al cual es preferible la reconvencion ó la esplosion de la ira, la dijo:

—Haga V., señora, porque no vuelva á tener lugar otra escena de esta naturaleza.

Y se alejó del gabinete, murmurando mientras se dirigia á su estancia:

—Soy feliz... En dos dias me he libertado de un criado importuno y de un pariente insoportable... Estoy por decir que vale mas esto que copar con suerte una banca...

Pocos meses despues Amelia era madre.

Jorge no estuvo al lado de su esposa en aquel trance en que el cuadro del dolor de la mujer redobla los propósitos que por su felicidad hace el marido.

El de Amelia recibió la noticia en el momento que acababa de perder cinco onzas á un caballo de espadas. La emocion que sintió al pronunciar el nombre de hijo, apenas fué bastante para borrar la que le habia hecho sentir la pérdida de su dinero.

Dejó el juego de mala gana y pretestando una escusa torpe. La de la paternidad hubiera parecido ridícula á los señores tahures.

Y hubieran hecho muy bien en reirse de su compañero. ¿Qué título ni qué derecho tiene un jugador para ser buen padre?

Amelia hizo poner la noticia en conocimiento de su tio.

El anciano comerciante de Cádiz dejó sin contestacion la carta escrita en nombre de su sobrina.

Cuando la desgraciada jóven tuvo fuerzas para coger la pluma, escribió á su tio estas simples palabras:

«¡Soy madre!...»

Todas las personas sensibles comprenderán lo que quiere decir esta frase, cuyo laconismo vale mas que un tomo de consideraciones y una resma de súplicas.

Algunos dias despues recibió Amelia una carta de Cádiz. Su pecho se estremeció de alegría al ver la letra de su tio.

Leyó con la avidez del que abre su corazon á la esperanza; pero la carta se cayó de sus manos y dos gruesas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

En seguida corrió á la cuna donde se hallaba su hijo, y sin consideracion á su sueño, le despertó á fuerza de besos.

El niño entreabrió los labios y puso en ellos algo que los padres y las madres creen ser una sonrisa prematura.

Amelia cogió al tierno infante en sus brazos, y estrechándole contra su corazon, cual si temiera que habian de arrebatárselo, esclamó:

—¡Nunca! ¡Nunca sucederá eso!....

La carta de García se hallaba concebida en estos términos:

—«El dia en que te falte pan para tu hijo, no dudes de que su tio le servirá de padre.»

Aquella profecía era verdaderamente terrible.

Amelia comprendia que aquel caso podia sobrevenir, y se desesperaba al pensar que nadie entonces venderia un pan por precio de toda la sangre de una madre.

De repente le asaltó una idea que puso término á su angustioso estado.

El niño continuaba sonriendo.

Amelia recordó que su prevision maternal habia puesto á su hijo á cubierto, cuando menos de la miseria, y dijo orgullosa con justicia de sí misma:

—Soy una loca.. Sonrie, niño inocente, sonrie... A tí no te alcanzará semejante desdicha....

Y la jóven sonrió á su vez: era feliz como madre.

¿Qué le importaba á ella todo lo demás?...

Mientras tenia lugar esta escena espansiva del mas sublime amor,

Jorge perdia su última moneda en la casa de juego de la calle de la Montera.

Los banqueros sabian que Gomez era rico, y le abrieron un crédito garantido por su palabra de honor.

Si no hubiera honor entre jugadores, de fijo habria menos ruinas. Para que en todo sean los malditos del Señor, hasta la honra se vuelve contra ellos.

Warner contemplaba con secreto gozo la ruina de su amigo.

Porque la ruina conducia á la deshonra.

La boca del infierno estaba abierta y las uñas del diablo rozaban los cabellos del condenado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

TREINTA AÑOS;

ó

LA VIDA DE UN JUGADOR.

SEGUNDA PARTE.

EL FALSARIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dime con quien andas...

Nos hallamos con que han transcurrido mas de quince años desde los acontecimientos relatados últimamente : corre , por consecuencia, la época llamada generalmente de la dominacion francesa.

Una mañana el pueblo de Madrid se levantó de humor para habérselas con los estranjeros; pero como estos estaban regimentados, armados y disciplinados, y los españoles apenas tenian piedras con que defenderse , de ahí que el movimiento patriótico se convirtiera en sangrienta hecatombe, recordada á las generaciones posteriores por un obelisco levantado en el sitio que se llama Campo de la lealtad.

El fracaso de 2 de mayo habia puesto á los madrileños en el deber de apreciar su sangre , y no verterla en tentativas locas, porque la sangre de los españoles era de España y la patria vivia en cadenas.

Mas los franceses temian , y con razon , que la aparente tranquilidad del pueblo encubria algun plan destructor , y para alejar sus efectos empezaron á sospechar de todos y cada uno de los madrileños , y dieron con muchos de ellos en la cárcel , porque en la cárcel habia rejas y cerrojos, y un hombre encerrado entre cuatro paredes,

espiado y registrado de contínuo por sus carceleros, era mucho menos temible que en la calle, desde la cual podia hacer fuego detrás de un improvisado parapeto, ó en lo alto de los muros de una ciudad sitiada.

Las prisiones se hallaban, por lo tanto, atestadas de detenidos, y aumentaba el número de estos una caterva de gente perdida, que aprovechaba aquella ocasion en que el diablo andaba suelto, como vulgarmente se dice.

Pero la gran dificultad consistia en distinguir á los sospechosos de conspiracion y á los criminales ordinarios, es decir, á los que purgaban una virtud como pudieran purgar un vicio, y á los que por no aparecer con las deformidades del vicio, hacian gala de unas virtudes cívicas que estaban muy lejos de albergarse en su corazon.

Y como nadie en este mundo gusta de ser tan feo como es realmente, de ahí que los encarcelados por delitos ordinarios escondiesen su deformidad moral detrás de un mentido patriotismo, y todos se decian conspiradores para estar en la comunion y trato de las gentes honradas, con intenciones nada piadosas la mayor parte de las veces.

Entonces, como ahora, las cárceles de España distaban mucho de ser lo que debieran unos establecimientos de esta naturaleza: los presos se hallaban albergados sin clasificacion alguna, y era el primero de los castigos en mal hora impuestos á las personas honradas, el obligarlas al contacto de esos seres degradados que pegan la enfermedad de su corazon como un apestado la enfermedad de su cuerpo.

Nada habian puesto los sabios que estudian los sistemas penales, como nada han puesto posteriormente, para evitar el contagio: sin embargo lo que no divide el reglamento de una cárcel, lo divide el instinto de los encarcelados. En ningun paraje como en una prision puede aplicarse el refran: dime con quien andas y te diré quien eres.

Veamos, en corroboracion de esta verdad, lo que está pasando en el interior de la cárcel de corte de la coronada villa de Madrid. Hay en este recinto estrechos y mal ventilados corredores, por los cuales se penetra á los calabozos de los presos que satisfacen un precio por no hallarse confundidos con la hez de la sociedad que puebla los pa-

tios: en nuestras cárceles no hay division de crímenes, pero si la hay de criminales: estos se dividen en ricos y pobres.

Los corredores que decimos sirven durante el dia de punto de reunion á los presos, paseos sin sol y sin ventilacion, que tienen por firmamento un techo al que se alcanza con la mano, y por horizonte una reja de gruesos barrotes, que apenas da paso al aire mefítico que en tales sitios se respira.

Los encarcelados forman corros y parejas durante el dia, pasean de estremo á estremo aquel recinto que es interinamente todo su mundo, y nunca falta un decidor ó narrador de aventuras que entretenga el prolongado ocio de sus compañeros de cautividad, haciendo asomar á sus labios una sonrisa que no está ciertamente en consonancia con los sentimientos de su corazon. Cuando llega la noche, los presos son trasladados á sus respectivos calabozos, porque llega la hora del reposo ó descanso. ¡Qué grande equivocacion! Reposo, descanso, un criminal en la soledad y el silencio... ¡Imposible! La soledad es fecunda en fantasmas que toman gigantescas proporciones ante los ojos de la conciencia intranquila; el silencio tiene ayes para los oidos de los que cuentan víctimas, tiene maldiciones que estallan sobre la cabeza del que se ha rebelado contra el Señor y sus criaturas.

El dia en las cárceles es triste, largo, monótono; la noche es horrible: el dia es el disgusto, la noche es la conciencia.

Un estudio de las facciones de los presos, pondria de manifiesto durante el dia sus esperanzas y durante la noche sus temores. Mas como quiera que no sea este libro una disertacion sobre sistemas penitenciarios, vamos á describir lo que pasa en la cárcel de corte de Madrid, sin meternos en honduras de lo que debiera pasar.

Y lo que pasa es lo siguiente:

Junto á una de las rejas que iluminan el corredor por donde se pasean los presos, se hallan dos personajes que llaman la atencion aun en medio de aquellos grupos de gente *non sancta*, prescindiendo de los encarcelados por razon de su patriotismo, los cuales traen impreso en su semblante ese sello especial de dignidad y fiereza que el despotismo no puede humillar, ni aun la misma desdicha vencer.

Los dos personajes á quienes nos referimos ofrecen en sus fisono-

mias rasgos diametralmente opuestos, y aunque el traje de entrambos denota que uno y otro viven en una misma sociedad, sin embargo pertenecen indudablemente á dos géneros distintos de sus enemigos. La primera desigualdad que en ellos se observa es la de la edad, pues el uno apenas contará veinte y cinco años, mientras el otro ha cumplido á buen seguro los cuarenta; pero el semblante del mas jóven representa el triunfo del vicio sobre el organismo físico; y el del mas entrado en años representa la resistencia del vigor natural contra el estrago de las pasiones. Estas se revelan en él por medio de ciertos rasgos fisionómicos sumamente enérgicos, surcos que han dado al semblante una dureza reñida con la elegancia de los modales del preso: su compañero por el contrario, tiene ese color especial del ser carcomido rápidamente por el vicio, secreto de la tísis pulmonar que traspira á la vista de todo aquel que no es el paciente de ese horrible mal. Una tos seca y sin rumor levanta frecuentemente su pecho; un círculo morado en torno del ojo quita gran parte de vivacidad á su mirada, su labio delgado y descolorido se halla caido lo bastante para dejar descubierta una dentadura sin esmalte, rota, despoblada y carbonizada por el cigarro. Es un jóven viejo, una de esas criaturas que consumen en cinco ó seis años la sávia de toda una vida; seres desgraciados que caminan hácia la muerte empujados por el afan del goce, que es el suicidio del hombre. Esa criatura desventurada se llama D. Antonio Ardilla, quien se encuentra en la cárcel acusado de falsario.

Su interlocutor es nuestro antiguo conocido D. Cárlos Varner.

Nuestros lectores querrán conocer sin duda el delito que espia en tales sitios el titulado caballero: esto es lo que nadie sabe á punto fijo. El supone que sus opiniones antinapoleónicas le han conducido á la cárcel; pero lo cierto es que los presos por sus opiniones políticas contrarias á la dominacion francesa, se recatan de D. Cárlos y jamás se comunican sus pensamientos en presencia de él. Con razon ó sin ella murmurase de Varner entre los presos, y no falta quien diga al oido de algun amigo de confianza, que pertenece á la impura raza de los renegados y que el gobierno le tiene en aquel sitio para espiar la conducta de los demás presos políticos.

Lo cierto es que Varner entró en la cárcel con todos los síntomas

CAPITULO II.

La huronera.

Hay en todos los grandes centros de poblacion, y especialmente en todas las córtes, ciertos barrios que constituyen la vivienda esclusiva de las gentes cuya existencia ó es un ataque contínuo á las leyes ó un logogrifo social.

Cuando el observador visita esos barrios, se le figura que sus moradores han sido arrojados á ellos por las encrispadas olas del mundo conmovido por las pasiones, bien así como las olas del mar, cada vez que son azotadas por la tempestad, arrojan á la playa los despojos de las flotantes poblaciones que han perecido en la borrasca.

Es una sociedad especial que vive dentro de otra sociedad; es una villa encajada dentro de otra villa, es un pueblo que tiene leyes y costumbres especiales, es un estado con fronteras reconocidas, que generalmente lindan parte con los tribunales de justicia y parte con los campos de las ejecuciones capitales.

De tarde en tarde, cuando los estados sienten terribles convulsiones y la anarquía pasea por las ciudades la tea que destruye en un dia el fruto del trabajo de muchos siglos, esos barrios especiales vomitan, por decirlo así, hombres y mujeres de una raza desconocida, tipos que no pertenecen á provincia alguna, seres que al parecer deben habitar debajo de tierra durante los períodos de tranquilidad, y que suben á la su-

perficie en aquellas ocasiones dadas, como los insectos despues de los aguaceros, como ciertas yerbas despues del entierro de los cadáveres.

Modernamente han tendido los gobiernos á la destruccion de esos focos corrompidos, creyendo que el modo de esterminar á las fieras era acabar con sus guaridas; y bajo este concepto hemos visto levantarse las mejores calles de la capital de Francia sobre las ruinas de aquel París hediondo, laberíntico, que se llamaba la *cité*, dentro de cuyo ámbito hasta los polizontes mas diestros corrian peligro de ser burlados por los infinitos tomadores del dos que se disputaban las víctimas como dos litigantes de buena fe podrian disputarse una herencia.

Desgraciadamente, en todos tiempos, ha sido imposible comprender á todos los habitantes de esos barrios en un mismo anatema.

La miseria y el delito han tenido que dormir muchas veces bajo un mismo techo, y no hay que decir cuan innumerables deben haber sido las víctimas del contagio. Los hombres honrados y los vagos, la viuda honesta y la meretriz impura, el esposo cargado de familia y el bandido cargado de delitos, han sido, harto amenudo por desgracia, nivelados por la terrible ley de la necesidad, ante la cual no cabe mas defensa contra el delito que un trabajo durísimo que muchas veces destruye el cuerpo, ó el suicidio que es la muerte del alma.

Madrid es uno de los pueblos en que mas se observa esa mescolanza funesta: los llamados barrios bajos surten por completo de víctimas resignadas á la sociedad y de presas á la ley.

La dificultad consiste en hallar medios para establecer las distinciones que en justicia son debidas.

Figúrense nuestros lectores una red de calles anchas ó estrechas, cuyas casas revelan desde luego que el dueño de ellas no se arriesga á un reconocimiento personal que podria ser perjudicial á su deseo de pasar el resto de la vida en paz y en gracia de Dios, aspiracion sumamente lógica y típica de la respetable clase de los propietarios. Durante las horas del medio dia el sol baña las paredes de aquellas casas, y entabla una lucha desesperada para desinfectar aquellas calles, en que el lodo se ha hecho endémico y los aires sutiles del invierno no bastan para desterrar los miasmas del verano.

La poblacion de esos barrios aprovecha aquellas horas de sol, combustible de los pobres, y se recuesta contra las paredes con esa negligencia especial del que huelga, sea por fuerza, sea por voluntad.

Los niños de ambos sexos juegan en el arroyo y crecen como los patos en el fango: si tienen madre, no les falta que comer una vez al dia, bueno ó malo; si no la tienen, quedan abandonados á la misericordia de Dios, y como nadie se ha encargado de darles á entender que el Señor nunca permite que sus criaturas mueran de hambre, cuando tienen mas apetito que medios de satisfacerlo, obran por instinto y hacen lo que las bestias, roban lo que necesitan. Ya está dado el primer paso: era el mas difícil. Los demás hasta el patíbulo vendrán naturalmente.

Viene la noche, que en tales sitios llega con una hora de anticipacion, y unos mochuelos se van á sus olivos, y otros, por el contrario, tienden el vuelo fuera del suyo. La revendedora de fruta averiada y verduras que parecen de papel recortado y mojado, toma posesion de la portería, y ve pasar delante de su húmeda cueva á las ninfas de pintadas mejillas que habitan el cuarto bajo y que van á pasear su desvergüenza por las calles de Madrid, ostentando sus pingajos de alquiler y su belleza artificial, á los ojos hinchados de algun ébrio. Detrás de esas infelices criaturas descienden y atraviesan la portería los inquilinos del cuarto segundo, que tienen toda su fortuna en la punta de los dedos y la agena en las ganzuas y llaves maestras que se chocan dentro de las faltriqueras: es una familia entera cuyos individuos todos se dedican á adquirir lo ageno contra la voluntad de su dueño: los hijos de poca edad se dedican al menudeo; el padre y la gente de barbas consuman los grandes golpes. En pos de esos desgraciados, cuando el silencio vuelve á reinar en la escalera, atraviesan el portal, aprovechando las sombras que en él reinan, los habitantes de la buhardilla, que suspendida una lágrima en sus párpados, vuelven el rostro y estienden una mano trémula y demacrada, cada vez que oyen resonar sobre el pavimento de la calle el taconeo de unas botas de charol, ó crujir el raso de la falda de una gran dama.

En cuanto al piso principal jamás es desamparado de sus inquilinos: dicen que en él yace encerrada una fiera espantosa, que se

alimenta de los despojos que la arrojan el vicio y la miseria, que por distintos caminos vienen á llamar á una misma puerta. Está habitado por un usurero.

Hé aquí la fisonomía que presentan esos barrios: un solo acontecimiento les hace quedar desiertos casi del todo: ese acontecimiento es la ejecucion de algun reo, que generalmente ha sido aprehendido en alguna de las casas que hemos descrito. Cuando acontece alguna de esas calamidades sociales, la gente de los barrios bajos se halla perfectamente enterada de la biografía de la víctima, y en tropel acude á despedirla para redactar luego las últimas líneas de su lúgubre historia, que de vez en cuando se trasmite por tradicion, no para escarmiento sino para estímulo de las generaciones futuras. ¡Cuánto da que pensar el atraso de un pueblo que así se porta!...

Ahora bien, cuando Varner salió de la cárcel y despues que hubo leido la carta de Jorge Gomez en la plaza mayor, se dirigió á esos míseros barrios por la calle de Toledo, atravesando despues la plaza de la Cebada, célebre por ser la de las ejecuciones de muerte, y aun no purificada con la sangre de Riego y algunos otros mártires de la política, á quienes se quiso afrentar con el patíbulo, no apercibiéndose sus enemigos de que hay escaleras que, por conducir á la horca, conducen á la inmortalidad.

En llegando á la plazuela de la Cebada, puede decirse que empiezan los barrios que antes hemos descrito.

Desde ella llegó Varner á un punto verdaderamente notable en Madrid: ese punto se llama el Rastro.

El Rastro ha sido en otro tiempo una cosa tan típica de los barrios bajos de Madrid, como el Temple lo era de la *Cité* en la capital de Francia. Sin embargo, el aspecto distaba mucho de ser análogo ó parecido.

En el Temple se concibe que haya compradores porque hay algo que comprar, y el que sepa vestir ropas de dudosa procedencia ó no retroceda ante la idea de sustituir á un tísico en el uso de sus vestidos, ó no trate de averiguar si al adquirir tal ó cual mueble aumenta el número de los cohabitantes de su casa, puede estar seguro de que á muy buen precio encontrará en el Temple cuanto exige la necesidad y aun cuanto puede solicitar un apremiante capricho.

Pero en el Rastro nada de eso acontece: el ojo mas perspicaz y el deseo mas fácil de contentar, buscan vanamente entre los objetos desparramados por el suelo, ó revueltos encima de mesas cojas, ó colgado á la puerta de algunos miserables tenduchos, algun objeto que llame la atencion por su estado aprovechable : es un problema estraño y difícil de resolver, un modo de vivir de los que á primera vista no puede dar de que vivir, un estudio constante acerca los usos á que pueden destinarse los objetos que no tienen uso alguno conocido.

Y sin embargo, ello es que en el Rastro hay un comercio activo, contínuo; que se compra y se vende incesantemente, y lo mas asombroso, que á espensas de esas compras y de esas ventas se levantan pingües fortunas, y que tal comerciante de andrajos y fierro viejo vive en el Rastro, que no cambiaria su caja por la de mas de cuatro almacenistas de la calle de Espoz y Mina, cuyos aparadores llenos de sedas de Lion, cachemiras de la India y encajes de Inglaterra, son un atentado no interrumpido contra la virtud de ciertas mujeres y el bolsillo de ciertos maridos.

Y es lo mas grande que en el Rastro se venden los objetos á un precio fabulosamente barato. ¿Por qué precio los habrán comprado los vendedores?... Muy sencillo de contestar : al precio del hambre de unos hijos, la enfermedad de un esposo, la muerte de un ser querido en la familia ; ó lo que es peor tal vez, al precio de un delito que se purga con la infamia. Si posible fuera averiguar la procedencia de todos y cada uno de los objetos que en el Rastro se espenden , de fijo habria material de sobra para escribir muchos tomos que arrancarian á los hombres humanitarios muchas lágrimas, como han arrancado á la sociedad mucha sangre.

Todas las prendas espuestas en el Rastro á la vista anhelante de aquel que en todo carece de lo preciso, pudieran traer un letrero con estas palabras : adquiridas por la usura.

¡La usura!... Hé aquí la segunda pobreza de los pobres. Y con todo, nadie aparenta reparar en la fiera por mas que esta se ponga de manifiesto al público un dia y otro dia, y se anuncie su existencia, prohibida por la ley, con la misma fastuosidad que empleara un domador para esponer la mas completa menageria. Los que pudieran y debieran evitar el daño, cierran los ojos para no verle, y la usura libre

de trabas, sale al paso del necesitado, y le devora sin lucha, impunemente. Recorred las calles de los grandes centros de poblacion, y hallareis en cada esquina multitud de anuncios en que se ofrece dinero á préstamo, y el escándalo llega al estremo de multiplicar estos cebos en las puertas de los montes de piedad, como si hubiera la deliberada intencion de desviar los pasos de aquellos que acuden por dinero allí donde la ley, protegiendo á la filantropía, cierra las puertas al escándalo usurario.

Dejad, dejad, los titulados hombres de gobierno, que la usura agote los últimos recursos de los pobres: cuando una clase entera se encuentre ser víctima de la desidia de aquellos que tenian obligacion de velar por ella ¿á qué escesos no podrá llevarla el derecho que á la vida tienen los ricos y los pobres?

Discúlpennos esta digresion nuestros lectores: no aspiramos al título de filósofos socialistas ó humanitarios: muchos hay que con mejor derecho le solicitan; pero creemos que el escritor público, siquiera sea en una novela, debe aprovechar todas las ocasiones que se le presentan para consignar una verdad; porque, aun cuando esta no fuese nueva, las verdades sociales, como el catecismo, nunca se entiende bastante, nunca se saben como se debe.

Volviendo ahora á nuestra narracion, recordamos á nuestros lectores que Varner se encuentra en el Rastro de Madrid, donde la aparicion de un caballero, siquiera lo sea simplemente por su traje, pone en conmocion á toda la clase de curros y manolas que se preparan á esgrimir la sin hueso, instrumento cortante como una espada de Toledo y punzante como un florete de Solingen.

El tipo de la manola se ha estinguido en pocos años: los que le alcanzaron á conocer, recuerdan el peligro que corria el personaje que se introducia en los barrios bajos de Madrid, peligro que arrostró Varner, haciendo los oidos sordos á la rociada de pullas que de todas las puertas y puestos de vender llovieron sobre el que tenia el gran defecto de ser lo que entre tales gentes se llama *un señor*....

D. Cárlos iba directamente en busca de una casa dada, segun la constancia con que examinaba la numeracion, hasta que por último se detuvo junto al portal de una escalerilla, que á guisa de corredor fangoso, conducia á un fondo envuelto en las tinieblas de la noche,

á pesar de ser la hora en que mas esplendente brilla el astro del dia.

De aquella escalerilla se exhalaba un olor nauseabundo, fuerte, húmedo, que hubiera hecho retroceder á la persona menos delicada, y que dejó por un momento indeciso á Varner, que en medio de sus vicios, y por consecuencia de ellos tal vez, conservaba unos instintos sibaríticamente aristocráticos.

Nuestro caballero se decidió al fin, de buena ó de mala gana, á penetrar en el interior de aquella lóbrega habitacion, y á tientas puso el pié en el primer peldaño de una escalera bastante desmoronada, agarrándose á una barandilla de cuerda que la humedad habia podrido hacia ya mucho tiempo.

Cada vez que terminaba un nuevo tramo, deteníase Varner para tentar las paredes y dar con la puerta de los cuartos; operacion larga y un poco pesada, pues las paredes no estaban todo lo limpias que hubiera deseado D. Cárlos. Últimamente golpeó este una de aquellas y se detuvo: sin duda habia llegado al término de su viaje.

Abrieron el ventanillo por la parte interior y probablemente tuvo lugar un reconocimiento bien inútil, porque era imposible descubrir cuerpo alguno entre las sombras de la escalera.

Lo mas probable es que Varner debió pronunciar algun nombre ó hacer alguna seña de antemano convenida, pues la puerta giró sobre sus ejes, apareciendo una moza de servicio bastante agraciada y digna quizás de ostentar su personal en sitios de mayor lucimiento.

A la vista del caballero hizo la muchacha estremos de alegría y le colmó de parabienes, que hubieran parecido muy espontáneos si por un movimiento típico de las mozas de servicio y de los lacayos, no hubiese estendido la mano en direccion al felicitado, que por esta vez tenia razones muy poderosas para hacerse el desentendido.

Esta conducta produjo un efecto bastante sensible en la alegria de la muchacha, que empezó á mirar á D. Cárlos con ojos bastante foscos y á contestar con bastante impertinencia á las preguntas del caballero.

—¡Ea!—dijo este en tono imperioso—contesta si tu ama está ó no en casa: pronuncia una palabra gratis, siquiera sea por primera vez en tu vida.

—Miren el dadivoso... Y para esto he tenido yo una satisfaccion al ver que le habian sacado de la *cangri*.....

—Menos simpatías y mas claridad, muchacha.

—Vaya si está... ¿Cuándo no está mi ama en casa para V.? Entre V., señor; pero si cree que por el camino se le ha caido á V. algun doblon de á ocho, sepa que no ha sido en esta casa.

Varner no necesitaba entrar en discusion con una fregona interesada y desagradecida: dejóla, pues, con la palabra en la boca, y echando á andar por uno de esos estrechos y largos corredores esenciales en la arquitectura madrileña, empujó una puerta y penetró en la estancia principal de la casa. Tenia este aposento un balcon que daba á la calle; pero la suciedad de sus cristales era tal, que sin necesidad de cortinillas impedia el paso á las miradas de los curiosos, y aun á las del sol, que es mas decir.

Por aquel entonces era desconocida la fabricacion de papeles pintados, y en consecuencia no habia un medio económico para sustituir á la pintura en las viviendas de poco precio, circunstancia que aun cuando las diera un aspecto de mayor desnudez, en cambio evitaba que los girones del tapizado denunciasen la desidia del inquilino y que en los huecos del papel se guarecieran ciertos animaluchos, que si fueron conservados en el arca de Noé, sea dicho con franqueza que el constructor del arca se acreditó de muy mal gusto. La cal de las paredes desaparecia á trechos debajo de algunas estampas ordinarias de santos pegados con engrudo, y gran número de pingajos colgados de algunos clavos; prendas pertenecientes á todas las edades y sexos, pero todas tan deslucidas, tan rotas y mal cuidadas, que difícilmente pudiera escogerse entre ellas la peor de todas.

Las pocas sillas que habia en el cuarto sustentaban asimismo algunos lios de ropa, y hasta en los rincones se hallaban amontonadas diversas prendas tratadas sin compasion y á las cuales era imposible, tal era la confusion de su hacinamiento, fijar calidad, hechura ó uso para que primitivamente fueran destinadas.

En el centro habia una mesa antigua: las orugas la habian tomado por suya y hacian á sus piernas el favor de aligerarlas el peso de la madera. Al lado de esa mesa se hallaba sentada una mujer, que con una mano acariciaba la cabeza de un perro viejo, sucio, feo y gruñon,

y con la otra el cuello de una botella de aguardiente, cuyo olor alcohólico se ha propagado en toda la estancia.

La cabeza de esa mujer cae á menudo sobre su pecho con esa pesadez propia de la persona embriagada, que no parece sino que se desequilibra á impulso de un gran peso que gravita sobre su frente. El cuerpo es obeso, el color del semblante pálido en unos puntos, encendido en otros; el cabello escaso en la parte superior de la cabeza, el ojo vidrioso, los dientes negros y no completos, las manos rústicas, el traje desaliñado.

Es el cuadro de la vejez prematura; la vejez del vicio.

Cuadro aflictivo cuando es representado por un hombre; repugnante cuando lo representa una mujer.

Cuanta mayor es la ilusion que nos formamos acerca la pureza de las criaturas, tanto mas su degradacion nos conmueve, su embrutecimiento nos lastima.

La dama del Rastro era para inspirar disgusto y compasion á cualquiera otro que no fuese D. Carlos Varner. En este produjo un poco de lo primero y nada de lo segundo. Sentóse sin ceremonia alguna, y despues de haber contemplado con cierto desprecio á la dueña de la casa, hizo un gesto de resignacion, y dijo:

—Ea, Curra, aquí me tienes ya de vuelta: supongo que esta noticia te alegrará no poco.

Curra era el nombre de aquella mujer medio aletargada por los licores: los que han leido la primera parte de este libro tendrán presente sin duda, que igual se llamaba cierta dama de la calle de Hortaleza, que quince años antes arrellanaba los restos de su belleza en cómodos sillones y sofás de capricho. Entonces se hacia llamar doña María de las Mercedes viuda de Alcázar, y se dedicaba al lucrativo comercio de empeñar alhajas y comprar efectos de dudosa procedencia.

Muy cambiada se encuentra la pobre mujer... El vicio deja generalmente huellas mas terribles en el cuerpo de las mujeres que en el de los hombres: Varner era aun casi un buen mozo, y su querida antigua habia perdido el último atractivo que puede tener una dama. Muerto su espíritu casi al mismo tiempo que su belleza, Curra hizo lo que hacen todas las mujeres que en su juventud han llevado una vida licenciosa, cuando llegan á viejas, cosa que no aconte-

ce muy á menudo: cifró el apenas tibio afecto que dentro de su pecho quedaba, en un animal doméstico y en las bebidas fuertes, que tienen para esas desgraciadas el aliciente de hacer olvidar el pasado.

Cuando Curra oyó la voz de D. Carlos pareció á primera vista salir del sopor que la embargaba: era como el eco de una música que en otro tiempo recreó nuestros oidos y que vuelve á resonar en ellos en época de desgracia.

Pasó la mujer una mano pesada por sus ojos entorpecidos, y contempló á Varner que espiaba con avidez la impresion que producian sus palabras. Curra examinó detenidamente al recien llegado, y le reconoció sin duda.

Llenó de licor un vaso, y aproximándolo á los labios, bebió la mitad del contenido, diciendo:

—A tu salud...

Luego estendió el brazo, presentó el licor á D. Carlos, y haciéndole una mueca muy grosera, prosiguió:

—Bebe á la mia, pichon...

Varner humedeció sus labios en el aguardiente y pasó de mala gana algunas gotas: hasta entonces habia pertenecido al vicio aristocrático: habia jugado en alfombrados salones, habia apagado su sed en espumoso vino de Champagne ó en verdoso néctar de las orillas del Rhin, y su gusto refinado le alejaba instintivamente de la orgía grosera de la embriaguez, producida por un licor que desuella el paladar y se sirve en un mismo vaso para todos los borrachos.

Pero nuestro caballero llevaria sin duda su plan concertado, y en este plan no debia entrar el melindre ni el refinamiento del sibaritismo. Brindó, bebió, y lo que es mas, hizo ademan de mandar un beso á aquella especie de marimacho cuya escamosa piel habia de ofender por fuerza los labios de toda persona semi-delicada.

—¿Estás contenta así?—preguntó D. Carlos.

—Mucho..,—contestó Curra, no pudiendo resistir el desequilibrio de su cabeza.

—Ya ves; mi primera visita, apenas he recobrado la libertad, ha sido para tí. Para que digas que no te tengo presente.....

Esto es lo que mas sentia nuestro caballero: pero hay algo superior á la voluntad de los malos, y es la necesidad de los viciosos.

D. Carlos habia meditado un plan, y era hombre que se dirigia al fin sin reparar en los medios.

Curra tenia recibidos muchos desaires de aquel hombre, cuyo amor la habia encadenado en otro tiempo al capricho del jugador, y Dios la habia castigado reduciéndola al triste estado en que la encontramos, bien distinto por cierto de aquel en que la vimos un dia. Pero en medio de su embotamiento conservaba la antigua y opulenta encubridora cierto instinto de afeccion hácia el hombre que se habia servido de ella como de un instrumento, que por desgracia no se habia desprendido aun del todo de sus manos.

Así fué que sin hacer gran caso de la falsa melosidad de las palabras de Varner, contestóle:

—Muy amable te muestras conmigo, Carlos... ¿Qué es lo que necesitarás de mí?

La pregunta era harto directa para que Varner pudiera hacerse el desentendido, ni estaba tampoco el caballero de humor para entretenerse en galantear á una matrona de aquella índole y de aquella facha. Si su intencion era conocida, tanto mejor para él: se le evitaban rodeos, y sobre todo mentiras que le repugnaban. Estaba acostumbrado á tirar el dinero, y por esto nunca le dió tanto valor como era necesario para requebrar con mentidos amores á un ser que habia degenerado á tan repugnante. Se limitó, pues, á contestar:

—Necesito de tí lo mismo que he necesitado siempre.

—Dinero.....

—Pues... Salgo de un paraje en donde se consume y no se produce; necesito fondos y vengo á que me los prestes.

—En otro tiempo hubieras dicho: vengo á que me los des.

—Los tiempos cambian... El amor pasa.....

—Y el dinero se acaba; es muy cierto.

—Pero queda la amistad, pasion mas duradera porque es menos intensa. Lo que mucho quema, destruye pronto.

—Por esto sin duda el fuego de tu antiguo amor destruyó mis caudales, hasta el estremo de que hoy por hoy no puedo prestarte un solo real para sacarte de los apuros en que te encuentras.

—Con que ¿tanto han mermado tus fondos? Parece imposible.... ¿Qué se han hecho, Curra, aquellos tiempos en que tu casa resplan-

decia con el brillo de las alhajas que todos los perdidosos depositaban en ella?

Curra paseó la mirada por los andrajos que colgaban de las paredes, y dijo:

—Ya lo ves: la opulenta dama de la calle de Hortaleza se ha convertido en una mezquina prestamista del Rastro.

—Con que ¿no hay recursos para mí?...

—Puedes escoger de esos pingajos los que mas te acomoden, pero dudo que vendiéndolos todos juntos á un prendero, te den para cenar una sola noche con la opulencia de otros tiempos.

—No me convienen tus proposiciones, Curra; pero aun así quiero demostrarte que la amistad sirve de algo en este mundo. Veo que no puedo ser tu deudor; pues bien, asociémonos, y de seguro uno y otro tocaremos pronto los resultados.

La prestamista prestó atento oido cuando oyó hablar á Varner de esta manera: se habia convertido en usurera de mala ley y tenia motivos para saber que su antiguo amante era el hombre mas á propósito para proporcionarla parroquianos de aquellos que no reparan en el interés del dinero, como puedan satisfacer por un dia mas su pasion por el juego, base principal de todas las operaciones usurarias.

—Con que, lo que tú me propones es una sociedad... Asociémonos en buen hora.

—Hagámonos cuenta de que ya estamos asociados—dijo D. Carlos alegremente.—A ver; que me traigan un vaso para celebrar esta alianza de dos potencias invencibles.

Y llamando en voz alta á la criada, se hizo servir lo que le hacia falta, empleando ese tono imperioso propio del que manda en casa ajena. Cuando se encontró de nuevo frente á frente y á solas con Curra, dijo:

—Vamos á nuestro asunto, y ante todo prometámonos plena confianza y fidelidad.

La usurera hizo con la cabeza una señal afirmativa, cosa muy fácil porque aquella se le caia sobre el pecho con una frecuencia y obstinacion propias del influjo alcohólico.

—Ante todo debo prevenirte—prosiguió Varner—que yo no soy de aquellos que se dejan engañar por la apariencia: ni el lujo supo-

ne siempre riqueza, ni la desnudez miseria. Debajo de esos harapos con que ofendes la vista de los que vienen á visitarte y que no tentarian la codicia del mas contentadizo ratero, puede esconderse muy bien el secreto donde tengas guardado el tesoro que únicamente contemplarás de noche, cerradas las puertas, oculta la luz, temblando al simple rumor leve de tu propio aliento.

Curra palideció visiblemente y no pudo ocultar las muestras de su inquietud.

—Yo no poseo tesoro alguno: buenos son estos barrios para que no me lo robasen...

Varner sonrió satisfecho de la prueba: tenia la íntima seguridad de que el tesoro, mas ó menos grande, existia realmente.

—No te inquietes—dijo—socia mia, aliada mia, esperanza mia: vengo de paz y no trato de penetrar secretos que buenamente no se me descubren. Mas de la misma suerte que un guiñapo puede ocultar un tesoro, muchas veces una caja de hierro no cierra otra cosa que las esperanzas desvanecidas y los desencantos de un banquero arruinado. Entonces se apela al crédito, y merced á unos cuantos miles, se rehabilita una casa, se conjura la borrasca y se labra de nuevo una fortuna.

La usurera escuchaba á Varner sin entender gran cosa de su discurso.

—Dígote francamente—balbuceó—que no comprendo una palabra de lo que me estás esplicando.

—Lo entenderás luego. En el caso que últimamente he supuesto, lo que mas importa es el sigilo, la discrecion; circunstancias por las cuales se satisface otro tanto interés que por las cantidades realmente recibidas. Supongamos ahora que yo hallo á mano uno de esos hombres á quienes conviene indispensablemente mantener su reputacion de grandes capitalistas: ese hombre tiene fincas en Madrid, cortijos en Andalucía, bosques en Toledo... pero no tiene metálico en caja.

—Ese hombre encontrará dinero hipotecando cualquiera de sus propiedades.

—Es mucha verdad, y encontrará dinero á un interés mínimo, legal, á tres por ciento. Pero esta operacion no nos conviene á nosotros ni á él tampoco; porque las escrituras públicas se hacen públicas

luego, y un comerciante que hipoteca sus bienes, pone un anuncio diciendo que sus negocios van de mal en peor; y por consecuencia ninguno de sus colegas le dispensa la menor confianza; se le presentan cuentas, se le retiran fondos, en una palabra, se le arruina como comerciante y hasta como propietario, si ha tenido la fortuna de serlo.

—Entonces ¿qué recurso le queda? ¿Se arroja al Manzanares?

—Ni por pienso. Transige simplemente con su situacion, y sacrifica su orgullo.

—¿De qué manera?

—Vas á saberlo. Despues de una noche de insomnio, salta del lecho formado el siguiente cálculo. En un sitio apartado de Madrid existen algunos hombres que nunca frecuentan los salones de la aristocracia, que nunca se cruzan por la calle con nuestros carruajes, que no cambian palabras con nuestros amigos, que hasta hablan un lenguaje distinto del nuestro. Pues bien, ninguno como ellos guardará un secreto, ó mejor dicho, nadie se rozará con ellos para descubrir lo que yo tengo un interés en ocultar. ¿A quién se le ocurre que un hombre de mi linaje pueda haber descendido hasta unos seres tan...

—Tan despreciables: puedes pronunciar esta palabra sin temor alguno. ¿Y luego?

—Luego se busca una persona intermediaria entre el banquero que necesita un capital, y el desconocido usurero del Rastro que oculta dentro de una covacha inmunda su tesoro, y que al ser requerido para que haga un préstamo al opulento personaje de la calle de Carretas, echa consigo mismo la cuenta siguiente: si los préstamos con escritura pública se verifican al tres por ciento, los préstamos con pagaré, que tienen diez veces menos de seguridad, pueden y deben verificarse á un interés diez veces mayor. Tenemos un treinta, pero como no se me pide simplemente dinero, sino que además del dinero se me pide discrecion y sumo secreto, mediante cuyas circunstancias se sostendrá el crédito de un grande establecimiento, no es capitalizar gran cosa aquellas dos virtudes si las estimo en otro tanto que el dinero mismo. De suerte que en conciencia puedo pedir sesenta por ciento de interés para mi dinero. Y lo pide... y se lo dan... y en verdad que el negocio vale la pena...

—No mucho—dijo Curra con cierto desden.—En el Rastro, prestar al sesenta por ciento es un rasgo de abnegacion de que encontraríamos rarísimos ejemplos.

—Mucha... Cuando se trata de prestar dos reales por un par de zapatos viejos á un infeliz que mañana se helará por los piés, ó un duro por un colchon tísico empapado en el sudor de la agonía de tres generaciones. Menudencias despreciables, mediante las cuales se adquieren tantas maldiciones como reales se prestan.

—No siempre son menudencias: el Rastro es el gran depósito de las prendas y géneros de ocasion...

—Cuya compra ó empeño conduce frecuentemente á la cárcel. ¿Dónde conservas la memoria, Curra? ¿Has olvidado que hace quince años te costó muy cara una de esas que tú llamas ocasiones?

El semblante de la prestamista hizo súbitamente un cambio cual si la tristeza hubiera estendido un velo sobre él: el recuerdo evocado por Varner debia serle muy penoso, porque Curra habia llegado á uno de aquellos períodos de abyeccion en que la dignidad de la mujer ya no responde de las escitaciones de las memorias del tiempo pasado.

—Hace quince años—dijo con voz sorda—todo era opulencia en torno mio: los que la corte llamaba cumplidos caballeros llamaban frecuentemente á las puertas de mi casa, y esta resplandecia con las joyas que el vicio de los opulentos les obligaba á depositar en ella. Entonces un jóven gallardo recreaba mi oido con frases galantes, y yo, la mujer sin corazon para los demás, sentia un placer estraño en arrastrarme á los piés de aquel vencedor mio... ¿Te acuerdas, Carlos, te acuerdas?... ¡Oh! yo me acuerdo á pesar mio, y ese recuerdo es mi mayor tormento. Por esto quiero olvidar, por esto ahogo la memoria en el licor que hace perder la cabeza... Olvido, olvido, olvido á toda costa.

Y la infeliz apuró un vaso de aguardiente, que instantáneamente encendió sus mejillas é hizo brillar sus ojos con una llama fugaz. Varner recapacitó algunos momentos: aquel arranque de Curra imprimia, á no dudarlo, nueva direccion á sus ideas.

—Y despues que saliste de la cárcel—dijo—¿no te han vuelto á asaltar tus antiguas aspiraciones de gran señora?

Por toda respuesta la prestamista prorumpió en una carcajada lúgubre.

—¿De qué te ries?—preguntó D. Carlos—¿Crees que el dinero no es suficiente para deslumbrar los ojos de los que quisieran escudriñar tu pasado?

—¿Y quién te ha dicho que yo era dueña de esos tesoros que deslumbran hasta el punto de hacer invisible la verdad?

—Repito, Curra, por tercera vez, que no he venido á descubrir por fuerza lo que buenamente no se me quiera decir. Me basta saber que hubo un tiempo en que nuestra alianza produjo á entrambos escelentes resultados.

—Es que nos unia á entrambos el lazo del amor...—hizo presente con amargura la prestamista.

—Ni uno ni otro estamos en el caso de acordarnos de nuestras locuras juveniles, y mucho menos de repetirlas. Pero no le hace: sustituyamos al amor el interés. ¿Deseas recobrar tu esplendor pasado? ¿Quieres volver á ser la potencia que domina á la turba de aquellos que pasean su orgullo por Madrid en carroza blasonada? En una palabra ¿eres ambiciosa?

Curra hizo una mueca estraña: las proposiciones de Varner la tentaban indudablemente; pero su alegría no se tradujo en ningun rasgo característico de espansion, antes bien esperimentó un movimiento galvánico de crispatura.

Varner, que espiaba ávidamente estas sensaciones, repitió su pregunta.

—¿Eres ambiciosa?

—Ambiciosa no—respondió temblando la repugnante dama—codiciosa sí.

—¿Tienes confianza en mí? Yo haré que el oro de tus gabetas suba como la espuma del mar.

—Las olas del mar se aplacan, y de la tempestad que las encrespó, apenas queda el céfiro que las riza.

—Pero al aplacarse han engullido ya los despojos de cuantos las surcaban. En fin, yo necesito dinero para satisfacer mis pasiones y tú lo mismo: no quiero pedírtelo y te doy ocasion para que lo adquiramos juntamente. Si mis proposiciones no te acomodan, dejaré

de molestarte ; pero déjame que te haga una profecía : vives en unos barrios en que la virtud y el crímen se codean francamente y visten por un igual la librea de la miseria. A criminales y á virtuosos tienes ofendidos con tu conducta , y ya sabes como se vengan esos miserables... Hace quince años lo probaste.

—La esperiencia es madre de la ciencia , y yo tengo tomadas mis medidas para que no se repita. Tengo permiso del gobierno para ser prestamista y estoy preparada contra cualquiera sorpresa de la policía.

—Tanto peor para tí : si no pueden vengarse con el ausilio de la autoridad se vengarán sin él. En Madrid se alberga mucho tuno, mucho desalmado : el Rastro y los barrios bajos son sus viviendas. Frecuentemente se oye hablar de crímenes misteriosos cometidos entre tinieblas : algun dia oiremos referir el siguiente : Ayer se encontró asesinada en su propia casa á una mujer habitante en el Rastro y que se dedicaba al odioso é inmoral tráfico de prestar dinero en pequeñas cantidades á los infelices que carecian de pan. Suponen que la asesinaron algunos foragidos para robarla. Este es el fin que alcanza á esos seres codiciosos que vienen al mundo destinados á alimentarse con los despojos de la miseria y las lágrimas de los desconsolados.— Tal será tu muerte Curra ; tal probablemente tu epitafio.

Al pronunciar esas palabras la mirada de Varner brillaba con fulgor siniestro : Curra le contempló con miedo , porque tenia motivos de sobra para creer que aquel hombre, que tenia completamente vacío el sitio del corazon , no retrocedia ante la idea de la fuerza cuando encontraba obstruido el camino que conducia á la satisfaccion de un deseo.

—¿Quieres—prosiguió—que te describa el reverso de esta medalla, si te decides á seguir mis consejos ? Por de pronto saldrás de esa huronera y pasarás á habitar, en un barrio mas seguro, un cuarto que no parezca una tumba , como este en que nos hallamos. Como vivirás rodeada de gentes honradas , no tendrás necesidad de permanecer dia y noche vigilando tu tesoro , y tampoco estarás obligada á ocultarle debajo de harapos para que las gentes aparten de él los ojos con repugnancia. Tus deudores volverán á ser aquellos que otra vez lo fueron ; ocuparás de nuevo el puesto que en la sociedad nunca de-

biste haber abandonado, y en lugar de oirte llamar en todas partes con nombres odiosos y de verte señalar con el dedo por aquellos á quienes arruina lo que han dado en llamar usura, recrearán tu oido las palabras de cuantos personajes que, gracias á tus favores, habrán llenado á un tiempo sus arcas y las tuyas. En lugar de llamarte por los feos nombres de prestamista ó de usurera, dirán que perteneces á la honrada clase del comercio; porque desengáñate Curra, en este mundo el nombre que se da á las maneras de vivir depende de las personas que viven de un modo ó de otro. En fin, tendrás de nuevo fausto, tranquilidad, y lo que es mas, honra; y no seria imposible ciertamente que rehabilitada á los ojos de aquella persona á quien aseguras haber querido tanto en otro tiempo...

Aquí se detuvo Varner: sin titubear habia dicho muchas mentiras, y sin embargo le repugnaba mentir en punto á un amor que no sentia. Tanto era el desprecio que le inspiraba aquella mujer.

Curra, por al contrario, abrió desmesuradamente los ojos al oir aquellas palabras de esperanza, tan halagüeñas para su corazon: el embrutecimiento físico y moral de aquella mujer, no habia sido bastante para borrar del todo los restos de un sentimiento que si hubiera recaido en otra persona menos abyecta que Varner, hubiera bastado quizás para regenerar el alma de aquella criatura perdida entre el fango de las miserias sociales.

—¿Qué dices?—preguntó á Varner animándose repentinamente la espresion de su descolorido semblante y apartando bruscamente la botella y el vaso, como si rechazara aquella prueba de su abyeccion presente.—¿Crees que aun puedo aspirar á tu amor?... Carlos, Carlos... mátame si despues de haberme dejado concebir tales esperanzas, has de hundirme otra vez en la soledad de mi aislamiento.

Aquella mujer semejaba uno de esos ángeles caidos, que pugnan para alzarse de entre el fango de sus propios vicios y se hallan imposibilitados de hacerlo porque en la caida se han roto las alas.

Varner no habia sabido comprender en tiempo alguno, ni comprendió tampoco entonces, la inmensa cantidad de amor representado por aquel arranque de entusiasmo, por la esplosion de aquel fuego que no habia tenido desahogo alguno durante quince años. Don Carlos no queria mentir en materias de amor, precisamente porque

en su pecho dominaba tambien una pasion de esa naturaleza, pasion acrecentada por las dificultades y mas fuerte que los mismos vicios que tan despóticamente avasallaban su corazon. Dios se habia valido del bien para castigar el mal en aquellos dos seres tan repugnantes.

El primer impulso del caballero fué destruir las ilusiones de Curra; pero al llevar las manos á los bolsillos, tentó, registró, y no encontró en ellos una miserable moneda de á dos reales.

Y Varner tenia que hacer su entrada en el mundo, y este habia de absolver ó condenar al hombre que salia de la cárcel, segun que apareciese con los caracteres del astro que se eclipsa ó del que se levanta.

Necesitaba dinero, y por obtenerle á todo trance se resolvió á mentir hasta á la única pasion que aun no se habia prostituido en su pecho. Entonces aconteció una de esas escenas repugnantes que no son para descritas.

A D. Carlos le era tanto mas fácil fingir un afecto que estaba muy lejos de su corazon, en cuanto Curra habia bebido algo mas de lo que es menester para no confundir la verdad con la impostura.

Una hora despues quedaba establecida la alianza de aquellas dos criaturas despreciables, alianza á la cual Varner tenia la imprudencia de llamar sociedad. Cuando se retiró de la casa de Curra, brillaba en sus ojos la mirada del espíritu maligno, es decir, la mirada del orgullo. Por de pronto deslizó una moneda de oro entre las manos de la criada que salió de bastante mala gana á despedir al dueño de la casa que acababa de ser restablecido en su imperio, y cuando salió á la calle, desafió sereno las miradas de la turba insolente de chulos y manolas, que desahogaban su cólera contra la prestamista en desvergüenzas contra el *señor* que frecuentaba la casa y permanecia dentro de ella, tratando asuntos, dos ó tres horas largas. Varner estaba satisfecho, y su alegría se manifestaba en palabras sueltas de ininteligible sentido, pero que tendian todas ellas á burlarse del destino, como se hubiera burlado de Dios, si esa clase de miserables creyeran en él.

Una vez hubo salido de aquellos sitios en que entró mohino y cabizbajo, se volvió en direccion á ellos murmurando:

—Queda con Dios, Rastro de Madrid: yo en tus calles he rastrea-

do hasta encontrar la presa: ahora mi ingenio hará lo restante. Todos sereis instrumentos puestos en mis manos... El instrumento cuando no sirve, se rompe...

Y apresurando el paso y dando á su continente ese aire de importancia insultante que es un sarcasmo á los ojos de la virtud y de la honradez, que camina con los ojos bajos por no ofender á los transeuntes, se encaminó á la puerta del Sol y de allí á la calle de Alcalá, embocando luego el callejon en que continuaba abierto al público el *honesto* café de la fortuna, ya célebre por ser el punto de reunion de los mas afamados jugadores de la corte, clase que habia aumentado considerablemente desde la invasion de los franceses, que habian espedido permiso para tener bancas establecidas, ni mas ni menos que se daban para ejercer el comercio mas honrado de la villa.

La aparicion de Varner en aquel sitio fué saludada con entusiasmo: nuestro caballero era lo que se llama un punto fuerte, y el desembarazo con que se presentaba era una prueba evidente de que existia en sus bolsillos material para hacer fuego nutrido y de grueso calibre.

El establecimiento habia sufrido una transformacion completa en sentido favorable á la vista. Las paredes habian sido pintadas con cierta delicadeza y buen gusto, y justificaban la presencia de muchos oficiales franceses, á los cuales es de justicia conceder la primacía en materias de elegancia; el servicio era todo lo esmerado que puede ser en Madrid, atendido á que aun hoy dia apenas puede llamarse regular, y en el fondo de la sala, encima del aparador, recientemente barnizado, se veia una estátua de Napoleon vaciada en yeso, tributo de servilismo pagado por el dueño del establecimiento á los gobernantes estranjeros que habian introducido la importante mejora de abrir de par en par las puertas de los garitos.

Varner cambió algunos saludos y apretones de manos, y en seguida pidió recado de escribir.

Trazó rápidamente algunas líneas y despachó con el mensaje á uno de los criados del establecimiento, cuyo número habia sido aumentado considerablemente, no tanto para atender al servicio del consumo de los parroquianos, como para ocuparse en los recados y servicios á que estos les dedicaban de contínuo. Esta es otra de las

tácticas de las casas de juego bien montadas: el concurrente tiene un medio siempre á mano para enviar una escusa cualquiera que, aplazando ó perdiendo tal vez la resolucion de un negocio lucrativo, le permite prolongar por mucho mas tiempo le sesion infernal en que destruye su porvenir, y lo que es mas sensible, el de su familia.

A la media hora de haber salido el criado, estaba de regreso seguido de un hombre de arrogante figura, pero de una fisonomía tan dura, de un aspecto tan siniestro, que su llegada no pudo menos de producir un murmullo entre la concurrencia, nada favorable para el que era objeto de él.

Y sin embargo, ese hombre habia penetrado, quince años antes, en aquel mismo sitio, como entran las criaturas mimadas en casa de sus abuelos, siendo de todos bien recibido y estando seguro de que hasta sus necedades habian de caer en gracia, que es la muestra mayor de que se destina á un hombre para víctima.

El recien llegado era Jorge Gomez.

Habian pasado quince años sobre él; quince años que habian dejado huellas muy visibles en su rostro, en sus movimientos, en toda su persona. Es que durante esos quince años habia sobrevenido á Jorge una novedad terrible, si novedad puede llamarse lo que de muy antemano se halla previsto.

Jorge se habia arruinado por completo.

CAPITULO III.

Confidencias edificantes

El hombre tronado no necesita mas certificacion de su estado mísero que la simple presentacion de su persona.

Vístase como quiera, diga lo que quiera, disfrace como quiera su persona, respírase en torno suyo cierto ambiente de pobreza, que se dejaria sentir aun cuando se vaciasen dentro de la estancia multitud de frascos de las mas fuertes y aristocráticas esencias. Y como Jorge habia entrado en un sitio donde los concurrentes tenian la nariz muy fina para apercibirse de su posicion verdadera, pronto se fueron alejando de él hasta aquellos que en otro tiempo buscaban su amistad con el empeño que frecuentemente ponen los débiles en captarse la benevolencia de los fuertes.

Aquel recibimiento hirió de mal manera el amor propio de Gomez que fué lentamente á sentarse al lado de Varner, quien por su parte procuró compensar los efectos del desaire público á fuerza de protestas y dulces palabras.

—Hénos aquí reunidos nuevamente—dijo D. Carlos—y dispuestos, segun yo creo, á proseguir popularizando nuestras hazañas. Si aislados pueden habernos derrotado en detall, unidos volveremos á ser invencibles.

—¿Y qué es lo que uniremos, Carlos? ¿La ambicion tuya y la miseria mia?

—Déjate de miseria : dos hombres como nosotros son miserables mientras quieren. Pronunciando una sola palabra, dando un solo paso, reuniremos caudal á medida de nuestros deseos.

—Para volverle á perder, gracias á la fatalidad que siempre nos acompaña...

—La fatalidad es la dama mas caprichosa de este mundo : ninguno puede decir cuanto tiempo durarán los desaires ó los favores de una mujer. Mas antes de proseguir en este sentido, sepamos que ha sido de tí durante el largo tiempo de nuestra separacion. Al despedirnos no corríamos muy bien uno con otro...

—¿Qué tiene de particular? Habíamos agotado nuestros fondos en tres noches consecutivas de desgracia y estábamos mal dispuestos para tolerarnos mutuamente la menor impertinencia.

—Recuerdo que me escribiste una carta anunciándome tu propósito de ser otra vez un hombre honrado ..

—Propósito ; tú lo has dicho, propósito.

—El de todos los que juegan con desgracia. ¿Cuántos dias persististe en tan heróica resolucion?

—Debo confesarte, Carlos, que por un momento estuve verdaderamente indeciso tocante á la definitiva norma de mi conducta. Por primera vez desde que tuve uso de razon, gocé las delicias de la vida de familia, tranquila y sosegada. Mi esposa sonreia y era feliz, porque para siempre me creia apartado del juego, y cuando llegada la noche, contemplábamos apoyados mutuamente Amelia y yo, el tranquilo sueño de nuestro pequeño Alberto, te juro, amigo mio, que jamás habia esperimentado una emocion mas dulce y mas completa al propio tiempo.

Al evocar estos recuerdos desapareció de la fisonomía de Jorge la espresion de dureza que tanto la afeaba. Dominaba en él por completo el sentimiento de la paternidad que todo lo purifica, y quizás si en aquel instante el ángel de su guarda hubiera estado allí para recoger la lágrima que se desprendió de sus ojos, aquella lágrima hubiera rescatado muchas culpas.

Varner se apercibió de la sensacion esperimentada por su amigo, y trató de distraerle de ella temiendo que se volviese contra sus planes. Sonrió como sonrien los malos que se gozan en destruir las ilusiones agenas, y dijo :

—De suerte que te olvidaste por completo de tus antiguos hábitos... Muy bien hecho... La paternidad es una virtud muy estimable; el amor conyugal otra virtud no menos escasa en estos tiempos en que la paciencia y los placeres del hogar doméstico son los únicos que no cuestan caros al cuerpo ni al alma... ¡Oh! y qué hermosas noches debisteis gozar durante aquella temporada tranquila, inocente como un cuento de pastores... Dime ¿no os acompañaba en esas veladas tiernas el caballero que tantas veces acompañó á tu esposa en otras mas borrascosas por cierto?

Jorge se estremeció: Varner desgarraba sin piedad una herida aun no cicatrizada.

—Ya sabes á quien me refiero... á D. Luis de Mendoza; al mancebito que te dió tan solemne chasco el dia aquel en que por arte del diablo tomó la forma del tio de tu mujer...

Gomez no contestó; pero aquel silencio sombrío era preludio de una tormenta.

Varner dejó que la gota de veneno introducida circulase dentro del cuerpo de aquel á quien llamaba su amigo, y cuando creyó que la sangre estaba completamente inficionada, dijo:

—Vamos, Jorge, prosigue. Estábamos en lo mejor de tu vida, en los dias tranquilos y las noches felices.

—Mucho...—respondió con amargura el infeliz Gomez.

—Y esa felicidad ¿se prolongó mucho tiempo?...

—La felicidad siempre es breve.

—Sepamos como se desvaneció la tuya.

—Como siempre; á impulsos del destino que me persigue desde que resonó en mis oidos la maldicion de mi padre.

—¡Calle!... Jorge Gomez, el hombre mas despreocupado de este mundo ¿cree que las maldiciones traen desgracia?...

—Lo creo desde que tengo hijos.

—En este caso debiste haber cerrado las puertas de tu casa, tabicado los balcones y ventanas, despedido á cuantos estraños la frecuentaban, y haberte reducido á ser un padre *feliz*. . una especie de hombre de bien de los pertenecientes al grupo de los arrepentidos. Es una vida completamente tranquila y regalona que sin duda te hubiera sentado bien.

—Carlos, yo no necesito consejos de nadie, ni he tolerado nunca que mi conducta fuera ridiculizada por hombre alguno.

—Pero debes permitir á un amigo la natural estrañeza de verte no seguir aquella vida en que tan bien te iba.

—Es cierto; mas esa tranquilidad de que me hablaste no se habia hecho para mí. A los pocos dias de gozar de ella vinieron mis acreedores á interrumpirla. Confieso francamente que el móvil de mi conducta en aquella ocasion fué querer evitar á mi familia un grande disgusto: yo no habia tenido valor para esplicar á Amelia mi verdadero estado, ni quise tampoco hacerla descender del cielo de ilusiones que habia concebido. Pedí plazos y me los negaron...

—Esa gente usurera entiende tan poca cosa de asuntos domésticos...

—Vender mis escasos bienes hubiera sido publicar mi situacion y ponerla en conocimiento de mi esposa: yo lo quise evitar, y entonces me ocurrió un pensamiento funesto, porque á él debo sin duda mi ruina, mi ruina total. Una noche salió mi esposa dejándome solo en nuestra casa: díjome que iba á rogar por mi dicha y á dar gracias á Dios por mi conversion: yo la besé en la frente, humedecí con mis lágrimas el semblante de mi tierno hijo, y con un miedo estraño ví partir á entrambos. Desconfiaba de mí mismo; hubiera dado la mitad de mi vida por no quedarme solo, y mi vida entera por haber encontrado, poseido, la suma necesaria para satisfacer á mis acreedores.

—¡Ay, amigo mio! Si los usureros compraran la sangre de los hombres, media humanidad se hubiera desangrado á esta fecha. El Señor, como dices tú, todo lo hace de una manera cumplida: quiere que sus criaturas vivan, y por este motivo no las deja poner precio á su muerte...

—Será así; porque una vez solo en casa, penetré de puntillas y á oscuras en el cuarto de mi mujer, ocultando mis actos, ahogando el rumor de mis pasos ¿lo creerás Varner? como entran los ladrones en los gabinetes donde van á cometer un crímen. Dí á tientas con un escritorio: dentro de él guardaba Amelia la parte de su dote que aun se habia librado de las pasadas borrascas... aquella parte de dote representaba el porvenir, el único porvenir de mi hijo... Perdido

aquello, mi hermoso Alberto era tan pobre como el hijo de un trapero.

—¿Y qué hiciste?—preguntó Varner temblando á pesar suyo, no de angustia por la suerte del hijo, sino de miedo de perder las esperanzas fundadas en la perversidad del padre.

—¿Qué hice?... Con mano trémula metí la llave en la cerradura, abrí, toqué un resorte, se abrió un secreto, tendí los dedos crispados como todo mi cuerpo, toqué una bolsa, ahogué un grito... y un momento despues ¡miserable de mí! habia robado á mi hijo...

Jorge interrumpió por un momento la narracion de aquel suceso que le conmovia visiblemente. D. Carlos no sabia que pensar ni que esperar de la evocacion de unos recuerdos que tanta influencia ejercian aun en el ánimo de su amigo.

Gomez golpeó la mesa, pidió un vaso de agua, bebióla de un sorbo, se pasó las manos por la frente y, sacudiendo la cabeza, procuró desechar los pensamientos que así le atormentaban. Varner se opuso á que su amigo bebiera aquella grande cantidad de agua fria, invitándole á sustituirla por otra clase cualquiera de licor, pero Jorge rehusó, diciendo:

—En este instante no puede ser: necesito hallarme en el completo dominio de mí mismo, y yo sé de sobra que cosa es empezar á beber y que cosa es empezar á jugar. En todos los vicios el primer paso es el mas difícil... ¡Maldito quien nos le hace dar! ¡maldito quien nos empuja en su senda vergonzosa!

—Con que,—dijo Varner procurando sacar el diálogo de aquel espinoso terreno,—decíamos que, gracias al resto del dote de tu mujer pudiste satisfacer á tus acreedores...

—No pude—contestó Jorge con voz sombría.

—Tantas eran tus deudas...

—Menor que el caudal que debia existir en poder de Amelia.

—Siendo así, dígote que no lo entiendo.

—Pues es muy fácil. Al retirarme á mi estancia vacié la bolsa para asegurarme de su contenido, y hallé que eran monedas de plata las que yo conceptuaba monedas de oro.

—¡Que asombro!... Pues cierto que el chasco fué mas que regular. Sin embargo ¿cómo se esplica ese trueque?

—Con las monedas cayó encima de la mesa un pedazo de papel escrito.

—Un escrito...

—En el cual una persona, que no firmaba, reconocia tener recibidos de Amelia nada menos que diez mil duros.

—¡ Diez mil duros !... ¿Y no has podido averiguar...

—Ni una palabra. Aquella misma noche, al regresar mi esposa, rogué, supliqué por lo mas caro, conjuré por lo mas santo, hasta amenacé á Amelia, para que me revelase aquel secreto. Todo fué inútil : ni las súplicas la decidieron, ni las amenazas la amedrentaron. En algunas ocasiones pareció conmoverse y hasta asomó á sus labios el principio de una revelacion que yo aguardaba con la inquietud que puedes figurarte ; pero en seguida se repuso y rechazó toda idea de esplicacion como si entrañase un sacrilegio.

—Es singular...—dijo Varner perdiéndose en el laberinto de las conjeturas.

—Aquella terquedad inesplicable me hizo olvidar todos mis propósitos : espuse á Amelia la situacion en que me encontraba ; la dije mis apuros, hasta el peligro que mi persona corria, puesto que mis acreedores intentaban perseguirme como estafa ; la demostré que con aquella cantidad podian quedar satisfechos todos mis compromisos y juré emplear toda mi vida en amarla como á un ángel reparador de mis faltas, en dirigir los pasos de mis hijos en el mundo.....

—¿ Y ni aun así se rindió su estraña tenacidad ?—dijo admirado D. Carlos.

—Esta última promesa hizo sobre ella un efecto poderoso ; pero en un momento se desvaneció la impresion, y yo hube de renunciar, á pesar mio, á descubrir el secreto estraño guardado por mi mujer con tanto empeño.

—Y hasta el presente.....

—Hasta el presente ella conserva su secreto y yo mi curiosidad. Y es de advertir, amigo mio que, despechado, ciego, apurado por la necesidad apremiante, lanzado de nuevo en el torbellino del juego, he atravesado durante estos últimos años períodos críticos, durante los cuales la miseria ha llegado hasta la puerta de mi casa con su espantoso cortejo... Pues bien, en esos instantes terribles la mi-

seria ha tenido que ahuyentarse : mi esposa la ha hecho frente, y ha vencido en la lucha.

—¡ Toma !... Para esto tenia ella guardados los diez mil duros. Algun tuno se ha apoderado de ellos y se los comerá despues que en pequeñas cantidades habrá aparentado entregarlos.

—Nada de eso: he tenido la curiosidad de examinar algunas veces la lacónica contabilidad de Amelia, y la cifra de los diez mil duros, en lugar de disminuir con el gasto, ha aumentado constantemente.

—¡ Es asombroso !—dijo Varner con sarcástica admiracion.

—¡ Es bochornoso ! digo yo—esclamó Jorge indignado.—¿ Qué papel tal ridículo no hace el marido á quien su esposa niega la administracion de sus capitales ? ¿ Qué pensará de mí el amigo mismo que guarda y negocia el resto de la dote de Amelia ?

—Y si ese amigo se llamase por casualidad D. Luis de Mendoza...

Gomez se levantó de la silla como si un poderoso resorte le hubiera lanzado de ella bruscamente.

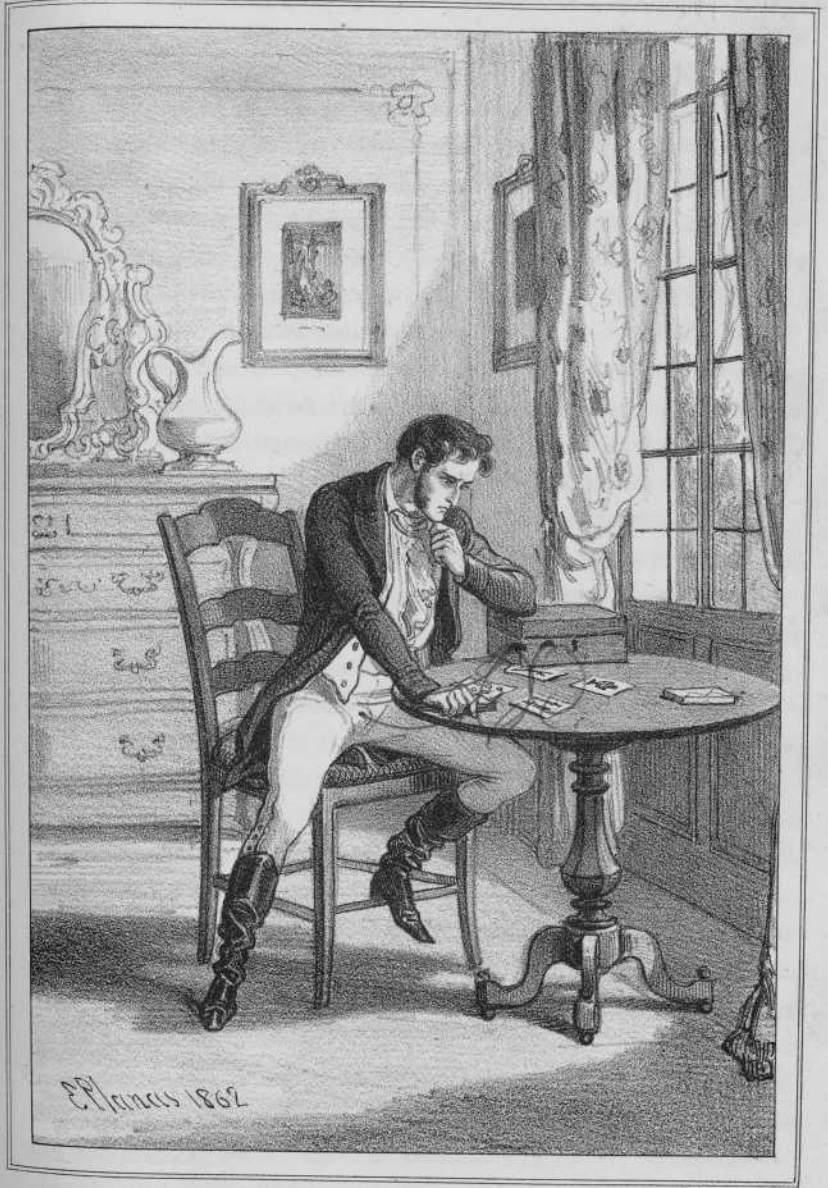
—¿ Mendoza, dices? ¿ Será posible que ese hombre se haya de interponer siempre en el camino de mi vida , y que nunca se me ofrezca un medio de separarle de él para siempre ? ¡ Oh ! si esta vez se realizase tu presentimiento , yo te juro que habia de costarle caro el ridículo en que me ha colocado.

—Mas tarde averiguaremos eso. Por de pronto sepamos el término de tus aventuras.

—Es muy breve. Roto ya el misterio que ocultaba mi verdadera posicion á los ojos de mi esposa , vendí los pocos bienes de fortuna que me quedaban, y satisfice á mis acreedores. Restóme una pequeña cantidad ; era la última esperanza que me quedaba para tentar de nuevo el restablecimiento de mi fortuna. Una noche de suerte , una hora de ser mirado propiciamente por la fortuna, y todo podia remediarse.

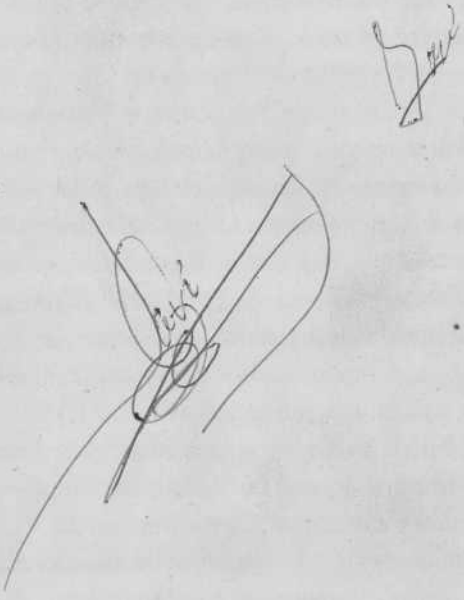
—Tenemos, pues, que jugaste esa última esperanza...

—La jugué , es muy cierto; pero eran de ver las medidas que habia tomado para asegurar el golpe. Un dia entero , clavados los codos en la mesa y la mano en los codos , estudié , con la baraja á la vista , mil combinaciones nuevas , mil jugadas inspiradas por la esperiencia de mi propia desgracia... ¿ Quieres que te diga aun mas ?



Lit Vazquez R. 31

Jorge y su p. madre.



¿Quieres que me avergüence delante de tí? ¡Pues bien, llegué hasta á ensayar fullerías!... Yo necesitaba dinero, dinero á toda costa, y si no le obtuve por este medio, digo francamente que no fué por falta de voluntad, sino de destreza.

—De suerte que con tu esperiencia y tus combinaciones y hasta tus fullerías, perdiste los dineros...

—Sí, amigo mio, el dinero y la reputacion: hubo quien sospechó mis manejos, y aunque aquel dia nada pude advertir, al siguiente comprendí que se me miraba de reojo y cuando pedí hacer una talla, todo el mundo se alejó de mi mesa. ¿No es esto desgracia, Carlos? Ser llamado fullero precisamente porque no tenia bastante destreza para robar el dinero, como todos lo hacen, aunque con el disimulo de la práctica...

—Es mucho cuento... Si el hombre es lo mas injusto en sus apreciaciones...

—Al dia siguiente me fué imposible encontrar en ninguna banca quien quisiera entablar conmigo una partida. Los pícaros tienen una policía cien veces mejor organizada que la de los hombres de bien; y yo, el mas torpe de todos los puntos, hube de tolerar que los tontos me mirasen con desprecio y los diestros con lástima... Era imposible continuar de este modo, y resolví alejarme de Madrid: el tiempo y la aúsencia todo lo borran, y proyecté un viaje á Alemania.

—Era lo mas bien pensado: en Alemania se juega á la sombra de la ley, y ningun melindroso se escandaliza porque en una noche se improvisen diez fortunas ó se arruinen veinte familias.

—Para el viaje son necesarios dineros: yo no los tenia y mi mujer no me los hubiera dado. Junté en secreto algunas alhajas, mal vendí algunos efectos, y temeroso de que Amelia se opusiera á mi proyecto, lo puse por obra sin hablarla de él.

—¿Cómo?...

—Escribiéndola una carta de despedida y fugándome de mi casa como un preso puede fugarse de una cárcel.

—No lo apruebo, amigo mio: un hombre está obligado ante todo á ser hombre, y cuando toma una resolucion, debe tener la energía suficiente para ponerla por obra. Un marido que teme á su mujer es como un soldado que tiembla ante el enemigo.

—Lo que fuere, Carlos; pero lo cierto es que yo partí secretamente de mi casa, y algunos dias despues traspasaba las fronteras de Alemania. Allí he permanecido hasta hace poco, ocultando á todos mis amigos el punto de mi residencia. Mi proyecto era tentar fortuna, juntar un capital y regresar á España con el propósito firme de renunciar para siempre á un vicio que me cuesta tan caro...

—Se entiende, es el proyecto de todos los jugadores perdidosos que buscan el desquite.

—No debo decirte que en pos de ese proyecto he recorrido la mayor parte de los estados alemanes con mejor ó peor fortuna, pero sin llegar nunca al término de mis deseos. Puedo asegurarte, amigo Varner, que todo lo he intentado para cumplir mi propósito: he jugado en salones aristocráticos donde las apuestas de una y de dos onzas equivalian á las de nuestros peseteros de Madrid, salones en que es de obligacion presentarse vestido de etiqueta y en los cuales los puntos ni un solo momento se quitan el guante blanco, pagando ó retirando sumas inmensas con la gravedad ceremoniosa é imperturbable de los alemanes. En aquellos lugares todo el mundo juega y calla: se necesita ver á un aleman cuando se arruina para comprender hasta donde alcanza la flema de aquellos hombres...

—Héte aquí lo que nosotros nunca conseguiremos: perder con calma. Estoy seguro de que tú fuiste á alterar la tranquilidad de que tradicionalmente gozaban los gordinflones jugadores del país de la cerveza.

—Yo tengo sangre en las venas, arrebatóseme un dia á la cabeza, y no pude contenerme. Dí una bofetada á uno de aquellos respetables señores, y dos lacayos de hercúleas fuerzas me condujeron en un brinco á la puerta de la calle.

Varner acogió este detalle con una estrepitosa carcajada: Jorge interrumpió su relato, mas luego su amigo le hizo una seña para que continuase, y prosiguió en estos términos:

—Renuncié á los salones aristocráticos y me introduje en las tabernas. Tambien en ellas se jugaba: entre las clases humildes circula tambien el oro, y si yo tenia que llevarme de Alemania una fortuna, me era del todo igual levantarla á espensas de los condes y de los magyares, ó á espensas de los labradores y fabricantes de cer-

veza. Penetré una y cien veces en estancias donde el silencio era interrumpido únicamente por el rumor de las monedas arrojadas encima de la mesa : en torno de esta mesa un grande número de jugadores seguian alternativamente las peripecias del juego y las espirales del humo de sus pipas. Durante algun tiempo me sostuve con buenas y malas alternativas ; pero un dia se volvió el juego contra mí y ví pasar á otras manos la última moneda que habia quedado en mi bolsillo. Te confieso , Carlos , que al retirarme aquella noche á mi casa, intenté poner término á mi existencia...

—¡ Estabas loco !

—Estaba arruinado , que es un principio de locuras mayores. Pero al borde de un abismo , una idea vino á salvarme , ó á perderme : la esperiencia se encargará de decir cual de las dos cosas. Pensé en el tesoro que mi mujer ocultaba con tanto afan , y parecióme ridículo darme muerte por la simple razon de carecer de un caudal que Amelia tenia de sobra ; idea tanto mas desesperante para mí, en cuanto mi desgracia habia dependido de no haber encontrado á mano la cantidad que me era necesaria para juntar un fortunon en tres golpes. ¡ Oh ! no lo dudes , Varner : conozco lo que es el juego , tengo hecha una combinacion segura , infalible : junte yo en mis manos diez mil duros , cinco nada mas , y al siguiente dia soy millonario.

—¿ Tan seguro estás de ello ?—preguntó D. Carlos no pudiendo contener los impulsos de la codicia.

—Tan seguro como seguro estoy de mi existencia. Es el secreto que me hace vivir , es la esperanza que en Alemania me hizo arrojar léjos de mí la pistola amartillada que ya se habia puesto en contacto con mis sienes , es mi aspiracion , la jugada que tengo siempre ante los ojos del cuerpo y ante los del alma. ¡ Oh ! si yo tuviera diez mil duros para realizarla ¿para qué necesitaríamos confundirnos mas allá de una noche entre la turba de los codiciosos necios que nunca se han tomado el trabajo de leer las sentencias de la fortuna en ese libro misterioso que se llama baraja...

Jorge hablaba del juego con ese entusiasmo fanático y, podemos decir feroz, de los sacerdotes que sirven en los altares de falsas divinidades, y de cuyo mentido poder llegan á convencerse á fuerza de

fanatismo. Es el último período á que puede llegar un jugador : Dios nos libre de vernos dominados por una pasion de mala ley, hasta el estremo de que, perdida la razon á sus impulsos, creamos posible dominar el azar, ó cristianamente hablando, creamos posible torcer los decretos de la Providencia.

Varner era incrédulo hasta el ateismo ; pero le acontecia lo que á todos los hombres malos que no creen en Dios y rinden culto á las mas absurdas preocupaciones. El jugador que muy á menudo es ejemplo vivo de los disfavores de la suerte , es el sér mas propenso á la credulidad cuando se trata de vencer la inconstancia de la caprichosa divinidad.

De suerte que D. Carlos que se rió de su amigo cuando este le daba cuenta de sus afectos de padre, de su amor de esposo, le admiró y creyó en él cuando, ébrio de entusiasmo, le proponia una jugada que convertia al azar en seguridad indefectible. Entusiasmado ante tan hermoso porvenir, dijo anhelando conocer el término de la narracion empezada :

—Prosigue, Jorge, prosigue : es menester poner por obra este golpe maestro.

—Tal creo yo mismo, y bajo la impresion de esta grata idea emprendí el regreso á España. Mi esposa habia desmejorado mucho durante mi ausencia ; mi hijo era el único que conservaba su hermosura, desarrollada al mismo tiempo que su cuerpo varonil. Debo decirte á pesar de todo, que no recuerdo si acaricié al uno ni á la otra: dominábame una idea fija ; tener en mi poder la cantidad que me era indispensable para desbancar las primeras tallas de Madrid. Espuse mi proyecto á Amelia, la hablé de mis planes con el entusiasmo del que siente palpitar á la fortuna debajo la mano que la aprisiona..... Pues bien ¡ Asómbrate ! Amelia sonrió con desden y me llamó loco.

D. Cárlos se asombró realmente: pareciale imposible que una mujer renunciase de esta suerte á un brillante porvenir.

—¿Pero tú no trataste de convencerla?...—dijo.

—No por cierto ; mas en cambio quise apoderarme de su secreto á todo trance; y aquella misma noche, aprovechándome de su ausencia, me dirigí de nuevo al escritorio, abrí el secreto, encontré la bol-

sa, saqué el papel: habia desaparecido el escrito, y en su lugar existian estas cifras: 12,000 $.

—De suerte que tu mujer posee esta cantidad...

—Debo creerlo así, y sin embargo yo, su marido, ignoro en qué parage la tiene depositada, no sé quien hace crecer esos fondos, no tengo noticia del destino que se les da; en una palabra, estoy haciendo el papel mas ridículo que darse pueda. Y hay mas, amigo mio: he puesto en conocimiento de Amelia mi situacion, la he hecho comprender que puede venir, y venir muy pronto, un dia en que falte en nuestra casa lo mas preciso...

—Y ella ¿qué ha contestado?

—Ha contestado resueltamente que su hijo no ha de ser responsable ni de las faltas de su padre ni de la debilidad de su madre; que jamás faltará á su Alberto lo que ha menester para vivir honradamente y con decoro, y que en cuanto á mí, cuando no quedará en casa objeto que vender ó empeñar, ella ocultará su vergüenza detrás de un túpido velo, y saldrá á la calle á mendigar una limosna para su esposo.

—¿Y qué has contestado tú á semejante insulto?

—Nada, amigo mio: Amelia ha invocado el porvenir de mi hijo, y debo confesarte que esto me ha desarmado.

—Lo cual equivale á decir que eres hombre al agua...

—En tí confio solamente: cuando he sabido que te encontrabas preso, he puesto en tu conocimiento mi llegada. Ya sabes cual es mi estado: busca un remedio para mis males, ó de otra suerte ¡mátame!

Varner quedó un largo rato pensativo. No venia preparado para aquellas estrañas confidencias que, segun como, ausiliaban sus proyectos, y segun como tambien destruian sus cálculos.

Pero el genio del mal habia tomado de su cuenta el aconsejar á aquel miserable, y en un instante quedó el proyecto corregido y enmendado en el sentido que al falso amigo convenia.

—Consejo me pides—dijo—y mejor que consejo, socorros... Nunca has apelado vanamente á mi amistad, querido Jorge: tenlo presente, y esto me dará un título mas á tu confianza.

—¡Y á mí gratitud!—Añadió Jorge con efusion para comprometer mejor al hombre en cuyas manos habia puesto su destino.

—Gracias: tu gratitud no me hace falta por ahora, ni una virtud mas ó menos ha de venir en este momento á sacarnos del atolladero. Confianza, confianza absoluta es lo que exijo de tí, y para merecerla mas completa, voy á darte noticia de mis actos durante esos últimos tiempos. Sabe á que atenerte tocante á mi persona, pues únicamente en este caso lucharemos uno y otro con armas iguales.

Jorge se dispuso á escuchar: aquella entrevista era para él de una trascendencia inmensa: tratábase quizá en ella del porvenir suyo y de su familia; y tan fácil era á su término dar libre curso á las ilusiones de la ardiente fantasía, como sentirse asaltar por una de esas ideas terribles que conducen al mas imperdonable de todos los crímenes, á la mas sangrienta de todas las cobardías.

—Nuestra amistad—dijo Jorge—habia sufrido un ataque de tibieza que es el preludio de los rompimientos, nuestras combinaciones habian fallido por completo, nuestros recursos se habian agotado, y nuestros acreedores amenazaban echársenos encima, blandiendo de contínuo á nuestra vista los pagarés que teníamos suscritos. ¿De qué podíamos servirnos el uno al otro? De nada, Jorge, de nada: no existia un motivo para nuestra amistad, y suspendimos sus efectos, como se disuelve una sociedad cuando ha terminado el objeto para el cual se constituyó. Partimos con rigurosa exactitud nuestras deudas, y nos separamos prometiéndonos que en cualquiera de los apuros de nuestra vida, volveríamos á reunirnos para apoyarnos uno en otro y sostenernos, como otras veces lo habíamos hecho, hasta despues que hubiese pasado la tormenta. ¿Es cierto, Jorge?

—Es muy cierto, y desde entonces hasta el presente apenas hemos tenido noticias el uno del otro.

Y á nuestra vez diremos nosotros: es cierto y no es cierto, pues si bien lo es que al disolverse la que Varner llamaba sociedad, se dividieron entre los dos amigos las obligaciones que resultaban del balance, muchas de esas obligaciones eran ficticias y creadas por D. Carlos con el objeto de salir bien librado cuando llegase el caso de disolucion. Así conseguia nivelar en apariencia los compromisos y además entrar á partido con los mismos acreedores que resultasen serlo del pobre Jorge. Este, que en realidad pagó aun mas de lo que debia, ni siquiera resultó ser acreedor de su amigo, que con una serenidad

sin igual se daba en público el título de víctima de la amistad.

Hacemos esta esplicacion porque deseamos que nuestros lectores tengan una completa idea de la deformidad moral de ese miserable, que despues de haber hecho traicion á todos los sentimientos puros, iba sin duda á entrar en la segunda faz de su vida, la faz del crímen, al cual queria arrastrar á su infeliz amigo, no menos bien dispuesto para ello.

—Poco tiempo despues de nuestra separacion sobrevino el hecho de la invasion francesa. Por todas partes se hablaba de guerra, en todos los sitios el pensamiento dominante, el lema de todas las conversaciones, era escogitar medios para hacer frente á la agresion del emperador. Madrid se quedó sin garitos, todo el mundo queria ser soldado, y yo me dejé arrastrar del general impulso. Entré en el ejército y empezó la campaña.

—¿Has servido á la patria?...—dijo Gomez con respetuosa admiracion.

—Así dicen de los militares; yo de mí sé decir que en el ejército iba á buscar lo que fuera del ejército no se encontraba. La vida de los campamentos es dura é incómoda durante los primeros dias; transcurrido algun tiempo tiene atractivos que ninguna otra puede igualar. Unicamente la disciplina es de vez en cuando un estorbo enojoso; pero esto no impide que, pesadas ventajas y desventajas, sean las primeras superiores indudablemente á las segundas.

—Sin contar el peligro de muerte.....

—Es lo único que no me preocupó un solo instante durante mi vida de defensor de la patria.

Varner habia dicho una gran verdad, contra toda su costumbre. No hay como sentar plaza en un momento de desesperacion fundada ó de aburrimiento con justo motivo, para distinguirse entre los valientes de un cuerpo de tropas. El que nada tiene que perder, ni aun siquiera la esperanza de ser menos desgraciado, está seguro de no encontrar una bala que, por compasion á lo menos, le quite del mundo.

—Frecuentemente andábamos á escopetazos;—continuó diciendo Varner—habíamos establecido la guerra de sorpresas, y en justa venganza de los enemigos que nos saqueaban los pueblos, nosotros ha-

cíamos diabluras para saquear sus convoyes. El dia de repartimiento de botin era de completa satisfaccion para las tropas ; y llegada la noche, durante las horas que nuestros jefes nos daban para el descanso, era de ver á una buena parte de la oficialidad rodear una mesa para disputarse el derecho, el placer, la ventura, de aprisionar mayor número de veces á Napoleon Bonaparte; en efigie de oro ó plata, se entiende.

—¡Hermosas horas! ¡espectáculo lleno de emocion!—esclamó Jorge verdaderamente conmovido.

—Es menester haberlo presenciado, haber tomado parte en él para comprenderlo. Sentarse con la franqueza de unos hombres que han corrido juntos un mismo peligro, oir cantar ó blasfemar con voz enronquecida por el humo de la pólvora, sentir de vez en cuando, en los momentos de una gran jugada, entonces que se contiene hasta la respiracion, retumbar á lo lejos el cañon que siembra muerte y estrago, ver como la bomba que cruza el espacio echando chispas, ilumina fugazmente el espacio, ni mas ni menos que si los hombres fabricasen tambien el rayo; y á todo esto la atencion fija en el juego, una mano encima del dinero, y con otra mano empuñando la copa del espirituoso licor... Es una sensacion grande, nueva, que es bastante para hacer perder toda otra idea del mundo y de las disensiones de los hombres que en él habitan.

Jorge escuchaba con avidez suma : era un nuevo aspecto en el vicio que le dominaba : los hombres subyugados por una pasion, apuran las novedades por ellos ignoradas, bien así como el amante apura la dulzura del primer beso de una vírgen, como el poeta el placer que siente al ceñir su primera corona.

—¡Magnífico!—esclamó Jorge—comprendo que un espectáculo de esta naturaleza sea para hacerle olvidar á un hombre hasta el sitio en que se encuentra.

—Esto es precisamente lo que á mí me aconteció: el enemigo sorprendió una noche el pueblo en que habíamos establecido nuestros reales, y aunque el comandante de armas asegura que mandó tocar alarma, ello es que la primera noticia del hecho la recibimos por los granaderos franceses que coparon la banca á bayonetazos.

—¡Os dejasteis sorprender!

—Tal parece; pero yo no puedo entrar en detalles respecto de este punto. Lo único de que me acuerdo es de que no tuve ni el preciso tiempo para ponerme en estado de defensa, á cuya benéfica circunstancia debí sin duda la salvacion de mi vida. Mi dicha fué mayor aun: la estancia en donde habíamos establecido el juego se habia llenado de oficiales franceses, que se estaban riendo de aquel golpe maestro y quizás de mi persona, pues debia escitar ciertamente la hilaridad el ver á un hombre con el estupor pintado en el semblante y escapándosele, á guisa de lluvia, de las manos, la baraja con que cinco minutos antes tallaba pacíficamente.

Gomez sonrió tambien pensando en el lance, que tenia á la verdad bien poco de chistoso.

—Aquellas risitas cargantes me exasperaron—continuó Varner—y un rasgo de serenidad convirtió en íntimos amigos mios á los que me habian asaltado con mortales intenciones. Recojo la baraja, mezclo los naipes con toda calma, arrojo dos parejas encima del tapete, y pronuncio aquella palabra mágica que es conocida en todos los paises del mundo, no por las letras de que se compone, sino por la entonacion con que se pronuncia. ¡Juego! Un momento despues, los oficiales franceses habian tomado pacíficamente asiento en torno de la mesa, y la talla continuaba con la misma paz y buena armonía que antes de ser asaltado el pueblo.

Jorge no pudo reprimir un movimiento de entusiasmo: se levantó de la silla y abrazó á su amigo.

—A las dos horas—prosiguió D. Carlos—gracias á mi amabilidad, buen humor, ductilidad de principios y destreza, habia ganado á los señores franceses los dineros y el corazon. Al siguiente dia fuí presentado al general, y por recomendaciones suyas recibí poco despues un despacho nombrándome para un destino en administracion militar.

—¿Y aceptaste?—preguntó Jorge con la estrañeza que esperimentaban entonces todos los españoles cuando alguno de sus compatriotas no manifestaba un odio implacable á todo cuanto oliera á francés.

—Toma si acepté, y ni un momento me arrepentí de ello. Exigiéronme no sé que juramento de fidelidad á un Bonaparte, que creo

sea rey de España, pues le veo á menudo por Madrid en carroza y con escolta... Yo me fijo poco en estas cosas... Dije no sé que palabras, y pusiéronme en posesion de mi nuevo destino.

—¿Y la patria, Varner, y la patria?

—¿La qué?... Hombre, yo creo que la patria no puede estar reñida con el individuo; pero si cometiera el despropósito de creerse agraviada, tanto peor para ella: yo no interrumpiria el curso de mi destino...

Gomez hizo un movimiento de disgusto: en aquel tiempo eran raros esos mónstruos del cinismo.

Varner, que se apercibió del mal efecto que habia producido en esta última parte de su historia, se apresuró á continuarla en estos términos:

—No te apures, amigo mio: todos los pecados tienen enmienda, y yo he tenido que arrepentirme mas de una vez de la falta que estás pronto á echarme en cara. Vas á ver lo que aconteció. La division á que me destinaron vino á Madrid, y yo con ella. Durante algun tiempo la coronada villa estuvo conmigo lo mas agasajoso que darse pueda; pero llegó un dia en que hubo de volverme la espalda de la manera mas brusca. Primero perdí mis ganancias, luego el dinero que tomé sobre mi paga, en seguida mis escasas joyas, y por fin algo en que tuvo que ver el Intendente general. Yo no sé como fué, pero lo cierto es que un dia me llamó á su despacho exigiéndome noticias acerca el paradero de ciertos costales de cebada que debian ser entregados á un escuadron de coraceros, y sobre los cuales no pude por de pronto dar una esplicacion terminante. La verdad del hecho no se me ocurrió hasta algunos dias despues...

—¿Y era?...—preguntó Jorge con interés.

—Lo mas sencillo de este mundo; era que un escuadron de caballos de copas se habia comido la cebada de los coraceros. El Intendente general ordenó que se me instruyera un proceso, y gracias á él, he permanecido no poco tiempo en la cárcel, de donde he salido hoy dia de la fecha.

—¿Y cuál ha sido para tí el resultado del procedimiento?

—¿Cuál habia de ser? ¿no lo estás viendo?... Pero la justicia es larga y cara, y la declaracion de mi inocencia me ha arruinado. ¡Oh!

como yo tenga á mi alcance algun dia á los oficiales del consejo de guerra que me ha juzgado, ya procuraré reintegrarme del dinero que me guardan los tales señores. Tal ha sido mi historia, Jorge: el destino ha hecho que volviéramos á reunirnos despues de una larga separacion: reunámonos en buen hora, pero sabiendo para que nos reunimos.

Varner dejó de hablar y contempló á su amigo procurando adivinar el efecto que sus palabras le habian causado: el semblante de Jorge habia vuelto á adquirir el mismo sombrío aspecto que tenia al entrar en el café.

Transcuridos unos momentos de reflexion, dijo:

—Lo que ante todo nos conviene es dinero, y para ello hay que aprovechar todos los medios ¿lo entiendes bien? todos.

A esta resolucion habia llegado Varner sin necesidad de consulta alguna; pero lo que no se le ocurria eran los medios por donde se llegaba á obtener lo que Gomez pedia con tanta urgencia. Sin embargo, en su mente habia formado un plan terrible, y creyó llegado el instante de ponerlo por obra.

—Dinero...—dijo—¿dónde encontrarle? Mis recursos se hallan apurados, nuestro crédito no nos proporcionará seguramente ni aun para atender á nuestras mas precisas necesidades el dia de mañana.

—Pero de fijo existirán en Madrid usureros que presten: yo tengo un plan seguro, una jugada que no puede faltarme. ¿Será posible que en la corte no haya quien nos anticipe por veinte y cuatro horas los medios para realizar nuestra fortuna? Vamos, Jorge, discurre, inventa, calcula que de este golpe depende nuestro porvenir.

—Usureros habrá en Madrid, ni mas ni menos que los ha habido en todos tiempos; pero seamos francos ¿cuándo se ha encontrado dinero en Madrid por la simple buena cara del que lo ha pedido?

—Te digo que tengo un proyecto infalible...—dijo Gomez con la tenacidad del que es dominado por una idea fija.

—Sobre proyectos nunca se ha prestado en la corte, y si quieres hacer un ensayo, recorre una por una las casas en donde has hallado dinero hipotecando joyas y títulos, y te convencerás de que no hay quien arriesgue cien reales ni aun sobre el proyecto mismo de ir á la conquista de una corona.

Jorge dejó caer la cabeza sobre el pecho con muestras del mayor abatimiento.

—¿De suerte es—murmuró con sombrío acento—que únicamente me aguardan la miseria, la desesperacion y la muerte? ¡Jamás, Varner, jamás! Hay en mí bastante resolucion para poner un término anticipado á esos horrores, y ya que no me puedo vengar de una sociedad que no quiere darme el desquite de lo mucho que me debe, yo la quitaré el placer de mofarse de mí, yo la impediré que haga pasar á una de sus víctimas por el suplicio de su desprecio.

El desdichado jugador hablaba de la sociedad en ese tono empleado por aquellos que quieren ocultar sus defectos detrás de lo que ellos llaman mala organizacion del mundo. En nuestro siglo, en que tan frecuente es acusar á la sociedad de unos delitos que ella no ha cometido, bueno seria examinar los antecedentes de los acusadores, y encontraríamos indudablemente que aquellos tienen la principal culpa de que la obra de Dios se vaya desfigurando en manos de los hombres.

Jorge Gomez era una de aquellas personas predestinadas desde la cuna á ser incluidas en la lista de las afortunadas. Hijo de un comerciante honrado que cifraba en él su orgullo, dueño de un caudal considerable, casado con una mujer en quien hermosura y bondad se disputaban la palma ¿qué es lo que le hacia falta para ser el hombre mas feliz de este mundo? Nada, nada mas que dejarse querer de la fortuna; un poco de prudencia para conservar, y un poco de honradez para ser apreciado por sus actos.

Y en lugar de esto ¿qué es lo que hizo nuestro hombre? Entregarse en brazos del mas funesto de los vicios; arruinarse en pos del mas degradante y estúpido de todos los placeres, labrar su propia desgracia, y lo que es peor aun, arrastrar en ella á unos seres bien inocentes y dignos de mejor suerte.

¿Con qué derecho, pues, el indigno jugador se quejaba de una sociedad, á la cual ofendió un dia y otro en la persona de sus hijos mas puros á inocentes... pues que ¿no hay mas que delinquir hoy y mañana y siempre, sumir en la miseria á los que vinieron al mundo para ser virtuosos en la opulencia, faltar á Dios y á la familia, destruir criminalmente la obra de la honradez y del trabajo; y luego escu-

sarse con la sociedad y blasfemar de ella y hablar de la vida como de una carga inútil y pesada que se arroja en un derrumbadero un dia fatigoso de verano?...

Renunciemos á ocuparnos mas de esos miserables: la sociedad á quien acusan, les arroja de su seno como hijos indignos que han puesto la vil mano en la persona de su padre y la torpe lengua en su honra.

Cuando Varner oyó hablar de suicidio á Gomez, sonrió disimuladamente: su proyecto avanzaba de una manera muy rápida: casi estaba seguro del triunfo.

Pidió, sin embargo, ausilio á la hipocresía, y dijo:

—Hablas de suerte, Jorge, que pones á mi amistad en grande alarma.

—Hablo como todos los desesperados que tienen formada una resolucion suprema é irrevocable.

—Y ¿en qué consiste esa resolucion?

Varner sabia que un hombre abocado á una catástrofe, dará tanto mas en ella, en cuanto su amor propio se halle mas comprometido por palabras imprudentemente proferidas. Hay espresiones y protestas que, repetidas frecuentemente, acaban por causar algo parecido á la pertinacia del ébrio.

—Esta resolucion consiste—contestó Jorge—en poner un término á mi vida si no hallo un remedio heróico para conjurar los males que me amenazan.

D. Carlos respiró libremente: habia traido á su amigo al terreno que él deseaba.

—Jorge—dijo—no es prudente gastar bromas de esta naturaleza en asuntos tan sérios.

—Lo que no es prudente—contestó el desgraciado esposo de Amelia—es dudar de la determinacion que tiene formada un hombre de mi entereza. Pese á quien pese, aun cuando debiera arrastrar al sepulcro á mi esposa y á mi hijo, no titubearé un momento. Figúrate, por lo tanto, si titubearé mucho menos cuando tengo la conviccion de que mi muerte es la única esperanza que le resta á mi familia.

—De modo ¿qué dejarás esta vida sin pesar y sin volver los ojos al mundo que te ha rechazado de su seno?

—No sin pesar, amigo mio; porque comprendo que la vida puede aun ser bella y agradable para mí; pero concibo que cualesquiera que sean los sacrificios que yo me imponga, no llegaré al término de mis deseos, y entre la muerte y la desesperacion no titubearé un momento.

El falso amigo no contestó por de pronto: hizo que reflexionaba, y al cabo de un rato dijo:

—Acabas de hablar de sacrificios sin condicion de ninguna clase. ¿Comprendes bien lo que has dicho?

Gomez miró fijamente á su interlocutor, porque temia interpretar equivocadamente el pensamiento que encerraba la pregunta de este último: Varner sostuvo aquella mirada, no con serenidad, sino con audacia.

—Comprendo lo que he dicho y estoy pronto á sostenerlo—respondió Jorge.

—Hay sacrificios muy costosos: piensa en ellos y dime si es que tu valor desmaya.

—Una pregunta nada mas: llevando á cabo un sacrificio, que supongo será enorme ¿obtendré lo que deseo?

—Obtendrás, yo lo fio, la cantidad que te hace falta para dar el gran golpe de que hablabas hace poco. ¿Te conviene?

—Me conviene—contestó Jorge de la manera mas resuelta.

—Piénsalo bien: reflexiona que algunas veces el peligro lejano no nos da miedo, como no pasamos cuidado de la deuda que ha de vencer dentro de mucho tiempo... Puedo pedir mas de lo que tú estás determinado á dar...

—Una palabra nada mas, y quedaremos perfectamente de acuerdo. Si yo creyese en las apariciones del diablo y supiera como traerle á este sitio desde el infierno, le llamaria cuantas veces fueran menester y entraria en tratos con él sin imponerle la menor restriccion.

Aquel horrible sacrilegio fué completamente del gusto de Varner: Jorge no presumia estar tan cerca del diablo como realmente lo estaba. El falso amigo sonrió maliciosamente y dijo:

—Enhorabuena; hazte cuenta de que has verificado el conjuro y de que yo soy ese temido y feo personaje.

—Tú nada puedes darme...—objetó Jorge con desprecio.

—Estás en un error ; puedo darte un consejo.

—Muchos me han dado en este mundo, y ninguno de ellos me ha producido lo que necesitaba.

—Pues con el mio no te acontecerá así. Si te digo que voy á ponerte en relaciones con un hombre que puede en un dia, en una hora, sacarte del conflicto, proporcionándote mas caudal que necesitas ¿qué has de contestarme ?

—Que tu remedio es muy poco heróico : tu hombre no pasará de ser un usurero...

—Jamás ha cobrado un real por los favores que ha prestado ; antes al contrario, ha derramado el dinero toda su vida.

—¿Es hacendado?

—Puede serlo con el tiempo.

—¿ Comerciante ?

—Algo de esto tiene, pero no es este el nombre con que la sociedad conoce á los individuos de su especie.

—¿Es acaso...

Varner se aproximó á su amigo hasta pegar los labios á los oidos de Jorge, y bajando la voz hasta el punto de hacerla apenas perceptible, dijo :

—No te canses porque nunca darias en ello. El hombre de quien te hablo es pura y simplemente un falsificador.

Gomez se estremeció de una manera espantosa y palideció cadavéricamente.

Habia resonado en su oido la palabra temida, la palabra fatídica: Crímen.

Estaba en el segundo período de su vida de jugador.

CAPITULO IV.

La víctima.

Dejemos á Jorge Gomez y á Carlos Varner que continuen su indigno diálogo, dejemos que, empujado por la necesidad y la desesperacion á que él mismo voluntariamente se ha abocado, trague el hijo del honrado D. Teodoro el anzuelo que le tiende su infame amigo; salgamos y alejémonos de esos lugares asquerosos que, llámense cárcel de corte, casa de la prestamista ó café de la fortuna, encierran únicamente á una coleccion de miserables contra cuyas acechanzas la sociedad debe perennemente estar en guardia; y dirijamos nuestros pasos á una morada en donde el ambiente se halla purificado por la respiracion del mas completo dechado de la virtud conyugal.

Desgraciadamente no nos es dable ir en busca de esa virtud allá donde la imaginacion se complaceria en colocarla: la fortuna trae vendados los ojos y á menudo se equivoca en el repartimiento de sus favores. Hermoso fuera, con efecto, que el ojo del hombre se acostumbrara á encontrar la virtud, mas que en un palacio, en un templo; consolador seria que la felicidad guardara las puertas de ese alcázar y que dentro de él todo respirara bienestar y murmurara palabras dulces en torno al ser que presidiera dentro del santuario de la dicha; pero entonces quitaríamos á la virtud el mas noble de sus atributos, el ser virtud á pesar de sus luchas con la desgracia.

¿Qué valor podria darse al merecimiento si encontraba su premio en este mundo? Ser virtuoso para ser feliz en la acepcion que los hombres dan á esa palabra, poco mérito tendria en una sociedad en que la dicha temporal es el sueño dorado, es el blanco de las aspiraciones de todos los hombres. Luchar y vencer, ser virtuoso en la desgracia, atravesar los dias de prueba con resignacion, pasar por entre las filas de aquellos que nos desprecian con la conciencia tranquila y la frente muy alta; esto es la verdadera virtud, esto es lo que deben premiar los hombres, admirar, imitar.

Vayamos, pues, en busca de la virtud hasta la calle ancha de San Bernardo en Madrid, y penetrando en un portal cuyo cancerbero tiene establecido en el fondo algo parecido á un taller de remendon, subamos una escalerilla que termina en el cuarto principal y único de la casa. En él vive Gomez desde que el vicio le obligó á renunciar al hogar de su niñez, vendiendo la casa de la calle mayor, santificada por la muerte de sus padres.

La nueva habitacion de Jorge no era, por otra parte, ninguna cárcel: tenia habitaciones, si no lujosas, decentes y hasta cómodas, especialmente aquellas que, como la de Amelia y la de su hijo Alberto, tenian balcones abiertos sobre un pequeño jardin, cuyo muro flanqueaba uno de los callejones mas tristes y desiertos de aquellos barrios.

En pos de las fincas habia recurrido Jorge á los muebles, vendiéndolos con pretesto de que no cabrian en la nueva casa á donde iban á reducirse; de suerte que únicamente algun mueble predilecto de Amelia y perteneciente á su gabinete particular, habia podido librarse de la general emigracion, y revelaba la distinta condicion en que se habian encontrado sus dueños. El antiguo lujo de la familia Gomez se revelaba pura y simplemente por algunos restos diseminados, bien así como en las ruinas de un monasterio se conservan preciosos fragmentos de sus destruidas esculturas, ó despues del naufragio arroja el mar á la playa algunas muestras de los tesoros que ha sepultado para siempre.

El gabinete de Amelia, contiguo al de Alberto, era una pieza de regulares proporciones, decorada, si no con lujo, á lo menos con esa limpieza estremada que es el mejor adorno del hogar doméstico. En

el fondo tenia un balcon, que ; como hemos dicho, se abria sobre el jardin de la casa, y dos puertas laterales comunicaban, la una con el cuarto de Alberto y la otra con un corredor por el cual, insiguiendo el monótono órden arquitectónico de las casas de Madrid, se iba, despues de doblar á derecha é izquierda, á la puerta contigua á la meseta de la escalera.

No entraremos en pormenores del mueblaje del aposento ; pero sí haremos especial mencion del escritorio ó papelera en que Jorge fué á buscar, en otro tiempo, el resto del dote de su esposa, encontrando en su lugar el papel que tanto habia mortificado su codicia y amor propio.

Amelia se halla sentada junto á ese mueble, que se encuentra abierto, y dentro del cual hay únicamente algunos papeles y legajos de cartas.

La esposa de Jorge tiene, como pueden calcular nuestros lectores, treinta y tres años de edad.

Tres lustros han pasado por ella sin haber podido alterar la pureza verdaderamente infantil que resplandece en su semblante. Pero en cambio, las lágrimas han dejado en él surcos que jamás se borrarán, y una palidez enfermiza ha sustituido los colores que en otro tiempo hubieran envidiado las rosas que inocentemente prendia en sus cabellos.

Sus ojos se han hinchado á fuerza de llorar : ya no tienen lágrimas, y la espresion de dolor que en ellos se retrata tiene un parecido notable con el sentimiento espresado por la Vírgen Santa, cuando al pié de la Cruz, acataba, sufriendo como nunca se ha sufrido, el fallo del Eterno Padre.

El seno de la pobre mujer se ha oprimido, y su respiracion es algo fatigosa. Sus manos son delicadas y blancas como siempre, pero tan descarnadas que no se adivina, ni su color de marfil deja presumir tampoco, por donde circula la sangre entre la piel y la osamenta.

Sin duda atraviesa Amelia uno de los momentos mas críticos y tristes de su vida, porque la espresion de su semblante y la desesperacion que revelan sus movimientos es tal, que indican una lucha violentísima entre la voluntad y la necesidad imperiosa.

Empieza á amanecer, y sin embargo su cama se halla intacta: la pobre mujer no se ha recogido en toda la noche. Tampoco su esposo se ha recogido; pero ¡en qué sitio tan distinto ha pasado el tiempo! ¡Qué ocupaciones tan opuestas le han entretenido léjos de su casa, separado de su familia!... Las dos bujías que arden encima del escritorio se hallan casi del todo consumidas: sin duda las horas se han deslizado rápidas para Amelia: ¿cómo no, si se ha estado ocupando del porvenir de su hijo? Así transcurren muchas noches para la pobre madre; pero al menos se fortifica con la presencia de su hijo, y cada vez que se siente desfallecer, corre al gabinete de Alberto, imprime en su frente un beso sin rumor, y aquel breve instante de felicidad la anima á continuar su ruda tarea y adelanta sin vacilar en el espinoso sendero de su vida.

Por el entornado balcon penetra en la estancia esa luz pálida y azulada de la mañana, que al iluminar el semblante de las gentes madrugadoras, y aun mas el de los que no se han recogido, da á sus facciones un tinte cadavérico, que se borra á medida que el sol desvanece las últimas nieblas de la mañana.

El mundo descansa aun á esta hora; es decir, descansa el mundo de los hombres de bien y de los felices: hay, sin embargo, otro mundo para el cual el dia y la noche han cambiado sus papeles, el mundo de las vigilias y de los insomnios, el mundo de las orgías, de la crápula, del juego, de los traperos y de los enfermos. La villa y corte de Madrid es digna ciertamente de ser estudiada á esa hora dudosa que no pertenece al dia ni á la noche, á esa hora en que despiertan los pobres trabajadores que cumplen el precepto de ganarse el pan con el sudor de su frente, y se recogen todos aquellos que, durante el imperio de las tinieblas, han faltado criminalmente á todos los mandamientos de la ley de Dios.

¿Veis aquel grupo de jóvenes que se van separando lentamente en la puerta del sol, con los ojos medio cerrados, y cuyo paso es tan perezoso y embarazado como las palabras que se dirigen unos á otros? Pues de fijo han pasado la noche en unos *andaluces* ó colmado, y ahora se dirigen á sus casas con la cabeza abrumada, y se tenderán en la cama de donde se levantarán incapaces para el estudio ó para el trabajo.

¿Veis aquellos dos caballeros que, sin decirse una palabra, caminan juntos á lo largo de una de las aceras de la carrera de San Gerónimo, sin poner de su parte medio alguno para abreviar la distancia que de su casa les separa? Pues salen indudablemente de una casa de juego, y asocian en la calle su humor sombrío como han asociado en el garito su desgracia. ¿Sabeis por qué caminan tan lentamente? Porque les espanta la soledad y la quietud del hogar doméstico, cuya vista ha de despertar en ellos el remordimiento y el desprecio de sí mismos.

¿Veis á ese apuesto caballero que abre interiormente la puerta de una casa, sale á la calle, vuelve á cerrar, se emboza hasta los ojos, y echa á correr, perdiéndose de vista muy pronto, y dejando oir á lo léjos, en un momento, los golpes secos de su rápido taconeo?.... Acercaos á él: va entonando en voz baja un pedazo de música cantada la noche anterior en el Teatro Real. Desde la ópera se dirigió al café suizo, cenó mal y caro, y en seguida entró furtivamente en una casa honrada, donde, seco el corazon, muda la conciencia, sembró el deshonor y la infamia, mancillando un nombre que el público está acostumbrado á pronunciar con respeto.

¿Veis á aquellos dos chulos de mala traza, que á pocos pasos de distancia el uno del otro, caminan, ó mejor corren; dando de encontronazos á cuantos topan al revolver una esquina, y dispuestos, segun parece, á nunca dar con el término de su rápida caminata? Apartaos de ellos: esos hombres vienen huyendo, quieren ganar á todo trance los barrios bajos, y una vez en ellos, vereis como desaparecen ni mas ni menos que si la tierra los hubiera engullido. Vienen de cometer un delito; mañana los diarios en sus gacetillas darán el grito de alarma, relatando al público que en la calle de tantos, número cuantos, se llevó á cabo un robo con fractura, sobre el cual el activo juez del distrito instruye diligencias, que al fin y al cabo terminan generalmente por un sobreseimiento por falta de pruebas.

¿Veis, por fin, á una mujer jóven, casi una niña por sus años, de rostro ajado y traje descompuesto, que sale de una escalerilla con todos los honores de camino del infierno? Esa mujer ha puesto en venta la posesion de su hermosura: ayer podia desafiar con serena mirada á las mas encopetadas damas de Madrid, de las cuales era ri

val en la pureza; hoy camina con la cabeza caida sobre el pecho y no volverá á levantarla hasta tanto que las miradas insolentes de los unos, ó de desprecio de los otros, ó de compasion de unos pocos, ya no harán salir á su rostro unos colores que ella sustituirá perennemente con el carmin preparado y la pasta de almendras que se espende al efecto en todas las perfumerías.

Hé aquí algunos de los cuadros que la realidad traza en el vasto panorama madrileño cuando el alba ilumina confusamente sus calles; cuadros espuestos al público y pertenecientes á una escuela mas digna de ser estudiada que la de Rafael ó la de Murillo, con ser los dos príncipes de la pintura.

Aquella escuela se llama de las miserias humanas.

Volvamos, empero, al lado de Amelia: harto hay que estudiar en la casa de un hombre vicioso.

El silencio que reina en la cámara de la jóven es interrumpido por los pasos de una mujer anciana que se introduce en la estancia tomando toda suerte de precauciones para no interrumpir el sueño de su señora, á la cual supone entregada al descanso. La luz de las bujías sorprende á la anciana; pero aun mas su sorpresa aumenta á la vista de Amelia que se halla escribiendo y parece absorvida completamente por esta atencion.

La recien llegada es Luisa, la antigua ama de Amelia, que ha asociado generosamente su suerte á la de aquella bondadosa mártir. La buena mujer ha llegado á ser algo mas que la servidora de la familia, es la amiga de su señora, la confidenta de sus temores, la consoladora de sus penas. Pero como en la familia de Gomez empieza á reinar la estrechez, Luisa ha tenido que renunciar á las prerogativas debidas á sus virtudes y constancia, y desempeña todas las faenas de la casa, reuniéndose en su persona los cargos de ama de llaves, doncella, cocinera, y cuantos mas comprende la servidumbre alta y baja de una familia acomodada.

Y sin embargo, todo lo desempeña con igual afabilidad, y nunca Amelia habia estado tan bien servida, ni aun en aquellos tiempos en que su marido disipaba locamente los tesoros de su padre y de su esposa. Luisa habia envejecido bastante y su cuerpo empezaba á inclinarse hácia el suelo, iman particular de la tumba que atrae el

cuerpo de los ancianos previniéndoles por anticipado el fin que les aguarda próximamente. Pero como no existe mejor estímulo que el de la voluntad, de ahí que Luisa, pese á sus años, cumpliera por sí sola como pudieran hacerlo tres criados escogidos en aquel tiempo en que aun habia que escoger entre criados.

Amelia no reparó en su fiel servidora; pero esta, que tenia un deseo vehementísimo de ejercer el cargo de hermana mayor, ya que su modestia no la permitia titularse madre ni aun para regañar á la que amaba como á una hija, empezó á remover y sacudir los muebles, bien fuera para atender á la limpieza de la casa, bien fuera para llamar la atencion de Amelia, y entablar con ella un diálogo, que muy á menudo tenia lugar, aunque casi siempre sin avenencia entre las partes.

Con efecto, al rumor producido por Luisa, se estremeció Amelia y volvió la cabeza como recelando una sorpresa; mas cuando hubo reconocido á su amiga, prosiguió el escrito que tenia empezado, sin dar señales de ocuparse poco ni mucho de la presencia de la anciana. Era esto un caso raro ciertamente, porque nunca faltaba Amelia al saludo que Luisa era siempre la primera en dirigirle todos los dias.

Semejante distraccion no podia menos de alarmar el cariño de la fiel servidora. Y como el cariño, especialmente el de los ancianos, es curioso de suyo, Luisa quiso averiguar los motivos de una conducta que mortificaba su amor propio y ponia en compromiso la buena idea que de su discrecion tenia formada.

Para empezar una conversacion es indispensable, no obstante, un pretesto: Luisa se dirigió al lecho de Amelia, y haciendo que se apercibia por primera vez de que estaba intacto, dijo, como hablando consigo misma:

—¡Hola!... ¡hola! esta cama no ha sido usada... ¿Es posible que la señorita no se haya acostado en toda la noche?

Amelia volvió la cabeza y con una mirada confirmó la suposicion de Luisa.

—¡Bien!... ¡muy bien!...—dijo esta.—A ese paso muy pronto realizará V. su propósito de darnos un que sentir. Y apostaria á que ha pasado V. la noche escribiendo... ¡Pues!... como siempre. V. está empeñada en destruirse.

Luisa hablaba en ese tono amable y regañon á un tiempo de las personas que por su edad, y aun mas por su cariño, se creen con facultades para fingir que están de mal humor y escatiman una caricia á aquellos mismos á quienes se comerian á besos, como vulgarmente se dice.

Amelia comprendió el verdadero dolor que encerraba aquella franca reconvencion, y cuando sospechó que los ojos de Luisa se iban á humedecer con lágrimas, trató de contener aquella esplosion poniendo en sus labios una sonrisa, que nada tenia de alegre, pero que al fin y al cabo era una sonrisa.

Esta demostracion tranquilizó en parte á la buena servidora, que renunciando al tono airado, adoptó el opuesto ó sea el de la compasion y la ternura.

—¡Pobre ama mia!...—dijo.—Van quince años que sus ojos no cesan de llorar... Quince años de matrimonio, y ni un solo dia de felicidad completa... ni una hora.

—Te engañas, mi buena Luisa; yo soy feliz muchas veces al dia.

—¿Cuándo?—preguntó la anciana con desconfianza.

—Cuando contemplo á mi hijo, cuando pienso en él.

Y contradiciendo sus propias palabras, lanzó un suspiro de lo mas hondo del pecho.

—Sin embargo—replicó Luisa—apostaria á que ha consagrado V. toda la noche á la memoria de su hermoso Alberto, y ningun resultado favorable hemos obtenido de esa vigilia.

—Estás en un error: mis vigilias darán su resultado un dia ú otro, no en favor mio, porque yo soy la mujer de un jugador y conozco que he de bajar con él al fondo del abismo; pero me resignaré tanto mas con mi desgracia en cuanto esté mas tranquila respecto del porvenir que aguarda á mi hijo.

—Por lo que hace al señorito Alberto, puede V. descuidar: ¿Acaso no se ofreció su tio de V. á servirle de padre cuando le faltara por completo el cariño de aquel que le dió la naturaleza?

Amelia suspiró tristemente. Ha de ser muy sensible para una madre pensar en que su hijo nada puede prometerse del hombre puesto por Dios en el mundo para servirle de apoyo y de guia.

—Por esto mismo—prosiguió Luisa—creo que hace V. muy mal

destruyendo su salud y mortificándose sin motivo. V. no es razonable, señora, y yo debo reñirla á V.; mucho que sí; soy su amiga mas antigua, su servidora mas fiel, y esos dos títulos me dan un derecho para decirla: hace V. mal, muy mal, en pasar los dias devorando sus penas y las noches dando á ellas libre rienda. Si continua V. de esta suerte, va V. á enfermar, y entonces; ¿que será de esta casa?

—¿Qué quieres, amiga mia?... No tengo otros momentos de libertad que las horas de la noche. Las dedico á dar cuenta de mi situacion al único pariente que se interesa por mí; y Jorge no sabrá por este medio que su esposa invoca el auxilio ageno contra la desgracia que le depara el que mas debia interesarse por ella.

—Mentira parece, señorita; pero yo vine sospechando esa degracia desde el dia fatal en que se corrió el velo que ocultaba á nuestros ojos la conducta del señorito. Un jugador no tiene enmienda, y la primera vez que un hombre pone el pié en una casa de juego, mereceria que imprimiesen en su frente un letrero que dijera: ¡es un infame!

—Luisa, yo no puedo tolerar que se llame con ese nombre al padre de mi hijo.

—Buen padre nos dé Dios... Para lo que le aprovecha... V. debiera maldecir y aborrecer al señorito.

—¡Yo!—esclamó Amelia poniéndose súbitamente en pié.—¿Podria yo olvidar nunca lo mucho que le he amado; lo que le amo aun? Imposible. No se comprende, Luisa; yo misma no me esplico en qué consiste cierto impulso secreto que me encamina hácia él; y por ser dueña de su corazon, por merecer su amor como otras veces, por oir resonar en mis oidos las dulces palabras que oyeron en mi juventud y que aun resuenan en ellos como el eco de la mas agradable de todas las músicas, daria mi vida en este mundo y una parte de la felicidad que pueda caberme en el otro.

—Señorita, ¿está V. en su juicio?—dijo Luisa alarmada al ver la exaltacion de Amelia.—¿Sabe V. que el Señor podria á V. castigarla por unas palabras tan destituidas de buen sentido?

—¡Castigarme!... ¿Por qué, Luisa?... Antes abrigo la íntima confianza de que el cielo perdonaria mis faltas si mereciese llevar á presencia de Dios un alma que se descarriaba y que el amor habria redimido.

—Vaya un amor el de D. Jorge... ¿Acaso tiene mas pasion que la del juego, ni tendrá otra en su vida?

—¡Calla, Luisa, calla! Cualquiera que sea mi desgracia, no me arrebates á lo menos la esperanza de salvar á mi esposo. Si tal no esperase, ¿por qué no he de decirlo? ¡dejaria que el dolor me matara!

Amelia pronunció estas palabras con acento resuelto. A pesar de de las faltas de su esposo, á pesar del abandono en que este la tenia, á pesar de que un corazon menos bello hubiera tenido razones de sobra para maldecir al causador de su desgracia, la noble esposa doblegaba resignadamente la cabeza y pronunciaba el nombre de su marido con ese cariño que hace traicion al disimulo mejor estudiado. ¿Quién en vista de tales ejemplos, repetidos harto á menudo, pretenderá poner en claro los misterios del amor? ¿Quién entrará á profundizar los pliegues del corazon, cuando el número de los fenómenos supera en mucho al de los que obedecen la ley natural que nos enseña amar á los que nos aman, estar agradecidos á los que nos hacen bien?

La esposa de Gomez, jóven aun, bella todavía, no se vió ciertamente libre de las acechanzas que una multitud de hombres que juegan con el honor de sus propios amigos, dirigen contra la mujer del prójimo. En torno á las esposas, de quienes públicamente se sabe que son desgraciadas, giran una porcion de reptiles de salon, que se enderezan como pequeñas serpientes, si no se les aplasta con el pié en el punto mismo en que abren la boca para morder. Un número inmenso de tontos vestidos á la última moda, se afanan por ser los consoladores de las esposas afligidas, y tal habrá entre estas que en un momento de despecho, dejándose seducir por los argumentos de la venganza, quite voluntariamente de sus sienes la corona de blancas rosas con que una madre amante y celosa adornó á su hija cuando se iba á dirigir al altar.

Amelia habia sido confundida al principio de su matrimonio con el vulgo de las mujeres de quienes sus maridos no hacen caso; pero no hay mujer que no sea respetada muy pronto cuando quiere de todas veras serlo.

Sus pretendientes fueron alejándose de ella, y para mejor ocultar su derrota, al separarse de su lado, ponian en sus labios una sonrisa fátua, como diciendo: qué tonta es esa mujer...

Un hombre, uno tan solo, no desistió de su temerario y criminal empeño.

Ese hombre estrechaba todos los dias la mano de Jorge; Judas de la amistad, besaba al amigo á quien trataba de vender.

Carlos Varner seguia con la tenacidad del criminal el propósito que hacia quince años habia empezado á alimentar.

A fuer de hombre perverso comprendió desde luego que inútilmente trataria de vencer la resistencia de una mujer que cifraba su única esperanza en el amor de su esposo, muy superior á cuantas desdichas llovian sobre ella por conducto del sér amado; pero como D. Carlos no era hombre que reparase en los medios empleados para conseguir su objeto, habia formado la resolucion de poseer á Amelia, y en verdad que una infamia mas ó menos no habia de hacer mas negra la biografía de aquel miserable. La buena esposa que se hubiera creido harto menos pura en el mero hecho de que otro que ella, incluso su esposo, hubiese tenido noticia de las perversas intenciones con que Varner habia fijado en ella una mirada acostumbrada á todas las profanaciones, ocultó su secreto en el fondo de su alma, y se avergonzó por aquel hombre que tan descaradamente faltaba á las leyes de la amistad y del decoro.

Por un momento estuvo tentada de poner el hecho en conocimiento de Jorge; pero Amelia tenia ya un ejemplo del furor que causaba á su esposo la simple sospecha de que un seductor pusiera los ojos en ella: si Varner hubiera sido un caballero, quizás la jóven habria tratado de disuadirle de un empeño tan temerario; pero tenia la firme persuasion de que una mujer no debe humillarse nunca ante el hombre que es incapaz de comprender lo que son sentimientos nobles, y se resolvió á luchar, escudada en su virtud, sin querer saber tan solo cual seria el éxito por lo que hiciese relacion á su tranquilidad, aunque perfectamente tranquila por lo que toca á su honra.

Amelia vivió desde aquel instante en guardia contra el audaz seductor.

Varner, por su parte, aguardaba el desenlace con igual tranquilidad, aunque esta naciese de fundamentos muy distintos. Colocados en esta respectiva posicion encontramos á la paloma y al milano.

Reanudemos ahora el hilo del interrumpido diálogo.

—Su esposo de V.—dijo Luisa—es indigno del amor que V. le profesa.

—Yo no debo averiguar sino que es mi esposo : el que otro no cumpla con sus deberes, no me exime á mí de cumplir los mios. Además, hay en ese amor algo superior á la idea del deber, hay el impulso del corazon. ¿ Crees, acaso, que yo desconfio de recobrar el amor de Jorge ? Veo que se está arruinando tras una pasion funesta, comprendo que de la manera mas desatinada nos empuja á todos hácia la miseria... Y bien, los pobres, Luisa mia, tambien se quieren, y yo algunas veces me tranquilizo diciendo para mí : Jorge puede amarte aun ; al fin y al cabo no te abandona por otra mujer ; ámale mucho, y un dia comprenderá que hay pasiones mas dulces, sensaciones muchísimo mas agradables que las esperimentadas en el juego. ¡ Ah ! Soy tan feliz cuando me dejo acariciar por esas ilusiones...

Luisa no se atrevió á desvanecer tan hermosa preocupacion: se necesita tener el alma muy dura para decir á una mujer enamorada como Amelia : ¡ Estás loca ! donde entra la pasion del juego, salen todos los afectos puros, para no volver á entrar en la vida...

—Bien, señorita, muy bien ;—dijo la anciana—mejor quiero verla á V. acariciando tan dulces pensamientos, que abatida como hace poco estaba. Hablemos, pues, de otra cosa. Ayer noche estuvo en casa el caballero Varner.

—¿ Estaba Jorge cuando vino D. Carlos ?

—No, señora, ni tampoco el caballero preguntó por él, sino por V., señorita.

—Y tú ¿ qué le respondiste ?

—Que V. no recibia á ninguna hora, no estando presente su esposo.

—Y él ¿ qué respuesta te dió ?

—Ninguna : se quedó contemplándome un gran rato con aquella risita tan indigesta que siempre tiene en los labios, y se marchó diciendo : está bien, volveré. Dé V. parte, sin embargo, de mi visita á la señora.

—¿ Tuvo bastante audacia para hacerte ese encargo ?—dijo Ame-

lia encolerizada y olvidándose de que Luisa no tenia antecedente alguno para esplicarse aquel rapto inesperado.

—Toma..... Pues cuando ha reparado él en las palabras que pronuncia... Si el señorito supiera qué buena pieza se ha echado para amigo íntimo... Pero ¡ quiá ! si le tiene robado el cuerpo y el alma... Vamos á otra cosa , ama mia , porque yo perderia los estribos con pensar nada mas en ese hombre. El amo hace dias que.....

Luisa se detuvo : sin duda iba á pronunciar palabras que le repugnaban.

Iluminóse de repente la mirada de Amelia y un pálido color de rosa tiñó por un momento sus mejillas.

Queria adivinar lo que Luisa no se atrevia á decir, y la sonrojaba el papel que le correspondia hacer delante de una criada. Afortunadamente Luisa comprendió lo que pasaba en el interior de Amelia, y con esquisito tacto trató de reparar su imprudencia.

—Si le doy á V. parte de esto,—dijo—es porque V. me tiene dicho que jamás verifique compra alguna sino al contado ; porque como, gracias á Dios, no hay crédito ni fama parecidos á los de esta casa, no diré yo lo necesario, sino el mercado entero pondrian á nuestra disposicion. Quiero decir, por lo tanto...

—¿Si has de continuar en el mismo sistema ?... Mucho que sí, Luisa, mucho que sí.

—En este caso, como ya he dicho á V. que el amo por lo visto se habia descuidado de... Y como en este tiempo se han consumido mis...

La buena anciana prorumpió en llanto copioso: no acertaba con las palabras, es decir, no podia acostumbrarse á la idea de que en aquella casa, un dia tan poderosa, faltase lo mas preciso para la subsistencia.

Amelia contemplaba á Luisa con cierta estupefaccion que se parecia al entontecimiento. Tampoco comprendia de una manera clara el sentido de aquellas reticencias, ó si lo comprendia, no daba en la esplicacion de su propio estado. Abrigaba de mucho tiempo la idea de la ruina de su casa, pero jamás pudo creer que descendiera hasta la verdadera miseria.

—Habla, Luisa,—dijo—tus palabras encierran un secreto fatal.

Quiero saber lo que pasa, y tiemblo de adivinarlo. Es menester que tú me lo confirmes... Habla, yo te lo mando.

Luisa no acertaba en la manera de salir del paso: buscaba palabras de dudoso sentido, de doble interpretacion, y ninguna hallaba de estas condiciones. Por último, como despechada de sí misma, rompió en llanto y dijo:

—Vamos, señorita, yo no puedo decir que en esta casa falta para el pan del dia presente.

Amelia lanzó un grito desgarrador y se cubrió el rostro con las manos para ocultar su vergüenza.

No estaba preparada para aquel golpe; no creia que tan pronto hubiese de llegar al fondo del abismo, por donde se sentia resbalar hacia ya mucho tiempo.

La impresion que en ella causaron las revelaciones de Luisa fué sobremanera brusca, hasta el punto de que por un momento la privaron de toda sensacion. El mundo, la vida se presentó á sus ojos como un caos impenetrable: zumbaron en sus oidos palabras estrañas, y sus ojos, fijos, inmóviles, miraban sin ver, y el suelo sobre el cual tenia sus piés asentados parecia hundirse, dejándola como suspendida en el espacio y combatida por todos los huracanes sociales.

La anciana servidora no pudo menos de apercibirse de aquella sensacion amenazadora, y procurando disculparse á sus propios ojos por haber levantado una punta del velo que encubria tales desgracias, dijo:

—Perdóneme V., señorita; yo nunca lo hubiera dicho si V. no me lo hubiera mandado. Tampoco hubiese indicado á V. la mas mínima cosa si hubiera podido atender por mí sola á las necesidades de la casa; pero... permítame V. decirlo en justificacion mia, hace mucho tiempo que mis servicios no tienen mas recompensa que la muy grande que siento al prestárselos á Vds.; mis ahorros se han ido consumiendo; nada mas puedo sacrificar á V., porque nada mas me queda. ¿Cree V. que si me hubiera quedado para hoy, hubiera mortificado á V. hasta mañana?...

A medida que la buena anciana iba vertiendo, entre lágrimas, semejantes espresiones, Amelia parecia salir de un profundo letargo: abria los ojos á la realidad, á la realidad que era la desgracia, la ruina, la miseria.

—Con que, segun te espresas—fué diciendo lentamente—hace ya algunos dias que mi hijo, yo, mi esposo mismo, vivimos de limosna. ¿Y quién nos la hace? Una criada á quien no se le paga su salario... ¡Oh, vergüenza!

—Una criada...—repitió Luisa con acento harto triste.—¿Cree V. que no es mas que una criada la persona que ha hecho por V. semejante sacrificio?... Mal digo sacrificio: ¿para qué conservo yo la sangre de mis venas sino para tener el gusto de ofrecérsela á V. un dia toda entera?

Amelia no pudo resistir por mas tiempo á los impulsos de su corazon. La desgracia la habia hecho injusta por un momento; debia una reparacion á aquella mujer tan fiel, tan adicta; y no halló mejor medio de espresar su deseo, que arrojarse en los brazos de su antigua ama. El grupo que resultó de este movimiento era verdaderamente interesante: la hija del pueblo y la gran señora confundian sus personas á impulsos de un mismo sentimiento, el amor.

El grupo se deshizo despues que entrambas mujeres dieron satisfaccion cumplida á la necesidad de su efusion.

—Calma,—dijo Amelia, procurando afectar serenidad—calma es lo que habemos de menester.

—Calmémonos, pues, señora—contestó la anciana, que no deseaba otra cosa.

—Jorge—prosiguió la desgraciada esposa con bastante dificultad—puede haber padecido una distraccion; estoy segura de que es así como yo lo digo.

—Y yo tambien—añadió Luisa, resuelta á dar la razon á su ama en todo y por todo.

—Por consecuencia, nada le digas de lo ocurrido: podria ofenderse de que su conducta hubiera sido mal interpretada.

—Lo que V. quiera, señorita; pero V. misma me indicará el medio para...

Amelia no tuvo esta vez necesidad de pedir mas aclaraciones.

—Voy á hacerlo: hoy mismo, dentro de una hora, tendremos dinero.

—¿De veras, señorita?—esclamó alegremente Luisa, acostumbrada á que su ama venciera otras veces situaciones parecidas, dando

dinero que una mano previsora depositaba á tiempo en uno de los cajones del escritorio.

—Será posible, mediante que te comprometas á llevar á efecto un pequeño sacrificio.

—El de mi vida, señorita; ya se lo he dicho á V.

—No tan grande: el de un poco de amor propio, cosa que, segun veo, es mas fácil de sacrificar en estos tiempos.

Y tirando de un cajon del escritorio, sacó de él un medallon de oro guarnecido de piedras preciosas.

—Toma;—dijo poniéndolo en manos de Luisa—es un relicario de mi madre que contiene asimismo cabello de mi hijo. De sobras tengo entendido que hay en Madrid casas de usureros que prestan sobre joyas: dirígete á una de esas casas, y dí que te den por ese medallon aquello en que lo estime cualquier judío.

—¡Cómo, señora!—dijo Luisa—¿Se desprende V. de una joya dos veces santa?...

—Es lo único que hasta el presente habia puesto á salvo de la rapacidad de mi esposo. Pero no tengo derecho á conservar una prenda de valor, cualquiera que sea la estima en que yo la tenga, en tanto que Alberto no tiene con que alimentarse el dia de hoy. Anda, cumple tu encargo: mi madre me perdonará como yo perdono á mi esposo.

Luisa fué á retirarse sin responder palabra alguna: Amelia la detuvo, y dijo:

—Un momento nada mas: quiero despedirme de esa memoria, que Dios sabe cuando volveré á recobrar.

Y aplicando el relicario al corazon, se puso de rodillas y murmuró una plegaria. En seguida besó ardientemente la joya, y devolviéndosela á Luisa, la indicó por señas que fuera á cumplir con aquel penoso mensaje.

En el mismo momento resonó un golpe seco en la puerta de la escalera.

—¡El amo, señora!—esclamó Luisa alarmada.—¿Qué hago? ¿Empeño la joya?

—Sin duda alguna, y de hoy en adelante guárdate muy bien de ir con pretension alguna á mi esposo: no quiero que tenga que sonrojarse delante de sus criados...

Un nuevo golpe, que retumbó en el interior de la casa con mas fuerza aun que el primero, indicó á las dos mujeres la impaciencia y el mal humor con que Jorge llamaba á la puerta.

Amelia sonrió con amargura.

—Corre á abrir á tu amo;—dijo—la noche habrá sido borrascosa y tiene prisa por desahogar en alguno su mal humor.

—Diré que está V. recogida aun, y de esta suerte no podrá pegarla sino conmigo—contestó la generosa sirvienta.

—Nada de eso; puedes decirle que le aguardo; y si ves que entra en este cuarto, corre al lado de Alberto y haz que no se entere de lo que aquí pasa.

—Pero señorita, yo creo que hace V. mal en esponerse á tener una reyerta con el amo. Está V. exaltada...

—Ni por pienso,—dijo Luisa afectando una tranquilidad que estaba muy léjos de sentir—jamás me he encontrado mas dispuesta á tener con Jorge una entrevista de esta naturaleza. Cumple, pues, mis órdenes.

Luisa salió temblando: preveia una catástrofe.

En cuanto á Amelia, cerró el escritorio lentamente, se arrimó á la chimenea, apoyó el codo en el mármol y la cabeza en la mano, y en esta actitud aguardó á Jorge, diciendo:

—Veamos el lenguaje que emplean los padres cuando vienen de jugar el último pedazo de pan de sus hijos...

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se abrió la puerta del cuarto, y apareció Jorge.

CAPÍTULO V.

La leona y su cachorro.

No habia necesidad de examinar muy atentamente al recien llegado para comprender que Amelia habia adivinado perfectamente el sitio de donde salia Jorge y la suerte que en aquel sitio le habia cabido.

Pálido el semblante, ojeroso, la frente empapada en abundante sudor, el cuerpo presa de un temblor convulsivo, el traje en desórden, y mas desordenado aun el todo de su persona, tal apareció Jorge á la presencia de su esposa. Esta le dirigió una mirada tan significativa y fué tan marcada la espresion de su rostro, que no se vertiera mejor con palabras la siguiente idea:

—Hé aquí un hombre que ha descendido al último grado de su abyeccion.

Mas como Jorge venia preocupado por una idea fija, se sentó bruscamente, sin saludar siquiera á su esposa, y sin tomarse el cuidado de moderar el tono de sus palabras, dijo:

—Señora, ha llegado el caso de que medie entre V. y yo una esplicacion muy clara.

—¡Hola!...—contestó Amelia con cierta ironía amarga—con que una esplicacion...

—Y al final de ella habrá que tomar una resolucion muy grave, y sobre todo muy terminante.

—Perfectamente. Hé aquí que, sin saber como, nos encontramos uno y otro animados de un mismo deseo. ¡Es asombroso!... Quizás sea esta la primera vez que nos acontece así al cabo de quince años de matrimonio.

—¿Lo toma V. á broma, señora?... Cuidado que el asunto es mas grave de lo que V. quizás se figura...

—¿Qué ha de ser?... Puede V. hablar todo lo formal que sepa, que yo prometo oir todo lo formal que pueda.

Y abandonando su primitiva actitud, fué á sentarse frente á frente de su esposo.

—Empiece V.—dijo.

Jorge no se prometia aquel frio recibimiento; pero de todos modos no se sentia nada inclinado á cambiar de táctica; ni aun cuando lo hubiera creido prudente, el estado de irritacion en que se hallaba se lo hubiera permitido.

—Ante todo, debe V. saber que estoy completamente arruinado.

Amelia no hizo movimiento alguno que indicase la mas mínima sorpresa.

—Y ¿qué mas?—preguntó con toda frialdad.

Esta pregunta lacónica desconcertó á Jorge, el cual por un largo rato permaneció contemplando á su mujer en silencio. Amelia imitó la conducta de Jorge, sin manifestar impaciencia ni asombro.

—Mucho me estraña, señora—dijo el esposo—que acoja V. tan impasible la noticia que acabo de darla.

—Pues qué ¿sorprende por ventura á nadie la realizacion de lo previsto y de lo inevitable? Si arroja V. una piedra al cielo ¿le sorprenderá á V. que, por efecto de su propio peso, venga á caer sobre la tierra?

—De esta suerte, nada tiene V. que manifestar una vez conocido nuestro estado...

—Tengo á lo menos que manifestar muy poco, una simple pregunta. Y una vez arruinado ¿qué pretende V. hacer?

—Esto mismo se me ocurrió preguntarla á V., señora.

—¡A mí! ¿Pues de cuando acá la prevision ha dejado de ser la gran virtud de los hombres? V. que hasta el presente ha despreciado mis consejos, desoido mis súplicas, insultado mis lágrimas ¿cómo

se dirige á esta débil mujer para que le saque del atolladero en que se ha introducido? V. que es el dueño, el fuerte, el prudente, de sobra habrá calculado de antemano la manera como se sale de semejantes ahogos. Por mi parte estoy tranquila, completamente tranquila.

—¿Y en qué funda V. esa tranquilidad tan intempestiva, señora? —preguntó Jorge reprimiéndose.

—La fundo en que no es fácil que exista un hombre tan endurecido que se arruine con toda premeditacion, y no haya discurrido el modo de salvar la existencia de su esposa, ó al menos de su hijo.

—¿Podria V. indicarme de que manera?

—Yo ignoro las leyes que rigen en los sitios que V. frecuenta; pero cuando se engaña á una mujer sencilla é inesperta, cuando se defrauda en sus intereses á un niño inocente ¿qué ley ni qué delicadeza le impedia á V. hacer una jugarreta á sus mismos compañeros y alzarse con una parte de sus propias pérdidas?

—¡Señora!—esclamó Jorge, poniéndose en pié y retratada la indignacion en sus facciones—¿sabe V. el nombre que se da al hecho que me pondera como tan laudable?

—Se llamará... fullería, infamia... tal vez estafa... ¿Es alguno de estos nombres el que se le da?

—Los tres, señora. ¡Y V. me propone que yo me deshonre hasta ese punto!

—¡Oh!... con que esto seria una deshonra... Perdone V., caballero: como yo hace mucho tiempo que estoy acostumbrada al simple y único trato de V., voy olvidándome de lo que algun dia entendí sobre esas materias.

—¡Amelia! ¡Me insultas!...—esclamó Jorge palideciendo de coraje y avanzando un paso hácia su esposa.

—Insultarte... nunca ha sido este mi propósito—dijo Amelia, temblando ligeramente.

—Su marido de V. no se ha deshonrado, ni se deshonrará nunca hasta el estremo que V. le propone. Sabe demasiado lo que debe al nombre que lleva, y jamás corresponderá con una estafa á una deuda de juego, á una deuda de honor.

—Deuda de honor...—dijo Amelia con sarcasmo—llamar deuda

de honor á una deuda contraida en aquellos sitios donde se funden y aniquilan tantas honras... ¡ Es el mas sangriento de todos los insultos !... Bien han hecho los jugadores en llamar á esas deudas deudas de honor : si así no lo hicieran, habria quien creyese que el dinero que por tal concepto pasa de una mano á otra, es mas deshonroso que el dinero que se arroja á los piés del verdugo.

Jorge hizo un movimiento amenazador, pero su esposa no contrajo, ni aun ligeramente, el semblante.

—No le temo á V.—dijo resueltamente.—Ha hecho V. mal en empezar este diálogo confesándome su verdadero estado : lo único que podia haberme contenido era el horror de la noticia que V. se ha apresurado á darme. Una vez gustada la copa, la amargura es la misma aun cuando se apure el cáliz hasta las heces.

—Pláceme, señora, que se coloque V. en semejante terreno. El desenfado anima á suprimir inútiles cumplimientos y rodeos que á nada conducen. Hablémonos, pues, como dos personas que se conocen perfectamente.

—Diga V.

—Digo que estoy arruinado, y necesito dinero.

—¿ Qué mas ?

—Que al decir, lo necesito, he querido decir : me es indispensable, lo quiero.

—No seria del todo malo que lo encontrase V.

—Nada mas fácil, si V. quiere, señora, puesto que á V. le sobra lo que á mí me falta. V. tiene dinero, y ese dinero me pertenece. ¿Está V. dispuesta á entregármelo ?

—Y ¿ dónde supone V. que guardo yo ese caudal cuya posesion le tiene á V. tan impaciente ?

—Aquí—contestó Jorge descargando un golpe seco sobre el escritorio de su esposa.

Amelia metió mano en su bolsillo, sacó una llavecita y la entregó á su marido. Este lanzó un grito de alegría, y era tal su preocupacion que sus temblorosas manos ni aun acertaban con abrir el mueble. La idea de la posesion del oro le crispaba, como la seguridad de verter sangre trae fuera de sí á la fiera que se revuelve dentro de su cueva.

Pero todas las pesquisas de Jorge fueron infructuosas: tiró de todos los cajones, abrió todos los secretos, revolvió todos los rincones y esparció todos los papeles: en vano, enteramente en vano; no encontró una joya, una moneda, un objeto cualquiera que representase ó tuviera un valor. Entonces lanzó á Amelia una mirada de cólera, y dijo:

—¿Ha tratado V. de burlarse de mí, señora?

—Burlarme de V... No comprendo.....

—Acabo de decir que necesito dinero indispensablemente, y me oculta V. el que posee.

—¿Y quién ha dicho á V. que yo poseo ese dinero? V. mismo acaba de ver lo contrario.

—Lo que yo he visto es que V. está tratando á su esposo como á un chiquillo. ¿Qué ha hecho V. de una fuerte suma cuya anotacion tenia V. guardada en uno de los secretos de su escritorio?

Amelia hizo un signo de inteligencia, y contestó, sonriendo siempre con la misma amargura:

—Ya lo ve V.: aquella cantidad ha tenido la misma suerte que todas las cantidades que entran en esta casa. Se ha perdido.

—¡Cómo!

—Muy sencillamente: cada uno tiene sus pasiones y se deja arrebatar por ellas, Dios sabe hasta que punto. V. tiene las suyas, yo las mias: yo no me quejo cuando V. se arruina; haga V. otro tanto por lo que á mí toca.

—Señora, esa es una escusa ridícula que yo no puedo tomar en cuenta; una mentira en la cual no creo.

—Y hace V. muy mal, caballero. ¿Por qué no cree V. cuando yo lo digo, lo que yo estoy obligada á creer cuando V. lo oculta? ¿Tiene nada de particular que yo me arruine, si V. es el primero en darme el ejemplo para ello? De cualquier modo que esto haya sido, no eche V. en olvido que yo me he limitado á derrochar lo mio, mientras V. derrochaba lo suyo y lo ageno. Si estas esplicaciones no le bastan á V., lo siento mucho, pero nada mas tengo que añadir á ellas.

Reinó un momento de silencio: Jorge temblaba de ira, y á pesar de todo hacia esfuerzos inauditos para contener la esplosion de su furor. No se esplicaba la serenidad de su esposa, ni aquella frialdad

con que se hacia culpable de una malversacion en que Jorge no creia. Por fin, hizo un esfuerzo supremo, y dijo:

—Mal camino ha emprendido V., señora: ha contado V. con mi aquiescencia, y se ha equivocado por completo. Ha llegado el momento en que mi amor propio ofendido se subleva y me ordena pedir á V. cuentas de su conducta. ¿Qué significa, señora, esa cantidad que tenia V. depositada sin mi permiso? ¿Qué significa el misterio de que quiere V. rodearse en este asunto? Yo vengo decidido á obtener una esplicacion, y supongo que será V. mas pródiga de palabras que de dinero.

—Y supone V. bien,—contestó Amelia con enérgica entonacion—porque yo tambien deseaba que llegase el dia de rendir cuentas, y á mi vez le pregunto á V.: ¿dónde está el patrimonio de su padre? ¿dónde está el caudal de su esposa?

—Yo soy el jefe de esta casa, y á nadie debo dar cuentas de mi conducta.

—Está V. en un error, y error muy grande, caballero. Enhorabuena que, abandonando á su esposa, con quien se casó V. por mera especulacion á lo que se ha visto, tuviera V. la sangre fria de preparar su ruina, despues que la habia arruinado ya en sus ilusiones: todo esto supone simplemente desamor, frialdad, y yo no podia hacer que V. me amara á la fuerza. Pero desde el momento en que vino al mundo nuestro hijo, tenia V. que velar por él, no solo á impulso del amor, sino del deber, y al malbaratar su patrimonio, al destruir el mio, despojaba V. á su hijo, robaba V. al inocente Alberto; y esto supone dos cosas, señor mio, cobardía y crueldad.

—¡Señora!—esclamó Jorge levantando la mano sobre Amelia.

—Podrá V. matarme, caballero; pero no conseguirá V. interrumpirme hasta que haya dicho cuanto tengo que decir á V. ¿No ha asegurado V. que era llegado el momento de rendir cuentas? Por Dios que entrambos las rendiremos. Cuando nuestro Alberto vino al mundo, creí que el mundo se trocaria para mí en un pedazo de cielo, porque no habia llegado á comprender que se pudiera ser padre y voluntariamente sumir á un hijo en la miseria. Me habia engañado completamente: era V. ¡sensible es decirlo! mucho peor de lo que yo me habia figurado....

—¡ Amelia ! menos insultos, ó no respondo de mí mismo...

—¡Jorge! menos amenazas, ó no respondo ni aun de mi desprecio.

La jóven pronunció estas palabras con una dignidad tal, que su esposo permaneció por un momento confundido por aquella mirada de reina ofendida , por aquel acento de gran dama agraviada.

Amelia prosiguió:

—Gracias á V. hemos descendido al abismo : no tenia V. necesidad de venírmelo á decir; estaba perfectamente enterada de ello; mejor tal vez que V... ¡ Oh ! no haga estremos ni signifique en gestos que lo duda: V. ignora sin duda que hace ya algunos dias que vivimos de la caridad de una criada, y que hoy mismo, para que no faltase en esta casa lo que no falta en la de los pobres mismos, pan que llevar á la boca, he tenido que desprenderme de mi última joya; un relicario que se estrajo del cadáver de mi madre y contenia un recuerdo de mi hijo... Vea V. si estoy bien enterada, y si tengo ó no motivos para exigir de V., no un arrepentimiento estéril, sino la reparacion de tantos daños.

Estas palabras de Amelia causaron, al parecer, sensacion profunda en su esposo. Aparecia á los ojos de una mujer, no tan solo como un hombre vicioso que tiene embotados los sentimientos naturales, sino como un perdido, un tronado, segun decir se suele, que vivia á espensas de aquellos mismos á quien debia mantener.

Pero, como estaba de Dios que en todo y por todo debia errar el camino de la reparacion, despues de haber errado el de su conducta anterior, el desdichado Jorge, al medir el abismo en que se habia precipitado, pensó que se podria salir de él á fuerza de audacia y haciendo el último estremo para recobrar por el vicio lo que en el vicio habia perdido. Amelia hubiera perdonado de buena gana á su marido, mas aun, se hubiera creido feliz, si este hubiese redimido con una lágrima tantos años perdidos miserablemente en dias entregados á la crápula y noches consagradas al juego... Desgraciadamente Jorge no vió mas que su pobreza presente, y su imaginacion se elevó tras las quimeras que de continuo le perseguian como malos genios que el averno hubiera vomitado espresamente para ser los compañeros inseparables de aquel hombre que ya conceptuaba presa suya.

—Oyeme, pues:—dijo Gomez á su esposa.—Yo he faltado; no puedo ni quiero negarlo: yo he consumido estérilmente el caudal de mi padre y el dote tuyo, que constituian en el porvenir el patrimonio de mi hijo; yo daria de buena gana mi existencia por suprimir esos últimos quince años de mi vida, que pesan sobre mi corazon ahogándole de la manera mas implacable. Con todo ¿no es verdad Amelia que al dirigirme tan justos cargos, no has tratado de introducir la desesperacion en mi alma, y que de antemano tienes previsto que al perder nuestra fortuna, no se ha perdido hasta la esperanza de recobrar la felicidad?

—¿Cómo renunciar á ella? ¿Quién aumenta sus pesares negando á Dios en los momentos de desgracia?

Amelia tenia necesidad de amar á Jorge, y esa necesidad le inclinaba á creer en sus propósitos de enmienda.

—Pues bien—prosiguió Gomez con animacion creciente—la esperiencia de la desgracia no ha sido para mí perdida del todo: el camino del vicio puede conducirme aun al de la virtud.

La esposa de Jorge se iba enterneciendo; sentia impulsos de abrir los brazos á su marido y perdonarle en nombre de Dios que á todos los arrepentidos perdona; pero una voz secreta le aconsejaba no precipitarse: hay muchas conversiones aparentes, como hay muchas virtudes farisaicas.

—Yo puedo—continuó Jorge—recobrar mucha parte de lo perdido, y esto cuando tú quieras. Pronuncia una palabra, y nuestro hijo volverá á ser feliz y poderoso, y yo te juro no pisar en los dias de mi vida ni aun siquiera las calles en que estén sitas esas casas infames donde se destruyen las ilusiones de la vida, donde se enseña á embotar los sentimientos mas delicados del alma. ¿Quieres mas? ¿Quieres una prenda de la sinceridad de mis palabras? Pues bien, yo romperé con todas esas falsas amistades, sacerdotes de Baal que me arrastran á quemar incienso en aras de funestas divinidades. Si quieres, saldremos de Madrid, estableceremos nuestro domicilio en una ciudad de provincia, en una aldea, si es preciso, donde no me persigan los recuerdos animados de mi pasada vida. Allí viviremos el uno para el otro, y entrambos para nuestro hijo; y cuando Dios nos llame á sí, tú te presentarás al pié de su trono, diciéndole: ¡Per-

donadle, Señor, pues viene arrepentido y bautizado con mi llanto!

Amelia temia no poder resistir la impresion de tan dulces sensaciones. Jamás pudo ambicionar una vida mas tranquila; era demasiado feliz, y sintió que sus ojos se humedecian con lágrimas de un dulzor como no las habia llorado hacia quince años. ¡Oh! un momento de felicidad como aquel, bien bastaba para desquitarse de una vida entera de sufrimientos y de desesperacion.

—¡ Jorge ! ¡ Jorge !—esclamó.—Si despues de haberme hecho divagar por ese cielo, me precipitas nuevamente en el abismo á que estábamos entrambos abocados, serás el mas cruel de todos los hombres.

—Ya te lo he dicho: una palabra tuya puede realizar ese milagro de felicidad.

—¿Una palabra mia?... Toma mi alma, si es menester. Pronuncia esa palabra; haz que yo la sepa; mira que la impaciencia puede matarme antes de pronunciarla...

—Entrégame esa cantidad que hasta el presente vienes ocultándome, y la transformacion se ha obrado.

Amelia no comprendió bien la demanda de su esposo.

—No comprendo...—dijo.—La cantidad ¡que yo conservo, que yo te oculto.....

—La misma,—contestó Jorge.—Recobra esa cantidad, confíamela una sola noche, yo la quintuplicaré en pocas horas, y una vez dueño de ese capital, nos retiraremos del mundo y realizaremos el bello porvenir que te he descrito.

Si de repente hubieran anunciado á Amelia la mayor de las calamidades que podian sobrevenir sobre ella, no la hubiera afectado con mucho lo que las últimas palabras de su esposo. Con que, aquellos ensueños de felicidad, aquellas palabras de consolacion, aquel amor en que la heróica esposa se hubiera estasiado, aquel porvenir tan próximo como bello, ¿ era destruido, hundido sin piedad, por aquel hombre que manchaba sus afectos mas puros con la idea fija, constante, invariable del vicio? Con que no contento Jorge, despues de haber amargado durante quince años la existencia de aquella pobre mujer ¿tenia la bárbara complacencia de hacerla remontar al cielo, para hundirla, con doblado pesar, en el abismo de su propia situacion? Amelia sabia ya que su marido se hallaba domina-

do por el vicio del juego; pero ignoraba que esta funesta pasion le hubiese privado hasta de compadecer á sus víctimas.

Sin embargo, ya puesta en tan duro trance, si la imágen de la felicidad la habia dispuesto por un momento á ser compasiva y hasta olvidadiza, la conviccion de su desgracia la devolvió toda su energía. Volvió á ser lo que hasta entonces habia sido; una madre que está resuelta á defender á sus hijos con el mismo desesperado valor de la leona que cubre con su cuerpo el del cachorro que quiere robarle un osado cazador.

—¿Con que—dijo con cierta sonrisa, que mas tenia de temblor convulsivo—lo que tú pretendes es que yo ponga en tus manos la suerte de mi hijo; que yo te confie el único resto de su fortuna, última esperanza que le queda para no tener mañana que implorar la caridad pública al lado de su madre?... ¿No es esto?...

—Esa cantidad se la devolveré quintuplicada en veinte y cuatro horas: ya te lo he dicho.

—¿Quintuplicada por medio del juego?...

—Por medio de una combinacion segura que es el fruto de quince años de desgracia.

—Pues bien, aun cuando esa ilusion de jugador tuviera que realizarse mas puntualmente que se realiza el curso del sol; aun cuando tuviera yo la candidez inaudita de fiar en cálculo de jugador alguno, aun cuando lo que ha de ser, segun tú dices, efecto de una jugada azarosa fuese consecuencia de un principio tan fijo como tu destino, tan seguro como mi desgracia; jamás, Jorge, jamás arrojaria la fortuna de mi hijo encima de un tapete verde.

—¿Que no me entregarás lo que te pido?—preguntó Jorge asombrado.

—Que no, que no, y que no!

—Aun cuando te lo pida de rodillas...

—Aun cuando me lo pidiera de igual modo mi madre que está en la tumba.

Jorge se estremeció: aquella resistencia habia exasperado su carácter de una manera grande. Frunció sus negras cejas, procuró reprimir el temblor convulsivo que agitaba todo su cuerpo, y echándose para atrás los cabellos húmedos que se habian pegado á su frente, dijo con acento resuelto:

—Está bien, señora: á cada uno su derecho: yo voy á invocar el mio. ¡La cantidad que tantas veces te he pedido con la enojosa porfía del mendigo que implora una limosna, ya no la pido, la exijo!

Amelia presintió que aquella tempestad doméstica iba á arreciar cuanto antes; pero disimuló perfectamente la mala impresion que semejantes escándalos ejercian sobre ella. A la intimacion de Jorge, contestó únicamente:

—Si de esa cantidad dependiera mi existencia, ni un momento titubearia en entregártela; pero depende el porvenir de Alberto, de nuestro hijo, y por tí y por mí me niego ahora y siempre.

—Estráñame, señora, que teniendo tan presentes los deberes de una madre, olvide V. tan fácilmente los de esposa.

—Deberes son inseparables de aquellos por los cuales lucho contra tu sinrazon.

—Estás equivocada, Amelia. Cuando una mujer se enlaza en matrimonio, recibe de Dios la órden de acatar en todo y por todo la voluntad de su esposo. Deja de pertenecerse á sí misma, vive para aquel que la confia su honra y la de su nombre, y una vez atado el lazo conyugal, que únicamente la muerte puede romper, el marido entra á ser el jefe de la familia y la esposa le debe obediencia entera y ciega. ¡Faltar á ella es faltar al precepto de Dios!

—¿Manda Dios, acaso, que las madres arruinen á sabiendas á sus inocentes hijos?...

—Dios manda que obedezcas, y tú obedecerás de grado ó por fuerza, porque yo tambien lo mando.

Y dando un paso hácia Amelia, la cogió por la muñeca con la misma fuerza que si para ello hubiera empleado unas tenazas. La pobre criatura ahogó como pudo un ¡ay! de dolor, y dirigió á Jorge una mirada sublime implorando compasion, al mismo tiempo que sus labios pronunciaban de la manera mas dulce que era dable:

—Toma mi sangre, pero no me pidas lo que no es dable otorgarte...

—Es que ya no pido, señora;—esclamó Jorge con voz enronquecida por la ira, y sacudiendo violentamente el brazo de Amelia—he dicho ya que exigia, ¿lo entiende V. bien? ¿Sabe V. lo que quiere decir en mi boca: yo lo exijo?

—¡Jorge! ¡Jorge! ¡Por amor de Dios y por tu honor mismo, que no cometas el crímen de arruinar tambien á tu hijo!

—He dicho que exijo ese dinero—repitió el desdichado sin oir las súplicas de su esposa,—y aguardo tu postrera resolucion...

Amelia hizo un esfuerzo desesperado, y desprendiéndose de las manos de su esposo, tomó una actitud llena de dignidad.

—Mi última resolucion está tomada: ¡no entregaré ese dinero; no, y mil veces no!

Esta especie de reto colmó la ira de Jorge.

—¡Infame!—esclamó avalanzándose amenazador sobre Amelia.

La jóven lanzó un grito de terror y cayó de rodillas cruzadas las manos sobre el pecho, como el mártir que aguarda el golpe de muerte. Su esposo tenia levantado el puño sobre ella, amenazando descargarle con la fuerza del loco en el momento de sus mas grandes escesos... Un momento mas, y podia acontecer una catástrofe.

En aquel mismo instante se abrieron á un tiempo dos puertas laterales.

Por una de ellas apareció el jóven Alberto, que corrió á colocarse delante de su madre.

Por la otra entró Varner que se lanzó sobre Jorge, conteniendo el impulso de su brazo.

—¡Madre!...—dijo el niño temblando de espanto y resguardando detrás de su cuerpo el cuerpo de Amelia.

—¡Jorge!—gritó el falso amigo, luchando con las desesperadas convulsiones del jugador.

Este cuadro se prolongó durante algunos segundos: únicamente la fisonomía de la jóven habia perdido la espresion del espanto, dando lugar al de la vergüenza. Era la pasion que en ella dominaba en aquel momento.

Como buena madre todo lo sacrificaba gustosa por su hijo, como mujer prudente comprendia la mala impresion que debia causar en un niño de la edad de Alberto el espectáculo que inopinadamente aparecia á su vista.

Amelia se ruborizaba por Jorge: este no comprendia, ó no estaba en el caso de comprenderlo, todo el valor que tenia la mirada que le dirigió su esposa. Aquella mirada entrañaba una súpli-

ca: era indispensable que Alberto presenciara la reconciliacion de sus padres, como habia presenciado el incalificable comportamiento de Jorge.

Todo esto tuvo lugar sin que ninguno de los circunstantes rompiera el silencio.

Varner fué el primero en turbarlo, porque indudablemente era el que mayor dominio ejercia sobre sí mismo y trabajaba insiguiendo un plan anteriormente trazado.

—¡Jorge, amigo mio, detente! reflexiona que quien hiere á una mujer no merece ser mirado á la cara por un hombre.

—¡Necesito ese dinero!—esclamó Jorge fuera de sí.—¡Yo mando en mi casa!...

—¿Quién lo pone en duda?...—dijo Amelia con acento apenas perceptible.—Todo lo de esta casa es tuyo.

—¡Falso!, señora ¡falso! V. me le usurpa; V. permite que hasta los criados me insulten con su conducta.

—¡Yo! yo, Jorge mio, que daria mi vida por verte convertido en el hombre mas respetado de sus semejantes...

—Menos que la vida, mucho menos, la he pedido á V., y se me ha negado. ¿Consiente V. en darme la cantidad que la pido?

Amelia clavó en Alberto una mirada llena de amor, y se fortificó con la vista de su hijo.

—¡Jamás! —respondió.

Y como Jorge hiciera otro de sus bruscos movimientos, Alberto se colocó delante de su madre, estendiendo sus brazos cual si quisiera ponerla á cubierto de cualquiera agresion.

—¡Sácame de esta casa, Varner!—gritó Jorge.—Yo acabaria por cometer un crímen en ella...

Y sin aguardar á que Varner le empujara, se precipitó fuera de la puerta, lanzando á todas partes miradas siniestras y prorumpiendo en gritos amenazadores, ni mas ni menos que un loco.

El primer movimiento de Amelia, una vez se halló á solas con Alberto, fué examinar el efecto que la conducta de Jorge habia ejercido en su hijo.

El niño se hallaba escesivamente pálido, y de sus rasgados ojos se escapaba, en direccion á la puerta, una mirada en la cual su madre

leyó como la espresion de una amenaza. Amelia tembló entonces mucho mas que cuando se habia hallado directamente amenazada por su marido. Alberto permanecia inmóvil y un ligero temblor estremecia de cuando en cuando su cuerpo. Insensiblemente su mirada fué adquiriendo esa vaguedad propia de los que fijan el pensamiento en escenas lejanas, que toman proporciones corpóreas á los ojos del alma.

Su madre creyó adivinar los objetos que su hijo veia durante aquella especie de alejamiento de la vida real, y no quiso permitir que Alberto alimentase semejantes pensamientos.

Porque aquellos pensamientos, siquiera bullesen en la mente de un niño, con todo eran un crimen á los ojos de su madre.

Amelia despertó á Alberto imprimiendo un beso en la frente del niño sobre la cual se habia empezado á estender una nube sombría. El niño volvió lentamente los ojos hácia su madre, y sin duda esta vista cambió el curso de sus ideas, pues una risa casi infantil asomó á sus hermosos labios.

—¿En qué pensabas, hijo mio?—preguntó Amelia.

—Pensaba—contestó Alberto sin titubear—en que Dios castigará sin duda muy terriblemente á los hombres que en este mundo maltratan á las débiles mujeres.

Amelia levantó los ojos al cielo y lanzó un suspiro: habia adivinado el pensamiento de su hijo.

—Dios, mi querido Alberto—dijo la escelente madre—aminora muchas veces su cólera cuando se le desarma con la oracion por los estraviados. Pero es indispensable que esa oracion le sea dirigida por un alma purificada de toda debilidad, un alma que viva para amar, un alma no manchada por la sombra de rencor alguno. Póstrate, hijo mio, y pide á Dios por tu padre, que es mucho mas desgraciado que nosotros.

A pesar de este encargo, Alberto permanecia de pié: sin duda no estaba muy conforme con las ideas de su madre. Amelia empezó á temer por Jorge, creyendo que el Señor habla muchas veces por boca de los niños.

—Oye, Alberto: cuando los niños vienen á este mundo, Dios les ordena que amen á sus padres y sacrifiquen por ellos sus afectos y sus odios. ¿Quieres á tu madre, Alberto?

El niño, por toda respuesta, se arrojó en brazos de Amelia y cubrió de besos su rostro.

—Bien, hijo mio; nunca he dudado de tu cariño; pero es menester que igual afecto profeses á tu padre ¿lo oyes? yo lo quiero y Dios lo quiere tambien, y los niños que son buenos no pueden descontentar á su madre.

—Le querré—dijo Alberto lacónicamente.

—Está bien; y ahora escucha atento lo que voy á decirte. Cualquiera que sea la conducta de tu padre, no entres á juzgarla, hijo mio; tú no tienes esperiencia ni derecho para apreciar su modo de obrar. Júrame, empero, que nunca dejarás de amarle, de defenderle, de socorrerle y de pedir á Dios por él con la misma eficacia con que pidas por tu madre.

Alberto estendió la mano con solemnidad, y pronunció lentamente estas dos palabras:

—Lo juro.

—Júralo, aun cuando tu madre fuera mas desgraciada de lo que es hoy dia...

Alberto derramó una lágrima, y repitió la misma frase con igual solemnidad.

—Lo juro.

—Júralo, aun cuando tuviéramos que sentir desgarrado nuestro pecho á causa de una separacion larga, tal vez eterna...

El niño titubeó un momento: la idea de separarse de su madre le aterraba, y cual si temiera que aquella desgracia pudiese acontecer en aquel momento, lanzó una mirada fiera y abrió los brazos como si quisiera aprisionar en ellos á su madre.

Pero Amelia le detuvo con un simple gesto, en que el niño entrevió una ráfaga de severidad.

—Lo juro...—murmuró entonces Alberto temblando por haber dado que sentir á su madre un solo instante.

—Dios te lo agradecerá, hijo mio, como yo te lo agradezco; y en prueba de ello recibe mi bendicion: ella alejará de tu cabeza las desdichas que pudieran amenazarla.

Alberto se inclinó con religioso respeto, y su madre le bendijo, murmurando una oracion que los ángeles mas bellos y mas puros repitieron sin duda á los piés de la Vírgen, que es la protectora de todas las madres amantes y la madre de todos los niños desamparados.

CAPITULO IV.

Dinero á toda á costa.

Jorge salió del aposento de Amelia en el estado que ya conocen nuestros lectores.

Seguíale, ó mejor arrastrábale su ángel malo, D. Carlos Varner. Y los ángeles malos conocen perfectamente la ocasion oportuna en que deben deslizar palabras seductoras al oido de sus víctimas.

El desdichado jugador se hallaba en disposicion de oir y aceptar cualquier consejo funesto: no se encontraba en el caso de oponer resistencia á plan alguno, mediante que este plan le trajese dinero.

Dominado por la ilusion de aquella jugada que á su decir debia proporcionarle montes de oro, exasperado por la resistencia que le habia opuesto su esposa, abocado, ó mas bien precipitado ya en el abismo de la miseria, debiendo, para mayor vergüenza, hasta su precisa subsistencia á la largueza de una criada; todo conspiraba de consuno á fin de que Jorge diera un paso adelantado en aquel sendero que linda con el término del camino recorrido por los tahures. Preocupado por un cúmulo de ideas á cual mas terrorífica, se hallaba en la posicion de aquellos náufragos, que habiendo perdido toda esperanza de salvarse, cierran los ojos, y sintiéndose empujar y combatir por las olas, ignoran si á cada nuevo embate se aproximan á la playa ó se alejan de ella. Siéntense luego arrastrados hácia el fondo

de un abismo, zumba en sus oidos el agua que traidoramente les abre paso; y en seguida la voz de la tempestad ahoga el grito supremo de su agonía.

Cuando un infeliz se encuentra en semejante estado ¿á qué tabla de salvacion no se agarrará con la tenacidad, y hasta con la alegría del que se libra de una muerte cierta?

Tal era propiamente la situacion de Jorge. Cualesquiera que fuesen las condiciones mediante las cuales le ofrecieran salir del cruel estado en que se hallaba, era indudable que las aceptaria.

El precio le era enteramente igual: su tranquilidad, su vida, hasta su honra. Verdad es que de ninguna de esas tres cosas le quedaba gran cantidad de que disponer.

Cuando Varner creyó que su víctima se hallaba dispuesta para ser sacrificada impunemente, dijo á su oido:

—¿Quieres dinero?

Jorge se estremeció, fijó la mirada en D. Carlos, y contestó resueltamente:

—A todo trance.

—Sígueme, pues, y lo obtendrás esta mañana misma.

Y cogiendo del brazo al pobre Gomez, le introdujo en una de esas botillerías sospechosas para todos los hombres de bien, en las cuales se adiestra á los mozos á servir sin curiosear y á dejar á solas á los parroquianos.

Haremos á nuestros lectores gracia del diálogo que medió entre ambos personajes; únicamente diremos que no tuvo necesidad el caballero Varner de emplear gran caudal de elocuencia para convencer á un hombre que únicamente deseaba ser convencido. Media hora escasa permanecieron entrambos compañeros en aquel sitio: cuando salieron de él, Varner conducia á Jorge por el brazo como se conduce á un loco ó á un ébrio.

Dejemos que juntos se encaminen allí donde Jorge encontrará el dinero cuya posesion tanto le preocupa, y volvámosle á encontrar á eso de las diez de la mañana, hora en que por la plazuela de la Cebada se dirige al Rastro, tomando la misma ruta que otra vez hemos visto recorrer á Varner.

El semblante de Gomez es escesivamente pálido, su respiracion

entrecortada, los pensamientos que le agitan son tempestuosos sin duda. A menudo detiene el paso; parece que le asaltan terribles dudas, hace un movimiento como si tratase de emprender la retirada, y luego, cual si rechazara alguna imágen penosa, emprende de nuevo su camino, enjugándose el copioso sudor que empapa su rostro.

Otras veces lleva la mano al bolsillo interior de la casaca, saca un papel, lo contempla con repugnancia, hasta con horror, y en seguida hace ademan de irle á romper sin consideracion alguna. Pero se detiene de pronto, demuestra ostensiblemente la lucha que viene sosteniendo en su interior; y guarda de nuevo el papel cuyo simple tacto le impresiona de la manera mas violenta.

Todas esas evoluciones las observan y estrañan los paseantes: lo que se les escapa es que á cada una de aquellas, aparece una nueva cana entre los cabellos de Jorge y otra arruga, siempre mas profunda, surca su frente.

Gomez, por su parte, se ahorraba la impresion que sin duda le hubiera causado la estrañeza pública: nada veia, nada oia, inclusos los dicharachos de la gente del bronce, que desahogaba su acostumbrado buen humor á espensas de aquel *señorito* que gesticulaba ni mas ni menos que el galan de las comedias.

De esta suerte llegó Jorge hasta una escalerilla de nosotros ya conocida: en ella le aguardaba su inseparable Varner.

La impresion que recibió este á la vista de su amigo hizo decirle:

—¿Qué es esto, compañero? ¿Te falta el valor en el instante preciso? Piensa bien en el paso que vamos á dar: la menor indiscrecion, la simple falta de serenidad, puede escitar sospechas, y entonces las consecuencias serán fatales.

Jorge se arrimó á la pared de la escalerilla, descansó un momento, se enjugó el sudor, compuso su desordenado traje, y procuró dar á su fisonomía cierto aire de tranquilidad que estaba de él muy distante.

—Ya estoy sereno,—dijo engañándose á sí mismo.—¿Qué hay que hacer mas? ¿Has cumplido tu encargo?

—En este momento estará doña María quitando el polvo á las onzas que debemos llevarnos.

—Estás seguro de que el pagaré no se pondrá en circulacion hasta el dia de su vencimiento?

—Ninguna duda te quepa. Mas tú ¿estás asimismo seguro de que llegado ese dia, habrás reunido el caudal necesario para reembolsar á la prestamista ?

—Si así no fuera ¿cómo me hubiera yo atrevido á dar este paso? ¿Sabes lo que me aguardaria al fin de él si ese documento fuese reconocido? La marca que infama y el presidio que mata...

Y Jorge se estremeció al decir estas palabras como si hubiera sentido en su espalda la impresion del hierro candente. En un instante habia perdido de nuevo toda su serenidad.

—Estamos á tiempo aun : si el paso que hemos de dar te atemoriza, volvámonos, amigo mio.

Varner estaba bien seguro de que su amigo no renunciaria á la posesion de un caudal que, por decirlo así, habia deslumbrado ya sus ojos. Gomez hizo un movimiento brusco, y penetrando resueltamente en la escalerilla, dijo :

—Vamos : cuando llegue la hora de morir, no será el verdugo quien se encargue de mi cuerpo.

Sin decir una palabra, ambos amigos empezaron á subir la escalera, deteniéndose en la puerta del piso principal.

Varner llamó á ella con el desenfado de un amo de casa y la criada, mucho mas amansada que estuvo en otra ocasion, introdujo á los dos amigos ante D.ª María de las Mercedes, nuestra antigua conocida, la de las metamórfosis.

La viuda habia sacado á relucir sus mejores galas, como pudiera hacerlo para asistir á una gran ceremonia. Pero aquellas galas distaban mucho de parecerse á las de la opulenta dama de la calle de Hortaleza, ataviada con toda la ostentacion y mal gusto de una manola improvisada gran señora: la prestamista del Rastro se habia acomodado á las exigencias de su nueva posicion, y vestia un traje adecuado al papel que representaba, compuesto de un vestido de seda cuyo lustre natural habia sido sustituido por ese brillo peculiar que adquieren las ropas cuando han sido usadas durante un respetable período de tiempo; un camisolin, resto sin duda del ajuar nupcial de alguna jóven rica que regaló los desechos á su doncella, y

una papalina con flores de todos los jardines y cintas de color de fuego, combinado todo por una mano mas práctica sin duda en fabricar moñas para los toros.

Para la gente del Rastro D.ª María estaba imponente; para cualquier persona de mediano gusto, estaba ridícula.

A la vista de nuestros dos amigos, entró en prolijos cumplimientos y se escusó ante todo por no haber tenido tiempo para cambiar de traje, viéndose obligada á recibirles con harta franqueza, mentira que fué dicha con tanta serenidad que de seguro no convenció sino á quien la proferia. En una palabra, á fuerza de querer Curra hacerse la gran dama, se llegó á poner fastidiosa hasta lo insoportable.

Varner sentia grandes impulsos de risa: Jorge fuertes tentaciones de abandonar el puesto.

Terminados los insípidos cumplimientos, cambiaron las caras de espresion; D. Carlos se puso medio formal y Gomez medio sereno; y aquel tomó la palabra en los siguientes términos:

—Apreciable D.ª María, tengo el gusto de presentar á V. á este mi íntimo amigo, de quien hace tiempo le tengo á V. hablado, y que dentro de poco tendrá el placer de contarse entre los primeros capitalistas de Europa.

Curra se levantó de la silla, y por querer hacer una reverencia, por poco se sienta en el mismísimo suelo: Jorge, que se sentia malo en aquel sitio, apenas correspondió con una ligera inclinacion de cabeza.

—Mi amigo—prosiguió Varner descendiendo al ignominioso papel de petardista, que le sentaba tan bien como el de tahur—ha concebido un proyecto gigantesco que está á punto de poner por obra. Este proyecto consiste en arrendar el agua de todas las fuentes de Madrid, de suerte que no se estraiga una sola cuba sin su permiso y satisfaciendo el importe que, por supuesto, él fijará de antemano. ¿Qué le parece á V. del proyecto, amiga mia?

—¡Soberbio!—contestó entusiasmada la prestamista.

—Figúrese V.; un artículo tan indispensable..... ¿Quién puede librarse de pagar lo que el señor disponga? Es cuestion de ganar un dineral en quince dias; se entiende, si no llueve; porque está pactado en

la contrata, que el público puede recoger en pilones, cubas, vasijas, ó en el modo que mejor le convenga, el agua que directamente caiga del cielo.

—¿Y V. cree que el pueblo no murmurará del impuesto? Los madrileños son temibles...

—¿Y para qué están los franceses en Madrid, señora? ¿Cree usted que los coraceros del rey José I se entretendrán mucho en contemplaciones con el pueblo, si acaso este se desmanda?... Pero no tema usted: el señor es un rentista de primera calidad y ha encontrado el medio seguro para evitar que el pueblo murmure del impuesto sobre el agua...

—¿Y qué medio es ese?—preguntó la viuda cuyos instintos codiciosos se habian escitado poderosamente.

—Suprimir el impuesto sobre el vino.

Era necesaria toda la impudencia de Varner, toda la desesperacion de Gomez y toda la ignorancia de Curra, para contener la risa, vertiendo ó escuchando semejantes despropósitos.

—Me parece muy oportuno—dijo la prestamista,—y desde ahora aseguro que la especulacion será muy lucrativa.

—Es indudable,—respondió el petardista—pero como mi amigo ha tenido que hacer cuantiosos desembolsos para obtener esta concesion, necesita levantar algunos capitales para atender á la marcha regular de sus negocios.

Aquí tomó Curra un aire de importancia ridícula, que aumentó la repugnancia que Jorge sentia hácia ella.

—En semejante caso—prosiguió D. Carlos— y no conviniendo á mi amigo hacer público el estado de su caja, ha recurrido á mi amistad, seguro de que yo encontraria el medio para redondear la operacion que tiene entre manos, sin menoscabar en lo mas mínimo su bien sentado crédito.

—¿Y en qué puedo yo servir á ese caballero?—preguntó Curra, volviendo á levantarse de su asiento.

—El mismo se lo dirá á V., amiga mia—contestó Varner, clavando en Jorge una mirada de inteligencia.

Gomez no atinaba con las palabras que habia de poner en sus labios. Comprendia todos los delitos menos el de estafa.

Pero la alternativa no podia ser mas absoluta.

O renunciar al oro que se habia hecho la anticipada ilusion de poseer, ó confirmar las groseras mentiras de su amigo, y cometer un crímen de aquellos que atan un grillete infamante al pié de sus perpetradores.

A pesar de todo, dudó un momento. Varner hubo de repetir su mirada, temiendo que Jorge se dejase arrastrar por un sentimiento de instintiva repugnancia hácia el crímen. Pero estaba ya dado el primer paso, y ya no era posible retroceder: habia de por medio testigos que en lenguaje penal se llaman cómplices.

—La señora pregunta—dijo Varner—qué cantidad necesita V. para hacer la gran jugada.

—Diez mil duros—contestó Gomez, despues de una breve pausa.

Curra hizo en su silla un movimiento parecido al del hombre sorprendido por una cercana detonacion.

—Diez mil duros...—murmuró con aire de desconfianza.—Digo, y ¿qué me dejará el señor en garantía de ese tesoro?

—Tesoro...—repitió Jorge con el tono despreciativo del que ha derrochado diez veces una fortuna.

—Este caballero—dijo Varner—dejará en garantía su firma, una de las mas acreditadas en el comercio de Madrid.

—Una firma...—fué diciendo entre dientes la prestamista, que no comprendia como se pueden soltar mil veces diez duros llenando el hueco que dejan en el arca con un pedazo de papel que contiene simplemente cuatro garabatos.

—La firma de mi amigo—dijo D. Carlos—es moneda contante en la plaza de esta villa, y si no apela al crédito de sus amigos, es porque no le conviene admitir socios en la empresa portentosa que va á inaugurar. Ya he dicho á V. el nombre de ese caballero, y creo que tiene V. motivos para saber que su fortuna no es de hoy precisamente.

—Con efecto,—contestó la antigua viuda bajando los ojos—hace quince años el señor y yo estuvimos en relaciones bien poco agradables, aunque nunca me cupo la honra de conocerle personalmente.

Jorge hizo uno de esos gestos que quieren decir cualquier cosa y que cada uno se esplica del modo que quiere.

—No hablemos del pasado, señora;—dijo Varner cortando la conversacion—nadie puede asegurar á donde le conducirán las simpatías ó antipatías que abriga durante su juventud. Lo que conviene es fijarse en el presente y poner á Vds. de acuerdo en sus intereses: este es el modo de hacer olvidar el pasado, ó al menos recordarlo sin resentimiento.

—Por lo que á mí toca,—respondió Curra—basta que el señor sea quien es y que V. se empeñe... ya sabe V. lo que le tengo dicho: yo no soy mujer de grandes recursos... he tenido que pedir prestada parte de la cantidad que al señor le hace falta.....

Y aquí empezó la prestamista á ensartar los mil y un inconvenientes y dificultades que todos los usureros aprenden de memoria al dedicarse á su oficio, y cuyo único objeto consiste en aumentar el premio ó interés del dinero.

Jorge empezaba á impacientarse: habia oido decir muchas veces que el camino del crímen, en contraposicion al de la virtud, era ancho y espedito, y en sus cálculos no habia entrado el resistir por tanto tiempo las impertinencias de una dama de aquella naturaleza. Pero Varner, que comprendia lo que pasaba en el alma de su amigo, aprovechaba las menores distracciones de Curra, para hacerle una seña ó deslizar á sus oidos una palabra, animándole á proseguir aquella farsa criminal con la esperanza del lucro inmediato.

—Vamos, mi buena amiga,—dijo D. Carlos—todo esto se reduce á dar mayor realce al servicio de V.....

—No es esto; pero V. sabe á que precio está el dinero... —añadió la prestamista dirigiéndose á Gomez.

—Por las nubes, señora... ¿A quién se lo cuenta V.?...—dijo Varner.—Pero no se trata de esto. Ya he tenido el gusto de esponerle á V. hace poco que el señor no regatea. Tiene entre manos una gran jugada, y no perderá la ocasion de verificarla por unos cuantos reales mas ó menos. ¿No es verdad, amigo mio, que se trata de dar un golpe seguro?

—¡Segurísimo!—respondió Jorge con el entusiasmo fanático del jugador.

—Ya lo ve V., señora: una buena palabra, y guardaremos eternamente el recuerdo de esta entrevista.

—¡Eternamente!...—murmuró Jorge, ahogando un suspiro.

Cualquiera que hubiese apreciado el tono con que fué pronunciada esa palabra, se hubiera compadecido de aquel hombre arrastrado al crímen por el vicio mas terrible de los vicios y el amigo mas traidor de todos los amigos.

—Y ¿en cuanto tiempo se promete realizar este caballero su especulacion?—preguntó Curra.

—En un par de noches, señora;—respondió Jorge sin poderse contener—con dos sesiones, estoy seguro de ello, desbanco.

—¡Cómo!—esclamó la viuda alarmada por esa palabra técnica.

Varner se mordió los labios con ira: estaba de Dios que Gomez lo habia de echar todo á perder.

—Quiere decir—balbuceó precipitadamente—que en muy poco tiempo tendrá bastante. Supongamos un mes...

—¿Le parece á V.?...—preguntó la prestamista á Jorge, fijándose muy particularmente en el tono con que fuera dada la respuesta.

—Tengo de sobra—dijo el aludido.

El tono de seguridad, de verdadera seguridad con que fueron pronunciadas esas palabras, alejó de Curra toda sospecha. Hizo entonces como que sacaba sus cuentas, y en seguida se espresó así:

—En este caso, no estrañará V. que mis exigencias sean un poco mayores. El plazo es muy corto.....

—Tanto mejor para V.

—Está V. en un error: dentro de un mes tendré el capital sin emplear, y Dios sabe cuando coloco yo diez mil duros en pequeñas partidas.

No hay que decir que si el plazo hubiera sido largo, la dificultad hubiera sido otra, pero nunca menor.

—En resúmen, señora—dijo Gomez que empezaba á perder la paciencia—¿qué precio pone V. á su dinero?

—Atendidas las circunstancias que ya he espuesto y muchas otras que omito por no molestar á V., se me figura que doy de balde mi oro, si V. dentro de un mes me devuelve doce mil duros.

Era nada menos que el doscientos cuarenta por ciento. Sin embargo, Jorge no se inmutó: estaba ya tan acostumbrado á tratar con usureros, que nada le asombraba en este particular.

—Estoy conforme: al fin y al cabo tengo la seguridad de que antes de un mes dos mil duros mas ó menos han de ser cosa de muy poca monta para mí.

Y esto diciendo, metió Jorge mano á la cartera, de la cual sacó un pedazo de papel timbrado, que entregó á D. Carlos.

Este papel contenia una simple firma y rúbrica. Varner estendió encima de ella un pagaré por la suma de doce mil duros, y mostrándolo á la prestamista, dijo:

—Aquí está la garantía: tenga V. la amabilidad de ir por el dinero.

Curra examinó la letra, y aunque no era poco ni mucho esperimentada en caligrafía, hizo que se cercioraba del escrito y de la legitimidad de sus condiciones.

—¿Puedo estar tranquila?—dijo á Varner con el acento peculiar de los desconfiados.

—Antes de un mes tendrá V. los doce mil duros en su gabeta. Ahora ande V. por los diez mil.

La prestamista no acababa de decidirse: tenia la conviccion de no ser engañada; pero el presentimiento de todos los usureros que dan dinero sobre pagarés, la hacia desconfiar de aquella operacion al parecer tan lucrativa.

De pronto se la ocurrió una idea.

—Voy por el dinero—dijo—¿Tienen Vds. en mí la confianza bastante para dejarme guardar este documento, ínterin recibe ese caballero sus diez mil duros? Dígolo por no tener el engorro de abrir y cerrar dos veces.

D. Carlos comprendió al momento el objeto que se llevaba Curra, y con todo disimulo hizo á Jorge una seña afirmativa.

—Es V. dueña de guardar desde ahora este documento—contestó Gomez sin ver claro en la pretension.

—Siendo así, con el permiso de Vds. me retiro—dijo la prestamista.—No estrañen Vds. si tardo un poco en regresar; yo soy una pobre mujer poco versada en ajustar cuentas; y luego diez mil duros no se cuentan con la prontitud que un papel de plata. Pero ya sabe don Carlos que yo soy incapaz de abusar...

—Ande V. con Dios, señora, que todo el mundo sabe quien es V.

y la reputacion de que goza—contestó Varner.—Sobre todo, encargo á V. de nuevo que nadie se entere de este empréstito, ni vea la respetable firma que ha suscrito ese documento. Es lo que le he dicho á V. siempre: en los negocios de esta naturaleza la discrecion es lo que mas se paga.

Curra hizo un signo de inteligencia, y salió del cuarto dejando solos á nuestros dos amigos.

Varner se fué directamente al ángulo mas apartado de la estancia é hizo seña á Jorge para que se le reuniera.

Gomez obedeció, y su compañero le dijo en voz baja:

—Sabes porque he reiterado á D.ª María la necesidad de guardar escrupulosamente este secreto?

Jorge hizo un ademan significando su ignorancia.

—Pues lo he hecho porque la prestamista empezaba á dudar de nosotros.

—Pero mucho mas dudará en vista de tu encargo...

—Te engañas: en vista de mi encargo ha ido ahora mismo, en persona, á hacer examinar por un práctico la firma continuada al pié del pagaré que se ha llevado.

—¡Oh desgracia! entonces hoy mismo se descubre nuestro crímen...

—No lo creas: el calígrafo que ha hecho la firma es consumado en estas materias, y tú mismo que has presentado el original, á pesar de serte tan familiar, no acertabas á distinguirle de la copia.

—Pero si la noticia del empréstito llega á oido del firmante porque el perito cometa alguna imprudencia... En este caso somos perdidos!

—Desecha todo temor: en estas casas de miserables usureros donde tienen lugar tantas estafas, digna y justa compensacion de la codicia de sus dueños, hay generalmente un périto versado en el conocimiento de todas las firmas del comercio de Madrid, que puede confrontar, si alguna duda le cabe, con otras firmas de los mismos sugetos, puestas en documentos indiferentes que han sido recogidos con el mayor cuidado. Pero la primera circunstancia que á ese hombre se exige, es la reserva: sin ella podia estar seguro de no reconocer en su vida una firma mas.

Con efecto, Varner habia juzgado á la prestamista como perfecto

conocedor de esas gentes. Curra habia salido de su casa y con la mayor prontitud habia evacuado la interesante diligencia del exámen de la firma, cosa muy fácil como decia D. Carlos, porque desgraciadamente no es sino mucha verdad que con frecuencia las necesidades, hijas algunas veces de la imprevision, otras de la desgracia, y á menudo de la imprudencia, hacen que frecuentemente los usureros guarden en su cartera garantías con la firma de personas que en el mundo son muy respetables, ó muy respetadas al menos.

Estaba de regreso en su casa la señorita Curra, cuando en el descanso de la escalera dió de manos á boca con una mujer, que ocultaba su rostro detrás del espeso velo de una mantilla sumamente modesta y cansada de tantos servicios como tenia prestados. Iba la prestamista á atravesar el umbral de la puerta de su cuarto, en el cual le aguardaba la criada, cuando la mujer tapada la tocó ligeramente en el brazo, y con voz trémula y apenas inteligible, le dijo:

—Señora, vengo á que me preste V. dinero sobre una joya.

Y al mismo tiempo alargaba á la usurera el objeto á que hacia referencia: era un medallon ó relicario, en el cual se dignó apenas Curra fijar la vista. Habia ascendido de un golpe á prestamista al por mayor, y despreciaba aquellas operaciones ó menudencias que hasta entonces habian sido objeto de su inmoral comercio.

—Yo no presto sobre semejantes bagatelas—dijo dando á la entonacion de su voz una ridícula importancia.

La mujer tapada se estremeció al oir aquella respuesta.

—Sea V. compasiva, señora;—murmuró—se trata de sacar de pena á una madre de familia.

Precisamente no podia la recien llegada hacer mencion de sentimientos puros en sitio donde encontrasen peor eco.

—Se le figura á V.—contestó la prestamista con mucho despego—que soy yo cajero de todos los pobres de Madrid?...

La dama tapada llevó el pañuelo á los ojos por debajo de la mantilla: sin duda estaba derramando silenciosas lágrimas, que ocultaba á la vista de su interlocutora. Hacia muy perfectamente: así como así, no habian de ser compadecidas.

—Lo que me han dicho, señora,—es que no regateando el interés, prestaba V. sobre alhajas. La que traigo es muy buena...

Y al mismo tiempo hizo brillar á los ojos de Curra las facetas de los diamantes que guarnecian el relicario.

La prestamista se sintió dominada por sus codiciosos instintos. Se apoderó de la joya, la examinó atentamente, y dijo :

—¿ En cuánto quiere V. empeñar esa prenda ?

La mujer tapada pareció respirar con mayor libertad : entreveia el cumplimiento de su penosa mision.

—La empeñaré en lo que buenamente quiera V. prestar sobre ella; únicamente le suplico que atienda á que es de una buena madre que lo pide para su hijo, sin lo cual nunca se hubiera desprendido de este precioso recuerdo.

—Estas razones no aumentan de un real el verdadero valor del objeto. Vea V. si quiere dejarlo en quinientos reales, y tendrán dos meses de tiempo para desempeñarlo por precio de dos onzas de oro.

La mujer necesitada no comprendia sin duda la enormidad de la usura.

—Lo que V. quiera...—repitió con igual temor que habia manifestado en todo aquel corto diálogo.

Curra, ni mas ni menos que el acaudalado negociante que ordena pagos á su banquero, mandó á su criada que ajustase cuentas con aquella mujer, á cuya vista desapareció llevándose consigo la joya. La tapada lanzó un suspiro, y murmuró:

—Ni siquiera me han dejado dar un beso á esa reliquia dos veces santa.....

Poco despues se reunia Curra con sus ilustres parroquianos don Jorge Gomez y D. Carlos Varner, y depositaba encima de la mesa un bulto, al parecer muy pesado, compuesto de diez cartuchos envueltos en papel de estraza.

—Aquí están los diez mil duros—dijo.—Diez porciones de á mil duros cada una, y en total 627 $^{1}/_{4}$ onzas de oro, todas del esclarecido rey D. Carlos III. Yo supongo que este caballero no me reintegrará en moneda de peor calidad.

Jorge no pudo contenerse: á la vista del oro, se arrojó sobre los paquetes cubriéndolos con ambas manos, cual si temiese que alguno viniera á arrebatárselos.

—Mucho ha tardado V. en contarlos, á pesar de lo escelente de

las monedas—dijo Varner con toda intencion y queriéndola sin duda dar á entender que ni él ni su compañero dejaban de presumir en que habia empleado el tiempo.

—No les estrañe á Vds.: como mi casa es tan acreditada,—respondió la prestamista—es una procesion la gente que llama á la puerta. Ya se ve, una no puede negarse ni desperdiciar la ocasion de hacer un negocio, aunque sea en pequeña escala.....

—Varias veces he aconsejado á V., D.ª María,—dijo Varner—que abandone V. el préstamo menudo. Mire V. que el tratar con pobres y desconocidos es muy peligroso, y á lo mejor le darán á V. gato por liebre.

—¡Quiá! Esto seria bueno para quien no distinguiera lo que es liebre de lo que es gato. Verbigracia ¿quién necesita mas que mirar una vez esta joya para comprender que ha costado lo que menos dos mil reales?..... Véala V., caballero, véala V.; y diga si es posible que se engañe una mujer como yo tratándose de objetos como este.

Y puso de manifiesto la joya ante los ojos de Jorge. Este iba á mirarla con la indiferencia propia del que ningun interés tiene en el pro ni en el contra de la cuestion; pero apenas hubo visto el objeto de que se trataba, palideció de una manera asombrosa y desvió la mirada como si la vista de la joya le hubiera causado un daño enorme.

Era que en el momento preciso de ir á cometer una infamia, un crímen, el remordimiento que es el primer castigo que sufren los malos, le colocaba ante sus ojos un objeto acusador, una prenda que revelaba el mayor de los sacrificios y la mas grande de las desventuras. La joya últimamente empeñada en casa de Curra era el relicario por medio del cual una buena madre, muy conocida de Jorge, pensaba comprar pan para su hijo.

La sensacion esperimentada por Jorge fué demasiado violenta para que pudiera pasar desapercibida de Curra y de Varner, que simultáneamente fijaron la mirada en Gomez, aquella con recelo, y el último con indignacion.

—¿Qué es lo que le pasa á V.?—dijo la prestamista tendiendo las manos hácia su dinero.

Este movimiento fué bastante para hacer comprender á Jorge la imprudencia que habia cometido.

Temió que le arrebataran el caudal que ya conceptuaba suyo, y se repuso prontamente de su impresion.

—Me pasa—contestó Gomez con sonrisa forzada—que he llegado á tiempo para evitar que tenga V. un disgusto.

—¡Cómo!—esclamó la prestamista que pasaba de un susto á otro continuamente.

—¡Cómo! —esclamó tambien Varner que tenia poca confianza en la inventiva de su amigo.

—Sí, señores;—prosiguió el jugador—porque esta joya que veo por una casualidad en esta casa, ha sido robada en la mia.

Curra hizo un movimiento que indicaba el mayor asombro: Varner hubiera dado de buena gana un abrazo á su compañero. Este mentia con todo el aplomo de un petardista consumado.

—Ha sido robada á mi mujer—fué diciendo Gomez—y me empeñaria á decir por quien.

—No puedo yo decirlo—murmuró temblando la prestamista—porque la persona que la ha depositado en mi poder, ha permanecido constantemente con el rostro encubierto.

—La culpa, D.ª María, la culpa...—dijo D. Cárlos con la mayor hipocresía.

—Es una antigua doncella que á fuerza de años de servirnos, ha acabado por creer suyos propios nuestros bienes. Una mujer de corta estatura, vestida con un traje oscuro y una mantilla con guarnicion estrecha.....

—La misma, la misma!—esclamó Curra admirada de aquella singular coincidencia.

—Pues...—prosiguió Gomez—una mujer sin respeto ni temor de Dios, á la cual me veré precisado á encerrar por ladrona...

El miserable jugador no tembló siquiera en el acto de verter tales calumnias contra la pobre Luisa, modelo de abnegacion y de honradez. Estaba de Dios que habia de profanar cuanto tocase.

—¡Estamos frescos!—dijo Curra—V. hará prender á esa ladrona, y la justicia tendrá que ver conmigo...

—Lo que yo la decia á V., D.ª María;—dijo Varner en son de sentencia—esos préstamos al menudeo no traen otra cosa que disgustos. El mundo está lleno de pícaros.

—Pero sepamos lo que sucederá—esclamó la angustiada mujer—conjuremos el daño... Yo supongo, caballero, que despues del favor que acabo de hacerle, no me corresponderá V. poniéndome en la cárcel.

—¡Tal puede V. sospechar de mí!...—dijo Gomez.—¿Acaso me cree V. tan ingrato ó tan desnaturalizado?... Pero ¿cómo puedo yo impedir que mi esposa se aperciba del robo, y obre por su cuenta?

La situacion era un poco comprometida. Curra guardó silencio un instante; lanzó despues un gran suspiro, y dijo:

—Todo puede componerse haciendo yo otro nuevo sacrificio. Tome V., caballero, llévese esta maldita joya, depositela inmediatamente donde su esposa de V. tiene por costumbre guardarla, y de esta suerte evitaremos todas las consecuencias. ¡Ay! tiene V. razon, don Carlos; esos préstamos menudos son la ruina de los comerciantes de mi clase.

La antigua viuda acababa de dar un ejemplo de desprendimiento, no consignado quizás en las crónicas de la usura; pero Jorge, que habia recobrado por completo el dominio de sí mismo, temió que Curra pudiera tender un lazo á su inesperiencia en el arte del fingimiento. En este caso, Curra se equivocaba grandemente: Jorge estaba muy adelantado.

—Poco á poco, señora,—dijo—yo la he advertido á V. el peligro que corria; pero jamás he tratado de esplotar el temor de V. y menos causarla perjuicio alguno. ¿Cómo quiere V. que yo me lleve esa prenda, defraudándola á V. en lo que tenia prestado sobre ella?

—Pero, caballero; si yo perderé con gusto la cantidad que he prestado á trueque de no intervenir con la justicia.

—Ni yo quiero que V. intervenga; pero á V. puede serle sensible lo que para mí puede pasar desapercibido. Nuestras respectivas posiciones sociales no son las mismas; y despues de la confianza que acaba V. de hacer en mí, no puedo llevarme esa joya sin que V. se convenza primero de que realmente me pertenece...

—¿Cuándo lo he dudado yo un solo momento?—se apresuró á decir la prestamista.

—Y en segundo lugar,—prosiguió Jorge sin detenerse—de que no

consentiré nunca en recobrarla, si no es reintegrando á V. la cantidad que por ella tiene desembolsada.

No se necesitaba tanto para que Curra elevase á Jorge á la categoría del hombre mas honrado de Madrid.

—Caballero, su conducta de V. es admirable—esclamó la prestamista sorprendida de tanta buena fé.

—Cuando yo propongo un negocio—añadió Varner—sé de antemano con quien trato.

Jorge tomó la joya, y juntando la accion á la palabra, sin mirar siquiera al objeto, dijo:

—Vean Vds. un relicario de oro con esmalte y un cerco de diamantes pequeños. Tiene una cruz en el centro y en el lado opuesto la cifra de la Virgen María. Pero lo que Vds. ignoran es que, apretando un resorte que tiene comunicacion con el anillo por donde pasa la cadena de plata por medio de la cual se cuelga al cuello, se abre una especie de tapa y debajo de ella se ve una inicial fabricada de pelo muy sedoso, muy rubio, el primer cabello que se corta á un niño. La inicial es una A, el niño es mi hijo.

La prueba habia salido perfectamente: toda duda hubiera sido hasta ridícula.

—¡Magnífico! —esclamó Varner completamente tranquilizado.—Hé aquí las garantías que dan los hombres de bien.

—Concluyamos pues;—dijo Gomez.—¿Cuanto tiene V. dado por este relicario?

—Pero, señor, si yo no pido nada, no quiero reintegro alguno... —respondió Curra.

—Vamos D.ª María ¿qué le son al señor unos cuantos reales mas ó menos?... Diga V...

—Puesto que Vds. se empeñan... yo he prestado quinientos reales por esa joya...

Jorge rompió uno de los papeles que contenian el dinero de la exviuda, y tomando como de lo suyo, arrojó dos onzas encima de la mesa. D.ª María sonrió completamente satisfecha: nunca habia hecho negocio alguno con persona mas rumbosa.

—Que tal ¿está V. contenta?—preguntó Varner como si le debieran una parte de gratitud por la hidalguía de Jorge.

Lit. Vazquez.

La inicial es una A, el niño es mi hijo.

La prestamista hizo una mueca estúpida; y Jorge fué embolsando el dinero, que á medida que iba pasando á sus faltriqueras ejercia un efecto visible en su persona. Cuando hubo desaparecido el último cartucho, Gomez habia vuelto á recobrar el aspecto normal de sus buenos dias, siendo de nuevo el hombre lijero, fuerte, audaz, hasta insultante.

Soñaba en la fortuna, creia en la eficacia de sus cálculos, tenia oro en su poder....

Era invencible.

Los dos amigos se despidieron de la prestamista, que los abrumó con sus cumplidos y protestas de amistad, y abandonaron aquel sitio teatro de su primer crímen.

—Y bien...—dijo Varner cuando estuvieron en la calle.—¿Estás satisfecho de mí?

—Me has hecho feliz;—respondió Gomez casi enternecido—gracias á tu amistad, tengo cuanto necesito: con los diez mil duros recobro mi fortuna en dos dias; con el relicario recobro el amor de Amelia en una hora.

CAPITULO V.

La lluvia de oro.

Hemos dejado á la infeliz Amelia bajo la triste influencia que en ella debia ejercer la última escena habida con su esposo. La compañía de su hijo, léjos de consolarla, habia aumentado notoriamente sus penas, porque habia sorprendido en los movimientos involuntarios del niño, ciertos arranques que anunciaban una grande inclinacion á indisponerse contra su padre. Este era el peor de los pesares que en aquella ocasion podian herir el corazon de la desdichada víctima, descubriendo la única parte aun vulnerable de aquella mujer tan aquilatada por la desgracia.

Era imposible, por lo tanto, que Amelia no destruyese desde luego el mal efecto que causaria sin duda en Alberto el espectáculo continuado de unas escenas que no habia motivo plausible para darlas ó preveerlas siquiera un término. Enmendar el carácter de Jorge era imposible: el único medio que se presentaba, pues, á la afligida madre, era alejar á su querido hijo, confiándole al cuidado de su tio el de Cádiz.

La desdichada mujer estaba plenamente tranquila respecto del amor con que el anciano García acogeria al jóven Alberto; pero aun así ¿qué madre se separa de su hijo sin sentir desgarrársele el corazon á impulso del mas cruel de todos los tormentos?... Sin embargo, era

indispensable aquel sacrificio, y las madres del temple de Amelia no pecan nunca de falta de generosidad.

Conociendo, empero, que podia faltarla valor para confirmarse á sangre fria en aquella resolucion, aprovechó los momentos siguientes á la dolorosa escena que acababa de tener lugar, y escribió á su tio una carta, dándole cuenta de su resolucion, aunque ocultándole una buena parte de los motivos que la obligaban á ello.

Esa carta, interrumpida muchas veces por el llanto que embargaba á menudo los movimientos de Amelia, terminaba con estas palabras:

«Recuerdo perfectamente que hace quince años me ofreció V. servir de padre á mi hijo el dia aquel en que su madre no tuviese pan que darle: este caso horrible ha llegado, tio mio. ¡Ya no tengo pan que dar á mi amadísimo Alberto!!!

Concluida la carta, llamó á Luisa, y la dijo:

—¿Has cumplido mis órdenes?

—Mucho que sí, señorita; pero crea V. que se necesita valor para ponerse en contacto con ciertas gentes. ¡Qué barrios, qué cara, y sobre todo qué mujer!...

—Y al fin y al cabo—dijo Amelia con infinita amargura—¿hay que comer en esta casa el dia de hoy?

—Ya lo creo, y algunos dias mas, si Dios quiere. Ello es que habrá que pasar con mucha economía....

—Bien: con economía ó sin ella, es indispensable que nada nos falte durante el tiempo que puede transcurrir en ir y volver el correo de Cádiz: esto es cuanto necesito por ahora de tí.

—Es que..... esa maldita usurera me ha dado únicamente quinientos reales.....

—No importa: yo buscaré entre mis vestidos el mas lujoso, revolveré los cajones de mi cómoda: en fin, es menester buscar recursos hasta la vuelta del correo de Cádiz.

—Descanse V. en mí, señorita: no faltarán.

—Cuento con ello; y ahora te llegarás inmediatamente al correo, y echarás esta carta en el buzon. No te detengas, y sobre todo á nadie digas, incluso á mi esposo, que te he confiado semejante encargo.

Luisa saludó y fué á cumplir el mandato de su señorita; pero un momento despues entró de nuevo en la estancia de Amelia, anunciando que D. Carlos Varner preguntaba por ella y solicitaba hablarla.

La buena criada habia pasado el recado por mera obediencia y aguardando tener que trasladar á D. Carlos una nueva negativa; pero grande fué su asombro cuando oyó decir á Amelia:

—Dí á ese caballero que puede pasar adelante.

Luisa obedeció y Amelia quedó un momento sola.

—Es indispensable que yo hable á ese hombre: poco ó nada puedo esperar de él, pero Dios me manda apurar todos los medios.

Pocos instantes despues se abrió la puerta del gabinete, y apareció en el dintel la indigesta figura de D. Carlos.

El caballero habia procurado dar á su semblante el aspecto de la humildad y de la compasion hasta el punto que la apariencia de esas virtudes era compatible con su estampa de mal agüero. Amelia ni siquiera le miró al rostro; pero, sin demostrar resentimiento alguno, le indicó por señas un sitial, y dió ella el ejemplo de tomar asiento.

Varner lo dió de romper el silencio.

—Señora,—dijo—despues de la escena que una deplorable casualidad me ha hecho presenciar, creo que es de mi deber venir á ofrecer á V. el apoyo de mis simpatías, ó cuando estas nada valgan, el consuelo de mi admiracion.

D. Carlos hablaba con pérfida melosidad; pero era diestro en el arte del fingimiento, y Amelia, como toda criatura inocente, no estaba muy ducha en distinguir la falsa compasion de la verdadera.

—Caballero,—contestó con mucha cortesía—quedo profundamente agradecida á este paso de atencion, y ya que una escena violenta ha sido causa de que yo rompiera mi propósito de no recibir á hombre alguno en ausencia de mi marido, quisiera que nuestra entrevista no fuese del todo estéril para mi porvenir.

Tampoco Varner interpretó genuinamente la intencion de Amelia. El miserable creyó encontrar en el modo como fueron pronunciadas aquellas palabras cierto sabor á resentimiento conyugal, y empezó á fundar esperanzas sobre ese general elemento de la fragilidad femenina.

—Amelia,—dijo con mas calor de lo que el caso requeria—si su porvenir de V. dependiera de mi conducta, jamás mujer alguna habria sido mayor dechado de felicidad en este mundo.

—Pláceme encontrar á V. en tan escelentes disposiciones respecto á mí;—respondió algo irónicamente la esposa de Gomez—y esto me animará en mi conducta. Pero ante todo ¿cree V. que la franqueza es una virtud ó un defecto?

—Señora, no puede ser un defecto tener el corazon en los labios.

—Y dígame V. ¿me cree franca?

—La creo á V. adornada de todas aquellas cualidades que embellecen á una mujer.

—Mil gracias... ¿Y se incomodará V. porque empiece haciendo uso de mi franqueza con V. mismo?...

Varner se sintió un poco desconcertado: temia ir perdiendo terreno, y lo que es peor, que Amelia se estaba burlando de él. Ahogó, empero, los sentimientos de su corazon endurecido, y por toda respuesta sonrió lo mejor que pudo, como diciendo:—Yo no puedo ofenderme por lo que me diga una mujer tan adorable.

—Pues bien,—prosiguió Amelia haciendo que la intencion de sus palabras contrastara con la manera de pronunciarlas—V. tiene una buena parte de culpa en mis desgracias...

—¡Yo, señora!—esclamó D. Carlos haciéndose el asombradizo.—Permítame V. que no acepte la apreciacion que hace de mi conducta. Yo no puedo haberme puesto en contradiccion con mi propia voluntad, y esta me inclina á hacer la felicidad de V. por cuantos medios estén á mi alcance.

—Y yo se lo agradezco á V., como es debido; mas para creerlo, necesito que me dé V. una prueba de lo que dice.

—Le daré á V. cuantas tenga á bien exigirme, en el bien entendido de que ningun sacrificio será superior á mis fuerzas.

—El que yo voy á implorar de V. es muy sencillo, y quizás le aproveche á V. tanto como á mi esposo. Jorge es jugador: V. sabe á que estremo nos ha reducido ese vicio De la regular fortuna de su padre, nada le queda; de la mia, que al decir de D. Teodoro era superior á la de Jorge, queda un resto, que yo sola sé donde existe, y que apenas bastará para que mi hijo no se muera de hambre. Pero

yo que sé suportar la miseria con resignacion, temo que un dia no pueda suportar la afrenta; y por esto le digo á V., le conjuro por cuanto en el mundo pueda serle caro, que aleje á mi esposo del fatal sendero en que por desgracia ha caminado muchísimo mas de lo que debia.

—Yo, señora...—dijo D. Carlos, como si le sorprendiera aquel encargo.

—V., caballero: no se me oculta que V. ejerce sobre mi esposo toda la influencia que yo he perdido. Si V. lo quiere, volverá á renacer en esta casa la alegría, la tranquilidad. ¡Salve V. á Jorge, y le deberé á V. algo mas que la vida!

Y la desconsolada Amelia fué á arrojarse á los piés del miserable Varner, movimiento que este impidió, al paso que arrojaba sobre la desdichada una mirada de triunfo.

—Completamente en calma he escuchado las palabras de V., señora,—dijo D. Carlos—por mas que me pudiera ofender la suposicion de que yo vengo á ser el causante de las desdichas que á V. la abruman.....

—Yo no he dicho.....

—Pero yo he comprendido, señora; y cuando comprendiendo he contenido los sentimientos de mi amor propio lastimado, es prueba de que me hallo plenamente dispuesto á servirla á V.

—¡Oh! gracias, caballero: bien suponia yo que mi dolor enterneceria á las mismas piedras.

La frase no era muy lisonjera para D. Carlos, pero este era tan malvado como hipócrita en ciertos casos.

—Supongo, señora,—dijo—que ha terminado V., y ahora me toca á mí el dar cuenta de los sentimientos propios: suplico á V. que me escuche con la misma tranquilidad con que yo lo he hecho.

Amelia sintió un vago presentimiento que la inclinaba á confirmarse en la mala opinion que tenia formada de Varner.

—Yo tambien soy desgraciado, señora,—dijo este,—yo tambien sufro, y callo sufriendo, y muero callando. Hace quince años que dura mi desgracia; otro tanto que la de V., y durante tan largo tiempo ninguno me ha comprendido, ninguno ha tenido compasion de mi dolor; V. la primera, Amelia. ¿Qué bálsamo ha aplicado V. á mis he-

ridas? ¿Qué palabra de esperanza ha llegado á mis oidos pronunciada por V.? ¿Qué mirada de compasion han merecido de V. mis desgracias?

—¿Conocia yo acaso el orígen de ellas?—dijo Amelia temblando como una niña y palideciendo como un cadáver.

—Señora, V. ha ponderado su franqueza, y en este momento da V. muy pocas pruebas de ella. Yo voy á serlo mas que V., porque de otro modo seria imposible que nos pusiéramos de acuerdo. Yo la amo á V., Amelia...

La esposa de Jorge se puso de pié con un movimiento lleno de dignidad; pero Varner prosiguió:

—No dirá V. palabra ni pondrá por obra intento alguno, que yo no haya previsto de antemano. Puede V. llenarme de injurias; yo seré superior á ellas, puede V. abrumarme con la esplosion de su enojo.....

—Nada de esto, caballero: á una manifestacion de esa naturaleza, no puedo corresponder sino con el desprecio.

—Tambien presentí este caso, y sin embargo V. ve que no he desistido de mi propósito. Hemos proclamado la franqueza por lema, y francamente voy á entablar con V. mis negociaciones. Invoca V. los títulos de la amistad ¿nada son para V. los derechos del amor? El que ama y padece ¿nada tiene que alegar, nada que pretender?

Amelia hizo una fria reverencia, y en actitud de partir dijo á don Carlos:

—Con su permiso, caballero: V. comprenderá que una mujer honrada no puede escuchar semejante lenguaje.

—Es V. muy libre de abandonar mi compañía, y hasta la aseguro á V. que no veré con disgusto el término de esta conferencia.

—Puede V. ponérselo cuando guste.

—Ahora mismo; pero tenga V. presente y medite las palabras que la voy á decir. La crueldad con que V. me está tratando me autoriza á ser no menos cruel.....

—¡Qué mas puede V. serlo!—esclamó Amelia, deteniendo sus lágrimas para no verterlas ante quien tan mal las hubiera comprendido.—¿Qué peor daño puede V. causarme? Si mas me hubiera usted podido abatir, mas sin duda me hubiera abatido.

Varner sonrió de una manera infame, como el tirano que rie al oir los denuestos que contra él lanzan sus víctimas.

—V. misma me ha proporcionado las armas al principio de esta entrevista:—dijo.—«Yo sé suportar la miseria con resignacion, pero temo que un dia no pueda suportar la afrenta.» Son sus palabras de V.

—¿Y bien?...—murmuró Amelia casi desfallecida, no pudiendo concebir tan grande infamia.

—Y bien... Que yo arrojaré esa afrenta sobre Jorge, sobre V. y sobre su hijo.

Varner estaba horrible y verdaderamente amenazador al pronunciar esas palabras: su desgraciada víctima sintió temblar el pavimento debajo de sus piés, y la estancia y los objetos que contenia empezaron á dar vueltas á los ojos de la desdichada, que tuvo necesidad de arrojarse en una silla y oprimir la frente entre sus manos para no caer á impulsos del despecho, de la vergüenza, del terror. Varner que era verdaderamente implacable, creyó que al enemigo atemorizado se le vence con mayor facilidad, y dando á su acento una inflexion rencorosa hasta la repugnancia, prosiguió:

—Sí, es cierto; yo domino en el ánimo de Jorge, y con suma facilidad puedo alejarle del camino que ha recorrido, ó introducirle mas y mas en él, hasta su término, el término que V. no ignora y que teme tanto.

Amelia hizo un movimiento para arrojarse á los piés de D. Carlos; pero sus fuerzas la abandonaron antes de conseguirlo.

—Vendrá un dia—prosiguió el miserable seductor—en que se arrepienta V. de su cruel terquedad: el arrepentimiento, señora, casi siempre es tardío para remediar las humanas desdichas; y aumentará la confusion de V. el ver que nada ha evitado con su conducta, nada, ni aun satisfacer mis deseos; porque V., señora, téngalo muy presente, será mia un dia ú otro, pese á tanta altanería y á tantos insultos.

Este último concepto sublevó por completo el amor propio de Amelia. Alzóse esta con aire tan majestuoso é hizo un ademan tan imperativo designando la puerta, que el mismo Varner no encontró palabras para escusarse, ni siquiera se sintió con el atrevimiento necesario para continuar en el terreno que habia escogido.

—V. lo quiere, señora...—dijo entre dientes.—V. se arrepentirá.

Y saludando con aparentes muestras de profundo respeto, se encaminó á la puerta que la ofendida esposa le designaba tan imperiosamente. Mas cuando ya iba á traspasarla, se detuvo sorprendido, al mismo tiempo que Amelia se ponia á temblar, como los niños sorprendidos por sus mayores en el momento de hacer una gran travesura.

Era que en el oido de entrambos parsonages habia resonado la voz de Jorge.

Amelia y Varner cruzaron una mirada rápida: el último se arrojó sobre aquella, y cogiéndola con fuerza por el brazo, la sacudió tan rudamente que la pobre mujer vino al suelo, clavando en su verdugo los espantados ojos.

—¡Ay de V., señora,—dijo con ronco acento—si su esposo llega á traslucir algo de lo que aquí ha pasado!

E imprimiendo al cuerpo de Amelia un movimiento contrario al que habia dado con ella en el suelo, la puso en pié, aunque el suelo se conmovia debajo de ella como si tuviera lugar un temblor de tierra.

Acto contínuo salió Varner al encuentro de Jorge.

El jugador acababa de sufrir en su persona una de las muchas metamórfosis que en él se obraban á menudo.

Su esterior, generalmente desaseado, aparecia aliñado hasta con coquetería; sus movimientos casi siempre bruscos é indecorosos, eran corteses y mesurados; habia desaparecido el ceño de su frente, y en su lugar sus labios se entreabrian á impulsos de una apacible sonrisa. Estaba materialmente desconocido.

A la vista de Varner, Jorge le tendió la mano amistosamente, y designándole por señas que le aguardase en su habitacion, tomó el camino de la de su esposa. D. Carlos estrechó traidoramente la mano que se le tendia, y sin interrumpir el paso de su amigo, le dijo simplemente:

—Y bien...

—No podia faltar...—contestó Jorge, sin poder ocultar la gran satisfaccion que le cabia.

Y entró decididamente en el cuarto de Amelia: la alegría es comunicativa: el hombre feliz es bueno generalmente; de suerte que Gomez, favorecido un punto por la fortuna, comprendia perfecta-

mente que debia hacer partícipe de ella á su mujer. Al parecer ante Amelia quiso revestirse de cierto aire de cómica gravedad, para dar lugar en seguida á una favorable transicion; pero aquel hombre tan duro, tan intratable, tan déspota en la desgracia, no encontraba medio para ocultar su loca alegría por solo un minuto. Dios nos libre de tener que entrar en relaciones con esos seres que no saben ser comedidos en la adversidad ni en la fortuna: en aquella son por lo comun violentos, y en esta insultantes.

Amelia no pudo apercibirse de pronto del cambio esperimentado por su esposo, porque ni aun tenia valor para levantar los ojos del suelo: la infeliz temia que Jorge habia de leer su vergüenza en los colores de sus mejillas.

—Y bien, señora,—dijo Gomez, valiéndose de ese lugar comun de todos los que no saben por donde empezar una conversacion—¿tiene V. que decir algo, que reconvenir algo á su esposo?

La pobre mujer no dió respuesta alguna: tan atemorizada la tenia su marido y tan intempestiva era la pregunta.

—Supongo—prosiguió Gomez—que no habrá V. cambiado de opinion respecto de mí; que continuaré siendo para V. un mal padre, un mal esposo, hasta un mal hombre.

—Yo nunca he acusado á V., caballero,—murmuró Amelia mas muerta que viva.

—Pero se ha reservado el derecho de creerlo así ¿no es verdad? Y en su interior me habrá llamado jugador y loco, y me habrá atribuido el propósito deliberado de arruinar á mi familia, de sumir á mi hijo en la miseria...

—Jorge ¿á qué promover nuevas escenas en casa?—dijo Amelia manifestando cierto disgusto.

—A convencerla á V. de que me hallo muy distante de ser lo que á V. se le figura, y que malo ó bueno, como V. quiera llamarme, puedo traerla á V. un consuelo inesperado, y una esperanza que V. creyó desvanecida, la esperanza de nuestra felicidad.

La infeliz esposa no pudo contener un movimiento de sorpresa; la voz de su marido era tierna, cariñosa, dulce, como la pudiera emplear el mas rendido de todos los amantes y el mas bueno de todos los hombres.

Pero apenas habia dado involuntariamente entrada á la esperanza en su corazon, cuando la voz de la esperiencia vino á desgarrar sus oidos, esclamando en ellos: «No creas en la dicha; esta no se ha hecho para tí.»

Jorge adivinó la lucha que su esposa venia sosteniendo, y comprendió que sus palabras ejercian ya muy poco influjo sobre ella. No hay como haber destruido muchas ilusiones para ser sospechoso mensajero de felicidades.

—Ya lo veo,—dijo Gomez—pones en duda la sinceridad de mis palabras... No lo estraño: te he faltado tantas veces á lo prometido...

Amelia no sabia que pensar de aquella estraña humildad y mas estraña confesion de las faltas de su esposo.

—Yo no he dicho...—murmuró.—A veces las circunstancias empujan á los hombres...

—Y todo consiste en los aires buenos ó malos que corren. Hoy por fin han reinado favorables para mí. ¿Quieres una prueba que no podrás rehusarme? Pues mira este relicario empeñado de órden tuya, y rescatado por mí antes de que destruyese su virtud el contacto de una mano impura, de una mano indigna...

Jorge, al pronunciar esas palabras, hizo brillar el relicario á los ojos de Amelia, que esperimentando un súbito placer, tendió, por un movimiento irresistible, la mano hácia aquel objeto, dos veces santo para ella.

Gomez retiró la mano con igual prontitud.

—Poco á poco, señora: V. me ha dicho que todas las buenas acciones tenian su recompensa: pues bien, si desea V. recobrar esta prenda, es menester...

El semblante de Amelia se nubló instantáneamente.

—Es menester,—repitió Jorge—que vengas á mis brazos por ella.

Apenas habian sido pronunciadas estas palabras, cuando los dos esposos unidos por un estrecho abrazo, formaban el mas interesante grupo del amor conyugal. Amelia encontró nuevas lágrimas, pero esta vez eran de alegría. Hacia quince años que suspiraba por verterlas en el seno de su esposo. Durante un buen rato la emocion la privó del uso de la palabra.

—Jorge,—dijo por último—comprendo que has sido muy cruel retardando quince años este momento de placer.

Por toda respuesta, Gomez estrechó mas y mas los lazos de amor que le unian con su esposa.

Amelia se desprendió de pronto de los brazos de Jorge, y tiró fuertemente del cordon de una campanilla.

Instantáneamente apareció Luisa en el dintel de la puerta: la anciana sirvienta se presentó azorada porque siempre que los dos esposos quedaban á solas, temia que iba á sobrevenir alguna desgracia á su señorita.

Amelia sonrió al ver la espresion de miedo que revelaba el semblante de Luisa.

—Anda corriendo al jardin, y tráete á Alberto;—la dijo—quiero que haya muchos testigos de mi felicidad.

La antigua sirvienta no acertaba á darse una esplicacion de aquel cambio tan inesperado; pero como en ella el amor hácia Amelia podia mucho mas que su curiosidad de mujer, fué á cumplir el encargo de su señorita, y un momento despues regresaba á la estancia conduciendo al hijo de Jorge. Cuando Amelia oyó los pasos del niño, dirigió una significativa mirada á su esposo, y este abrió de nuevo sus brazos estrechando en ellos á su mujer.

—Alberto, hijo mio,—esclamó Amelia á la vista del niño—ven á ser testigo de la felicidad de tu madre.

El niño lanzó una exclamacion de sorpresa, y por un impulso natural, se arrojó al seno de Amelia.

Luisa permanecia como entontecida: sus ojos vagaban sin direccion fija, buscando en algun objeto material la esplicacion de una felicidad tan inesperada. ¿Dónde estaba el oro que habia producido semejante cambio?..... Y decimos el oro, porque la pobre criada no suponia que la dicha pudiera haber entrado en aquella casa sino en forma de dinero. Pero en lugar de encontrar lo que buscaba, un estremecimiento de verdadera sorpresa vino á revelar que habia descubierto lo que nunca pensó encontrar en semejante sitio. Su mirada acababa de tropezar con el relicario que ella misma habia ido á empeñar pocas horas antes.

—Alberto—decia Amelia—abraza á tu padre que nos ha traido la dicha.

—Y con ella la fortuna—añadió Alberto con acento que respiraba una buena dósis de orgullo.

Y al mismo tiempo sacaba de la faltriquera un bolsillo lleno de oro, que arrojó encima de una mesa.

La vista del oro hizo estremecer á la jóven: una duda cruel venia á amargar su ventura.

—Ya no mas escasez, no mas miseria: volveremos á ocupar el rango que nos pertenece, y mi Amelia brillará en aquella sociedad de que fué un dia el mas bello adorno.

—¿Para qué necesito yo mas sociedad que la de mi esposo?

—Para indemnizarte de lo mucho que has sufrido, para descontar en dias placenteros los muchos dias tristes que han venido á acibarar tu juventud. Las galas realzarán tu belleza, la felicidad te devolverá los perdidos colores, y otra vez el astro eclipsado hará palidecer á la multitud de estrellas que se reunan en torno suyo, todas menos hermosas, todas menos relucientes.

Jorge hablaba el lenguaje de la pasion: por un momento el pasado desapareció á su vista: quiso perder la memoria embriagándose en la felicidad del presente, como otros con igual objeto se embriagan groseramente en vino y licores que hacen olvidar seguramente, porque el embrutecimiento es el enemigo mas terrible de la memoria.

Tambien Amelia tenia necesidad de olvidar el pasado: habia sufrido mucho durante quince años, y queria hacerse la ilusion de que aun cabia para ella la dicha en este mundo y en el seno de su familia. Tenia el entendimiento de sobra claro para comprender que en aquella mutacion inesperada de fortuna y de carácter, debia existir un misterio mas ó menos grato de profundizar; pero en aquellos momentos de felicidad suprema, carecia de valor para desgarrar con mano audaz el velo de color celeste que ocultaba tal vez una nueva decepcion, un desengaño mas cruel que cuantos hasta aquel entonces habia recibido.

Terminado el desahogo de aquellos tres corazones, cruelmente lastimados durante muchos años, Jorge se separó de Amelia y de Alberto diciendo:

—Tengo que separarme de vosotros: en mi gabinete aguarda mi buen amigo Varner.

La esposa de Gomez sintió latir su corazon con violencia: aquellas palabras *mi buen amigo Varner* eran una especie de amenaza para lo sucesivo, que venia á turbar la felicidad del presente. Llamar á don Carlos buen amigo era en los labios de Jorge la confesion de que persistia en sus anteriores preocupaciones; y mientras estas subsistieran, la felicidad de Gomez podia ser una nueva ilusion, una nueva traicion, digámoslo así, del Judas de la amistad.

—Vas á reunirte con ese hombre...—dijo Amelia no pudiendo ocultar sus tristes recelos.

Jorge comprendió todo lo que pasaba en el interior de su esposa. Sonrió, á pesar de todo, y dijo:

—Cuan pertinaces sois las mujeres en vuestras injustas apreciaciones. Cuando una persona os cae en desgracia, no hay medio de rehabilitarla á vuestros ojos. Varner no es ciertamente santo de tu devocion; y sin embargo debieras estarle muy agradecida, y lo estarás sin duda cuando sepas que el cambio de mi fortuna es debido en muchísima parte á sus buenos oficios. Hoy por hoy D. Carlos me ha dado una de aquellas muestras de amistad, que enlazan á dos hombres de una manera indisoluble.

Amelia no pudo menos de recordar que pocos momentos antes, el titulado amigo de su esposo habia atentado descaradamente contra el honor de este último. La idea, pues, del lazo á que Jorge se referia, vino á destruir en gran parte los efectos de aquella reconciliacion que la habia hecho tan dichosa.

Un presentimiento fatal asaltó su fiel corazon, y sin poderse contener, dijo:

—Esposo mio, existe un solo lazo que los hombres no pueden romper mientras viven.

—El de la gratitud.. —contestó Jorge sin penetrar el sentido de las palabras de Amelia.

—O el del crímen...—murmuró la jóven con voz muy débil.

Estas palabras causaron en Gomez un efecto aterrador: una nube sombría se estendió por su frente, y su mirada adquirió una espresion de dureza y de amenaza que hizo temblar nuevamente á Alberto por la seguridad de su madre.

—¡Amelia!—esclamó Jorge con fosco acento—yo creí que se

abstendria V. de nuevos insultos. He traido á V. pruebas que debiera haber respetado; he tenido la virtud de redimir objetos de que V. se habia desprendido...

La jóven fijó la vista en el relicario que su esposo la señalaba con mano trémula, y quiso engañarse á sí misma, despreciar todos sus presentimientos. De otra suerte la altura de su caida era demasiada para que pudiera resistir la brusca sacudida. Creer, siquiera por un dia, en las palabras de Jorge, ó morir: no le quedaba otra alternativa.

Miró al objeto bendito rescatado por Gomez del poder de una usurera que le profanaba, y dijo:

—Esposo mio, perdóname... Creo en tí, y te amo mas que nunca. ¡Bendito seas si comprendes lo que te digo!

Jorge desarrugó su ceño, besó en la frente á su mujer y á su hijo, y salió de la estancia, á tiempo que la anciana Luisa, severa y regañona como todas las criadas antiguas, murmuraba entre dientes:

—Será lo que Dios quiera .. A Dios nada le es imposible... Pero no viendo el milagro, niego que D. Carlos pueda traer fortuna de ninguna clase á mi amo ni á la señorita...

Gomez penetró en su estancia, donde le aguardaba Varner dormitando en un sillon.

—Ea ¡despierta!—gritó Jorge á su oido.—Mira que hoy tenemos muchísimo que hacer...

—¿Hay que copar alguna banca firme?—preguntó el miserable seductor.—Cuenta conmigo.

—Esto será mas tarde; primero hay que entregarse á otra clase de diversiones. Es menester transformar el aspecto de esta casa, ínterin se encuentra otra mas decorosa, mas á propósito para un hombre acaudalado.

—¿Pero te hallas verdaderamente en semejante caso?—preguntó Varner estupefacto.

—¡Eso te estraña!... Pues no te dije que mi combinacion era segura?... La desgracia mia consistió en haber llegado una hora demasiado tarde. Ya apenas habia dinero en la banca; los puntos mas fuertes se habian retirado: ya se ve... era medio dia, y el juego seguia sin interrupcion desde ayer á las nueve de la noche.

—Pero al fin y al cabo ¿qué ventajas obtuviste, qué cantidades ganaste?

—Voy á darte cuenta de todo—dijo Gomez, con la alegría del matemático que ha resuelto un problema, con el orgullo del mecánico que ve funcionar la máquina de su invencion.—Ya sabes que la noche y la madrugada me habian sido fatales, y que nos hubimos de retirar lo que se llama completamente tronados. Yo era una luz que se estinguia, y apostara cualquier cosa que al verme retirar del salon sin una peseta, la mayor parte de los concurrentes me despidieron mentalmente hasta no mas ver. Juzga, pues, de su sorpresa, cuando algunas horas mas tarde me han visto entrar de nuevo con la cabeza erguida y á guisa de conquistador que pisa sus estados.

—Quedarian estupefactos...—dijo Varner secundando pérfidamente el entusiasmo de Jorge.

—El salon presentaba un golpe de vista estraño: reinaba un completo desórden en las sillas, y la luz que alumbraba aquella escena tenia reflejos particulares, gracias á algunas bujías que acababan de consumirse y que ninguno se habia tomado el trabajo de estinguir. La generalidad de los semblantes estaban pálidos, la mayor parte de los ojos se abrian con esfuerzo. El juego habia decaido visiblemente: los últimos puntos empezaban á retirarse, el banquero invitaba á los concurrentes con voz débil, porque ya sus palabras no galvanizaban á aquellos hombres, algunos de los cuales dormitaban en sus sillones y maquinalmente alargaban el dinero de las apuestas. Mi entrada ha sacudido el estupor general.

—Pero lo que yo deseo saber es el resultado del juego: tu alegría me hace presumir que la fortuna ha dejado de serte contraria...

—La fortuna..... La fortuna no existe, amigo mio, existe el cálculo, la ciencia, la fé. En la banca se jugaba sin órden ni concierto; yo he procurado dominarme, y al cabo de un rato me he impuesto perfectamente de la marcha. He depositado mi dinero, y por primera vez mi mano no ha temblado, mi corazon no ha latido: tenia la conviccion de mi propio acerto. La ligera máquina se ha puesto en movimiento; casillas y números de la rolina desaparecieron á mi vista arrastrados por el movimiento de rotacion que las impulsa como un torbellino; pero yo veia siempre con los ojos del alma la casilla

en que se habia de aumentar indefinidamente mi dinero, y cuando, detenido el curso de la máquina, todos lanzaban un débil quejido de disgusto, yo estendia negligentemente la mano sin mirar siquiera el resultado, en la seguridad íntima de encontrar un caudal allí donde dejé una apuesta. Tres veces se ha repetido esta operacion, tres veces mi cálculo ha vencido al fatal destino mio. El banquero ha temblado: la noche habia sido feliz para él; pero el dia se inauguraba con malos auspicios. Los demás puntos han dejado de jugar por un sentimiento estraño que les movia á presenciar aquella especie de reto entablado entre el banquero y yo; pero aquél ha comprendido que la suerte le abandonaba, y con una prudencia que me ha perjudicado considerablemente, ha dejado su puesto, pretestando que habia transcurrido con esceso la hora regular del juego.

—¡Ladron!...—murmuró Varner, cual si en efecto hubiera visto robar á su amigo.

—Es la palabra que se me ocurrió decirle,—prosiguió Jorge—pero despues he calculado que nada adelantaria con cruzarme de estocadas con ese hombre, y me he despedido de él riendo de su gesto avinagrado, y citándole para esta noche á la hora de los virtuosos y morigerados.

—Pero en resúmen...—dijo Varner, que á todo esto no sabia cuanto habia ganado su compañero.

—En resúmen... ni lo he contado tampoco; pero podemos saberlo muy pronto.

Y el desdichado jugador empezó á vaciar encima de la mesa sus faltriqueras, de todas las cuales se escapaban muchas monedas formando como una abundante lluvia de oro, que en un momento cubrió el tapete entero.

La vista del precioso metal produjo en Varner el acostumbrado efecto. Sus ojos lanzaron una mirada siniestra, fijándose en Jorge con una espresion indecible de envidia, que le pasó enteramente desapercibida.

Contado el dinero y dividido en cartuchos de á mil duros uno, resultó que Gomez habia ganado unos treinta mil reales.

—No es poco para menos de media hora—dijo Jorge muy satisfecho de sí mismo.

—No es mucho al cabo de quince años consecutivos de perder—respondió Varner con cierto desprecio.—Y ahora ¿qué piensas hacer?

—Empeñar esta noche un juego á todo trance, y mañana huir para siempre de esas casas en que se pierde á un tiempo mismo la fortuna, el decoro y hasta el alma.

Varner se mordió los labios: no eran estos los cálculos que él tenia sacados, y hubiera sido el peor de los chascos que se le escapara aquel hombre á quien venia dominando durante tantos años. Si Jorge renunciaba al juego, de fijo que Amelia volveria á recobrar en su corazon el ascendiente que habia perdido, y en este caso D. Carlos tenia que renunciar á sus proyectos sobre el marido y la mujer.

Afortunadamente para el pérfido amigo quedaba de por medio una noche de juego: los cálculos de Jorge eran simplemente cálculos de jugador. Disimuló, por lo tanto, el mal efecto que le habian causado los honestos propósitos de su compañero, y dijo:

—Muy bien pensado: una sesion buena, y te retiras con las ganancias.

—Y mañana mismo recogemos ese maldito pagaré que me está amenazando con la deshonra.

—Pierde cuidado: D.ª María no le soltará antes de tres meses. Tiempo queda: durante tres meses, diez mil duros bien manejados pueden producir una fortuna.

—Con todo, tiemblo de pensar en que la menor imprudencia puede conducirme á un.....

Jorge no se atrevió á pronunciar la palabra que faltaba á su oracion. Hacia algunas horas que, á pesar de todos sus esfuerzos, la idea del presidio le perseguia de una manera cruelmente tenaz.

—Entonces ¿cómo hablabas con tanta seguridad de la eficacia de tu golpe maestro?

El pobre Gomez se pasó la mano por la frente para rechazar sin duda algunas ideas lúgubres que le asaltaban, y recobrando, mas ó menos espontáneamente, su tranquilidad y buen humor, dijo:

—Esta noche mi suerte quedará asegurada, y mañana se volverá á hablar en Madrid de mi casa y de mi tren. Abandonaremos este tabuco, que mas tiene de cárcel que de habitacion, alquilaremos un cuarto principal en una calle principal tambien, y abriré de nuevo

las puertas de mis salones á la alta sociedad, que siempre acude solícita donde se da gratis diversion abundante y cena esquisita. En seguida me dedicaré al comercio, tendré un nombre entre la aristocracia de la banca, y acometeré otro juego mas noble que aquel en que hasta ahora nos hemos engolfado. Por de contado que tu nombre correrá unido al mio, y que serás mi socio en la prosperidad, como has sido mi compañero en la desgracia; y ambos á dos, redimidos por la honradez que resplandecerá en nuestros actos y la actividad que desplegaremos en nuestros negocios, mereceremos ser amigos de aquellos que hoy nos señalan con el dedo, apartándose de nosotros; y despues que hayan transcurrido algunos años.....

—Despues que hayan transcurrido algunos años—dijo Varner con sarcástico acento—nos moriremos de una indigestion ó de una apoplejía, que es el fin de la vida de los hombres de bien, que generalmente son barrigudos, y nos enterrarán en una sacramental vestidos con un saco de penitente.... ¿No es esto lo que quieres decir, amigo Jorge?... Todo ello es muy bien pensado; pero yo te libro del compromiso que te impones queriéndome hacer partícipe de tu vida sosegada. Yo no he nacido para esto, amigo mio; tengo una idea mas elevada de mí mismo, y jamás ni en mis placeres ni en mis aspiraciones, me confundiré con el vulgo de los tontos que pasan cuarenta años de privaciones materiales y morales para llegar á una vejez tranquila y sosegada, y se mueren de cansancio ó de fastidio antes de llegar á la edad madura.

Jorge contemplaba á su compañero con el mayor asombro, y aun con cierta apariencia de miedo inesplicable. Sentíase arrebatado por la irónica elocuencia de su amigo, y aunque vislumbraba el abismo á una distancia muy corta, no se sentia con grandes fuerzas para oponer resistencia á la funesta tentacion.

Varner conocia de sobra el efecto que sus palabras producian en el desdichado Jorge, y prosiguió de este modo:

—No te hagas ilusiones, amigo mio: cuando el mundo imprime el sello de su reprobacion en la frente de algunos que le caen en desgracia, aquel sello es tan indeleble como la marca que aplica el verdugo en la espalda del ajusticiado. Nosotros no podemos abrigar ninguna de esas risueñas esperanzas que ridículamente te estás forjando: hoy

y mañana y siempre, mientras vivamos, seremos lo que hasta aquí hemos sido, unos tahures ni mas ni menos.

—Varner, yo me siento con valor para reparar todas mis faltas, y las repararé sin duda.

—Puede ser que te halles dotado de ese valor, pero lo que no admite duda es que el mundo no se halla dotado de igual dósis de generosidad. Tú y yo no podemos retroceder: hay algo mas poderoso que nos empuja, y ese algo es el destino.

—¡Destino implacable que nos condena al remordimiento, que nos aleja de todos los placeres!....

—Al contrario, que nos aproxima á ellos. Para tener una vida buena y sentir que los años se deslizan para nosotros con la alegre y bulliciosa algazara de las máscaras en carnaval ¿qué es lo que necesitan dos hombres como nosotros? Querer gozar de la vida, y nada mas. ¿Qué nos importa del mundo y lo que dirá, y de esos vanidosos que empalagan y vienen apellidándose á sí mismos hombres de bien? ¿Qué son esta clase de hombres? Unos seres faltos de corazon, que acusan á los demás, porque los demás hacen lo que ellos no se atreven á hacer y llegan á donde ellos no pueden llegar. A esto llaman virtud unos cuantos estúpidos... Mal hecho, porque eso no es otra cosa que mera hipocresía.

Gomez estaba sosteniendo una lucha á todo trance con sus tendencias al vicio y su deseo de rehabilitacion. Si en aquel momento hubiera acertado á entrar Amelia en el gabinete de su esposo, este hubiera corrido á guarecerse en sus brazos, como en la ópera *Roberto el diablo* la buena Alice se refugia á la sombra de la cruz huyendo de las asechanzas del espantoso Beltran. Desgraciadamente para Jorge, su esposa no se atrevia á romper la consigna que de mucho tiempo á aquella parte la impedia penetrar libremente en el gabinete de su marido.

El espíritu tentador podia, por lo tanto, trabajar impunemente: el ángel bueno no se hallaba presente.

—De modo es—murmuró Gomez con voz sombría—que mi pérdida es irremisible...

Varner soltó una estrepitosa y cínica carcajada.

—¿Y á qué llamas pérdida? ¿Al hecho de proporcionarte todos los

dias, todos los momentos la satisfaccion de tus deseos? ¡Ay, amigo mio! Cuantos santurrones desearian perderse de esta manera...

—Entonces ¿qué es lo que debo hacer para recobrar la tranquilidad que he perdido hace quince años?

Esta pregunta equivalia á una capitulacion: Varner tuvo necesidad de reprimirse para no vender su alegría.

El golpe estaba asegurado; pero no convenia abusar de la victoria en aquel momento.

—Lo que tú debes hacer—dijo Varner despues de haber reflexionado un instante—es jugar esta noche y ganar segun te propones. Mas tarde, cuando tengas con que retirarte, hablaremos del uso que hay que dar al dinero. Pero créeme, amigo mio, el mundo no perdona: los hombres son muy débiles, y conociendo su debilidad temen contagiarse. Por esto, queramos ó no queramos, nuestra sociedad será siempre la de los hombres de quienes se dice que han arrojado la capa al toro.

—¡Pero todo esto que me dices es horrible!

—Será horrible cuanto quieras, mas es lo cierto. ¡El arrepentimiento!... No diré que no sirva ante Dios para cuando deba juzgarnos; así al menos dicen los que hablan de esas cosas; pero en cuanto á los hombres, ni por pienso. A nosotros nos pasa lo que á los sentenciados que salen del presidio, lo que á las mujeres que abandonan una casa pública: podrán haber hecho voto de enmienda, podrán haberse propuesto ser modelos de hombría de bien y de modestia... Es inútil: el mismo que admirará la fuerza de voluntad y la virtud de los arrepentidos, se guardará muy bien de saludarles siquiera cuando pasen por la calle y se sonrojará cuando aquellos entren en su casa para demandarles la limosna de una palabra de consuelo que les anime á permanecer en sus buenos propósitos. Algun tiempo despues, aburridos de verse solos, convencidos de que el pasado se halla de contínuo presente á los ojos de la humanidad, se aburren, se desesperan, delinquen otra vez por necesidad, y el presidio y el lupanar abren de nuevo sus puertas para recibir á sus antiguos miembros. Dime si esto es ó no verdad, y convéncete de que entre las gentes que se llaman virtuosas, el dictado de tahur no es mucho mas honroso que el de presidario y el de mujer perdida.

Jorge se dejó caer con abatimiento en un sillon : la infame argumentacion de Varner le habia arrancado sus doradas ilusiones. Se encontraba sin fuerzas para luchar, y al sentirse rodar hácia el fondo del abismo, en lugar de hacer un esfuerzo supremo para ganar nuevamente la cima, cerraba sus ojos y aguardaba la muerte, maldiciendo á los que se la daban.

—Bien,—murmuró para sí—no mendigaré una compasion que los hombres me negarian, no trataré de luchar contra sus ridículas preocupaciones que matan ni mas ni menos que el puñal de un asesino comprado; insulto por insulto, dolor por dolor, desprecio por desprecio, yo arrojaré á la cara de esos hombres la saliva que ellos han lanzado á mi rostro.

—Un solo medio tienes; deslúmbrales con tus riquezas : el vicio no tiene deformidades para aquel que las oculta debajo de un manto de oro, y el título de hombre rico hace desaparecer por completo el de hombre malo. Sé capitalista millonario, derrama tu dinero en bailes y festines, halaga en los demás el vicio de que á tí podrian acusarte, dales gratis lo que esos mismos virtuosos no adquieren, no porque les disguste, sino porque les cuesta su dinero; y mientras puedas sostener sus desórdenes, mientras puedas prolongar sus placeres, podrás pasearte con la frente muy erguida : las gentes que te rodearán emplearán sus mejores palabras en alabanza tuya, y tendrás un círculo, mas que de amigos, de súbditos y de adoradores. Lo del vellocino, amigo mio: en el altar del oro ni el mas puritano deja de quemar incienso.

—Comprendo que llegue para mí el estado de la embriaguez y del delirio; comprendo asimismo que en este estado sueñe en una felicidad hoy dia incógnita; y esta conducta me igualará á aquellos hombres que se envenenan un dia y otro para proporcionarse toda clase de encantadores sueños: yo soy el culpable y harto consigo si alejo de mi mente la imágen del suicidio. Pero ¿qué fatal destino es el mio para envolver en él á la inocente Amelia?

—¿Y quién te dice que Amelia se quejará de su suerte, ó tendrá motivos para hacerlo?

—Tienes formado un concepto tan malo como injusto de las mujeres, Varner.

—Al contrario; le tengo completamente bueno del bello sexo en general y de tu esposa en particular. Creo en su modestia de jóvenes, en su virtud de casadas, en su amor de madres. Pero ¿esto supone que dentro del círculo de sus deberes no tiene la mujer el derecho de apetecer alguna cosa? ¿Es la mujer algun objeto que carece de sensibilidad? ¿Estamos aun en aquellos tiempos en que se cuestionaba si una mujer tenia alma como un hombre?... ¡Qué injusticia!... rodea á la tuya de los placeres que desean todas las de su sexo, colócala en la posicion que la destinó la naturaleza, halaga su amor propio, déjala que por un solo dia deslumbre á sus compañeras, en una palabra, hazla mujer de un hombre rico, y será feliz.

—¡Hombre rico!...—dijo Gomez con abatimiento.—¿Dónde se encuentra esa riqueza que me huye siempre, como el fantasma que perseguimos en sueños?

—¿Y tu gran jugada?—preguntó Varner sonriendo con aire sumamente irónico.

Jorge se puso de pié, y su cuerpo todo se estremeció febrilmente. Su mirada centelleaba con fulgor siniestro, y de su frente se desprendian gruesas gotas de sudor.

—Tienes razon,—esclamó—mi gran jugada realizará ese porvenir halagüeño. Yo acudiré esta noche, mañana, siempre, á esos sitios donde el dinero pasa rápidamente de unas manos á otras: yo seré poderoso, porque quiero serlo. ¡Oh! no temas, no retrocederé en mi camino; y muy pronto lanzaré á la faz del mundo, que envidiará mi suerte é incensará mis riquezas, la carcajada estridente de mi desprecio. ¡De rodillas, hombres necios, de rodillas ante el que va á costearos vuestros placeres, ante el que va á comprar vuestro servilismo!

Y pronunciadas estas palabras, rió Jorge de una manera estraña, lúgubre, que daba compasion.

Varner rió tambien, pero de una manera muy distinta: su risa se asemejaba á la del atleta que siente agitarse entre sus robustos brazos al enano mal avenido con su vencimiento.

—Compañero, —dijo por último—hablas como un hombre juicioso: al mundo darle lo que quiere. Si es necio, tanto peor para él. Lo

que conviene es persistir en los buenos propósitos que ahora has manifestado.

—Yo persistiré, y para darte una prueba, quiero que desde luego reine en esta casa la animacion que por tanto tiempo ha faltado en ella. Mañana son los dias de mi hijo; es indispensable solemnizar este aniversario, y á tí te confio el encargo de satisfacer hasta los caprichos de mis comensales. Es menester que se acostumbren á mi amistad y al buen trato de mi casa, y que pregonen por todo Madrid la resurreccion del hombre á quen dieron por muerto. Cuento contigo, Varner, nunca como ahora he necesitado de los auxilios de tu amistad.

—Nunca te faltará esta, amigo mio; pero si alguna vez te viera retroceder en el buen sendero que has emprendido, ten por cierto que jamás quisiera cargar sobre mi conciencia el peso de tus nuevas faltas y el resultado de tu inconstancia.

—Estoy completamente decidido: durante el dia vengan placeres, llegada la noche juego para sostener aquellos.

—En este concepto, te abandono sin temor: tú fijarás tarde ó temprano la rueda de la fortuna.

Y tendió á Jorge una mano que este estrechó con tanta candidez como le era presentada con mala fé.

Varner se separó acto contínuo de su amigo, pretestando que iba á adoptar desde luego algunas precauciones para la fiesta del dia siguiente; y cuando estuvo en la calle, su semblante se nubló de improviso y empezó á hablar solo, como les acontece á los hombres que son víctimas de una tenaz impresion de momento.

—Esto no marcha bastante bien—iba diciendo para sí—si la fortuna se empeña en favorecerle, se me escapa irremisiblemente. Si habré estado trabajando quince años para labrar al fin y al cabo la felicidad de Jorge... Seria chasco muy pesado por cierto...

Siguió caminando en silencio durante algun tiempo, y en seguida murmuró:

—En fin, si necesario fuese, apelaríamos á los grandes recursos. ¿Desistir yo de mi propósito? .. ¡Jamás!

Y observando que las mujeres y los niños le contemplaban admirados, se apercibió de que estas últimas palabras habian sido pro-

nunciadas en alta voz; y reponiéndose con presteza, se alejó de los barrios en que estaba situada la casa de Jorge, de suerte que al llegar á la bajada de Santo Domingo cualquiera le hubiese tomado por el mas tranquilo é insustancial de los muchos vagos que pasean su pereza por las calles de la coronada villa.

CAPITULO IV.

Los misterios de una noche.

Ya hemos dicho que durante la dominacion francesa, se habia jugado en España de la manera mas pública. El ruido del oro que rodaba encima del tapete verde llegaba perfectamente á oidos de las autoridades y heria la vista de la policía, que, muy léjos de oponerse á ello, delegaba á algunos de sus dependientes para sancionar la aquiescencia de los primeros interesados y obligados á reprimir un vicio que es frecuente causa de tantos crímenes.

Asimismo circulaban por la villa horribles anécdotas concernientes á grandes ruinas consumadas en el interior de garitos deslumbrantes por su lujo y resplandecientes de luz; pero ninguno parecia prestar grande atencion á esas catástrofes de familia; y si alguna vez, lo cual no era sin ejemplo, se ensangrentaba la alfombra de los salones de juego, porque á algun desgraciado se le ocurriera poner término simultáneamente á su desgracia y á su vida, todo lo mas que acontecia era que la casa permanecia cerrada el tiempo indispensable para que los criados pudieran limpiar el pavimento y los concurrentes reponerse del susto y hacerse pasar el asco.

No era difícil tampoco que un jugador perdidoso atropellara á alguno de sus colegas mas afortunados, y que por un quítame allá esas pajas se promoviese un altercado que terminaba á estocadas

apenas despuntaban los primeros albores de un nuevo sol; pero el desafío no era una cosa peor vista que el juego, y ninguno podia impedir que un tahur desalmado fuera quisquilloso en materias de amor propio y de honra. La honra es la cosa que los jugadores tienen mas en los labios, lo cual no impide que se hayan visto muchos ejemplos de apuntes que han jugado á sus esposas é hijas contra un puñado de dinero.

¡Y no hay un verdugo, mas vil y mas bajo que el ejecutor de las justicias ordinarias, para dar la muerte á esos miserables que así prostituyen la santidad del hogar doméstico!

¡Y no hay una voz bastante poderosa para trasladar la maldicion de las gentes honradas á los oidos de aquellos que toleran semejantes escándalos, haciéndose cómplices de tan bárbaros crímenes!

Y sin embargo, entrad en una casa de juego: los concurrentes caminan con la frente erguida y muchos de ellos llevan apellidos y títulos respetados en el mundo. Entrad, os digo, y hallareis sentadas en torno de una mesa eminencias de todas clases, personajes que gozan fama de sabios y hasta de virtuosos; entrad y encontrareis mujeres de todas clases pertenecientes á ilustres familias, que al salir de su casa han besado en la frente á sus hijos y rogado á Dios para que aleje todo mal pensamiento del sueño de aquellos ángeles; entrad... Pero no, no querais pisar los umbrales siquiera de semejantes sitios; en ellos no hay tales nobles, ni tales sabios, ni tales madres; en ellos hay una sola clase que las confunde á todas, un nivel que mide igualmente todas las cabezas, todas las gerarquías; y esa amalgama de gentes tiene un nombre genérico, gráfico, acepta do por la sociedad; se llama la inmunda clase de los tahures.

Tal era el sitio á donde concurria Jorge privilegiadamente; en él esperimentaba esas emociones bastardas por las cuales sacrificaba los puros goces de la familia.

Amelia habia quedado poco tranquila despues que su esposo se habia separado de ella para reunirse con Varner: mientras este falso amigo poseyera la confianza de Gomez, era imposible que este pudiera volver al redil de donde habia salido. Además, aquella alegría inesperada, aquella fortuna adquirida de improviso, aquel amor que contrastaba tan marcadamente con los insultos y groserías de pocas

horas antes, eran motivos mas que suficientes para que la pobre mujer reflexionara seriamente acerca de su posicion.

Bien mirado, Amelia tenia muy pocos motivos para alegrarse. Es cierto que Jorge habia adquirido, al parecer, una nueva fortuna y que á su decir la miseria se habia ahuyentado para siempre de su casa; pero ¿la mujer honrada y prudente tiene motivos bastantes para asentir desde luego á esa especie de milagro, únicamente porque su marido la dice: el milagro queda hecho?

¿De dónde habia sacado Jorge aquella fortuna tan distante de él pocas horas hacia? ¿se adquiere legalmente y en pocos momentos lo que se ha tenido que perder en quince años? Y en el supuesto de que la nueva fortuna de Jorge tuviera un orígen honesto ¿cómo no se habia apresurado á manifestarlo?

Todo inducia á creer que en la brusca metamórfosis existia algun misterio, y Amelia temblaba de adivinarlo. Pero tampoco podia permanecer en aquella angustiosa situacion, cien veces mas tormentosa que la miseria de aquella misma mañana. Porque, á pesar de cuantos esfuerzos hacia la jóven para desterrar un pensamiento cruel, zumbaba de contínuo en sus oidos una palabra terrible, y se presentaba á su imaginacion la muerte del padre de Jorge, pronunciando aquella sentencia aterradora, profecía que, si bien lentamente, se estaba cumpliendo con una exactitud funesta.

Amelia se perdia en un mar de conjeturas á cual mas tristes; pero al fin y al cabo comprendió que nunca llegaria al término de sus dudas si no se revestia de prudencia y de valor á un tiempo mismo.

Resuelta á estudiar hasta los mas insignificantes movimientos de Jorge, no la pasó desapercibido que la fisonomía de su esposo se habia alterado visiblemente durante su conferencia con el miserable Varner.

—Si á lo menos hubiera roto con él...—pensó Amelia á la vista de ese indicio.

Pero esta agradable duda desapareció cuando oyó decir á Jorge que para el dia siguiente disponia una gran fiesta, y que D. Carlos era el encargado de hacer los preparativos. El padre de Alberto se estendió á este propósito sobre la conveniencia de llevar una vida mas animada y divertida, y desplegó á los ojos de Amelia un

panorama que hubiese sido seductor para cualquiera mujer menos pensadora que aquella, sin perjuicio de que el acento de Jorge vendió una emocion muy impropia para un hombre que habla de placeres á la mujer que ha de participar de ellos.

Sin embargo, nuestra jóven tuvo la precaucion de no manifestar sorpresa ni aun recelo alguno.

Jorge pasó el resto del dia en casa, acompañado de Amelia y de Alberto, y durante algunos momentos, olvidado de su verdadera situacion, esperimentó agradabilísimas sensaciones. Aquella tranquilidad, aquellos desvelos amorosos, aquellos transportes puros cuanto apasionados, ejercieron sobre él un benéfico efecto, y las horas se le deslizaron rapidísimas, mucho mas que en el teatro de sus ignobles hazañas.

A pesar de todo, Amelia continuaba observándole: era harto desdichada para que la apariencia la engañase por segunda vez. Así llegó la noche: la esposa estaba preparada para cuanto aconteciera en ella, porque de noche es cuando se cometen todas aquellas acciones que sacan colores al rostro ó conducen reos á la cárcel.

A medida que iba adelantando la hora el semblante de Gomez se iba volviendo mas sombrío. Cuando dieron las nueve, fué visible la lucha que sostuvo consigo mismo.

Y á todo esto, Amelia no perdió un punto su serenidad: habia tomado una resolucion suprema.

—Tengo que dejaros;—dijo Jorge separándose con sentimiento de los pocos individuos de su familia—un deber imperioso me llama á otro sitio. Hasta la vuelta...

—¿Tardarás mucho?—preguntóle su esposa con acento que nada mas que cariño revelaba.

—Quizás retarde un poco mas de lo que deseo: podeis recogeros segun vuestra costumbre.

Y besó á Amelia y á su hijo: los labios de Jorge eran secos y frios como los de una estátua.

—Hasta mañana, pues—dijo la jóven.

—Hasta mañana—contestó Jorge, y se alejó de la estancia tan despacio que, aun sin tener grande interés por él, se comprendia que estaba llevando á cabo un sacrificio de malísima gana.

Amelia se confirmó en sus sospechas; pero la era indispensable tocar la realidad.

Apenas su esposo habia partido, se dirigió corriendo á su gabinete, tomó precipitadamente una mantilla, cubrió con ella rostro y espalda por completo, y se echó sobre las huellas de Gomez, á quien le fué tanto mas fácil descubrir, en cuanto la calle ancha de San Bernardo se presta á descubrir á un hombre á gran distancia, y en cuanto, además, la persona á quien Amelia seguia con tan decidido empeño, caminaba muy despacio, como quien se dirige contra su voluntad á un sitio determinado.

La jóven habia andado unos doscientos pasos y apenas distaba unos diez de su marido.

La noche era oscura: frecuentes relámpagos permitian ver los nubarrones apiñados en el espacio: la luz de los faroles, colocados á grande distancia unos de otros, apenas alumbraba las calles; y mientras los pacíficos habitantes de la coronada villa se dirigian á sus albergues huyendo de la próxima borrasca, los malhechores se disponian á abandonar sus guaridas para dar sus golpes atrevidos á tres pasos de distancia de la policía, que siempre está de sobra donde no hace falta.

Sordos rumores se oian á lo léjos semejantes á la rotacion de una rueda de hierro dentada que rodase sobre un pavimento de bronce, y los carruajes empezaban á desempedrar las calles, haciendo tomar á los caballos ese galope que durante mucho tiempo se ha discutido si entraba en las funciones regulares de un caballo de alquiler. En seguida empezó á caer sobre Madrid una de esas lluvias de gruesas gotas tan frecuentes en la estacion de verano, lluvia que descargó á intérvalos de una manera bastante para limpiar las calles de barro y transeuntes á un tiempo mismo.

A pesar de todas estas contrariedades, Amelia siguió impávida los pasos de su esposo: creemos que ni siquiera se apercibió de aquella especie de obstáculo suscitado por los elementos: la verdadera tempestad la llevaba la jóven en su corazon.

Jorge se dirigió por la bajada de Santo Domingo á la calle del Arenal, atravesó la Puerta del Sol, penetró en la carrera de San Gerónimo, y torciendo á mano derecha, se introdujo en la calle del

Príncipe. Una vez en ella, desapareció dentro de un portal perteneciente á una casa de opulenta apariencia.

Amelia permaneció clavada en la calle, y durante algunos instantes estuvo indecisa respecto á la resolucion que habia de tomar. Su primer impulso fué enterarse por el portero acerca las circunstancias de los inquilinos; pero en seguida reflexionó que aquella casa podia no ser el garito frecuentado por Gomez, y se resolvió á esperar algun tiempo hasta cerciorarse por cualquiera de los medios que la casualidad le proporcionara. Por de pronto tenia á mano uno de ellos: si Jorge, transcurrida la hora regular, no habia salido de aquella casa, era probable que le retuviera en ella algo mas que el cumplido de una visita ó el deseo de tratar algun negocio. Este ya era un indicio, y Amelia tenia bastante con uno, el mas ligero de todos, para depurar la verdad.

Penetró, por tanto, en el portal de una casa fronteriza de aquella en que Jorge se habia entrado, y allí se estuvo aguardando con la constancia del que se halla resuelto á tocar por sí mismo la realidad de las conjeturas.

Pero transcurrió una hora, y luego otra hora, y despues los relojes dieron la de la media noche.

Y Jorge no habia salido de aquella casa en que Amelia tenia los ojos clavados.

Vibraban en el aire las campanadas, cuando la jóven se apercibió de que el portero de la casa en que se habia refugiado, se disponia á cerrar la puerta de la calle. En aquel momento estaba cayendo un aguacero tremendo.

Amelia no trató de oponerse á aquella operacion tan natural en un portero, antes bien quiso disculparse por la larga permanencia que habia hecho en el portal, cosa que habia llamado la atencion del criado de escaleras abajo.

—Señora—dijo este—V. me dispense, pero tengo la órden de cerrar la puerta á media noche.

—Dice V. bien; yo soy la que debo pedir á V. mil perdones por el mucho tiempo que aquí he permanecido, sin pedir permiso. Pero... queria averiguar cierta cosa que está pasando en la casa de ahí enfrente...

—Ya...—dijo el portero, acompañándose con un gesto particular de que Amelia no dejó de apercibirse.

—¿Qué es lo que pasa detrás de esas paredes?—preguntó la jóven con la mayor ansiedad.

—Señora...—murmuró con dificultad el portero—mi obligacion es velar por mi amo, y no por la casa agena.

Amelia no quiso investigar lo que buenamente no se le queria decir: le parecia muy humillante entrar en esplicaciones con un hombre que á buen seguro no sabria comprenderla. Hizo, pues, ademan de retirarse, y salió á la acera.

Continuaba cayendo el agua á torrentes.

El portero, con todo y serlo, se compadeció de aquella mujer, que parecia resuelta á arrostrar la intemperie.

—Pero, señora,—dijo.—¿Va V. á permanecer en la calle con un tiempo tan endemoniado?

—¿Qué he de hacer?...—respondió la jóven con acento resignado.—Necesito estar á la mira de una persona que se halla dentro de esa casa, y no me moveré de este sitio, aun cuando se desencadenaran juntos todos los elementos.

Pronunció Amelia estas palabras con un acento tan dulce, que el portero se sintió conmovido.

—¡Ay, señora!—dijo—estamos tan acostumbrados á centinelas de esta naturaleza.....

Amelia lanzó un suspiro: compadecia en el alma á las infelices que sufrian como ella estaba sufriendo.

—Y si viera V. que historias tan tristes me cuentan algunas señoras que á veces se han situado, como V., en este portal... Vamos, los hombres que así causan la desgracia de sus familias, merecerian ser azotados por el verdugo.

La desdichada jóven no necesitaba saber mas: su presentimiento era harto cierto, por desdicha.

Sintió que las fuerzas la faltaban, y se apoyó con la mano en la pared para no venir al suelo. Al cabo de un momento, y despues de haber hecho un grande esfuerzo, volvió á salir á la calle, diciendo:

—Cumpla V. su obligacion, buen hombre: yo encontraré otro portal donde albergarme.

Sin embargo, no era la cosa tan fácil de conseguir como de desear. La noche estaba muy adelantada y los portales todos cerrados. Nada se percibia sino el contínuo ruido del agua, y únicamente de tarde en tarde cruzaba uno que otro carruaje con rapidez ó una que otra patrulla con lentitud.

Era una crueldad permitir que una mujer jóven permaneciera sola en mitad de la calle á aquella hora y con aquel tiempo.

—Señora,—dijo el portero—lo que V. dice no es fácil de llevar á cabo. Lo mejor que puede V. hacer es retirarse.

—Esto ¡jamás!—contestó Amelia con acento que no dejaba duda acerca el propósito de que se hallaba poseida.

El portero titubeó en su resolucion.

—Mire V., señora,—dijo—que se espone V. á muchos contratiempos. Dentro de poco van á dejar la calle completamente á oscuras, y hay órden de arrestar á todas las mujeres que se encuentren vagando por Madrid á tales horas.

—¡Arrestarme!... Confundirme con las mujeres perdidas...—esclamó Amelia.—¡Ah, Jorge! Parece mentira que tu pasion funesta me ponga en tan duro trance.

—Lo mas que puedo hacer por V.—dijo el portero—es pedir permiso á mi amo para tener la puerta abierta por un poco mas de tiempo. V. podrá permanecer en mi chirivitil, desde el cual se ve perfectamente la calle, y.....

—Gracias, amigo mio,—contestó Amelia poniendo una moneda en manos del portero.

—Entonces voy á pedir el permiso que he dicho—prosiguió el portero acabado de enternecer por la dádiva.

—Sin embargo,—objetó la jóven—su amo de V. puede estrañar el mensaje, sospechar la rectitud de mis intenciones.....

—Mi amo, señora, no se entromete en averiguar lo que no le cuentan: hace el bien por el gusto de hacerle, y siempre tiene una palabra de consuelo para las damas que en abundancia acuden á esta puerta con iguales intenciones que V.

—¿Cómo se llama su amo de V., amigo mio?—preguntó Amelia, deseando conocer á un caballero tan cumplido.

Los corazones sensibles buscan con afan á sus hermanos, como

los criminales se sienten inclinados hácia sus futuros cómplices.

—D. Luis de Mendoza—respondió el portero á la pregunta de Amelia.

—¡D. Luis de Mendoza!—esclamó Amelia.—¡Justicia de Dios! ¡Tú nunca abandonas á los desdichados!...

El portero no se esplicaba el motivo de aquella esclamacion, pero la jóven le sacó de dudas diciéndole:

—Su amo de V. es el único amigo que el Señor me ha deparado en la desgracia.

—¿Y no conocia V. su casa?...—preguntó el portero estrañando esta singularidad.

—No la conocia, porque hace mucho tiempo que no he visto á D. Luis, y lo que es mas, nunca he puesto los piés en su morada.

—Pues, nada habria V. perdido con ponerlos: mi amo no es de esos lechuguinos que hacen gala de su perversidad... Bueno es él para estas cosas... Hace muchos años que ha roto con todos sus amigos, y hace una vida que pudiera satisfacer los escrúpulos de una monja.

En aquel momento se oyó una voz que desde lo alto de la escalera decia:

—Juan, el amo estraña que no haya V. aun cerrado la puerta.....

—Ya lo oye V., señora,—dijo el portero—es menester tomar una resolucion.

Amelia examinó el estado del tiempo: el aguacero habia ido calmando. Hizo ademan de salir á la calle; pero en el mismo instante hizo alto, enfrente de la casa, una patrulla de soldados franceses, cuyo jefe venia entonando á media voz una cancion de cuartel que bastaba para hacer formar un pobre juicio del estado de su serenidad.

La jóven se encontraba verdaderamente entre la espada y la pared. El portero habia cerrado ya la mitad de la puerta, y el oficial francés que vió á una mujer medio fuera de la calle, corrió á ella, diciendo en mal castellano:

—¡Hola, hola!... ¿Hay por estos barrios palomas estraviadas?... Pues á la guardia con ellas...

Y estendió la mano para apoderarse de Amelia; pero esta, aperci-

biéndose de aquel mayor peligro, rechazó al insolente, y precipitándose en el interior de la casa de D. Luis, dijo al portero:

—Condúzcame V. á la presencia de su amo...

El portero terminó de un solo movimiento su interrumpida operacion, y dió con la puerta en los hocicos del oficial, que se quedó en la calle blasfemando.

Y pues ya tenemos á Amelia bajo cubierto y conocemos á Mendoza lo bastante para salir fiadores del fino recibimiento que hará á la sobrina de su amigo D. José García; atravesemos la calle del Príncipe por lo ancho, y ocupémonos de Jorge que, como sabemos, juega algo mas que su fortuna.

Para comprender esto, bastará decir á nuestros lectores que el desdichado Gomez va provisto de un par de pistolas, cuya culata empuña cada vez que introduce sus manos en las faltriqueras de su largo leviton.

Si en el juego le es contraria la suerte, la suya está echada para siempre. Cometerá su último crímen apelando al suicidio.

Pocos momentos despues de haber entrado Gomez en la casa de juego, entró asimismo su compañero D. Carlos Varner; pero ¡cosa estraña! en lugar de encaminarse directamente á los salones de la rolina ó del monte ó del *ecarté*, segun era su costumbre, pasó á situarse en un salon desierto, cuyos balcones abrian sobre la calle del Príncipe, frente por frente de la casa de D. Luis de Mendoza. La fisonomía de Varner demostraba cierto mal humor traducido en una de esas sonrisas sarcásticas, como no las ponen en sus labios sino los hombres malos. Tomó, ó mejor dicho, arrastró una silla hasta uno de los balcones, y sentándose en ella, fijos siempre los ojos en un objeto determinado, murmuró:

—Hé aquí que el gato y el raton se espian mútuamente. ¿Quién devorará á quién?...

Y con una constancia, que en cualquiera otro se hubiera podido llamar flema, y en él se habia de llamar perfidia, permaneció mas de dos horas en su puesto ó atalaya. De vez en cuando algun jugador acalorado penetraba hasta el salon en que Varner se habia aposentado, y desahogaba su mal humor en imprecaciones que hubieran estremecido los oidos de quien no fuera jugador.

—¡Es un escándalo!...—esclamaban algunos—ese hombre ha pactado con el diablo, sin remedio.

—¿Qué hombre es ese que tiene el mal gusto de asociarse con tan feo bicho?—preguntaba Varner con ese acento irónico que empleaba siempre que queria causar daño á sus interlocutores.

—¿Quién ha de ser?... Ese condenado de Gomez que se lleva el dinero de la banca y de los puntos.

Varner se mordia los labios cada vez que le daban semejantes noticias; pero aunque su corazon nadase en hiel, hacia por sonreir á fin de mortificar á sus amigos.

Otras veces era su interlocutor un perdidoso de aquellos que se desahogan promoviendo pendencias, y creen que el término indispensable de una noche de juego con desgracia, es romperse la cabeza de un botellazo ó cruzarse de estocadas en el Retiro.

—Es estraño—decia entonces el pendenciero—que no se junte V. con su amigote.

—¿Pues qué le pasa á ese buen muchacho para que V. le trate con tanto rigor?

—Le pasa que está pasando por ojo el bolsillo de todos los jugadores. ¡Maldita sea su casta!... Ande V., ande V., y vea si quiere dejarnos libres de su aborrecida presencia. ¡Peste en él y en todos sus amigos! ¿No lo es V. suyo?

—Mucho—respondia Varner con irónico acento.

—Pues no retiro una sola de las palabras que he dicho; y si le pesa á V., tanto peor.

—Si apenas le he oido á V.—decia Varner con muy bien fingida flema.—No le he entendido de una palabra.

—De suerte que me trata V. de necio y de impertinente. ¡Mida V. sus palabras, ó de otro modo!.....

D. Carlos hacia un movimiento de apacible conformidad, y volviendo la espalda á su interlocutor, decia:

—Voy á medirlas tan bien, que por lo breves y dichas en voz baja, no va V. á oirlas.

Y efectivamente se daba tal maña para callar, que el jugador, desesperado de ver que no habia medio de hacer saltar á aquel hombre de hielo, se marchaba en busca de algun otro descontento, y como á tal mas propenso á pendencia.

Finalmente, algunas veces nuestro impertérrito observador era interrumpido en su pacífica ocupacion por algun oficial del ejército francés, que en el colmo del enojo renegaba *bilingüemente* de España y de Francia, y del emperador y de Fernando VII, y de la paz y de la guerra.

Tambien Gomez era el causante de ese arranque de bilis, esplosion de la cólera estranjera, puesta en efervescencia por la insolente fortuna de un hombre. Varner no hacia mas caso de los estranjeros que de sus compatriotas.

Espiaba, espiaba siempre. No tenemos, sin duda, necesidad de esplicar que es lo que espiaba.

Pero era lo cierto que la suerte decidida de Gomez empezaba á darle en que pensar.

—¿Si realizará sus propósitos?...—murmuraba meneando lentamente la cabeza y dando grandes muestras de abatimiento.

Pero en seguida fijaba de nuevo los ojos en la calle con siniestra espresion, y decia en tono amenazador:

—A pesar de todo, tengo otro cabo de la cuerda, y si no es de un modo, será de otro que él se perderá. ¡Qué bien hice en no perder de vista á ese majadero!...

Porque era el caso que Varner no debia á una casualidad el descubrimiento de Amelia.

Desde aquella mañana en que se habia separado de Jorge, mal avenido con los propósitos honestos que este último habia revelado, D. Carlos temia que iba á perder el ascendiente que hasta entonces habia ejercido sobre su víctima.

Luchando de frente con el poder de Amelia, se esponia á ser desenmascarado y vencido por esta; y la venganza de Gomez habia de ser terrible si llegaba á comprender aquella no interrumpida traicion de quince años.

Varner tomó al momento una resolucion digna de un hombre de su maquiavélico talento.

Esa resolucion consistia en dejar obrar á Jorge, por de pronto, segun sus impulsos propios ó agenos.

La conducta de Gomez habia de servir como de guia fiel á la de D. Carlos.

Concebida esta idea, faltaba simplemente enterarse de los pasos dados por su amigo, y para enterarse de ellos, es indudable que lo mejor era seguirlos. Desde este momento, ya no perdió de vista la casa de Gomez.

Vino la noche; Jorge salió de su morada, Varner iba á echarse tras él; pero se detuvo sorprendido por la aparicion de Amelia, que no dejaba de ser misteriosa. Por un momento permaneció indeciso entre á cual de los dos, el marido ó la mujer, habia de seguir los pasos: mas la igualdad de ruta que entrambos llevaban, le sacó afortunadamente del apuro. Así vió entrar á Gomez en la casa de juego, y ocultarse Amelia en el portal de la casa de Mendoza.

Varner respiró con desahogo: veia completamente claro en el misterio.

Reprimió un golpe de risa que le acometió de repente, y deshaciendo una pequeña parte del trecho andado, fué á entrar en el garito por una segunda puerta escusada, como las tienen siempre esos establecimientos.

La restante conducta de D. Carlos durante aquella noche, es conocida ya de nuestros lectores.

A las dos horas de espionaje, debió Varner descubrir alguna cosa que le llamó la atencion hasta tal grado, que insensiblemente fué levantándose de su silla y aproximándose al balcon, hasta pegar el rostro á los cristales.

Su semblante adquirió una espresion de malignidad notable, y murmuró algunas palabras ininteligibles, acompañadas de una sonrisa feroz, una de aquellas sonrisas que se concibe debiera poner el tigre en su achatada cara cuando ve aproximarse la res incauta que va á ser pasto de sus voraces instintos.

Cuando finalmente vió cerrarse la puerta fronteriza y á Amelia quedar á la parte de dentro, no pudo contenerse, y esclamó:

—¡Ya es mia!

Y con aire triunfal abandonó la estancia que él habia convertido en atalaya, y se dirigió á los salones de juego.

Poco tardó en descubrir á su amigo Gomez. El afortunado jugador ocupaba uno de los principales sitios en torno á la mesa de la rolina: permanecia de pié, y con ademan vencedor arrojaba una desde-

ñosa mirada al dinero de la banca y de los puntos, que iba acabándose por momentos. Tenia delante de sí, encima de la mesa, un gran monton de oro, sobre el cual tenia estendida la mano, y á su espalda una coleccion de jugadores trasnochados seguian con interés las escasas peripecias de la partida. Y decimos escasas peripecias, porque lo comun era que á cada dos ó tres golpes se aumentase considerablemente el caudal de Jorge. El juego se hallaba empeñado en silencio: la desconocida fortuna de Gomez tenia sumidos en una especie de estupor á cuantos pagaban de su bolsillo el acrecentamiento de su capital.

Varner llegó hasta su amigo, y poniéndole una mano encima del hombro, le dijo:

—Basta.

Pero tuvo necesidad de repetir tres veces el movimiento y la palabra para llamar la atencion de su compañero.

A la tercera vez, dió Jorge muestras de haberse apercibido de Varner.

—¿Qué me quieres?—preguntóle en voz tan baja que apenas interrumpió el silencio de la sala.

—Basta, te he dicho, y ahora es menester que me sigas—respondió Varner.

—Imposible—dijo Gomez estendiendo la mano para hacer una jugada.

D. Carlos desvió la mano aquella é impidió la apuesta, con gran descontento de los jugadores que nunca se entregan al vicio con mas pasion que cuando buscan el desquite de sus pérdidas. Por su parte, Jorge contempló con asombro á su compañero.

Era la primera vez que Varner atajaba los impulsos del jugador.

—¿Quieres que renuncie á los favores de la suerte, precisamente cuando esta se empeña en protegerme?—dijo.

—¡Lo quiero!—respondió D. Carlos con el acento de la superioridad.

Jorge comprendió que sin duda acontecia algo estraordinario, como estraordinaria era la conducta de Varner.

—¿Qué hay?—preguntó con voz conmovida.

Su amigo se inclinó á su oido, y pronunció algunas palabras que ningun otro de los presentes pudo oir.

El semblante de Jorge palideció de una manera súbita.

En seguida recogió su oro, y sin saludar siquiera á la concurrencia, se alejó de la sala de juego, precedido por Varner, y sin oir tan siquiera el murmullo de reprobacion que su conducta escitaba.

Nuestros dos amigos se trasladaron á la estancia de la calle del Príncipe. D. Carlos entreabrió los postigos y señalando á la casa de enfrente, dijo:

—¿Sabes quién vive ahí?

Jorge hizo un movimiento en sentido negativo.

—Ahí enfrente—prosiguió el miserable—vive D. Luis de Mendoza.

—¡Mi enemigo!—esclamó Gomez, estremeciéndose.

—Algo mas que eso...

—Pues ¿qué es D. Luis de Mendoza respecto de mí?—preguntó Jorge clavando en Varner una mirada penetrante.

—Es tu rival—contestó el infame amigo sin inmutarse.

Gomez apretó tan violentamente el brazo de Varner, que este no pudo reprimir un quejido de dolor.

—¿Qué palabra has proferido?... Repítela; creo que no he comprendido bastante bien.....

Varner dirigió á su compañero una mirada fascinadora, y con voz segura respondió:

—He dicho tu rival.

Jorge se pasó la mano por la frente como hacen las personas atacadas de pesadilla.

—Es imposible, Carlos;—dijo—te equivocas esta vez como tantas; tus confidentes, hasta tus presentimientos te engañan siempre.

Varner hizo un gesto negativo: Jorge empezó á montar en cólera.

—Te repito que sí;—prosiguió—distintas veces te has equivocado; esta mañana mismo defendias la virtud de Amelia...

—Esta mañana no tenia pruebas.

—¡Pruebas!—esclamó el desdichado, arrojándose impetuosamente encima de su falso amigo.—¿Dónde están esas pruebas? ¡Dámelas al momento, ó por vida mia que mueres á mis manos!

Y al mismo tiempo sacudia tan violentamente á su compañero, que este empezaba á creer que habia cometido una imprudencia.

Desprendióse como pudo de entre las manos de Jorge, y arreglándose el descompuesto traje, contestó:

—Tendrás esas pruebas cuando te hayas serenado, es decir, cuando puedas apreciarlas.

Gomez se enjugó el sudor que inundaba su frente, hizo un esfuerzo para contener su furor, y dijo:

—Ya estoy sereno: habla... Pero ¡ay de tí! si tus pruebas no son concluyentes.

—Oye, pues. ¿Qué nombre darias á la mujer casada que en altas horas de la noche se encontrara en casa de un hombre soltero, con el cual su marido la hubiese impedido tener amistad?...

—Segun los motivos que aquella mujer hubiera tenido para visitar á aquel hombre,—respondió Jorge, dando á mucha costa una prueba de la impasibilidad con que pretendia juzgar los hechos que se le denunciaban.

—¿Y no llamarias traidor á aquel hombre y á aquella mujer adúltera?

Gomez sintió que la sangre se le subia al rostro, pero aun pudo contenerse.

—Sin mas pruebas no me atreveria á tanto.... Muchas veces las apariencias engañan...

Varner tembló á pesar suyo, porque conocia perfectamente la irascibilidad de su amigo, é iba á desprenderse de su último recurso. Si este fracasaba, D. Carlos se hallaba perdido sin remedio alguno.

—Pues bien,—dijo—puedes hacer de mí lo que quieras, porque de cuanto te he revelado no tengo mas pruebas que una: Amelia se halla ahora mismo en la casa de D. Luis de Mendoza.

—¡Mientes!!!—esclamó Gomez; pero con una voz tal que aterró materialmente á su compañero.

Reinó en seguida un silencio profundo, interrumpido tan solo por el lejano rumor del oro y las voces de los jugadores.

Jorge fué el primero en interrumpir aquel silencio.

—Varner, has hablado de pruebas,—dijo—y me has citado una de ellas terrible, porque no puede demostrarse sin ir acompañada de sangre. Retráctate, estás á tiempo aun: de lo contrario es inevitable una catástrofe.

¿Qué mas deseaba el infame D. Carlos? La ira que queria hacer estallar en el pecho de aquél á quien llamaba su amigo, amenazaba producir una esplosion espantosa. Dió, por lo tanto, á su fisonomía una espresion hipócrita de dolor, y respondió:

—Siento desgarrar tu alma, destruir tus mas bellas ilusiones, y esto en el momento en que tocabas al término de tu felicidad; pero en cuestiones de honor la amistad no debe retroceder ante una mal entendida compasion.

—¿Con que, no te retractas?—dijo Jorge, haciendo grandes esfuerzos para contenerse.

—No puedo retractarme de lo que yo he visto.

—Está bien: ahora sígueme, y ¡ay de aquél que haya podido engañarme!

Gomez cogió con mano convulsa el brazo de su amigo y le arrastró fuera de la casa de juego.

El infame seductor fingió oponer alguna resistencia y alejar á Jorge de su propósito, no porque tal deseara, sino porque estaba seguro de que, cuanto mas fingiera querer disuadir á su compañero, mas persistiria este en su empeño.

—¡Silencio!—dijo Gomez—tú lo has dicho, las cuestiones de honor no tienen mas que una solucion.

Y atravesando la calle, descargó un golpe seco en la puerta de la casa de D. Luis de Mendoza.

Nada tiene de particular que á la una de la madrugada no se abra una puerta con la presteza que desearia el que á ella llama; pero el infortunado Gomez veia en esta tardanza natural un indicio cierto de que en el interior de aquella casa moria su honra, sacrificada por una mujer liviana y un miserable seductor.

Así es que repitió los golpes con tanta frecuencia y fuerza, que no parecia sino que trataba de echar abajo la puerta.

Al cabo de unos cinco minutos, que á Jorge le parecieron una hora, el portero vino á abrir, con ojos tan soñolientos, que ninguno hubiera dudado de que acababa de dejar la cama en lo mejor de su descanso.

Gomez exigió, mejor que solicitó, verse al momento con el dueño de la casa, pretension que al portero le pareció muy intempestiva, tan intempestiva como la hora en que era hecha.

—Digo á V. que he de ver ahora mismo á D. Luis,—dijo Gomez—y le veré sin duda, aunque tuviera que derribar una por una todas las puertas que le hubiese hecho cerrar el miedo.

Probablemente el portero se dejó amedrentar por esta amenaza, pues es lo cierto que tomando un candil, sin replicar palabra, echó delante, y alumbrando y guiando á un mismo tiempo, condujo á Varner y á Jorge hasta la puerta del cuarto principal.

Gomez tiró con tal fuerza de la campanilla, que fué de admirar como no se quedó con el cordon en la mano.

Por fortuna de su impaciencia el criado del cuarto principal se hallaba algo mas despierto que el de la portería.

—Necesitamos ver ahora mismo al señor D. Luis de Mendoza—dijo Gomez sin dejar hablar al portero, que tenia la boca abierta para disculpar el acto de haberse propasado en sus atribuciones.

—Caballero,—respondió el criado con mucha urbanidad—ya comprenderá V. que la hora no es la mas oportuna para que mi amo reciba á Vds.

—Pues yo exijo que nos reciba al instante, ó atropellamos por todo para llegar hasta él.

El criado no se desconcertó por esto: permaneció con la mano puesta en la cerradura, y dijo:

—Lo único que me permitiré hacer por Vds., en gracia del empeño é interés que ponen en esta entrevista, es anunciarles á mi amo, encargándome de trasmitirles su respuesta.

—Hágalo V. muy pronto,—esclamó Jorge—porque quizás nos faltaria la paciencia si la respuesta se demorase.

El criado introdujo á nuestros dos amigos en el recibimiento, y apenas habian estos tenido tiempo para cambiar algunas palabras, comunicándose sus impresiones de momento, volvió á parecer ante ellos, diciendo:

—Mi amo va á recibir á Vds., y les suplica se sirvan pasar hasta su despacho.

No se lo hizo repetir el desatinado Jorge: en cuanto á Varner, encontró algo estraña la facilidad con que eran recibidos por un hombre á quien se sorprendia en lance de tal gravedad y que con la mayor frescura del mundo podia haberles negado ó dificultado, al menos,

por mucho tiempo la entrada en su casa. La conducta de D. Luis le daba mala espina; temia haber encontrado quien fuera mas ladino que él, y recordaba perfectamente las amenazadoras promesas de Jorge.

En esto el criado levantó un pesado tapiz que ocultaba una puerta, y dijo en voz alta:

—Señor; aquí están los caballeros que piden por V.

D. Luis de Mendoza se hallaba sentado detrás de una mesa-escritorio, rodeado de libros y papeles, y al parecer puesta toda su atencion en examinar los datos de unos y otros con interés verdaderamente mercantil.

Nuestro antiguo conocido, el jóven amigo de D. José García, tio de Amelia, habia cambiado por completo de hábitos y hasta de fisonomía, durante los últimos quince años. Dedicado al comercio desde que se hubo convencido de que ya el juego no podia causar estrago en su corazon ni en su fortuna, habia adquirido ese esterior especial de los hombres consagrados al mercantilismo. Su cuerpo habia aumentado en volúmen, los colores de su rostro habian disminuido en vivacidad, su frente se hallaba surcada de prematuras arrugas, y pagaba tributo á la preocupacion de algunos hombres que se arreglan el pelo de un modo sumamente historiado, para disimular simplemente que son calvos, cosa que, á pesar de todo, salta á la vista.

Por lo demás, en su mirada franca, en sus movimientos tan sueltos como corteses, y en la dulce manera de pronunciar las palabras, se reconocia perfectamente al jóven Mendoza de otros tiempos, no menos simpático, pero sí mas respetable, mediante el transcurso de quince años, que para nadie pasan en balde.

En cuanto á sus relaciones con la familia Gomez, habian cesado enteramente desde que Amelia le enteró de los infundados celos que habia inspirado á su marido, de suerte que únicamente por escrito, y aun así con grandes precauciones y muy de tarde en tarde, daba cuenta á su amiga del estado de sus negocios respecto al depósito que le habia sido confiado. Amelia se quedaba nota solamente de la cantidad que alcanzaba, y destruia por completo la carta en que se le rendian cuentas. Aquellas notas eran las que Jorge habia encontrado en el secreto del escritorio ó papelera de su esposa.

A la vista de sus dos visitadores nocturnos, Mendoza se levantó del sillon en que se encontraba, y dejando en regla todos sus libros y en órden todos los papeles, á fuer de buen comerciante, salió digna y tranquilamente al encuentro de los recien venidos.

Aquella tranquilidad sorprendió á Jorge y disgustó á Varner, porque ninguno iba preparado para ella.

Cuando Mendoza se juntó á los dos amigos, levantó la pantalla del quinqué que alumbraba apenas la estancia, clavó en ellos la vista con mayor insistencia, y reconociéndolos al parecer por vez primera, no manifestó asombro alguno, pero sí grande estrañeza.

Entonces se retiró algunos pasos, designó sillas á los dos amigos, dió el ejemplo de tomar asiento, y con ese acento peculiar, muy parecido al de la indiferencia, que se adapta en las visitas ceremoniosas, dijo:

—¿Qué es lo que se les ofrece á Vds., caballeros?...

CAPITULO V.

Una leccion.

La pregunta que Mendoza dirigió á los dos tahures, era tan natural en quien la hacia, como difícil de contestar por quien debia hacerlo. Varner temia cada vez mas haber dado un golpe en vago, y Jorge, que habia llamado á la casa resuelto á luchar en todos terrenos con un hombre sorprendido y atribulado, y que no hubiera retrocedido sin duda ante ningun escándalo; se encontraba mal en aquella inesperada visita de etiqueta, que empezaba, sin embargo, de la manera mas conducente al fin que entrambos se habian propuesto.

A pesar suyo, Gomez hubo de empezar la conversacion en un tono para el cual no se habia preparado.

—Sin duda—dijo—le sorprenderá á V. nuestra visita, Sr. don Luis...

—Si he de hablar con franqueza—contestó este último con suma naturalidad—digo á V. que me sorprende; y no poco.

—¿Y esta sorpresa es para V. agradable ó sensible?—preguntó Jorge.

—Permítame V. hacerle presente que semejante pregunta es de bien difícil contestar.

—¿Y si yo exigiera de V. una contestacion categórica?—continuó preguntando el celoso marido, á quien la especie de retraimiento de Mendoza empezaba á exasperar.

—En este caso,—respondió el interpelado—me pondria V. en la dura precision de recordarle que estoy en mi casa, y que en ella seria muy intempestivo venirme con semejantes exigencias; intempestivo é inútil.

Jorge hizo un movimiento que indicaba la dificultad con que reprimia su furor.

Varner quiso alternar en el diálogo, temiendo sin duda que una esplosion de cólera antes de conseguir el objeto que él se proponia de descubrir á Amelia, frustraria todos sus planes, puesto que don Luis se hallaba en el caso de invocar y hacer respetar el sagrado de su casa. Apelando, por lo tanto, á la hipocresía, que era uno de sus fuertes, dijo:

—Yo supongo, caballero, que cuando V. tenga noticia del motivo que nos ha conducido á hacerle esta visita, cambiará V. de opinion y de lenguaje.

Mendoza, que hasta entonces habia permanecido casi de espaldas á D. Carlos, inclinó apenas del lado de este la cabeza, y con acento en que el desprecio apenas velaba la energía, contestó:

—Lo que V. debe suponer es que sin la sombra del Sr. D. Jorge Gomez, persona que á pesar de todo me es muy respetable, jamás hubiera V. puesto los piés en esta casa. Hágase V., pues, el cargo de que no asiste á esta entrevista.

Varner se mordió los labios con despecho, pero constante en su maquiavélica idea, se hizo el indiferente y tomó el partido de callar. Estaba seguro de conseguir su objeto, y era inútil promover un conflicto.

Jorge sentia que el diálogo hubiera tomado un giro tan distante del motivo que le habia conducido á casa de su supuesto enemigo, y para volver al punto de partida, procuró contenerse, y dijo:

—Si exigia de V. una respuesta categórica á la pregunta que pienso dirigirle, crea V. que no sin derecho tendria aquella exigencia; pero ha hablado V. de franqueza, se ha preciado de poseer esta virtud, y yo apelo á ella.

—Mejor le irá á V. de este modo; y si V. es franco, como yo le prometo serlo, verá como al fin y al cabo terminaremos uno y otro por

entendernos. Y para darle á V. una prueba de mi sinceridad, paso á contestarle la pregunta que me tiene hecha. No me es sensible, poco ni mucho, la visita que V. ha querido hacerme: hace mucho tiempo, muchos años, que deseaba tener con V. algunas esplicaciones, y siéndome imposible ir por ellas á su casa de V., no puede pesarme de que haya V. venido á proporcionármelas á la mia.

La seguridad con que hablaba D. Luis desconcertó del todo á Jorge, que era sumamente novicio en el arte del fingimiento; y en cuanto á Varner, un vago malestar le hacia presentir que su trama no tendria el éxito que él presumiera.

—Espliquémonos de una vez y sin rebozo—dijo Gomez.—Yo soy enemigo de V. porque creo que V. me ha ofendido y sigue ofendiéndome. ¡Abajo, pues, la careta! porque le juro á V. que me incomoda no poco.

—Es V. muy libre de desenmascararse, caballero—contestó don Luis, un poco irónico.

—¡Sea! Yo vengo á su casa de V. porque dentro de ella se encuentra quien me deshonra.

—¡Caballero!—esclamó Mendoza poniéndose de pié—¿es á mí á quien se dirige tamaño insulto?...

—Antes que á V. se dirige á otra persona, que siento me ponga usted en el caso de nombrar.

—Y sin embargo debe V. hacerlo, porque de otro modo no puedo comprenderle.

Jorge bajó la voz, porque verdaderamente tenia vergüenza de lo que iba á hacer.

—Esa otra persona que me ofende es..... mi esposa.

Mendoza se revistió de dignidad al escuchar semejante revelacion. Su aire era imponente, como la mirada que acto contínuo dirigió al infame Varner, que se habia ido á situar junto al balcon para espiar la calle.

Hubo un breve instante de silencio, que rompió D. Luis diciendo:

—Siento, Sr. de Gomez, que hasta tal punto ponga V. en juego la virtud de su honradísima esposa. Si se hubiera tratado de otra cualquiera mujer, yo saldria á su defensa, como debe todo cumplido ca-

ballero que oye calumniar á una dama; pero quien ofende á Amelia es su esposo, y mi exasperacion ó bien seria ridícula, ó pudiera ser torcidamente interpretada. Pero V., que es su acusador como esposo, como esposo va á ser asimismo su juez, y ahora soy yo quien exijo dos cosas.

—¡Dos cosas!...—repitió Jorge, que empezaba á tener conciencia de su falsa posicion.

—Sí, señor, dos. Es la primera, que quiero conocer los fundamentos de la acusacion que V. acaba de fulminar; y es la segunda, que inmediatamente disponga V. lo necesario para depurar la conducta de su esposa y la mia. ¿Qué ordena V. hacer? Hable, y en todo será obedecido; pero, téngalo V. presente, nadie saldrá de esta estancia sin que yo sepa quien es el autor de semejante calumnia.

Las exigencias de D. Luis no podian ser mas justas. Jorge dirigió una mirada á Varner que bastaba por una revelacion; y el falso amigo, comprometido por las circunstancias, tuvo necesidad de pedir ausilio á la audacia que raras veces dejaba de favorecerle. Colocándose por lo tanto entre los dos interlocutores y haciendo frente á Mendoza, dijo:

—V., caballero, no me negará lo que yo he visto.

—¿Está V. seguro de haber visto bien?...—preguntó D. Luis, pudiendo apenas contener su saña.

—Estoy seguro de haber visto á la esposa de este caballero quedarse dentro de esta casa, cerrándose la puerta detrás de ella.

D. Luis arrojó al miserable acusador una mirada de desprecio que sorprendió por un momento á Varner.

—Quedo satisfecho—dijo en seguida—de la manera como mi exigencia ha sido atendida. Ahora le corresponde á V., Sr. de Gomez, disponer lo necesario para cerciorarse de que es V. víctima de una infundada sospecha.

—¿Creerá V. que obro malamente—contestó Jorge—si le pido reconocer esta casa?

Mendoza sintió estremecérsele el corazon; pero ocultó perfectamente sus sentimientos.

—De ningun modo obrará V. mal,—dijo—con tal que de ese reconocimiento resulte demostrada la verdad del hecho y puesta en el

lugar que le corresponde la honra de Amelia. Es V. muy libre de obrar como guste.

El tono de seguridad con que hablaba D. Luis causaba una profunda impresion en Jorge, el cual, á pesar de lo arrebatado de su carácter, no desconocia el mal papel que hacia representar á su esposa en todo esto.

—Puesto que V. nos da su palabra de que Amelia no ha estado en esta casa,—dijo escusándose el engañado Gomez—es inútil que hagamos registro alguno. Sobre su honor de V. recaerá la responsabilidad de su negativa.

—Y yo juro sobre el mio—esclamó Varner que temia perder aquella inesperada ocasion de causar un daño irremediable—que la esposa de D. Jorge Gomez se encuentra hace una hora dentro de esta casa.

—Bastaba que lo hubiera V. dicho una sola vez para que viniese á mi cargo demostrar lo contrario—dijo Mendoza.—Pero ya que persiste V. en ello, voy á probar al Sr. de Gomez que no tan solo se ha engañado V. en cuanto ha dicho, sino que es V. un calumniador de oficio, un miserable, á quien por amparar el sagrado de mi casa, no he arrojado á la calle desde el balcon.

Al oir esta amenaza, hizo Varner un movimiento para arrojarse contra D. Luis; pero este tomó una actitud tan amenazadora y dirigió á su contrincante una mirada tan resuelta, que D. Carlos se contuvo, á pesar suyo, y humilló la vista confundido, cual si obedeciera á ese influjo magnético que ejercen sobre las fieras sus domadores.

Volviéndose en seguida hácia Jorge, el noble D. Luis, animado por el resultado de su energía, prosiguió:

—Hemos hablado de quitar máscaras, y es preciso que caigan por completo. Su titulado amigo de V. afirma un hecho, para mí altamente calumnioso, y es menester que yo conserve en mi poder una prueba con que confundirle el dia de mañana, con que perseguirle, con que hacerle condenar por difamador de honras que hasta ahora han sido siempre respetadas.

—Yo sostengo...—murmuró D. Carlos.

—Nada de palabras, señor mio,—dijo Mendoza—á los hechos debemos remitirnos. Encima de este bufete hay recado de escribir:

suscriba V. lo que viene sosteniendo de palabra, entrégueme esta declaracion, y acto contínuo pueden Vds. registrar esta casa, desde la portería hasta la buhardilla.

—¿Y si yo me negara á suscribir semejante denuncia?...—preguntó Varner.

—Entonces me creeria relevado de dar á Vds. satisfaccion alguna, á menos que no ratificase V. su denuncia ante el comisario de policía, á quien mandaré á buscar para que presida al registro.

D. Carlos fué á coger la pluma, llegó hasta trazar algunas palabras en el papel; pero de repente le asaltó la idea de que aquel escrito podia importar su perdicion, si por desgracia Mendoza habia encontrado medio de hacer salir á Amelia de su casa, siquiera fuese pidiendo ausilio al mismísimo diablo.

Titubeó, luchó un momento entre su perversidad y su miedo, y por fin arrojó léjos de sí la pluma, esclamando:

—Yo no firmo semejante escrito.

Mendoza dirigió la vista á Jorge, que contemplaba á Varner con singular espresion de sorpresa.

—Caballero,—dijo á su infame amigo, dejándole de llamar así—lo que el señor exige está muy puesto en razon...

D. Carlos no podia esplicarse lo que pasaba por él en aquel momento: la supersticion, que es la debilidad de todos los malvados, le hacia creer que el mismo infierno se habia vuelto contra él, y se creia mas irremisiblemente perdido de lo que en realidad lo estaba.

—Con razon, ó sin ella,—murmuró aturdido,—ni escribo ni firmo. Yo no quiero verme mañana en un presidio.

D. Luis se volvió del lado de Jorge, y designándole á Varner, le dijo:

—Hé aquí á los acusadores; ahora vamos á las pruebas. Puede V. registrar esta casa cuanto bien le parezca; ni me opongo á ello, ni exijo condicion alguna. Mis criados están á disposicion de V.

Verdaderamente la conducta de Mendoza contrastaba tan visiblemente con la de Varner, que Gomez no pudo menos de hacer justicia á la lealtad de sentimientos y conducta del primero, y á la perversa intencion del segundo.

—Caballero—dijo—no necesito mas satisfaccion que la que V.

me ha dado; y le agradezco en el alma me haya hecho conocer á los hombres quitándoles, como hemos dicho en un principio, la careta con que se cubrian.

—Hace quince años que me estaba preparando para este momento, —contestó Mendoza—figúrese V. si mi satisfaccion será poca con semejante motivo. ¡Dichoso yo, y dichoso V. mismo, si el fruto de quince años le aprovecha!

—Nunca es tarde cuando llega:—contestó Gomez tendiendo su mano á D. Luis.—Mañana hay fiesta en mi casa para celebrar los dias de mi hijo; no recibiremos sino á los amigos, y cuento, por lo tanto, con V.

Mendoza se inclinó en señal de agradecimiento, pero en seguida dijo:

—Dispénseme V. si no acepto: es probable que el convite esté ya lleno, y yo no puedo abusar de sus bondades.

—Aun cuando el convite se hubiera ya llenado,—respondió Jorge con toda intencion—yo espero que alguno de los que pensaron asistir se hallará imposibilitado de hacerlo... No tema V., D. Luis; puede V. venir sin cuidado, pues yo le reservo á V. desde ahora el digno sitio del amigo de la casa. Hasta mañana, ó mejor dicho, hasta hoy mas tarde.

Y se retiró de la estancia despues de haber lanzado á Varner una de esas miradas de compasion, que segun como, son un insulto, y segun como equivalen á un desprecio, y en la cual quiso Gomez reflejar entrambas cosas.

D. Carlos permanecia anonadado en su sillon.

Cuando se encontró á solas con su enemigo, sintió latir su corazon á impulsos del miedo que le dominaba.

Era de temer para él que Mendoza tomase impunemente venganza de tantas infamias, y al verse abandonado del hombre en quien ejercia mayor ascendiente, temió que su astro, el astro de su osadía, caminaba rápidamente á su ocaso.

Y héte aquí que D. Carlos Varner, el caballero osado, seductor, insolente, espadachin, el terror de los garitos de Madrid, el destructor de honras, el enemigo de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo santo, se habia vuelto de improviso tímido como un niño, cobarde como un traidor de melodrama.

D. Luis se juntó á él con mucha pausa, y poniéndole una mano sobre el hombro, y obligándole á humillar la cabeza por no tropezar con la mirada amenazadora de su enemigo, le dijo con gran calma:

—Le tengo á V. en mi poder, y con toda seguridad podria hasta quitarle á V. la vida.

Varner se revolvió en su sillon como la fiera en su jaula: bien hubiera querido desgarrar, pero no se atrevia á ello.

Mendoza prosiguió:

—Tambien me han dado tentaciones de arrancarle á V. la lengua para que nunca mas volviera á verter las palabras insultantes, torpes, infames que hasta aquí ha proferido.

D. Carlos prorumpió en una especie de rugido salvage y quiso levantarse de su asiento; pero D. Luis le retenia en él ni mas ni menos que clavado. Entonces, á falta de resistencia que oponer, empezó á alimentar siniestros planes de venganza, pensamientos horribles que se agolpaban á su imaginacion y que el malvado acariciaba con sumo placer.

—Pero nada de esto pienso hacer—continuó Mendoza con acento que por grados iba siendo mas trémulo—yo no puedo matarle á V., yo no puedo castigarle, porque no soy asesino, ni juez; yo debo y quiero perdonarle á V. el mal que me ha hecho.

Varner recobró gran parte de su serenidad al escuchar estas tranquilizadoras palabras, y hasta su mirada adquirió un destello de la osadía que le era propia; reaccion que fué confirmándose cuando Mendoza dejó de tener sujeto al miserable.

Libre de aquella sujecion, hizo D. Carlos un movimiento como para abandonar su puesto; pero Mendoza, sin volver á hacer uso de la fuerza, le significó por señas que permaneciese quieto. En seguida prosiguió:

—Queda V. perdonado por mí, ó mejor dicho, yo le desprecio á V. bastante para no pedirle satisfaccion alguna por su villana conducta; pero aun así queda pendiente entre ambos una cuenta y yo tengo empeño en liquidarla.

—Una cuenta...—murmuró Varner sin atinar el objeto á que aludia Mendoza.

—Una cuenta, si señor. Al ofenderme á mí ha ofendido V. igual-

mente á una dama que debia V. respetar, por ser dama y esposa de su amigo. ¿Qué móvil le inducia á V. á perder á Amelia en el concepto de su esposo?...

—La verdad es que esa señora ha entrado en esta casa... Yo lo he visto...

—La verdad es que á ninguno mas que á V. constaba que la virtud de Amelia es á prueba de libertinos y seductores.

D. Carlos palideció de un modo espantoso y tembló como el bandido que oye referir al tribunal la historia de sus tenebrosos crímenes. Mendoza apreció debidamente el cambio esperimentado por el miserable, y prosiguió:

—Su intencion de V. yo se la esplicaré en breves momentos. Dominado por una pasion brutal hácia Amelia...

—¡Yo la amo!—esclamó Varner, vendiendo su propio secreto á trueque de defender su conducta.

—¡Calle V.! y no profane tan hermosa palabra. Cegado por su impuro y criminal deseo, ha querido hacer de la ruina y de la deshonra de su amigo, el medio para derribar la virtud de su mujer. Esta es la parte vil y baja de su conducta de V., este es el crímen que V. ha cometido, y que yo no me hallo en el caso de poderle perdonar.

—¿Y V. que tiene que ver en todo eso?—preguntó Varner por uno de los frecuentes rasgos de su cínica audacia.—Al marido toca en todo caso defender la honra de su esposa. V. es un estraño en semejantes asuntos.

—Ningun español es estraño en asuntos que atañen al honor de una dama. Yo no lo soy en los de Amelia, porque he nacido en España. Además, he prometido castigarle á V., y le prometo que va á recibir una leccion de mis manos.

—Una leccion de sus manos de V.... Recuerdo, Sr. D. Luis, que hace quince años quiso V. darme una, y sin embargo no le salió del todo bien la cuenta. ¿Pretende V. medir de nuevo sus armas con las mias?

Habia en el acento de Varner cierto desprecio de espadachin, insultante sobremanera.

Pero, á pesar de todo, Mendoza nada perdió de su aplomo. Sonrió de una manera casi imperceptible, y dijo:

—No tema V., no cometeré la imprudencia de jugar otra vez mi vida contra la suya; no le haré á V. el honor de batirse conmigo: en España estamos acostumbrados á batirnos con quien valga tanto como un hombre de bien.

—Entonces ¿qué pretende V. hacer de mí?

—Inferirle un agravio tan grande como el que V. intentó arrojar sobre mi persona, castigarle á V. como á quien es, darle una leccion que le imposibilite de ofender á los demás, por temor de que algun otro dia sea V. abofeteado como lo es ahora.

Y apenas pronunciadas estas palabras, la mano de Mendoza habia caido, rápida, seca, sobre el rostro de Varner.

Lanzó este un rujido salvaje, un alarido semejante al de la fiera en cuya espalda se clava la saeta del africano, y se arrojó contra D. Luis, ciego de furor, bramando de ira. No era un hombre que iba á vengar un ultraje; era un tigre que pretendia destrozar á su enemigo. Pero Mendoza se hallaba prevenido contra todas las eventualidades.

Ya no era el jóven salido del hogar materno que por una inconcebible anomalía se encuentra en un sitio ignoble, rodeado de tahures, como quince años antes: en este tiempo las fuerzas de D. Luis se habian desarrollado, y Varner chocó en la resistencia de un hombre fuerte, sereno y diestro en el combate.

Mendoza sujetó á D. Carlos al cabo de una muy breve lucha, y le arrojó encima de un sillon, donde la vergüenza y el vencimiento le dejaron inmóvil, revelando solamente su presencia un sonido ronco y gutural que salia de sus lábios, obstruidos por una saliva espesa y sanguinolenta.

D. Luis, sin mirar siquiera á su contrincante, agitó una campanilla, y apareció en el dintel de la puerta un criado de formas atléticas, á quien designó á Varner, diciendo al propio tiempo:

—Acompaña al señor hasta la puerta de la calle, y si alguna vez llama nuevamente á la de esta casa, esté yo ó no esté, para este caballero siempre estoy fuera de ella.

El criado dió algunos pasos en direccion de Varner, á quien hizo una lijera indicacion en el sentido ordenado por D. Luis.

D. Carlos se puso en pié y se dirigió á la puerta de la estancia, bamboleando y tropezando en una porcion de muebles. Cuando ya

iba á traspasar el dintel de aquella puerta, se detuvo, y volviéndose hácia Mendoza, lanzóle una mirada de odio tan profundo, tan salvaje, que el mismo D. Luis apartó la vista para no encontrarse con ella.

Pero no cerró asimismo sus oidos, y oyó las siguientes palabras:

—Te has vengado por completo, Mendoza; pero tras los dias de placer llegan los dias de dolor, y el llanto sucede frecuentemente á la risa. Gracias, Mendoza, porque nos ha aplastado á la víbora, muchas gracias: la víbora morderá.

Y siguió al criado que, insiguiendo la frase vulgar, le puso de patitas en la calle.

D. Luis permaneció un momento en ademan reflexivo: las últimas palabras del miserable Varner encerraban una amenaza, que no temia por él, pero sí por la mujer á quien el infame seductor se habia propuesto mancillar.

Pero la distraccion de nuestro adalid duró muy poco: dos golpecitos dados en una puerta contigua le devolvieron instantáneamente toda su serenidad. Fué al sitio donde se habia oido el leve rumor, abrió la puerta, tendió al interior la mano, y la volvió á retirar atrayendo hácia el escritorio á una mujer, que bien podia sospecharse si seria una estátua de mármol poseida de un dolor tan vivo como fuera necesario para animar las piedras.

Aquella mujer era Amelia.

Sin pronunciar una sola palabra la condujo D. Luis hasta un sillon, y fué á colocarse él mismo á una respetuosa distancia. Era indispensable salvar las exigencias de la mas rigurosa susceptibilidad.

El silencio era interrumpido solamente por los sollozos de la afligida dama.

—Señora,—dijo Mendoza al cabo de un buen rato—el cielo no ha permitido que se llevasen á cabo los planes de un malvado, y yo me prometo que desde hoy empezará V. á ser feliz.

Amelia lanzó un suspiro; la felicidad era para ella uno de esos fantasmas que nos acarician en sueños, y dejan al despertar un vacío inmenso en el corazon.

—He quitado la máscara á un intrigante, y su esposo de V. ansía á estas horas pedirla á V. perdon del mal que la ha causado. Ahora

puede V. restituirse á su casa y entrar en ella con la cabeza muy erguida.

—Entrar en ella... ¿No calcula V. que Jorge tiene de sobra tiempo para haber llegado á nuestro domicilio y convencerse de mi ausencia?... no calcula V. que esta ausencia mia destruye cuanto ha trabajado V. hasta hace poco?

Mendoza sonrió de un modo que Amelia no podia esplicarse: era una sonrisa de confianza incomprensible en aquel momento.

—Vaya V. tranquila, Amelia;—dijo—por mucho que se detenga V. en el camino, yo le prometo que siempre llegará antes que su esposo. De otro modo ¿cree V. que yo mismo le hubiera despedido y animado á restituirse á su casa?

—Sin embargo, no puedo comprender quien puede haberle impedido...

La palabra de Amelia fué cortada por el rumor de un aldabazo seco descargado en la puerta de la calle.

La jóven se puso á temblar, como sin duda debió hacerlo al oir el llamamiento de su marido.

—No se asuste V., señora,—dijo Mendoza—ningun motivo hay para ello, antes bien el hombre que llama á la puerta viene á traerla á V. la seguridad que le hace falta, y á demostrarle que Jorge cuenta conmigo como se cuenta con el mejor amigo. No lo dude V. Amelia; y si necesita una prueba de lo que vengo diciéndola, esta prueba llega ahora mismo.

Con efecto, en aquel momento preciso se oyó llamar discretamente á la puerta de la estancia.

—Adelante—dijo Mendoza sin hacer caso del sobresalto que esta palabra causaba á Amelia.

El criado de D. Luis apareció en el dintel de la puerta y entregó un papel á su amo.

—Un agente de policía acaba de traer esta carta para V.—dijo el criado retirándose en seguida.

Mendoza cogió el escrito, y sin leerlo siquiera lo entregó á Amelia que nada comprendia de lo que pasaba.

—Lea V. misma.

—Pero ¿sabe V. ya lo que esta carta contiene?—preguntó la jóven sin atreverse á leer el papel.

—Contiene la corroboracion de que puede V. regresar á su casa cuando guste.

Amelia abrió la carta y en voz alta leyó lo siguiente:

«A diez pasos de su domicilio de V. he sido detenido por unos »agentes de policía francesa. Ignoro el motivo de semejante medida. »He sido traslado á casa del superintendente de policía, y supongo »que debe haber habido alguna equivocacion en la persona; pero »de todos modos no me quieren dejar en libertad si no presento un »sugeto de responsabilidad que me preste fianza. ¿Será V. bastante »generoso para olvidar lo pasado y venir á sacarme del apuro en »que me hallo? Se lo pido á V. en nombre de una mujer que sin du»da me aguarda impaciente y á quien me remuerde la conciencia »del tiempo que tardo en dar satisfaccion de un ultraje. B. á V. la »mano.—Jorge Gomez.—»

Terminada la lectura de esta carta, fijó Amelia su mirada en don Luis como pidiéndole una esplicacion de aquel enigma. Mendoza satisfizo la legítima curiosidad de la jóven, diciendo:

—Es muy sencillo: V. debia llegar á su casa antes que Jorge; llegar á todo trance, porque un minuto de retardo podia destruir la fundada esperanza de su felicidad. Y bien, hé aquí como no pudiendo conseguirse que V. anduviese mas de prisa que Jorge, ha sido necesario atajar los pasos de este, para que V. llegara primero que él.

—Pero ¿de qué medio se ha valido V. para conseguir su objeto?

—Del medio mas natural: cuando Jorge subia la escalera de esta casa y preguntaba por mí al criado que le ha abierto la puerta, yo escribia una denuncia al jefe de policía. Al pié del balcon se encontraba una patrulla de soldados franceses...

—La misma que me ha obligado á refugiarme en esta casa...

—Pues... La misiva ha volado por el balcon á la calle, sin firma de denunciador, por supuesto. Los soldados se han apoderado de aquella especie de mensaje celestial, se han enterado de su contenido, y ahí tiene V. los resultados.

—Sin embargo ¿qué seguridad tenia V. de conseguir su objeto?

—Comprenderá V., señora, que el lance era apurado de sobra para no entretenerse en buscar seguridades. Además, yo conozco de sobra el modo de obrar de los invasores: los pueblos que oprimen á

otros pueblos, son recelosos y obran despóticamente. La denuncia de un miserable compromete á un hombre de bien : entre un miserable y un anónimo, la ventaja está sin duda á favor de este último. Y sobre todo ¿ no cree V. en otra proteccion mejor que la mia ?

—¿Mejor que la de V.?... La de Dios, amigo mio, no conozco otra que la de Dios.

—Pues esta la favorece á V., sin duda: tantas virtudes no podian menos de encontrar su recompensa. Y ahora, amiga mia, retírese V. á su casa, mientras voy á libertar á Jorge de la policía estranjera.

—¿Cree V. conseguirlo en breve?—preguntó Amelia con acento que no dejaba duda acerca su buen deseo.

—Dice el refran que hasta en el infierno conviene tener amigos. Yo bajaré á los infiernos para devolver un marido á su mujer.

El tono de seguridad con que hablaba Mendoza tranquilizó completamente á la jóven.

Un momento despues, un carruaje conducia á esta hácia su casa, en compañía del leal é inteligente criado de D. Luis, en tanto que este se dirigia á la superintendencia de policía para librar á su protegido.

Poco tardó en reunirse con él, y en verdad que el encuentro sorprendió á Mendoza mas de lo que pudo figurarse.

Jorge presentaba el aspecto de un hombre dominado completamente por el miedo. A la vista de D. Luis, se levantó de la silla en que se habia dejado caer, y corrió hácia él como es probable que corra hácia su presunto libertador el hombre que se halla amenazado del mas grande peligro.

—Pronto, amigo mio,—le dijo—sáqueme V. pronto de esta casa.

—Pues ¿qué cuidado le inspira á V. su suerte? ¿Acaso no ha sido V. preso por una equivocacion de persona, segun V. mismo me ha escrito? Desharemos el error, y le dejarán á V. en libertad.

—Hágalo V., hágalo V.... No puede V. figurarse el horror que me inspira la idea de una cárcel.

D. Luis no tenia motivo ninguno para esplicarse el estado de agitacion en que hallaba á Gomez: este, sin embargo, tenia hartos motivos para temblar á la vista de la policía; y aun diremos que cuando fué detenido en la calle, le faltó muy poco para desmayarse, cir-

cunstancia que habia corroborado las sospechas de sus aprehensores.

La policía sienta como principio que el hombre inocente nunca pierde su serenidad ante la justicia. Este es un error como cualquier otro: el hombre inocente sentirá siempre un movimiento de repulsion, hasta de verdadero terror, cuando se halle amenazado de ser confundido con los criminales. Pues que ¿ son tan ignorados de los hombres de bien los efectos de la calumnia? Además ¿no hay acaso períodos anormales, y la ocupacion de España por los franceses era uno de ellos, en que justicia y policía son dos cosas que tienen entablado entre sí un duelo á muerte?

Pero Jorge tenia, además, motivos muy poderosos para encontrarse mal hallado en casa de un jefe de policía. Nuestros lectores no olvidarán que algunas horas antes de ser arrestado, habia Gomez cometido un crímen, entregando á D.ª María de las Mercedes, la prestamista, cierto documento á cambio del cual habia recibido una gran suma de dinero.

Lo primero que le vino á las mientes al ser arrestado fué aquel documento fatal, que pesaba sobre su conciencia como la espada de Damócles sobre la cabeza del tirano.

Mendoza tranquilizó á su amigo, penetró en el despacho del superintendente, y dió á este completas garantías respecto de la persona del arrestado, de quien se constituia fiador, si era menester.

—Nada, efectivamente, resulta contra él de los archivos y notas de mi cargo; —contestó el jefe—pero como en el breve anónimo en que le han delatado decian de él que era reclutador de gentes para el ejército de Andalucía, y se le ha encontrado encima una enorme suma de dinero, la coincidencia era un poco alarmante.

Mendoza hizo un ademan de inteligencia, y en seguida dijo:

—Todo está comprendido: mi recomendado salia de una casa de juego, en la cual la suerte le habia favorecido locamente. Alguno de los perdidosos, mal avenido con su desgracia, se habrá dejado tentar por el diablo, y por vengarse habrá espedido la denuncia. ¡Ay, señor superintendente!... Si no cierran Vds. las casas de juego, llovérán denuncias como esta todos los dias.

—Puede que tenga V. razon; pero si prohibimos el juego ¿qué haremos de tantos viciosos como pasan el tiempo en él?

La moral del superintendente no era de las que menos se prestan á ser discutidas; pero Mendoza no habia ido á su oficina para discutir de administracion, y por lo tanto se limitó á decir:

—Y bien, ya que conoce V. la verdad del hecho, ¿seré yo persona bastante idónea para afianzar á ese caballero?

—Sin reparo ninguno. Sobre V. vendrán en todo caso las consecuencias.

El jefe de policía agitó la campanilla y entró uno de los funcionarios del ramo.

—El libro de fianzas—dijo el superintendente.

El empleado fué á buscar un enorme in folio, estendió en una de sus hojas algunas palabras y presentóle á la firma de D. Luis. Este suscribió sin reparo alguno.

—Es V. libre de llevarse á su amigo—dijo el jefe.

—Aprovecho este permiso para hacerlo inmediatamente.

Mendoza saludó al funcionario, participó la grata nueva á su amigo, y ambos salieron juntos de la superintendencia, recobrando Jorge la serenidad que habia perdido por completo cuando creyó ser conducido á la cárcel, á la cárcel que es la primera etapa del camino de presidio.

D. Luis acompañó á Gomez hasta la puerta de su casa, en donde se dieron nuevas seguridades de su afecto.

—Hasta mas tarde—dijo Jorge con intencion y aludiendo á la fiesta que tenia preparada.

—Hasta la vista—contestó simplemente Mendoza.

Aquella misma noche, sentado Varner en los escaños de un cafetin, receptáculo de toda clase de gente sospechosa, discurria uno de aquellos planes que á toda costa pudieran asegurar su venganza.

Pero el plan no acudia á su mente, y la luz del alba le sorprendió echado de bruces encima de una mesa coja, trémulo, ojeroso, pálido, y con una especie de mancha encarnada en medio del carrillo derecho.

Era la huella sangrienta é infamante que la mano de Mendoza habia dejado en la mejilla del miserable.

CAPITULO VI.

Correspondencia.

Sr. D. José García
Cádiz.

Madrid 7 de Setiembre de 1810.

Mi muy querido tio: hoy hace un mes que debiera creerme feliz, y sin embargo disto mucho de serlo.

Hoy hace un mes que Jorge es amable conmigo, cariñoso con su hijo... Y no obstante, siento un secreto pesar que no puedo descifrarme, un presentimiento que no está en mí el desterrar del corazon, donde pesa estraordinariamente.

Permita V. que me desahogue en estas cartas, que á pesar mio riego con mi llanto.

Ya sabe V. el vicio que dominaba á Jorge. Digo, dominaba; y me equivoco tal vez.

¿Sé yo misma, por ventura, si continua aun dominándole?

Tambien sabe V. á qué estremo tan sensible le condujo aquel vicio. Terror causa el recordar que hubo un dia no muy lejano, en que hubo de faltarnos el pan á mí y á mi hijo, á mi adorado Alberto.....

Sin embargo, hube de aplazar posteriormente mi resolucion de desprenderme de este, conforme lo tenia resuelto, porque de repente cambió el aspecto de nuestra casa. Hoy es abundancia lo que ayer

fué miseria: me hallo rodeada de lujo; y con todo no estoy mas tranquila que en los dias de mi escasez, en los momentos de mi mayor necesidad.

Jorge tampoco está tranquilo: tiene algo que le preocupa, que le quita el sueño...

Pero ha de ser algo muy terrible, porque todos los dias se echa mas de ver el estrago que causa en su persona.

Este es el motivo de mi pena. Bien quisiera darme una razon de ella, ó desterrar al menos la preocupacion que me devora, que me mata; mas todo es inútil. Interrogo á mi esposo, le conjuro en nombre de mi amor, siempre tan ardiente, siempre tan leal... Jorge procura distraerme; dice que son aprensiones mias; pero yo leo en su semblante que su pecho no está ciertamente mas tranquilo que el mio.

Me compra cuantos objetos puede apetecer una dama, me rodea de cuantos placeres puede desear una mujer, y no puede regalarme la mas pequeña dósis de tranquilidad, con serme tan necesaria...

Jorge se separa de mi lado todas las noches y entra en casa con el alba. Ignoro qué sitios frecuenta: no me he atrevido á seguirle, porque aun tiemblo al pensar en el compromiso que una vez corrí al hacerlo.

¿Juega?... hasta de esto dudo: cuando se entregaba á este vicio, jamás tenia una palabra cariñosa para mí, ni una mirada tierna para su hijo. Hoy es todo lo contrario, y puedo asegurarle á V. que no lo finge.

Las mujeres que amamos de veras sabemos distinguir perfectamente entre el falso y el verdadero amor.

Lo que Jorge finge á no dudarlo, es la tranquilidad de espíritu, que realmente no tiene.

Ha reñido con su antiguo compañero, el pervertido D. Carlos Varner. No puedo dudar de ello: Jorge me lo ha dicho en repetidas ocasiones, y á mayor abundamiento no se le puede hablar de aquel falso amigo, porque se pone furioso y le colma de las mas graves injurias.

Yo creia que alejado de aquel hombre fatal, mi esposo recobraria su felicidad, de que un traidor le apartaba con criminales intentos. Sin embargo, mi cálculo era infundado.

Mi esposo tiene todas las condiciones necesarias para ser dichoso, y sin embargo no lo es.

¿Quién me esplicará este enigma?

Y yo veo que sus dolores aumentan todos los dias, y que esos dolores redoblan el cariño que nos tiene; y hasta algunas veces le he visto llorar, al dar un beso en la tersa frente de Alberto. ¡Llorar, llorar Jorge, que hace un mes presenciaba impasible como su mujer y su hijo se disponian para ir á mendigar una limosna en público!..

¿No es verdad, querido tio, que Jorge debe padecer muchísimo?

Y yo ¡desgraciada de mí! que ignoro la causa, y no puedo consolarle...

Escribiéndole á V. desahogo mi corazon, y sé, además, que me dirijo á una persona que se interesa vivamente en mi felicidad.

Contésteme V. qué es lo que debo hacer; dígame V. en donde hallaré el consuelo que tanta falta me hace. La línea de conducta que V. me trace, aquella seguiré, y sobre todo confírmeme V. la seguridad que si algun dia descarga sobre mí una nueva desgracia, puedo contar con V. para dar á mi hijo un segundo padre.

Esta seguridad me dará un poco de valor para fijar la mirada en el porvenir.

Reciba V. la espresion de cariño de su muy agradecida y desgraciada sobrina, Q. B. S. M.

Amelia García de Gomez.

Sr. D. José García
Cádiz.
Madrid 10 de Setiembre de 1810.

Mi muy querido tio: me he impuesto la obligacion de dar á V. cuenta de cuantos hechos pueden ejercer influencia en el destino de mi vida: V. los depurará en su buen criterio y me dará el buen consejo que su esperiencia y amor le dicten.

V. comprenderá que en las estrañas circunstancias que me rodean, el mas insignificante incidente debe llamar mi atencion, y que muchas veces presumo encontrar la esplicacion del enigma en hechos que na-

da, tal vez, tienen que ver con la existencia de Jorge. Hago esta observacion á fin de que no me acuse V. de ligera en mis cálculos.

Ayer, despues de muchos años de estar privada de la vista de mi amiga Lola Carranza, vino esta á visitarme. Yo habia tenido medio de hacerla saber el favorable cambio esperimentado por mi esposo, y manifestarla lo muy grata que me seria una entrevista con ella. Lola, buena como siempre, accedió á mi súplica, y ayer, como he dicho, vino á mi casa, acompañada de su marido. Confieso á V. que esta entrevista me causó en los primeros momentos una agradabilísima sensacion. Se me figuró hallarme nuevamente en los tiempos de mi infancia, libre de cuidados, amante de los placeres mas inocentes, gozando en los espectáculos mas sencillos, confiada en el porvenir, y guardando en el fondo de mi corazon la grata imágen de Jorge, como las aromas mas preciosas se encierran en los frascos de mayor consistencia.

Volvia á tener diez y siete años: figúrese V. si seria yo feliz.

En esto, llegó mi esposo.

Debe V. advertir que desde que Jorge rompió amistades con su falso amigo D. Carlos Varner, esperimenta un gran placer cada vez que puede reanudar relaciones con sus antiguos conocidos. Convencida de esto, quise prepararle una agradable sorpresa, y nada le habia dicho de la visita que iban á hacernos los esposos Carranza.

Mi marido llegó á la hora del crepúsculo: la estancia en que nos hallábamos era apenas iluminada por un pálido rayo de sol poniente, amortiguado por las ramas de jazmin y campánulas que tejen una cortina natural delante de mis balcones. Yo conocí á Jorge como le conozco siempre, en su manera de andar; ó mejor dicho, el corazon me anuncia su proximidad antes que me la revelen los sentidos.

Salí á su encuentro, le anuncié la visita de unos antiguos y buenos amigos, y me pagó, como siempre, con un beso esta noticia, que le pareció muy grata. Penetró en la estancia, y sin cuidar ni dar tiempo para que se dieran á conocer los esposos Carranza, se dirigió á ellos con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos.

Mas en el momento mismo en que el esposo de Lola iba á arrojarse en ellos, esperimentó Jorge un cambio inesplicable.

Habia reconocido á Carranza.

De repente retrocede algunos pasos; los brazos que se tendian á su amigo hacen ademan de rechazar una vision espantosa, su rostro se contrae adoptando una espresion de verdadero terror, y de sus labios se escapan algunas palabras incoherentes, que completan el estupor de cuantos presenciamos aquella inesperada transformacion.

—¡ Léjos, léjos de mí, causa de mi deshonra !... Dos veces... Los diamantes... La...

No pudo pronunciar la palabra que iba unida á este artículo: retrocedió hasta la puerta, y desapareció por ella dejándonos á todos atónitos.

Carranza y su esposa creyeron prudente retirarse, despues de haberme prodigado algun consuelo, frio como todos aquellos que se encaminan á curar un mal del alma desconocido.

Yo quedé sola llorando; porque no hay en mi existencia dicha que no vaya acompañada de una amargura.

Aquella misma noche, Jorge penetró de nuevo en mi estancia: estaba mas tranquilo, pero se echaba de ver que habia sufrido mucho. Procuró disculparse, y yo me atreví á dirigirle algunas preguntas.

Respondió que todo habia sido efecto de una pura ilusion, á la cual no pudo resistir por cogerle desprevenido, como acontece siempre con esos accesos sin esplicacion.

Estaba verdaderamente avergonzado de la escena á que habia dado lugar, y se fué, segun su costumbre, á pasar fuera de casa las altas horas de la noche.

Habia en su semblante tal espresion de dolor, que en lugar de ser consolada, he debido, por el contrario, consolarle á él.

¿Qué es esto, querido tio?... ¿Qué esplicacion puede tener la conducta de Jorge? ¿Cuál debe ser la mia?...

Dígamelo V.: convénzase de que aun cuando mi suerte ha mejorado al parecer, nunca he temido ser mas desgraciada que en estos momentos. Ya se lo tengo á V. dicho: el corazon de una mujer enamorada es leal hasta la crueldad.

¡ Pobre hijo mio !... ¿qué será de tí?...

Soy de V., querido tio, reconocida sobrina que le ama y B. S. M.

Amelia García de Gomez.

Sr. D. José García.

Cádiz.

Madrid 20 de Setiembre de 1810.

Mi querido tio: continuo haciéndole á V. partícipe de mis presentimientos y temores. Estos desgraciadamente, aumentan todos los dias. El que ahora abrigo es mas terrible, si cabe, que cuantos me han asaltado hasta hoy.

He llegado á adquirir la conviccion de que mi desgracia es superior á los medios que los hombres emplean para conjurar la suya. Y sin embargo, nunca, como ahora, he concebido la felicidad de una manera tan fácil.

Jorge comprende sus deberes, y lo que es mas, se conoce que goza en cumplirlos.

El hogar doméstico, la vida conyugal, la paternidad, tienen para él atractivos que hasta ahora no habia gustado. Casi todo el dia permanece en casa y frecuenta solamente la sociedad de unos pocos y buenos amigos. Se ha reconciliado completamente con D. Luis de Mendoza, y ha dado toda suerte de satisfacciones al marido de Lola; aunque observo que la presencia de este último causa en Jorge una penosa impresion, que hace grandes esfuerzos por disimular.

La vista de Alberto le recrea: goza en sus juegos de niño, y á menudo me mira con tal espresion de amor, que me siento inclinada á dar gracias á Dios por mi triste pasado, que contrasta tan visiblemente con la placentera actualidad.

Pero esas ilusiones duran muy poco, y se desvanecen prontamente, como dichas mias.

Todos los dias á la caida de la tarde, el semblante de Jorge va reflejando imprevistas sensaciones. Las risas espontáneas espiran en sus labios, los colores de la salud se truecan en lividez cadavérica, su mirada tranquila adquiere ó una vaguedad espantosa, ó una fijeza que aun me inspira mayores recelos. Su cuerpo tiembla, al mismo tiempo que sus manos y su frente arden; y pronuncia tantas frases incoherentes, que cuantos se encuentran á su lado no pueden menos que contemplarse unos á otros con el mayor asombro.

Estos signos estraordinarios aumentan á medida que la noche

avanza, y nunca se separa de mi lado, como lo tiene de costumbre á una hora fija, sin que sorprenda en sus ojos dos lágrimas á punto de resbalar en su mejilla.

Cuando regresa á casa, yo le recibo invariablemente en la puerta de la escalera. Parece mas tranquilo, pero muy fatigado. Su rostro se encuentra á poca diferencia como el de aquél que ha sufrido durante muchas horas una calentura ardiente.

Mi vista es un calmante poderoso para él: me mira con triste espresion, me tiende los brazos con cariño, paga mi vigilia con un beso, y me dice con tiernísima espresion:

—Que buena eres, Amelia...

En seguida nos dirigimos á la estancia de Alberto, que descansa con el sueño del niño: Jorge le contempla con afecto verdaderamente paternal, y aunque algunas veces le bendice, generalmente procura que sea yo quien atraiga sobre la cabeza de nuestro hijo los dones del Señor.

Entonces se tranquiliza por completo; nos despedimos, y al siguiente dia tiene lugar, con muy pocas variaciones, lo mismo que vengo á V. contándole respecto de todos ellos.

¿Me engaña Jorge?... ¡No! estoy segura de ello. Un hombre que vende tan inicuamente á su esposa y á su hijo, no tiene ni bendiciones para este, ni caricias para aquella.

Y siendo así ¿qué significa esa alarma, ese trastorno, que mi esposo sufre diariamente de una manera fija, inevitable, amenazadora?

¿Será que verdaderamente delira?... ¿Se halla periódicamente sujeto á un acceso de calentura que estremece por intérvalos su razon?... ¿Las emociones del pasado le habrán vuelto loco?...

¡Qué horror, Dios mio, qué horror!

Este es el peso que me atormenta, la duda que me asalta, la idea que me mata.

Me falta valor para seguir sus pasos; hasta para hacer averiguar los sitios en que Jorge pasa la noche, y su conducta cuando se separa de mi lado. ¿Comprende V., mi querido tio, hasta que punto soy desgraciada?...

Y esto al cabo de un mes de haber creido en mi felicidad...

Necesito tomar una resolucion definitiva. Alberto se halla en el caso de emprender una carrera. ¿Cree V. que Jorge se halla en el de decidir acerca el porvenir de nuestro hijo?

¡Ay! Cuanta falta me hace su presencia de V. Ella sola bastaria tal vez para penetrar ese arcano en que mi razon se pierde, haciendo vacilar á un tiempo mi cuerpo y mi alma...

Un consejo, ó cuando menos una mirada de compasion, implora de V. su reconocida sobrina, Q. B. S. M.

Amelia García de Gomez.

Sr. D. José García

Cádiz.

Madrid 2 de Octubre de 1810.

Mi muy querido tio: todo se ha acabado para mí. El presentimiento no era sino harto fundado.

Puedo decir que no hay en el mundo criatura mas desgraciada que yo.

Jorge me engañaba; engañaba á su hijo, á sus amigos, á todos cuantos creyeron en su conversion.

¡Cuántas veces me he acordado de sus palabras de V.!... Cuando el juego se apodera del corazon de un hombre, ó sale de él con la vida, ó no sale nunca.

Mi esposo juega como antes, ó mejor dicho, nunca ha dejado de jugar.

El mismo me lo ha confesado; pero lleva su dureza de corazon hasta jurarme por lo mas sagrado, que juega y jugará siempre para asegurar el porvenir de Alberto, que de otro modo quedaria destruido en un dia.

¿Concibe V. mas cínicas palabras en boca de un padre?...

Sin embargo, aun hay mas: Jorge no solo es jugador sino jugador de mala ley; una cosa ¡vergüenza causa el decirlo! que entre tahures llaman fullero Algun encarnizado enemigo mio se ha encargado de anunciármelo en un anónimo que no me ha causado la

muerte, porque la desgracia dejaria de ser completa si tuviera un término.

Pues bien ¿creerá V. que ni aun ha tenido la bondad de negarme esa especie tan insultante? ¿Creerá V., aun menos, que en el acto de desenmascarar su conducta, ha hecho mil protestas de cariño queriendo borrar la impresion que este descubrimiento habia de causar en mí, precisamente?

Le aseguro á V., querido tio, que en presencia de tanta hipocresía, de mentira tanta, ha habido momentos en que he sentido vehementes impulsos de despreciar á mi esposo tanto como hasta el presente le habia amado.

¿Habrá que decirle á V. que tambien era una farsa lo del rompimiento entre Jorge y el miserable D. Carlos Varner, el genio malo de mi esposo, el alma negra del padre de mi hijo?

Sí, querido tio; por conductos que me merecen entero crédito, me consta que Jorge frecuenta todos los dias la casa de su falso amigo, y se reune con él todas las noches. Hé aquí el misterio de su conducta, he aquí el motivo de sus periódicas ausencias nocturnas, he aquí la causa de la fatiga que demuestra Jorge, cuando se retira al hogar doméstico todas las madrugadas. Y yo ¡necia de mí! que llegué á compadecerle porque temí que estaba loco...

Dios, sin embargo, no ha querido que tuviera que arrepentirme toda mi vida de mi cándida credulidad.

El cielo ha detenido el impulso de mis labios en el momento preciso en que iba á privar á mi hijo de su última esperanza. Confiada en las protestas de Jorge, engañada por su aparente conducta, fiada en su conversion, estaba resuelta á confiarle mi secreto y poner en sus manos el único recurso con que puede contar mi hijo, acrecentado notablemente gracias al interés, tino y hombría de bien con que mi único amigo, D. Luis de Mendoza, ha administrado el caudal que le confié hace quince años. Mi ceguedad llegó hasta el estremo de hacer realizar aquellos fondos, que ascienden á diez y seis mil duros, que me hice entregar, resuelta á ponerlos á disposicion de mi marido.

¡Qué remordimiento no hubiera sido el mio, si llego á consumar semejante falta!...

Por fortuna descubrí á tiempo la verdad, y el dote de mi hijo continua en poder mio, y nunca lo entregaré sino es al señor de Mendoza, para que lo custodie y haga productivo, como hasta ahora.

Tal es mi situacion. No me falta valor y sabré resignarme á mi desgracia, por mas que esta sea tan grande como yo la preveo. Pero no puedo, sin cometer un crímen, envolver en aquella desgracia á mi inocente Alberto.

¿Qué partido tomar?...

Si continua al lado de su padre ¿qué porvenir será el suyo educado en tales ejemplos?

Si me separo de él ¿qué consuelo, qué esperanza me resta en el mundo, cuando está visto que ni la gracia de mi muerte puedo prometerme del cielo?

Mi situacion necesita una solucion pronta.

Démela V., querido tio: se la pido á V. de rodillas, en nombre de mis padres, que rogarán junto á Dios por el bienhechor de su desgraciada hija.

Escribo á V. en ausencia de Jorge: son las dos de la madrugada y está fuera desde las diez de la noche.

Dentro de poco llamará á la puerta y yo saldré á abrirle, sin decir una palabra.

Ya no me besa, ni bendecimos juntos á nuestro hijo durante su apacible sueño...

No le pido á V. por mí, sino por Alberto: sea su dicha la única esperanza que aliente en esta vida á su humildísima cuanto desgraciada sobrina, Q. B. S. M.

Amelia García de Gomez.

Sra. D.ª Amelia García
Madrid.
Cádiz 16 de Octubre de 1810.

Querida hija mia: permiteme que te dé semejante nombre; tus desgracias y mi cariño me dan derecho á ello.

Cuando pensé, al cabo de mis años, bajar al sepulcro con el consuelo de verte dichosa, la narracion de tus cuitas viene á amargar mis últimos dias, y á desgarrar mi corazon con la lectura de tus cartas. La última ha sido verdaderamente fatal para mí.

No me sorprende lo que en ella me dices. Quien mal anda, mal acaba, dice un refran, y los refranes son el depurado de la esperiencia.

De ningun modo me han sorprendido tus temores, antes bien me causaron estrañeza tus esperanzas: la esposa de un jugador debe hallarse dispuesta para todo; y créeme Amelia, si aun te atreves á llevar el nombre de tu marido, es que no te hallas al término del camino, término inevitable para cuantos persisten en recorrerlo.

No te desazone y menos te desespere mi lenguaje: tú pides amparo y consejos, y yo quiero darte los que te ayuden á salvar lo único que no has perdido, el nombre de tus padres y el de tu hijo.

Jorge se halla al término de la primera parte de la vida de los jugadores: es mal esposo y mal padre.

Dentro de poco dará un paso adelantado en el camino del crímen. Ya es fullero: luego puede serlo todo sin remordimiento de nada. El lance es estremado, estremados tienen que ser los remedios que se apliquen.

Sola, ó poco menos en el mundo, tiendes al único pariente que te queda los brazos suplicantes, y le muestras á tu inocente hijo. Pues bien, tu tio abre los brazos á su vez, y quiere estrecharos á entrambos en ellos.

Tienes motivos mas que bastantes para abandonar la compañía de tu esposo: nada te detenga; tú ignoras lo que envida un jugador despues que ha perdido su capital y su crédito. Calcula ¡y estremécete! que un dia será tu honra la que arroje á un naipe contra un puñado de dinero...

Tu obligacion es poner un término al peligro que vienes corriendo: si tu esposo no ha perdido el último resto de su pudor, te agradecerá sin duda que le evites la ocasion de perderse perdiéndote. Volviendo por tí, vuelves sin duda por él.

Abandona á Madrid, en donde á las desgracias reemplazarán los peligros, y á estos los hechos consumados.

Ven á Cádiz con tu hijo: en esta ciudad, que parece construida sobre la espuma del mar, un padre amante os aguarda impaciente para descontaros en dichas lo que habeis aglomerado en desgracias.

Resuélvete, hija mia, y este pobre anciano, apoyado en el brazo de Alberto, y contemplándose en los cristales de tus dulces ojos, sonreirá en los últimos dias de su vida, y bendecirá á Dios que le dispensa tan singulares mercedes.

El porvenir de tu hijo exige indudablemente este paso, y por tu bien te lo aconseja quien tanto te quiere.

José García.

Sr. D. José García,
Cádiz.
Madrid 30 de Octubre de 1810.

Mi muy querido tio: su carta de V. me ha hecho pasar unos dias angustiosos. He meditado mucho su contenido y he rogado aun mas á Dios para que me inspirase la determinacion mas conveniente en este asunto.

Al leer, pues, mi resolucion definitiva, ni me crea ingrata, ni quiera V. suponer que dejo yo de besar y humedecer con el llanto del reconocimiento la mano que tan generosamente me ha tendido.

Quizás tenga V. razon sobrada al anunciarme que mi esposo entra ahora y adelanta con paso rápido en la segunda y mas lúgubre parte de su existencia borrascosa. Pero la triste profecía que V. me hace no puede de ningun modo si no es confirmarme en una resolucion que tengo formada hace mucho tiempo.

La obligacion de la esposa cristiana es seguir en un todo la buena ó mala suerte de su marido.

Yo me identificaré con la de Jorge, y si mis lágrimas no le conducen al buen camino, mis votos por su felicidad no le faltarán ni aun al borde del abismo ¿qué es al borde? ni aun en el momento de desplomarse, siquiera me arrastre en su caida.

¿Me culpará V. porque no quiero romper violentamente unos lazos que se ataron en presencia de Dios?

No puedo creerlo: es V. bueno, es V. justo, y lejos de condenarme, me compadecerá.

¿Seria acaso mas laudable que, á impulsos de la desesperacion, abandonase á Jorge á su triste suerte y llevase mi egoismo hasta contemplar, desde el delicioso templo con que V. me brinda, el espectáculo de su completa destruccion?

De ningun modo: yo creo que los ángeles que el Señor manda á la tierra para velar por los hombres, no les abandonan en el momento en que ceden á las tentaciones de los espíritus malignos.

Y sobre todo ¿cree V. que Jorge es menos desgraciado que yo, porque es mas culpable?

Si acaso algun dia abre los ojos á la luz de la verdad y tiende los brazos en torno suyo con ademan desesperado ¿quién estará junto á él para recoger sus lágrimas, confortar su valor y mostrarle el camino del cielo?

No querido tio, no: feliz ó triste, la mujer casada no tiene mas que un sitio honroso en este mundo : ese sitio es al lado de su esposo ; no haya temor que el peligro me haga desertar del mio.

¡ Perdóneme V.! soy una ingrata ; pero yo he oido muchas veces decir á los hombres que hablan el lenguaje de Dios : la mujer dejará á su padre, y su madre, y sus parientes, y su hogar, para seguir á su marido. Yo seguiré al mio, aun cuando le plazca conducirme por el camino del Calvario.

Pero soy madre, y hay deberes imperiosos que imponen grandes sacrificios. Yo no puedo envolver á Alberto en mi ruina.

Mi hijo se trasladará á Cádiz y crecerá á su lado de V. Sea V. para él un padre : hágase V. cuenta de que el pobre niño es huérfano, y que una madre desgraciada le suplica á V. por él.

Jorge consiente en esta separacion. Al dar su consentimiento ha parecido enternecerse ; pero su emocion ha durado breves instantes. Yo he llegado á creer que no conceptua este paso sino como el medio de echarse una obligacion de encima.

Ayúdeme V., querido tio, á llevar á cabo el sacrificio, y Alberto será feliz por V., ya que no puede serlo por sus padres.

Contésteme V. su resolucion, porque únicamente aguardo su consentimiento para poner en obra mi proyecto. La resolucion urge,

porque creo que la tempestad se viene encima apresuradamente.

Compadézcame V., y cuente con el eterno agradecimiento de su sobrina, ó mejor de su hija en afecto y obligaciones, Q. B. S. M.

Amelia García de Gomez.

Sr.ª D.ª Amelia García,
Madrid.
Cádiz 26 de Octubre de 1810.

Mi muy querida hija: ¿Qué quieres que conteste á tu carta cuando la simple lectura de ella me ha sumido en el mas profundo desconsuelo?... ¿Con qué he de perderte para siempre? ¿Con que he de contemplar impasible como se precipita voluntariamente en el abismo el ser á quien mas amo en este mundo, la persona en quien tengo concentrados todos mis afectos?...

Pero tú invocas el cumplimiento de tus deberes, y yo no debo distraerte de ellos. Cumple, pues tú lo quieres.

Séame, al menos, permitido colocarme á la altura de tu desesperacion. No puedo consolarte: los viejos como los niños, necesitamos quien nos consuele mas amenudo, porque mas amenudo nos desconsolamos.

Yo únicamente puedo bendecirte, compadecerte y admirarte.

Sin embargo, algo puedo hacer por tí: al confiarme á tu hijo puedo ser su padre.

¿Necesito decirte que lo seré de Alberto? Venga pronto ese hijo mio; yo seré guia de su juventud, él será apoyo de mi ancianidad. Venga pronto mi hijo, mi orgullo, mi encanto y mi delicia.

Con él me consolaré en la soledad que me rodea, nunca mas triste para el hombre que cuando llega este á una edad avanzada. Sus gracias me traerán á la memoria mejores dias, sus agudezas pondrán dulces sonrisas en mis helados lábios, sus estudios distraerán mis amarguras, y su aprovechamiento constituirá la mas grata recompensa de mis desvelos.

¡Cuán feliz voy á ser!...

Mas ¡ ay ! perdóname, hija mia; perdona si ponderando la dicha que me proporcionas, aumento tus dolores con el cuadro de las dichas de que te privas.

Quiero callar y no hallo mas medio que poner un término á esta carta. Si el dar á tu hijo un padre en sustitucion de aquél que le ha proporcionado la naturaleza, te sirve de consuelo en tan inaudita desgracia, confia en que tu hijo no se desprenderá de tus brazos sino para caer en los de quien, por su amor tan solo, es digno de sustituirte.

Adios ¡ oh tú ! la mas resignada de las criaturas : cualquiera que sea el destino que el cielo te depare, en cualquier sitio donde te encuentres, cuando llegue el momento de la grande catástrofe, acuérdate que hay en el mundo quien te tiende los brazos para bendecirte y estrecharte en ellos.

Tu tio que te quiere y desea aminorar tu desgracia en cuanto pueda

José García.

Sr. D. José García
Cádiz.
Madrid 12 de Noviembre de 1810.

Mi muy querido tio : escribo la presente pocas horas antes de llevar á cabo el mayor de los sacrificios.

Esta madrugada próxima sale mi Alberto para reunirse con V.

Escribo de rodillas y fijando los ojos ya en el papel, ya en la imágen de la Vírgen de los Desamparados, que es la madre de todos los niños huérfanos. Mi hijo lo será dentro breves instantes.

Soy débil, no puedo negarlo.

Hasta llegar á este momento me creí con fuerzas superiores. Quizás no estaba bastante segura de que se verificase tan desgarradora separacion. Ahora que la realidad está llamando á las puertas de mi corazon ¡ mucho me cuesta el decirlo ! pero es lo cierto que casi me arrepiento de ella. Parece imposible : se trata del porvenir de Alberto ; y con todo, me pesa.

Dios me acusará sin duda de egoismo... ¡ Perdon, Dios mio ! pero si no querias que fuese egoista de la presencia de mi hijo ¿ porqué encerraste tanto amor en el corazon de las madres ?...

En fin, no hablemos mas de mí: es cosa resuelta, y ocupémonos de él simplemente.

Alberto tiene quince años, es decir, la edad en que mas fácilmente se reciben las impresiones, la edad en que se empiezan á adquirir ideas propias. Los principios y los hábitos que se aprenden en esta edad, tarde ó nunca se olvidan.

Enséñele V., ante todo á ser honrado, muy honrado. Ha venido al mundo con la obligacion de rehabilitar un nombre que siempre fué respetado hasta que lo llevó su padre. Para cumplir su noble mision es necesario que camine invariablemente por el sendero de la virtud, cualesquiera que sean las espinas que le hieran en el camino, cualesquiera que sean los obstáculos que se opongan á su paso. La planta firme, el alma tranquila, la mirada en Dios: así es como vencerá las contrariedades de la suerte.

Que huya del vicio, del vicio del juego especialmente. Dígale V. que las consecuencias son tan terribles, que gracias á él las madres tienen que separarse de sus hijos..... Prediquele V. que el jugador es el ente mas despreciable de la sociedad; que para él no hay afecto puro ni pensamiento honesto. El juego hace aborrecible el trabajo, incluso aquel que produce honradamente el pan de la familia. La ambicion del jugador es el muro que impide la entrada de todas las aspiraciones nobles, dulces, dignas de un hombre. Dígale V., por último, que el orígen del juego es la ociosidad; el término del jugador...

Padre mio, dígaselo V. como quiera: yo no me atrevo á penetrar en el porvenir de mi esposo.

Pero nunca le diga V. que su padre fué culpable. Impida V., sobre todo, que un dia maldiga á Jorge!

Si pregunta por él, contéstele que fué muy desgraciado; que los malos amigos pervirtieron su natural bondadoso..... y si algun dia faltase Jorge, incúlquele V. la idea de que murió arrepentido, y que la memoria de su padre debe ser sagrada para él.

Vigile V. las compañías que frecuente: no eche V. en olvido que el hombre es en muchísima parte un reflejo de lo que son otros hom-

bres. Educado en el ejemplo mas que en los libros y en los consejos, casi siempre es bueno ó es malo segun lo que ve, y no segun lo que lee.

Jorge sin Varner hubiera podido ser un buen padre de familia. ¡Dios no se lo tome en cuenta al culpable!.....

Procure V. que sea fuerte, no para abusar del vigor, sino para emplearlo en defensa de los débiles. Que sea digno con el orgulloso, humilde con el pobre de espíritu, amigo de todos los desgraciados, amparo de todos los perseguidos injustamente.

En la eleccion de su carrera, consulte V. su vocacion y depúrela en el crisol de su prudencia. Si su corazon le inclina á la carrera de las armas, distráigale V. de semejante idea; á menos que llegado el tiempo de entrar en el ejército, la patria continuara peligrando como ahora. En este caso, deje V. que empuñe las armas: todo jóven se debe á su patria antes que á su madre. Dios le protegerá en el peligro, y si así no fuese, el templo de la gloria es la tumba de los héroes.

No permita V. que se desvie un ápice de la religion de sus padres. No puede ser buen ciudadano, ni siquiera hombre estimable, el que no practica la sublime máxima de Jesucristo: Amaos unos á otros como á hermanos. Haga V. que perdone las ofensas, que tienda la mano á su enemigo desarmado, que devuelva beneficios por daños; porque si es rencoroso y vengativo ¿qué cosa peor son los hombres malos?

Convénzale V. de que en este mundo es una falta grave, ya no el ser hombre malo, sino hasta ser hombre inútil. Todos los hombres tienen derecho á esperar algo bueno de los demás hombres: el que puesto en sociedad no presta algun servicio, defrauda á sus semejantes, aun cuando desde la altura de su fastuosidad, derramara el oro á manos llenas sobre el pueblo.

Dígale V. tambien.....

Pero ¿á qué me canso dictando á V. reglas de conducta que conoce mucho mejor que yo misma? ¿No es V. el mas bueno, el mas honrado, el mas virtuoso de todos los hombres? ¿No es inferirle un agravio entrar en detalles y sentar ideas que en el corazon de V. han adquirido toda la importancia de un dogma?

Perdóneme V., querido tio: las madres cometemos muchas imprudencias; mas para todas tenemos una misma escusa; somos madres. Esta circunstancia encierra algo sublime que purifica ó redime todas nuestras debilidades.

Alberto llegará muy pronto á Cádiz: V. hará de él un hombre honrado.

Dentro de poco empezarán á desvanecerse las sombras de la noche. El sol que brillará luego será el último que iluminará la frente de Alberto en presencia mia. Hoy mismo, cuando cierre la noche, habrá ya partido. Yo le seguiré á todas partes con la mirada del alma; pero al dirigirle la palabra, no me responderá; al tenderle los brazos, no se arrojará en ellos; al ir á fortificarme con su vista, hallaré tan solo su lecho, desierto, intacto, como aguardando al ángel de mi vida, que ya no inclinará su cabeza de hombre donde inclinó durante quince años su cabeza de niño. . . . . .

. . . . . .

No he podido resistir á la tentacion de contemplar su último sueño en la casa de sus padres.

Esto ha sido causa de que haya interrumpido la presente carta durante una media hora.

Me he acercado de puntillas á su cama y le he contemplado largo rato, reteniendo hasta el aliento.

Su sueño era intranquilo: entre sus cerrados párpados despuntaba una lágrima.

¡El, que duerme siempre como un niño, y sueña ángeles alados que murmuran á sus oidos celestiales cantos!.....

Ha lanzado un suspiro, y he creido conveniente cortar aquel sueño, que me ha parecido pesadilla.

Para despertarle, le he dado un beso.

Ha abierto los ojos azorado, y al reparar en mí ha sonreido con inefable dulzura. En seguida ha dicho:

—¿Me quieres mucho, madre mia?...

Y se ha vuelto á quedar dormido. Yo le he encomendado á Dios, y me he retirado sin rumor. ¡Cuántas veces he repetido esta misma escena durante quince años!... ¡triste de mí! acabo de ejecutarla por última vez...

Le despertaré temprano, pasaré todo el dia á su lado y le acompañaré al carruaje que debe conducirle á Andalucía. Luego me quedaré sola con su recuerdo, y pasaré el resto de la noche rogando por él.

Conozco que soy difusa en darle á V. semejantes detalles, pero no puedo prescindir de ocuparme de mi hijo en estos momentos supremos Mantenga V. vivo en su memoria mi recuerdo: que nunca se figure que su madre le ha apartado violentamente de su lado: y si esta separacion me cuesta la vida, refiérale V. mi historia, para que á su vez evite hacer á su esposa y á las esposas de sus hijos, tan desgraciadas como yo lo he sido. Pero que nunca asalte su memoria imágen alguna que haga odiosa la figura de su padre: un dia Jorge puede recobrar el imperio de su razon estraviada, y seria harto castigo saber que su hijo ha renegado de él y quizás le ha maldecido. Tenga V. mucho cuidado en este punto: algunas veces he notado en Alberto cierta propension á dejarse llevar de su carácter arrebatado, y este es uno de los motivos que he tenido mas presentes para disponer su partida.

Interrumpo esta carta porque oigo á Jorge llamar á la puerta: la concluiré antes de partir Alberto . . . . . .

. . . . . .

Por fin llegó el trance fatal: mi hijo va á partir; la hora que ha sonado es la última que nos sorprenderá juntos. Todo el dia de hoy he estado midiendo el tiempo: los relojes caminaban con una rapidez asombrosa. Las campanadas producian en mí un efecto parecido al que deben causar en el reo puesto en su última capilla.

Jorge no ha salido de casa, y en varias ocasiones le he visto clavar en su hijo una mirada llena de amor. ¡Oh estrañeza! un verdugo que compadece á sus víctimas... En este momento se ha retirado con Alberto á su cuarto; sin duda le estará predicando el sermon de despedida: tendrá que oir la moral de un jugador puesta en labios de mi esposo.

Casi todo el dia lo hemos pasado los tres juntos; pero apenas nos hemos dirigido la palabra uno á otro. La comida ha sido muy triste, porque ningun manjar llegaba á la boca sin ser humedecido con lágrimas.

Alberto es el mas animoso: nada tiene de particular; es un niño y

Amelia.

Lit Vazquez.

Este viene hacia mi lentamente, se arrodilla, y pide mi bendicion.

le atrae la novedad de los viajes. Sin embargo, me ha preguntado repetidas veces si le querria mucho aun estando ausente de mi lado, y al ver correr mis lágrimas por toda respuesta, ha hecho voto de no partir, y he tenido necesidad de fingir un valor que estaba muy lejos de mí.

En este momento entran en mi estancia Jorge y Alberto: veo su semblante en el espejo que tengo enfrente. La fisonomía de entrambos denota tristeza y abatimiento: se conoce que uno y otro han llorado abundantemente.

¿Qué habrá acontecido?... No me atrevo á preguntárselo á Alberto en presencia de su padre y ya no me queda tiempo para quedarme á solas con mi amor. Jorge hace una seña á su hijo, y este viene hácia mí lentamente, se arrodilla, y pide mi bendicion. . . . . .

. . . . . .

Alberto va á partir: no tengo valor para acompañarle.

Cuídele V. mucho.

¡Mi bendicion le siga á todas partes!

Amelia García de Gomez.

Una media hora despues de escrita esta carta, que Amelia entregó á su hijo, la pobre madre se hallaba de pié en su estancia, inmóvil y con los ojos fijos en las saetas de un reloj de bronce dorado.

El minutero designó las siete, y en el mismo instante sonó el primer martillazo, agudo, vibrante, argentino, al cual hizo eco á lo lejos la primera campanada de un reloj de torre.

Amelia vaciló, como si el pavimento temblara bajo sus piés. Cruzó las manos sobre el pecho é intentó arrodillarse; pero la faltaron las fuerzas y cayó al suelo desmayada.

Alberto habia partido para Cádiz.

A las siete y cuarto Jorge estaba de regreso en su casa.

Es imponderable el trastorno que habia sufrido su persona. Habia envejecido diez años en un dia, y el pesar mas hondo se revelaba en aquella frente abatida, en aquel rostro caido sobre el pecho.

Transcurrieron algunas horas, y llegó la acostumbrada en que Jorge abandonaba invariablemente su casa todas las noches. Pero,

con grande sorpresa de Amelia, su esposo no despegó los labios ni se levantó de su silla.

¿Qué significaba aquel cambio tan súbito?

—¿No sales?...—preguntó tímidamente la desgraciada jóven.

Jorge tomó una actitud resuelta, y estendiendo la mano con ademan solemne, contestó:

—Amelia, juro á Dios y por la cabeza de mi hijo, que aun cuando supiera encontrar en el juego tres veces las riquezas que he perdido, jamás pondré los piés.....

El juramento que Jorge iba á prestar de una manera al parecer tan espontánea, fué como un rayo de esperanza que penetrase en el torturado corazon de la jóven.

—¡Jura!—esclamó Amelia—¡Jura! y aun podemos ser felices.

Jorge iba á terminar la frase empezada; pero de pronto se detuvo; dió muestras de luchar consigo mismo de una manera horrible, y rechazando á Amelia, que le tenia amorosamente estrechado en sus brazos, dijo:

—¡No puedo!... El destino me empuja; el genio del mal me reclama... Abierto se halla el abismo: hay que hundirse en él irremisiblemente. Amelia ¡pobre Amelia! ¡Perdóname!...

Y salió de la estancia como si la fatalidad le arrastrase con su mano de hierro.

Su esposa quedó por un momento atónita, y cuando pudo dar forma á sus pensamientos, levantó los ojos al cielo, mas compasiva que enojada, y murmuró tan quedo que apenas pudo oirse á sí misma:

—¡Dios mio!... ¿Se habrá vuelto realmente loco?.....

CAPITULO VII.

El secreto de Jorge.

Al dia siguiente de haber tenido lugar esta estraña escena, el semblante de Jorge se hallaba estremadamente pálido. Habia entrado en su casa mas temprano que de costumbre, y segun afirmaba la escelente Luisa, no se habia acostado, ni siquiera por breve rato. Pero al mismo tiempo que el semblante de nuestro protagonista era tan pálido como decimos, su mirada reflejaba siniestramente la espresion de una resolucion desesperada y enérgica.

Vendria á ser la hora del medio dia cuando tomando su sombrero y metiendo en los bolsillos de sus pantalones unos objetos que ocultó cuidadosamente, se dirigió á la puerta, llamando antes á Luisa y diciéndola:

—Si la señora pregunta por mí, dila que he tenido precision de ausentarme, suplicándola que me dispense si antes de hacerlo no he tenido tiempo para ofrecerla mis respetos.

—¿Tardará V. mucho en estar de regreso?—preguntó la buena mujer animada por el dulce tono empleado por su amo.

Jorge hizo ademan de meditar la respuesta; pero en seguida cambió sin duda de idea, y contestó:

—No lo sé. Si la señora tiene que hacer, puede prescindir de aguardarme.

En seguida hizo un movimiento estraño, como si quisiera dar un abrazo á Luisa, y se marchó muy cabizbajo.

Llegado á la calle, detuvo á un cochero, subió al carruaje, dió al auriga las señas de una casa, y echó á correr las calles de Madrid arrastrado por dos caballos, ó cosas que parecian tales en aquel momento.

El coche se dirigió á la plaza de Oriente, que entonces distaba mucho de ser una gran plaza, como es ahora, penetró en la plaza del palacio, llamada de Armas, atravesó el Arco de la Armería, y torciendo á la derecha, empezó á descender una parte de la cuesta de la Vega, sitio que al presente no es muy concurrido á la luz del sol, y que en aquel tiempo era desierto igualmente á la hora del sol y á la de las tinieblas. Por instantes el descenso de la cuesta era mas difícil; llegó un punto en que el conductor no se atrevió á seguir adelante. Detuvo el vehículo, y dijo:

—No se puede pasar: la cuesta es muy rápida y hay peligro.

Jorge saltó del carruaje, dió una propina al cochero, y pronunció esta sola palabra:

—Aguarda.

Y á pié se dirigió con paso regular hácia una linda casita, compuesta solo de planta baja y primer piso, rodeada de jardines, y separada de las últimas casas de Madrid, de suerte que casi participaba de los honores de una casa de campo.

Era uno de esos dias crudos en que la naturaleza quiere anticipar los rigores del invierno, que en la corte es estremoso, ni mas ni menos que el verano. Hacia un fuerte viento, que rugiendo á intérvalos, mentia al oido alguna cosa parecida á los quejidos de todo un pueblo, ó al grito de dolor de una gran parte de la naturaleza. Unas nubes, bajas y negras, rasgadas de vez en cuando por un rayo de sol pálido y sin calor, rodaban por el espacio, entrañando rumores de tempestad, que semejan amenazas dirigidas á los hombres por los espíritus sobrenaturales. Reinaba una claridad estraña, confusa, algo parecida á la de la luna; luz de esas sin sombra, que inspiran tristeza y predisponen á esos atentados que el mal humor aconseja tan á menudo á los ingleses. Nosotros comprendemos perfectamente el esplin britano: un dia de niebla es un mundo sin horizonte, y un mundo sin horizonte es una vida sin esperanza.

Jorge empujó la verja que cerraba el jardin de la casita que antes hemos descrito, y sin saludar ni pedir permiso al portero, se encaminó al fondo de una avenida enarenada, junto á cuyas orillas crecian algunos arbustos intermediados con rosales silvestres. Subió tres escalones, abrió una puerta que daba sobre el jardin, y entró en una pieza recibimiento en la cual un criado con librea se entretenia en la doble é importante operacion de leer una gaceta y fumar un puro del amo, que es siempre el intendente de los vicios de sus domésticos.

Gomez se aproximó á ese criado, y poniéndole familiarmente una mano sobre el hombro, le dijo:

—Y bien Federico ¿está en casa D. Carlos?

El criado hizo una señal afirmativa, despues de haberse puesto de pié y quitado la gorra como pudiera hacerlo en presencia de aquél que costeaba su salario.

—Está bien—prosiguió Jorge—ahora vas á dar un paseo largo, hasta el café del tio Paco, el cual te entregará de órden mia, dos botellas de cierto jerez de mucha confianza, que han de llegar intactas hasta esta casa.

—¿Se queda V. á comer, señorito?—preguntó el criado á quien no disgustaba el mensaje.

—Es probable; pero no te detengas porque mi apetito corre, de seguro, mas deprisa que tus piernas.

Y metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco sacó un doblon de á ochenta que el criado recibió, partiendo en seguida, tanto mas dócil á la voz de Jorge, cuanto sabia que no le habia mas rumboso que él, de su nombre, ni aun de sus años.

Gomez sonrió de una manera particular, casi lúgubre; y dirigiéndose en seguida á la puerta, la cerró con doble vuelta de llave. Acto contínuo atravesó, como práctico, un lindo saloncito, y penetró en un elegante gabinete, donde se veia un hombre tendido sibaríticamente en un sofá y saboreando las delicias de una pipa turca.

Este hombre era D. Carlos Varner.

A la vista de su víctima sonrió de una manera feroz, y quitándose de la boca el tubo de la pipa, dijo:

—¡Hola! ¡hola!... Parece que introducimos novedades en las buenas costumbres...

Jorge no contestó palabra : se cruzó de brazos y quedó contemplando á Varner con desdeñosa mirada.

—Esta noche última no hemos acudido á la acostumbrada cita. ¿Qué es esto ? ¿nos sublevamos?

—Lo he reflexionado mejor,—respondió Jorge—y he resuelto no poner mas los piés en semejante lugar.

—Muy bien hecho... No hay como ser rico para emplear el lenguaje de los hombres independientes. Supongo, por lo tanto, que vienes dispuesto á saldar nuestra cuenta...

—Vengo decidido á ello, y tal la vamos á saldar, que nunca mas tengas porque pedirme dinero.

—¡Perfectamente ! Empieza á vaciar monedas: cuanto mas pronto se sale del paso, tanto mejor. Esa clase de negocios son enojosos, y entre amigos mucho mas. Con que, veamos; desocupemos el contenido de esos bolsillos. ¿Traes buena moneda ?...

—Escelente.

—Empecemos, pues. Cincuenta mil duros en onzas de oro, equivalen á tres mil ciento veinte y cinco peluconas. Salgan las muestras á relucir.

El acento de Varner era tan irónico, que sin dificultad podia ser tenido por insultante. Jorge no demostró por esto impaciencia ni alteracion; y cuando su falso amigo le pidió muestra de la enorme cantidad de dinero que, segun él, debia recibir, Gomez metió tranquilamente la mano en los bolsillos, y acercándose á una mesita velador, dejó encima de ella un par de pistolas, y dijo con la mayor sangre fria:

—Aquí hay de sobra para ponernos en paz antes de media hora, y te prevengo que á ello estoy decidido.

Varner no pudo dominar un estremecimiento de terror : la impasibilidad de Gomez le preocupaba mucho mas que el arrebato de cualquiera otro de sus enemigos. Incorporóse rápidamente en el sofá, y tiró del cordon de una campanilla.

El instrumento obedeció á la impresion de la sacudida ; pero á pesar de que el rumor del campanillazo llegó perfectamente á oidos de D. Carlos, transcurrieron algunos segundos, y el criado no compareció al llamamiento.

Jorge contemplaba el estupor y el miedo de Varner sonriendo á

su vez, y cuando este fué á repetir el movimiento de llamar, atajóle con estas palabras:

—Es inútil: Federico ha salido; tardará en volver, y aun cuando regresase antes de haber ajustado nuestra cuenta, encontraria cerrada la puerta. Cada cual toma sus precauciones: por esta vez he tomado perfectamente las mias.

Varner lanzó un rugido y se precipitó en direccion de una de las ventanas bajas, con la boca abierta sin duda para pedir socorro, pero Gomez amartilló precipitadamente una pistola, y encarándola al miserable, le dijo:

—¡Si das una sola voz, mueres como un perro!

D. Carlos quedó mudo de estupor y de miedo, y como la fiera que, á pesar suyo, se tiende en el rincon de la jaula que le señala su domador con la punta de su varita hecha áscua, así fué retrocediendo lentamente y dejóse caer en el sofá, insiguiendo la direccion trazada por el cañon de la pistola de Jorge.

—¿Te has propuesto asesinarme?—esclamó azorado.

—Pudiera hacerlo impunemente y no sin razon,—contestó Gomez lentamente—pero quiero dejarte el derecho de defenderte para que no se diga mañana que he aplastado á un reptil indefenso. Vengo á batirme contigo.

Esta perspectiva ya era algo mas halagüeña para Varner: el que por un momento ha creido morir asesinado, debe hallar casi insignificante el peligro que se corre en un duelo. Además, la idea de la propia defensa despertó los antiguos brios de D. Carlos, que se abalanzó hácia el velador, con el brazo tendido en actitud de coger la pistola que encima de aquél se veia.

—¡Quedo!—dijo Gomez.—No ha llegado la hora aun: antes de saldar la cuenta, es menester estenderla.

—No te entiendo...—murmuró Varner volviendo á recobrar su anterior postura.

—Quiero decir que vengo de calma, y no quiero que por precipitacion se me escape partida alguna del balance. Calmémonos, pues, y hablemos como dos comerciantes que liquidan sus recíprocas operaciones al cabo de muchos años de haberlas verificado sobre la confianza que mutuamente se hubieran inspirado.

Gomez depositó de nuevo la pistola encima de la mesa y se sentó entre esta y el sofá de Varner.

—Voy á contarte la última parte de mi vida—dijo—y en cuanto yo me equivocare, eres muy libre de rectificar.

—Pero ¿á qué viene contarme lo que yo sé tan bien como tú?

—Viene á que es menester que se sepa porque nos vamos á matar uno ú otro, y á que el recuerdo de lo mucho que has envenenado mi existencia, me inspire mayor deseo de acabar con la tuya. Oye, pues, porque de grado ó á la fuerza, esto quiero y esto se hará.

Varner tomó una actitud indiferente, y se dispuso á escuchar con grande riesgo de quedarse dormido.

—Hace tres meses—prosiguió Jorge lentamente,—me hallaba yo reducido á los últimos apuros; en mi casa llegó á faltar el pan de cada dia, y aunque no es mi ánimo reproducir en estos momentos los motivos que me condujeron á tan deplorable estado, recuerdo este hecho porque atenua ante mi propia conciencia el delito en que incurrí, desatinado.

D. Carlos se revolvió en el sofá, buscando sin duda mas cómoda postura, y Jorge continuó:

—Salí de mi casa desesperado y acudí á tu llamamiento: te espuse mi situacion, y para sacarme de ella me propusiste cometer un crímen. ¿Lo tienes presente, caballero Varner?...

—Tengo muy presente que opusiste poquísimas dificultades á mis proposiciones y que tu alegría era casi insultante cuando la crédula prestamista te llenó los bolsillos de oro. ¿Por qué no lo llamabas crímen en aquel entonces?

Jorge, sin contestar á la pregunta, prosiguió su relacion en estos términos:

—A cambio de unos puñados de oro, dejé en poder de tu cómplice un documento falso, un pagaré que decia ser suscrito por el banquero D. Felix Carranza, siendo así que la firma fué puesta en la cárcel por otro de los muchos miserables con quienes entablas amistad para emplearlos como instrumentos de tus infames planes. Yo me presenté en tu compañía á esa Maruja la prestamista, y por medio de una farsa criminal me hice pasar por un gran banquero, en lo cual fuí doble delincuente, porque no tan solo usurpaba un nombre que

no era mio, sino que hacia traicion á un amigo de mi casa, á Carranza el honrado, cuya respetable firma dejé en poder de una mujer que, segun despues he descubierto, ha sido marcada en la espalda por el verdugo.

—Marcada... marcada... ¿Quién puede decir de esta agua no beberé?...—dijo Varner mirando descaradamente á Jorge.

—Mi idea, bien lo sabe Dios,—continuó Jorge sin hacer caso del insulto indirecto de Varner—era realizar una jugada que tuve la candidez de creer infalible, y retirar aquel pagaré que siempre tenia delante de mi vista, y que aun de noche veo escrito con caracteres de fuego entre las tinieblas. Jugué y gané: el resultado no podia ser mas á gusto de mis deseos: quise ir á retirar el condenado papel, y tú me lo impediste...

—¿Tengo yo la culpa de haber creido exactos tus quiméricos cálculos de jugador? Si te dije que no lo retiraras, fué porque de contínuo te proponias hacer montes de oro con la cantidad de que te querias desprender.

—Y los hice realmente,—esclamó Jorge con el orgullo de un veterano que recuerda sus campañas—y cuando me disponia á recobrar mi prenda, aquella que hecha pública podia conducirme á un presidio, cuando provisto de la cantidad bastante, llamaba á la puerta de la vil usurera en cuyas manos se hallaba mi honra; cuando mucho antes de espirar el plazo señalado, iba por fin á verme libre de cuidados, tranquilo respecto de mi persona, seguro del bienestar de mi familia, resuelto á ser tan hombre de bien como ente despreciable habia sido hasta entonces; te atravesaste en mi camino y como siempre desgarraste mis ilusiones. Maruja la prestamista habia desaparecido del Rastro, y nadie ha sabido dar razon de su paradero. Con ella habian desaparecido sus efectos, con sus efectos el pagaré falso que yo la habia entregado.

—¿Y quién probará que yo tengo que ver en la desaparicion de Maruja?—dijo Varner con su acostumbrada audacia.

—Lo prueba que en este intérvalo habia sobrevenido nuestro rompimiento por consecuencia de la injuria, vil como tuya, que inferiste á mi esposa, y cuya falsedad hizo evidente D. Luis de Mendoza, junto con tu desmesurada cobardía. ¿Piensas que lo ignoro?... D. Car-

los Varner, el terror de los garitos, el valenton de los barrios aristocráticos, el espadachin que posa su mirada insultante en todos los lechuguinos del Prado y del Retiro, se dejó abofetear como el último de los embusteros.

—¡Ira de Dios!—esclamó Varner poniéndose lívido de coraje.

—¡Quieto!—dijo Gomez.—Todas las baladronadas son inútiles cuando vengo dispuesto á jugar mi vida contra la tuya. No me pongas, por lo tanto, en un caso estremo, porque entonces te sacrificaré á sangre fria, sin el menor reparo.

Y tendió el brazo hácia las pistolas que se hallaban al alcance de su mano. D. Cárlos se mordió los labios á impulso de su despecho, y murmuró entre dientes:

—Yo me vengaré...

—Hé aquí tu frase favorita,—repuso Jorge—yo me vengaré. Y con efecto, te has vengado de una manera horrible. Agotados mis recursos para encontrar el pagaré fatal, me ví en el triste caso de implorar tu proteccion, y me humillé hasta pedirte, con lágrimas en los ojos, que me sacaras del trance cruel en que por tus consejos me hallaba envuelto. ¿Tienes presente tu respuesta, Varner?

D. Cárlos desvió los ojos por no poder suportar la mirada que le dirigió Gomez.

Pero no contestó á la pregunta de este último.

—Callas.....—prosiguió Jorge—Haces muy bien: no hay escusa plausible para la vileza que conmigo cometiste. Por toda respuesta me dijiste que el pagaré ya no se encontraba en poder de D.ª María, y que su nuevo dueño lo presentaria á la justicia el dia en que dejase de percibir la mitad de mis ganancias en el juego.

—Y ¿quién me responde de que el juego ha de serme favorable siempre?—pregunté sobrecogido de espanto.

—Yo garantizo el resultado,—me dijiste—si sigues mis consejos, ó mejor, si obedeces mis órdenes.

Estrañóme este lenguaje, pedí esplicaciones, y entonces ¡mi sangre se altera al recordarlo! me respondiste:

—Hablemos claros: tus combinaciones en el juego no son otra cosa que ilusiones estúpidas, que se desvanecerán el dia en que la suerte se canse de favorecerte. Entre jugadores no hay mas que un medio

de ganar siempre, y es jugar de ventaja ó sobre seguro. Yo tengo mis esperiencias hechas, tú eres listo de manos, sé donde se reunen todas las noches algunos caballos blancos; te presento, muestras oro en abundancia, te se da la banca, tallas, y negocio concluido.

Al oir semejantes proposiciones, juro por mi salvacion que el rubor y el coraje encendieron mi rostro á un mismo tiempo.

—¡Miserable!—te dije—¿me tomas acaso por algun fullero?

Y me abalancé á ti con ánimo resuelto de hacerte pagar caro el ultraje.

—¿Quién te contuvo?—dijo Varner, aprovechando aquella ocasion en que romper su penoso silencio.

—¿Quién me contuvo?...—repitió Jorge con amargura.—¿Recuerdas cuáles fueron tus palabras al leer en mis ojos la resolucion que me animaba?... Yo te las haré presentes.

—Gomez,—me dijiste—te tengo atado con unas cadenas mas fuertes que de hierro, y tú y yo, enlazados por esa cadena, caminaremos hasta la muerte, como dos penados emparejados en un presidio. El dueño del pagaré falso solo aguarda una órden mia para denunciarte: cumple, pues, mi voluntad, ó esta misma noche duermes en la cárcel.

—¿Lo recuerdas bien, Carlos?... Esto, ni mas ni menos, tuviste la vileza de aconsejarme. Si se hubiera tratado de perder la vida, juro á Dios que la hubiera sacrificado sin reparo; pero la denuncia con que me amenazabas, importaba mi deshonra y la de mi familia, y tuve que consentir, mal de mi grado, porque, infamia por infamia, la que tú me proponias no terminaba en un presidio. Y jugué segun tus instrucciones, y estafé á los jugadores incautos, y mi mano trémula recogió el dinero de los estafados, y durante tres meses he repetido esta operacion todas las noches, y he cometido la bajeza de no morirme de vergüenza. Tres meses, Varner, he venido diariamente á esta casa á deponer el fruto de mis inícuas estafas; tres meses he venido arrastrando hasta tí, como el perro que, arrastrando y gruñendo, va á lamer los piés del amo que le amenaza con un látigo. ¡Miserable de mí! ¡Miserable, repito, porque durante tres meses no se me ha ocurrido la idea de matarte!...

—Y ¿por qué no hiciste responsable de tu enojo al dueño del pagaré?—dijo Varner temblando.

—Al dueño del pagaré... ¿Te se figura, Carlos, que te hallas en el caso de engañarme impunemente como hace tres meses? ¿Te se figura que porque no he encontrado á esa cómplice tuya llamada D.ª María, he dejado de adquirir antecedentes de su persona?... Al contrario ¡infame y falso amigo! Tanto he revuelto por ponerme sobre huella, que lo he descubierto todo: tus antiguas relaciones con cierta supuesta viuda de la calle de Hortaleza, el oficio á que se dedicaba, hasta el hecho de los diamantes robados al banquero Carranza, y con los cuales tuviste la avilantez de permitir que se adornase Amelia el dia de nuestra boda... ¡Y aun te atreves á hablarme del dueño del pagaré, miserable!...

—Y cuando ese dueño fuera yo—dijo Varner con el mayor descaro —¿qué tendrias que echarme en cara? ¿por fortuna no te has enriquecido siguiendo mis consejos? ¿No te he dado los medios de jugar sobre seguro? ¿Te he pedido mas de la mitad de tus ganancias?...

Al escuchar tan insolentes palabras, hizo Jorge un gesto tal de furor, que repentinamente perdió Varner la escasa serenidad que habia podido recobrar.

—No te estrello ahora mismo contra una de estas paredes,—esclamó Gomez con acento trémulo de rabia—porque dándote los medios para defenderte, quiero que en tu última hora te convenzas de que, no yo, sino Dios es quien te castiga por tantas infamias. ¿Que me has hecho rico, dices?... ¿Qué me importan á mí esas riquezas adquiridas mas criminalmente que las de los mismos bandidos?... ¿Crees que la fortuna ganada por tales medios, aprovecha al que la posee?...

—De mí sé decir que hasta ahora me va perfectamente con la parte que me corresponde.

—Te va perfectamente... ¿Cuándo has tenido tú una familia honrada ante la cual te ruborizaras? En la mia, la riqueza mal adquirida ha venido á traer mayor desgracia: me falta el aprecio de las gentes, me falta el amor de mi esposa, y últimamente, para colmo de amargura, hasta me falta desde ayer noche la vista de mi hijo, de mi Alberto, á quien quizás he estrechado ya en mis brazos por la última vez... Ahora bien ¿sabes tú lo que es horrible sentir la necesidad de ser honrado y no poder serlo; comprender que la felicidad me sonrie

á un paso de distancia, y no tener fuerza para arrojarme en sus brazos; estar convencido de que puedo ser virtuoso, querer serlo y sentirme arrastrar por una mano de hierro, al mismo tiempo que una voz terrible esclama imperiosamente en mi oido: ¡Anda! ¡anda!... ¡anda siempre, hasta que tropieces con el verdugo!...

Aquí se detuvo Jorge, y contempló el efecto que sus palabras habian causado á D. Carlos.

Este á buen seguro no habia percibido las últimas: de algunos momentos á aquella parte se hallaba, al parecer, preocupado con nuevas ideas que le hacian discurrir profundamente. El silencio de Gomez le distrajo de sus meditaciones.

—Y ahora—dijo—¿qué es lo que pretendes de mí?

—Ante todo, que acabes de escucharme. He jugado segun tus consejos y he ganado y me he hecho rico, como tú dices. Hay ciertamente en el mundo un gran número de hombres viciosos tan cándidos, que con ellos se puede ser estafa impunemente. ¡Oh! tenias razon: el vicio pone una venda, y á no haberla traido esos miserables, era imposible que no se hubiesen apercibido de mis torpes fullerías. Mi rostro debia haberme vendido, cuando no el temblor que mi cobardía me inspiraba, el profundo enojo que me acometia y que á menudo me hacia volver contra mí mismo la mano con que recogia el oro ageno.

—Mal discípulo...—dijo Varner manifestando cierto disgusto de profesor.

—Finalmente ha llegado la ocasion en que el alma, cansada de esa lucha de todos los dias, esclama á los oidos de mi conciencia: ¡basta! ¡no puedo mas! y yo vengo á tu casa, obedeciendo al mandato de mi corazon, y te digo con el acento resuelto del hombre desesperado: ¡Varner! no quiero, no puedo continuar mas en esta criminal farsa.

—¡Perfectamente!—contestó D. Carlos.—Y en el supuesto de que quieres emanciparte, traerás tus proposiciones concebidas y entraremos á discutirlas como dos buenos mercaderes que procuran ver quien engaña á quien..... No hay inconveniente. Habla, y quizás llegaremos á entendernos.

—Jamás se me ha ocurrido comerciar con tu posicion ni con la mia. Ni la honra se paga con dinero, ni la impunidad es mercancía

á la cual se pone precio. En una palabra, para recobrar mi tranquilidad necesito el documento que tú posees: ponle precio de una vez, y acabemos.

Varner permaneció un buen rato pensativo, y por último dijo con cierto miedo que no pudo ocultar del todo:

—¿Y si yo me negase á entregarte ese documento?

—En este caso, ya te lo he dicho, uno de los dos dejaria de existir antes de una hora.

—Reflexionemos...—dijo D. Carlos tomando una actitud reservada.

—En primer lugar—continuó al cabo de un rato—es preciso que confieses que si algo posees en este momento; que si tu familia ha salido de apuros y tú mismo te has libertado de los acreedores que tarde ó temprano hubieran dado contigo en la cárcel por estafa, me lo debes pura y simplemente á mí...

—Ni lo niego, ni quiero entrar en cuestiones de esta naturaleza; pero, te lo repito, el dinero que gano de esta indigna suerte quema mis manos, y la desesperacion ha entrado en mi casa desde que el crímen me ha hecho rico.

—Pues para demostrarte hasta que punto soy tu amigo leal, voy á libertarte de esa pesadilla, de ese enemigo oculto que te acarrea semejantes desgracias. Por recobrar el documento que te hace tanta falta, bien querrás darme cuanto posees en dinero y efectos ¿no es esto?...

Jorge frunció el entrecejo y recapacitó un momento, lanzando antes una terrible mirada á su falso amigo.

—Está bien;—dijo por último—dejaré que la miseria estienda de nuevo su brazo descarnado sobre mi familia; pero yo tendré honra y tranquilidad, y si es preciso con el trabajo de mis manos ganaré el pan de cada dia para Amelia y para mí. Mi caudal es tuyo: devuélveme el documento en cuestion.

—Concedido—respondió Varner ocultando una maligna sonrisa que traducia la perversidad de sus intentos.

—Ahora mismo—esclamó Gomez con el anhelo retratado en su semblante.

—Mañana.

—¿Estás loco? ¿No te he dicho que no me voy de esta casa sin mi pagaré ó sin tu vida?

Varner no manifestó temor alguno.

—¡Mañana, ó nunca!—contestó con la mayor impasibilidad.

Jorge empuñó una pistola, la amartilló y tendiendo febrilmente el brazo, apuntó á D. Carlos tan á quema ropa que el cañon del arma llegó á rozarle la frente. Su rostro no se contrajo una sola línea.

Habia hecho el último llamamiento á su fuerza de voluntad, y el espíritu de venganza habia acudido en su auxilio. Los ojos de Gomez despedian llamas, y su dedo trémulo apretaba el gatillo de una manera espantosa de ver.

—¡Hiere!—esclamó Varner.—Mi resolucion es irrevocable. ¡Mañana, ó nunca!

Jorge no disparó: su falso amigo esperimentó un secreto movimiento de alegría.

—¡Hiere, repito!—dijo con mayor energía,—pero oye lo que va á suceder. A la menor desgracia que me ocurra, no habrá transcurrido una hora sin que el pagaré que me pides haya sido presentado al tribunal.

—Y ¿quién lo presentará cuando tú, su dueño, haya caido muerto á mis piés?

—La persona á quien yo se lo he confiado, y que cumplirá fielmente esa órden mia.

—¡Cómo!—esclamó Jorge asombrado y temblando de miedo—¿te has desprendido de mi secreto?

—¿Qué debí hacer?—respondió hipócritamente D. Carlos.—Yo estaba en la obligacion de prever esta escena, y hubiera sido muy necio no preparándome con tiempo para ella...

—¿Y otro tiene mi perdicion, mi deshonra en sus manos?...—murmuró Gomez sorprendido.

Diciendo estas palabras dejó caer el brazo á lo largo del cuerpo, y la amenazadora pistola vino al suelo. Varner puso disimuladamente el pié encima de ella, y con acento hipócrita é irónico á un tiempo mismo, dijo:

—¿Qué quieres?...—Tú lo has dicho hace poco: en este mundo cada cual toma sus precauciones... Tú has tomado las tuyas cuando

has entrado en esta casa; yo he tomado las mias antes de que entraras... Digo; si me descuido...

Jorge no pudo resistir á aquel contratiempo: cayó en un sillon, y ocultando el rostro entre sus manos, se echó á llorar como un niño, avergonzado del mal éxito de su desesperada tentativa. Varner le contemplaba sonriendo con aire de triunfo.

En aquel momento llamaron á la puerta esterior de la linda casita: Gomez no hizo el menor movimiento para impedir que D. Carlos se adelantase á franquear la entrada. Era el criado, que estaba de regreso con las botellas de Jerez compradas en el café del tio Paco. Varner entró nuevamente en su gabinete, y colocando encima del velador las dos botellas, dijo con sarcasmo:

—Para que veas á donde llega mi generosidad... Tú has penetrado á traicion en mi casa, has venido á robarme pistola en mano el mayor tesoro que se podia encontrar dentro de ella, y si no me has muerto ha sido porque mi prevision se habia anticipado á tu cólera destemplada... Yo en cambio te he recibido con la sonrisa en los labios, te he hecho proposiciones de verdadero amigo, y ahora que te hallas en mi poder, ahora que pudiera asesinarte impunemente, como tú intentabas hacerlo hace poco, vengo á reunirme contigo no armado de pistolas como un malhechor, sino de buen vino de Jerez como un compañero alegre que quiere disipar la hipocondría de un amigo triste... ¿Qué tienes que decir de mi conducta? ¿Qué tienes que oponer á mi generosidad? Ea, levanta la frente, Jorge Gomez; vuelve á ser el hombre de otros tiempos, y choca tu copa llena con la copa de un amigo que pudiera perderte y que sin embargo quiere salvarte.

Jorge dirigió una mirada de desconfianza á aquel hombre á quien tenia conocido demasiado á fondo para dar grande asentimiento á sus falaces palabras.

—¿Dudas de mí?...—dijo Varner.—Pues si acaso te profesara rencor ¿quién me impediria ahora mismo hacerte denunciar como falsario, amen de acusarte como ladron y asesino?

Gomez hizo un movimiento de inquietud, pero se reprimió prontamente. Estaba vencido del todo.

—Nada temas,—prosiguió Varner—yo, mas generoso que tú, cum-

pliré exactamente mi palabra: mañana habrás recobrado el papel que tanto te interesa.

—¡Es posible!—esclamó Jorge, que era niño en su esperanza como en su desesperacion.

D. Carlos agitó una campanilla y el criado apareció en el umbral de la puerta.

—El almuerzo—dijo Varner, despidiendo al criado, y en seguida volviéndose á Gomez prosiguió:—siquiera sea por la última vez, dígnate sentarte á la mesa de un antiguo amigo.

El desdichado Gomez siguió á su compañero como el esclavo sigue á su dueño, que le lleva atado por el cuello al arzon de su silla. A pesar de todo, no pudo reprimir una mirada de envidia que dirigió á la pistola que aun quedaba sobre el velador. ¿Quién le hubiera dado en aquel momento poderse batir con el infame causador de su desgracia?...

Media hora despues Varner despedia á Jorge en el umbral de la puerta del jardin.

La sonrisa que se veia en los labios de entrambos era tan falsa en los del uno como en los del otro.

—Hasta mañana—dijo Gomez en tono que lo mismo podia servir para una pregunta que para una órden.

—A las doce en punto de la noche, y en tu casa.

—Ninguno ha de saber que has venido á ella, ni lo que entre ambos medie...

—Nadie: puntualidad y secreto.

Y sin decirse mas palabra se despidieron con un fuerte apreton de mano que mas tenia de amenaza que de protesta de cariño. Jorge fué en busca de su carruaje, y Varner se dirigió á su gabinete.

El primero se tumbó en los cojines de la ruidosa y pesada máquina, murmurando:

—¡Mañana á las doce ó me libro de él, ó libro de él al mundo!

Y cruzándose de brazos tomó una actitud pensativa que se manifestó por medio de profundas arrugas que surcaron su frente.

Varner por su parte, abrió un escritorio; tocó un resorte, se descubrió un secreto, sacó un papel, lo contempló un instante, y se dispuso á escribir, diciendo:

—Mañana á las doce su esposa habrá sido mia, y él pertenecerá á la justicia... ¡Miserable! Has venido á provocar mi enojo recordándome aquella bofetada que aun pesa sobre mi mejilla... Tu deshonra y la sangre del ofensor son los dos únicos medios de borrar su huella... ¡Hasta mañana, Jorge, hasta mañana!

CAPITULO VIII.

Nuevas infamias.

Al siguiente dia despertó Varner mucho mas temprano de lo que tenia por costumbre. Se hallaba escesivamente pálido y sentia un frio superior al que en realidad estaba haciendo. Mandó á su criado que encendiera un gran fuego en la chimenea, y se tendió en una butaca en ademan meditabundo.

Cuando D. Carlos meditaba, sin duda alguna una honrada familia se hallaba en peligro.

Al cabo de un rato su fisonomía fué recobrando la habitual contraccion y colorido, de suerte que cuando oyó llamar á la puerta del gabinete, se hallaba, si no tranquilo, á lo menos aparentando que lo estaba.

—¡Adelante!—dijo Varner.

Abrióse la puerta, y entró el criado, cuya espresion de semblante poco mas ó menos era de tan mal agüero como la de su amo.

—¿Has entregado mis cartas?—preguntó D. Carlos.

—Una y otra, señor, en manos propias de las personas á quienes iban dirigidas.

—¿Y qué contestacion te han dado?

—D. Luis de Mendoza me ha dicho que no saldria de casa hasta que V. se dejase ver en ella.

—Está bien: ¿y el señor de Gomez?

—D. Jorge ha titubeado un buen rato, despues de lo cual me ha entregado esta llave.

Y el criado la puso acto contínuo en manos de Varner. Este no pudo ocultar su satisfaccion: la vista del aquel objeto pareció quitarle de encima un gran cuidado, y sonriendo de una manera estraña, dijo:

—La cosa marcha: algunas horas mas, y todo habrá terminado satisfactoriamente.

Ordenó al criado que le ayudase á vestir, se desayunó en seguida con muy buen apetito y salió de casa entonando á media voz una cancion italiana, que tenia todos los honores de un himno báquico.

De esta suerte recorrió la larga distancia que media desde la cuesta de la Vega hasta la calle del Príncipe.

Cuando hubo llegado á este punto, se introdujo en el portal de la casa de Mendoza, y cual si su cuerpo no pudiera resistir á la impresion de un vergonzoso recuerdo, tuvo necesidad de apoyarse en la barandilla de la escalera porque la sangre agolpada á la cabeza le privó por un momento del dominio que hasta entonces habia ejercido sobre sí mismo.

Pero el efecto producido por el recuerdo de la afrenta desapareció ante la risueña idea de la venganza asegurada. Todo se redujo á un vahido, y Varner prosiguió su camino seguro del éxito.

Un momento despues, un criado le introdujo á la presencia de Mendoza, que advertido de esta visita, la estaba aguardando con impaciencia. Pero aun así, á la vista del causador de las desgracias de Jorge, no pudo reprimir un ademan de repugnancia, parecido al que se le escaparia á una señorita nerviosa con la vista de un cuadro en que lo horrible hubiera tomado formas asquerosas. A pesar de todo, indicó á Varner una silla, y entabló el diálogo en estos términos:

—He recibido una carta de V. en la cual me dice que para destruir á mis ojos la falsa opinion que de V. he podido formar, me anuncia que el señor de Gomez está corriendo un grande peligro en estos momentos y se ofrece V. á darme los medios para conjurarlo...

—Es cierto—respondió lacónicamente D. Carlos.

—En este caso, puesto que ya estamos reunidos el que conoce el peligro y el que, segun V., debe conjurarlo, puede V. cuando guste

decir lo que sepa, y yo por ello haré cuanto me parezca prudente de poner por obra.

—Nada mas fácil, y únicamente pido á V. me haga la justicia de creer en la verdad de mis palabras.

—Los antecedentes de nuestras escasas relaciones no me permiten ser muy condescendiente en este punto.

—Cuando dude V. de mis palabras, podrá V. apelar á la evidencia de los hechos. Vamos al caso.

—¿Qué peligro amenaza á Gomez?

—Peligro de que antes de algunas horas se hallará en la cárcel y dentro de algunas semanas en presidio.

D. Luis se quedó inmóvil de asombro: pero en seguida lanzó á Varner una mirada que significaba una sospecha terrible.

—Contésteme V.—dijo—la persona que este hecho me denuncia ¿es un amigo del delincuente ó es el autor del verdadero delito?

—Podria eludir la respuesta de una pregunta tan insultante; pero quiero decirle á V. que aquél á quien llama mi amigo es muy bastante para cometer la imprudencia que ha cometido y muchas mas que fuesen.

—Pero ¿qué delito se le imputa?—preguntó D. Luis no pudiendo asentir á esta nueva desgracia.

—Se le acusa de haber falsificado y puesto en circulacion un pagaré con la firma de su amigo D. Félix Carranza.

Mendoza se encontró desconcertado: el delito guardaba perfecta relacion con el carácter de Gomez.

El jugador casi siempre es falsario antes de ser suicida ó asesino. Cuando ha perdido lo propio aspira á perder lo ageno, y cuando todo se ha fundido en el fuego devorador de ese infierno llamado banca, apela al postrer recurso, al recurso del crímen, empezando por cualquiera de aquellos que producen dinero.

La fullería, la estafa, la falsificacion son generalmente los preludios del robo y del homicidio.

Si Varner hubiese imputado á Gomez un delito menos conforme con la práctica de los jugadores, Mendoza hubiera podido dudar de la exactitud del hecho; pero que un jugador sea falsario es una cosa tan lógica, como es lógico que quien acepte las causas acepte

asimismo las consecuencias. D. Luis lo aceptaba todo, lo creyó todo.

Repugnábale sobremanera tener que entrar en tratos con aquel miserable, pero comprendia que el hombre que le daba aquella noticia era sin duda el único que, estando en el secreto, podia conjurar la triste suerte que aguardaba al pobre Jorge. Se resolvió, por lo tanto, á escuchar al bribon, conteniendo difícilmente los impulsos que le movian á arrojarle á la calle, no por la puerta por donde ya una vez le habia echado, sino por el balcon, que es á menudo entrada de bribones, y debiera ser su salida en todas las ocasiones.

Mendoza no se sentia inclinado á Jorge por simpatía personal, pero compadecia á Amelia como todos los corazones nobles compadecen á las víctimas de ciertos hombres. Cuando Varner le denunció el crímen de su amigo, sintió sublevarse contra el falsario todo su enojo, porque las almas honradas sienten siempre una repugnancia instintiva é imprescindible contra los criminales; pero Jorge debia envolver en su desgracia á una mujer modelo de todas las virtudes, á un niño que entraba en el mundo con la sonrisa en los labios y la frente erguida y limpia de toda impureza; y Mendoza preferia perdonar al culpable á involucrar en su ruina á los inocentes.

Sin embargo, desconfiaba de aquel hombre que tanto daño habia causado al pobre Gomez, y al fijar su mirada penetrante en el rostro que él una vez habia abofeteado, buscó una contraccion cualquiera que revelase un pensamiento traidor, para imponerle seguidamente el debido castigo.

Pero investigó en balde: aquel lobo tenia la propiedad de disfrazarse de cordero.

D. Luis no quiso darse, empero, ni por vencido, ni tampoco por satisfecho.

—Y dígame V.—dijo á D. Carlos—¿qué interés le mueve á V. á dar este paso en beneficio de su amigo?

Varner sonrió interiormente: se esperaba esta pregunta y encontró al oirla el mismo placer que un diestro espadachin al dar un quite á la prevista estocada de su adversario.

—¿Qué interés?... preguntó—¿No lo dice V. mismo?... Desde el momento en que llama á Jorge amigo mio, me impone V. el deber de dar el paso que por inspiracion propia vengo dando.

—¿De veras?—repuso irónicamente D. Luis, dando á esta respuesta la poca fe que ella se merecia.

—¿Lo duda V.?...—dijo Varner con hipócrita sonrisa.

—Mas que eso, caballero,—contestó D. Luis completamente formalizado—lo niego rotundamente.

—¿Tan buen concepto he logrado merecerle á V., que no me supone capaz de una accion cristiana?...

—Tómelo V. por donde quiera, no le hago á V. el último de los disfavores que podria hacerle, suponiendo que sin mas móvil que el de llevar á cabo una buena obra, haya venido á la casa donde una vez ha sido.. ..

D. Luis se calló de repente interrumpiendo su propia frase. Varner no se inmutó.

—¿Por qué no termina V. el concepto empezado? ¿V. ha querido decir: la casa donde una vez he sido abofeteado? ¿Para cuándo es, caballero, el perdon de las injurias, sino para casos semejantes?

Y acompañó estas palabras con una risita sardónica, que hubiera quitado á Mendoza el último átomo de confianza que pudiera tener en el infame Varner, si por fortuna el honrado D. Luis no hubiera estado alerta contra esta mentira y otras mas grandes del miserable.

—Acabemos de una vez;—dijo Mendoza—ó me da V. esplicaciones claras y terminantes de su conducta, ó en otro caso no daré asentimiento alguno á las confidencias de V., cualquiera que sea la importancia que V. quiera darlas.

Varner sonrió de una manera muy distinta que hasta entonces habia sonreido.

Los bribones tienen á su disposicion toda suerte de sonrisas, como las mujeres coquetas disponen de toda clase de lágrimas.

—Estoy seguro—dijo—de que al fin y al cabo nos entenderemos perfectamente.

—Conmigo... ¡jamás!—esclamó D. Luis, que rechazaba hasta la idea de una avenencia con aquel hombre envilecido.

—Quiero decir que voy á darle á V. esplicaciones tan claras, que sin necesidad de que yo saque las deducciones, se pondrá V. al corriente de todo, y dará á mis palabras el crédito de que en este caso son dignas.

—Mucho ha de trabajar V. para conseguirlo.

—Quien sabe... Suponga V. que durante muchos años yo he sido el confidente de Gomez.

—Tal le ha puesto V.—respondió D. Luis con tono de conmiseracion.

—Cuando se encontró en su último apuro, recurrió á mi persona, porque hay cierta clase de amistades de las cuales no se echa mano sino en ocasiones desesperadas.

—Por lo caras que cuestan—dijo D. Luis sentenciosamente.

—Yo no me hallaba en situacion mas desahogada que mi amigo: Jorge estaba apremiante, exigente.....

—¿Y qué?

—¡Que no se me ocurrió mas medio que el de proponerle un crímen! Yo me acuso, caballero: el consejo fué mio; pero juro á Dios que al proponérselo, lo hice despues que Gomez me aseguró, una y mil veces, que la posesion de un caudal durante una sola noche, le traeria una fortuna bastante para ser hombre honrado el resto entero de su vida.

—Cálculo de jugador,—dijo Mendoza—que nunca se ha de ver realizado.

—Es cierto; pero como no trato de sincerar mi vida pasada á los ojos de V., ya no estrañará que, siendo yo no menos jugador que Gomez, diese crédito á sus doradas ilusiones. Yo le secundé en su delito, yo le presenté en la casa donde, por mí mejor que por él, le fué facilitada una suma enorme, en una palabra, puede decirse que yo en realidad cometí la verdadera estafa. Sin mí la falsificacion era inútil: el prestamista no le hubiera dejado un peso al verdadero Carranza.

—Y tiene V. valor para vanagloriarse de su doble delito...

—¿Quién le dice á V. que yo me vanaglorio de ello? V. me ha exigido una garantía de la lealtad de mi conducta, y yo no encuentro mejor garantía que el ser sincero. ¿Cree V. que de esta suerte no obro como debo?

—Prosiga V.—dijo Mendoza despues de haber meditado un instante.

—Poco tengo que añadir, y aun supongo que ese poco lo adivina V. de sobra.

—¿Pleitea V. la causa del cómplice?—preguntó D. Luis clavando en Varner una mirada penetrante.

—Naturalmente. Si Jorge cae en manos de la justicia, es imposible que mi nombre no salga á relucir en el proceso, y en este caso, estoy por decir que la pena principal vendrá sobre mi persona. Salvándole á él, trabajo por mi cuenta.

La esplicacion era aceptable. Los datos facilitados por D. Carlos concordaban perfectamente, no solo con su carácter, sino con el plan concebido de arruinar por completo á Jorge en su fortuna y en su honor á un tiempo mismo. Varner tenia razon en sentir miedo; al menos así debia colegirlo el honrado Mendoza, que ignoraba la escena habida el dia anterior entre Jorge y Varner en la casa de este último.

—Un solo escrúpulo me queda—dijo el leal amigo—¿por qué razon ha sido denunciado el pagaré?

—Toma—respondió Varner con la mayor serenidad—por no haber sido pagado á su tiempo. Es muy sencillo.

—No tanto como á V. se le figura, señor Varner. El tenedor del documento debe haberle presentado á su supuesto firmante el dia de su vencimiento, y hasta entonces el banquero Carranza no puede haber denunciado la falsedad.

—¿Y quién le dice á V. que haya sucedido de otro modo?

—Lo dudo mucho...—dijo Mendoza lanzando á Varner una mirada que revelaba su gran desconfianza.—Por muy naturales que me parezcan las razones de V., no puedo ocultarle que su conducta me es altamente sospechosa. No se estrañe V.: yo tengo por costumbre no ocultar mis sentimientos verdaderos. Vamos á ver ¿qué simpatías puede V. tener conmigo?... Hace quince años nos batimos en duelo, y herido por V. tuve la desgracia de revelar el secreto de los diamantes robados, ante una concurrencia numerosa y escogida que desde aquel dia borró el nombre de V. de la lista de las personas admitidas á su trato y sociedad. Le soy á V. deudor de esta afrenta. Hace pocos meses puso V. los piés en esta casa por primera vez, y la desgracia que tiene V. en todas mis cosas, hizo que mi mano debiera causarle una de aquellas ofensas que exigen sangre...

Al oir esta frase, los ojos de D. Carlos se inyectaron de una mane-

ra siniestra; y por fugitiva que fuese esta llama, no pasó desapercibida de su interlocutor, que permanecia muy en guardia.

—Tenemos pues,—dijo este último—que por varios conceptos debo serle á V. persona muy poco simpática. ¿Cómo se esplica en semejante caso, que me haya V. dado la preferencia para poner su suerte entre mis manos?

—Por dos razones; la primera, porque me consta que es V. un hombre honrado, y en casos tan personales como los que me amenazan, ningun pícaro se fia de sus colegas; en segundo lugar, porque es el único amigo, que yo sepa, de Jorge.

—Está V. en un error: desde que he descubierto que su arrepentimiento era una farsa indigna, y que continuaba dedicándose al juego, de una manera aun mas culpable que antes lo hizo, no he vuelto á poner los piés en su casa.

—Pues es una desgracia, porque á mí me ha estado prohibido bajo penas muy grandes, y ninguno mejor que yo sabe á qué estremos alcanza el furor de Gomez.

Mendoza permaneció indeciso algunos momentos. La idea de que su incredulidad podia acarrear terribles desgracias sobre Amelia, luchaba en su interior con el miedo y la repugnancia que le causaba el servir de instrumento á los tenebrosos é impenetrables planes de aquel miserable.

En semejante trance se resolvió á hacer la última prueba.

—¿Y si yo no quisiera dar asenso á ninguna de las palabras de V.? —dijo mirando á Varner de hito en hito.

—En tal caso creeria haber cumplido con un deber, pensaria en el peligro que corro yo mismo, y pediria á V. permiso para retirarme.

Y levantándose de la silla, hizo ademan de dirigirse hácia la puerta. Mendoza se interpuso adoptando una actitud hostil.

—¡Deténgase V.!—esclamó—V. no saldrá de esta casa sin que antes me haya cerciorado yo de la verdad, por conducto del mismo Carranza.

Varner no se desconcertó en lo mas mínimo: hizo un movimiento de humilde aquiescencia, y sentándose de nuevo, dijo:

—V. es muy dueño: como V. guste...

Mendoza permanecia completamente perplejo; pero al fin y al cabo su desconfianza pudo mas que las apariencias de D. Carlos. Clavó en este su mirada y sin ocultar la emocion poco favorable que le animaba, dijo:

—Voy á casa de Carranza: V. permanecerá en este aposento hasta que yo vuelva.

Varner se encogió de hombros y echando una pierna encima de otra, tomó una de esas actitudes de hombre desocupado y sin salirse de las cuales puede uno aguardar, al parecer, dias enteros.

D. Luis salió del gabinete, cogió precipitadamente su sombrero, y se lanzó á la calle en direccion de la casa de Carranza: el banquero no se encontraba en ella, y su esposa, azorada, le esplicó el motivo diciéndole que andaba en diligencias con el juzgado, para descubrir á los autores de un pagaré en el cual se habia falsificado la firma de su esposo.

El honrado D. Luis apenas pudo contener su emocion: Varner no le habia engañado.

—Lo que V. me anuncia es muy grave, señora. ¿Y no tiene V. noticia de que el señor de Carranza haya dado en sospechar de la persona que puede haber cometido semejante vileza?

—Es demasiado hombre de bien para sospechar semejante infamia de parte de ningun conocido suyo.

Mendoza respiró con mayor libertad: habia llegado á tiempo para salvar á Jorge.

—Pero, segun informes,—prosiguió Lola—la policía á quien basta un cabo cualquiera del hilo para recoger sutilmente toda la madeja, responde de que no se pasarán veinte y cuatro horas sin haber dado con el culpable.

Las seguridades de la policía causaban un gran daño al amigo de Amelia.

—¿Qué dato ha recogido? ¿En qué se funda para prometer semejante captura?

—En las sospechas que la ha dejado concebir la persona que ha sido capturada.

—Con que ¿ya hay un preso?—dijo Mendoza, limpiándose el sudor de la frente.

—Sí, señor, una mujer; la dueña del pagaré, que se habia presentado á cobrarlo con el mayor descaro, y á quien mi esposo hizo detener apenas se descubrió la falsificacion. ¡Cómo creerá V. que esa mujer no deja de jurar que ella ha sido engañada asimismo, y asegura á voz en grito que tiene prestada la cantidad que el papel dice!... ¿Se ha visto osadía tal?

Ninguno mejor que D. Luis podia decir algo en abono de la supuesta embustera; pero la menor indiscrecion podia comprometer á Jorge, y bajo este supuesto se mantuvo reservado y limitóse á recoger los mayores datos posibles.

—Pero ¿han tenido valor de presentar el pagaré á su mismo firmante supuesto?

—Yo lo creo...Y, segun dice mi esposo, podian hacerlo con las mejores esperanzas de impunidad y de buen éxito. La firma de Carranza estaba perfectamente imitada, y á no ser por las minuciosas precauciones de registros y confrontacion de libros que se hacen en esta casa, de fijo que el pagaré hubiera sido satisfecho.

—Supongo que el amigo Carranza no dejará diligencia por practicar...

—Puede V. calcularlo, mas á mas, cuando la fingida prestamista es una mujer que por lo visto tiene mucha aficion á las cosas de nuestra casa. Y ahora que bien lo recuerdo: V. debe conocerla...

—¡Yo!—esclamó Mendoza poniéndose pálido al simple anuncio de que podia conocer á una dama de tal índole.

—Mucho que sí. La fingida prestamista no es otra que la mujer á cuya casa fueron á parar, hace quince años, los diamantes que fueron robados en la mia, y que mas tarde aparecieron en el tocado que estrenó Amelia el dia de sus bodas.

—¡La viuda de Alcázar!—dijo Mendoza ante cuyos ojos apareció en un momento toda la verdad del hecho.

—La viuda, ó la casada, ó la soltera...—respondió Lola acompañándose con una muy picaresca sonrisa.—Esta es la presa, y no dudo que ella denunciará á sus cómplices, porque en el acto de ser conducida á la cárcel no se ha ocultado de decir, que si efectivamente se veia comprometida, revelaria ciertas interioridades que pondrian un grillete al pié de algun caballero, ó cosa que tal parece.

D. Luis se estremeció de una manera visible. Creia con mucho fundamento que Jorge se hallaba á merced de una mujer perdida, porque apenas se le escapase á esta mujer el nombre de Varner, este se apresuraria á descargar su responsabilidad, ó una gran parte, de ella sobre el fingido D. Félix Carranza. El cándido Mendoza no sabia ni podia presumir que el papel representado por Maruja era una farsa indigna, que el dinero anticipado por la prestamista habia sido reintegrado con el dinero mal adquirido de Jorge, y que á cambio de la cantidad restituida á punto de perderse, la vil usurera se habia prestado á servir de instrumento á D. Carlos, que aun tenia en mas estima la venganza que el oro. Varner se hallaba seguro de que su nombre no seria pronunciado por su cómplice; pero en cambio esta tenia órden recibida de delatar á Jorge á las veinte y cuatro horas de encontrarse presa.

¿Por qué no debia hacerlo en el acto mismo de ser entregada á la justicia?

Por un refinamiento de la venganza de D. Carlos, cuyo plan terrible nos revelarán en breve los acontecimientos.

Mendoza no tenia tiempo que perder si queria evitar á Amelia una herida mortal.

Despidióse de Lola deseándola todo el buen tino necesario para descubrir á los verdaderos culpables, y encargóla decir á su esposo que en lo posible suspendiese toda gestion hasta tanto que entre los dos hubiera mediado una entrevista, pues creia tener datos que podrian ilustrar mucho las actuaciones judiciales.

Salió en seguida de la casa del banquero, y acordándose de Varner, tomó el camino de la suya.

D. Carlos aguardaba á Mendoza en la misma actitud en que Mendoza habia dejado á D. Carlos. El semblante del miserable no indicaba temor ni impaciencia alguna: no parecia sino que estaba muy seguro del resultado, ó que este le era indiferente de todo punto. A la vista de D. Luis, le dirigió una mirada curiosa, pero no intranquila.

Mendoza comprendió lo que queria decir aquel interrogatorio mudo, y contestó:

—Tenia V. razon, demasiada razon, en efecto. Corre V. mas peligro del que realmente cree.

—¿Qué dice V.?—esclamó Varner, alarmado por aquellas palabras de un hombre que nunca habia mentido.

—Quiero decir que su infame cómplice de V. se halla en poder del tribunal, y antes de poco comprometerá á V. y á Jorge con sus declaraciones. La fuga es el único recurso que les queda á uno y otro, si ya no se han tomado disposiciones para impedírsela á ustedes.

—Huir... ¿Qué mas quisiera yo? Pero ¿quién responde de mi seguridad mientras Jorge siga en peligro?

—Deje V. que el Sr. de Gomez quede de mi cuenta. Yo le proporcionaré cuanto le haga falta para su fuga.

Varner pareció discurrir un momento: Mendoza estaba asombrado de la calma de aquel hombre.

—Es el caso—dijo D. Carlos—que yo tengo un compromiso grande con mi amigo.

—Hágame V. el obsequio de no profanar este nombre, caballero. El que vende á un hombre de bien, el que á sabiendas le arrastra al crímen, el que tiene la torpe avilantez de poner los ojos en su esposa con impureza, no puede llamarse amigo suyo.

—Merezco esas reconvenciones, señor mio; pero no por esto dejaré de cumplir como es debido con mi amigo, ó con el hombre de quien V. dice que no lo soy. Juntos habíamos resuelto escapar, y nunca consentiré que Jorge suponga por un solo momento que le he abandonado en la hora del peligro. Guarde V. sus buenos oficios, caballero: Gomez y yo seguiremos una misma suerte.

—¿Y quién le asegura á V. que yo no lo impida?... Harto tiempo ha sido V. árbitro de su suerte; ahora le toca el turno á los hombres de bien. Además ¿quién me asegura que esta union proyectada no sea otra de las muchas supercherías de V.?

—¿Quién se lo asegura? Esta llave que á las doce de la noche ha de darme paso hasta el gabinete de Gomez.

Y D. Carlos puso de manifiesto la llave que aquella misma mañana le habia sido remitida por Jorge.

Mendoza permanecia indeciso: el tiempo se iba perdiendo por instantes: faltaban pocas horas para cumplirse el plazo fatal que la prestamista se habia impuesto á sí misma para guardar el secreto de los

criminales, y aun no podia decirse con verdad que ese único elemento de salvacion fuera de mucha confianza, atendida la persona á quien se referia.

—¿Qué es lo que pretende V. hacer con esta llave?—preguntó D. Luis.

—Reunirme con Gomez cuando llegue la hora de nuestra fuga, y salvarme con él ó con él perderme.

—V. no puede conservar esta llave: encierra la honra de un hombre que ha dado V. grandes pruebas de estimar en mucho menos de lo que vale. Cualquiera que sea el resultado, yo debo quedarme con ella.

—¡Caballero! ¿Se atreveria V. á desposeerme por la fuerza de este objeto?

Mendoza no se atrevió á llevar á cabo su pensamiento. En todo era el antípoda de su interlocutor, y sus nobles sentimientos le impedian abusar de la superioridad que en aquel momento ejercia sobre Varner.

—No me quedaré con esta llave contra la voluntad de V.;—dijo—pero le recuerdo á V., ya que á mi caballerosidad apela, que se ha ofrecido V. á conjurar el peligro que corre el Sr. de Gomez. ¿Qué hará V. para ello?

—¿No es mucho haberle indicado á V. en que consiste aquel peligro?

—No es bastante. Ahora mismo hablaba V. de proyectos de fuga. ¿En qué funda V. su buen resultado? ¿Sabe V. las dificultades que trae consigo la fuga de dos personas que no quieren separarse? ¿Sabe V. la facilidad con que se sorprende una conversacion imprudente, las sospechas que infunde una palabra, una mirada tal vez? ¿Ha calculado V. que la fuga de dos cómplices unidos pone la suerte del uno á merced de la suerte que le quepa al otro?

Varner escuchó gravemente las palabras de D. Luis, que al parecer le causaron una impresion muy profunda.

—Bien mirado—dijo al cabo de un rato—sus razones de V. no dejan de ser respetables...

—¿Con qué cuenta V. para llevar á cabo su fuga con buen éxito?

—Con los mismos elementos con que ha sido cometido el delito. El hombre que falsificó la firma de D. Félix Carranza nos proporcionará pasaportes para el viaje.

—Esto es, otra falsificacion, otro delito... Así sucede siempre: la bola de nieve del crímen...

Reinó un momento de silencio: D. Carlos parecia algo convencido y aun contrariado por las razones de Mendoza.

—En fin ¿qué resuelve V.?—preguntó este último.

—Ponerme por completo á disposicion de lo que V. ordene. Mi cabeza no está para trazar planes.

—Y ¿puede V. presumir que yo rompa la mia para sacarle á V. de apuros?—esclamó Mendoza no pudiendo contener un arranque del mal humor que le inspiraba el contacto de aquel miserable.

Mas reponiéndose en seguida por temor del mal resultado que pudiera traer una indisposicion con Varner en aquellos momentos críticos, procuró transigir con su repugnancia y dijo:

—¿Qué es lo que tenian Vds pactado con Jorge?

—Quedamos en que cada uno por su lado buscaria los medios mas oportunos para nuestra fuga, y que con este objeto nos reuniríamos en su casa al toque de la media noche. Hé aquí porque encuentra V. en mi poder esa llave, que Jorge mismo acaba de proporcionarme. Sin embargo, disponga V. lo que debe hacerse, y se hará como V. lo diga.

—Está bien: por de pronto queda V. libre de todo compromiso con Gomez. A la media noche en punto, yo ocuparé el puesto de V. y sin duda le irá mejor á ese desgraciado.

—Y si algun dia el destino me reune nuevamente con Jorge ¿quién me librará de su furor, abrigando, como abrigará, la idea de mi egoismo en el momento crítico? Yo conozco á Gomez, tengo pruebas de que su enojo es terrible...

—Pierda V. cuidado: yo me encargo de disculparle á V., y negocio concluido.

—Sin embargo, si fuera posible que me proporcionase V. un resguardo cualquiera...

—Un resguardo... No comprendo en que pueda consistir, y me parece que mi palabra es la mejor garantía.

—Para hoy, caballero, no para mañana. Si, por al contrario, pudiera yo conservar un documento de V., el recibo de esta llave siquiera, siempre encontraria medio para justificar la consecuencia de mi conducta.

—Por Dios que no le comprendo á V.—dijo Mendoza, que realmente no penetraba la intencion de Varner.

Este hizo que discurria para dar una forma precisa á su pensamiento, y contestó:

—Supongamos que V. me escribe una carta, ó se la escribe á Gomez... Una carta cualquiera, en la cual de un modo ó de otro consigna V. su opinion de que aprueba mi modo de obrar en este dia....

—Es imposible, D. Carlos;—respondió Mendoza despues de una pequeña pausa—tengo que confesar ingénuamente que le tengo á V. un miedo estremado.

—Pocas pruebas ha dado V. de ello—dijo Varner llevando la mano á su carrillo, con ademan muy significativo.

Aquel recuerdo le pareció de mal agüero á D. Luis. Ninguno quiere haber inferido ofensas cuando espera algun favor del agraviado.

—Soy franco,—contestó—no le tengo á V. miedo cuando le hallo á V. al alcance de mi mano; pero me lo inspira muy grande apenas vuelve la espalda. Ignoro para que me pide V. ese documento, pero sé de cierto que me hallo muy mal dispuesto á dárselo. Créame V. á mí: prosiga cada cual su camino, y haga V. que no volvamos á tropezar unos con otros.

—¡Se hará como V. lo desea!—contestó Varner poniéndose en pié y saludando con hipócrita humildad.

—Sea V. de aquí en adelante algo mejor que hasta ahora ha sido, y le irá mucho mejor.

—Tal lo espero, y confio en que mis obras se lo acreditarán á V. Estoy seguro de que no se ha de pasar mucho tiempo sin que pueda V. apreciarme tal cual soy. Hasta la vista, D. Luis...

—¡Hasta jamás!

Varner tendió la mano en señal de despedida á su interlocutor; pero este hizo que no advertia el movimiento, y anticipándose á don Carlos, le abrió la mampara para despedirle. El falso amigo salió de

la estancia sonriendo de una manera muy poco agradable, y cuando llegó á la calle, murmuró entre dientes y restregándose las manos muy satisfecho:

—Está muy bien, Sr de Mendoza: á la media noche ocupará V. mi puesto... Ya verá que recepcion tan cordial tendrá preparada don Jorge Gomez á su amigo Varner.

Y deteniéndose nuevamente para continuar el diálogo con su pensamiento, bien así como lo hacen algunos viejos para discutir en el paseo con los hombres graves, dijo para sí:

—Estoy desembarazado de Mendoza que morirá esta media noche; estoy vengado de Jorge que mañana amanecerá en la cárcel... ¿Qué me falta?... Lo mas difícil: ¡poseer á Amelia!

Echó á andar á paso rápido, y en el camino, dominado siempre por esa idea infame, murmuró varias veces:

—Y ello ha de ser... Ha de ser indefectiblemente... Pero ¿de qué medios puedo valerme? He entregado ya la única arma con la cual se puede amenazar á una mujer honrada...

De repente se estremeció. Acababa de percibir el contacto de una mano que se apoyaba en su espalda, y tembló como el reo prófugo que se siente tocado por la sútil vara de un alguacil apergaminado.

Volvióse con presteza, y la vista del amigo, que se insinuaba con tanta franqueza, le dejó estupefacto.

Acababa de reconocer á su antiguo compañero de cárcel, el falsificador de la firma de Carranza.

En un momento resolvió D. Carlos el problema que tanto le preocupaba un minuto antes.

—¿Cree V. en los encuentros providenciales?—preguntó al falsario.

—Poco... nada...—respondió el interpelado.

—Pues el de V. conmigo, si no lo ha dispuesto la Providencia, puede ser obra del diablo.

—¿De veras? pues el diablo en todo caso no ha sido otro que yo, que voy en busca de V. hace tres dias.

—¡ En busca mia !—esclamó Varner que gustaba poco de cultivar públicamente tales amistades.

Pero obedeciendo luego al plan que le habia inspirado la presencia de su compañero de cárcel, dijo :

—¿Tenia V. mas que haberse llegado hasta mi casa? En ella le aguardaba á V. un amigo agradecido.

—Quedo muy obligado; pero yo gusto poco de trabajar fuera de mis establecimientos. Se sorprende con tanta facilidad un secreto.... Además, casi estaba yo seguro de que V. vendria en mi busca un dia ú otro.

—Y en este caso ¿qué se proponia V. hacer?

—¿Qué quiere V.? En este mundo cada uno vive de su trabajo: yo soy un artista...

—¿Se halla V. desocupado en este momento?

—Como casi siempre: los hombres de mérito están sujetos á vivir en el olvido. No hay ingratitud mayor que la de los contemporáneos... Tenga V. verdadera habilidad, y puede estar seguro de no ser comprendido.

Varner llegó á sospechar que habia tropezado con un tuno mas tuno que él mismo.

—Hablemos claros, compañero,—dijo.—¿Quiere V. prestarme un nuevo servicio?

—La respuesta será muy breve: ¿está V. dispuesto á pagármele generosamente?

—Ponga V. precio: se trata de estender un duplicado del pagaré que nos facilitó hace algunos meses.

—En este caso, no hay que hablar una palabra: ya sabe V. lo que vale este trabajo.

—Por esta vez se trata de imitar, además de la firma y rúbrica, la letra de otra persona.

—¿De quién?

—Le importa á V. poco ó nada el saberlo. Los hombres no han de tener para V. mas carácter que el carácter de su letra. Yo le proporcionaré á V. varias muestras de la que debe V. imitar, y punto concluido.

—Entonces, seamos francos, es una doble falsificacion que hay que hacer.

—El nombre es un poco duro, compañero...

—El nombre es lo de menos, y lo que interesa es el dinero. Trabajo doble, doble paga.

Los bribones se entienden fácilmente: Varner y su cómplice entraron en un carruaje y en pocos minutos llegaron á la casa del primero. D. Carlos puso á la vista del falsario varias cartas escritas por Gomez, y el artista se dió una maña tal en su trabajo, que daba ira no ver cortadas aquellas manos que en tan criminales oficios se ocupaban.

En pocos momentos quedó la obra terminada: nadie hubiera dicho sino que el pagaré habia sido estendido por Jorge y firmado por Carranza. El artista contempló su obra con orgullo y la cobró sin remordimiento.

Varner permaneció en su casa perfectamente tranquilo. Serian á todo esto las tres de la tarde, y el caballero de industria acusaba de lenta y perezosa la marcha del reloj que no tenia para D. Carlos la amabilidad de despedir al dia antes de tiempo.

CAPITULO IX.

El derecho del mas fuerte.

¿Qué pasaba en tanto en la casa de Jorge?

Nuevas desgracias venian á amontonar sobre Amelia la tempestad cuyos gérmenes se estaban reuniendo hacia quince años. Y eran tan negras las nubes y tan amenazador el estado de la atmósfera, que á cada momento era mas temible el estallido del rayo.

Amelia, la pobre Amelia, que como el hombre de bien que cae en poder de unos bandidos, aguardaba por instantes la hora de su muerte, espiando el mas mínimo síntoma que pudiera ayudarle á caminar con mayor confianza en el sendero de la misteriosa vida de Jorge, estaba fatigada de luchar y se sentia de cada vez con menos fuerzas para resistir al destino que contra ella se conjuraba.

Su esposo parecia de dia en dia dominado por una tristeza mas profunda, por un secreto afan mas devorador. La misma amabilidad que mostraba con su esposa se conocia que no era sino el resultado de un esfuerzo supremo, de su voluntad en lucha abierta con los sentimientos de su corazon.

Pero lo que Amelia estrañó en grado superlativo fué que durante la noche anterior al dia en que se refieren los sucesos del precedente capítulo, Jorge, contra su costumbre, hasta contra aquella especie de poder fatal que á una hora determinada parecia imponerle una

obligacion repugnante, no salió de casa ni aun de su gabinete. Su mujer se creyó en el deber de averiguar las razones de aquel fenómeno: entró en el cuarto de Jorge y procuró alejar de su frente aquella nube de tristeza que los ojos de un corazon amante veian flotar ante el infeliz Gomez.

Al cabo de media hora de conversacion muy escasa y en la cual Jorge hizo apenas el gasto de algunos monosílabos, Amelia pudo convencerse de que su esposo abrigaba un grave pesar, pero que habia puesto todo su empeño en devorarle á solas, egoismo de dolor, que lastimaba á Amelia aun mas que si hubiera sido de placer.

Así transcurrió aquella noche, eterna para los que velaban y para los que velando formaban toda clase de funestos cálculos para el porvenir. Y apareció, por fin, el sol, y ni aun con su luz entró la esperanza en el corazon de algunos, que hay corazones tan lacerados que para ellos la noche y el dia se confunden en iguales tinieblas.

Era aun muy de mañana cuando Jorge, contra toda su costumbre, llamó al cuarto de Amelia.

No se hizo esta repetir la seña, ni tenia necesidad de ello. Su cama estaba intacta : no habia pegado los ojos en toda la noche.

Su primer cuidado fué examinar el semblante de Jorge: poco fisonomista se necesitaba ser para comprender á primera vista que la última noche debia haber transcurrido para Gomez en medio de un febril insomnio.

Sin embargo, Amelia descubrió otro síntoma en el semblante de su esposo ; y fué cierto rubor, cierta vergüenza, que apenas le permitia levantar del suelo los ojos, cual les acontece á los niños cuando se ven precisados á descubrir á sus padres el secreto de una gran travesura. La desgraciada esposa no tenia grandes motivos para compadecer á un marido que tan poca lástima habia sentido por ella; pero de almas grandes y virtuosas es olvidar las injurias y devolver bien por mal á sus enemigos. Amelia se sintió enternecida á la vista de Jorge.

Adelantó este algunos pasos hácia su esposa, aproximó una silla al sofá en que aquella se hallaba sentada, y sin proferir una palabra cogió sus manos y despues de haberlas estrechado cordialmente, las llevó con respeto á sus labios.

Siempre la táctica de los niños corridos: antes de confesar la falta besan á sus padres.

La única observacion que Amelia hizo, fué que las manos y los labios de Jorge estaban abrasando.

En las situaciones difíciles, los diálogos se entablan generalmente sin necesidad de emplear el materialismo de las palabras. Propiamente considerada la posicion respectiva de entrambos personages, Jorge habia empezado á hablar: lo natural, en consecuencia, era que Amelia contestase alguna cosa.

La respuesta consistió en una simple mirada; pero tan dulce que Gomez sintió penetrar hasta su corazon el bálsamo reparador que manaba de los compasivos ojos de la jóven. Con el consuelo entró al mismo tiempo el valor.

—Oyeme, Amelia,—dijo, pero en voz tan baja que bien se conocia que las lágrimas entorpecian los sonidos—en este mundo la dicha está repartida con mucha desigualdad, y la desgracia con mas desigualdad aun que la dicha.

Como la reflexion no era susceptible de grandes comentarios, Amelia se limitó á levantar los ojos al cielo.

Esta mirada era una protesta de resignacion: desde que Alberto habia encontrado un segundo padre en su tio de Cádiz, jamás víctima alguna estuvo mas dispuesta para el sacrificio que nuestra heroina.

—Quiero decir—prosiguió Jorge—que hay algunos seres tan infelices que nunca pueden presumir haber llegado al término de su fatal destino, y uno de esos seres soy yo indudablemente.

La introduccion al diálogo no podia ser mas fatal, de suerte que por muy dispuesta que Amelia estuviese á cuantas contingencias pudieran sobrevenirla, la noticia de una nueva contrariedad no pudo menos de causarla una impresion triste; atendiendo á que las cosas habian llegado á tal estremo, que para empeorar era necesario que un genio maléfico se entretuviera en discurrir medios de ruina capaces de destruir la resistencia de la mas perfecta criatura.

A pesar de todo, y por mas que la jóven se puso á temblar visiblemente, aun tuvo valor para decir:

—Habla, Jorge: cualquiera que sea la desgracia que me anuncies, mi respuesta siempre será la misma: cúmplase la voluntad de Dios.

Gomez hubiera dado de buena gana un abrazo á su heróica esposa, pero se veia muy pequeño á su lado; y casi temia profanar con su amor los sentimientos purísimos de aquel acabado modelo de la mas angelical virtud.

—¡Bendita sea—se limitó á decir—la que pronuncia tan hermosas palabras!... Ellas me animan á abrirte mi corazon. Ante todo, perdóname si te causo mucho daño, y dime como á Dios dirias, ¿te daria mucha pena mi muerte?

Amelia lanzó un grito como hubiera podido salir de su pecho á la vista del cadáver de Jorge, y su palidez y temblor aumentaron hasta adquirir alarmantes proporciones. Era una respuesta mas terminante de lo que su esposo podia esperar.

—En este caso—prosiguió Gomez—yo doy gracias al Señor que ha detenido el impulso de mi brazo.

—Pues qué ¿te ha acometido alguna vez la tentacion?.. ¡Oh! ¡qué horror!!!

Y Amelia desvió los ojos como pudiera de un cuadro horrible que representara el suicidio de Jorge.

—No puedo negarlo, ángel mio: mas de una vez, esta misma noche pasada, mi mano se ha estendido convulsivamente buscando el arma fatal.....

—¡Ah! ¡gracias, Dios mio! porque habeis permitido que yo pasase orando toda la noche.

—¿Qué consideracion me podia detener? ¿Acaso no parezco condenado á destruir cuanto toco, á ser el azote de cuanto se apoya en mí? ¡Ay! yo me hallo en la posicion de esos infelices que, colgados á algunas líneas del suelo, precipitan su estrangulacion á fuerza de buscar un punto de apoyo en la tierra.

—¡Cuánto mejor les seria si levantaran el pensamiento al cielo!...

—Y bien, si acosado por la desgracia, si víctima de un vicio que ha sido el árbitro de nuestro destino, hubiera descendido al último estremo de la abyeccion social, si por mi conducta fuera tan despreciable á tus ojos que te vieras precisada á aborrecerme cuanto un dia me has amado; Amelia, ¿me maldijeras acaso?

La jóven estuvo perpleja por un momento; pero levantando los ojos al cielo, dijo:

—Hay un Dios que lee en mi corazon: ante él juro que jamás se me ha ocurrido semejante idea.

—Y si yo te dijera, el lujo que nos rodea es una de esas ilusiones que nos acarician en sueños y que amenazan por instantes desaparecer, dejándonos sumidos en una miseria mayor que nunca hemos esperimentado?...

—Jamás he creido en la verdad de ese lujo que nos rodea de algun tiempo á esta parte: yo he oido decir que en algun dia han sido espléndidamente adornadas las víctimas destinadas á los sacrificios. Tal es el concepto que he formado del lujo con que nos adornamos hace unos pocos meses. Tocante á la miseria que me pronosticas, desde que mi hijo está al abrigo de ella, ya no la temo.

Jorge hizo uno de aquellos ademanes que evidentemente equivalen á decir:—¡necio de mí! que he desconocido á esta mujer hasta tal punto.—Y en seguida, bajando aun mas la voz, dijo:

—No es esto todo, sin embargo. A la pobreza habrá que juntarse tal vez el destierro Madrid me es peligroso, y quizás exijiré de tí el sacrificio de huir conmigo á un país lejano, muy lejano, donde pueda romper los lazos que me unen á mis antiguos compañeros que me encadenan á sus torpes vicios...

—¿Qué mas pudiera yo desear?—esclamó la jóven.—¿Acaso vivo yo bien en la villa donde mi esposo se halla espuesto á ser aun mas arrastrado por falsos amigos, por indignos vicios; la villa dentro de la cual se ha fundido la fortuna de nuestro Alberto; la villa, en fin, que separa á las madres de sus hijos y deja á estos en horfandad triste? ¡Huyamos, Jorge, huyamos! ahora mismo, si es posible: mira que en tanto permanezcamos en ella, temo que la ira del Señor se ha de hacer sentir sobre la Babilonia de los modernos vicios...

—Mañana mismo se efectuará nuestra marcha.

—¿Quién pudiera hoy mismo?

—Es imposible, porque hasta la próxima media noche no recobraré mi libertad por precio de cuanto poseo.

—No comprendo qué significan esas palabras. ¿A quién te refieres cuando hablas de esa cadena que te sujeta, quién es el que impide á mi marido volver por su dignidad y por la dicha de su esposa?

—¿Quién puede ser?. ¿Quién no retrocede ante ninguna infamia sino el miserable Varner?

El semblante de Amelia reflejó el espanto que ese simple nombre le causaba.

—¿Qué tienes que ver con ese hombre? ¿Qué derecho tiene él á comandar en tus acciones?

—Ese hombre ha sido bastante malvado para retener en sus manos el instrumento de mi perdicion, y tu asombro aumentará de punto cuando yo te diga que á él debe pasar el resto de mi riqueza, sino quiero verme perseguido mañana como un delincuente vulgar destinado á engrosar los presidios de España.

—¿Qué dices?—esclamó Amelia al oir tan alarmantes palabras.

Gomez se apercibió tardiamente de la imprudencia que acababa de cometer: la mirada de su esposa permanecia fija en él de la manera mas terminantemente interrogadora. Intentó escusarse con subterfugios, pero Amelia le cerraba el paso á las escapatorias y le perseguia poniéndole como vulgarmente se dice entre la espada y la pared.

No tuvo remedio: la culpa entorpecia los movimientos de su lengua y confundia las ideas en su cerebro. Amelia era mas fuerte que él; le apremió con razones, le abrumó á preguntas, sacó partido de las diversas alteraciones que durante los últimos meses habia esperimentado en su esposo, y este no tuvo mas medio que descubrir el secreto que tanto peso le causaba.

El primer movimiento de la jóven, en cuanto se hubo enterado de la desconsoladora verdad, fué cubrirse el rostro con entrambas manos: por un momento volvió su enojo contra ella misma, porque la vergüenza no le confundia mortalmente en un instante. ¡Esposa de un falsario confeso!... ¡Qué horror! ¡qué infamia!!!

Reinó un prolongado silencio: Amelia no acertaba á darse cuenta de las impresiones que en ella se sucedian con la mayor rapidez. Jorge permanecia inmóvil, con la mano apoyada en una silla y los ojos clavados en el suelo. Su fisonomía espresaba cierta atonía amenazadora que podríamos comparar á la calma chicha que reina antes de las tempestades. De repente se volvió Amelia hácia su marido, y encendido el rostro de vergüenza y lanzando rayos, que no miradas, de sus ojos, esclamó:

—¡Por vida mia! ¿Aun está V. aquí, caballero? V. está empeñado en atarnos á todos con el grillete de la deshonra.

—¡Amelia!—murmuró Gomez, cayendo á los piés de su esposa.

—Yo no me llamo Amelia; yo no debo tener nombre para quien los deshonra todos.

—¡Perdon!—esclamó Jorge, cayendo de rodillas y estrechando la mano de su mujer.

—Yo me llamo la honra de los Gomez y de los Garcías, que viene á pedir cuentas del uso que ha hecho V. de ella. No era bastante haber causado la desgracia de los vivos, era indispensable esparcir al al aire las cenizas de la honra de los muertos. ¡Atrás el falsario! No me hable V., no se acerque V. á mí: temo contagiarme con su simple contacto.

Y retirando bruscamente las manos que Jorge estrechaba convulso, vió impasible que su esposo, falto de aquel apoyo, caia con el rostro contra el suelo.

—¿Y aun está V. ahí?—prosiguió.—¿Y no se apercibe V. que dentro de una hora, de un minuto, puede venir la justicia á prenderle, llevarle á una cárcel, conducirle ante los tribunales, y mas tarde escribir su nombre en el registro de los miembros podridos de la sociedad?...

—¡Amelia! ¡Amelia!—esclamó Gomez en el colmo de su desesperacion.

Pero Amelia nada oia: su mente exaltada con la perspectiva del término que aguardaba al último delito de Jorge, no concebia mas campo que el necesario para construir en él un presidio, lleno por completo de criminales, ninguno de los cuales lo era tanto como su esposo.

—El crímen... murmuró con voz sombría que por grados fué haciéndose mas recia—el crímen que conduce allí donde los hombres son despojados de sus vestiduras, rapados de sus cabellos, privados de su libertad y atados con una cadena como se sujetan, ni mas ni menos, los animales feroces... ¡Atrás, repito, tú no eres mi esposo, tú eres un miserable á quien la justicia marcará en la espalda como un facineroso, y Dios en la frente como un parricida!...

Jorge se hallaba confundido, aterrado. De su pecho se exhalaban

sonidos roncos semejantes al estertor de un moribundo, y mil pensamientos, á cual mas terrible, surgian á su imaginacion, gritando á sus oidos la última palabra de su esposa, seguida de un zumbido estraño, parecido al que producen las aguas en torno al infeliz que va á ahogarse y oye la especie de monótono canto con que el mar arrulla á sus víctimas.

De en medio de esta confusion, surgió una idea, bien así como de en medio del humo que corona á un volcan, surge una llama. Aquella idea era un nuevo crímen.

Jorge se puso de pié: su mirada vaga indicaba claramente la perturbacion de sus sentidos; la palidez de su rostro era un tinte digno de su inmovilidad verdaderamente marmórea.

En aquel instante, Amelia y Jorge colocados frente á frente, parecian dos espectros, dos genios á cual mas espantoso, el de la venganza y el del remordimiento.

Solamente una frase de perdon, un signo de esperanza podian salvar al desdichado Gomez; mas ya lo hemos dicho: el vaso de la resignacion se habia desbordado: lo que no habia hecho en la jóven la idea, y aun los efectos de la miseria, lo habia producido instantáneamente la perspectiva de la deshonra. Amelia habia dejado de ser una débil mujer y representaba seis generaciones de ancianos honrados, cuyo sueño de muerte habia sido turbado por un profano, á quien no contuvo ni aun la aterradora idea de alterar la paz de los sepulcros.

Fuerte como la justicia de otro mundo, implacable como el destino de su esposo, caminaba directamente al término de su invectiva, sin apercibirse siquiera del efecto que estaba causando con ella. Para Amelia no existia otra idea que la del peligro, no de Jorge, sino de su honra, la honra de su hijo, que permanecia peligrando mientras la figura de su padre permaneciera ante la desdichada jóven, como una amenaza de la fatalidad, ante un sarcasmo de la desdichada.

El desgraciado esposo se sintió sin fuerzas para resistir las justas reconvenciones de Amelia; quiso hablar y las palabras espiraron en sus labios; quiso mirar á su mujer y no tuvo valor para fijar los ojos en el semblante irritado de su víctima.

Miró en torno suyo: todo le abandonaba.

Volvió la mirada al pasado: era una serie de faltas coronadas por un crímen.

Quiso penetrar en el porvenir, y entreveia no muy lejano el instrumento de un suplicio infamante.

Entonces la desesperacion llegó á su colmo.

Sacudió la cabeza como queriendo desprenderse del último resto de sus preocupaciones, y sin proferir una palabra se lanzó fuera de la estancia.

En su semblante llevaba escrita una palabra terrible:

¡Suicídio!

Amelia de nada se apercibió durante un buen rato. Permaneció materialmente clavada en su puesto, de suerte que sus sentidos parecian haber dejado de funcionar. Hay momentos en que una idea fija concentra de tal suerte los pensamientos, ejerciendo un dominio tan despótico sobre nuestro organismo, que llega á avasallar la razon y hace al mundo entero tributario de la fascinacion que pesa sobre el hombre.

Nuestra infeliz jóven veia desarrollar ante sus ojos un panorama fatal: vivia muchos años en pocos momentos, y estos años reunidos constituian una historia lúgubre, que para mayor dolor, escarnecia el mundo en la persona de sus protagonistas.

Estamos por decir que, aun cuando Amelia hubiera podido adivinar la siniestra idea que dominaba á Jorge al retirarse, loco de desesperacion, de la estancia de su mujer, esta se habria hallado imposibilitada de disuadirle de su nuevo y último crímen.

Así permaneció aquel tiempo que ella misma no pudo contar.

Cuando volvió á recobrar su sensibilidad, parecióle salir de una pesadilla.

¡Oh! qué feliz hubiera sido Amelia pudiéndose formar la ilusion de que habia soñado...

Quiso dudar, porque hay momentos en que el hombre desea engañarse á sí mismo.

Y llegó á dudar realmente.

Pidió una prueba al mundo real y por primera vèz al cabo de horas enteras, hizo uso de sus sentidos. Jamás lo hiciera.

Habia consultado á la realidad, y esta se le presentaba ba-

jo la forma mas odiosa que Amelia pudiera haber esperado.

Ante ella y en el mismo sitio, ocupado anteriormente por su esposo, se alzaba la repugnante figura de otro hombre.

Era Carlos Varner.

Tranquilo respecto de su suerte, iba á consumar su venganza; y saboreándola de antemano, hacia un cuarto de hora que permanecia en igual punto, contemplando su inícua obra con la sangre fria bastante para hacer creer que hay en el mundo fieras mas crueles que los tigres y los chacales; mónstruos de la naturaleza tanto mas temibles en cuanto toman la simpática forma de la obra perfecta del Creador.

D. Carlos se despojó calmosamente de su capa y de su sombrero, y dejó asimismo encima de una silla una espada con empuñadura de bruñido acero, arma inútil para combatir á una mujer imposibilitada de oponer la mas mínima resistencia. Con efecto, Amelia habia quedado inmóvil en la actitud de aquellas aves tímidas que se encuentran bajo la fascinacion que las serpientes ejercen sobre ellas.

Varner se cruzó de brazos, y sin apartar la mirada de la jóven, permaneció á alguna distancia de ella. Y ya que hemos empezado á comparar con las escenas de fieras el aspecto que presentaban nuestros dos personajes en aquel momento, vamos á dar un símil de la impresion que causaba la recíproca actitud de nuestros dos enemigos. Figúrense nuestros lectores que en la jaula de una poderosa pantera, que mil veces al dia hace estremecer los barrotes que la aprisionan al contacto rudo de su achatado cráneo, introduce el cruel guardian una tímida cervatilla. La fiera no tiene la generosidad de arrojarse instantáneamente sobre su presa y despedazarla. Acurrucada en un estremo de la jaula, la víctima, impotente para defenderse, busca ocupar el menor sitio posible para ocultarse á las miradas de la pantera. Presa de un temblor que agita todos sus miembros, ni se atreve á cambiar de sitio por no llamar la atencion de su enemigo, ni aun siquiera á revolver los ojos, por temor de que el mas mínimo movimiento despierte á la fiera de su inmovilidad y la impulse á obrar segun sus naturales y voraces instintos.

El sanguinario animal, mientras tanto, pega su cuerpo al suelo, acomoda su repugnante cabeza entre las patas delanteras, y empieza por abrir y cerrar repetidas veces sus garras, como gozándose

en poner de manifiesto á su víctima los instrumentos de su suplicio. Contempla á la cervatilla, lame anticipadamente sus labios como si ya percibiera en ellos el gusto de la sangre, y deliberadamente prolonga la agonía de su víctima, gozando en el terror de que se halla dominada. Al fin y al cabo arrastra todo su cuerpo por el suelo, y sin quitar el ojo al indefenso animal, va estrechando las distancias, hasta que estendiendo una garra, la apoya lentamente en la garganta de su víctima. Pierde esta la delicadeza de todos sus instintos, concéntranse estos en el de conservacion, hace un pequeño movimiento de resistencia, y entonces la pantera hunde sus garras en el cuello de la cervatilla, de suerte que por donde penetra una de sus aceradas uñas, brota un chorro de sangre que salta al rostro de la fiera. Entonces es cuando siente ésta el poderoso influjo de sus calidades salvajes. Hiere, desgarra, mata, baña en sangre sus patas y su hocico, y al terminar la horrible carnicería, empieza por devorar el corazon aun palpitante de su yerta víctima.

Tal era, repetimos, la respectiva posicion que guardaban Amelia y Varner.

A la fiera tocaba empezar los movimientos, y D. Carlos se adelantó, con efecto, hácia la esposa de Jorge.

Amelia sentia resonar dentro del corazon los pasos del miserable como si este hubiera pisado sobre el pecho de la jóven. Empero no tuvo valor para cambiar de sitio.

La distancia entre los dos personajes era tan estrecha, que la pantera podia ya estender la garra.

Varner rompió el silencio.

Está sabido de sobra que la garra de esta clase de infames es la lengua.

—Sin duda la sorprenderá á V. mi visita, y esa sorpresa es tanto mas justa en cuanto ninguno mejor que V. está enterado de que las puertas de esta casa se hallan cerradas de hace algun tiempo para mí.

Amelia balbuceó algunos monosílabos ininteligibles.

—Sin embargo—prosiguió Varner—V. que conoce mi carácter, debió calcular que no tengo por costumbre separarme de una casa sin despedirme, y hoy que salgo de Madrid, probablemente para mucho

tiempo, no podia prescindir de hacer mi visita de despedida, mas á mas cuando no quiero dejar detrás de mí cuentas pendientes.

—Si Jorge llegase en este momento...—fueron las únicas palabras que pudo articular la jóven.

—Si su esposo de V. llegase, tengo con que defenderme;—dijo Varner señalando la espada—pero no tema V.; Jorge se halla preocupado de sobra, y no nos interrumpirá. Harto tiene él en que pasar el dia, y lo muy abrumado que le traen sus negocios propios, le impedirá, á no dudar, ocuparse de los agenos.

—De manera que siendo V. el dueño de su suerte, trata de abusar de su posicion para despojarle á un tiempo mismo de su fortuna, de su honra y hasta de la compasion que el público siente siempre por los desgraciados y nunca por los criminales..... Tenia motivos para creerle á V. cobarde, caballero; pero jamás supuse que lo fuera V. hasta tal punto.

—Con efecto, señora; tenia V. los motivos que dice para creerme cobarde, porque V. debió presenciar sin duda la escena acontecida en casa de Mendoza, cuando este puso su mano en mi rostro.

Amelia tembló al recuerdo de aquel lance, porque sabia que los miserables como Varner, aun cuando renuncien á la reparacion de un agravio, no renuncian con la misma facilidad á vengarle.

—No tengo presente lo que V. dice,—murmuró—yo no me encontraba en casa de Mendoza.....

D. Carlos sonrió de modo que á Amelia ninguna duda le quedaba de que su enemigo estaba enterado del hecho por completo. Y fué su mayor pena el tener que ruborizarse sin motivo delante de aquel infame.

—Lo pasado no hace al caso;—dijo Varner cambiando de tono—necios son aquellos que pierden el tiempo ocupándose en las cosas que no tienen remedio. Vamos á lo que importa, y luego por los hechos podrá V. apreciar mi conducta tal cual es realmente. Yo no sé si se halla V. verdaderamente enterada de la situacion de su esposo.....

—Demasiado—dijo Amelia lanzando á D. Carlos una acusadora mirada.

—Pues bien, el documento cuya presentacion puede perderle para siempre, se encuentra encima de mí.

La jóven no pudo dominar un secreto impulso de acometividad. ¡Ay de Varner, si acierta á ser un hombre!

—Pues bien,—contestó Amelia reprimiéndose—V. tiene ofrecido á mi esposo entregárselo esta media noche: calme V. mis temores entregándomelo en este momento, y le perdonaré á V. todo el mal que me ha hecho.

—No es poco ofrecer, señora...—dijo D. Carlos.—Pero antes de entrar en tratos, es menester que se convenza V. de la existencia y de la eficacia de mis armas.

—Es inútil: estoy perfectamente enterada: Jorge es un necio, y V. un infame.

—A pesar de todo, hágame V. la merced de pasar los ojos por este escrito.

Y sacando de una cartera el pagaré últimamente falsificado, lo puso de manifiesto á la jóven, que despues de haberse engañado con la mayor facilidad y como lo hubieran hecho los mismos Gomez y Carranza, desvió la mirada por no apacentarla en aquella prueba evidente de la degradacion de su marido.

—Está bien;—dijo la jóven secamente—estoy convencida.

—Siendo así—contestó D. Carlos guardando el documento fatal—paso á contestar á sus proposiciones de V. Me pide V. que le entregue el pagaré que Jorge ha falsificado.....

—V. se ha comprometido á entregárselo esta media noche.

—Se encuentra V. en un error, señora.....

—¡Cómo!—esclamó Amelia aterrorizada por la simple idea de que Varner rehusase cumplir su ofrecimiento.

—Es Jorge quien se ha comprometido á comprarme esta noche la prueba de su criminalidad.

—Entiendo...—dijo Amelia contemplando á D. Carlos con el mas soberano desprecio—pone V. en venta nuestra honra... Se ofrece V. á hacernos merced de ella por dinero... Tentada estoy de creer que haria V. otro tanto con la honra de su madre.

—Señora,—contestó Varner con hipócrita humildad—ya he manifestado á V. que estoy á punto de abandonar á Madrid, por mucho tiempo quizás. Yo no tengo rentas; los viajes cuestan caros...

—Basta; dígame V. á lo que ha venido, y concluyamos.

—He venido á proponerle á V. la adquisicion de ese precioso documento.

El semblante de Amelia reveló instantáneamente la mas grata emocion.

—¡Oh! ¡pronto, pronto!—esclamó—pídame V. lo que quiera por ese papel; mi fortuna, mi vida...

—Mucho menos que todo esto: con lo primero tengo muy bastante.

—Dinero... Voy creyendo que por dinero venderia V. su cuerpo al verdugo y su alma al demonio. No importa, yo, que no participo de semejantes ideas, le pido que ponga precio á ese papel.

Varner recapacitó un instante como el usurero que busca el mejor medio de estrangular á un pobre.

—Jorge—dijo por fin—me ofrecia por él todo cuanto posee, es decir, me ofrecia su fortuna: deme V. la suya y le entrego en seguida mis armas.

—¿Mi fortuna?—contestó Amelia con la mas cándida admiracion—¿Pues acaso hay uno mas enterado que V. de que mi fortuna ha sido disipada por Jorge en aquellas casas, donde á la vista de V. disipó la de su padre?

—Señora, permítame V. recordarle que hay un refran que dice: quien tuvo retuvo, y guardó para la vejez.

—Ni aun así le comprendo á V., caballero...

—Pues es muy claro. Dentro de esa papelera,—y Varner designó uno de los muebles del gabinete de Amelia—guarda V. el resto de su dote, acrecentado por quince años de un comercio activo. Esa suma, que hasta ahora ha sustraido V. á la rapacidad de Jorge, es la que tiene V. que darme.

La jóven palideció de una manera espantosa.

—¿Sabe V. lo que me pide?—dijo temblando.—¿Sabe V. que esa suma no me pertenece? ¿Sabe V. que es el único legado que Alberto puede esperar de sus padres?... ¡Oh! no me ponga V. en el caso de atentar á ese depósito: tanto valdria que me hiciera V. robar á mi propio hijo.

D. Carlos no se inmutó: estaba preparado á oir esta respuesta, y la misma impasibilidad con que la escuchó, fué modo harto claro de

indicar á Amelia que en aquel corazon empedernido la voz de una madre desdichada hacia tan poca mella como la de un amigo vendido.

—Se exalta V. con demasiada presteza;—dijo el miserable—la partida que yo le propongo á V. es ventajosa, antes que para nadie, para Alberto mismo. V. quiere guardar á su hijo una suma que ninguna falta le hace ni le hará, contando como cuenta con la proteccion de su tio; y en cambio de un puñado de oro le dá V. la honra de su apellido, que yo tengo en mis manos el mancillar.

—¿Llevaria V. su crueldad hasta el punto de hacerlo así?...

—¿Es la esposa de Jorge quien me lo pregunta, señora?

Varner hablaba como hombre consecuente: ninguno como Amelia podia responder de que la perversidad de aquel villano no se detenia ante la santidad de ningun vínculo.

—Tiene V. razon...—contestó la jóven dando un paso hácia la papelera.

D. Carlos respiró libremente: iba á asegurar su triunfo.

Pero hete aquí que de repente se detiene Amelia, duda, parece que una fuerza superior la aleja de aquel sacrificio, y antes de consumarlo quiere tentar el último esfuerzo.

Se arroja á los piés de Varner, y le pide gracia derramando abundantes lágrimas.

Cada una de ellas pudiera haber ablandado á una fiera, pero don Carlos se habia propuesto dejar muy atrás á los animales mas feroces de la naturaleza. No sucumbió.

Entonces sufrió Amelia una reaccion visible. Se levantó del suelo con un movimiento lleno de dignidad, secó su llanto, y con la mayor entereza dijo:

—Torpe de mí, que he cometido la bajeza de llorar delante de un hombre como V.

—La necesidad no reconoce los deberes de la compasion—dijo Varner, siempre hipócrita.

—Tendrá V. ese dinero; no le quepa á V. duda: habrá V. desheredado á mi hijo; pero el mismo Dios que me perdonará este sacrificio, pedirá á V. cuentas de esa cantidad que tan ruinmente adquiere.

D. Carlos sonrió de la manera mas cínica. Hacia mucho tiempo

que habia prescindido de Dios por completo, y empezaba á creer que Dios prescindiria asimismo de él.

Amelia no manifestó la menor debilidad. Se dirigió á la papelera, abrió la tapa, apretó un resorte y puso en manos de Varner un legajo de papeles, al mismo tiempo que el miserable ponia en las de la jóven el duplicado del falso pagaré.

—Con estos papeles—dijo—Amelia—puede V. retirar cuando guste la cantidad que me exije.

—Con este documento—contestó Varner—puede V. salvar ó perder á su esposo, segun le acomode á V.

La jóven examinó rápidamente el escrito, lanzó un suspiro que sin duda le arrancó el reconocimento de la bajeza de Jorge, y por toda respuesta á la insultante duda manifestada por su enemigo, arrojó el pagaré al fuego que ardia en la chimenea. Un momento despues el ténue viento de la llama hizo revolotear las lijeras cenizas del fatal escrito.

Hasta entonces no pareció tranquila: en cuanto á Varner, contempló aquel acto con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios estremecidos por una risa de pésimo agüero.

Los papeles que Amelia le habia entregado, habian desaparecido dentro de las anchas faltriqueras de su karrich. Todo parecia terminado, y sin embargo no era así.

El genio de un hombre malo es inagotable tratándose de cometer infamias.

Volvióse Amelia, y al reparar en su enemigo, no el temor pero sí el enojo se retrató en su semblante.

—¿Aun está V. ahí?—preguntó.—Hace V. bien: gracias á V., no tengo ya lacayos para mandar arrojarle á la calle. Pero ya que se ha propuesto V. perseguirme con su odiosa presencia, seré yo quien me retire de esta estancia.

Y se dirigió resueltamente á la puerta: D. Carlos no hizo el menor movimiento para impedírselo.

Mas al empujar aquella puerta, se apercibió Amelia de que estaba cerrada.

—¿Qué es esto?—esclamó.

—Esto es, señora mia, asegurar el golpe. Cuando no conviene que un pájaro vuele, se le enjaula.

Y mostró á la jóven la llave de la puerta con tal espresion de sarcasmo, que difícilmente pudiera creerse que en el corazon de un hombre solo cupiera tanta vileza.

—¿Qué pretende V. de mí?—preguntó Amelia completamente asustada.

—Que me escuche V. benévolamente algunos instantes.

—Ni uno solo, caballero. ¡Salga V. de esta habitacion, de esta casa, ó pido socorro desde el balcon!

—El camino del balcon no es mas espedito que el de la puerta—dijo Varner con su sempiterna y horrible sonrisa.

Mas en seguida, cambiando de tono, y adaptando el de la brusquedad y la grosería, añadió:

—¡Siéntese V., y escúcheme! ¡yo lo mando!

Amelia se puso á temblar, porque el leon iba á repetir sin duda su fábula con el cordero.

A pesar de todo, obedeció y sentóse.

—He dicho á V., señora,—prosiguió Varner—que habia venido á esta casa con intencion resuelta de saldar cuentas. V. no ignora que se halla completamente arruinada.....

—No lo ignoro, como tampoco quien es el causador de mi ruina.

—Todo era necesario para llegar al punto que me he propuesto de muy antemano, de hace mas de quince años cuando menos. Era indispensable que todo lo hubiera V. perdido gracias á mí, á fin de que por mí pudiera V. recobrarlo todo. Es V. pobre, yo la daré á V. riquezas; su marido de V. es perseguido, yo le pondré en salvo; su porvenir de V. es triste, yo lo trocaré en el mas placentero de todos, en el mas envidiable á los ojos de los mismos que hoy la compadecen á V. hipócritamente. ¿Qué quiere V. mas? Ha tenido que separarse V. de su hijo, á quien tal vez nunca volverá á estrechar en sus brazos.....

Amelia lanzó un suspiro: el pronóstico de D. Carlos habia desgarrado su corazon.

—Yo me comprometo á restituir el hijo al seno de su madre.

—¡Oh!—esclamó la pobre mujer—cuando no hiciera V. mas que esto último, seria V. el mas bueno de todos los hombres. Diga V., D. Carlos, ¿qué hay que hacer para alcanzar esa dicha que V. me

hace entrever como posible? No me diga V. que ha prometido lo que no puede cumplir: tanto valdria hablar inhumanamente de perdon al reo que está en capilla y en quien únicamente piensa Dios.

—Jamás he ofrecido lo que no estuviera en mi mano realizar. Pero si alguna prueba me exigiese V. de lo que la ofrezco, con decirla que estoy dispuesto á restituirla su caudal ahora mismo y á alejarme de Madrid, domiciliándome donde ni V. ni Jorge volvieran á oir hablar de mí, creo que seria cuanto hubiera que menester para asegurar á V. de la buena fe de mis promesas. Pues bien, todo estoy resuelto á llevarlo á cabo, mas con una condicion.

—¿Qué es una condicion?... Todas las acepto de antemano. Dictelas V.

—Déme V. antes de partir una prueba de que corresponde á mi amor, y será V. dichosa.

Los ojos de Amelia lanzaron una mirada hasta feroz. Su cuerpo tomó una actitud amenazadora, la sangre se la arrebató á la cabeza, quiso llenar á Varner de denuestos, pero sus ideas se confundieron, y apenas pudo pronunciar una sola palabra, pero con voz tan ronca por la ira, que D. Carlos se hubo de enterar de ella mas por la espresion del semblante que por el sonido escapado de los labios.

—¡Infame!!! esclamó Amelia.

Pero Varner, como si no hubiese oido esta palabra, como si no se hubiera hecho cargo del efecto que su vergonzosa proposicion habia hecho á Amelia, permaneció mudo un instante para preguntar luego con inaudito cinismo:

—Y bien, ¿qué quiere V. contestarme?

Amelia hubiera sido, á no dudar, ahogada por su coraje, si afortunadamente sus ojos no hubieran dado salida á un raudal de llanto. El despecho, no el dolor, producia aquel resultado.

Entonces, aliviados sus órganos por aquel desahogo, tuvo fuerza para decir con una energía que las lágrimas no amenguaban:

—Cuando viera á Jorge arrastrado á un presidio y á mi hijo pedir limosna de puerta en puerta, me vendiera como una esclava, ó me diera la muerte á no hallar quien me comprase, antes que hacerle á V. gracia de la mas insignificante palabra de amor. Esta es mi contestacion, caballero.

Varner no pareció afectarse en lo mas mínimo, antes con una calma, que aumentaba mas y mas el coraje de Amelia, tomó asiento y volviendo á recobrar su sonrisa sardónica, dijo:

—Está muy bien: cada uno es muy dueño de sus acciones. V. es indomable en su resistencia: ¿tiene algo de particular que yo lo sea en mi empeño?... No por cierto: lo único que falta resolver es quien podrá mas de los dos.

Amelia dirigió á D. Carlos una mirada que equivalia á la aceptacion de aquel insolente reto.

Ya no se hallaba ser la cuidadora de su dicha, sino la defensora de su honra, y en este particular estaba perfectamente tranquila. Toda la infamia de Varner era impotente contra aquella fortaleza del honor de una mujer casada. El bien y el mal habian encontrado dos paladines de primera fuerza.

—Antes de todo—continuó diciendo Varner—bueno será que establezcamos nuestra posicion recíproca. Por de pronto la aguarda á V. la miseria, y la miseria es una malísima compañera, señora.

—Los que mueren de miseria, mueren bendiciendo á Dios; los que mueren de vergüenza, mueren maldiciendo á los hombres.

—Cada cosa vendrá á su tiempo. Jorge delinquirá de nuevo, y esta vez es fácil que su destino le conduzca algo mas allá del presidio; porque se lo advierto á V.: únicamente yo puedo impedir que su esposo cometa antes de poco un homicidio. Aseguro á V. que tengo mis redes perfectamente tendidas en este punto.

Amelia sintió que el puñal del terror introducia en su corazon su envenenada punta; pero consiguió ser mas fuerte que su emocion, y sonrió con desprecio. Era el único modo de desconcertar á Varner.

—Dentro de pocos años—prosiguió este un poco alterado—su hijo de V., el jóven Alberto, educado en la honrada escuela de su noble tio, se enterará del trágico fin de su padre, y al pedir á V. cuentas del apellido que aquél llevaba, rechazará con horror á la mujer, que por una fidelidad mal entendida, consintió que el nombre de su esposo fuese funestamente popularizado por boca del pregonero.

La jóven se sintió desfallecer; pero haciendo un supremo esfuerzo consiguió sonreir por segunda vez con aire de duda.

D. Carlos, que todo lo habia resistido impasible, súplicas, llanto,

denuestos, amenazas, no pudo contenerse cuando creyó que su víctima se sonreia en el tormento. Algo de eso acontecia á aquellos déspotas del paganismo cuya maldad no habia encontrado un tormento bastante cruel para hacer apostatar á un cristiano.

Cambiando de actitud y arrojando la máscara de fria resolucion que hasta entonces habia ocultado su grande temor de ser derrotado por una criatura tan débil como la esposa de Gomez, la dijo temblando de ira:

—¡Acabemos de una vez, señora! Jamás he dicho: esto ha de ser, sin que lo que haya de ser no haya sido. Oiga V. lo que voy á decirla. Se halla V. en mi poder, sola, encerrada conmigo, donde nadie puede libertarla. Este balcon cae sobre el jardin, al otro lado de cuyas tapias están de acecho algunos hombres escogidos y pagados por mí. ¡Su esposo de V., téngalo por cierto, no vendrá por ahora; en la casa no hay criados que acudan á su voz, y si el infierno la deparase á V. un defensor inesperado, armas traigo con que disputarla á V. al infierno mismo!

Y diciendo estas palabras, designó la espada que junto con su capa habia dejado encima de una silla.

Amelia lanzó un grito; pero ¡cosa estraña! este grito era de alegría; tenia algo parecido al del preso á quien se anuncia su libertad cuando menos la esperaba. Inmediatamente se regularizó su semblante.

—¿Cuál es su resolucion de V.?—preguntó el miserable.

—La misma—contestó Amelia sonriendo siempre.

—¿Quiere V. ponerme en el caso de emplear la fuerza?

—Quiero ver cuanto puede caber de maldad en un solo hombre.

—¡Va V. á saberlo y el infierno á estremecerse!

Y cegado por su insolente pasion, hizo ademan de precipitarse encima de Amelia.

Dió la jóven un salto, y burlando la oposicion de D. Carlos, fué, con rápido movimiento, á apoderarse de la espada á que un momento antes habia aludido el vil seductor.

—¡Atrás, miserable!—esclamó, apoyando en el suelo la empuñadura del arma é inclinando el pecho sobre la afilada punta.

—¿Qué intenta V. hacer?—preguntó Varner con rapidez.

—Darme la muerte á su vista, si adelanta V. un paso en direccion mia.

D. Carlos se detuvo, y hasta llegó á retroceder poco ó mucho.

—¡Deténgase V., desgraciada!

—Lo que V. se detenga delante de mí—respondió la heróica jóven rozando con el acero la ropa que cubria su seno.

Varner reflexionó un momento, uno tan solo, la manera de desarmar á Amelia. Y halló lo que buscaba.

—¿Qué hace V.?—esclamó—¿Se va V. á dar la muerte?

—¡Sin titubear!

—¿Y Alberto?...

Esta simple palabra causó á la jóven todo el mágico efecto que Varner se habia propuesto. El recuerdo de su hijo produjo en Amelia una reaccion tan súbita é instantánea, que arrojando lejos de sí la amenazadora espada, á la actitud resuelta que habia adoptado un momento antes, sucedió la del terror mas profundo.

Varner se aprovechó, como lo tenia previsto, de aquel cambio, y corriendo presuroso á apoderarse del arma fatal, arrojó á Amelia una mirada en que á la mas refinada liviandad iba unida la mas firme y grosera resolucion. La jóven parecia estar destinada á ser en todo y por todo la víctima de aquel miserable.

Este tendia hácia ella los brazos trémulos, como una fiera podria estender su garra, cuando se oyó llamar á la puerta del gabinete. Varner se detuvo de improviso; Amelia lanzó un grito de alegría

El cielo la deparaba un salvador.

Varner empuñó la espada y se puso en defensa, esclamando:

—Quien quiera que sea, disputaré mi presa á todos los hombres juntos.

—¡Amelia!—dijo una voz al otro lado de la puerta, con el acento de la impaciencia.

D. Carlos profirió una blasfemia, y se le cayó la espada de la mano. La jóven, cual si hubiera sido sorprendida, faltando á sus mas santos deberes, vaciló y vino al suelo desfallecida.

La voz que se habia dejado oir era de Jorge.

—¡Abre, Amelia, abre!—continuaba—no hay tiempo que perder: el miserable Varner nos ha vendido.

El falso amigo tuvo miedo de Gomez: inclinóse al oido de Amelia, y sacudiendo el cuerpo insensible de la jóven, dijo con voz entrecortada por el terror:

—¡Ay de V., ay de él, ay de todos, si Jorge se entera de lo que acaba de suceder!

Y corriendo hácia el balcon, sin detenerse á recoger ni su capa, ni su sombrero, ni aun la espada con que habia contado defenderse en caso de necesidad, se arrojó al jardin, cuyas tapias saltó en seguida, dándole el miedo alas inmejorables.

Apenas habia desaparecido D. Carlos, saltaban hechas astillas las dos hojas de la puerta del gabinete, y Gomez se precipitaba en él, pálido, desencajado el semblante, vagarosa la mirada, desordenado el traje, con todos los síntomas del coraje frenético ó de la locura.

CAPITULO X.

El toque de media noche.

Antes de proseguir la narracion de los acontecimientos que tuvieron lugar en el gabinete de Amelia, es menester que digamos algo de su esposo, á quien hemos visto abandonar su casa como un desesperado.

Enardecido por las palabras de su mujer, inspiradas por la cólera que sintió esta al enterarse de la delincuencia de su marido, salió Jorge de su casa sin tener direccion fija hácia donde encaminar sus pasos.

Sin embargo, un instinto secreto le hacia seguir el camino que designaba á los ojos de su exaltada fantasía una mano descarnada, perteneciente á la forma caprichosa de un fantasma que sonreia á Jorge como este creia sonreir á aquél.

E insensiblemente el desdichado Gomez fué recorriendo á paso rápido una de las sendas que conducen al Manzanares. El risueño fantasma que caminaba á su lado era la idea del suicidio.

El rio Manzanares no sirve á Madrid de adorno ni de comodidad, como no sea para las lavanderas; pero esto no impidió que durante mucho tiempo fuera el instrumento de muerte con que se la daban algunos desdichados, que á su mala suerte juntaban una gran cobardía para hacerla frente.

El infeliz Gomez apelaba al suicidio como es probable que apelen los desgraciados que recurren á él, es decir, como un medio estremo para conjurar una situacion de esas que, sujetas al exámen de la preocupacion, no tienen desenlace plausible. En un instante apareció á la mente de Jorge toda su vida pasada, y al considerar el horror que habia de inspirar á los demás, acabó por causárselo á sí mismo. Luchar contra su mala suerte le pareció imposible; rehabilitarse ante las personas cuya desgracia habia causado, lo creyó tardío y empresa superior á sus fuerzas.

Entonces cerró sus ojos y sus oidos á los ejemplos y á las palabras de la razon; y como aquél que en alta mar ha luchado hasta rendirse contra las olas embravecidas que han destruido la embarcacion que montaba, resolvió dejar de oponer toda resistencia é irse á fondo. El fondo de los hombres que han llevado una vida como Jorge, es el suicidio.

Sin torturar, por lo tanto, su imaginacion, con la inercia de esas avalanchas que se desprenden de los Alpes para ir á estrellarse inevitablemente en el abismo; se dirigia Gomez á cometer el último de los crímenes.

De una manera insensible, sin darse siquiera cuenta de sus movimientos, llegó á un sitio completamente solitario, en que el rio, engrosado su caudal con las primeras lluvias de invierno, mugia con fúnebre rumor, semejante á un mal consejero que incesantemente repitiera á nuestro oido palabras de siniestra intencion.

Entonces del seno de las aguas le pareció ver salir una náyade de plácida sonrisa, y esperimentó cierto bienestar que insensiblemente le fué aproximando á la ilusoria compañera que le tendia los brazos con amor.

Ni un recuerdo de familia, ni una memoria dulce estraviada entre los pliegues de su alma emponzoñada, ni la sombra de una esperanza arrebatada por la tempestad que habia reinado durante casi toda su existencia, vino á turbar la resolucion, ó mejor dicho, el abandono lánguido con que iba á sepultarse entre las aguas.

Adelantaba con lentitud hácia la corriente sin volver atrás la vista ni el pensamiento, y ya sus piés se hundian en la arena humedecida por el Manzanares... Cuatro pasos mas, y el rio hubiera ahoga-

do el secreto de un crímen, sepultando un cadáver en la inmensa tumba del Océano.

Cuando, de repente, se estremeció el cuerpo de Jorge: una idea enemiga del suicidio habia cruzado por su imaginacion. ¡Estraña condicion de la humanidad!... La preocupacion, la atonía mortal, que no pudieron destruir ni el pensamiento de Amelia, ni el recuerdo de Alberto, los destruyeron la simple memoria de Varner.

Jorge huyó con horror del sitio en que iba á darse la muerte.

No queria morir sin haberse vengado. Si un destino fatal hubiera deparado á D. Carlos en aquel momento al alcance de Gomez, era seguro que arrastrado el amigo traidor por el amigo vendido, ambos hubieran muerto blasfemando entre la mugidora corriente del Manzanares.

Afortunadamente para entrambos, Jorge se hallaba solo; y fué tal el espíritu de venganza que se apoderó de él, aumentado por la misma proximidad de la muerte, que hizo voto solemne en su interior de acabar con Varner, como quiera que á él debia sin duda cuantos sinsabores habian sobrevenido á su familia.

Cuando Jorge formó esta resolucion, ignoraba aun que Varner hubiera puesto el sello á sus infamias denunciando el secreto de la falsificacion del pagaré.

Sin embargo, esta ignorancia debia durar muy poco tiempo.

Jorge emprendió rápidamente el camino de la próxima villa y corte, y sintiéndose hostigado por su vengativa resolucion, se encaminó directamente á la casa de Varner, que hubiera podido distinguir perfectamente desde el punto en que habia tratado de darse la muerte.

Varner, como ya saben nuestros lectores, no se encontraba en su casa.

A Gomez le sabia mal regresar á la suya: despues que se ha cometido una gran falta con la familia, las paredes del hogar doméstico adquieren á nuestros ojos cierto tinte sombrío, como las de una cárcel donde se teme tener que ir á espiar un delito mantenido oculto.

Vagando sin direccion fija y acariciando su venganza, llegó Jorge hasta la Puerta del Sol, y sintiéndose fatigado, entró en un café, habitual punto de reunion de muchos comerciantes de Madrid.

Jorge se hallaba asaz preocupado para no reparar por de pronto en

la curiosidad general que su entrada causó á los parroquianos del establecimiento. Reinaba en este una animacion desusada, y todas las conversaciones giraban sobre un mismo asunto, segun se colegia de los numerosos diálogos que se sustentaban de mesa á mesa, y aun de estremo á estremo del café.

—¡Qué escándalo!—decia uno de los concurrentes.—Es una cosa terrible.

—Pues está claro;—añadia otro—á este paso nadie tiene su caja segura.

—Ni su nombre en buen lugar—decia un tercero que tenia cara de hombre honrado á carta cabal.

—Trabaje V. toda la vida—volvia á decir el primero—para que el comercio se acostumbre á respetar su firma de V., y el mejor dia se la desacredita un pillete que deberia estar remando en galeras.

—Sin contar que un momento que V. se descuide, le arruinan sin saber como ni cuando.

—Y luego dicen que el comercio descansa en la buena fe... Téngala V. en semejantes casos.

—Yo desde luego hubiera aceptado el documento sin reparo alguno.

—Ya se ve, una firma tan respetable como la del amigo D. Félix Carranza...

Hasta aquí Jorge habia permanecido ageno á la conversacion general, sin hacer caso de ella, y aun sin oir siquiera lo que en ella se decia. Pero el nombre de Carranza ejerció en él un influjo poderoso, y distrayéndose un momento de la idea pertinaz de su venganza, prestó atencion al múltiple diálogo de aquellas gentes, que continuaron sosteniéndolo tan vivo como hasta entonces.

—Fíese V. en apariencias, y quizá le robarán el dia de mañana.

—Pero ¿quién puede atreverse á tanto? Un abuso de confianza de esta naturaleza, una falsificacion tan escandalosa... Vamos, un delito de esta especie y trascendencia, no es bastante castigado con pena capital.

Jorge no pudo menos que palidecer al oir esas palabras: para él no era dudoso ni el hecho á que se referian, ni el delincuente contra quien se solicitaban tan ejemplares castigos en nombre de la honradez alarmada.

Estaba descubierto que Varner le habia vendido de la manera mas infame.

Su primer impulso fué de abandonar el sitio en que se encontraba; pero entonces reparó en que varios de los concurrentes tenian la vista fija en él y le designaban con sus ademanes, y creyéndose sospechoso para sus observadores, le faltaron las fuerzas para levantarse siquiera de la silla que ocupaba.

Si en aquel momento le hubiese interrogado el mas lerdo de los agentes del poder judicial, Gomez hubiera declarado su crimen, en la conviccion íntima de que su delincuencia era poco menos que pública.

Continuó la conversacion girando sobre el mismo asunto, y de cada vez era mayor el escándalo y la indignacion de aquellos hombres que hablaban en nombre de cuarenta ó mas años de una vida intachable.

Jorge hubiera querido ser reducido á polvo en aquel instante por la justicia celeste. Tanto miedo le inspiraban las consecuencias que le habia de traer la justicia humana.

Pero un poder sobrenatural, el poder del terror, le encadenaba en aquel asiento, que á él se le figuró la banqueta de un acusado: y en esta disposicion de ánimo, escuchó aun lo siguiente:

—Esto no puede quedar así; la tranquilidad del comercio exige el castigo de los culpables—dijo uno.

—Bueno es Carranza para permanecer indiferente ante un conflicto de esta naturaleza. En todo el dia de hoy no ha cesado de practicar diligencias, ni dejado piedra por remover,—contestaba otro.

—Sin embargo, ¿se sabe que hayan dado algun resultado?

—Lo ignoro.

—Es que, señores, en caso necesario convendria tomar la cosa por lo sério, y si es menester que el comercio alarmado haga una esposicion enérgica al gobierno sobre este particular, hacerla, y yo seré el primero en firmarla. ¿Qué policía es esa tan cacareada que no sabe descubrir á los autores de una falsificacion semejante?

—¿Quién sabe?... Quizás hayan sido descubiertos los delincuentes... Segun he oido decir, habia la casi seguridad de dar con ellos. A lo menos así se aseguraba este medio dia.

Gomez iba á respirar con un poco mas de libertad, pues se habia enterado de su posible ocultacion é impunidad, cuando reparó que uno de los concurrentes, que nunca le habia quitado el ojo, sin terciar hasta entonces en el debate, le designaba manifiestamente á sus compañeros de mesa, diciendo en seguida:

—Quizás el señor, que es antiguo amigo de Carranza, podrá darnos noticias recientes de este asunto.

No hay que decir que instantáneamente todas las miradas se volvieron con curiosidad en direccion á Jorge, que se encontró por un momento ser el héroe, digámoslo así, de la fiesta. De buena gana el desdichado hubiese acogotado al autor de aquellas palabras.

—Yo, señores,—dijo sin poder ocultar su turbacion—nada puedo decir á Vds. sino que me entero por primera vez de este hecho desagradable precisamente en este instante; y aseguro á Vds. que mi sorpresa.....

No pudo decir mas, y fué para él una fortuna haber hablado de su sorpresa, porque de otro modo con mucha dificultad habria podido esplicar las causas de su visible turbacion.

—Es muy natural;—dijo uno de los presentes—el que no tiene noticia del hecho, se estremece á pesar suyo. De mí puedo decir que me ha causado el efecto de un pistoletazo.

—¿Con que V. nada sabia?—preguntó el que en tan grande aprieto pusiera á Jorge.

—Nada mas que lo oido á Vds., y aun no acierto á comprender.....

—Es muy sencillo; que hoy se ha presentado una mujer en el escritorio de D. Félix Carranza á cobrar un pagaré cuya firma habia sido falsificada.

Jorge no pudo asombrarse porque la nueva no le cogia de sorpresa; pero podia indignarse, y la concurrencia observó, sin esplicárselo, que el amigo del banquero no se indignaba poco ni mucho.

—¡No se indigna V.!—fué el grito que salió á un tiempo mismo de todos los labios.

Gomez se apercibió de la imprudencia que habia cometido; pero no estaba en su mano fingir lo que no sentia. Todo su ser, su indignacion, su odio, se hallaban concentrados en D. Carlos. Mas le hubiera valido á este encontrarse á solas y desarmado con una pante-

ra hambrienta en medio de los desiertos de América, que dar en manos del amigo á quien tan inícuamente habia vendido.

—Mucho me indigno;—respondió Gomez tartamudeando de coraje —y hasta tal estremo, que nada tendria de particular que oyesen ustedes hablar de mí en este desagradable asunto.

Y sosteniéndose en la mesa que tenia delante, se puso en pié, saludó distraidamente, y se dirigió á la calle, bamboleando como un embriagado.

Los concurrentes se contemplaron estupefactos; pero cesó la admiracion cuando uno de ellos dijo oportunamente:

—Ya se ve, como no es comerciante..... A su padre hubiera querido oir yo en un asunto de esta importancia.

—¡Oh! ¡su padre! Un hombre como D. Teodoro... ¡Era todo un comerciante!—añadió uno de ellos.

—¡Tan puntual en sus pagos!...

—¡Tan mesurado en sus negocios!...

—¡Tan escrupuloso en su contabilidad!...

—¡Tan honrado en todo!

Tales fueron las espresiones que se oyeron apenas habia sido pronunciado el nombre de D. Teodoro.

¡Dichoso el hombre de quien se conserva tan buena memoria á los quince años de haber bajado al sepulcro!

En cambio, volviendo naturalmente la conversacion acerca la persona de Jorge, murmuró un antiguo amigo de la casa de Gomez:

—¡Qué lástima tan grande que el hijo se parezca tan poco á su padre!...

Dejemos á los escandalizados parroquianos del café comentar y declamar á su sabor el hecho acontecido á su cólega Carranza, y reunámonos á Jorge, que anda por las calles de Madrid como un ente privado de razon.

No volvia los ojos á parte alguna donde no creyera ver á los delegados de la justicia apostados para prenderle; no miraba al rostro de un semejante suyo, que no le creyera animado de una espresion de desprecio ó tal vez de amenaza, y finalmente, no llegaba á sus oidos rumor de conversacion alguna, no recogia al paso una sola palabra aislada y sin sentido, que no la aplicase al asunto que, á juicio suyo,

debia estar preocupando esclusivamente la atencion de todo Madrid.

De esta suerte llegó á su casa, sin creerse seguro un solo instante durante el camino.

Cuando pisó la puerta de su habitacion sintió cierto grato placer, como el reo que antiguamente tenia la buena suerte de acogerse á sagrado. Acto contínuo se dirigió al gabinete de Amelia.

La puerta estaba cerrada y Jorge en disposicion de irritarse por el menor contratiempo.

Y no sin motivo: la menor dilacion podia costarle muy cara: al estremo á que habian llegado las cosas, una hora de retardo en su fuga podia traer una desgracia espantosa, irreparable.

Júzguese de su ira cuando á la resistencia que inopinadamente encontraba, se juntó el oir la voz de un hombre encerrado con Amelia. El resultado ya le hemos visto: Jorge habia hecho saltar la puerta convertida en astillas.

Era la hora del crepúsculo, y el gabinete se hallaba apenas alumbrado por esa luz dudosa que precede de muy cerca á las tinieblas de la noche. Además, la ira ciega tanto como la falta de luz, y fué la consecuencia de todo que á la primera inspeccion Gomez creyó haber hallado el cuarto completamente desierto. Un pensamiento terrible hirió su mente predispuesta á pensar mal de todos.

Sospechó que Amelia se habia fugado con algun amigo, pariente, amante tal vez.

Empezó por llamarla á voces, y el silencio mas completo acogió sus palabras.

Dió algunos pasos por la estancia, y de pronto tropezó con un objeto que produjo un sonido metálico.

Bajóse con presteza y reconoció con asombro que aquel objeto era una espada.

Al propio tiempo lanzó un grito, porque acababa de descubrir á su esposa tendida en el suelo, inmóvil, en una actitud tan alarmante como pudiera serlo la de un cadáver.

Otro temor, tan terrible como el precedente, vino á conmover su corazon. Por un momento llegó á creer, que mal avenida Amelia con el peso de tantas desgracias, se habia dado la muerte.

Cuando Jorge no hubiera tenido motivos bastantes para perder la cabeza, hay que confesar que estas últimas tribulaciones debian, por sí solas, ponerle á punto de rematar en loco.

Arrojóse encima del cuerpo de Amelia y alzándola en sus brazos, con fuerza sobrenatural, la depositó en un sillon, y la examinó con ojos azorados y no exentos de interés.

Afortunadamente el corazon de la jóven latia, aunque de una manera sensible apenas.

Pero en cambio las señales esteriores no eran para devolver la tranquilidad á ningun marido.

Desordenado el vestido, suelto el cabello, trémulo el cuerpo, saliendo de sus labios frases incoherentes que revelaban de una manera confusa la lucha que últimamente habia sostenido; todo, en una palabra, contribuia á que Jorge creyera en un atentado, consumado quizás, contra su honra.

Por un momento desapareció de su vista la idea del peligro que en realidad le amenazaba. Mas para dar con la razon, con la esplicacion de aquel trastorno, necesitaba ante todo sacar á su esposa de aquel violentísimo estado.

Agitó con fuerza la campanilla, y entró en el gabinete la anciana y buena Luisa, que ignorante de cuanto habia pasado, estuvo á punto de llamar bárbaro á su amo, atribuyéndole la causa directa del accidente esperimentado por la señorita.

Luisa y Jorge prodigaron á Amelia toda suerte de socorros, hasta tanto que pareció volver en sí.

Cuando su esposo creyó que estaba á punto de recobrar los sentidos, hizo á la criada una seña imperiosa, y aquella se retiró sin saber como esplicarse la nueva desgracia.

Gomez temia descubrir el secreto de su mujer delante de testigos, ante quienes, ó al recuerdo de quienes nada mas, tendria que avergonzarse el dia de mañana, si su presentimiento resultaba cierto.

Amelia abrió los ojos y tropezó, antes que todo, con el airado rostro de su marido.

Leyó en él la sospecha que torturaba su alma, y sin poderse contener, se arrojó á sus plantas, esclamando:

—¡Jorge! ¡Jorge! ¡No me condenes!... ¡Soy inocente!

Gomez se bajó hasta el suelo, empuñó la espada, la enseñó á Amelia, y ciego de furor, dijo:

—Si eres inocente, ¿de quién es esta espada?

La jóven no contestó por de pronto, con lo cual se acrecentó mas y mas la ira de su esposo.

—Repito—dijo este—que quiero saber á quien pertenece este acero.

—¿Por qué quieres saberlo?—preguntó Amelia con desfallecido acento.

—Para clavarlo en el pecho del seductor infame.

—¡Otro crímen!—esclamó la jóven contra quien se desencadenaban tantas desgracias á un tiempo.

—¡Otro! y cuantos sean menester hasta consumar mi destino; pero con mi destino se cumplirá al propio tiempo mi venganza. ¡Amelia, necesito saber de quien es esta espada!

Jorge hablaba de una manera tan exigente que la jóven no se atrevió á prolongar aquella situacion violenta, aun cuando temblaba de antemano al pensar en el estallido de la cólera de su esposo.

—Esta espada es de un infame que ha tenido tu honra entre sus manos.

—¡Varner!—esclamó Jorge cuya mirada brillaba con fulgor siniestro.

—Varner, sí;—dijo Amelia—pero ya su maldad queda sin armas: el documento fatal cuya presentacion podia destruir tu tranquilidad para siempre, ha sido reducido á cenizas por mi propia mano.

—¿Qué dices?—preguntó Jorge, cuyas ideas se confundian aun mas con esta inesplicable noticia.

—Digo que el miserable me ha dado á escoger entre la fortuna y la honra de mi hijo, y que yo he querido ante todo salvar de la infamia el apellido que lleva Alberto.

—Pero ¿de qué manera?—preguntó Jorge que nada comprendia de aquel nuevo enredo.

—Comprando el pagaré fatal con el resto de la fortuna de nuestro hijo.

—¿Se lo has entregado á Varner?

—Hace una hora.

Lit. Vazquez R. 21.

¿Si no eres culpable de quien és esta espada?

—¡Ira de Dios! ¿Para cuándo son esos rayos que confunden á los hombres?... Varner te ha mentido.

—¡Cómo!—esclamó Amelia temblando al pensar en la esplicacion que iba á darla su esposo.

—Te ha robado valiéndose de los infames recursos que tiene en su mano; porque, sábelo de una vez, el pagaré verdadero, aquel que me sirvió para consumar mi delito, se halla desde esta mañana en poder del tribunal.

Amelia temió perder la cabeza, y por un movimiento instintivo se la estrechó entre sus manos, creyendo que era el remedio mas oportuno para contener el desbordamiento de ideas que la amenazaba de una manera inminente. El crímen, la deshonra, la pobreza, todo se desencadenaba á un tiempo sobre ella.

En aquel momento se oyó llamar discretamente al otro lado de la destrozada puerta, y á Luisa decir:

—Acaban de traer dos cartas para el señorito.

Jorge las recibió y no tuvo necesidad de despedir á la anciana: su semblante no era para mirado voluntariamente. Luisa dirigió una mirada de compasion á su señorita, y se marchó lo mas diligentemente que pudo.

Gomez rompió el sobre de entrambas cartas y reconoció ante todo sus firmas.

La una era de Mendoza; de Varner la otra. La primera decia de esta suerte:

Sr. D. Jorge Gomez.

Muy Señor mio: se encuentra V. en un verdadero peligro por causa de su falso amigo D. Carlos. Este ha encontrado medio de avisarme, y por el interés que á él le trae me ha suplicado buscase el medio de proporcionarle á V. una fuga segura. Desde que he recibido esta fatal noticia, no ceso de gestionar para evitarle á V. una gran desgracia: he averiguado el estado de las diligencias, y tengo motivos para creer que mañana seria tal vez demasiado tarde para ponerse en salvo.

La mujer que ha sido presa por esta causa, me inspira poquísima confianza, lo mismo que la buena fe con que D. Carlos Varner me ha

anunciado el peligro. Tengo la conviccion íntima de que han fraguado entre ambos un complot para perder á V.

No se detenga, pues: prepárelo todo para la fuga: con el resto de la fortuna de Amelia pueden Vds. vivir decentemente en país estranjero. Yo iré por Vds. tan pronto como sea hora de partir; pero si de algun modo halla V. manera de ponerse en salvo, prescinda de mis servicios, porque, á pesar de todo, tiemblo á la simple idea de que estos podrian llegar demasiado tarde.

Soy de V. S. S. que B. S. M.

Luis de Mendoza.

Terminada la lectura de esta carta, que Jorge verificó en voz alta, Amelia dijo:

—Noble corazon... Y sin embargo, Jorge, hasta ahora le has juzgado bien injustamente.

—El resto de la fortuna de Amelia...—murmuró Gomez.—Ese resto la ha sido robado de la manera mas villana. ¡Ah, Varner, Varner!... Yo te juro que sabré desquitarme.

En seguida leyó la carta de D. Carlos: la voz de Jorge temblaba de enojo al verificarlo.

La carta decia así:

Sr. D. Jorge Gomez.

Mi siempre estimado amigo: las cosas presentan mal aspecto: la persona que guardaba el pagaré le ha denunciado al tribunal, sin órden mia. Previendo las tristes consecuencias que un paso tan imprudente pudiera traer, he corrido á casa de tu amigo D. Luis de Mendoza, y haciéndome superior á todos los resentimientos, le he conjurado para que trabajase en tu salvacion.

He tenido la buena suerte de conmoverle, y me ha prometido no dejar el asunto de pecho.

Acto contínuo he ido á tu casa para prevenirle el peligro: estabas fuera, y Amelia ha tenido un fuerte trastorno al oir la fatal revelacion. Temo que, para colmo de desgracia, aquel trastorno haya perturbado un poco sus ideas; pero confio en Dios que este funesto estado no será duradero en ella.

Resuelto á salvarme ó perderme contigo, me aprovecharé de la llave que me has remitido esta mañana, y á la media noche en punto iré á tu casa, conforme habíamos quedado convenidos cuando se trataba de entregarte el pagaré cuya denuncia tanto me preocupa.

Adios, y hasta la media noche, en cuya hora recibirás la última prueba de que *son inalterables los sentimientos de tu mejor amigo,*

Carlos Varner.

P. D. Si durante la deplorable perturbacion de ideas que Amelia esperimenta sin duda, dijera de mí lo que yo nunca puedo haber ni aun siquiera soñado, perdónala en mi nombre, pues comprendo que su estado es digno de toda compasion.

—¡Miserable!...—esclamó Amelia—¡Insultar de esta suerte el dolor de una mujer ofendida!...

Jorge estrujó la carta hasta dejarla metida dentro de su puño, y en seguida la arrojó al fuego de la chimenea, con igual furia que hubiera empleado en arrojar por un balcon al autor de aquel infame escrito.

Varner habia tomado perfectamente las medidas para engañar á su amigo: el lenguaje de la carta era verdaderamente el de un hombre que estuviera ageno de los descubrimientos hechos últimamente por Gomez.

—Está muy bien;—dijo este último—yo le daré para que no repita tales escenas. Nos veremos, señor Varner, nos veremos..... V. quiere salvarse ó perderse conmigo: yo le juro que quedará V. satisfecho.

—Pero qué,—repuso Amelia.—¿No piensas en huir desde luego? ¿No calculas que un minuto de retardo puede serte funesto? ¿Que dentro de poco esta casa estará cercada por la justicia, que preguntarán por tí, que te llevarán preso, que te encarcelarán confundido con los mas grandes criminales?

—Cuando viera venir á los esbirros de la policía en mi busca y tuviera en mi mano el modo de escaparme impunemente, no saldria de esta casa hasta pasada la media noche.

—¿Qué motivo te obliga á comprometer de esta suerte tu libertad?

—A la media noche lo sabrás. ¡Oh! es preciso purgar á la tierra de infames, y yo dejaré á Varner de suerte que á ninguno mas perjudique en éste mundo.

—¿Piensas vengarte?

—Pienso hacer justicia.

—¿Arriesgando tu libertad? ¿Esponiéndote á los horrores de un presidio?

—Aun cuando debiera esponerme á la infamia del cadalso.

—¿De suerte que estás resuelto á no esconderte, á no huir, por mas que el peligro sea inminente?...

—Si este peligro es anterior á la media noche, le arrostraré resueltamente, llegue á donde llegue.

Amelia intentó oponerse á la resolucion de su esposo; le hizo presente las dificultades que la tardanza traeria á su fuga; le conjuró por cuanto amor le habia tenido y por cuantas desgracias la habian sobrevenido por su culpa, para que no aumentase con un acto de venganza la triste celebridad que ya sin duda le acarrearia su delito, que dentro de pocos instantes seria ya público... Ninguna de esas razones conmovió el ánimo de Jorge en cuya mirada sombría y fria al mismo tiempo se leia la resolucion inalterable que de antemano habia tomado.

—Nada de fuga me hables hasta despues de la media noche. Debo decir mas aun: nunca me consideraria en salvo mientras Varner se encontrara en el caso de poderme perjudicar.

Y sin aguardar á nuevas réplicas de parte de su esposa, salió de la estancia y se dirigió á su gabinete particular, poniéndose acto contínuo á revolver los papeles de su mesa y escritorio, rompiendo muchos de ellos, dejando en su lugar algunos, y guardando muy pocos en su cartera.

Recogió en seguida cuanto oro se encerraba en los cajones, metiólo en su bolsillo, escribió algunas cartas, y en estas ocupaciones le sorprendió la campana de un reloj vecino que tocaba las once.

Entonces terminó rápidamente un escrito empezado, y volvió á cerrar los cajones de los muebles, despues que retiró de uno de ellos un estuche largo de tafilete negro, con adornos arabescos de esquisito gusto.

Abierto el estuche por Jorge, demostró contener un puñal de hoja triangular, de bruñido acero, con empuñadura de oro y algunas gruesas piedras, esquisita arma damasquina, que debia tener una herida terrible si era manejada por una mano robusta.

Gomez dirigió al arma una mirada sombría y puso en sus labios una sonrisa tan lúgubre como la mirada: empuñó el acero, le blandió por encima de su cabeza, y descargó con él tan fuerte golpe encima de la mesa, que el puñal se introdujo en el mueble mas de una pulgada.

Retiróla con mucho esfuerzo y examinó el estado de la punta, que en nada se habia menoscabado.

—Bien...—murmuró con sombrío acento—muy bien... El golpe se puede repetir cuantas veces sean necesarias.

Y dejó el acero fuera del estuche.

Luego se tendió en un sillon, cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció en actitud meditabunda.

Al cabo de un rato, el reloj vecino señaló las once y media. Jorge se estremeció.

En esto se abrió con fuerza la puerta del gabinete, y Amelia apareció en el umbral de aquella.

—Esposo mio,—dijo—vengo completamente asustada. Desde el balcon de mi cuarto, he visto saltar las tapias del jardin á un hombre sospechoso. Temo que la casa está rodeada por la justicia.

Gomez dirigió una mirada al reloj que señalaba las once y treinta y cinco minutos, y no se levantó de su silla, ni dió muestra de impaciencia alguna. Volvióse hácia Amelia, y contestó:

—Hasta la media noche no puedo salir de esta casa. Es inútil que otra cosa me digas, ni que me anuncies ningun peligro. Ciérrate en tu gabinete, nada te asuste, y á las doce en punto hállate dispuesta á partir. De aquí á entonces, déjame solo, yo te lo suplico.

Amelia dirigió una mirada al puñal cuya hoja relucia herida por la llama del quinqué, y sintió un terror indecible, como si el acero hubiera estado manchado con sangre humeante.

Quiso dirigir algunas preguntas á su esposo; pero este la designó la puerta con un gesto imperativo, y la jóven se retiró lentamente, discurriendo la manera de conjurar la catástrofe que estaba

á punto de realizarse. Jorge quedó solo: eran las doce menos cuarto.

Abrió el balcon del gabinete que daba á la calle, y tendió fuera la mirada.

Pero en el esterior no reinaba mas tranquilidad que en el interior. La noche era oscura: ni una sola estrella brillaba en el cielo, ni una sola luz se veia en la calle: el viento, soplando con no acostumbrada furia, habia apagado los faroles que á largos trechos se hallaban diseminados. Caia, además, un fuerte aguacero, cuyo ruido amortiguaba el muy escaso que pudiera reinar en la calle á tales horas y con un tiempo tan riguroso.

Sin embargo, Jorge continuaba espiando los misterios de la noche con una constancia aun mayor que el desencadenamiento de la naturaleza. Estaba decidido á ver y á oir, y vió y oyó lo que deseaba.

Acababa de dar la hora de la media noche. Al espirar la última vibracion del reloj, se dejó oir el rumor de un carruaje que entraba en la calle de San Bernardo. Jorge se retiró del balcon y continuó escuchando detrás de los postigos. El carruaje se detuvo á la puerta de la casa de Gomez.

Este empuñó el arma terrible que habia dejado encima de la mesa, y se dirigió al cuarto de Amelia.

La jóven habia apagado la luz, y con inquieta mirada seguia los movimientos de un hombre que de cuando en cuando salia de su escondrijo del jardin y se dirigia á la puerta falsa del mismo.

—Ha llegado la hora de partir—dijo Gomez, tomando del brazo á su mujer.—¡Sígueme sin titubear!

Amelia siguió á su esposo, aunque con el rostro vuelto al jardin, donde tenia lugar aquella escena mímica que á ella la inspiraba sérios temores.

Al pasar la pareja de los fugitivos delante del cuarto de la anciana Luisa, dió Jorge vuelta á la llave.

En seguida apagó la luz, y se colocó junto á la entrada del piso.

Todos estos movimientos se habian verificado en menos tiempo del que nos ha sido menester para describirlos.

Jorge tenia sujeta á su esposa por el brazo, que la apretaba de una manera convulsiva, y no quitaba los adelantados ojos de la puerta del piso, en cuya cerradura una mano poco diestra introdujo una llave.

Amelia presintió lo que iba á suceder, y lanzó un débil quejido, que su esposo ahogó instantáneamente aplicando con rudeza su mano izquierda en la boca de la jóven.

Giró por fin la puerta, y á la débil claridad que despedia la luz del portal, se distinguió la confusa figura de un hombre envuelto en los anchos pliegues de una capa, cuyo embozo le ocultaba casi todo el rostro.

De repente se arroja Gomez sobre el recien llegado, levanta contra él su brazo cuya fuerza triplica el deseo de venganza, y separando con furia los pliegues de la capa que podrian debilitar el golpe, lo asesta tan formidable contra el que supone causador de su desgracia, que hundido el puñal por entero, la mano del matador chocó contra el cuerpo de la víctima, tiñéndose en su sangre.

En seguida cayó al suelo un cuerpo pesado, y un ¡ay! de agudísimo dolor desgarró los oidos de Amelia. Pero Jorge la agarró nuevamente del brazo y arrastrándola con indecible fuerza hácia la escalera, se precipitó ciego por ella, ganando en seguida el carruaje que aguardaba en la calle, y que, sin esperar á recibir órdenes, partió inmediatamente al trote largo de tres vigorosos caballos.

Al verse Amelia sola con su esposo, rompió en llanto, y esclamó:

—¿Qué has hecho, desgraciado, qué has hecho?

—Dios ha puesto al infame Varner en mi camino—contestó Jorge con acento sombrío—para purgar de él al mundo. Yo siento pesar tranquilamente sobre mi conciencia la sangre que he vertido.

Y entrambos, marido y mujer, quedaron sumergidos en un profundo silencio y tan absortos en sus meditaciones, que ni siquiera hicieron caso alguno del camino que seguia el carruaje, ni del destino á que les conducia.

Afortunadamente el cochero parecia bien instruido de antemano, y hasta, á no dudar, una persona cuidadosa de la libertad de Jorge, debió haber tomado algunas precauciones interesantes para asegurarla.

De modo que, no sin sorpresa aun de la misma guardia, se abrió la reja de hierro de la Puerta de Alcalá á la aproximacion del carruaje, que, sin detenerse siquiera un instante, salió de Madrid, desapareció entre las tinieblas de la noche, y hasta en breve se perdió el ru-

mor del látigo, cascabeles y ruedas, en direccion al camino real de Aragon.

Mientras tanto tenia lugar una escena muy estraña en casa de los fugitivos.

El hombre del jardin, que tanto miedo habia causado á Amelia, apenas oyó el rumor del carruaje que partia, abrió la puertecita falsa, por la cual penetraron uno en pos de otro, una porcion de agentes de policía y soldados, que en un momento cercaron la habitacion, yendo á llamar al balcon del gabinete de la jóven.

Viendo que ninguno contestaba, ordenó una voz derribar aquel obstáculo, cosa sumamente fácil y que fué obrada en un santiamen, gracias al poderoso ariete de unos cuantos fusiles.

Los agentes y los soldados invadieron la casa; y á la luz de las linternas de los polizontes empezaron un minucioso registro.

—¡Haced fuego contra cualquiera que intentare escaparse!—dijo la misma voz de antes.

Pero el mandato era inútil: la casa parecia estar completamente desierta.

En esto se oyeron fuertes golpes dados á una puerta, que llamaron la atencion de los registradores.

Corrieron al sitio en que el rumor se oia, abrieron una cerradura, y apareció la buena Luisa, cuyo asombro fué imponderable al encontrarse en presencia de tantos agentes y soldados que, sin consideracion alguna, la pusieron al pecho el cañon de los fusiles.

—¿Dónde están los amos de esta casa?—preguntóla el que parecia jefe de la espedicion.

Pero la anciana criada, en lugar de responder, sintió ponérsela un nudo en la garganta, y cayó desvanecida en brazos de dos agentes, que mal avenidos con aquella carga, la depositaron bonitamente en el suelo.

Los delegados de la justicia continuaron su registro.

De pronto y al llegar junto á la puerta principal de la habitacion, el que caminaba delante de todos, alumbrando el camino, se detuvo

horrorizado, y alargando la linterna, puso de manifiesto á sus compañeros un terrible espectáculo.

En medio de un charco de sangre, que se estendia lo suficiente para que todos se hubieran mojado los piés en ella, yacia el cadáver de un hombre, con una herida mortal en el corazon, que aun manaba sangre.

En el umbral de la puerta se veia el arma con que debió haberse cometido el homicidio, y que consistia en un agudo y largo puñal damasquino.

—Por aquí deben haberse escapado los asesinos—esclamó el jefe designando la puerta abierta.

Al momento una porcion de esbirros se precipitaron á la escalera y se esparramaron por la calle, tomando noticias de los fugitivos, que pedian á los numerosos agentes apostados en todos los alrededores de la casa.

Los interrogados á nadie habian visto; únicamente habia penetrado y vuelto á salir de la calle, un carruaje de colleras, cuyo dueño al ser requerido para que torciera de camino, puso de manifiesto una órden del superintendente de policía, espedida aquella misma noche, para que pudiera transitar libremente, sin sujecion á registro de ninguna especie. Al escuchar esas esplicaciones, nadie dudó de que los pájaros habian volado en aquella jaula movible, y aunque se dieron las órdenes oportunas para que se detuviera el coche de los fugitivos, desde la calle ancha de San Bernardo á la Puerta de Alcalá hay la distancia necesaria para que, á la llegada de los polizontes, el coche que perseguian hubiera llegado á la Venta del Espíritu Santo.

Mientras tanto los que habian permanecido en la casa de Jorge prodigaban toda suerte de inútiles socorros al herido. Este habia espirado, y no cabia sino reconocer su persona.

A los gritos de la policía y al desusado rumor que se oia en la casa, despertaron los vecinos, quienes, pudiendo en ellos mas la curiosidad que el rigor de la noche, empezaron á llenar los balcones, apresurándose algunos á sacar luces conforme estaba mandado por los franceses para los casos de alterarse el órden.

Inmediatamente cundió la voz de lo acontecido: todo el mundo supo, y comentarió á su modo, que Jorge era un falsario, y que, á ma-

yor abundamiento, acababa de huir despues de haber cometido un homicidio.

Registróse el cadáver, encontrándosele una gran cantidad de dinero metido en una bolsa, un pasaporte estendido á nombre de don Justo de Lara y su esposa, cuyas señas personales convenian perfectamente con las de Jorge y Amelia, y últimamente una especie de itinerario ó instrucciones de viaje para ganar fácilmente un puerto de mar y desde allí trasladarse á las costas de Inglaterra.

Estos documentos comprometian bastante á su portador. Desgraciadamente este nada tenia que temer del juicio de los hombres. Habia empezado para él el juicio de Dios.

—Es un cómplice de los fugitivos—dijo el jefe de los esbirros.

—¡Y los miserables le han asesinado!—añadió un corchete estúpido, incapaz de penetrar el misterio que en todo aquello se encerraba.

—Lo que procede—dijo el primero—es averiguar quien era este infeliz. Procédase á su reconocimiento.

Algunos vecinos mas atrevidos ó mas curiosos que habian penetrado en la casa para enterarse personalmente de la catástrofe, retrocedieron hácia la puerta, cuando oyeron que podian representar papel en la trajedia de que contaron ser simples espectadores; pero los centinelas cruzaron las bayonetas, y no les quedó mas recurso que prestarse á las jurídicas exigencias del director de la espedicion.

Entonces fueron acercándose uno á uno al cadáver, examináronle mas ó menos detenidamente segun la repugnancia ó terror que les inspiraba, y preguntados por si reconocian á la víctima, unánimemente estuvieron negativos.

—Es una desgracia:—decia el comisario de policía—el reconocimiento de este hombre nos hubiera puesto tal vez sobre las huellas de los culpables.

Los vecinos se encogieron de hombros con mucha indiferencia; porque en medio de todo tenian una particular satisfaccion en desacreditar á la tan cacareada policía francesa.

En esto un embozado rompió por entre la masa de los presentes, y aproximándose al comisario, dijo:

—Yo sé como se llamaba este hombre...

Sin poderse esplicar el motivo, los circunstantes se apartaron del

recien venido, aislándole en un círculo cuyo centro ocupaban solamente el comisario, el embozado y el cadáver.

Habia algo sombrío y repugnante en aquel hombre que voluntariamente denunciaba á la justicia el nombre de los muertos á mano airada. Era romper el secreto de una tumba.

El comisario contempló al aparecido, y preguntóle:

—¿Es cierto que conoce V. el nombre que llevó en vida este sugeto?

—Es cierto, señor comisario,—respondió el embozado—y conozco asimismo el de su matador.

—Hable V., pues. ¿Cómo se llamó este infeliz?

—D. Luis de Mendoza.

El desconocido pronunció este nombre sin mirar siquiera al cadáver.

—¿Cómo se llama su matador?

—Se llama D. Jorge Gomez—dijo el embozado sin titubear.

—Y ¿cómo tiene V. noticias tan exactas de lo ocurrido en el interior de esta casa?—preguntó el comisario mal avenido con la facilidad que el desconocido ponia en contestar al interrogatorio.

—Tengo estas noticias porque la víctima se puso imprudentemente en el sitio que yo debia ocupar. El golpe que le ha dado muerte, no á él, sino á mí, iba dirigido.

El jefe de policía demostró por medio de una mirada penetrante las sospechas que concebia respecto de aquel hombre que parecia tan enterado de un hecho conceptuado por todos tan misterioso.

—¿Tendria V. inconveniente en repetir esta declaracion ante el señor juez?

—Ninguno.

Los concurrentes no pudieron ocultar el sentimiento de terror que les causaba aquel hombre que tenia, al parecer, tan íntimas relaciones con muertos y asesinos. Sin embargo, ofrecia luz sobre un hecho criminal tenebroso, y el comisario no podia privar á la justicia de aquel poderoso auxilio.

—¿Se servirá V. decirme donde se le encontrará á V. en caso necesario?

—Vivo en la cuesta de la Vega, y aquí tiene mi nombre en esta tarjeta.

Entrególa al comisario, y se retiró de la fúnebre estancia por entre una doble fila de curiosos que le abrieron paso, si no con respeto, con miedo de seguro.

Reinó entonces un breve instante de silencio.

El comisario cogió una linterna, aproximó á su luz la tarjeta del embozado, y leyó en voz alta estas dos palabras:

«Carlos Varner.»

Dos meses despues, y gracias en mucha parte á las declaraciones del miserable, causa principal del asesinato de Mendoza, el tribunal condenaba, *en su ausencia y rebeldía*, á Jorge Gomez, por falsario y homicida, á la pena de muerte!...

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TREINTA AÑOS;

ó

LA VIDA DE UN JUGADOR.

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE.

EL ASESINO.

CAPITULO PRIMERO.

El Pirineo.

En los límites de Cataluña, allí donde termina en nuestros dias la tierra de España y empieza el territorio francés, se eleva una cordillera de formidable aspecto, línea de montañas que divide dos pueblos, de raza latina entrambos, pero entrambos dispuestos durante mucho tiempo á ensanchar sus fronteras á espensas de su vecino. Dios opuso, empero, un obstáculo á los pasos de los invasores, que fuese al mismo tiempo un baluarte para la defensa de los invadidos, y ya que era indispensable dividir á la familia de los hombres en pueblos ó naciones, en ninguna fijó unos límites tan naturales como entre España y Francia. Vanamente al sentarse en el trono de España Felipe V, habia dicho su augusto abuelo: «Ya no hay Pirineos...» Los Pirineos existieron á despecho de Luis XIV, y todo el poder de Napoleon I no fué bastante á que los pueblos de aquende la cordillera transigiesen con sus dominadores de allende. Las razas han desaparecido para dar lugar á los pueblos fieros de sus nacionalidades.

Mas circunscribiéndonos al aspecto que ofrece el Pirineo, con dificultad la imaginacion del hombre puede concebir un cuadro tan accidentado, ó mejor dicho, una série de cuadros de todas entonacio-

nes. Allí la naturaleza ha desplegado un lujo de variedad tal, que el viajero pasa rápidamente de un jardin á un desierto, de un collado desnudo y cubierto de nieve, á un bosque frondoso, oscuro, pisado nada mas que por algunos animales montaraces, que dentro de él se hallan á salvo del plomo de los mas atrevidos cazadores. De la cumbre de un monte se desprende á menudo, gota á gota, la nieve herida por el sol, produciendo el efecto pintoresco de un inmenso lago de plata, del cual, á guisa de chorros, se desprendieran hilos de brillantes. Mas abajo la gota se ha convertido en manantial que se abre paso entre la grieta de una peña, como pudiera una delgada serpiente que sacase el cuerpo fuera de su estrecha madriguera: el manantial serpentea, recorre una parte de aquel laberinto de rocas, y por último se pierde para el viajero, que no puede seguir al agua en su porfía juguetona.

A algunos piés mas de profundidad, el manantial, engrosado por otras aguas de parecido orígen, ha tomado las proporciones de una cascada, que al saltar dentro del abismo, aterra el oido del viajero con su rumor monótono semejante á un canto entonado por los genios malos en las entrañas de la tierra, y arroja á copiosa altura la espuma de sus olas mugidoras. ¿A dónde va á parar el agua de la catarata? Perdida en el abismo, se abre salida por distintos puntos de la montaña: descendamos mas y mas, y á medida que nos aproximaremos al llano aparecerán á nuestros ojos vastos campos cubiertos de verdor y tierras humedecidas por las mansas corrientes de agua cristalina, que desciende suavemente de las peñas, dejando dominar su canto muy débil por los trinos de los pájaros, que en los cristales del arroyo vienen á buscar la gota de agua que satisfará su sed.

El Pirineo es un panorama digno de ser visitado durante el verano. Aquí y allá las chozas de los pastores ofrecen al curioso un abrigo donde resguardar su fatigada persona, y si el espectáculo de la naturaleza, vírgen en aquellos lugares casi hasta en sus moradores, le conmueve, lo cual es mucho asegurar para los tiempos que corremos; nosotros le aseguramos que no le pesará el viaje. Hay en el Pirineo todo un idilio, especialmente en la parte de él cuya poesía no ha sido destruida por la prosa de las casas de baños y los establecimientos ó pueblos famosos por sus aguas salutíferas.

Pero en cambio á ningun amigo nuestro aconsejaremos que empuñe el ferrado baston del viajero para recorrer el Pirineo durante el invierno. Y no porque el espectáculo deje de ser bello á su manera, y mas que en verano quizás poético y grandioso; pero hay cierta clase de belleza, de poesía, de grandeza, que es mejor para concebida leyéndola, que para admirada estudiándola prácticamente.

Cuando llega la época de las nieves, que en el Pirineo empieza muy pronto y concluye muy tarde, el cuadro es esencialmente agreste, y peligroso por añadidura. Los senderos se ponen impracticables, los escasos habitantes del monte bajan al llano, la vegetacion muere, y sobre la montaña tiende el cielo una especie de fúnebre sudario, como diciendo al hombre: hé aquí lo que es la muerte.

A menudo se oye un rumor sordo, parecido al del trueno de la lejana tempestad: entonces los piadosos vecinos del llano se ponen en oracion para que una desgracia no sorprenda en el monte al viajero estraviado. Es el rumor de la avalancha que se desprende, engruesando, engruesando siempre en el camino, hasta que, despues de haberlo arrastrado todo, tronchado todo, arrollado todo, se desploma en el espacio y viene á estrellarse á mil piés de profundidad entre los picos de que se halla erizado el precipicio. Entonces los ecos del monte lanzan su rumor postrero semejante al de una carcajada de desprecio; y en seguida vuelve á reinar un silencio absoluto, triste, interrumpido de tarde en tarde por el chillido de un pájaro que atraviesa rápidamente la cordillera, y al cual responde el agudo grito de la fiera, que se muere de hambre dentro de su cueva; único habitante del Pirineo, que muchas veces arrostra el miedo que tiene al hombre y baja al llano á cazar para su alimento, aguijoneado por la rabia de la necesidad.

De tarde en tarde, y con asombro de aquél que presenciara esta escena por primera vez, se ve trepar por el monte, y lo que es mas á la entrada de la noche, á una cuadrilla de hombres, cuyas arrogantes figuras se doblegan debajo del rudo peso de un abultado fardo. Esos hombres encuentran las veredas á despecho de la nieve que las oculta, imprimen la planta con firmeza en un suelo donde resbalan los animales del monte, desafian el frio que ha muerto árboles corpulentos; y, sin dirigirse la palabra, sin darse la mano, sin pedirse

un consejo que no necesitan, ni un socorro que á buen seguro no se les daria, cruzan los puertos, trepan á las mayores alturas, y al dia siguiente se les ve bajar, ágiles, sin carga alguna, entonando una cancion vulgar, tan tranquilos en medio del imponente espectáculo que les rodea, como pudiera estarlo el hombre mas frívolo ante una chimenea francesa, examinando un libro de estampas, ú hojeando distraidamente un libro insustancial. Esos montañeses que á los ojos del forastero toman misteriosas y colosales proporciones, son pura y simplemente contrabandistas de oficio, que ejercen su profesion con la indiferencia de un honesto artesano que acude á su taller con la conciencia tranquila, y que introducen géneros franceses en España, cuando no dejan en poder de los carabineros aquellos géneros, y alguna que otra vez la vida.

Decidles que están cometiendo un delito, y se echarán á reir; decidles que corren un verdadero peligro, y reirán mas fuerte; decidles que su vida es bien dura y fatigosa, y os contestarán en vuestras barbas que sois unos tontos. Hay hombres que no se parecen á los demás sino en la forma del cuerpo: el corazon le tienen, por lo visto, blindado como un buque de nueva armadura.

Tal es el Pirineo, cordillera que pertenece á dos naciones y divide á dos pueblos.

Por la parte de Cataluña esta division se halla simplemente marcada por unos dobles pilares, colocados frente á frente, á distancia de pocos palmos los dos unos de los dos otros.

Cada pilar tiene groseramente esculpidas las armas de su respectiva nacion, y al pié de ellas una guardia de soldados españoles ó franceses, segun el linde nacional que aquellas armas demarcan.

Aquel limitado espacio de terreno es una frontera: en pisando su suelo son invulnerables para los hombres los hijos de la nacion vecina; ninguno de los soldados que guardan aquella frontera son capaces de poner la planta al otro lado de ella en ademan hostil, ni tampoco confiarán el castigo de un enemigo ó de un delincuente á la bala de un fusil que le hiera en país estranjero. Este acto seria considerado como un atentado á la inviolabilidad del territorio, y daria lugar á graves cargos, ha sido algunas veces causa hasta de una guerra.

Como es muy natural, inmediato á cada una de las fronteras existe

un pueblecito, y en este pueblecito una aduana. Del lado de España el pueblo se llama la Junquera, del lado de Francia se llama el Portús. Los vecinos de entrambas poblaciones se confunden en una misma habla, en unos mismos usos y costumbres; lo cual no impide que los unos sean esclusivamente españoles, y esclusivamente franceses los otros.

En cuanto al resto del monte, tiene tambien sus límites, pero como el camino no es muy frecuentado, aquellos límites son de todos desconocidos á escepcion de los contrabandistas y de los pastores, únicos que habitualmente lo pueblan. Sin embargo, en el monte como en el llano rigen las leyes de estradicion y de seguro, y la invasion de un terreno por las autoridades ó gente armada del terreno vecino, seria calificada de atentado.

Con todos estos antecedentes, sírvanse nuestros lectores trasladarse al Portús en compañía nuestra, viaje que no ha de serles muy molesto, pues á nuestro cargo viene la supresion del pasaporte, registros de aduana y otras incomodidades á que tiene que someterse voluntariamente todo aquel que hace el viaje del mundo dentro de otro viaje que se llama de la vida.

Serian las dos de la tarde de un nebuloso dia de invierno, cuando la mayor parte de los jóvenes aldeanos de ambos sexos, no solo del Portús, sino de sus alrededores, acudian, en opuestas direcciones, á un punto de reunion general, sin duda determinado de antemano, pues una mano cuidadosa de dar á la fiesta la mayor importancia habia decorado con ramaje y gallardetes la vasta plaza que, dominando una parte del llano, se estendia delante de la fonda denominada de la *Flor de lis*, título que olia á restauracion y habia sustituido al de *Fonda del Aguila imperial* tan pronto como el ilustre prisionero de los ingleses caminó para su destierro, ó mejor dicho, para su lento y doloroso suplicio.

La fonda de la *Flor de lis* distaba mucho de ser un edificio siquiera pasable para el viajero menos regalon; pero buena ó mala era la única del pueblo, y su dueño tenia fama de poseer, á propósito para la sed, enfermedad habitual de todo caminante, si no el mejor cognac de América, á lo menos un buen vino catalan, introducido en Francia por un sistema tan económico como aquel mediante el cual

los franceses introducen géneros en nuestro país. A mayor abundamiento, el fondista tenia fama de buen humor, su esposa no era del todo sucia, y su hija tenia los ojos españoles y el pié tan anti-francés como los ojos. Estos habian costado ya muy caros al corazon de varios mancebitos de uno y otro país; pero al fin y al cabo la sultana habia encontrado quien domase los furores de su coquetería, y prévias las formalidades de estilo, la niña habia pasado del estado de *demoiselle* al de *madame*, ó en términos mas claros, habia contraido matrimonio con un jóven del país, robusto, ágil, buen cazador, y que jamás habia conocido el miedo, á pesar de que durante su vida se habia visto empeñado en mas de un lance sério con los carabineros españoles.

Con motivo de esta boda era que los jóvenes del país acudian á la casa de los novios, donde tendria lugar un baile al aire libre y una merienda en que el suegro se prometia poner el sello á su reputacion culinaria.

Bien pronto la gralla, con sus notas chillonas, instrumento favorito de los ampurdaneses y de los pueblos fronterizos á la raya de Cataluña, anunció á los jóvenes que daba comienzo la danza, placer incomprensible para muchos, calificado de ridículo por alguno; pero que tiene sin duda no pocos y poderosos atractivos cuando desde los tiempos bíblicos hasta los nuestros, consta que se ha bailado en el palacio y en la choza, y que los mas grandes acontecimientos se han celebrado por medio de bailes, mas ó menos sérios, pero que al fin y al cabo eran bailes.

Despues que las donosas muchachas y los apuestos mancebos, insiguiendo el ejemplo dado por los novios, se hubieron saciado de bailoteo, lo cual no fué mientras el dia iluminó el pico mas alto del Pirineo, dispuso el fondista que dando tregua al ejercicio de los piés, empezara el de las muelas y los dientes. Y como la estacion estaba ya un poco adelantada y el viento de la tarde habia ausiliado perfectamente al natural apetito que promueve todo ejercicio, aunque sea coreográfico; los jóvenes no se hicieron de rogar en este punto, y se lanzaron de muy buena gana al punto de antemano designado por cierto olorcillo, aun mas grato al paladar que al olfato mismo.

Como se habia previsto anticipadamente que la concurrencia seria

numerosa, se habia dispuesto la mesa al aire libre, pues no se hallaba en la fonda comedor bastante capaz para contener el gran cúmulo de convidados. Y era, por cierto, un espectáculo estraño, ver á tantos jóvenes, vestidos con vistosos trajes de distintos colores, en torno á las mesas iluminadas por grandes fogatas, que á un tiempo mismo disipaban las tinieblas y atenuaban el rigor del frio, que empezaba á dejarse sentir con alguna intensidad. Aquel conjunto de semblantes animados por las frecuentes libaciones é iluminado por la luz inconstante de la llama, tenian algo de siniestro, y la imaginacion se transportaba involuntariamente á los tiempos aquellos en que unos guerreros como Atila, Alarico y Ataulfo, celebraban con desenfrenadas orgías el triunfo de sus destructoras armas, á la luz fatídica de la ciudad que habian incendiado aquella misma mañana.

Durante el banquete se observó en una de las mesas un movimiento estraño producido por haberla abandonado los que comian en ella; pero como reinaba mucha animacion y en otras mesas habia de sobra sitios desocupados, ninguno hizo caso de aquella evolucion ni trató de buscarla motivo alguno.

Se hallaba la fiesta en su período que podríamos llamar álgido, cuando asomó en la puerta de la fonda un caballero, ó persona que tal parecia por su porte, y se dirigió al fondista, que se hallaba propiamente embargado por el perfume de las infinitas lisonjas que le prodigaban, *á boca llena* con toda propiedad, los que comian como Heliogábalos á espensas del dueño de *la Flor de lis*.

—Patron—dijo el huésped en catalan bastante mal pronunciado—tiene V. un vino escelente y en esta casa se debe descansar con tranquilidad suma, cuando no se celebra en ella ninguna boda. Pero he perdido con esceso un tiempo precioso para mí, y deseo proseguir el interrumpido viaje.

El fondista permaneció un instante contemplando el cielo, y dijo:

—No se lo aconsejo á V., caballero.

—¿Pretende V. leer en los astros que me ha de sobrevenir alguna desgracia en el camino?...

—Yo no entiendo de astros, ni siquiera sé lo que me está V. diciendo de leer en ellos.

—Tanto vale, puesto que no hay una sola estrella con la cual guiarse.

—Esto precisamente me mueve á aconsejarle á V. que no se ponga en camino.

—¿Pues qué quiere decir el no haber ninguna estrella?

—Quiere decir que el tiempo amenaza borrasca, y nunca es prudente andar por esas montañas cuando la tempestad se desencadena. ¡Infeliz del viajero á quien sorprenda en el Pirineo!...

—Pues uno de esos infelices he de ser yo.

El fondista miró al viajero con estrañeza, y hasta nos atreveríamos á decir con miedo.

—¿Tanto le interesa á V. atravesar la montaña esta misma noche?

El viajero tomó un ademan grave, y dando una grande importancia á la pronunciacion de sus palabras,

—Mas que á mí—contestó—interesa á la salud del estado.

El fondista hizo un paso atrás y se quitó el gorro con mucha reverencia.

Figuróse estar hablando, lo que menos, con un embajador disfrazado, ó quizás con un príncipe que viajase de incógnito. Esta suposicion era menos absurda en los tiempos que se corrian, en que la restauracion volvia las cosas al ser y estado que tenian antes de Napoleon Bonaparte, y los intereses de la política hacian cruzar muy á menudo las carreteras por las sillas de posta en que iban los enviados estraordinarios de las potencias europeas.

—Vuecencia—dijo el pobre hombre—se halla interesado en proseguir su viaje, sin duda para llevar á cabo algun vasto plan político, interesante para los soberanos de las dos naciones vecinas...

—¿Es V. hombre de opiniones arraigadas?—preguntó el viajero misteriosamente al fondista.

—Arraigadas como la secular encina que echa raices en la tierra.

—¿Amante del órden?...

—Sin órden, ó no se come de fonda, ó lo que es peor, no se paga la comida que se hace en ella.

—¿Amigo de la monarquía?

—Dígalo la muestra de mi casa: las flores de lis son el símbolo de la legitimidad francesa.

Por lo visto el fondista era un socarron cumplido, que se amolda-

ba perfectamente á las circunstancias. Verdaderamente habia nacido para hombre público, y de fijo que los mejores pasteles de su confeccion no eran los que salian de su cocina. Al oirse interrogar con tanto empeño por el viajero, creyóse buenamente honrado con la confianza de algun gran diplomático, y metido de patitas en un asunto de estado.

—Está bien: puede V. prestar un gran servicio á la causa del órden y de la legitimidad en España.

—Señor escelentísimo... Soy cuerpo y alma un humilde servidor de V. E.....

—Suprima V. tratamientos que á nada conducen.

—Tanto favor, señor ministro estraordinario.....

—Hombre, hágame V. la merced de no decir desatinos: ni yo tengo escelencia, ni soy tal ministro, ni se trata de otra cosa que de dar caza á un pícaro muy ladino, que hasta ahora se ha escapado de la persecucion de la justicia, y tras el cual vengo corriendo hace tres meses.

El desencanto del fondista fué completo; de suerte que apenas pudo decir, y esto balbuceando:

—Entonces es V.....

—Un agente de policía que desde Madrid viene siguiendo la pista á un hombre manchado con toda clase de crímenes. Pero como ya he dicho á V. que de todos modos me conviene proseguir mi viaje, y esto supone que tengo con que recompensar largamente al guia, mucho será que entre tanto mozo robusto como aquí se ha juntado, no halle V. uno que quiera ganarse media onza en una noche.

Ocho duros entre aquellos pobres campesinos es una cantidad bastante para decidir al mas remolon de ellos: sin embargo, el fondista se limitó á menear lentamente la cabeza, diciendo:

—Probaremos.

Y encaminándose á un grupo de apuestos mancebos, tocó en el hombro á uno de ellos.

Era un atlético cazador de los montes, que conocia perfectamente todos los senderos del Pirineo y que en cierta ocasion habia dado muerte, cuerpo á cuerpo, á un oso formidable.

—Oye, Fernando, —le dijo el fondista—este señor viajero te pro-

pone ganar ocho duros si le sirves de guia hasta el pueblo de San Adrian. Cuatro horas de ida, una de descanso, cuatro de vuelta, y esta madrugada puedes regresar á tu cabaña con media onza en el bolsillo. ¿Qué te parece?

El formidable cazador examinó el estado de la atmósfera, y tendió el brazo en direccion al norte.

—¿Qué quieres decir con esta pantomima?—preguntó el viajero.

—Quiero decir que dentro de un cuarto de hora la tempestad se nos vendrá encima.

—Supongo que no será la primera que te haya sorprendido en el monte.....

—Ni la última.

—Entonces ¿qué es lo que te detiene?

—Para ir á San Adrian hay que pasar por el bosque negro.....

El cazador de osos pronunció estas dos últimas palabras con un acento muy parecido al del miedo.

—¿Y qué tiene que ver que un bosque sea negro ó blanco? Supongo que de noche todos los bosques tienen el mismo color. Con que, responde si te conviene ó no ganar esta moneda.

Y sacó del bolsillo una media onza nuevecita, á la cual volvió los codiciosos ojos el cazador, que nunca quizás habia visto otra igual tan cerca de su faltriquera. La tentacion era grande; pero la lucha fué breve: el valiente montañés rehusó servir de guia al viajero, á menos que este retardase hasta el alba el proseguir su camino.

Despues del cazador de osos, varios mancebos, todos ágiles y robustos, fueron sometidos á la prueba de la misma moneda. Cada uno de ellos se ofrecia á atravesar la Francia por menos dinero, y no obstante ninguno aceptó el contrato, ni aun doblando la recompensa. El inconveniente era igual en todos: ninguno queria atravesar el bosque negro, de noche y durante la tempestad.

El viajero se arrojó en un banco, despechado y llamándoles á todos cobardes y supersticiosos.

A todo esto, el pronóstico del intrépido cazador amenazaba realizarse muy pronto: el cielo se habia encapotado de un modo visible aun entre las tinieblas de la noche, y sordos rumores se oian en el espa-

cio, como si los espíritus del monte trabaran entre sí tétricas conversaciones.

Algunos de los convidados á la fiesta se habian puesto ya en camino, huyendo de la próxima tormenta; los restantes cogieron sus instrumentos y sus armas, y en cuadrillas, como habian venido, regresaron á sus hogares, entonando alegres cantos y mandando á larga distancia el eco de los chillones acordes de sus grallas, acompañados con los golpes secos de un largo y estrecho tamboril.

Al cabo de breves instantes reinaba el mayor silencio en el sitio que aquella misma tarde habia sido teatro de alegres y bulliciosos bailes y comilonas. A la luz de las hogueras mal estinguidas se veian perfectamente los únicos personajes que habian permanecido en la plataforma de la fonda.

El viajero, paseando á lo largo y á lo ancho, con muestras de grande impaciencia; y el fondista dando prisa á los mozos y criadas para quitar las mesas, y de cuando en cuando dirigiendo á su huésped palabras de consuelo. En una de estas evoluciones se detiene, mira á un estremo del patio, corre al activo enviado de la policía madrileña, y entre contento y miedoso, le dice:

—Ya tiene V. lo que le hace falta.

—¿Un guia?—preguntó en seguida el viajero.

—Sí, señor, un guia que le servirá á V. por mucho menos de lo que V. ofrece.

—¿Dónde está ese hombre benemérito?—esclamó el huésped pasando del enojo al entusiasmo.

—Véale V.—contestó el fondista, estendiendo el brazo en direccion de la única mesa que faltaba levantar.

Con efecto, detrás de aquella mesa, sentado humildemente en la punta de un banco, inmóvil, apoyada la cabeza en las manos y las manos en un grueso baston, veíase á un hombre, cuya apariencia pacífica y actitud tranquila en nada justificaban la alarma, ó digamos mejor, el miedo que súbitamente manifestó el semblante del fondista.

CAPITULO II.

El guia.

Nuestros lectores no habrán olvidado que hace poco, al darles cuenta del banquete con que se festejaba el casamiento de la hija del dueño de la *Flor de lis*, les hemos hecho notar la estraña evolucion verificada por algunos convidados que silenciosamente habian abandonado su sitio en la mesa.

Aquella evolucion, de la cual nadie hizo caso, tenia por causa la aparicion del personaje designado como guia del forastero por el fondista complaciente del Portús.

Antes, empero, de ocuparnos de ese nuevo personaje, vamos á decir algo de aquel que ya en el capítulo anterior ha ocupado nuestra atencion.

El impaciente viajero, ó mejor el agente de policía español, era un hombre entrado ya en años, verdadero tipo de esas naturalezas robustas, que despues de haber luchado y vencido los escesos de una juventud borrascosa y una edad madura no muy tranquila, parece que hayan plantado un jalon en el sendero de su vida, como diciendo: este es el término de los años; de aquí no se pasa.

Su fisonomía no es muy simpática: sus ojos tienen un mirar torcido bastante comparable al de ciertas aves de rapiña, y este defecto parece en él mas bien hijo del hábito, que desgracia física; y sus labios

delgados y fuertemente pegados uno á otro, indican que la codicia debe haber hecho grandes estragos en su corazon.

Tratándose de un codicioso, quizás diríamos mas bien en el corazon de los demás.

Examinando detenidamente á este personaje, se nos figura que no es la vez primera que hemos visto su poco simpático gesto. Existe entre nuestros recuerdos algo que se parece al agente de policía; una memoria vaga, una de esas semejanzas que adivinamos sin saber á quien pertenecen, nos dice que no es esta la vez primera que encontramos á este hombre en el decurso de nuestra historia.

Sucede con mucha frecuencia que en el número de nuestras relaciones, ó quizás paseando por la calle, nos detenemos á contemplar ciertos semblantes que escitan nuestra curiosidad, haciéndonos esclamar mentalmente:

—Yo conozco á este hombre...

Y á veces acertamos en nuestras suposiciones, y nos equivocamos á veces; pero de todos modos es lo cierto que se escita nuestra curiosidad y que haríamos muchas veces algun sacrificio para salir de dudas en el acto.

Nosotros nada cierto podemos decir respecto del viajero que nos ocupa; pero, sorprendidos tambien por un recuerdo que ha traido á nuestra memoria su semblante, vamos á comunicar nuestras sospechas á los lectores.

¿No es verdad, amigos mios, que el agente de policía español se parece á cierto D. Jacinto, á quien hemos visto figurar al principio de este libro? ¿Tienen Vds. presente á D. Jacinto?

Es aquel jugador de fullería emisario de usureros y comisionado de cierta D.ª María de las Mercedes de Riofrio, viuda de Alcázar; es el bribon que proporcionó á un tal D. Jorge Gomez, jóven incauto, los medios para contraer las primeras deudas de su vida; es quien condujo al propio D. Jorge á cierto cafetin sospechoso, donde trabó relaciones con su pérfido amigo D. Carlos Varner, gracias á cierta pantomima, quizás ensayada de antemano, en que el D. Carlos apareció como un reparador de agravios á los ojos de la víctima que muy de antemano venia acechando.

Con que, ya recordarán Vds. quien es D. Jacinto. Por nuestra par-

te no podemos asegurar que sea efectivamente el personaje que tanta prisa muestra para proseguir su viaje; pero supongamos que así fuese, creemos que nuestros lectores no llevarán á mal que les digamos alguna cosa de aquel su antiguo conocido, que á nosotros se nos figura ser el mismo á quien volvemos á encontrar en la fonda francesa de la *Flor de lis*.

Durante la época de la dominacion de España por los imperiales, D. Jacinto tuvo la debilidad de *afrancesarse*, lo cual trajo por consecuencia que al advenimiento de Fernando VII tuviera que emigrar, con otros tan buenos patriotas como él, al estranjero. Algun tiempo despues, y gracias á la iniciativa de D. Rafael del Riego, la nacion española entró en la senda constitucional inaugurada en Cádiz durante la famosa guerra de la independencia. Entonces D. Jacinto, que habia permanecido en Argel, por temor á la restauracion que se estaba verificando en la mayor parte de los estados europeos despues de la caida de Bonaparte, se trasladó á Francia, donde era bastante mal mirado el movimiento español.

Nuestro hombre se estableció en Perpiñan y halló medio de hacerse bienquisto de las autoridades borbónicas, á cuyos ojos se hizo pasar por un descontento de los asuntos de su patria, de suerte que cuando el señor rey D. Fernando tuvo á bien olvidarse de cuanto habia prometido y aun jurado, para alzarse de nuevo con el cetro absoluto del pueblo español, ordenando que volvieran las cosas al ser y estado que tenian antes de la revolucion, que él aceptó cuando creyó que no le quedaba por de pronto otro recurso, D. Jacinto regresó á Madrid, escoltado por aquellos cien mil hijos de San Luis que venian á imponernos la poco envidiable civilizacion del despotismo.

Con los antecedentes que de él se tenian, las recomendaciones de las autoridades francesas, y sobre todo lo mucho que peroró en los cafés contra los liberales, le fué muy fácil encontrar un destino en la policía, cargo que se encargó de hacer productivo por medios infames y que fueron causa de muchas lágrimas.

En aquella época de reaccion y de venganzas era sumamente fácil sacar dinero por intimidacion á los débiles de espíritu, y aun á los fuertes, que sabian por esperiencia con cuanta facilidad, mediante una simple denuncia, se pasaba desde el seno del hogar doméstico al

fondo de un calabozo, muchas veces á un innoble presidio, y harto á menudo por desgracia, á lo alto de un infamante cadalso.

Durante el desempeño de su nuevo destino, reanudó D. Jacinto sus antiguas relaciones con el inmoral Varner, que paseaba por las calles de Madrid su holgazanería y su miseria. Hacia ya años que el feroz caballero de industria se hallaba contrariado por su ingrata suerte, la cual, despues de haberle encumbrado á espensas de crímenes tan escandalosos como aquellos de que fué víctima el pobre Jorge Gomez, se habia complacido en sumirle en la mayor miseria, rebajándole á la humilde condicion del petardista de café y garito. Ya comprenderán nuestros lectores que el tal Varner no era hombre para vivir entre la hez de la sociedad por mucho tiempo, á lo menos voluntariamente. Imposibilitado, empero, de realzarse por sí mismo, gracias á su general descrédito, se hallaba discurriendo la manera de encontrar á toda costa un instrumento de sus viles proyectos, cuando la casualidad le deparó á su antiguo cólega D. Jacinto, que reunia cuantas condiciones pudiera apetecer D. Carlos para enriquecerse pronto y á poca costa.

Los pícaros se entienden con una facilidad suma, á lo menos antes de cometer sus crímenes: las dificultades surgen generalmente entre ellos á la hora de repartir el botin. Lo que acontece generalmente, aconteció asimismo en nuestro caso. D. Jacinto y Varner se alzaron con la riqueza de una familia desgraciada, abusando el primero, bajo la direccion del segundo, de la fama que habia adquirido de ser el mas cruel de los polizontes de Madrid.

Pero fué lo peor del caso que, á lo mejor, desapareció D. Carlos con el santo y la limosna, y su digno compañero juró tomar en él una ejemplar venganza. Esto habia tenido lugar un año antes de los acontecimientos que hemos referido al principio de la tercera parte de nuestro libro.

Este año lo habia empleado D. Jacinto en ponerse sobre las huellas de su compañero, y como hubiera podido descubrir que D. Carlos se hallaba en el vecino reino de Francia, habia obtenido del gobierno español ser nombrado para una comision bien poco envidiable, ó sea para espiar los movimientos de los liberales que se habian escondido en los pueblos inmediatos á la frontera.

Provisto de toda suerte de recomendaciones partió de Madrid resuelto á vengarse de una manera horrible, y habia empleado medio año en adquirir noticias de D. Carlos. Por último, y cuando ya habia renunciado á apoderarse de su traidor amigo, creyó descubrir su paradero, y aunque no estaba muy seguro de dar con él, ni las noticias adquiridas dejaban mucho que esperar respecto al recobro de lo perdido, sin embargo la prisa que hemos visto demostrar á D. Jacinto nos prueba el empeño decidido que tenia para esterminar á Varner.

Además, tenia el polizonte otro motivo muy poderoso para odiar de muerte al caballero de industria. Poseia este los secretos del funcionario público, tenia medios con que perderle ante el gobierno y hacerle castigar por sus delitos; y como D. Jacinto no tenia motivo alguno para dar fe de la lealtad y caballerismo de su cómplice, antes bien los tenia y muchos para garantir su mala índole, de aquí que su tranquilidad corriera parejas con la seguridad que le proporcionase el destino que pensaba dar á su amigo íntimo.

En verdad que Dios atiende perfectamente á la conservacion de su obra y á purgarla de enemigos. Si en los impenetrables arcanos de su sabiduría permite que haya pícaros en el mundo; en cambio tiene las cosas tan bien dispuestas que tarde ó temprano esas fieras de la sociedad se devoran unas á otras, ni mas ni menos que lobos hambrientos ante una presa apetitosa.

Ya, pues, que conocemos á nuestro diligente viajero, continuemos el hilo de la interrumpida escena.

El hombre á quien el fondista habia designado como probable y económico guia de D. Jacinto, no pareció atender á que de él se trataba entre los dos personajes de su compañía. Hay mas, por su impasible inmovilidad parecia que ni aun de aquella compañía se habia apercibido.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó el viajero al fondista.

—Es... Yo no sé quien es, caballero: hace unos catorce años que apareció por primera vez en estos lugares y nadie ha sabido de donde venia, ni que es lo que buscaba.

—Pero supongo que en este país los hombres no caen llovidos del cielo.

—Y supone V. muy bien; pero el hombre que nos ocupa, si no ca-

yó llovido del cielo, bien puede ser que le hubiera abortado la tierra; pues todo lo que se supo de él en un principio es que moraba en una choza abandonada en el corazon del bosque negro.

—¿De ese bosque que tanto miedo infunde á las gentes del país?

—Del mismo, y esto contribuyó no poco á rodearle de cierta aureola poco envidiable. Los vecinos del distrito empezaron á murmurar acerca del hombre aparecido, del hombre salvaje, como dieron en llamarle, y tanto crecieron los rumores, que al fin y al cabo el adjunto del señor maire se decidió á hacerle una visita para poner de una vez en claro todas las dudas.

—¿Y qué resultado dió el paso del señor adjunto?—preguntó el viajero cuya curiosidad empezó á picarse con el relato de este acontecimiento estraño.

—Un resultado muy poco agradable, por de pronto. El hombre salvaje le enseñó sus papeles, que estaban en toda regla, y en seguida le advirtió que si otra vez volvia á importunarle con su presencia, lo pasaria mal sin duda, y que del mismo modo podia prevenírselo á los que sin motivo ninguno murmuraban de él.

—Verdaderamente ese hombre era un salvaje.....

—Verá V. La respuesta que nos trasladó el Sr. adjunto no era para tranquilizar á nadie ciertamente. Los mozos del país se juntaron para decidir algo sobre el particular, y la mayoría resolvió dar una batida general al bosque.

—Como si se tratase de dar caza á una fiera.....

—Exacto. Y así se hizo como se dijo. Yo fuí uno de los que marcharon con la columna de ataque, y tengo tan presente como si fuera ahora mismo lo que nos aconteció en la memorable espedicion.

—¿Y qué fué?—preguntó D. Jacinto cada vez mas interesado en conocer el desenlace.

—Lo menos que pudiera V. figurarse. Vamos, si lo estoy viendo, y me parece imposible.....

—Al grano, al grano.

—El grano es que mas de cuarenta mocetones muy bien armados dimos al bosque la batida.

—¿Y se halló la cabaña?

—Naturalmente; y se la puso sitio en regla. La puerta se hallaba

cerrada y descargamos sobre ella repetidos golpes. Al principio, y gracias al silencio que todos guardábamos, creimos percibir en el interior de la cabaña gritos agudos, ayes de dolor, que verdaderamente traspasaban el corazon. Hubo hombre de los nuestros que á pié juntillas creyó que el enemigo comun estaba cometiendo algun crímen horrible, y esto redobló el furor de los sitiadores. Los golpes aumentaron, nadie abria la puerta, se nos figuró que llegaríamos tarde para evitar que aquel crímen se consumase, y por acuerdo unánime se resolvió echar abajo la puerta.

—Debieron Vds. haberlo hecho mucho antes.

—¡Ca!... No, señor. Si ahora viene lo mas sorprendente. La puerta resistió muy poco: al primer culatazo habia saltado convertida en astillas; y un momento despues habíamos invadido en tropel la cabaña. ¡Qué triste verdad se ofreció entonces á nuestros ojos!... El hombre salvaje, como habíamos dado en llamarle, se hallaba junto á un lecho de sucias pajas, encima del cual una mujer, jóven aun, acababa de dar á luz una niña hermosísima.

—¿Qué me dice V.? Es una historia prodigiosa. A ver... Prosiga usted.

—Nuestro primer movimiento fué de retroceder un paso, avergonzados de nuestra malhadada curiosidad: en cuanto al personaje contra quien nos habíamos reunido, apenas hizo caso de nuestra presencia: tan preocupado le tenia la escena en que se hallaba tomando una parte tan interesante. Entonces asaltó nuestro corazon un pensamiento bien distinto del que un momento antes nos impulsó á derribar la puerta; mas para comprender la reaccion que se obró en nosotros, era preciso haber contemplado de cerca el cuadro que se presentó á nuestros ojos. ¡Qué miseria, señor, qué miseria! Figúrese V. que la choza habia sido abandonada por unos cabreros: el lecho ya le he dicho á V. que consistia en unos cuantos puñados de paja, y la pobre criatura recien nacida no tenia mas abrigo ni calor que el cuerpo de su calenturienta madre...

—Pero el marido, el hombre salvaje, como Vds. le llamaban ¿quién era?

—¿Qué sé yo quien era? ¿Le parece á V. que la situacion era para andarse en interrogatorios?

—Entonces ¿qué es lo que hicieron Vds.?

—Lo único que por de pronto podia hacerse; acudir á nuestros bolsillos y depositar su contenido en manos de aquel desdichado, que aceptó nuestras limosnas llorando de gratitud.

—¿Y desde entonces, no ha salido del bosque?

—Allí continua viviendo, si es vivir hallarse privado de lo mas necesario para la vida.

—Pero ¿de qué se mantiene?

—De milagro, señor, ó poco menos. El es leñador, pero la mitad del tiempo no encuentra trabajo, y la otra mitad no puede desempeñarlo por enfermo. Así es que en trece años ha envejecido un siglo.

—¿Y su mujer y su hija no son mas comunicativas que él?

—Nunca han salido del bosque si no es los dias festivos para oir misa en una ermita inmediata. ¡Pobre mujer!... Asegura la mia que debe haber sido muy hermosa, y que su semblante es un modelo completo de la mas santa resignacion. Gracias á ella, las gentes del país han respetado á su marido, que nada ciertamente tiene de amable. ¡Es lo mas estraño que puede V. figurarse! Apenas habla, apenas mira, se le ve muy de tarde en tarde, y lleva una existencia tan misteriosa y se esconde tanto á la vista de las gentes, que estas se han acostumbrado á tenerle un miedo, que nada justifica, pero cuyos resultados ha visto V. hace poco. ¿Porqué cree V. que ninguno ha querido servirle de guia esta noche? Por que para ir al punto que usted desea hay que atravesar el bosque negro, y en este bosque habita Jorge.

—¡Jorge!—esclamó el viajero con una conmocion violenta.

—Así se llama nuestro hombre. ¿Le conoce V. acaso?

—Difícil es contestar á esta pregunta: hay tantos Jorges en este mundo. Sin embargo, póngame V. en relaciones con ese estraño personaje. Tengo curiosidad de examinarle á fondo.

El dueño de la *Flor de lis* se encaminó lentamente hácia el desconocido, que ni siquiera habia cambiado de actitud desde su llegada: el viajero permaneció un momento pensativo y como evocando lejanos recuerdos, hasta que sacudiendo la cabeza sin duda para rechazar una idea estúpida, murmuró:

—Jorge... Jorge se llamaba aquel otro... Pero ¡ca! es imposible.

Pues si salió de Madrid lleno del oro que le habian valido sus estafas y falsificaciones...

En esto el fondista se habia juntado con el pobre leñador, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¡Hola! maestro Jorge... ¿cómo va ese valor? Y la costilla ¿sigue buena? ¿Y la niña? tan linda como siempre ¿eh? A fe que con el tiempo hará un buen casamiento, y por cierto que yo me he de alegrar muchísimo cuando lo haga.

El leñador levantó la cabeza, contempló á su interlocutor un momento, y limitóse á responder:

—Gracias.

Y volvió á tomar su anterior postura. Pero con el simple movimiento de cabeza que habia hecho, puso de manifiesto su semblante á los ojos del curioso viajero, que al verle no pudo menos de esclamar:

—¡Qué disparate! Ni sombra tiene siquiera de aquel otro que yo me figuraba...

Aquel otro ya comprenderán nuestros lectores que era el infeliz y culpable Jorge Gomez.

La esclamacion de D. Jacinto era del todo procedente. El semblante del leñador, visto á la estraña claridad de las amortiguadas llamas, no era para ser confundido con otro alguno. Su fisonomía era fuertemente acentuada y de una regularidad admirable en el contorno; su mirada era viva y penetrante, no exenta de un sentimiento de desprecio que participaba en algo del odio; su frente era elevada y despoblada de cabellos, lo mismo que la mayor parte de la cabeza; su barba crecida y completamente descuidada; su traje una coleccion de harapos de los cuales diríamos que no los habria aprovechado un pobre á no ser porque estamos viendo que uno de estos los habia aprovechado. Tenia quitado su viejo sombrero de anchas alas, y el baston en que apoyaba sus manos era propiamente un garrote que hubiera podido dar que sentir á un toro, mediante ser blandido por un brazo robusto.

Era difícil desde luego calcular la verdadera edad de aquel hombre; pero se podia comprender que no era tan anciano como á primera vista aparentaba: en la ruina de aquel humano monumento habia

entrado por mas la miseria y el descuido, el dolor y la necesidad, que el tiempo.

Hay que añadir que su rostro se hallaba sumamente pálido, y que de cuando en cuando se balanceaba sobre sí mismo como una persona que sintiera vahidos, cuya causa nos era revelada por una que otra mirada dirigida á los restos del finido banquete, esparramados aun encima de algunas mesas.

El infeliz tenia hambre... ¡Oh! Ya sabemos que un gran número de personas que nunca han comido el pan con el sudor de su frente, sonrien con aire de duda cuando leen que algunos de sus hermanos, algunas de esas criaturas que reconocen á un mismo padre celestial, han sido víctimas del hambre.—¿Acaso es cierto que se padece de hambre en el mundo?—preguntan los heliogábalos del siglo.

Dios no os tome en cuenta semejante duda; pero creednos, es un crímen, un insulto dirigido á la miseria, que un dia pudiera haceros avergonzar de vuestra crueldad, hija de vuestra ignorancia.

Tenia, además, nuestro leñador la respiracion fatigosa, consecuencia sin duda del cansancio, pues á juzgar por el polvo de su traje debia hallarse de vuelta de una penosa y larga caminata.

Volvamos ahora al diálogo, harto económico por cierto, que se hallaba sosteniendo con el fondista.

El *gracias* á secas que Jorge habia pronunciado no era para animar ninguna conversacion; pero el hostelero de la *Flor de lis* era un escelente y compasivo sugeto, que no queria que se desperdiciara para el leñador una ocasion en que este pudiera ganar una cantidad que representaba el pan de todo un trimestre en el interior de la cabaña del bosque negro.

—Compadre Jorge,—dijo al desgraciado—parece que la caminata ha sido larga. ¿De dónde se viene?

—De Perpiñan—contestó el interpelado con su habitual laconismo y en voz muy débil.

—No es mala jornada. ¿Habrá V. salido muy de mañana?

—Al despuntar el dia.

—Pues no habrá dejado V. de sentir algun fresco durante el camino.

Era una crueldad hablar de frio á un hombre que apenas cubria

su desnudez con algunos harapos. Sin embargo, sea dicho en honor á la verdad, el fondista obedecia á un sentimiento de pura compasion.

Jorge no dió respuesta alguna; pero en ningun caso venia mejor aquello de: quien calla, otorga.

—Vamos, buen hombre—prosiguió el hostelero—de aquí á su cabaña de V. falta todavía un buen trecho... No le vendrá á V. mal tomar un refrigerio para reanimar ese valor que empieza á decaer.

El leñador dirigió al fondista una mirada de gratitud, y ese último colocó encima de la mesa un buen pedazo de carne, un panecillo blanco y tierno, y media botella de vino.

—Ea,—dijo—coma V. sin aprension. Hoy se ha casado mi hija, y todo el mundo debe alegrarse de este acontecimiento, que promete un heredero directo para la acreditada fonda de la *Flor de lis*.

—Un matrimonio...—murmuró Jorge enternecido—¡Dios le depare mejor fortuna que al mio!

—¿Hace mucho que está V. casado?

—¡Treinta años!...

—Y vamos á ver ¿cuántos hijos ha tenido V. durante tan largo período de tiempo?

El leñador no respondió al pronto: recapacitó un punto, y contestó luego:

—Uno tan solo: la niña que V. sabe.

—No es mucho en treinta años... Pero ¿qué hace V., hombre, que no come? ¿En qué piensa V.?

—Pienso en que voy á regalar mi cuerpo, cuando tal vez en mi cabaña dos mujeres no tienen pan que llevar á la boca...

El fondista volvió la espalda para ocultar su enternecimiento, y Jorge aprovechó aquel momento de distraccion de su interlocutor para ocultar en su zurron el panecillo y la mayor parte del pedazo de carne, operacion que llevó á cabo con suma presteza y diciendo entre dientes:

—¡Para mi familia!...

El bueno del hostelero se sintió vencido al escuchar estas últimas palabras. Recogió cuanto pan y cuanta carne encontró encima de las mesas, y poniéndolo todo delante de Jorge, dijo:

—Ea, recoja V. todo esto, y dése un buen dia esa familia en que piensa V. con tanto celo.

El leñador se levantó del banco en que estaba sentado é hizo ademan de querer besar la mano de su bienhechor; pero este se sustrajo del modo brusco que emplean los que quieren ser menos buenos de lo que realmente son, y fué á reunirse con el viajero, que habia contemplado en silencio aquella escena.

—Vamos:—dijo el fondista á D. Jacinto—hágale V. proposiciones y verá como las acepta. ¡Es un escelente padre de familia! Vea V. lo que trae el juzgar por las apariencias: en el país hasta los mendigos le rechazan como si fuera un perro. Pues ¡no, señor! todo menos cometer una injusticia...

D. Jacinto no hizo caso alguno del locuaz enternecimiento del fondista: se hallaba pensativo, y despues que hubo contemplado un buen rato al llamado Jorge, se fué hácia él lentamente, y tomó asiento al otro estremo de la mesa en que aquel daba principio á su inesperada comida.

Cuando el mendigo reparó en su nuevo visitador suspendió la empezada ocupacion, y segun su costumbre ocultó como pudo el semblante y aguardó á ser interrogado.

—No interrumpais vuestra comida, buen hombre;—le dijo D. Jacinto—cuando hayais terminado, os diré que es lo que espero de vos y lo que vos podeis esperar de mí.

Jorge no tan solo siguió el consejo del viajero, sino que apartando lejos de sí el plato que tenia delante, se puso á contemplar á D. Jacinto con una atencion tan particular que no podia menos de llamar la de su interlocutor. Este, sin embargo, no hizo gran caso de aquella viva curiosidad, y viendo solamente que el leñador no parecia dispuesto á proseguir su ocupacion gastronómica, le dijo:

—¿Conoceis los senderos del Pirineo?

—Perfectamente—contestó Jorge algo maquinalmente.—Hace trece años que los recorro en todas direcciones.

—¿Podriais servirme de guia hasta uno de los pueblos del monte, al cual debo llegar cuanto antes?

El leñador levantó la cabeza, y en seguida en la punta de un dedo recogió una gruesa gota de lluvia que habia caido en su ros-

tro. Pero esta pantomima no fué acompañada de palabra alguna.

—¿Quereis decirme que la tempestad amenaza desencadenarse? Yo no la temo, buen hombre, y á menos que no seais vos aquel á quien asuste.....

Jorge se encogió de hombros significando lo muy tranquilo que le tenia la lluvia ó la sequedad.

—¿Entonces no teneis inconveniente en servirme de guia?..... Os daré cuatro duros por vuestro trabajo.

El mendigo, sin dar respuesta alguna, se caló el sombrero, tendió la mano para recibir las monedas, y empuñó su nudoso baston de viaje, significando su poca dudosa determinacion.

—¡Magnífico!—esclamó D. Jacinto, poniendo los cuatro duros en manos del leñador—así me gustan los hombres... Listos, dispuestos siempre y resueltos á todo.

—¿A dónde vamos?—preguntó el leñador.

—A San Adrian—respondió el viajero.

El valeroso guia se detuvo de pronto y en su semblante se juntó el dolor de la contrariedad.

—Si va V. á San Adrian,—dijo—tiene V. que dispensarme; no puedo guiarle.

—¿Por qué?—esclamó sorprendido el viajero al ver la repentina mudanza del leñador.

—Porque el punto que me indica V. se halla dentro de los límites de España, y yo no puedo salir de los límites de Francia. Tome usted, tome V. sus cuatro duros, y déjeme proseguir en paz el camino de mi choza.

La conducta del llamado Jorge era para llamar la atencion del hombre menos curioso, y máxime la de un agente de policía. D. Jacinto permaneció un buen rato contemplando á su interlocutor; pero cuanto mas prolongaba su exámen, mas aumentaban los síntomas de su incredulidad.

—Vamos, es imposible...—repetia á cada instante.—Es imposible de todo punto.

Y luego, como herido por un rayo de luz, contempló al leñador, y le dijo:

—Me han dicho que teneis una hija: ¿cómo se llama, buen hombre?

El leñador dudó un momento, pero en seguida contestó:

—¿Por qué me lo pregunta V.?

—Me han asegurado que es una muchacha digna de mejor suerte.....

—Se halla contenta con la que le ha cabido, y á nadie molesta para cambiarla.

Al dar esta respuesta el acento de Jorge se habia vuelto de repente sombrío y brusco. El viajero creyó que por el medio intentado nada conseguiria descubrir, y sin embargo, su curiosidad aumentaba á medida que encontraba mayores dificultades para satisfacerla.

—¿Es V. español?—dijo.

—Lo soy.

—¿Ha vivido V. en Madrid?

El leñador no contestó y dirigió una mirada de desconfianza á don Jacinto.

Este parecia sostener una lucha con su incredulidad, y para salir de dudas arriesgó la última prueba. Miró fijamente al mendigo, y sin quitarle el ojo, le dijo:

—Yo he conocido en Madrid á un caballero que llevaba vuestro mismo nombre...

—Me es indiferente—contestó el leñador, volviendo la espalda á D. Jacinto.

—El hombre á quien me refiero se llamaba D. Jorge Gomez.

Al oir estas palabras se estremeció el mendigo, como una mujer tímida á cuyo lado se disparara de improviso un cañonazo. Clavó en D. Jacinto una mirada llena de terror y de odio, estendió hácia él los brazos en ademan amenazador; luego retrocedió algunos pasos, y en seguida echó á correr distraido, como sin duda correria Cain al escuchar la voz del Señor, una vez cometido el primer homicidio.

En aquel momento estallaba la tempestad con sin igual furia.

Y fué de notar que al separarse de una manera tan brusca los dos interlocutores, unas mismas palabras salieron de sus labios, aunque pronunciadas con acento verdaderamente distinto.

—¡Es él!—esclamó D. Jacinto quedando estático de sorpresa.

—¡Es él!—esclamó Jorge con voz amenazadora y tonante, desapareciendo entre las tinieblas.

El viajero se aproximó al fondista, que lleno de admiracion contemplaba aquella escena desde el soportal de su establecimiento, y en tono confidencial le habló de esta manera:

—Dígame V., amigo mio. ¿Sabe V. cómo se llama la esposa de ese desdichado que de tal manera se ha escapado sin despedirse de ninguno de nosotros?

—Lo que es el nombre de la madre le ignoro: la hija fué bautizada con el de Amelia.

—Amelia... No me cabe duda alguna; es el mismo. Pero de todos modos, vamos, repito lo que vengo diciendo desde que no le he visto: ¡parece imposible!

—¿Conoce V. á Jorge?—preguntó el fondista interesándose en la complicacion que iba teniendo aquella escena inesperada.

—Hace mas de treinta años. Y por lo mismo que le conozco, voy á darle á V. un consejo.

—¿Qué consejo?—dijo el hostelero que empezaba á sentir cierto inesplicable recelo.

—No se trate V. con ese hombre...

—¡Qué he de tratar!... Pero, dígame V. ¿quién es él?

—No permita V. que ninguno de su familia, ni amigo siquiera, se trate tampoco.

—Por de contado.... Mas dígame V. ¿quién es ese hombre?

—No permita V. que frecuente esta casa, ni aun siquiera que se siente, para descansar, á la sombra de sus paredes.

—Le azuzaré el perro si se atreve á presentarse. Pero sáqueme usted de apuros, dígame V. quien es ese teñador de los infiernos.

—Es un delincuente, á quien mañana mismo solicitaré del gobierno francés que le sea aplicada la ley de estradicion de los criminales.

—¿Tan grande es el delito que ha cometido?...

—Tanto que desde ahora desisto de proseguir por hoy mi proyectado viaje.

El fondista temblaba de piés á cabeza como un azogado. ¡Haber socorrido á un criminal de tal naturaleza!... Casi, casi, habia en esta simple accion un punto de complicidad.

—Señor viajero, —dijo—yo le agradezco á V. mucho esas confiden-

cias, y crea V. que no han caido en saco roto. Mañana mismo pienso organizar una nueva batida, y yo le prometo al tal Jorge que él y todos los de su familia dormirán en la cárcel la noche próxima.

—Y hará V. perfectamente; porque, sépalo V. de una vez: el motivo de no haber querido poner el pié al otro lado de la frontera española, es porque en España se halla condenado...

—¿A qué?...—preguntó el honrado fondista, mas muerto que vivo.

—¡A muerte!...

Apenas D. Jacinto habia pronunciado esta palabra, que el hostelero repitió como un eco, se oyó una detonacion cercana, y el viajero, el agente de policía, el antiguo emisario de los usureros de Madrid, cayó redondo al suelo, atravesado el corazon por un balazo.

Al siguiente medio dia la fonda de la *Flor de lis* presentaba un aspecto imponente.

Sus avenidas se hallaban ocupadas por numerosas guardias de gendarmería francesa, y en el interior un comisario de policía estaba tomando declaraciones á huéspedes y dependientes, enviando comunicaciones, previniendo á las justicias y tomando todas aquellas medidas que su práctica le dictaba para capturar al autor del atentado contra el infeliz D. Jacinto.

El único que podia dar algunos detalles sobre el homicida presunto era el dueño de la fonda; pero este sentia una pasion tal de miedo hácia la que él creia ejecutiva venganza y buena puntería del hombre del bosque negro, que transigiendo con la verdad, en provecho propio, se limitó á decir que la bala habia atravesado al viajero en el momento de retirarse al establecimiento, á tiempo que platicaba de asuntos indiferentes; no pudiendo el declarante añadir otra cosa sino que el difunto habia manifestado un tenaz empeño por llegar aquella misma noche al pueblecito de San Adrian, donde pensaba apoderarse de un pícaro muy solapado, que segun noticias se habia refugiado allí.

Esta declaracion, que hasta cierto punto era de entera conformidad con lo acontecido, fué causa de que el comisario instructor de las di-

ligencias tendiese sus redes sobre el indicado pueblo, poniéndose de acuerdo con la justicia española de aquel punto.

Despues de lo cual, y con el sentimiento de no haberse podido llevar preso alguno, se retiró el comisario con la mayor parte de su gente, encargando á los dueños de la fonda le diesen cuenta de cualquiera novedad ó descubrimiento que tuviese lugar, procediendo á la detencion de todo sospechoso.

En cuanto al muerto, se le dió sepultura, y nada mas.

Ninguno le conocia, y despues de hacerle merced de aquella semicompasion oficial que se traduce con un frio ¡pobre hombre!... ninguno se acordó de él, ni á nadie dió mal rato su fin desastroso.

Volvia la fonda á recobrar su fisonomía habitual, á escepcion de la del dueño, á quien se le figuraban bandoleros hasta los grupos de árboles; cuando por el camino real y á paso muy lento venia en direccion á la *Flor de lis* un estraño personaje, en quien nadie reparó mas allá de lo que por su clase merecia.

Era un mendigo.

En las fondas de los pequeños pueblos hay generalmente un cobertizo, en el cual se arroja la paja que se ha empezado á poner inservible, y que sirve de cama á cuantos mendigos y vagabundos se hallan sorprendidos por la noche en aquel punto. El cobertizo no tiene puerta ni mas resguardo que el techo, y aun este cuando el sol no se abre paso entre sus rendijas ó la lluvia no se cuela por entre los remiendos de hojarasca que al tejado le han sido echados.

A este punto de la fonda se encaminó directamente nuestro mendigo. Una vez en él, escondió su zurron entre la paja, y tendiendo el cuerpo sobre la paja y sobre el zurron, sin soltar por esto el enorme baston, compañero inseparable del mendigo de oficio, al breve rato se quedó profundamente dormido, como le acontece á aquél que nada tiene y nada espera. Y sin embargo, aquel estado distaba mucho de ser el sueño del justo.

CAPITULO III.

Un rico y un pobre.

Un mendigo que se acuesta en el pajar de una fonda, abierto al viento por todos lados, duerme lo que tiene sueño, en la seguridad de que ninguno de sus negocios se malogrará por falta de actividad. Es un tristísimo consuelo para los que tienen la caja en el bolsillo ageno y cuentan por todo capital con la compasion del público; pero en este mundo del mismo modo que no es oro todo lo que reluce, tampoco es barro todo lo que lo parece; y hay muchísimo tuno holgazan que mendiga de oficio y hace gala de sus harapos y deformidades como un comerciante espone al público los objetos mas tentadores de su establecimiento. Para conseguir este resultado bastan dos sencillas circunstancias: ser vagabundo en grado superlativo y perder la vergüenza. Reúnanse estas dos condiciones en un pobre, y cata ahí un mendigo de profesion del género repugnante de aquél á quien hemos dejado durmiendo en el pajar de la fonda de la *Flor de lis*.

Sin embargo, por insignificante que pueda parecernos este personaje, bueno será que el lector se aproxime á él: los mendigos *en descripcion* son menos temibles que la generalidad de los animados y corpóreos.

El nuestro, digámoslo así, se levantó de su lecho cuando el sol se hallaba ya á una regular altura en el horizonte, y sin cuidar poco

ni mucho de su persona, como si el ser limpio y aseado costase dinero en los paises donde no se paga el agua, se sentó sobre las pajas, examinó si algun compañero podia cometer la imprudencia de mirar lo que no era para visto, y cuando se hubo convencido de que se hallaba completamente solo, sacó el zurron y de su interior un par de pistolas de bolsillo, cachorrillos de cincelado cañon de acero y culatas de marfil elegantemente trabajadas.

Verdaderamente causaba no poca sorpresa que un mendigo sacara de su zurron tan raros mendrugos; pero el que ha estudiado un poco á fondo el tipo de esa mendicidad asquerosa, mercantil, criminal, que comprende el gran número de los pordioseros de los paseos y sitios públicos, sociedades monstruosas entre fingidos ciegos y paralíticos que huyen como gamos en caso necesario, entre supuestos padres de hijos de alquiler y padres, desgraciadamente no supuestos, que alquilan á sus hijos; llagados de farsa, epilépticos de mentira, inválidos del ejército que en su vida han pasado una revista; en fin, la turba infinita de los pobres que roban á los verdaderos desgraciados una compasion que aquellos no merecen; el que conozca á esos cortesanos de la histórica y existente corte de los milagros; no se estrañará de ver que un mendigo guarde en su zurron armas que otros empuñan descaradamente en su mano, siendo así que no son mas útiles para mendigar, ni menos inmoral verlas á disposicion de unos hombres que de contínuo ponen en sus labios el amor de Dios para enternecer al prójimo.

Lo que verdaderamente sorprendia en nuestro dormilon es la elegancia y hasta riqueza de las armas que ocultaba, y la mirada amiga que las dirigió, al mismo tiempo que murmuraba entre dientes:

—Bien, fieles amigas mias... Vosotras sois mas constantes, mas seguras que muchos hombres y muchas mujeres. Muchos años hace que no nos separamos, y cada dia me prestais nuevos servicios... Os estoy muy agradecido, y cuento estároslo aun mas con el tiempo...

Y con un movimiento, repugnante hasta lo sumo, llevó las pistolas á los labios y las besó con el fervor de un creyente que besa una imágen veneranda para él.

En seguida y del interior de una de las muchas bolsas cosidas entre sus harapos, sacó municiones á apropósito, y cargó uno de los

dos cachorrillos, que, á pesar de su pequeño volúmen, calzaban holgadamente su bala de á onza. En seguida reconoció el estado de la carga de su compañero, encontróla bien, hizo ademan de apuntar, se aseguró de la firmeza de su pulso, y bajando luego suavemente el pié de gato, hizo desaparecer dentro del zurron entrambos objetos; acompañándose con una de esas sonrisas falsas, que causan mayor miedo que una amenaza violenta.

Terminada esta operacion preliminar, se puso de pié muy perezosamente, dió á su fisonomía ese aire hipócrita de los mendigos de profesion, y tomó el camino de la fonda, para llegar á la cual tenia que dar un pequeño rodeo, que salvó en muy pocos instantes.

Antes, empero, de asistir á las escenas en que este personaje ha de tomar una parte muy interesante, debemos dar al lector una ligera idea de él, por lo que hace á su parte fisionómica; y para ello le describiremos en ocasion en que el oficio que le produce con que vivir, no le obliga á hacer á su semblante cómplice de la indigna burla que viene haciendo de la caridad.

Figúrense, por lo tanto, nuestros lectores, á un hombre de unos sesenta años, alto aunque un poco doblado de espaldas á causa sin duda de su edad avanzada, enjuto de carnes, curtido el rostro por el sol mas que moreno por naturaleza, oculto el semblante por una espesa barba y poblado bigote, en los cuales las canas son en mayor número que los pelos negros y el descuido tan completo como el de las ramas de un árbol que crece en un bosque vírgen; una boca despoblada y ennegrecida la poca dentadura que en ella se conservaba, y dando espresion á ese conjunto de partes desagradables, unos ojos que tenian el mirar, falso y terrible á un tiempo, de las mas audaces aves de rapiña. Tal es nuestro hombre, vestido, segun hemos dicho, y rematando en un sombrero de labrador, tan roto y grasiento que era posible dudar del objeto con que era colocado en la cabeza de su dueño.

Tal era la perspectiva que presentaba el mendigo, el cual lentamente fué aproximándose á la fonda, y quizás hubiera traspasado el umbral, con esa franqueza peculiar de los pobres exigentes y porfiados, cuando uno de los dependientes del establecimiento, movido á verdadera compasion ó cansado de despedir inútilmente á los muchos

pordioseros que llaman en los pequeños pueblos á las puertas de tales casas, creyó que el mejor medio para obligar á la retirada á nuestro hombre, era decirle:

—Amigo, no estais bien aquí.

—¿Por qué, hermano?—preguntó el mendigo con voz que se esforzaba en debilitar y que, á pesar suyo, salia robusta y bronca de sus labios.

—Porque esta noche ha sido cometido un asesinato en esta casa, y la policía anda prendiendo vagos.

—¿Y qué puede importarme á mí de que la policía prenda á los de mi clase? El tiempo que nos tendrán en la cárcel, seremos alimentados á espensas del gobierno, y esto menos tendremos que trabajar para ganar la vida.

Sorprendido quedó el mozo de esta cínica respuesta, y aun mas de la burlona sonrisa que apareció en los labios del mendigo despues de haberla dado.

—Paréceme—dijo—que los muertos os causan poco miedo.

—¿Por qué han de causarme miedo las gentes imposibilitadas de hacerme daño?

—Ya os he dicho que esta noche se ha cometido un asesinato en esta casa....

—Es una desgracia... Y decidme ¿quién es la víctima?

—Un buen viajero, que tenia gran prisa para terminar su viaje y que realmente lo ha terminado mucho antes de lo que pudo nunca presumir.

—¿Y nada se sabe del matador?—dijo el mendigo, fijando la mirada en el mozo de la fonda.

—De positivo nada se sabe; pero andan barruntos de que no tardará en descubrirse la verdad, porque el difunto tuvo ayer una entrevista casual en este mismo sitio con un personaje muy sospechoso, y el pueblo se ha empeñado en decir que el asesino no es otro que el hombre del bosque negro.

—El bosque negro... ¿Con qué hay un bosque de este nombre en las cercanías?... ¿Hácia dónde?...

—¡Hácia los demonios!—contestó el mozo bruscamente.—¿Pues no estoy perdiendo el tiempo con un hombre que, en lugar de darme propina, va á terminar por pedirme una limosna?

Esta salida, hija de la general codicia del que vive á espensas de la largueza agena, pareció contrariar al mendigo, el cual, no bien observó que el mozo iba á dejarle, se sentó detrás de una mesa con el desembarazo de un viajero comisionista, y llamando fuertemente, dijo:

—Comida por mi dinero.

El criado hizo un movimiento, primero de sorpresa, y luego de duda; pero el inesperado huésped hizo aparecer entre sus dedos una moneda de cinco francos, y alargándola al mozo, prosiguió:

—Traedme lo que gusteis y quedaos con la vuelta.

El criado fué volando á la cocina, mientras el mendigo quedó en actitud profundamente reflexiva. Y en verdad que no le faltaban motivos para estar un poco grave: todo hombre que se despide de su última moneda tiene un derecho á acompañarla con un gran rato de mal humor y de formalidad, y el mendigo pregunton se habia desprendido de todo su dinero para averiguar lo que de otro modo le hubiera sido imposible. Esto prueba el interés que para él tenian aquellas averiguaciones.

Un momento despues el criado volvia trayendo algunos manjares, y gracias á la inesperada largueza del mendigo, se sintio dispuesto á entablar con él un coloquio algo mas amable que el anterior.

—Con que, decíamos—empezó el pordiosero—que la gente del país da en sospechar del habitante del bosque negro. Y á propósito de este habitante, ¿es cierto que goza en el país tan mala reputacion?

—Malísima, y yo me alegraria mucho de que hallasen un medio de echarle fuera de la prefectura.

—Si las sospechas de estos habitantes son fundadas, pronto os vereis libres de él.

—Ca... No, señor... Es lo que dice el *maire*, refiriéndose á lo que dice el juez de instruccion, el cual lo sabe de un libro en que tambien se dice lo mismo: por simples sospechas no se mata á un hombre. Ahora, si se presentase algun testigo que depusiera alguna cosa grave....

—Un testigo...—repitió el pordiosero, siempre con su burlona sonrisa.

—Está claro; porque ya se ve, no es lo mismo decir: yo lo he vis-

to, que prender á un quidam por si dice Juan que lo dice Pedro... Pero ese hombre ha nacido con buena estrella. Para una persona honrada nunca falta un enemigo, y ese pícaro no encontrará á buen seguro quien le denuncie...

El mendigo hizo un ademan como diciendo: ¿quién sabe? y luego preguntó:

—¿Conoceis vos al personaje de quien se trata?

—¿No le he de conocer?... Es un hombre alto, fornido, que nunca mira á la cara de los demás hombres, y que se llama Jorge.

—Esto último es lo mas interesante. Mis noticias eran exactas. Y su mujer... ¿conoceis á su mujer?

—Dos veces la he visto, y en verdad que parece mentira que sea cómplice de aquel facineroso.

—Y ¿quién os ha dicho que ella tenga parte en las faltas de su marido?

—Toma... Si no la tiene, que le dé las dimisorias: no faltará en el pueblo quien se encargue de ella y de la señorita Amelia.

—Amelia...—repitió el pordiosero sonriendo con satisfaccion.—¿Y quién es Amelia?

—La señorita Amelia es la hija de Jorge: una criatura hermosísima, tan hermosa como debe haberlo sido su madre.

—¡Hermosa debe ser!...—dijo el mendigo sin ocultar el efecto que esta comparacion le causaba.—Y decidme, ¿por qué llamais *señorita* Amelia á la hija de un leñador mal visto y pobre?

—¿Por qué?... Yo no lo sé: así llaman las gentes del país á su madre, y sin duda es porque ni su porte, ni su manera de espresarse huelen á bosque ni á cabaña, ni á leña...

—Ni á miseria, ¿no es verdad?...

—¡Oh! en cuanto á miseria, sí, señor: creed que la tienen y no como quiera, sino muy grande. Así pudiera yo remediársela.

—Paréceme que quereis bien á esas pobres gentes, amigo...

—Al viejo Jorge, ni por pienso; pero á su mujer y á su hija..... Vamos, pobres como son, no hay en dos horas á la redonda quien no esté prendado de ellas.

El mendigo meneó la cabeza, y con cierto tono que revelaba una emocion profunda y el olvido completo de cuanto le rodeaba, dijo:

—En todas partes escitan la misma compasion; ¿qué es compasion? ¡el mismo entusiasmo!

Esta esclamacion causó no poca sorpresa al criado, que se quedó mirando al perdiosero con ojos estúpidos. Pero como aquél no comia ni hablaba, ni aun se meneaba, gracias á la actitud contemplativa que de pronto habia adoptado, el mancebo le tocó en el hombro y dijo:

—Pues qué, buen hombre, ¿conoceis vos á la familia de Jorge?

—Mucho la he conocido en otro tiempo, y creedme, no se os ocurra nunca fijar vuestros ojos en mujer alguna de ella, porque el amor de esas mujeres conduce inevitablemente á los mas grandes crímenes.

El criado se quedó admirado de aquella respuesta y de la entonacion verdaderamente trágica con que le fué dada.

Al mismo tiempo el mendigo se levantaba de la mesa, y empuñando nuevamente su baston, dijo:

—¿Por dónde se va al bosque negro?

—Por el camino real cosa de hora y media, y luego se tuerce á la derecha un caminito á cuya entrada hay una cruz de piedra. Se escala el monte, y á la media hora se encuentra el bosque.

El mozo de la fonda dió esta contestacion de una manera maquinal, sin desviar los ojos del personaje que le tenia dirigida la pregunta y que instantáneamente le habia causado un efecto que él no podia esplicarse. Verdad es que acontecian en la fonda cosas tan estrañas de algunas horas á aquella parte, que el sencillo criado andaba receloso de haber cometido alguna imprudencia de esas que cuestan caras cuando la justicia toma cartas en ciertos asuntos.

El pordiosero iba á proseguir su camino, y aun habia dado ya algunos pasos, cuando del lado de la carretera se levantó una nube de polvo, y antes que la vista pudiera distinguir objeto alguno, el chasquido de un látigo indicó que la causa era un carruaje que iba á detenerse en la fonda.

Con efecto, un momento despues, paraba en la *Flor de lis* una silla de posta arrastrada por cuatro caballos, cubiertos de sudor, que habian venido galopando, estimulados por la voz del mayoral y la correa trenzada del postillon.

Este último abrió la portezuela de la silla, y un viajero, cubierto de polvo, se apeó de ella.

—Mi amo—dijo el postillon—¿pararemos mucho en este sitio?

—El preciso para que los caballos no rebienten en el camino: un cuarto de hora.

—Es muy poco, mi amo: un cuarto de hora apenas bastará para que les queden fuerzas para llegar al término del viaje, por muy cerca que ya esté.

—Si llegamos á donde vamos ¿para qué queremos mas de los caballos?

—Es que rebentarán probablemente de sus resultas.

—Poco me importa si adelantamos de cinco minutos la hora de la llegada.

El que así hablaba era un jóven de unos treinta años, que á pesar de su traje de paisano, no escondia ciertamente su verdadera profesion de militar, denunciada asimismo por una cinta encarnada prendida á uno de los ojales de su levita negra, abrochada de arriba abajo, segun el hábito contraido por la gente de *peti*.

Vestia el viajero de riguroso luto, y en torno al brazo llevaba rollada una ancha capa, igualmente negra. Su aire era marcial, su semblante agraciado, su figura verdaderamente apuesta.

La llegada de una silla de posta siempre es un acontecimiento para una fonda.

El que viaja en ella por fuerza debe ser persona acomodada, y de estas viven especialmente los establecimientos de la clase del de la *Flor de lis*. Así fué que, apenas salido de su vehículo el viajero, fué rodeado de todas las personas de la fonda y fuera de ella, que se interesaban en servirle, por supuesto en gracia de la propina que se prometian.

El fondista fué, naturalmente, uno de los primeros en cumplir con aquel deber de *cortesía*, y tan adelante llevó la suya, que hasta para hablar al jóven se quitó la gorra, cosa raras veces presenciada en tales sitios y que el frio de la estacion hacia muy poco higiénica.

—¿Qué se le ofrece á V., señor viajero?—dijo.—Puede V. entrar y descansar en mi establecimiento, que tiene fama en todos los departamentos de Francia. Si gusta V. de una escelente comida, mi mujer ha trabajado en la cocina del S. Obispo de Marsella; las ca-

mas de la casa son la envidia del país por lo blandas y limpias, y todos los dependientes de la fonda son amables por deber y urbanos por educacion que yo les doy. V. dirá qué es lo que se le ofrece de todo esto, y sus mandatos serán puntualmente obedecidos.

Este discurso gráfico de todos los fondistas de poblacion corta empezaba á marear al jóven viajero, que iba ya á interrumpirle, cuando por fortuna su autor le puso un término.

—Gracias, buen hombre—dijo el oficial;—nada de esto necesito, pues trato de proseguir mi camino apenas mis caballos cobren aliento para llegar al fin de mi viaje.

—Los caballos parecen muy fatigados, y si la distancia es mucha, temo que no podrán resistir el camino. De cualquier manera V. puede mandar á su placer cuanto se le ofrezca.

El jóven metió la mano en el bolsillo, y distribuyó algunas moneditas á los criados de la fonda, que se retiraron haciendo cortesías y protestando de sus desinteresados deseos.

—En cuanto á V.—dijo luego dirigiéndose al fondista—nada perderá, porque mi impaciencia no me permita detenerme en este momento. Tenga V. prevenidos para esta noche los dos mejores aposentos de su casa, y disponga V. una cena á su gusto para cuatro personas que alguna vez han saboreado los placeres de la mesa y entienden de ellos perfectamente. Aquí tiene V. con que hacer los preparativos.

Y puso dos monedas de oro en manos del entusiasmado fondista, que comparaba al viajero con todos los nobles huéspedes antiguos y modernos, ensalzándole sobre el sol y la luna y sus cuernos y los doce signos del zodíaco. El viajero se sustrajo á la admiracion que su presencia inspiraba y trató de introducirse en su silla.

Ya habia puesto el pié en el estribo cuando se sintió tirar ligeramente de la levita; volvióse y se encontró frente á frente con el mendigo que un momento antes habia hablado tan estrañamente de la familia de Jorge. El pordiosero empezó su peticion con la monotonía de estilo, y el jóven, ó por librarse de un impertinente, ó por verdadera compasion, sacó su bolsa y socorrió al pordiosero.

Los ojos de este brillaron de una manera sombría. Acababa de ver una porcion de monedas de oro, y no pudo contener la impresion

que le causó el metal codiciado de todos los hombres, para alguno de los cuales es una verdadera y bien ruda prueba.

—Dios se lo pague á V.—dijo haciendo ademan de besar la moneda y fijando los ojos en su bienhechor.

Este penetraba al mismo tiempo en la silla y se volvió del lado del pordiosero para dar algunas órdenes al postillon. Este sencillo movimiento, y el metal de la voz del viajero, que nada por cierto tenia de particular, causaron no obstante una sensacion tan viva en el mendigo, que soltando de pronto la moneda recibida y apoderándose de la llave de la portezuela, introdujo la cabeza dentro del carruaje con un movimiento tal, que el viajero alarmado creyó prudente ponerse en guardia contra un percance eventual.

Todos estos movimientos fueron sumamente rápidos, de suerte que cuando el postillon se aproximó á la ventanilla del carruaje, el pordiosero habia desaparecido á la vista del dadivoso jóven.

Un cuarto de hora despues, el chasquido del látigo advertia á los caminantes que se apartasen de la línea recorrida por nuestro carruaje, cuyos caballos, alentados por aquel pequeño descanso y una confortante racion administrada por el conductor, partieron con la velocidad de la saeta, perdiéndose prontamente de vista envueltos en la nube de polvo que levantaban sus cascos.

En cuanto al mendigo, habia desaparecido apenas dió márgen á la alarma del jóven viajero.

La silla de posta habia andado apenas una distancia de media legua, doblando el camino, gracias á la rapidez de su marcha, cuando el carruaje esperimentó un fuerte sacudimiento, y el mayoral tuvo necesidad de contener el tiro con todas sus fuerzas para que el coche no volcase, hecho pedazos, en mitad del camino. Consistia el accidente en que á una de las ruedas se le habian roto casi todos los radios instantáneamente.

Salió ligero el jóven fuera de la portezuela, y poniéndose á una conveniente distancia, observó el coche, que se hallaba completamente ladeado y amenazaba acabar de romper, por la fuerza de su propio peso, lo que aun quedaba de la rueda averiada.

—¿Qué es esto, conductor, preguntó el viajero?

El conductor y el postillon habian abandonado ya sus puestos y

examinaban como prácticos la avería ocasionada: el primero meneaba la cabeza de una manera estraña.

—Esto es—dijo el conductor contestando á la pregunta del jóven, —que esta rueda se ha puesto en estado de no poder seguir adelante el camino.

—Lo cual prueba—dijo el viajero con buen humor—que los caminos de Francia, á pesar de lo mucho que nos ponderan, no son gran cosa mas seguros que los de España.

—El camino...—repitió el conductor—el camino no es del todo malo, caballero.

—No me querais dar á entender que ha sido torpeza vuestra, conductor; porque me hariais formar un pobre concepto de vuestra habilidad.

—Torpeza mia tampoco es: la via no es accidentada y el tiro llevaba un trote igual; se necesitaria estar durmiendo ó no haber tenido nunca unas riendas en la mano, para volcar en semejante sitio.

—Entonces ¿cómo esplicais este desagradable accidente?—dijo el viajero algo disgustado.

—Ni el camino ni mi torpeza tienen la culpa—contestó el mayoral. —Podria tenerla mi descuido; pero tentado me hallo de jurar que esta mañana, antes de salir de Perpiñan, he reconocido la silla y esta se hallaba en buen estado. Estoy seguro de ello...

—Si tratais de hacerme creer que la ha roto el viento?...—dijo el jóven amostazado de ver que el conductor por ningun concepto queria ser responsable de aquel siniestro.

—Caballero, no diré yo tanto;—respondió el pobre hombre—pero yo no entiendo este percance. Los radios del coche han sido rotos casi todos, por efecto de una sacudida violenta y despues de haber probablemente resistido una presion superior á la normal; pero lo que es uno de ellos ni se encuentra por el suelo, ni parece sino que haya sido cortado con una sierra. Mire V., mire V. caballero: ¿cree V. que esto se hace casualmente?

Y el conductor designaba al jóven uno de los radios, al parecer mas bien aserrado que roto.

Pero el viajero, fuertemente contrariado en su empeño de llegar ga-

nando tiempo al término de su viaje, hacia muy poco caso de la oportuna observacion del conductor.

—De suerte que no podemos proseguir nuestro camino...—esclamó despuntando en su acento algo de cólera.

—No respondo de nosotros si adelantamos cien varas. Con todo, si V. lo ordena, echamos á andar al instante, mas que hombres y caballos y carruaje tuvieran que quedar hechos pedazos en el camino.

El viajero reflexionó un instante; luchó entre su deseo de abreviar el tiempo y su instinto de conservacion, y este último consiguió la victoria sobre el primero.

Y sin embargo, el jóven viajero era militar, y nada por cierto tenia de cobarde. Pero en aquel momento iba á realizar la dicha suprema de su vida, y nadie siente tanto esponerse como el que se espone en víspera de ser feliz. Si posible fuera formar un ejército todo de desgraciados, ese ejército seria invencible.

—Entonces ¿qué es lo que debemos hacer?—preguntó al conductor.

—Lo mas prudente seria que regresáramos al Portús donde procuraríamos reparar este descalabro.

—¿En cuánto tiempo?

—Lo que menos necesitamos perder dos horas; pero si tanta prisa tiene V., pruebas tiene dadas de buen ginete: monte V. en el caballo del postillon, y puede llegar al punto á que se dirige en el tiempo que se ha propuesto.

El militar reflexionó un momento acerca de esta proposicion; dirigió una mirada al carruaje como si dentro de él tratase de ver algun objeto escondido, y se decidió por regresar al Portús.

Indudablemente dentro del carruaje existia algun objeto que el jóven no queria abandonar imprudentemente, por mucho que fuera su empeño de precipitar el término de su viaje.

—Conductor—dijo—dése V. prisa en deshacer lo andado: yo seguiré á pié el carruaje.

El conductor puso por obra esta órden, y media hora despues el carruaje llegaba nuevamente á la puerta de la fonda, con admiracion y júbilo del amable fondista.

Este se deshizo en esclamaciones y protestas de que el militar hizo poco ó ningun caso, hasta que su interlocutor, aguijoneado por la curiosidad, se atrevió á dirigirle la siguiente directa pregunta:

—¿Se encamina V. á un punto muy distante?

El viajero ya no tenia inconveniente en proseguir el diálogo: tenia que matar un par de horas, y en un pueblo como el Portús no hay gran cosa en que pasar el tiempo. Se resolvió, por lo tanto, á contestar, y aun creyó que por medio de esta conversacion podria adquirir algunas noticias que le fueran útiles, ya que no indispensables.

—Distingo, señor posadero;—dijo—en carruaje voy cerca; pero á pié ignoro á punto fijo la distancia que deberé recorrer, aunque no creo que sea mucha.

Segun el punto á que V. se encamine.

—Las señas son las siguientes: en el camino real debo encontrar una cruz de piedra, á cosa de hora y media de este pueblo. Junto á esta cruz hay un sendero por el cual se empieza á ascender el monte...

—¿Y tiene V. que encaminarse por el sendero que dice?—preguntó el fondista con recelo.

—Debo recorrerle por fuerza para llegar al término de mi viaje.

—¿Y no trae V. quien le escolte por el camino?

—Si tal; traigo dos compañeros antiguos, que nunca me han faltado y que en campaña me han sacado con bien de mas de un lance apurado.

Y el jóven puso de manifiesto al fondista dos magníficas pistolas de tiro.

El dueño de la *Flor de lis* meneó la cabeza con aire de desconfianza.

—Jóven—dijo—¿quiere V. seguir el consejo de un hombre que está en los pormenores de este país? Pues no emprenda V. la ascension del monte por el punto que V. dice, si no se hace acompañar por algunos gendarmes. Créame V. á mí: tiene V. que pasar muy cerca del bosque negro...

—Precisamente á él me dirijo.

El fondista miró al jóven con muestras de sorpresa y admiracion al mismo tiempo. Reparó en ello el militar, y entre curioso y bromista le dijo:

—¿Qué tiene V. que así me mira? ¿Hay legiones de diablos en el bosque?

El fondista tomó un aire cómicamente grave, y respondió:

—Jóven, no se chancee V. con ciertas cosas que son muy sérias. En el bosque negro no hay diablos ni espíritus del otro mundo; pero estos tienen la ventaja de que se ahuyentan haciéndoles la cruz, y los que moran en el bosque son unos diablos que de nada se asustan, ni nada les contiene.

—¿Tiene V. noticia de que more en él alguna cuadrilla de bandidos?—preguntó el militar entre formal y chancero.—Siendo así, poco me importa, como no sean mas de tres los que de pronto me embistan.

—Jóven,—contestó el fondista de cada vez mas grave—la franqueza y el valor de V. me predisponen grandemente en favor suyo, y no puedo permitir que por imprudencia ó ignorancia, dé V. un paso que puede costarle á V. muy caro. Desista V. de penetrar solo en el bosque negro.

—Yo me guardaré muy bien de seguir su consejo de V. Pero ¿quién vive en él que así aterroriza á los habitantes de la comarca?

—Vive....

El fondista se detuvo y con ojos azorados escudriñó en torno suyo, temiendo ver aparecer detrás de cada piedra ó de cada mata el cañon de una carabina, que hiciera con él lo que con el viajero del dia anterior.

Tranquilizado respecto de su posicion, se acercó al oido del jóven y dijo en voz muy baja:

—Vive Jorge...

El militar se estremeció como pudiera una mujer que oyese pronunciar el nombre de un gran bandido. El dueño de la *Flor de lis* se dió interiormente el parabien por el buen efecto que su revelacion parecia haber causado al viajero. Pero este, repuesto instantáneamente de su emocion, dijo con gran tranquilidad:

—¿Y si yo le dijera á V. que voy en busca suya?...

El fondista retrocedió dos pasos y contempló á su huésped hasta con miedo.

—¿Va V. en busca de Jorge?—esclamó.

—Mucho que sí.

—¿Pero V. sabe quién es ese hombre? ¿V. sabe que es prófugo de las cárceles de España, á donde no puede volver porque ha cometido una infinidad de crímenes monstruosos, hasta al punto de que se halla condenado á muerte?

Al oir estas palabras el jóven se dejó caer con abatimiento en una silla, y murmuró:

—¡Tambien aquí se ha sabido!... ¡Dios mio! ¿Si habré llegado tarde?

—¡Toma si se ha sabido!...—prosiguió el fondista sin atender á que por los síntomas estaba causando un gran daño al viajero.—¿Se habla por ventura de otra cosa en toda la comarca?...

Esto era una solemne mentira; pero el fondista creia prestar un gran servicio al jóven disuadiéndole de su temeraria empresa, y no titubeó en pintar á Jorge con los mas negros colores, de suerte que inspirase terror y repugnancia á una brigada de gendarmes.

El militar se iba gradualmente entristeciendo: su semblante se habia puesto lívido. Permaneció un buen rato en silencio, y luego, con mucho recelo, como aquel que no se atreve á dirigir una pregunta por miedo á una fatal respuesta, dijo:

—¿Y su mujer?...

—¡Oh!—esclamó el fondista como recreándose en la antítesis.—Su mujer es el reverso de la medalla. Nadie la conoce; pero todos dicen de ella bendiciones. Ahí tiene V. ¿por qué no las dicen de Jorge?

El pobre fondista pagaba, sin sospecharlo, un grande tributo á la preocupacion que muchas veces confunde, desprecia y mata moralmente á un hombre bajo la garantía de un murmullo cuyo orígen se desconoce, una voz vaga, que como el viento, susurra en torno de la multitud sin que nadie sepa de donde sale.

En cuanto al jóven viajero, las últimas noticias de su interlocutor le habian producido un efecto aun mas penoso que todas las acusaciones lanzadas anteriormente contra el llamado Jorge.

El dueño de la *Flor de lis* vió, en el colmo de su frecuente sorpresa, que el semblante de su huésped se hallaba inundado de lágrimas derramadas en silencio.

Estaba de Dios que el pobre hombre habia de perder el juicio á fuerza de tanto sorprenderse.

Al cabo de un gran rato de silencio, el viajero se limpió el semblante, enjugó sus lágrimas y se halló en estado de proseguir su interrogatorio, que tanto por otra parte le conmovia.

—Creo que vive con ellos una jóven, una hija suya de unos catorce años de edad...—dijo.

—¡Mucho!—contestó el fondista.—La señorita Amelia... Una hermosa criatura parecida por completo á su madre, y tan dulce y buena como esta misma.

El oficial volvió á enternecerse, pero dominó en breve su emocion. Al proseguir de nuevo en sus investigaciones, y sobre todo al dirigir la primera pregunta, su voz se hallaba muy conmovida y pronunciaba las palabras como si temiese escuchar la respuesta que se daria á ellas.

—Y dígame V. ¿son tan pobres como he oido referir en el camino?

—Mas que esto, señor, mucho mas de lo que puede V. presumirse. Y aumenta su pobreza el que, siendo el viejo Jorge quien cuida de la manutencion de la familia, no puede dirigirse á muchas personas, pues la generalidad huye á su presencia, temiendo... ¿qué sé yo lo que temen? pero es lo cierto que huyen.

El viajero se enjugó el sudor que manaba de su frente, á pesar de la helada temperatura que reinaba.

—Y V.—dijo—¿participa de la preocupacion general, que deja morir de hambre á la familia de Jorge?

—¿Yo? no, señor... Digo, á lo menos hasta ayer tarde.

—¿Le ha visto V. hace poco?

—Pues no le digo á V. que ayer... El pobre venia muy cansado y rendido de necesidad. Yo le serví un buen pedazo de carne y pan, y al ver que apenas tocaba á los manjares, diciendo que los iba á guardar para su familia, las lágrimas me salieron fuera de los ojos y le dí con que comieran en la cabaña lo menos tres dias.

—Bien, amigo mio, muy bien!—esclamó el militar tendiendo la mano al fondista—Esta es una buena accion que no tardará en recibir su recompensa. Por de pronto me tiene V. obligado por ella, y puede V. disponer de mí como de un hombre verdaderamente agradecido.

—¡V.!—esclamó el fondista temiendo que el jóven padeciera alguna alucinacion.

—El que hace un favor á Jorge, el que se lo ha hecho durante su desgracia, y sobre todo, el que dice que su mujer es la mas santa de las criaturas, puede contar con mi amistad, en el bien entendido que me causará una satisfaccion cuantas veces apele á ella. Me llamo Alberto Gomez y García, soy capitan de coraceros en la Guardia Real española, y me ofrezco á V. en todo y por todo, con la sinceridad de un hombre honrado.

El dueño de la *Flor de lis* estrechó la mano del jóven casi maquinalmente, pues no acertaba á comprender qué relacion de afecto, qué paridad de sentimientos podia caber entre un bizarro y espléndido caballero, y un viejo leñador sospechoso de foragido y con honores de brujo, ó poco menos.

Pero faltaba que el fondista recibiera el golpe de gracia. La compostura del coche tocaba á su término; el postillon sacaba de la cuadra los caballos para engancharlos de nuevo al carruaje, y el conductor invitaba al viajero á ocupar la silla.

—Con que,—dijo el jóven á su interlocutor—tenga V. presentes mis encargos: una buena cena y los dos cuartos mas cómodos de la fonda. Dentro de algunas horas vendremos á ocuparlos con Jorge y su familia.

Apenas pronunciadas estas palabras, partió la silla al trote de los caballos, y ya se habia estinguido el rumor de voces, latigazos y ruedas, cuando el dueño de la *Flor de lis* permanecia aun en el mismo sitio en que habia oido, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, las últimas palabras del jóven viajero. De pronto pareció sacudir las cadenas de un encantamiento, y acompañándose con enérgicos ademanes y en el tono de un hombre que se halla incomodado consigo mismo, esclamó:

—¡No, señor! no puedo permitir que ese jóven corra un peligro de esta naturaleza. ¿Qué sabe él quien es Jorge, ni lo que pasa en su cabaña, para introducir la cabeza en la boca del lobo?

Y con ese candor propio de ciertas gentes, que todo lo echan á perder por la oficiosidad de su carácter, mandó llamar al jefe de la gendarmería del pueblo y conjuróle, haciéndole en otro modo respon-

sable de las catástrofes que pudiesen ocurrir, para que acto contínuo saliese con su gente en direccion al bosque negro, y salvase la que él creia amenazada existencia del jóven viajero.

El brigadier de gendarmería, viejo sabueso de caza á quien bastaba indicar un leve rastro para que diese con la pieza, mandó á su gente disponerse para la espedicion, y antes de la puesta del sol emprendia, con la carabina terciada á la espalda, el camino de la cabaña de Jorge, convertida por el oficioso dueño de la *Flor de lis* en una caverna de malhechores.

CAPITULO IV.

El bosque negro.

Dejemos que el jóven capitan D. Alberto Gomez y García recorra el camino real en su silla de posta, y que los gendarmes se echen sobre sus huellas emprendiendo igual viaje por un sistema de locomocion mucho mas antiguo y lento; dejemos que el fondista del Portús permanezca indeciso entre si emplea en la confeccion de una cena el dinero recibido del capitan, ó en otro modo lo guarda para misas en sufragio del que consideraba medio difunto; y dejemos, siquiera sea por un momento, al estraño mendigo que ha desaparecido de nuestra vista tan pronto como ha sido sorprendido por la fisonomía del jóven viajero.

Seamos menos prudentes, ó menos miedosos que las gentes del país, unánimes en huir de las cercanías del bosque en que habita tal vez un desgraciado y no un culpable, y retrasando el minutero del reloj que indica las cuatro de la tarde, en cuya hora abandonan los gendarmes el Portús, hagámonos cuenta de que á la precisa del mediodía empezamos nuestra ruta bosque adentro, hasta hallar la renombrada cabaña de Jorge.

No era difícil dar con ella, gracias á que ninguna otra existia en aquellos lugares desiertos y tristes, en los cuales la vegetacion moria de frio antes de que los arbustos llegaran á ser árboles y los capullos flores.

Pero en honor de la verdad sea dicho asimismo, no merecia la susodicha cabaña tomarse la pena de andar tres horas largas para llegar á su puerta. El esterior era como el de todas las edificaciones de esta naturaleza, un poco mas vieja y un poco mas destruida que de ordinario son las cabañas donde viven aun los hombres muy pobres. Imposible parecia que aquel edificio inseguro, compuesto de tablas mal aserradas y peor unidas, hubiera resistido al embate de las tempestades tan frecuentes en aquellos sitios, ó como no habia alguna vez quedado sepultado entre las avalanchas que con horrible estruendo se desprendian frecuentemente desde lo alto del monte al interior del bosque.

Empujando la puerta, que apenas se hallaba cerrada por un mal pestillo de madera que se levantaba por medio de un bramante que pasaba al lado opuesto de la harto sencilla cerradura, se penetraba en la cabaña, la cual, á primera vista, era un cuadro corpóreo de la absoluta carencia de los objetos mas indispensables para la vida. El hacha del leñador habia tenido que suplir por los instrumentos del arte de ebanistería en todos sus ramos, y comprobaban esta verdad ora cuatro estacas clavadas en el suelo sobre las cuales se estendian algunas mal pulidas tablas formando un conjunto mal llamado mesa, ora algunos leños puestos paralelamente y sujetos por otro leño clavado oblicuamente á todos y cada uno de sus compañeros, sirviendo á los unos de postigo; ora en fin un tablado mucho mas duro y rústico que las llamadas camas de campaña, cuyo destino hubiese sido preciso averiguar de antemano antes de resolverse á utilizarlo como mueble en que el hombre fatigado puede conciliar de una manera cómoda los beneficios del sueño.

Tal era el espectáculo de miseria y desnudez ofrecido por la planta baja de la cabaña de Jorge.

En uno de los ángulos una escalera, de mano propiamente, apoyada en la pared por su estremidad inferior, terminaba en la superior dentro de una abertura practicada en el techo, que era asimismo pavimento del piso primero y único de la cabaña, esceptuando el cuarto á plan terreno. El piso primero, llamémosle así por llamarle algo, tenia la hechura y condiciones de uno de esos graneros que hay en las casas de campo antiguas, y que descuidadas de sus

dueños, que las tienen años y años sin visitar, pudieran, por lo resquebrajados, rotos y abiertos en todas direcciones, servir de observatorio astronómico al mas ciego apasionado por la ciencia de Copérnico y de Galileo.

Este piso, sin embargo, aun cuando careciese de todo objeto que pudiera demostrar, ni aun remotamente, una idea de lujo y hasta de comodidad, se hallaba menos desnudo que el inferior.

Contenia una humilde cama con un jergon de paja, y junto á lo que pudiera haber sido cabecera una estampa ordinaria representando á una Vírgen de los Desamparados, debajo de la cual se veia una rama de laurel bendito. Dos rústicas sillas de palo y un arcon constituian el menaje, y la separacion del cuarto y de la alcoba estaba indicada por unas viejas cortinas de percal, muy descoloridas y remendadas, que colgaban de una humildísima galería de caña.

A pesar de tanta desnudez y de tanta miseria, un ojo observador se hubiera complacido en cerciorarse de que reinaba en el interior de aquella cabaña cierto aseo, cierta limpieza, que revelaba la presencia y la mano incansable de una mujer hacendosa. Nuestros lectores saben ya que la cabaña contiene dos individuos de aquel sexo nacido para amar y bendecir, para resignarse en la desgracia y perdonar.

Descorrido el telon y descrita la escena, vamos á poner en juego los personajes.

Uno de ellos es el viejo Jorge: el lector le conoce ya, y creemos no tener necesidad alguna de decirle que ese leñador salvaje, ese mendigo que vive tres cuartas partes del año de la escasa caridad de algunos hombres de corazon compasivo; es aquel D. Jorge Gomez que un dia deslumbró á los madrileños con el ostentoso aparato de su lujo insultante, fundido objeto á objeto en el calor infernal de los mas ignobles garitos. ¡Qué cambio tan grande!... Hoy nadie reconoceria al jóven audaz y deslumbrador en el viejo doblegado por las privaciones y el remordimiento...

Jorge se hallaba en el piso bajo de la cabaña, sentado junto á la mesa y ocultando el rostro entre las manos. Su actitud es la de la mas completa abstraccion de cuantos objetos le rodean.

Es muy entrada la mañana: hace mas de una hora que se halla

de regreso en su hogar, y ni ha cambiado de posicion, ni ha despegado los labios en todo aquel tiempo.

Inmóviles como él, como él silenciosas, dos mujeres le contemplan con la mayor inquietud.

La mayor representa cincuenta años escasos: en su cara se hallan impresos todos los dolores; pero el sufrimiento no ha podido destruir el tipo de la belleza mas preciada en la mujer, la belleza del alma, la belleza de la resignacion, la belleza de la virtud. El alma de aquella mujer ha sufrido y sufre de una manera espantosa; pero las lágrimas han arrasado infinitas veces sus ojos sin quitarles la hermosa espresion de dulzura que algunos pocos y privilegiados pintores han puesto en las miradas de sus Vírgenes de los Dolores. En una palabra, es una de aquellas almas grandes que viven dentro del cuerpo enfermo con la estóica indiferencia con que arrastra su cadena el hombre verdaderamente libre.

Viste un oscuro traje de percal, tan pobre que no puede ser mas pobre, tan aseado que mas no puede serlo. A pesar del frio que se siente dentro de la cabaña, no trae abrigo de ninguna especie: uno muy viejo tiene; pero su hija temblaba á su lado, y no hay que decir que la hija llevaba el abrigo.

¿Tendremos necesidad de decir quien es esa mujer?

Al hablar de dolor y de resignacion en el hogar de Jorge Gomez, habrá asomado espontáneamente á los labios de nuestros lectores el nombre de Amelia García, la esposa, la víctima del Jugador.

¿Quieren ahora conocer físicamente á su hija? Pues figúrense á la madre á la edad de trece ó catorce años: una frente de vírgen, una mirada de sol, una sonrisa de ángel.

Sin embargo, el sol de la miseria es un sol frio, que asoma entre nubes opacas, que apenas calienta, que no fecunda, incoloro, pálido, como el sol de invierno en las regiones polares.

La hija de Jorge y de Amelia era como uno de esos capullos que abren sus hojas antes de tiempo y que pierden sus colores espuestos como lo están á los rayos de un sol infecundo. La blancura de su tez tenia algo de enfermiza, y su cabeza, hermosa como la de una Venus de la antigüedad, caia prematuramente sobre su seno, naciente apenas, y de una complexion bastante delicada para que fuese te-

mible una enfermedad incurable cuando llegase la época del mayor desarrollo de la niña.

Era una futura tísica: su dolencia provenia, mas que de otra cosa, de miseria y de tristeza. Hija del bosque, apenas familiarizada con otra sociedad que la de sus padres, habia, sin embargo, contraido una delicadeza de sentimientos, una intuicion social muy bastante para comprender que detrás de aquellos montes, casi nevados siempre, existia un mundo habitado por otra clase de personajes, una sociedad en que se vivia de otra manera, en que se amaba y se era amado, en que la vista se espaciaba gustosa en un horizonte mas vasto, mas animado, mas simpático al alma que el estrecho círculo limitado por el monte y el valle del Portús.

¡Oh! ¡si posible hubiera sido trasportar aquella flor á otras tierras, introducir en aquellos pulmones otro aire, hacer llegar hasta el fondo de aquella alma otras palabras; con qué rapidez la pobre Amelia hubiera reanimado su espíritu, enderezado su cabeza, puesto un nuevo brillo, dulce y fiero á un tiempo, en su mirada!... Trasplantad, trasplantad esa flor, porque de otro modo se muere muy pronto.

Tal es la vivienda y la familia de Jorge.

Quizás alguno de nuestros lectores tendrá curiosidad de averiguar por qué medios han llegado á tan grande estremo de abatimiento unos personajes nacidos para brillar en una esfera tan distinta? En pocas palabras podemos satisfacer este deseo. A la miseria se va por muchos caminos; todos ellos á cual mas fácil, mas pendiente y mas resbaladizo. La pobreza es un enemigo que nos empuja al abismo apenas nos encuentra abandonados un momento del espíritu de economía razonable, que debe ser el punto de partida de todos los cálculos del hombre. El que consume mas que produce ó mas de lo que otros han producido para él, agota sin duda cuantiosos tesoros, y al volver la cabeza para contemplar el punto de donde viene, encontrará en pos de sí al lujo, á la prodigalidad, al juego, á la intemperancia, al desórden, cinco fantasmas en forma de horribles calaveras, que estendiendo el descarnado brazo hácia su víctima, se reirán de él produciendo un salvaje rumor con el choque de sus mandíbulas desdentadas.

Jorge y Amelia habian salido de Madrid, merced á la prevision

de su fiel amigo y víctima, D. Luis de Mendoza; y si como salieron de Madrid pudieron salir de España, debióse á que ardia como nunca la llama de la guerra de la independencia, durante la cual era sumamente fácil burlar las pesquisas de la justicia, gracias á que cada pueblo llamaba justicia á una cosa distinta y reconocia á diferentes autoridades. De esta suerte, y siempre secundados por la poderosa accion del dinero, que en guerra y en paz ha sido un ausiliar famoso de los que andan escapados, pudieron Jorge y su esposa embarcarse en Tarragona para Inglaterra, en cuyo país se detuvieron, creyéndose seguros.

Pero el oro que Jorge sacó de Madrid habia disminuido grandemente, y ninguna esperanza de aumentarlo quedaba á la desgraciada familia, prófuga de su patria.

Amelia sabia amar, pero no ganar dinero. ¿Cuándo pudieron pensar los que de su educacion cuidaron, que llegase un dia en que su pupila debiera ganar el pan con el sudor de su frente?

Jorge tenia un solo oficio, y este infamante: el juego. La desesperacion murmuraba á veces á su oido pérfidos consejos, y alguna que otra vez se habia permitido, durante el primer período de su destierro, introducirse en algun garito con ánimo de atraerse los favores de la suerte; pero esta continuaba persiguiéndole en todas partes, y con horror veia el pobre Gomez llegar el dia en que, con su última moneda, veria desaparecer su última esperanza. Al cabo de un año de emigracion estaban apurados los últimos recursos de los fugitivos.

Entonces empezó para ellos una vida llena de privaciones y de lágrimas, la vida de la miseria.

Ni Jorge ni Amelia habian dejado huella de su paso en parte alguna, ni dado cuenta de su existencia á ninguno de sus parientes. La fama que en España habia dejado Gomez, y la vergüenza que sentia Amelia, esposa de un criminal condenado en rebeldía á la pena de muerte, les habia impedido á uno y otro dar noticia alguna de su paradero, ni aun á aquel honrado anciano de Cádiz, cuyos últimos años debian ser muy tristes, pensando en la suerte que habia cabido á su sobrina idolatrada.

Pero vino un dia en que la mujer fué vencida por la madre: Ame-

lia tenia necesidad de saber de su hijo, de aquel Alberto por quien lloraba tanto y tantas oraciones encaminaba al cielo.

Puso mano á la pluma y escribió una carta á D. José García, carta cuyas letras estaban medio borradas por las lágrimas que incesantemente caian sobre el papel.

La carta quedó sin contestacion, y la misma suerte cupo á la segunda y á la tercera, y á cuantas, impulsada por su maternal afecto, escribió á su tio de Cádiz. Entonces creyó que entre ella y el mundo existia una barrera imposible de salvar, y que se hallaba muerta para los hombres de España, que habian enterrado su memoria en la inmensa tumba del olvido, ó quizás del desprecio.

Lloró sobre sí propia, y al cabo de mucho tiempo se resignó, porque las almas de los que han nacido para sufrir tienen el cruel privilegio de no ser destrozadas por los dolores de la tierra.

Faltaba, empero, una triste prueba: un hombre que carece de modo de vivir se hace sospechoso en todas partes cuando no halla medio de deslumbrar los ojos de la policía mediante un lujo, algunas veces criminal. Jorge tuvo que salir de Inglaterra: empezaban á circular á propósito de él rumores nada favorables, y el desdichado temia que apareciese la horrible verdad, en cual caso su suerte era nada dudosa.

Y saliendo de Inglaterra, emprendió el camino de Francia. El viaje fué largo y penoso. Casi siempre á pié, implorando á menudo la caridad pública, encontrando algun albergue de tarde en tarde, y aun gracias á la compasion que inspiraba el estado interesante de Amelia, habian llegado los esposos á la frontera francesa, buscando un sitio bastante ignorado donde esconder su miseria, su vergüenza y sus terrores. Así fué como se establecieron en el bosque negro, lugar de mala fama, temido de las gentes del país, desierto casi siempre, y por lo mismo sumamente favorable para los planes de Jorge.

Allí dió á luz Amelia á su hija, y desde aquel instante, por mas que una criatura sea una nueva pobreza para los pobres, se sintió con nuevo valor para resistir la desgracia. Se debia en cuerpo y alma á un ser débil, inocente, protegido únicamente por su madre y por Dios, y Amelia resolvió cumplir su deber, aun cuando para ello debiera hacer el sacrificio de prolongar voluntariamente su existencia.

La niña era un portento de hermosura: cada vez que desde su miserable cuna sonreia á su madre, entreveia esta un pedazo de cielo abierto; y el mismo Jorge, casi tranquilo respecto de su seguridad personal, empezaba á comprender que el Señor nunca lleva su cólera, por muy justa que sea, al estremo de privar á sus ofensores de todo consuelo en la tierra.

Jorge, Amelia y su hija no vivian felices, ni mucho menos contentos; pero cuando, de tarde en tarde, se reunian junto á la llama del hogar, y la tierna criatura saltaba inocentemente de las rodillas de su padre á las de su madre, repartiendo entre ambos sus caricias, distribuyéndoles por un igual sus besos, un sentimiento de ternura se apoderaba igualmente de los dos esposos, que contemplándose con cariño, volvian á ser por un instante jóvenes, ricos, enamorados, felices. ¡Y es tan dulce un minuto siquiera de gratas ilusiones, al cabo de treinta años de desgracias y de incesantes calamidades!...

De modo, que considerada aquella situacion á la simple luz de los afectos del alma, con ser la mas desesperada entre los hombres, era la mas llevadera de muchos años á aquella parte, para unas personas á quienes la ley y la desgracia alejaban de su familia, de su patria, hasta del trato de las gentes.

Pero el dia en que el curso de nuestro libro nos vuelve á reunir con los protagonistas de él, se ha interrumpido la dulce tranquilidad que era el único encanto de aquella cabaña. Jorge, que siempre llegaba á ella solicitando con su mirada un abrazo de su esposa y un beso de su hija, premio de un trabajo superior á sus fuerzas debilitadas por la edad, la calentura y la miseria, habia entrado en el hogar sombrío y silencioso, ni mas ni menos que muchos años antes entraba en su lujosa casa de Madrid despues de una noche de juego desgraciado. Amelia y su hija se habian estremecido, Jorge se habia dejado caer junto á la mesa, y las dos mujeres le estaban contemplando, sin atreverse á distraerle de sus profundas meditaciones. En esta actitud respectiva hemos encontrado á los personajes de la cabaña.

Jorge prolongó aun durante un gran rato su inmovilidad: por fin se pasó la mano por la frente, y levantando la cabeza y haciendo ademan de haber tomado una determinacion suprema, murmuró:

—Está resuelto, y mañana mismo se llevará á cabo.

No necesitaba Amelia sino que su esposo saliera de aquel mudismo para entrar en averiguaciones tocante á la causa de su malestar estraño. Acercándose, pues, á Jorge, preguntóle con suma dulzura:

—¿Qué es lo que está resuelto, esposo mio?

—Lo sabrás luego;—contestó el leñador—por de pronto satisfaced necesidades mas apremiantes, y perdonadme si, debiendo comprenderlas, os he estado mortificando tanto tiempo.

Y echando mano á su zurron, depositó encima de la mesa las viandas que debia á la compasion del fondista de la *Flor de lis*. La pequeña Amelia no pudo ocultar la alegría que sentia al encontrarse con tan inesperado regalo, ó impulsada por un movimiento verdaderamente de niña, se acercó á los manjares, dovorándolos con la vista antes de llevarlos á la boca. Su madre comprendió de sobra lo que aquella mirada decia, y haciendo plato á la niña, se lo entregó diciendo:

—Come, amor mio; pero antes ruega al Señor por los que socorren á los pobres.

La pequeña Amelia rezó muy brevemente porque el apetito la hostigaba, y se puso á comer, corriendo al hogar, entre cuya blanca ceniza brillaban aun las ascuas de algunos leños.

En cuanto á Jorge y á su esposa apenas tocaron á los manjares: la preocupacion del marido era de malísimo agüero para la mujer, á quien mas que el hambre mortificaba la inquietud.

Al cabo de un rato de silencio, la escelente Amelia se atrevió á decir:

—Y bien, Jorge ¿qué es lo que te mortifica? ¿Qué es lo que te pasa? Acabas de hablar de una resolucion: ¿qué resolucion es esta? ¿Temes confiarme tus secretos? ¿Cuándo me ha faltado valor para escucharlos?

—El de hoy es bien triste para nosotros, Amelia...

—¿No has encontrado en Perpignan la carta que aguardábamos?... Paciencia, Jorge; hace quince años que aguardamos en balde. ¿Qué habrá sido de mi hijo?...

—Educado por tu tio, que tantos motivos tenia para quejarse de mí, le habrá enseñado á despreciarnos, á maldecirnos tal vez...

—¡Jorge! no pronuncies semejantes palabras: ningun hombre honrado puede enseñar á un niño á maldecir á sus padres.

—Entonces ¿qué puede significar ese silencio de quince años? Podrá no habernos maldecido, pero de fijo nos ha olvidado.

Amelia no pudo contener sus lágrimas. ¡Olvidada por su hijo! por el sér cuyo recuerdo era el único consuelo de su desgracia, por cuya dicha habia llevado á cabo el mayor de los sacrificios, por cuya presencia durante un dia, durante una hora, durante el tiempo de verle no mas, hubiera dado gustosa la vida, siquiera tuviese de bella cuanto al presente tenia de insuportable.

—¿Y es esto lo que te acongoja?—preguntó Amelia.

—A tales desengaños estoy acostumbrado hace mucho tiempo: los hijos son casi siempre ingratos con sus padres: yo lo fuí con el mio, y valia mucho mas que yo. Dios me castiga con razon sobrada. Lo que me trae inquieto es que mañana mismo debemos abandonar esta cabaña, este país, y partir... el cielo sabe donde.

—¡Partir! ¿Lo has pensado bien, Jorge?

—No he tenido tiempo para ello: sé que es indispensable, y partiremos mañana. Lo único que deploro es no poderlo verificar hoy mismo. Tengo mis motivos, tengo presentimientos, tengo.... tengo miedo.

—¿Al cabo de trece años? ¿Quién nos ofende? ¿Quién tiene interés en echarnos de esta comarca despues que hemos vencido las preocupaciones que despertó nuestra presencia? Aquí vivimos ignorados de todo el mundo; el desierto que hemos escogido para morada y el mismo misterio de que el vulgo nos rodea, nos favorece poniéndonos á cubierto de miradas indiscretas...

—Todas estas ventajas han desaparecido en un momento: el secreto ya no es secreto; el misterio ha desaparecido; el valle entero sabe á esta hora que Jorge el leñador es un prófugo condenado en España á la pena de...

—¡Calla, Jorge, calla!—esclamó apresuradamente Amelia—respeta la ignorancia de nuestra hija.

Gomez enmudeció, pero su esposa tenia un grande interés en adquirir pormenores de lo ocurrido, y entabló con su marido un diálogo en voz baja, mediante el cual aquél la enteró de su funesto en-

cuentro con D. Jacinto en la fonda del Portús, y el reconocimiento mútuo que habia tenido lugar.

—Pero ¿tú crees que ese hombre llevará su perversidad hasta el estremo de delatarte?...

—Amelia,—contestó Jorge con sombrío acento—el miserable de quien te hablo es indudablemente la causa primordial de tu desgracia y de la mia. Tú no conoces lo que son esas fieras: Dios permita que huyendo de ellas, podamos escaparnos de sus garras. Partamos, Amelia, partamos pronto: te lo repito, ahora mas que nunca tengo miedo.

La desdichada mujer inclinó la cabeza sobre el pecho, y una lágrima amarga surcó su enflaquecida y pálida mejilla. Luego dirigió una mirada á los pobres objetos que la rodeaban, y dijo:

—Jorge, esposo mio, ¿con qué contamos para hacer el viaje que te propones?

El viejo leñador no dió respuesta alguna: verdad es que no tenia respuesta lo que Amelia preguntaba.

—Tendremos que abandonar estos objetos que representan á nuestros ojos tantas humillaciones, tantos sacrificios, tantas privaciones para adquirirlos... Quizás iremos á morar entre gentes groseras y crueles que no compadecerán nuestra desgracia, que tratarán de penetrar el secreto de nuestra existencia, y que muy pronto nos serán tan temibles como esos mismos de los cuales vamos á huir mañana...

—Para evitar esos inconvenientes—contestó Jorge con alguna brusquedad—no nos avecindaremos en parte alguna. El mundo es muy grande, y lo que nos conviene es perdernos en él.

—Eso es... La mendicidad ambulante... Tender al morador de la ciudad y de la aldea una mano descarnada, implorar una limosna al pasajero sufriendo los desaires del uno, las reconvenciones del otro, y por fin vernos á lo mejor encerrados en una cárcel, acusados de vagancia y destinados á los inmundos depósitos de los hombres criminales y de las mujeres perdidas... Jorge, es imposible que una hija que yo haya llevado en mi seno, no se muriera de vergüenza en este caso.

Al oir la jóven Amelia que era objeto de la conversacion de sus

padres, se salió prudentemente fuera de la cabaña, dejando en libertad á los dos esposos de espresarse sin reparar en testigos.

—¿Y qué será de nosotros si no ponemos mi plan por obra? Una vez descubierto por D. Jacinto, ninguna duda me queda de que mi secreto se ha hecho ya público á estas horas. Mañana mismo soy denunciado á las autoridades, preso, conducido á Madrid, y una vez allí ¿cuál es la suerte que va á cabernos? á mí el cadalso, ó todo lo menos el grillete del presidario perpétuo; á vosotras la infamia y la miseria.

La alternativa no podia ser mas cruel; Amelia permanecia sin tomar una resolucion definitiva.

—¡Ah, Jorge!—esclamó por último—¡á qué estremos nos hallamos reducidos!...

Gomez se levantó de la silla con ademan terrible, y echando llamas por los ojos, dijo con voz tonante:

—¡Maldiga Dios á los culpables! ¡El rayo del cielo caiga sobre su cabeza y les aniquile!

Apenas pronunciadas estas palabras, se observó una cosa estraña. Cual si la voz de Jorge hubiera llegado al trono del Señor y este se hubiera propuesto secundar la terrible imprecacion, palideció el sol de repente, una ráfaga de viento huracanado estremeció las mal unidas tablas de la cabaña, y se dejó sentir en el espacio la ronca voz del trueno, que en algunos casos parece el eco de la maldicion de Dios.

La jóven Amelia se precipitó azorada en la cabaña y fué á refugiarse, llena de miedo, en el seno de su madre, que la cubrió á un tiempo mismo de besos y de lágrimas.

—¡Desgraciada criatura!—esclamó Jorge.—De hoy en adelante, cuando ruja la tempestad, no tendrás un techo en que guarecer tu cabeza...

Y cual si esta imágen terrible hubiera agotado el resto de sus fuerzas, volvió á caer desplomado sobre la silla, ocultando su rostro entre las manos.

En aquel mismo instante un nuevo golpe de viento sacudió con tal furia la endeble puerta de la cabaña, que chocando con la pared violentamente, saltó en pedazos, con no poco espanto de las dos mujeres.

Al propio tiempo apareció en el umbral la sombría figura de un mendigo.

Amelia y su hija no pudieron contener un grito de terror, fijando los azorados ojos en el recien venido.

Este adelantó lentamente algunos pasos hasta penetrar en la cabaña, y dijo con voz lastimera:

—Una limosna por el amor de Dios.....

Al rumor de aquella voz se estremeció Jorge, como si temiera que los gendarmes fuesen ya en su busca.

—Es un mendigo...—dijo la niña á su padre.

—¡Echadle fuera! ¡despedidle!—contestó el leñador á quien el miedo habia vuelto cruel.

El mendigo continuó penetrando en la cabaña, siendo notable la impresion que su presencia causaba en la desdichada Amelia, que no acertaba ni aun á moverse de su sitio.

—Padre mio, deje V. que le alargue un pedazo de pan. Quizás tiene hambre.....

—¡Qué la tenga!—esclamó Jorge, supeditado por su terror.—Es un vagabundo, un espía tal vez.

Y arrancó de manos de su hija el pedazo de pan de que esta se iba á privar por socorrer á un desgraciado.

El mendigo se detuvo en mitad de la cabaña: apoyó con gran calma entrambas manos en el estremo de su nudoso garrote, y con aquella sonrisa que ya le conocemos y nos ha llamado la atencion en la *Flor de lis*, dijo con mucha sorna:

—En verdad que se ha vuelto tan duro de corazon como débil de espíritu mi antiguo amigo D. Jorge Gomez.

Al oir que el mendigo pronunciaba aquel nombre que Jorge ocultaba con tanto empeño, estremecióse el leñador y por primera vez miró al rostro de aquel pordiosero que le llamaba antiguo amigo y poseia seguramente el secreto de su vida. Entonces, y como si una misma idea hubiera asaltado la memoria de Jorge y la de su esposa, descorriéndose á sus ojos un velo interpuesto entre aquellos y el pordiosero, salió de los labios de marido y mujer una espresion idéntica, pronunciada con una misma entonacion de disgusto y de odio:

—¡Es él!

Nuestro mendigo no hizo movimiento alguno: puso en sus labios una sonrisa mas pronunciada, y contestó:

—Y bien, soy yo, soy él, como decís vosotros...

—¡Varner!—esclamó Amelia.

Gomez permaneció un breve instante petrificado por el asombro y el coraje; y en seguida, como la fiera que descubre al cazador de sus cachorros, enderezó su elevada estatura, lanzó á Varner una mirada de odio feroz, y empuñando un hacha que se encontraba al alcance de su mano, la volteó con sin igual velocidad, y se precipitó sobre el miserable, gritando:

—¡El infierno te ha puesto en mi camino!

Y descargó el golpe, que hubiera sido mortal para aquel contra quien iba dirigido, á no haberse lanzado Amelia y su hija á detener el brazo del vengador.

—¡Jorge, detente!—esclamó Amelia, teniendo suspensa en el aire el hacha amenazadora.

La hija del leñador cayó á los piés de su padre, y levantando entrambos brazos, conjuraba á Gomez, con sus ademanes, á fin de no presenciar una escena que repugnaba horriblemente á su tierno corazon.

En cuanto á Varner, se habia puesto en guardia enarbolando su garrote, aunque manteniéndose en defensiva.

Los dos enemigos se estuvieron contemplando durante un minuto. Reinaba en la cabaña el silencio mas profundo, interumpido solamente por la fatigosa respiracion de los cuatro personajes.

Amelia fué la primera en poder traducir sus pensamientos por medio de palabras.

—Jorge, Dios se ha anticipado en castigarle. Mira su estado: ¿necesita mayor castigo?

El leñador soltó el hacha: las palabras de su esposa encerraban un fondo de verdad incontestable.

Varner dejó caer asimismo su baston, y haciendo asomar á sus labios su sempiterna y sardónica sonrisa, dijo:

—La señora tiene muchísima razon: Dios nos ha igualado ante su justicia...

—No profane V. la justicia de Dios,—le interrumpió Amelia—

Lit Vazquez R. 3

Detente. FARAÓN

O te doy patada

Y en ese momento
llega napoleon y
pum se jo-
deron los plomos

sigue en el 5. capit.

que eso puede confundir en una misma venganza al verdugo y á su víctima.

—Señora,—contestó Varner—no retrotraigamos el pensamiento á épocas tan lejanas. Lo que pasó hace quince años debe ser olvidado mútuamente; y pues la mano de la fatalidad nos ha reunido, no nos opongamos á la voluntad del destino que nos impele á los unos hácia los otros.

—Para que tú ó yo dejemos de existir ahora mismo—esclamó Jorge.

—Un desenlace de esta naturaleza no merecia la pena de que viniera á buscarte espresamente á tu cabaña, con un palmo de nieve en el camino y la tempestad desatándose sobre mi cabeza.

—¿Venia V. en su busca?—preguntó Amelia azorada.—¿Quiere V. precipitarle en el abismo aun mas de lo que está?... Varner, deje V. en paz á las personas á quienes ha martirizado durante tanto tiempo.

—Se engaña V. atribuyéndome propósitos que nunca he tenido, y hoy menos que en tiempo alguno; y para demostrárselo á V., voy á darle una noticia que tal vez haga que me bendiga cuanto ahora me maldice.

—¡Bendecir yo á V.! Imposible...

—No lo será, señora, cuando diga á V. que su hijo vive, y es bello, rico y fuerte.

—¡Mi hijo!—esclamó Amelia transportada de júbilo—¿ha visto V. á mi hijo? ¿qué sabe V. de él? ¿dónde se encuentra? Hable V., hable V., y Dios le bendiga por el bien que me hace.

—¿Qué es lo que yo digo? Ya soy á los ojos de V. el mortal mas amable. Y bien, sépalo V.: Alberto vive; le he visto no ha mucho; es cuanto puedo decirle á V. Pero no por la simple satisfaccion de ver llorar á V. de alegría vine á esta cabaña: Jorge corre un peligro inminente; yo lo he descubierto por una casualidad, y mi deber de amigo, cualquiera que sea el concepto en que se me tenga, me obligaba á darle cuenta de mi desagradable descubrimiento.

—El peligro que me indicas le conozco desde ayer: hay en el Portús un hombre que puede perderme y que no desperdiciará la ocasion de hacerlo. Aguardando estoy á verle entrar por esta puerta, pero ¡ay de él! si se coloca donde mi enojo le alcance.

—De ese hombre nada tienes que temer; ya no puede perjudicarte.

—Tus palabras me merecen ya poquísimo crédito.

—Te lo merecerán cuando te diga que ese miserable D. Jacinto, cuya presencia te infundió tan gran terror, dejó de existir apenas te separaste de su lado.

—¡Cómo! ¡habla!—esclamó Jorge que no encontraba la esplicacion de aquel hecho inesperado.

Varner indicó con un gesto á las dos mujeres, y Gomez comprendió que su presencia impedia á su antiguo compañero espresarse con mayor claridad. Sin embargo no podia permanecer en la duda de si eran ó no ciertos los hechos denunciados por Carlos, y levantándose de la silla, dijo á su esposa:

—Amelia, retírate; lleva contigo á nuestra hija: lo que Varner acaba de decirme importa entre ambos una esplicacion que no puede tener lugar en tu presencia.

—¡Dejarte á solas con ese infame!—esclamó Amelia.—¡Jamás, Jorge, jamás!

El leñador no pudo contener un movimiento de ira: no podia permitir que delante de un estraño su esposa se atreviera á oponerse á su voluntad. Hay hombres empeñados en comprender al revés la dignidad de su carácter, llamando autoridad doméstica al despotismo mas cruel y ridículo.

—Señora,—dijo Jorge—cuando yo manifiesto un deseo, no gusto de ser contrariado. He dicho que se retire V.

—Esposo,—contestó Amelia temblando—ese hombre me da miedo: él es la causa de nuestra desgracia...

—Lo sé muy bien, y no hace mucho que V. me ha impedido castigarle como se merecia. ¿Cree V. que mi candidez es igual á la de hace quince años? Entonces podia V. temer dejarme á solas con mi falso amigo; hoy no debe V. recelar cosa alguna de que, atendiendo á mi seguridad, quiera tener una entrevista secreta con mi cómplice. Retírese V.: yo la llamaré cuando convenga.

Amelia cogió á su hija por la mano, y trepando por la escalera, llegaron al piso superior, donde entrambas se pusieron en oracion por Jorge. De vez en cuando un pensamiento, cruel y delicioso á un tiempo, venia á distraerla de su mística faena: las palabras de Var-

ner referentes al hijo de la desdichada Amelia, resonaban en los oidos de esta de una manera pertinaz, y aquel ¡vive! pronunciado por el infame amigo de Jorge, tomaba á veces las gratas proporciones de una esperanza, así como en otras ocasiones torturaba la imaginacion de la madre que sentia la necesidad de estrechar entre sus brazos á aquel viviente.

Siempre es grata para una madre la noticia de la vida de su hijo; pero ¿merece siempre la pena de vivirse? ¿No podia la vida de Alberto ser un tejido de desdichas, como desdichada habia sido la de sus padres? Y aun cuando así no fuera, en el mero hecho de constar á Amelia la existencia de Alberto, su mirada de madre debia abarcar el mundo entero para hallarle en cualquier sitio del mundo; sus brazos debian tener un poder de atraccion bastante para llamar á su seno al hijo que de su seno habia sido arrancado por el destino; su voz debia ser tan potente que en cualquier punto donde esclamase ¡hijo mio! otra voz, no menos sensible, espresando asimismo la desesperacion, contestase instantáneamente: ¡Madre, madre de mi alma!

Y nada de esto podia ser, sin embargo. Hacia quince años que Amelia buscaba á su hijo, y no le veia; que le tendia los brazos, y no le estrechaba en ellos; que le llamaba á voces con el corazon, y ningun eco de voz resonaba en su alma. ¿Qué le importaba, pues, de la vida de Alberto, si habia muerto para su madre?

En esta conclusion desesperada cabia una gran dósis de egoismo; pero ¿quién no perdona, quién no aplaude con entusiasmo ese egoismo santificado por el mas puro de los afectos y de los desintereses, que consiste en el invencible deseo de compartir las penas de un hijo?

Tales eran los sentimientos que combatian el corazon de Amelia en tanto que la oracion vagaba por sus labios, como un delicioso perfume del alma que se exhalaba hácia el trono de Dios, suave como el perfume del lirio, místico como la nube del incienso.

Y así transcurrió mas de una hora: la tempestad habia calmado en parte; caia sin embargo una lluvia menuda y helada, y el cielo se hallaba cargado de sobra para desatarse con nueva furia sobre el monte, convirtiéndole á la vista en una inmensa cascada, cuyas aguas saltasen de peña en peña con pavoroso estruendo.

Amelia prestó oido atento á lo que pasaba en el piso bajo, pero ninguna palabra llegó hasta sus oidos: se atrevió á descender algunos escalones y dirigir una mirada al sitio en que habia dejado á Varner y á Jorge, pero ni uno ni otro se hallaban en él, ni en el resto de la cabaña.

Bajó apresuradamente, seguida de su hija, y el corazon la hizo presentir una desgracia. Para creer en ella con todo fundamento, le bastaba calcular que Jorge habia salido en compañía de un hombre que parecia destinado á ser el azote de la familia hasta su total destruccion.

Otro motivo tenia Amelia para estar recelosa de aquella desaparicion. Su esposo se encontraba en una de aquellas situaciones desesperadas, durante las cuales la tentacion pronuncia funestas palabras á los oidos de los hombres. Habia anunciado su intencion de partir al dia siguiente, y aun cuando Varner le indicara que D. Jacinto habia dejado de existir poco despues que Jorge habia abandonado la fonda del Portús, aquella muerte impensada, repentina, inquietaba sobremanera á Amelia, á quien un sentimiento esquisito de penetracion hacia evidente que Jorge habia desaparecido en compañía de un asesino.

Desde que este pensamiento empezó á mortificarla, un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo, su imaginacion se estravió representándola las mas horribles escenas, y su temor llegó al estremo de no poder resignarse á aguardar impasible el desenlace de aquella entrevista comprometida.

Resuelta estaba á echarse sobre las huellas de su marido, á pesar de carecer de noticias respecto del camino que habia emprendido, y ya se dirigia hácia la puerta de la cabaña, cuando apareció en ella un nuevo personaje.

—Perdone V., señora, si interrumpo sus ocupaciones—dijo el recien venido.—¿Podria V. indicarme cuál es la cabaña de Jorge el leñador?

Amelia que habia lanzado un grito de espanto á la vista del forastero, se sintió de pronto tranquilizada, bien fuese por la cortesanía de aquél, bien por el simple metal de su voz, que algunas veces, y sin conocer el motivo, ejerce sobre nuestra conducta una influen-

cia grande, agradable ó ingrata segun el temperamento en que nos encuentra.

—Caballero,—contestó Amelia—en el bosque negro no hay mas cabaña que esta, ni mas habitantes que Jorge y su familia. Se halla V., pues, en la cabaña de Jorge el leñador.

El forastero se quitó el sombrero con religioso respeto, y adelantó un paso puerta adentro.

En seguida y con acento sumamente conmovido, dijo:

—Bendiga el Señor el hogar perfumado por la presencia de la mas virtuosa mujer...

CAPITULO V.

Dicha inesperada.

Amelia no comprendia la aparicion ni las palabras del forastero. Este era el dueño de la silla de posta que hemos dejado corriendo el camino desde el Portús á la embocadura del bosque negro. Iba envuelto en su ancha capa de viaje, que dejó encima de una silla, y debajo del brazo traia una cartera grande que depositó encima de la mesa. Todos estos movimientos eran ejecutados por él con cierta solemnidad cuya razon no se esplicaba Amelia, acostumbrada como se hallaba de quince años á aquella parte á la compañía de personas rústicas y muy poco amables, que de tarde en tarde se dejaban ver en la cabaña, á veces amenazando á sus moradores, á veces lanzándoles toda suerte de maldiciones por desgracias que no causaron ni pudieron haber causado, y nunca dispuestos á prodigarles la mas mínima palabra de cariño, la mas sencilla muestra de respeto.

Concurria, además, otra circunstancia notable en el forastero. La simple vista de Amelia habia causado tan violenta impresion en su ánimo, que, sin poderlo disimular, las lágrimas se habian agolpado á sus ojos, saltando fuera de ellos con abundancia cuando, despues de una mirada á los enseres de la cabaña, se hubo convencido de la miseria que en ella reinaba.

Todo esto observaba Amelia, y en verdad que cada uno de esos síntomas eran muy bastantes para escitar la curiosidad de una mujer. Lo que necesitaba la esposa de Jorge era un medio de entrar en diálogo con el recien llegado, y observando que las vestiduras de este se hallaban caladas por el agua, á causa sin duda del último aguacero, le dijo con aquella dulzura que es el mas bello aliciente de la hospitalidad:

—Caballero, mi esposo ha salido hace un instante; pero puede usted aguardarle, y mientras tanto secarse al hogar. Además, si apetece usted alguna de nuestras provisiones, harto modestas son, pero se las brindamos á V. con toda la sinceridad de nuestra alma, puesto que la voluntad es el tesoro de los pobres.

El forastero aceptó la oferta y trató de dar gracias á su amable patrona; pero cuantas veces intentó pronunciar algunas palabras, las lágrimas ahogaron su voz. La pequeña Amelia, despues que hubo reanimado la llama del hogar, tomó asiento junto al inesperado huésped, y con la curiosidad y candidez de una niña, preguntóle:

—¿Viene V. de muy léjos?

—De muy léjos...—contestó el forastero ahogando un suspiro.—Vengo de Andalucía.

Apenas Amelia, la esposa de Jorge, oyó esta respuesta, se estremeció de una manera tan visible que no parecia sino que una mano imprudente habia tocado á la fibra mas delicada de su corazon.

—¡Ha dicho V. de Andalucía!—esclamó.

El forastero, sin atreverse á mirar al semblante de Amelia, hizo una seña afirmativa.

—¿Ha estado V. en Cádiz?—preguntó la esposa de Jorge con una inquietud, con una intranquilidad que hubiera dado compasion al hombre mas empedernido.

—He estado en Cádiz, señora;—contestó el interrogado—me he educado allí.

Gruesas gotas de sudor manaban de la frente de Amelia: sentia una grande necesidad de llorar, y sus ojos, fijos constantemente en su jóven compatriota, permanecian secos y despedian llamas; queria dirigir nuevas preguntas al forastero, y el contristado semblante de este último la detenian, porque temblaba á la simple idea de ciertas

respuestas que pudiera darla. Finalmente tuvo necesidad de apoyarse para no venir al suelo, y de comprimir su corazon con su mano, por temor de que no estallara á impulsos de sus vehementes latidos. Mil ideas á cual mas encontradas, alegres y tétricas, en insondable confusion, asaltaban su mente: sentia vértigos, faltábanla las fuerzas, y sin embargo tenia empeño en ser superior al miedo y á la esperanza que de repente y de la manera mas brusca la habian asaltado.

¡Pobre Amelia!

En presencia de aquel trastorno que amenazaba destruir la endeble organizacion de la esposa de Jorge, el forastero, no mucho mas tranquilo que ella, creyó que debia dar una salida á aquella situacion violenta. Levantóse del sitio que ocupaba, y yendo á ocupar otro junto á la desdichada mujer que estaba casi á punto de volverse loca, la cogió una mano cariñosamente y se la besó con la mayor efusion, depositando en ella una lágrima ardiente.

Amelia retiró su mano de una manera tan rápida como si aquella lágrima hubiera sido una chispa de fuego. Ningun hombre, á escepcion de su esposo y de su hijo, tenian derecho á besar aquella mano, que hacia muchos años nadie habia llevado á los labios con amor ni con respeto.

Para el jóven español no pasó desapercibido aquel movimiento, como tampoco la sombra de tristeza que nubló la frente de Amelia. Temió haber cometido una imprudencia, y dijo:

—Señora, dispense V. mi atrevimiento... He faltado; pero juré hace muchos años besar esa mano que sin permiso he llevado á mis labios, y aun con riesgo de ofender á V., he querido cumplir mi juramento.

—¿Y á quién lo prestó V., caballero?—dijo Amelia desarmada en mucha parte por la dulzura especial con que el jóven habia presentado sus escusas.

—Señora, me lo juré á mí mismo.

—¡A V. mismo!—esclamó la esposa de Jorge, perdiendo el color súbitamente.

Fué tan viva la conmocion que esperimentó la pobre mujer, que el forastero comprendió que tal vez la voz de la naturaleza le habia hecho precipitarse imprudentemente en sus revelaciones.

Porque nuestros lectores no habrán olvidado que el jóven viajero se habia despedido del fondista del Portús, dándose á conocer como á Alberto Gomez y García.

Amelia, por lo tanto, se encontraba sin saberlo, en presencia de su idolatrado hijo.

Figúrese ahora el estado en que se hallaria el corazon de este y la habilidad con qué debia proceder á su descubrimiento, si no queria esponerse á que la alegría causara el daño que no causó el dolor.

Despues que el jóven Gomez hubo reparado en su involuntaria imprudencia, se apresuró á enmendarla diciendo:

—Lo hice á mí mismo, despues de haber oido á un amigo mio narrar las desdichas y las virtudes de su madre. Y ese modelo de constancia, ese tipo de resignacion, es V., señora.

—Luego V. conoce á mi hijo... —dijo Amelia sin poderse contener—el hijo de quien me ví obligada á separarme hace quince años; ¡quince años, caballero! debo ser muy mala madre cuando no he muerto en todo este tiempo... Pero hablemos de mi hijo, de Alberto: V. le conoce, ha dicho... ¡Deme V. noticias suyas! Hoy por hoy, una rara casualidad me ha hecho saber que vivia. ¿Es verdad que vive? ¡Oh! si no es verdad, ocúltemelo V. mucho tiempo... Pero no, dígamelo V ; yo debo saberlo para no sobrevivirle...

—¿Y qué seria entonces de esa hermosa niña?—preguntó el jóven designando á la tierna Amelia.

—Tiene V. razon,—contestó la escelente madre—debo quererla mucho, porque es el único lazo que me une á la vida hace trece años. Pero yo no puedo permanecer en la incertidumbre respecto de la suerte de mi Alberto: diga V., ¿me han engañado al decirme que vivia?...

—No la han engañado á V., señora: Alberto vive.

—Una pregunta no mas. ¿Ha maldecido alguna vez á sus padres?

Estremecióse el jóven visiblemente, y sin poderse contener, cogió la mano de Amelia y estrechándola, dijo:

—Juro por mi fé de caballero y por mi espada de soldado, que Alberto no ha pasado un dia, uno solo, sin compadecer á su padre y sin bendecirla á V.

Amelia cayó de rodillas, y el llanto que el dolor no hizo subir á

los ojos, lo agolpó á ellos la felicidad. ¡Oh! ¡Y cómo dió gracias á Dios por aquella dicha inesperada!...

Hubo en la cabaña un buen rato de silencio, interrumpido simplemente por los sollozos de la pobre mujer. Luego Alberto la tomó cariñosamente por el brazo, y con mucha dulzura la hizo sentar, permaneciendo de pié delante de ella y en actitud sumamente respetuosa.

Amelia enjugó su llanto y dijo:

—Perdone V. mi flaqueza; y pues la casualidad nos ha reunido, refiérame V. cuanto sepa de mi hijo.

—Temo, señora, que mis noticias produzcan en V. emociones demasiado rudas. Si, por desgracia, le sobreviniera á V. algun accidente.....

—¡A mí!—dijo Amelia sonriendo.—Si yo soy inmortal. ¿Pues no sabe V. que una vez me he separado ya de mi hijo?... Cuando no me morí entonces, ¿qué conmocion puede matarme?

—En este supuesto, paso á referirle á V. muy brevemente lo que ha sido de Alberto durante estos últimos quince años.

Amelia besó á su hija, la reclinó en su seno, y se dispuso á prestar toda su atencion.

Aquél á quien continuaremos llamando forastero, pues no se ha descubierto á su madre todavía, prosiguió así:

—Recibido Alberto por su tio de Cádiz, permaneció algun tiempo al lado del buen anciano, que en distintas ocasiones habia exigido de él la promesa solemne de no reunirse á sus padres, hasta tanto que su edad y fortuna pudieran pesar en el destino de las personas que le habian dado el sér. Enhorabuena sepan de tu salud, le decia, y tú de la suya; pero esto basta para la tranquilidad de tu madre y para que vea tu padre que, aun desterrado del hogar de la familia, cumples como hijo obediente.

—¡Pobre tio!—esclamó Amelia—tan bueno como siempre.....

—Y Alberto escribió á sus padres, á V. especialmente, varias cartas, en las cuales daba cuenta de sus sentimientos, de sus planes, de sus esperanzas y del deseo que tenia de reunirse con Vds. Y recibia puntual contestacion á sus escritos, que eran para él de un gran consuelo en medio de sus penas.

—¡Penas mi hijo!... —dijo Amelia admirada.

—Cuando se ha tenido la buena suerte de probar las caricias maternales, el hijo que las pierde cree que no hay amor en el beso de sus parientes, ni lealtad en los consejos de los amigos. Por esto, señora, cuando Alberto dejó de recibir su primera carta de V., se entristeció de manera que llegó á enfermar gravemente. Su escelente tio se procuró las noticias indispensables para esplicarse aquel silencio, y supo que habian Vds. salido de Madrid, sin dejar huella alguna de su paso.

—O á lo menos, una muy sangrienta... —interrumpió Amelia aludiendo á la muerte de Mendoza.

—D. José García ocultó á su sobrino la verdad durante mucho tiempo: el dia, empero, en que se la reveló, le dijo:—Tus padres se hallan proscritos: tú únicamente puedes salvarles un dia y hacer que pisen de nuevo el suelo de la patria.—¡Yo!—esclamó Alberto enajenado de júbilo.—¿Qué peligro hay que arrostrar, qué dolor hay que resistir, para conseguir lo que V. me dice?... ¿Hay que perder la vida? ¿Hay que ir mendigando de puerta en puerta el sustento de mis padres? ¿Hay que bañar en lágrimas de sangre los piés de los jueces que han sentenciado á mi padre?... ¡Hable V.! ¡hable V.! no hay sacrificio alguno que me arredre.

—¡Hijo mio!—esclamó Amelia juntando las manos y elevándolas piadosamente al cielo.

—Desgraciadamente—prosiguió el forastero—nada de lo discurrido perentoriamente por la jóven imaginacion de Alberto, era suficiente para redimir las culpas de su padre. Entonces su tio, su escelente tio, le habló de esta manera:—Para conseguir el fin que te propones, es menester que tus merecimientos pesen tanto en la balanza del favor como las faltas de tu padre en la balanza de la justicia. Hazte acreedor á un gran premio, hazte notable entre los demás hombres; y cuando haya reparado en tí aquél que puede indultar á tu padre, arrójate á sus plantas y renuncia á todo, mediante que le hagan gracia de la vida y la libertad de Jorge.

—¡Tio del corazon!..... ¡Y nosotros que creíamos en su justo rigor, cuando tantas veces ha dejado sin contestacion nuestras cartas! ¿Cuándo será que podré besar sus manos y regarlas con llanto de gratitud?

—Nunca, señora,—dijo el jóven, tan enternecido que se le saltaban las lágrimas.—La mano de D. José García se heló hace ya tiempo entre las de Alberto, que recogió piadosamente su postrer suspiro.

Amelia se cubrió el rostro con las manos y cayó de rodillas súbitamente: su hija imitó este último movimiento, y ambas á dos permanecieron orando un buen rato con religioso fervor.

El forastero contemplaba enternecido aquel hermoso grupo de la gratitud sobreviviendo á los hombres de bien, á aquellos que ni aun dentro de su tumba pueden mantener guardados los aromas de sus virtudes.

Empero, una vez satisfecho aquel justo tributo á la memoria de D. José García, Amelia no pudo prescindir de enterarse del resto de la empezada historia de su hijo. Hizo al efecto una simple seña al forastero, y este prosiguió diciendo:

—Alberto comprendió desde luego la idea de su tio y hubiera deseado tener delante de sí una carrera bastante breve y bastante noble, para distinguirse en ella desde el primer dia de su profesion. Durante un mes permaneció indeciso: en todos los ramos del saber humano, en todas las industrias y en todas las artes creyó que un hombre podia adquirir una celebridad y hacerse digno á la gratitud de su patria; pero aquella celebridad era dudosa, no dependia de su voluntad, sino de su talento; era muy lejana, y no sabia aun, ni estaba en edad de calcularlo, hácia qué carrera le llamaria su vocacion. En medio de esta duda, de esta alternativa tan penosa para él, un rayo de luz vino á decidirle. ¡Dios le habia verdaderamente iluminado!

—Dios, caballero, nunca deja completamente de su mano á los niños huérfanos—dijo Amelia.

—Un dia, Alberto tendria á la sazon diez y seis años, oyó decir en casa de su tio que la patria era esclava del estranjero y que todos los hombres de corazon capaces de empuñar las armas, se debian á la defensa de la independencia española. Alberto no comprendia aun bastante bien qué cosa era patria ni independencia, pero se sintió con ánimo suficiente para preguntar á su tio, si empuñando las armas, era fácil ganar un nombre en poco tiempo. Su tio le contestó que todo dependia del valor de aquél que las empuñaba, y desde

aquel dia quedó decidida la suerte de Alberto. Un mes despues habia abrazado la carrera militar.

—¡Mi hijo! ¡Un niño!—esclamó Amelia amedrentada.

—El niño se debia á la libertad de su padre y á la felicidad de su madre, y se encontró de repente convertido en hombre. Una vez empezada su campaña, comprendió asimismo lo que significaba esclavitud de la patria, y el noble sentimiento de la dignidad nacional aumentó su valor en los combates.

—¡Alberto llegó á pelear! ¡á combatir con los franceses! El, un niño tan débil...

—Ese niño ha visto muchas veces y de muy cerca á los soldados del que fué emperador de Francia y dueño de la Europa, y aseguro á V que nunca su corazon le aconsejó cejar un paso una vez empezada la refriega.

—¡Hijo mio!... Pero, le destruirian los enemigos... ¡Bárbaros! ¿Cómo no tenian compasion de aquel muchacho?

El forastero sonrió con satisfaccion y hasta con cierto orgullo, y dijo:

—Señora, Alberto nunca pidió compasion á los enemigos de su patria, ni la hubiera querido de ellos. Antes que todo se acordaba de que era soldado español.

—¡Caeria enfermo! Siempre fué de naturaleza delicada...—dijo Amelia dejándose arrastrar por su amor de madre y recordando con pesar el débil temperamento de su hijo.

—La dureza de la vida de campaña robusteció su cuerpo, y mas de una vez los enemigos de España probaron el temple de su espada y el empuge de su lanza. No cayó enfermo, como V. dice, señora; cayó herido; y la sangre que se derramó de sus venas le valió la primera condecoracion, que con orgullo ostenta en su pecho todavía.

Involuntariamente dirigió Amelia la vista á la cinta que se veia en el ojal de la levita del forastero, pero si acaso alguna idea de verdad la asaltó en aquel instante, rechazó la verdad como absurda, y apenas llegó á distraerla por un momento de la atencion con que oia el relato del jóven. Este prosiguió:

—Al terminar la guerra de la independencia, Alberto era teniente de caballería, á pesar de que el bozo apuntaba apenas en sus lábios.

Entonces pidió permiso para restablecerse de su herida; pero en realidad para ver á su tio y preguntarle si estaba satisfecho de su conducta, y si era prosiguiendo con igual sistema como llevaria á cabo la felicidad de sus padres. Su tio lo estrechó entre sus brazos, y dijo que lo hacia enorgulleciéndose de su sobrino.

—¡Como yo me enorgullezco de mi hijo!—esclamó Amelia ébria de gozo.

—Por aquel entonces habia cesado el señor de García de recibir noticias de Vds.: Alberto se entristeció y en un momento de debilidad pensó abandonar la carrera de las armas.

—¿Y llevó á cabo su propósito?

—No por cierto; su tio estaba allí para alentarle. Dejó que transcurriera un año, dos, seis: Alberto apenas habia permanecido en el cuerpo durante este largo espacio de tiempo. Su tristeza iba en aumento, y casi la aumentaba el recuerdo de sus pasados hechos de guerra, inspirados principalmente por una esperanza que de cada vez se alejaba mas y mas de la esfera de lo posible. Llegó en esto el año 1820. Una mañana le llamó su tio y le dijo:—Alberto, hace mucho tiempo que nada has procurado por tus padres: estos tienen un derecho á que cumplas los propósitos que abrigabas hace seis años y que dejaron en tan buen lugar tu reputacion de buen soldado.—Alberto obediente siempre á la voz de su tio, arregló su equipaje y partió para el ejército. Poco tiempo despues se presentaba una ocasion en que los valientes lucieron su ánimo; y su hijo de V., peleando á las inmediatas órdenes de Riego, ascendió á capitan de coraceros y ganó otra cruz que lleva con orgullo, porque no era debida á la intriga ni al favor.

—¡Capitan! ¡condecorado!—dijo Amelia con júbilo maternal.

—¿Capitan?...—repitió su hija.—Será una cosa muy buena, ¿no es verdad, mamá?

—Algo mas hubiera podido ascender su hijo de V., señora,—prosiguió el forastero—si no hubieran cambiado las circunstancias políticas de España; pero al fin y al cabo, en cuantos sacudimientos se han sucedido en la península, ha permanecido fiel á sus banderas y no ha manchado sus charreteras ni sus cruces con la mas leve traicion al juramento que tiene prestado. Esto no lo vale todo en el ejer-

cito; pero al fin y al cabo siempre vale algo, dígase lo que se quiera, y á Alberto le ha valido ser estimado por sus jefes y bien quisto de todos sus compañeros. Sin embargo, pasado el peligro de la patria, se dedicó constantemente á su propósito de salvar á sus padres, y se puso loco de contento cuando supo que su regimiento marchaba de guarnicion á Cádiz.

—Fué no poca fortuna, con efecto—dijo Amelia.

—Lo fué, señora, á pesar de que en Cádiz le aguardaba uno de los mas grandes disgustos que podian sobrevenirle en este mundo. Su venerable tio, aquel sér tan querido á quien se habia acostumbrado á mirar y respetar como un padre, enfermó gravemente á poco de haber llegado Alberto, y los médicos desconfiaron muy presto de su salvacion. Alberto no desamparó un solo momento la cabecera del lecho del anciano, el cual pocas horas antes de morir, le dirigió la palabra en estos términos:—Hijo mio, en el umbral de la muerte, tengo obligacion de cumplir una solemne promesa que me hice á mí mismo. Tus padres viven; se han trasladado desde Inglaterra á Francia, y habitan en la falda del Pirineo. Nunca he dejado de saber de ellos, y si no les he socorrido en su mísero estado, es porque á mi juicio tu padre no podia redimir sus culpas de otro tiempo, sino por medio de una espiacion muy larga y muy penosa. Lo que no se purga en este mundo se debe en el otro; el jugador que no sabe hasta qué estremos conduce el juego, jamás se alejará de este vicio funesto. Tu padre no podia volver á la sociedad que le habia rechazado de su seno con justicia, si no era purificado por el sufrimiento y por la resignacion. Verdad es que en su compañía han sufrido dos ángeles inocentes, tu madre y tu hermana; pero tu padre no era bastante para aplacar la cólera del Señor: era menester que dos justos intercedieran por el pecador y ofrecieran en holocausto el sacrificio de su propia dicha...

—No me pesa de haber compartido el pan de la emigracion con mi esposo—dijo Amelia.—Unido para siempre con él, mi suerte será la suya. Ambos hemos sufrido y llorado mucho durante quince años: no importa: así hemos colmado mas pronto la copa de lágrimas puras que era indispensable para su redencion.

—El tio de Alberto falleció animándole á terminar la empresa co-

menzada, y despues de su muerte vió el jóven que su tio le habia instituido heredero universal de todos sus bienes, mediante que debia emplear una parte de los mismos en solicitar y conseguir el perdon de su padre. Alberto aceptó aquella piadosa herencia, y el mismo dia en que el Sr. de García era depositado en la sepultura de su familia, el jóven capitan partia para Madrid, resuelto á arriesgarlo todo para obtener el fruto de su trabajo durante catorce años.

—¿Y qué es lo que consiguió?—preguntó Amelia, á quien por fuerza debia interesar vivamente esta parte de la relacion.

—Consiguió ver al monarca; le espuso cuantos servicios habia prestado á su patria y los premios que por aquellos servicios habia recibido; ofreciéndole renunciar á su grado, á sus condecoraciones y alistarse para toda la vida en las filas del ejército como simple soldado, si S. M. le hacia la gracia de perdonar á su padre.

—Y ¿qué contestó S. M.?—dijo Amelia, cuya zozobra apenas le permitió pronunciar tales palabras.

—El monarca permaneció algunos instantes meditabundo, recibió el memorial, húmedo de las lágrimas de Alberto, y despidió al capitan diciendo:—Anda con Dios, que yo cuidaré de hacerte comunicar mi resolucion.

La esposa de Jorge temblaba como el reo á quien se está notificando una sentencia: un sudor frio bañaba todo su cuerpo, y su vida se hallaba propiamente concentrada en la facultad de escuchar las palabras del jóven. Una mirada, una simple mirada interrogadora, dió á comprender á aquel el terrible estado á que la incertidumbre habia conducido á Amelia, y con mucha pausa, cual si temiera los efectos que pudiera causarla una noticia comunicada muy bruscamente, continuó:

—Alberto se retiró del palacio luchando entre el desaliento y la esperanza: hubiera querido conocer inmediatamente la decision del soberano, y temblaba involuntariamente al pensar que aquella resolucion podia destruir en un momento catorce años de afanes y de peligros. Tres dias permaneció en esta cruel incertidumbre; al cuarto dia..... era el hombre mas feliz de la tierra.

—¡Cómo!—esclamó Amelia, no atreviéndose á dar entrada á una esperanza demasiado halagüeña

—El rey perdonaba á su padre, le permitia regresar á España, y por todo precio de este insigne favor, exigia que Alberto continuase sirviendo á la patria con la misma lealtad y esfuerzo con que la habia estado sirviendo desde la guerra de la independencia.

Amelia se quedó inmóvil, sin hablar, sin ver, sin oir, hasta sin pensar, durante un breve intérvalo de tiempo. Era tan inesperada aquella dicha, era tan grande la felicidad que sentia, era tan legítimo el orgullo que la infundia la noble conducta de su hijo, que no encontró medio en la flaca naturaleza humana para espresar los sentimientos que atropelladamente la asaltaban en aquel instante. Todo lo que pudo hacer, y esto mas por un impulso de su corazon, que por un acto deliberado de su voluntad, fué cruzar las manos sobre el pecho, y elevar al cielo una mirada llena de gratitud; al mismo tiempo que dos lágrimas se desprendian silenciosamente de sus ojos, libertándola de dos ascuas que hacia mucho tiempo martirizaban su corazon.

El forastero contemplaba enternecido aquel hermoso cuadro, y no se atrevia á interrumpir el respetable silencio que siguió al arrobamiento de aquella santa mujer.

Empero Amelia tenia que averiguar el desenlace que en aquella historia le habia cabido á Alberto, y como no se encontraria una sola madre que prescinda por completo de su hijo, ni en sus mayores dichas, ni en sus mas duras aflicciones, de aquí que al cabo de un rato, haciendo como que volvia en sí de un sueño letárgico, dijo:

—Pero, caballero, si lo que V. me dice es cierto ¿cómo mi hijo no se ha puesto en camino para comunicarnos por sí mismo la felicísima nueva? ¿Cómo no ha querido recoger las primicias de la efusion y de la gratitud de sus padres?

El forastero no dió por de pronto respuesta alguna: llegado el momento decisivo, temblaba al pensar en los efectos que una conmocion de aquella naturaleza podria causar á una dama en las circunstancias de Amelia. La reaccion súbita, el cambio brusco del dolor al placer, importa naturalmente una sensacion mas violenta, porque está menos preparada, que la continuacion natural del mismo dolor.

Sin embargo, la posicion del forastero se iba haciendo insostenible: no podia seguir adelante en su relato sin colocar á Alberto frente á frente de sus padres, y aun su propio corazon estaba hacia mucho tiempo luchando para contener el impulso natural que, revelándose por medio de violentos latidos, le empujaba hácia su madre por medio de la corriente del amor filial.

Despues de una pregunta tan directa como la que Amelia acababa de dirigirle, la prolongacion del silencio en el jóven hubiera sido sospechosa, aun para una persona menos interesada que una madre.

Aquella situacion violenta iba tocando á su término, y con ella, al parecer, las desdichas de Amelia.

—Mi hijo,—prosiguió esta—á ser verdad lo que V. dice, se hubiera puesto inmediatamente en camino...

—¿Y quién le dice á V. que no lo haya hecho?...—preguntó el jóven con voz apenas perceptible.

—¡Qué dice V.!—esclamó la pobre Amelia que no se atrevia á creer en lo que oia.—¿Que mi hijo se ha puesto en camino? ¡Oh! Hable V., hable V., porque yo no puedo combinar mis ideas; temo volverme loca...

—Su hijo de V., apenas tuvo en su poder la soberana resolucion, se apresuró á realizar la fortuna de su tio; acto contínuo emprendió el viaje á Francia, y ha llegado á Perpiñan hace dos dias.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo tan cerca de mí!—dijo la esposa de Jorge palideciendo cadavéricamente.

—Sí, señora; Alberto se halla cerca, muy cerca de V. Una vez llegado á Perpiñan, se enteró de sus padres en la prefectura, y tan luego como tuvo noticias seguras de su paradero, prosiguió su camino sin descansar, á despecho de la fatiga, de la tempestad misma que se ha desatado sobre su cabeza hace poco...

Amelia quiso pronunciar algunas palabras, y no pudo; quiso llorar, y no pudo tampoco; quiso suspirar, y los suspiros la ahogaban. A pesar de todo, hizo al forastero una seña suplicándole que prosiguiese, y desde aquel punto, mejor que mirarle, parecia que le devoraba con la vista.

—¿Qué mas puedo relatar á V., señora?...—dijo el forastero.—Su hijo de V. ha recorrido la última parte de su camino, dejando en él dos de los caballos del tiro; cuando le advertian que era una imprudencia penetrar en el monte durante la tempestad, ha sonreido con desden porque nunca la naturaleza le ha parecido mas bella; y cuando ha llamado á esa puerta, cuando ha preguntado en ella por la cabaña de sus padres, cuando ha besado á V. la mano con filial respeto.....

Alberto no pudo terminar la frase: apenas Amelia se apercibió, ó creyó apercibirse de la verdad del hecho, púsose de pié por un movimiento brusco, trató de pronunciar el nombre de su hijo, y únicamente salió de su garganta un grito agudo y prolongado; y cuando intentó tender á Alberto los descarnados brazos, la faltaron las fuerzas y cayó desplomada como una masa inerte, encima de la silla, al mismo tiempo que el jóven forastero caia á sus piés, esclamando:

—¡Madre mia! ¡Perdon!

La pequeña Amelia no atinaba en cosa alguna: creia soñar despierta, y á duras penas oia la voz de su hermano que la pedia algun ingrediente para devolver á Amelia á la vida, que parecia escaparse por sus labios abiertos y agitados por un lijero temblor.

Alberto luchó un buen rato entre la esperanza y el temor de perder á su madre, pero al fin y al cabo volvió aquella en sí, y al encontrarse en los brazos de su hijo, cerró los ojos de nuevo, cual si quisiera prolongar las dulces visiones de un sueño.

Cuando recobró el habla, se pasó mucho tiempo sin que pudiera pronunciar mas frase que esta:

—¡Hijo mio!

Y cuanto mas la iba repitiendo, mayor desahogo esperimentaba.

Alberto, en tanto, cubria de besos su rostro y sus manos, diciéndola:

—Soy yo, madre mia; yo que hace quince años he aguardado esta ocasion dia por dia y hora por hora; soy Alberto, el hijo cuya ausencia ha llorado V. durante tanto tiempo, y que hoy se presenta á V., satisfecho de sí mismo, á decirla: soy rico, soy fuerte, soy poseedor del perdon de mi padre; pues bien, hágase V. cargo de todo, disponga V. de todo, y si por premio de catorce años de trabajos me

bendice V. con igual afecto que el dia de nuestra separacion, me creeré recompensado hasta con esceso.

Y nuevamente cayó de rodillas delante de su madre, que estendiendo sobre él su mano descarnada y trémula, dijo con la mayor solemnidad:

—¡Bendiga el Señor al hijo que trae consigo la felicidad de sus padres!...

CÁPITULO VI.

La perfidia.

Las almas sensibles comprenderán, mucho mejor que nosotros pudiéramos esplicarlos, los sentimientos que agitaron á Amélia en aquel instante, el mas feliz de su vida. Ni se cansaba de mirar á su hijo, ni de abrazarle, ni de arrullarle como pudiera á un niño, ni de abrumarle á preguntas, ni de cortarle la palabra antes de que pudiera responder, ni de hacer mil locuras, como las llamarian sin duda los que no son padres, ó siéndolo no han estado privados de su hijo durante quince años, habiendo perdido toda esperanza de estrecharle otra vez entre sus brazos. Alberto se prestaba á todo, y á su vez hubiera querido que su madre hubiera tenido veinte bocas para oirla referir mas de prisa las escenas, los dolores, las esperanzas y las desilusiones que durante aquel largo período de tiempo habian sucesivamente acariciado ó amargado su existencia.

Luego se fijó en su jóven hermanita, á la cual prodigó innumerables caricias, asegurándola que muy en breve iba á cambiar su posicion, y que desapareceria de su alrededor aquella cabaña tan triste, aquel bosque tan solitario, aquellos muebles demasiado humildes aun para la jóven de mas modestas pretensiones, y aquel vestido viejo, haraposo, que tan mal sentaba á su talle esbelto y á su fisonomía tan bella como candorosa.

Amelia se dejaba acariciar inocentemente: nunca habia conocido qué cosa era el amor de un hermano; pero su alma hermosa la indicaba que sin duda era muy santo y muy puro el amor que se profesaba á un hombre que traia la felicidad de sus padres y á quien su madre bendecia despues de haberle estrechado contra su seno.

Esos transportes de júbilo se prolongaron durante un buen rato, hasta tanto que Alberto, recobrada una parte de su serenidad, dijo:

—Madre mia ¿y mi padre?... ¿Qué ha sido de mi padre?

—Lo que era de esperar de un hombre mas desgraciado que malo —contestó Amelia con dulce resignacion.—El pobre ha espiado bien duramente sus faltas, cometidas principalmente por sugestion agena.

—Así me lo dijo mi tio al referirme algunos detalles de su existencia. Por ellos supe que habia sido víctima de un malvado llamado Varner, que le arrastró al vicio como se arrastra á un niño, vendiéndole de la manera mas infame. ¡Ah! Dios no ha permitido que lleve á cumplimiento la totalidad de mi promesa, y en verdad que lo siento en el alma.

—Pues ¿qué habias prometido, hijo mio?

—¡Arrancar la vida al miserable que fué causa de la perdicion de mi padre!

Amelia prorumpió en una esclamacion de horror: en aquel momento la habia asaltado la idea de que el hombre cuya muerte habia jurado su hijo, podia entrar de un instante á otro en la cabaña, en cual caso era de temer una escena tristísima.

Los temores de Amelia hubieran aumentado de punto si hubiera podido penetrar en los secretos de su constante enemigo. Varner habia reconocido al hijo de Jorge; habia oido que este se iba á reunir á sus padres, no podia dudar de que estaria enterado de la historia de Gomez, y en este caso su suerte era nada dudosa. Por esto resolvió anticiparse á todo trance al jóven, y para ello empleó velozmente unos medios cuyo resultado hemos tenido ocasion de apreciar.

De aquí que la pobre madre sintió renacer de pronto todos sus terrores: su hijo era fuerte, valiente, el mismo amor que profesaba á sus padres le induciria probablemente á vengarles en la persona de su enemigo capital..... Y aquel peligro, previsto y, á ser posible, exagerado por el amor de madre, era inminente, podia presentarse

de un instante á otro, y Amelia no encontraba medio alguno de evitar una lucha á muerte si una vez se encontraban frente á frente el verdugo y el hijo de sus víctimas.

En este duro trance, la pobre mujer no halló otro medio de salvacion que hacerse superior á sus propios terrores, ocultándolos á la misma perspicacia de su hijo.

—Alberto—dijo—tu padre se halla fuera de la cabaña en este momento. Retardar el instante de vuestro mútuo reconocimiento seria una grave falta en mí, falta que se traduciria por un egoismo de que nunca me he sentido animada. Voy, pues, á preparar á tu padre para la dicha inesperada que le aguarda: el pobre ha padecido mucho, y quizás no podria resistir esta revelacion.

—Madre, los caminos están intransitables; de un momento á otro puede arreciar la tempestad..... ¿No seria mejor que aguardásemos á nuestro padre junto al hogar que nos presta su calor? Además, si alguno debe correr el peligro, mejor me sienta á mí qué á V.: yo soy fuerte; he venido precisamente en busca de mi padre, y mas de una vez he pisado nieve y he recibido la lluvia en los campos de batalla. Deje V. que vaya al encuentro de mi padre; yo volveré con él al instante.

Amelia no podia acceder á la natural pretension de Alberto, sin esponerle á un encuentro funesto.

—De ningun modo, hijo mio,—dijo—yo estoy práctica en el monte y las tempestades del Pirineo no tienen ni han tenido hasta ahora poder alguno sobre una mujer que ha llevado siempre la verdadera tempestad dentro de su corazon. Además, tú necesitas mayor descanso porque has sufrido últimamente mayores fatigas, y tu hermana, la pobre y resignada Amelia, que desde el dia de su nacimiento ha sido la única alegría de este hogar tan triste, es digna de que su hermano la consagre alguna atencion.

Alberto se bajó hasta la hermosa niña que lloraba, sin esplicarse el porqué, y la dió un beso, que tuvo el feliz privilegio de hacer sonreir á la inocente criatura. Quizás la pequeña Amelia lloraba de celos, creyéndose que la llegada de su hermano ejerceria algun poderoso influjo en el cariño de sus padres, que cuando menos tendria que dividirse por igual entre sus hijos. La inocente criatura ignora-

ba que el amor de padre es indivisible y se deposita por entero en cada uno de los que tienen ante él la igualdad de su título.

—Sube con Amelia al piso superior:—prosiguió la esposa de Jorge, poniendo al parecer grande empeño en esta circunstancia—tu hermanita te pondrá de manifiesto objetos que sin duda te serán gratos; la estampa de la Vírgen á cuyo pié hemos rogado por tí todos los dias, el relicario que has llevado al cuello durante tus primeros años y que se encuentra despojado de cuantos accesorios de valor tuvo en su tiempo; las cartas que me escribiste luego de nuestra separacion y que puedo recitarte de memoria una por una... Anda, Alberto, anda: déjate conducir por tu hermana, y disponte á recibir á tu padre.

Y sin aguardar respuesta, dando muestras de una precipitacion ó impaciencia cuya causa no se nos oculta, besó la buena madre á sus hijos, indicóles la escalera, y salió de la cabaña, oyéndose en seguida su voz, repetida á lo léjos por el eco, que pronunció en cien diversos tonos el nombre de Jorge.

El jóven se quedó á solas con su hermana, á la cual acomodó en sus rodillas, como á una niña recien nacida. Y tal era á sus ojos: ¿acaso para Alberto no era aquel el dia primero de su hermanita?

—Vamos á ver, Amelia,—la dijo—¿te gustará salir de esta cabaña y ver el mundo?

—¿Qué es el mundo?—preguntó la niña con inocencia verdaderamente infantil.

—El mundo son las grandes ciudades, donde hay edificios muy suntuosos, diversiones abundantes, paseos, teatros, mujeres ricamente ataviadas, hombres que van tras sus negocios con indecible afan, músicas, bailes, espectáculos; cuanto puede apetecer una jóven que pronto llegará á su mas interesante edad.

—Y dígame V.—preguntó la niña, que no entendió mucho mejor la definicion que la cosa definida—en el mundo que V. dice ¿las niñas permanecen al lado de sus padres?

—Hasta que se casan.

—¿Y qué es casarse?

La pregunta acabó de desconcertar á Alberto; el cual, para trasladar la conversacion á otro terreno, no halló mejor medio que supli-

car á Amelia le condujese á examinar los objetos que antes habia enumerado su madre, y que el jóven tenia curiosidad de ver, porque estaba seguro de que hablarian con ternura á su corazon, lacerado durante quince años.

—Cuando V. guste—dijo Amelia.

—¿Por qué me tratas de V., hermanita mia?... Yo quiero infundirte cariño y no respeto.

—Siendo así... cuando tú gustes, hermano—contestó la niña arrojándose en los brazos de Alberto.

Este la recibió en ellos y estrechándola con efusion contra su pecho, la condujo al piso superior, desapareciendo entrambos por el boquete que servia de entrada.

Quedó el piso bajo solitario por un momento, hasta que aparecieron en la puerta dos sombras, y entraron luego dos personas, que á tientas, pues Amelia se habia llevado la luz consigo, se encaminaron hácia el hogar.

Los dos recien entrados eran Jorge y Varner.

El primero se sentó en una silla, apoyando la cabeza en la palma de la mano. El segundo dobló el cuerpo hasta casi tocar con los labios la oreja de su compañero, y en voz muy baja le dijo:

—Es forzoso tomar una determinacion: dentro de un momento será tarde. Sobre tí han recaido las sospechas por la muerte de don Jacinto..... No te cabe mas remedio que emprender la fuga.....

—La fuga es la miseria, y yo no puedo arrastrar á ella á mi familia—contestó Jorge con sombrío acento.

—Para librarte de la miseria, la casualidad te ha deparado una ocasion propicia. Un hombre acaba de introducirse en tu casa; lleva consigo una gran cantidad de oro, y en una cartera papeles, quizás por enormes valores. Con ellos podremos ser entrambos felices, ricos, hasta hombres de bien.

—¡Hombres de bien!...—repitió Jorge con pesar.—Es imposible: nosotros estamos privados de alternar con las gentes honradas, que nos señalan con el dedo, nos escupen á la cara, nos arrojan á los presidios y á los cadalsos.

—Estás en un error: con la mitad de la fortuna de ese jóven puedes establecerte cómodamente en Inglaterra, ó en Alemania; en un

punto donde seas verdaderamente desconocido. Una vez admitido en la buena sociedad, vuelve á tentar á la suerte ¿quién sabe? quizás esta se ha cansado de serte contraria; y si merced al juego consigues juntar un gran capital, busca á ese jóven, háblale de restitucion; dí que eres el encargado de devolverle su fortuna; y cuantos tengan noticia de tu generosidad, de tu honroso proceder, te pondrán sobre todos los hombres honrados y llenarán al mundo de tus alabanzas. La honradez se compra, amigo mio; únicamente los pobres estamos privados de ser hombres de bien.

—¡Calla, calla, demonio tentador!—esclamó Jorge, que sentia perder su cabeza al oir las siempre fascinadoras palabras de Varner.

Este calculaba con serenidad completa las conquistas que iba haciendo en el ánimo de su víctima.

—¡Y Amelia!—dijo Gomez, cual si por vez primera encontrase á faltar á su mujer.

—Amelia nada sabrá de lo ocurrido: se halla léjos de aquí, llamándonos entre las escabrosidades del monte. Cuando regrese, se la dice que el forastero ha marchado; se le obliga á marchar si tanto conviene.....

—Y en seguida correrá al primer destacamento de gendarmes, denunciándoles nuestro robo.....

—Si esto temes..... se le imposibilita de hablar. Hay muchos medios.....

Y el infame Varner, degradado cuanto puede estarlo un asesino, hizo un ademan que las tinieblas ocultaron á Jorge, y que hubiera repugnado aun á los criminales de oficio.

—Nuevos crímenes..... nueva sangre.....—dijo Gomez con fosco acento.—¡Jamás, jamás!

—Considera el estado en que te encuentras; el porvenir horrible que te aguarda. Mientras si te resuelves á seguir mis consejos, todo te sonreirá en el mundo, hasta tu familia, que gozará al menos las delicias inherentes á la fortuna, siquiera deba ser á espensas de tu remordimiento.

—¡Amelia tendrá noticia del hecho, me arrojará de su lado, me maldecirá!—murmuró Jorge.

Varner comprendió que su compañero se defendia bastante mal, y echó el resto á la seduccion.

—Tu esposa tiene una hija por quien velar con maternal cariño: si quiere á la pequeña Amelia, tiene que ser ambiciosa, para aquella cuando menos. Reflexiona que de un momento á otro puedes ser separado del seno de tu familia; que tu esposa puede fallecer de dolor, de miseria, de tristeza; puede fallecer, en una palabra. ¿No fallecen, acaso, hasta los mas ricos de este mundo? Y entonces ¿qué será de tu hija? Sola en la sociedad, abandonada á sí misma, espuesta á todas las tentaciones del mundo, la juventud, el amor.... ¡Oh! tú no has reflexionado sin duda en la suerte que espera inevitablemente á la huérfana pobre: un dia, al sucumbir al deseo, á la necesidad, al capricho, olvidará á sus padres, como sus padres la olvidaron á ella; pero cuando el abandono, la enfermedad, la muerte próxima, la obliguen á pedir en un hospital y por caridad un lecho duro en la sala de las mujeres perdidas, entonces volverá los ojos del alma hácia sus crueles padres para mirarlos con desprecio y abrirá sus labios para maldecirles. La mujer jóven, bella, abandonada y pobre, no tiene mas que una carrera; ¡prostituirse!

Jorge se estremecia al escuchar las palabras de su pérfido consejero: luchaba de una manera desesperada entre la evidencia de su miseria, de su peligro, de su emigracion forzosa, y la gran probabilidad de que el porvenir seria aun mucho mas triste que el presente.

—Un nuevo crímen...—balbuceó confusamente.

—El último;—contestó Varner.—Entrambos tenemos la fortuna al alcance de nuestra mano. ¿Llevaremos nuestra torpeza hasta el punto de renunciar á ella por un escrúpulo vano y ridículo?

Jorge no respondió, pero en su imaginacion habia tomado una resolucion suprema.

—¿Qué decides?—preguntó Varner con acento apremiante.

El leñador arrojó con violencia lejos de sí al mendigo, y esclamó:

—¡Nunca! ¡nunca! ¡Basta de sangre y de crímenes! Tú no sabes que cosa tan horrible es el remordimiento.

Varner hizo un gesto que revelaba asimismo su decision á todo trance. Aproximóse nuevamente á Jorge, y con acento que no podia esconder el coraje que le dominaba, dijo:

—Pues bien, obra como mejor te plazca; pero yo haré otro tanto. La fortuna á cuya mitad renuncias tan neciamente, será entera para mí solo.

—¡Cómo!—esclamó Jorge levantando fieramente la cabeza.

—Como que yo no reparo en pelillos, y voy á acometer la obra de mi cuenta y riesgo.

—¡Varner!..... teme las consecuencias..... Mi enojo mal sofocado puede estallar terrible como hace poco...

—¿Y qué me importa á mí tu enojo?..... Este sitio es desierto, yo no soy conocido en el país, ni dejaré huella alguna de mi paso: ese jóven se halla desprevenido; la tempestad ruge á propósito para ocultar el ruido de mis cautelosos pasos.....

Con efecto, el vendabal se habia desatado con tal furia y era acompañado de tan grande aguacero y granizo, que la cabaña se estremecia y crujia como si estuviera á punto de venir al suelo, y Jorge y Varner apenas se oian mútuamente, á pesar de proseguir su diálogo en voz alta, y aun á gritos.

—Un buen golpe—dijo Varner—y he asegurado mi suerte.

Y cogió un tizon del hogar, avivando la escasa luz que producia el ascua.

—Ese golpe no le darás—esclamó Jorge, enderezando su elevada estatura.

—¡Gomez!... dijo Varner acompañándose con una especie de gruñido.—No te interpongas al paso de la fiera que va á arrojarse sobre su presa.....

—¡No darás ese golpe, te digo!—repitió Jorge, empuñando su hacha y colocándose delante de la escalera.

Varner cejó el paso y lanzó un rugido.

—¡Aparta, Jorge!—dijo, revolviendo con la mano el interior de su zurron.

—¡Atrás, miserable! El cielo me inspira, y al salvar á un inocente, haré justicia de un infame.

Y en seguida se puso á gritar:

—¡Amelia! ¡jóven forastero! ¡alerta!

Pero la voz de Jorge era sofocada por el estruendo de la tempestad. Sin embargo, Varner comprendió que al menor intérvalo de calma era

imposible que los de arriba no oyesen los gritos que daban los de abajo.

Ese intérvalo llegó por desgracia.

—¡Silencio!...—aulló, digámoslo así, D. Carlos, reprimiendo el aliento.

—¡Alerta! ¡Socorro!—gritó Jorge con toda la fuerza de sus pulmones.

En el mismo instante y con una increible rapidez de movimientos, Varner encaró á quema-ropa una pistola á Jorge, el cual recibió el tiro en mitad del pecho.

Un grito desgarrador salió de los labios del herido. En el mismo momento, atraidos por la detonacion y las voces, aparecieron en lo alto de la escalera Alberto y la pequeña Amelia.

Varner, que dominado por su codicioso vértigo, habia empezado á trepar hácia el piso superior, se encontró de manos á boca con el hijo de su víctima, que á su vez puso una pistola al pecho del asesino, intimándole la voz de ¡alto! El miserable, sorprendido en el momento de cometer su crímen, no halló mas medio de salvacion que la fuga, y precipitándose de la escalera, se dirigió corriendo á la puerta, amenazando con su segunda pistola á los contrarios que el miedo le hacia ver en todas partes.

Alberto, asombrado por aquella escena é ignorante de si el matador era tal vez su propio padre, no se atrevió á hacer fuego; pero hubiera echado á correr sin duda tras el fugitivo, á no detenerle una esclamacion de su hermana, que habiendo examinado el rostro del herido, á la luz de la lámpara que traia en la mano, gritó llena de angustia y espanto:

—¡Cielos! ¡mi padre!

Al oir estas palabras, corrió Alberto á abrazarse con el inanimado cuerpo de Jorge, y un grito de dolor se escapó de lo mas hondo de su corazon. El de su padre no latia, ó al menos latia tan débilmente que Alberto, trémulo por la desesperacion y el coraje, no percibia ninguno de sus movimientos.

La pequeña Amelia, mas asustada aun que su hermano, cayó de rodillas y rompió en abundante llanto.

El jóven militar sostenia el cuerpo inerte de su padre, en cuyos la-

bios habia sorprendido un resto de vida. Imposibilitado de hacer ningun movimiento por miedo á maltratar su preciosa carga, privado de todo socorro que administrar al herido, comprendió que la vida de este se iba estinguiendo rápidamente; y esta idea llevaba su desesperacion hasta el delirio.

—¡Madre! ¡madre mia!—esclamaba.—¡Acuda V. pronto! ¡Socorro! ¡socorro!

Entonces, cual si la voz de Alberto hubiera evocado realmente á Amelia, penetró esta en la cabaña, pálida, jadeante, desgreñado el cabello, roto el vestido, y verdaderamente desatinada.

Perdida en el monte, gracias á la tempestad que habia destruido hasta las huellas de los caminos, oyó la detonacion producida por la pistola de Varner, y orientada por aquel rumor, corrió hácia la cabaña, de la cual, á alguna distancia, habia creido ver salir á un hombre que se alejaba prorumpiendo en toda clase de blasfemias y de amenazas.

Sin duda habia acontecido una desgracia: la desdichada habia entrado en la cabaña llamando á su hijo. Respecto al fugitivo tenia todas las trazas de un criminal: no podia, por lo tanto, quedarle duda alguna de que era Varner.

A la vista del cuadro que presentaba el interior de la cabaña, Amelia permaneció atónita por un momento; mas reponiéndose en un instante, corrió á abrazarse con el cuerpo de su esposo.

No habia tiempo que perder: Alberto á fuer de buen soldado, sabia por esperiencia que á veces la curacion de una herida depende de la instantaneidad con que se le aplican los remedios. El hijo de Jorge no tenia á mano ninguno de los recursos de la cirujía; pero el que ha hecho largas compañas conoce una porcion de remedios, que si no curan, dan tiempo cuando menos á la llegada de los profesores de curar.

Dominando su emocion, y ayudado por su madre, condujo á Jorge hasta el lecho de paja que habia en la estancia, horrorizándose al ver el charco de sangre que habia quedado en el sitio donde por algunos instantes habia tenido en suspenso el cuerpo de su padre. Seguidamente desgarró las vestiduras de Gomez, arrojó agua fria á su rostro, y lavó la herida, que se hallaba situada á algunas líneas encima del corazon.

El boquete de entrada presentaba muy tristes síntomas, el de salida no existia : luego la bala habia quedado dentro del cuerpo. El jóven hizo un vendaje con su propio pañuelo, y procuró contener la sangre que aun manaba de la herida. En seguida hizo aspirar á su padre un poco de humo de paja, y con esto y apelar de nuevo al agua fria, consiguió que Jorge diera algun lijero indicio de vitalidad.

La madre y la hija, abandonadas por completo á su dolor, eran incapaces de prestar ausilio alguno, ausilio de que por otra parte carecian ; y únicamente suspendieron sus esclamaciones y su llanto, cuando oyeron al herido decir con desfallecido acento :

—¿Dónde estoy?

Amelia se abrazó á su esposo, y con mucha fuerza de espresion dijo :

—Estás en tu cabaña , rodeado de tu familia, de toda tu familia, que Dios ha completado milagrosamente. Míranos, reconócenos: hay entre nosotros un nuevo personaje...

Jorge volvió los ojos hácia Alberto y se detuvo á contemplarle : el jóven estaba á punto de hacer una revelacion que podia trastornar grandemente á su padre. Esta consideracion cerró sus labios, aguardando el resultado de la inspeccion que de él hacia su padre.

—Es el forastero...—murmuró este último.

Alberto hizo una señal afirmativa. Jorge, que iba decayendo visiblemente, prosiguió con mucha dificultad :

—Querian asesinarle á V., caballero, para robarle... Yo he querido impedirlo, y el infame Varner se ha vengado cobardemente...

—¡Varner!—esclamó el jóven entre admirado y colérico.—¡Siempre este hombre!

—Quiso tentarme... hacerme cómplice de su crímen ; yo he llamado á V. con todas mis fuerzas, y al ver destruidos sus planes, ha hecho fuego contra mí... ¡Yo muero!... ¡Mi esposa! ¡mi hija!... ¡Mi Alberto!...

El militar no pudo contenerse : la vida se escapaba por instantes de aquel cuerpo que empezaba á adquirir una tension cadavérica. Arrodillóse el jóven junto al lecho, levantó suavemente la cabeza de su padre, aproximó la suya á los ojos, de cada instante mas vidriosos, del moribundo, y esclamó :

—Ese Alberto á quien V. invoca, soy yo, padre mio; yo que vengo de España á traerle su perdon, á decirle que ya terminaron nuestras penas; que va V. á ser tan feliz cuanto ha sido desgraciado hasta el presente.

Jorge creyó encontrarse bajo la influencia de un sueño agradable, y contemplando el hermoso y varonil semblante de su hijo, sonrió con inefable felicidad.

—No te separes de mi vista, grata ilusion,—murmuró—no te alejes. ¡Es tan agradable morir soñando dichas!...

—No se trata de un sueño, Jorge;—esclamó Amelia—el forastero es realmente nuestro hijo. ¿Crees que en esto puede engañarse el corazon de una madre? ¡Es Alberto, nuestro buen Alberto, que viene á salvarnos, que no te dejará morir, que no quiere que mueras!... ¡Abrázale! ¡Bésale! ¡La vista de un hijo perdido devuelve la vida!...

Jorge contemplaba á su hijo sin atreverse aun á creer en las palabras de Amelia; pero de pronto, cual si la verdad se abriese paso hasta aquella alma, sublimada por la proximidad de la muerte, volvió al cielo los ojos, y dijo con acento firme y sentimental á la vez:

—¡Dios mio! sois tan bueno como grande, y tan grande como justo!.....

Y cogiendo la mano de Alberto, la estrechó contra su corazon y permaneció un buen rato inmóvil, como gozándose en un sinnúmero de celestiales visiones. Su esposa y sus dos hijos contemplaban la espresion de la dicha retratada en aquel semblante, por lo comun sombrío y abatido, y ninguno se atrevia á distraer á Jorge de aquella especie de ensueño, que, con ser preludio de la muerte, parecia embargarle deliciosamente todos los sentidos.

Por fin, el dolor del cuerpo vino á disipar las visiones del alma, y Jorge prorumpió en un ¡ay! agudo, que puso en alarma los mas enfrenados temores de los parientes que rodeaban su humilde lecho.

A pesar de todo, el herido se hallaba al parecer completamente sereno y dueño de sí mismo.

—¡Amelia!—dijo.

La esposa del leñador estrechó una de las manos del herido para demostrarle que habia oido su voz, y aquél continuó preguntando:

—Dime, mujer sublime ¿es verdad que ese jóven sea nuestro hijo?

—El Señor nos le manda para nuestro consuelo: es Alberto ¡el hijo perdido! ¡el hijo llorado!...

Alberto hizo un movimiento para estampar un beso en el rostro de su padre, pero este le apartó con dulzura, volviendo el semblante á otro lado, cual si se negase á recibir aquella demostracion de cariño.

—¿Qué es esto, padre mio?—dijo Alberto.—¿No permite V. que su hijo le salude con una muestra de cariño y de respeto á la par?...

—El beso de un hijo es el ósculo de paz, y yo no lo merezco en este momento.

—¿Por qué?—esclamaron á un tiempo Alberto y su madre.

—Porque para aquél que va á morir sin tener á su lado á un sacerdote, el perdon de una esposa como Amelia y el cariño de un hijo como tú, suplen por la absolucion del religioso; y la absolucion no cabe sino despues de confesadas las culpas.

—Padre, yo no puedo permitir que diga V. semejantes palabras...

—Hijo, la voz de los padres en la hora de la muerte, por muy culpable que haya sido la existencia de aquellos, tiene siempre alguna cosa de la voz de Dios. Yo muero y hablo..... Oid y orad á un tiempo mismo.....

—¡Padre!—esclamaron Alberto y su hermana.

—¡Esposo!—murmuró Amelia entre sollozos.

Brilló límpida la turbiosa mirada de Jorge, desapareció la nube que al parecer envolvia todo su semblante, y estendiendo su mano descarnada y amarilla como la de un cadáver, esclamó:

—Al borde de la tumba, la voz de la conciencia dice así:

CAPITULO VII.

El dedo de Dios.

El cuadro representado en aquel momento en el interior de la cabaña, era á la vez sencillo é imponente. Alberto, doblada en tierra una rodilla, sostenia en la otra la cabeza lívida de su padre, que de cuando en cuando se reanimaba, fijando su mirada con amor y resignacion en las personas de su esposa y de sus hijos; y Amelia, bañando en lágrimas una de las manos de su esposo, elevaba al cielo sus ojos, cuya sublime espresion de dulzura no habian podido borrar treinta años consecutivos de ser arrasados por el llanto. Al pié del humilde lecho, la pequeña Amelia, cruzadas las manos, apelaba al recurso que su madre le habia enseñado para las grandes catástrofes: ese recurso era la oracion.

Con efecto, no hay desdicha que no pueda conjurarse cuando el cristiano, dirigiéndose á Dios, pronuncia de corazon aquellas sublimes palabras: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como se hace en el cielo.»

La borrasca que unos momentos antes se habia destacado con espantoso rumor, se alejaba rápidamente, y los nubarrones, arrojados por el viento sereno, huian como ejército en derrota, que destruye su compactibilidad á medida que causan en él mayores destrozos los proyectiles del enemigo que le persigue de cerca.

Una que otra estrella empezaba á brillar en el cielo, y la blanca luz de la luna, penetrando por los muchos boquetes y rendijas de la cabaña, disipaba melancólicamente las tinieblas en que se hallaban envueltos los personajes que componian esta escena.

Un silencio imponente reinaba en torno al lecho de muerte: todos presentian la catástrofe que les amagaba por instantes, y únicamente Jorge parecia recobrar su tranquilidad á medida que se aproximaba su último momento. Su semblante, generalmente sombrío, su mirada casi siempre fosca, su voz por lo comun inflexionada de una manera brusca, se iban gradualmente dulcificando, y en sus labios, amoratados y secos, vagaba una sonrisa, como en los del mortal desdichado que en sueños cree haber llegado al completo de la dicha.

Despues que Jorge habia manifestado su intencion de hablar, permaneció algunos instantes recogido, cual si retrocediera paso á paso en la senda de su existencia, para no olvidar uno solo de los detalles de su agitada vida, epopeya del dolor, ejemplo vivo de las consecuencias del vicio.

Por fin, hizo un ademan pidiendo que le incorporasen encima de la ensangrentada paja, y una vez en esta postura, sostenido por Alberto, repitió sus últimas palabras, y prosiguió diciendo:

—Yo nací para morir probablemente allí mismo donde mi madre me habia dado á luz. Este consuelo les habia cabido á mis ascendientes, y hasta mi padre, que murió maldiciéndome, sintió al menos el placer de exhalar su último suspiro allí donde una generacion de justos habia exhalado el suyo. Perdonad si no me estremezco al recordar la muerte de mi honrado padre: durante treinta años, hasta el dia de hoy, no he podido recordar aquella escena sin esperimentar un sentimiento de terror que me impedia volver los ojos al pasado: durante todo aquel tiempo, ha resonado en mis oidos constantemente la voz del anciano lanzando sobre mí la maldicion del cielo; y á estas horas en que mas debia atemorizarme el recuerdo de mi padre, en que menos dispuestos debian estar mis oidos para recordar las últimas palabras que pronunció el anciano, puedo volver la mirada á aquella escena sin turbarme, puedo oir aquellas palabras sin que suenen en mi corazon como el eco de una sentencia eterna. ¿Sabeis por qué?...

Jorge interrogó con una mirada á cada uno de los individuos de su familia, y en seguida con cierta espresion de gozo que se traslucia en su voz, en sus ojos, en las contracciones todas de su rostro, se contestó á sí mismo:

—Porque en el cielo está escrito que el miserable causador de la muerte de su padre, no redimirá su alma sino ofreciéndose en holocausto por la vida de su hijo.....

Alberto lanzó un suspiro y besó la frente de su padre, empapada en sudor frio.

—¿Por qué suspiras, hijo mio?—dijo el moribundo.—Regocíjate, antes al contrario, por tu obra, que ha escedido á tus propias esperanzas. Tú creiste llevarme simplemente el perdon de los hombres, y hé aquí que me has traido el de Dios. ¡Bendito seas, Alberto! Tú has de ser muy feliz en este mundo, pues has sido el instrumento de que el Señor se ha valido para reconciliar á un hijo con el alma irritada de su padre... Esto os digo para que ninguno se desespere por mi muerte: yo la recibo, aun mas que resignado, la recibo contento.

Pero todas las protestas de Jorge no bastaban á calmar la angustia de su familia. Amelia, especialmente, que en medio de tantas desgracias como la habian sobrevenido por causa de su marido, nunca habia dejado de amarle, lloraba su pérdida, ni mas ni menos que pudiera hacerlo si aquella escena hubiera tenido lugar en suntuosa estancia de hogar paterno, cuya felicidad se hubiera interrumpido por primera vez con motivo de aquella muerte.

—¡Jorge! ¡Jorge! — esclamaba la infeliz.—¿Cómo puedo resignarme á perderte, cuando nuestra existencia iba á cambiar por completo; cuando la dicha empezaba para tí en el mundo?...

—La dicha...—murmuró el herido.—La dicha en la vida no se ha hecho para el que una sola vez ha sido culpable, y yo lo he sido muchas, amigos mios.

—La clemencia del soberano te habia perdonado: ibas á adquirir tu libertad...

—Y porque el rey Fernando hubiera redimido mi cabeza ¿me hubiese reintegrado en el aprecio de las gentes? ¿Era menos cierto que yo hubiera sido causa de la muerte de mi padre, del asesinato de Mendoza, de la desgracia tuya?... Un indulto... ¿De qué me aprove-

chaba el indulto del Rey, si me faltaba el perdon de mí mismo? ¿Es nada la conciencia? ¿Es mayor la muerte en un minuto que el remordimiento de la vida entera?... El soberano me ha evitado la infamia del cadalso; pero jamás me hubiera rehabilitado á mis ojos, ni á los ojos de las gentes honradas.

—Podia V. haber pisado de nuevo el suelo de la patria: la vista de Madrid le hubiera á V. trasportado á los tranquilos dias de su infancia...—dijo Alberto.

—La vista de Madrid... ¡Qué vergüenza! Jamás me hubiera presentado en la corte. ¿Sabeis qué es lo que me hubiera aguardado en Madrid? El desprecio público. Al aparecer en la calle, los ojos de la multitud me hubieran seguido, lamentándose de que les hubiera privado del espectáculo de mi muerte; al tender la mano á un antiguo conocido, este hubiera retirado la suya; como temeroso de que se la ensangrentara; al penetrar en un sitio público, oiria el rumor de cien conversaciones tenidas en voz baja, y cada una de aquellas conversaciones habria girado sobre mi antigua historia; y hasta el susurro de los árboles del Retiro, el rumor de las fuentes del Prado, el lijero silbido del zéfiro, que descendiendo del Guadarrama va á perderse en horizontes sin término, hubieran murmurado, á colegir por mis oidos: «¡Ese es Jorge Gomez el jugador, el falsario, el asesino!... .» Para oir esto, hijo mio ¿merece la pena de vivirse?

—Viva V., padre mio;—dijo Alberto—y nos estableceremos en el estranjero; en un sitio donde su pasado de V. sea completamente desconocido, donde no deban tener mas noticias de nosotros que el bien que hagamos á los pobres.....

Jorge sonrió melancólicamente, y luego dijo:

—Un destierro... un destierro voluntario, mas lejos aun de la patria que no lo estamos al presente. Vivir ocultando lo que hemos sido; practicar el bien, creyéndonos, no que obramos por piedad, sino por egoismo; hacernos llamar honrados, gracias á que compraríamos ese nombre con nuestra hipócrita virtud; espiar siempre el semblante de cuantos nos rodean para descubrir en él un síntoma de desconfianza, una prueba de que se va transparentando el velo en que pretenderiamos encubrirnos... Y al fin y al cabo, cuando á fuerza de disimulo, de hipocresía, de vigilancia, fuéramos admitidos á la so-

ciedad de las gentes honradas, perderlo todo en un dia, en una hora, con la simple llegada de un conocido antiguo que ponga un término á la farsa, como la puso ayer en el Portús ese miserable D. Jacinto... ¡Qué vida, hijo mio, qué vida!

—Pues bien, partiremos lejos, muy lejos de Europa;—dijo Alberto que no podia resignarse á perder á su padre al cabo de catorce años de trabajos para conseguir su libertad—iremos á morar aunque sea en un desierto, hasta el cual jamás pueda llegar la voz ni penetrar la mirada de ese mundo, que le causa á V. tanto horror.

Jorge fijó una mirada cariñosa en su familia, y respondió:

—Nunca, hijo mio, nunca podria consentir el Señor en un sacrificio de esta clase. Arrastraros conmigo á un destino de esta naturaleza, confundir en un mismo castigo á los inocentes y al culpable, teneros de contínuo delante de mis ojos como una acusacion animada de vuestras desgracias... No, Alberto, no; Dios es justo, y hace las cosas del único modo que deben ser: vosotros debeis darle gracias por sus actos, y yo bendecirle por sus bondades.

Y nuevamente quedó sumido en gratas visiones, segun se coligió de la dulce espresion de su semblante, tanto mas tranquilo, en cuanto mas se aproximaba la hora de su muerte.

La esposa y sus hijos permanecieron en religioso silencio: gruesas lágrimas surcaban sus mejillas, y ninguno de ellos parecia ocuparse de otro objeto que de estudiar los progresos de la muerte en el semblante del desgraciado Jorge. Cuando este salió por segunda vez de su arrobamiento, hizo una seña para que Amelia inclinase su frente hasta ponerla al alcance de los labios del moribundo, que imprimió en ella un tierno beso de despedida, apasionado, ardiente, el primero de verdadero amor, quizás, que aquella mujer habia recibido de su esposo.

Igual muestra de cariño dió á su hija, y tomando en seguida la mano de Alberto, la llevó á su corazon, y le dijo:

—¿Oyes?... Late tranquilo: basta, pues, de lágrimas. Escucha mi postrera voluntad... Vive para tu madre y para tu hermana, y embellece su vida cuanto yo la he entristecido con mi conducta. Sé hombre de bien, y escoge con gran prudencia los amigos. Aquellos que querrán perderte, tomarán cien formas distintas para envolver-

te en las redes que de contínuo tienen tendidas: desconfia de todos; á ninguno lo demuestres; y si alguna duda te queda respecto de la condicion de un amigo, entrégate á la discrecion de tu madre: las mujeres que nos quieren bien, tienen un instinto especial para presentir los peligros de que nos hallamos amenazados. Si yo hubiera seguido los consejos de mi esposa, es probable que nunca hubiera tenido que abandonar mi tranquila y hasta lujosa morada de la calle Mayor de Madrid, en donde empezó mi vida y murió mi honra...

Jorge se detuvo bruscamente, y de pronto palideció aun mas de lo que ya habia palidecido. Su mirada, hasta entonces tranquila y despejada, empezó á adquirir cierta vaguedad y confusion como la de los delirantes. Sin duda sus ideas se iban perturbando; quiso reanudar los consejos á su hijo, y no pudo dar forma á su pensamiento; las únicas palabras que salieron de su boca fueron:

—¡El juego, Alberto, líbrate del juego!... Emponzoña el alma; ¡mata!.....

Luego, como si comprendiera que su vida tocaba á la conclusion, hizo ademan de querer juntar las manos de su familia, y una vez las hubo reunido entre las suyas, se puso de rodillas mediante un esfuerzo, el último de su vida, y besó aquellas manos, mojándolas con sus lágrimas. Jorge no podia ya hablar, y con sus movimientos pedia perdon á las personas cuya existencia habia amargado.

Por un movimiento uniforme, Amelia y sus dos hijos retiraron su mano, y arrojándose al cuerpo de Jorge, besáronle en el rostro, la esposa con verdadero amor, los hijos con profundo respeto.

El moribundo ya no veia á su familia, y únicamente correspondia á sus demostraciones con débiles apretones de manos y besos sin rumor, impresos por unos labios frios y secos como los de un cadáver.

Empero, aun estos síntomas de vida fueron disminuyendo; hizo al cabo de un rato un movimiento convulsivo como para colocarse de pié, y se desplomó entre los brazos de su hijo como una masa inerte.

La bala que habia quedado dentro del cuerpo del herido, acababa de caer sobre su corazon.

Todo habia acabado para Jorge...

Un momento despues, Amelia y sus hijos, formando un interesan-

te y triste grupo, contemplaban el cadáver de Jorge, y rogaban al cielo por el alma del jugador.

La muerte habia devuelto al pobre leñador la regularidad de sus facciones, alterada durante su agonía.

Parecia sonreir á su familia...

Habia muerto convencido de que el segundo bautismo de su propia sangre redimiera una gran parte de sus faltas. Jorge habia dicho perfectamente bien, al afirmar que Dios era tan esencialmente justo como bueno: la familia del jugador no podia aguardar felicidad en la tierra, mientras el mundo hubiera tenido derecho de señalar con el dedo al jefe de sus individuos...

Mientras en el interior de la cabaña tenia lugar la escena de reconciliacion y muerte que acabamos de describir, tenia lugar en el monte otra escena no menos interesante para los que deseen conocer el fin de los protagonistas de nuestro libro. Era llegada la hora de las justicias.....

Nuestros lectores no habrán seguramente olvidado que el buen fondista del Portús, receloso de la suerte que podia caber á Alberto, habia llevado su oficiosidad al estremo de dar parte á la gendarmería, de la existencia de un peligro, que el dueño de la *Flor de lis* no tenia motivo alguno para prever, y que preveia de una manera muy distinta de como tuvo lugar.

Pero ello es lo cierto que los gendarmes partieron hácia el monte, y que llegaron á él, si bien con mas retraso del que se habian propuesto, en atencion á que la tempestad se les habia venido encima, dificultando su marcha.

Tambien recordarán nuestros lectores que Varner, despues de haber hecho fuego sobre Jorge, salió precipitadamente de la cabaña, y empezó á recorrer los senderos del monte, sin direccion fija ni plan preconcebido. Amelia le habia visto cruzar, semejante á Cain despues de haber cometido el primer homicidio.

El instinto de conservacion le empujaba en su rápida carrera, y

mil pensamientos distintos asaltaban en tropel su imaginacion, haciéndole ver peligros, que en realidad no existian para él.

En sus oidos resonaba de contínuo una misma palabra:

¡Homicida!

Y el eco de los montes pareciale que millones de veces repetia otra palabra, aun mas terrible:

¡Venganza!

Durante un gran rato prosiguió infatigable su carrera, salvando distancias con increible rapidez y bordeando con planta segura los mas espantosos precipicios.

Su vida criminal acababa de recibir el último complemento, mediante dos homicidios cometidos en un breve espacio de tiempo. Su conciencia permanecia muda; pero su miedo le hacia ver en todas partes á un vengador fuerte, que le pedia cuentas de la existencia de un hombre, truncada de la manera mas infame.

Y huia, huia espantado, profiriendo de contínuo maldiciones y palabras incoherentes.

Pero vino un momento en que sus fuerzas se rindieron. Entonces tomó asiento y dirigió á todas partes la azorada vista, tendiendo maquinalmente el brazo armado con la segunda de sus pistolas.

Vanos temores... Varner se hallaba completamente á solas con su terror.

El viento frio de la noche despejó un tanto su frente abrumada, y le permitió hacerse cargo de su posicion y echar sus cálculos para decidir de la ruta que debia emprender.

Solo, en medio de una naturaleza triste sobre la cual habia pasado la tempestad, testimonio de la cólera del Señor, oreada su espesa cabellera por el viento frio de la noche, iluminada su figura por los pálidos rayos de la luna, interceptados á menudo por los nubarrones que aun permanecian á la vista como montañas suspendidas en el aire; parecia una vision fantástica, tenia algo del genio de los precipicios pronto á tender sobre el mundo su fatídico vuelo.

Ignoraba que es lo que habia sido de su víctima, y tambien lo que seria de él, el matador.

Pero un secreto instinto le indicaba que aquel sitio habia de serle fatal.

Sin poderse esplicar el motivo, se hallaba abandonado de su habitual audacia. Es que una voz secreta gritaba á su oido que la copa de las iras del Señor se hallaba ya colmada.

Inadvertidamente hizo rodar una piedra con sus piés, y la pesada masa, removida de su sitio, fué á caer al fondo de un precipicio, produciendo un rumor sordo y prolongado, que parecia un gemido arrancado á las profundidades de la tierra. Aquel rumor le demostró que se habia sentado junto á un abismo, muerte y sepultura á un tiempo de muchos imprudentes y de no pocos desgraciados.

Entonces sintió de nuevo terrores que le agobiaban. El miedo á la muerte se habia desarrollado en él de una manera estraordinaria. Queria apartarse de aquel sitio peligroso, y sentia vahidos que le desesperaban, puesto que no podia confiar en la seguridad de su planta; parecíale que la piedra en que se hallaba sentado se descalzaba á su vez, y sus manos crispadas se asian convulsivamente á los mas débiles arbustos y sus uñas se rajaban en las hendiduras de las peñas; en una palabra, padecia uno de aquellos suplicios crueles en que el cuerpo y el alma son atormentados simultáneamente.

En tan apurado trance apeló á la inmovilidad absoluta: enojábase contra sí mismo porque le parecia que el insignificante movimiento que la simple respiracion imprimia á su cuerpo, era bastante para hacerle perder el equilibrio y precipitarle en aquel abismo en cuyo fondo le parecia distinguir la figura de un genio infernal tendiéndole los brazos, cual si quisiera atraerle por la fuerza de su voluntad.

Durante uno de esos momentos de quietud absoluta por su parte, creyó que sus oidos, en los cuales zumbaban toda suerte de rumores estraños, eran heridos por la palabra de algunos seres vivientes.

Prestó atencion, y efectivamente se convenció de que á no grande distancia cruzaban algunos hombres, cuya voz llegaba hasta él clara y distintamente. El acento de aquellas voces era puramente francés; de suerte que ninguno de los amigos que la suerte mandaba á Varner para salir de la terrible posicion en que se hallaba, pertenecia sin duda á la familia de Jorge.

Este cálculo le animó en su determinacion, y buscando donde apoyarse para no perder el equilibrio, profirió un grito agudo, desesperado, como sale de un hombre que lucha entre la vida y la muerte.

—¡Socorro!—esclamó.

Y los ecos del monte ¡socorro! repitieron infinidad de veces.

Cuando Varner estuvo en disposicion de calcular el efecto que su esclamacion habia causado, prestó atento oido, y le pareció oir á muy poca distancia rumor de pasos que se iban aproximando rápidamente.

Con el rumor de pasos oyó tambien el de un metal, unas veces arrastrando, otras saltando de peña en peña. Fijó por un momento su atencion en esta circunstancia, y se la esplicó en seguida, aunque poco plausiblemente.

Aquellos hombres eran gendarmes: el rumor era causado por los sables.

Varner no tenia motivo alguno para estar satisfecho del encuentro; pero de cada vez era mayor el miedo que le daba el precipicio, y cualquiera que hubiera de ser su destino una vez caido en poder de la justicia, se resolvió á entregarse en manos de los agentes. Al fin y al cabo, aun cuando debieran condenarle á muerte, una causa da mas tiempo para discurrir que un abismo abierto á los piés de un hombre que siente vahidos.

—¡Socorro!—volvió á esclamar, aunque con menos esfuerzo que la vez primera.

Un momento despues aparecia un gendarme en lo alto de la peña, asida y cortada perpendicularmente, á cuyo pié se encontraba el acobardado Varner.

—¿Qué diablos haceis en este sitio?—preguntó el soldado.—¿Cazais nidos de águilas?

Varner no acertaba á contestar: únicamente con acento maquinal continuaba pidiendo socorro.

Uno de los gendarmes le alargó la mano, poniéndose de pecho contra la roca en la cima de esta, y dijo:

—Agarraos fuerte, y nada temais: estoy práctico.

Dicen que quien se ahoga, es capaz de agarrarse aunque fuera á una ascua: Varner se hubiera agarrado, no á la mano de un gendarme, sino á las uñas del demonio que hubieran sido.

—Cuidado con que no solteis la mano... ¡A ello!

Y con una fuerza verdaderamente atlética, el gendarme sacó á

pulso al acobardado Varner de su crítica posicion, depositándole tendido cuan largo era en la plataforma de la peña, en medio de la risa de sus compañeros, que aplaudieron estrepitosamente ese alarde de musculatura aplicada á la pesca de seres humanos. En cuanto á don Carlos, al encontrarse por un momento suspendido en el aire sobre el abismo, fiado simplemente al puño de hierro de un soldado, no pudo contener un grito supremo de angustia y terror, y no fué poca fortuna que el instinto de la propia conservacion le impulsase á estrechar fuertemente la mano que por caridad se le habia tendido.

Pero esto no impidió que una vez puesto en salvo, se desvaneciera y fuera acometido de un desmayo, que contrarió no poco á los gendarmes, los cuales están mas acostumbrados á dar que hacer á los médicos que á prestar ausilios medicinales. De mal humor les dejó el accidente; pero como reconocido Varner les pareció ser, lo que vulgarmente llamamos, un pájaro de cuenta, transigieron con sus impulsos antihumanitarios de dejar que el frio de la noche le devolviera los sentidos, á trueque de aprovechar aquel encuentro que les pareció de importancia.

Los gendarmes tienen un olfato muy delicado en materias de husmear criminales, y no es generalmente culpa suya si hay aun muchos bribones que infestan y hacen peligrosas las vias públicas. Pero el gendarme tiene que aguardar á los infraganti para ejercer su oficio de reducir á prision á los mal entretenidos, y de ahí que unos aguardando la ocasion y otros haciendo lo posible por no proporcionársela, no guarda la debida proporcion el número de los presos y el de los que merecerian serlo.

Sin embargo, los gendarmes que habian salvado á Varner sentian olor de gran criminal, y resueltos á depurar la verdad, buscaron un medio de hacerle volver en sí.

—El muy bribon—decia uno de los agentes—es muy capaz de detenernos en este sitio hasta mañana.

—O tal vez de probar hasta donde llega nuestra paciencia, por si le abandonamos—decia otro.

—En tal caso—añadió un tercero—apenas habremos vuelto la espalda cuando echará á correr como perro con caldero. A fé que tiene todas las trazas de ser un bribon consumado.

—Lo que es por mí, no suelto la presa.

—Ni yo, pero tampoco quisiera que el muy tunante se estuviese burlando de nosotros por mucho tiempo.

—¡Eh! ¡compadre!—dijo el jefe de los gendarmes sacudiendo el cuerpo de Varner—¡arriba! ó por vida del diablo que os hago poner de pié de un modo que os haga poca gracia.

Pero contra todos los poco piadosos cálculos de los soldados, Varner continuaba en su estado de verdadera insensibilidad, por lo cual resolvieron los gendarmes ir á buscar socorro al punto mas próximo de los habitados en el monte. La eleccion no era muy dudosa. Salvo recorrer una gran distancia, no habia mas cabaña habitada que la de Jorge: afortunadamente esta se hallaba muy cerca del lugar de la catástrofe, por cuanto Varner no se habia apercibido, al correr desatinado, perseguido por el terror, de que habia hecho poco menos que dar vueltas sobre un determinado é invariable centro.

Los gendarmes procuraron orientarse y vieron brillar una luz á doscientos pasos.

—Sin duda es la madriguera del leñador—dijo uno de ellos.

—Conduzcamos á ese cazador de nidos hasta la morada de Jorge, y de esta suerte nos cercioraremos del fundamento que tienen los temores del honrado fondista de la *Flor de lis* á quien debemos el chaparron que nos ha cogido en el camino.

—No hay porque quejarse, compañeros,—dijo el jefe de la espedicion—despues de la lluvia es cuando salen de la tierra los caracoles.

—Y el que ha caido en nuestras manos, paréceme que tiene los cuernos muy largos.

—Carguemos con él y conduzcámosle hasta la morada de ese otro vago llamado Jorge, al cual no me disgustaria tampoco proporcionar alojamiento gratuito en la cárcel de Perpiñan.

—Sin duda tiene un ángel que le protege, cuando aun no ha caido en nuestras manos.

—¿Qué mas ángeles que su mujer y su hija? A no ser por ellas, hace mucho tiempo que le hubiese hecho acomodar en el departamento de los vagos. Ea ¡andando, camaradas!

Dos de los gendarmes cargaron con el cuerpo de Varner, y todos

juntos se dirigieron á la cabaña de Jorge, llegando á ella pocos momentos despues de haber el leñador exhalado su último suspiro.

A la vista del cuadro que presentaba el interior de la cabaña, los gendarmes se detuvieron, á pesar de no comprender bastante por completo la triste é irreparable causa de tanto dolor.

Sin embargo, al rumor de gente estraña, levantó Alberto la cabeza, preguntando:

—¿Qué se ofrece? ¿Quién viene á turbar el silencio de la muerte?

Los gendarmes sorprendidos por la inesperada escena que se presentaba á su vista, no se atrevian á pasar adelante, comprendiendo que quien llora sobre un cadáver, no se halla muy tranquilo para socorrer á un enfermo. Dándoles, empero, que discurrir la presencia del viajero y la muerte de Jorge, el jefe de la espedicion adelantó algunos pasos y dijo:

—Perdonad si interrumpimos vuestro llanto; pero hemos encontrado en el monte á un caminante estraviado y espuesto á un gran peligro, y el infeliz se halla quizás espirando por falta de socorro. Este es el motivo de haber turbado vuestra tranquilidad.

Al oir estas razones, Amelia se puso de pié, y enjugando sus lágrimas, contestó:

—Todos los desgraciados tienen un derecho á penetrar en esta choza. Adelante, señores, y ved qué puede hacerse para socorrer á ese infeliz.

Los soldados que conducian á Varner, depositáronle junto al hogar, suponiendo que el calor de la llama reanimaria su cuerpo entumecido por el frio.

—Obrad como mas os convenga—prosiguió Amelia—y perdonad á mi dolor que no pueda ayudaros y socorrerle por mí misma, como en cualquiera otro caso lo hubiera hecho de muy buena gana. Pero ya veis mi desgracia, Jorge...

No pudo proseguir: el llanto ahogó sus palabras, y cayó junto á los inanimados restos de su esposo, cuyas heladas manos llevó á su corazon cual si quisiera abrasarlas en el fuego de que la pobre viuda se hallaba animada.

La pequeña Amelia, mas curiosa ó menos dominada por la emo-

cion, que tratándose de la pérdida de un ser querido está siempre en razon de la edad del que la esperimenta, se levantó de su sitio y fué á presentar á los gendarmes una botella medio llena de aguardiente, que aquellos habian pedido á falta de otro espíritu con que reanimar al desfallecido viajero. Ibase la niña á retirar á su sitio, cuando quiso la casualidad que fijase su mirada en el hombre á quien los gendarmes estaban socorriendo.

La llama del hogar iluminaba de lleno en aquel instante el rostro de Varner.

Amelia lanzó un grito de terror, y fué á refugiarse en el seno de su madre, alarmada al considerar la estraña conmocion que esperimentaba su hija.

—¿Qué tienes? ¿qué te asusta?—preguntó.

—¡Es él!—esclamó la niña, procurando hacer retroceder á su madre, cual si quisiera sustraerla á un peligro.

La viuda no atinó por de pronto en el significado de la esclamacion de su hija; pero Alberto, mas dueño de sí mismo, apenas oyó la lacónica razon de su hermana, se puso de pié y corrió hácia Varner, que en aquel momento acababa de dar algun pequeño síntoma de su vuelta á la vida.

Una sola mirada bastó al capitan para convencerse de la exactitud de su sospecha.

Hizo un paso atrás cual si rechazase un impulso de feroz acometividad, y esclamó:

—¡El asesino de mi padre!... ¡Venganza divina! Tú le pones en mis manos para que yo le castigue.

Y cerrando los ojos, se abalanzó desesperado contra Varner, con ánimo resuelto de ahogarle.

Pero los gendarmes se interpusieron, y la misma Amelia corrió á detenerle: la palabra venganza puesta en los labios de su hijo, la hacia estremecer involuntariamente.

Contra todos pugnaba Alberto, que en su furor desconocia hasta la voz de su madre.

—¡Dejadme!—esclamaba.—Ha intentado asesinarme, y porque mi padre ha querido defenderme, ha dado muerte á mi padre... ¡Dejadme, digo! Mil vidas que tuviera, otras tantas le arrancara...

El atlético gendarme que habia sacado á Varner de su crítica posicion junto al precipicio, se adelantó hácia Alberto y deteniendo su empuje con bastante dificultad, por temor de lastimar al desesperado jóven, le dijo con mucha cortesanía:

—Caballero; V. comprenderá que despues de una revelacion como la que V. acaba de hacer, la persona de ese hombre es sagrada para nosotros: desde este instante deja de ser vuestro huésped para ser nuestro prisionero, y ni vos tratareis de comprometernos procurando temerariamente sustraerle á la accion de la ley, ni nosotros podríamos consentirlo. Hacednos el obsequio de ponernos en antecedentes acerca de ese hombre, de quien ya sospechamos que seria pájaro de cuenta.

—¿Qué mas puedo deciros de lo que ya os he dicho?—contestó Alberto.—Ese mónstruo, que no ese hombre, que habeis recogido esta noche, es causa de todas las desgracias de mi familia: él arrastró á mi padre al juego, él le impulsó al crímen, él le obligó á separarse de mí hace quince años, él le hizo falsario y hasta homicida, él le ha puesto no ha mucho en inminente peligro de cometer un parricidio en mi persona, y cuando mi padre, mas desgraciado que culpable, ha querido defenderme, aun antes de conocer mi secreto, él le ha herido traidoramente, huyendo para sustraerse á mi justo enojo. Ved si tengo motivos para odiar á ese hombre.

—Los teneis sin duda; pero nosotros no podemos consentir que la accion de la ley sea frustrada por una venganza particular. Dejad á los tribunales que obren: ellos le castigarán si es culpable. Mas tened en cuenta que vuestra sola declaracion, ni la de los individuos de vuestra familia, no es bastante para justificar la criminalidad de ese hombre: ¿teneis algun testigo que pueda deponer acerca de este hecho?

Alberto dejó caer la cabeza con abatimiento, y en seguida murmuró:

—Ninguno...

—¿Cómo ninguno?—esclamó al mismo tiempo Amelia.—Uno tenemos cuya eficacia ningun tribunal del mundo se atreverá á poner en duda.

—¿Qué testigo es ese, madre mia? Nadie mas que mi hermana y

yo nos hallábamos en la cabaña cuando el miserable ha cometido su delito...

—Y esto ¿qué importa? ¿Por ventura Dios no ha presenciado el crímen desde el cielo? A Dios apelo, señores: ese es mi testigo: no temais, la verdad resplandecerá en este caso.

—Pero ¿quién habla por divina inspiracion en tales casos?—preguntó el gendarme.

—Habla la conciencia de los criminales.

El tono de seguridad y solemnidad empleado por Amelia, infundió respeto y confianza á cuantos escucharon sus últimas palabras.

A todo esto, uno de los gendarmes hizo seña de que Varner estaba á punto de recobrar los sentidos.

—¿Qué disponeis?—preguntó Alberto á su madre.

—Dejadme un momento á solas con ese infame, y no perdais una sola de las confesiones que se le escapen.

—¡Dejaros á solas con él!—dijo Alberto—¡á solas con un asesino!...

—¿No os he dicho que siempre habrá un testigo de esta entrevista? No me dejais á solas; quedo con el auxilio de Dios, que es quien me inspira.

Alberto, la pequeña Amelia y los gendarmes se retiraron silenciosos al piso superior.

Amelia permaneció serena, fuerte, entre el cadáver de su esposo y la persona de su matador.

CAPITULO VIII.

El castigo del cielo.

La esposa de Jorge se elevó en un momento á la altura de su mision. Mas fuerte que su dolor, mas grande que su infortunio, en presencia de una de las víctimas del inmoral Varner; ella, la vengadora de la sociedad escandalizada, la familia ultrajada y la amistad vendida, iba á consumar uno de los actos en que mas habia de resplandecer la justicia divina, disipando las tinieblas en que amenudo camina envuelta la justicia humana.

Habia desaparecido la última lágrima de sus ojos, y su mirada brillaba con una firmeza tal, que era imposible reconocer á la siempre resignada, humilde y buena Amelia, en aquella mujer de enérgico aspecto, que participaba en algo de esos tipos bíblicos á cuyo cargo corrió alguna vez la venganza del Señor y la libertad de un pueblo.

Varner habia recobrado sus sentidos, pero sus movimientos todos eran pesados como los de un hombre que durante mucho tiempo hubiera sido aprisionado por las cadenas de una pesadilla.

Sus ojos carecian de espresion; su fisonomía de movilidad.

Reconoció con pausa la estancia y se levantó de su sitio con torpeza. Los objetos no parecian herirle, como era de esperar despues de los acontecimientos que sobre él habian sobrevenido en pocas horas.

Dió algunos pasos sin direccion cierta, hizo algunos movimientos inútiles y que no demostraban intencion alguna de cumplir con las exigencias de su voluntad, y murmuró algunas palabras incoherentes, de que Amelia nada pudo colegir, y tampoco los que prestaban toda su atencion á los mas insignificantes detalles de esta escena. Y fué lo mas particular que habiéndose, al parecer, una vez fijado con especial atencion en la puerta de la cabaña, no hizo movimiento alguno que revelase su intencion de escapar de aquel sitio en que todo debia escitar su remordimiento ó inspirarle á lo menos la idea de un peligro.

Todas esas estrañezas no las meditó Amelia: obraba como quien obedece á una voluntad superior, y prescindia por completo de las circunstancias que pudieran modificar su conducta.

Hasta entonces habia procurado sustraerse á la mirada de Varner: cuando creyó que éste se hallaba en el pleno dominio de sus sentidos, y en disposicion de percibir por ellos toda suerte de impresiones, se adelantó hácia él lentamente, y vino á colocarse delante del matador de su esposo.

Los movimientos de Amelia eran graves, solemnes, como nos parece deberian serlo los del comendador Ulloa, cuando desprendiéndose de su sepulcro se presentó á los ojos atónitos de D. Juan Tenorio.

Pero, con grande sorpresa de cuantos presenciaban aquella rara entrevista, la aparicion de Amelia apenas causó sensacion alguna á D. Carlos, el cual permaneció algunos instantes contemplándola indiferentemente, y luego pareció evocar lejanas memorias, cual si quisiera recordar á aquella mujer que se presentaba delante de él.

O Varner era un fenómeno de hipocresía y de artificio, ó aquella manera de recibir las impresiones era para hacer perder la cabeza al agente de policía mas perspicaz.

Amelia no despegó sus labios; envolvió en una mirada centelleante al asesino, y cogiéndole del brazo, le arrastró con increible fuerza hasta el rincon de la cabaña en que Jorge yacia sobre su último lecho de ensangrentada paja. Llegado allí, hízole la viuda inclinarse hácia su víctima, y designándosela con insistencia:

—¡Contempla tu obra!—esclamó—¡Infame! ¡infame! ¡infame!...

Varner obedeció á aquella especie de mandato acompañado de un

triple insulto, y contemplando durante un buen rato el cadáver que se le ponia de manifiesto, contestó con una frialdad glacial:

—Jorge Gomez..... ¡Oh! yo conozco mucho á ese pobre diablo.

—¡Es tu víctima!—esclamó Amelia con voz tonante al oido de Varner.

—Un muchacho de ningun provecho; yo le educo á mi manera, y tarde ó temprano su suerte y la mia correrán tan íntimamente unidas, como dos presidarios sujetos por distintos grillos á una misma cadena.

—Tal fué tu obra.....—dijo Amelia con amarga espresion.

Varner no parecia oir las palabras de su terrible enemiga: cruzó sus brazos sobre el pecho con mucha calma, y como si hiciera interesantes confidencias á un amigo de absoluta confianza, prosiguió:

—Por cierto que tiene una esposa muy linda... ¡Lindísima! Yo he puesto los ojos en ella con amor, y fuerza la será ser mia. Lo será, lo será, aunque para ello tenga que arruinar, que deshonrar á su marido á la faz del mundo entero.

Acabadas de pronunciar estas palabras se oyó rumor de pisadas en el piso superior, y una voz que en el colmo de la indignacion del que hablaba, decia:

—¡Dejadme! ¡Quiero arrancar la lengua del villano que insultó á mi madre!

Luego el rumor de las pisadas disminuyó gradualmente, y todo volvió á quedar en silencio.

Sin duda los gendarmes habian podido contener á Alberto, que por un momento se habia dejado arrebatar por su justa indignacion. Pero lo mas sorprendente de todo esto es que Varner no se inmutó al escuchar la voz de un hombre que tan directamente atentaba á su seguridad, en sus propósitos cuando menos.

Tampoco Amelia habia hecho gran caso de la esclamacion de su hijo: su virtud no necesitaba defensores, ni venganza su honra inalterable. Mas la faltaba que Varner completara la confesion de sus delitos, y aprovechando el pié que le daban las últimas palabras de su enemigo, dijo:

—Y arruinaste á Jorge Gomez, le deshonraste, le obligaste á emigrar de su patria...

—Es cierto; es cierto...—iba diciendo Varner como si se gozara en la descripcion de su infame conducta.—Todo por ella, todo para obligar á Amelia, para precisarla á ser mia.

La viuda no hizo caso alguno de esta especie de nuevo insulto: no era su venganza propia la que le estaba encomendada, sino la venganza de su difunto esposo. Animada por esta idea, prosiguió:

—Y cuando le hallaste de nuevo al cabo de quince años de separacion, cuando te enteraste de que el desdichado Jorge podia aspirar á la redencion de sus culpas por medio del arrepentimiento, le propusiste nuevos delitos, nuevas infamias, pues querias que asesinara al que se habia abrigado bajo su techo.

Varner cogió con mano trémula el brazo de Amelia, y conduciéndola á un sitio de la cabaña apartado, dijo á su oido con mucho misterio:

—El forastero era su hijo: yo le habia descubierto en el Portús: reuniéndose Alberto y Jorge, yo tenia que renunciar á mis esperanzas de unir mi suerte á la de mi antiguo compañero. Para Gomez hubiera sido la fortuna, el goce que tanto me ha seducido en la vida, y para mí la desesperacion, el desprecio público, la mendicidad.... Yo no podia consentirlo: el crímen, cien crímenes antes que la miseria.

Varner habia hecho estas confidencias como las hacen los embriagados, que creen hablar en voz baja para ser oidos de una sola persona, y gritan lo suficiente para ser entendidos de toda una calle.

De suerte que plenamente satisfechos los gendarmes del resultado de aquella prueba, empezaban á descender la escalera para asegurarse del insolente y cínico asesino, cuando Amelia, haciéndoles seña de que se detuvieran, quiso arrancarle la última confesion.

—Y entonces—le dijo esforzando la voz—has asesinado á Jorge... ¡Irás á un cadalso!

—¡Chist!...—contestó Varner—nadie tendrá noticia de que yo haya sido: el vulgo murmura siempre de quien no debe. Ayer mismo ¿no sospecharon que Jorge habia sido el matador de D. Jacinto?...

—Y bien...

—Y bien, Jorge estaba inocente del delito; y nadie puede asegurarlo mejor que yo, que soy quien le ha cometido.

Amelia hizo un movimiento dando gracias al cielo que volvia por la inocencia de su esposo, y al mismo tiempo la mano de hierro del atlético gendarme hacia presa en la espalda de Varner, como pudiera hacerla con unas tenazas.

—Flojo sois de lengua, compañero... Por mucho menos se guillotina á un hombre en este pais.

Amelia se habia refugiado en los brazos de su hijo: los gendarmes sujetaban con esposas las muñecas del asesino confeso, y se disponian á llevárselo de la cabaña.

Varner permanecia en su incomprensible indiferentismo y obedecia las órdenes ó el impulso que se le aplicaba, ni mas ni menos que pudiera obedecer un autómata.

Se hallaba ya á punto de traspasar el dintel de la puerta, cuando al cruzar junto á Alberto, que sostenia el cuerpo de su madre, no pudo menos aquél de esclamar:

—¡Anda, miserable, anda, y acábate de hundir en el precipicio del crímen!...

Este apóstrofe del jóven capitan causó á Varner una impresion tan terrible, que cuantos la presenciaron hubieron de estrañar que así se estremeciera por ella quien habia contemplado impasible el ensangrentado cadáver de su última víctima. El acceso de terror que súbitamente esperimentó D. Cárlos le hizo retroceder algunos pasos, empezando á temblar todo su cuerpo, como si no pudiera resistir á una idea que le causara una superlativa dósis de miedo. Sus ojos vagaban á todos lados, retratado en ellos el espanto; chocaban sus dientes uno contra otro como el que tiene acceso de frio promovido por una fuerte calentura, y en seguida permaneció inmóvil, deteniendo hasta su aliento y haciendo grandes esfuerzos, cual si quisiera reducir á la menor porcion posible el espacio ocupado por su persona.

Cuantos presenciaron aquella escena inesperada, quedaron mirándose atónitos unos á otros, sin poderse dar una razon del súbito cambio que esperimentó la que un momento antes era glacial indiferencia de Varner.

Rompió este el silencio en voz muy baja, y todos prestaron grande atencion á sus palabras.

—¡Anda!... y acábate de hundir en el precipicio...—murmuró como un eco que repitiera las últimas palabras de Alberto.—¿Lo veis?... ¿lo veis?... El precipicio se halla abierto debajo de mis piés... Yo mido su profundidad... No tiene término. Mugen en su fondo las olas del fuego del infierno, cuyos abrasadores y nauseabundos vapores suben hasta mí y me producen terribles vértigos. ¡Silencio! Ninguno se mueva; ninguno profiera la mas mínima palabra... La simple respiracion puede hacerme perder el equilibrio y precipitarme en el abismo... ¡Silencio! ¡silencio!...

Y el infeliz permaneció verdaderamente inmóvil, haciendo imponderables esfuerzos para retener su aliento, y dirigiendo á todos los circunstantes una mirada tímida y suplicativa al mismo tiempo.

—¡Justicia de Dios!...—dijo Amelia—Hete aquí pesando sobre el culpable.

—¡Madre!...—añadió Alberto.—¡Qué bien nos venga el Señor! Y yo ¡miserable de mí! que quise tomar venganza por mi propia mano... ¡Señor! ¡Señor! Mucha es vuestra misericordia; pero ¿qué supone la cólera del hombre si alguna vez llega á estallar la vuestra?

El jefe de los gendarmes, que no tenia motivo alguno para estar sentimental y para quien eran muy comunes las mas aflictivas escenas, miró á sus compañeros y designando á Varner, dijo:

—Apuesto á que este bribon se nos ha vuelto loco...

A lo cual respondió un antiguo soldado, muy ducho en sutilezas de criminales:

—O tal vez viene representando esta farsa para sustraerse á las caricias de la guillotina.

El gendarme malició esta vez sin razon: Varner hacia un gran rato que habia sido acometido de un acceso de locura. La miseria, el cansancio de su última jornada, las impresiones violentas que habia recibido en pocas horas, el remordimiento, el peligro, y mas que todo el horroroso miedo que le acometió cuando en su fuga fué á situarse impensadamente al borde de un abismo, apercibiéndose de ello cuando su falta de serenidad hubiera hecho inevitable su muerte á no ser por el inesperado socorro de los gendarmes; habian de por junto alterado su razon, de suerte que se le representara cons-

tantemente la imágen del peligro salvado como si le estuviera amenazando en aquel momento.

Esta sola razon satisfará tal vez á los que buscan esplicaciones fáciles, naturales, aun para los mismos arcanos velados al hombre. Si así no fuera, si pudiéramos dirigirnos esclusivamente á un número reducido de personas menos sabias que los filósofos, aunque dotadas de un corazon mucho mas grande sin duda que el de Diógenes, repetiríamos, por toda esplicacion, las últimas palabras de Amelia:

—¡Justicia de Dios!... ¡Hete aquí pesando sobre el culpable!...

El loco continuaba inmóvil: su manía consistia, segun hemos visto, en creerse abocado á un abismo, de suerte que por no perder la vida, se veia privado de hacer movimiento alguno. Calculen nuestros lectores la situacion tan terrible de un hombre que se cree de contínuo amenazado de una muerte horrorosa, y que incesantemente ve delante de sí la sepultura en que ha de yacer su cadáver.

Verdaderamente era un suplicio cien veces mas horroroso que el de la misma muerte.

Pero como los gendarmes entendian muy poco de frenopatía y el cumplimiento de su instituto les ordenaba trasladar al delincuente, loco ó cuerdo, ante el tribunal del distrito, el jefe de la espedicion tocó bruscamente á Varner en el hombro, diciéndole:

—En marcha, solemnísimo pícaro. Ya verás qué buenos tratos ha de hacerte el verdugo de Perpiñan.

Al contacto de la mano del militar se estremeció el loco como pudiera si le hubiesen aplicado una ascua, y palideció aun mas que pudiera un cadáver. Aquel golpe, hiriendo su imaginacion perturbada, produjo en el infeliz el mismo efecto que una descarga de fusilería en el condenado á muerte que estuviese de rodillas en el interior del cuadro. Cuando se hubo repuesto del susto, dijo en tono suplicante como el de un débil niño:

—¡Por compasion! No me toqueis: el menor empuje me hará rodar dentro de un abismo. ¿No lo veis? ¡Ay! A mí me causa vértigos el medir solamente su profundidad.....

Y continuaba apretando sus miembros unos contra otros, procurando disminuir su volúmen, único medio que tenia á mano para disminuir el peligro de que se creia rodeado.

Indudablemente padecia de una manera estraordinaria: era una manía que importaba por consecuencia una agonía continua; mas que una agonía, importaba el dolor y la desesperacion del reo, que se encuentra lleno de salud y encerrado en la capilla de la cual ha de salir para la muerte al cabo de veinte y cuatro horas.

Y las horas de la capilla de Varner eran indeterminadas.

Su dolor era tan violento que se traslucia al rostro de una manera espantosa, observándose los progresos que la enfermedad hacia en aquel cuerpo, por medio de la simple inspeccion del semblante. Los ojos iban siendo mas salientes de cada vez, el color mas lívido, la nariz mas afilada, los labios mas cárdenos y mas apretados, el temblor de los dientes continuado y el cabello erizado al mismo tiempo que humedecido por un sudor frio.

Amelia llegó á compadecer á aquel hombre: nunca hubiera pensado ella en una venganza tan cruel.

Al fin y al cabo los gendarmes intimaron al loco que se pusiera en camino; pero este se negó á verificarlo, resistiéndose con la tenacidad del que defiende su vida. Entonces empezó una lucha desesperada, y, aunque breve, no menos repugnante.

Secundado por la fuerza propia de los locos, Varner rompió las esposas que se le habian puesto, y sin moverse del sitio, pugnaba por impedir que los gendarmes le sacasen de él. Gritaban los soldados que se rindiera, ahullaba Varner y descargaba á todas partes golpes tremendos; lloraba la pequeña Amelia presenciando aquel cuadro, resguardaba Alberto piadosamente el cadáver de su padre contra toda profanacion, y únicamente la viuda, la mujer que veia en todo la mano de Dios, la que se hallaba en el caso de pesar las culpas de aquel hombre que sufria aquel inmenso castigo, contemplaba la escena desde la altura de su admiracion y respeto á los juicios del Eterno.

Dos hombres habian sido culpables respecto á ella; pero las culpas habian sido muy distintas.

Jorge, vendido por un hombre y sentenciado por la justicia de los hombres, habia hallado medio de reparar por un punto de arrepentimiento las desgracias de que habia sido causa por un punto de estravío.

Habia pagado de su existencia las culpas cometidas, y su cadáver parecia sonreir á los que le sobrevivian.

Varner, el falso amigo, el caballero desleal, el hombre verdaderamente infame, moria sin tener lugar á arrepentirse, y se debatia en manos de los gendarmes como la fiera en el lazo que le ha armado un cazador astuto.

Pero esta lucha podia durar muy poco tiempo. Cuatro contra uno, siquiera este uno sea un loco, no es difícil calcular de parte de quien estará la ventaja en definitiva. Varner fué sujetado á viva fuerza; acomodáronle de nuevo las esposas, y dieron con él fuera de la cabaña á empellones, sin hacer caso alguno de sus súplicas, que poco á poco fueron convirtiéndose en verdaderos ahullidos, que nada tenian, al parecer, de humanos.

Sin embargo, Varner no se habia aquietado, aun cuando los gendarmes le hubiesen imposibilitado de ofender á nadie; antes bien su propia impotencia parecia redoblar su furor. Su garganta, materialmente desollada á fuerza de producir toda clase de rugidos, ya no exhalaba sino gritos roncos y opacos; sus manos se hinchaban estraordinariamente, de suerte que el hierro de las esposas empezaba á penetrar en su carne; la sangre se le habia arrebatado á la cabeza y las venas de esta parte de su cuerpo se habian engrosado, de manera que como otro Milon de Crotona hubiera podido romper una cuerda con solo fruncir el entrecejo.

Habia llegado al colmo del frenesí, del delirio, de la rabia, producida por la locura.

En aquel estado, si le hubiera sido posible desprenderse de sus ligaduras, de fijo habria sido mas peligroso que una fiera. En su febril acceso, defendia ilusoriamente su vida, y en realidad se daba la muerte.

Para él no cabia duda de que se debatia con sus enemigos al borde de un precipicio.

De repente se detiene, lanza un grito aterrador, y cae al suelo, bañado en sudor, jadeante, y arrojando espumarajos por la boca.

Los gendarmes tratan de levantarle, pero su peso ha aumentado estraordinariamente.

Sus estremecimientos se van debilitando con suma rapidez; de sus

labios ya no se exhala sonido alguno; su cuerpo todo va adquiriendo una tension alarmante.

Al cabo de un momento es una verdadera masa inerte.

Se alarman los soldados; uno de ellos corre á la cabaña de Jorge á buscar una luz para inspeccionar mejor al prisionero, y vuelve al cabo de breves instantes, acompañado de Alberto.

Examinan á Varner; pero con horror se encuentran frente á frente de un cadáver.

Los gendarmes que han permanecido á su lado aseguran que la última palabra que ha salido de sus labios ha sido una blasfemia.

Un ataque fulminante de apoplegía habia dado muerte instantáneamente á D. Carlos Varner, el brillante caballero de los mas aristocráticos salones de juego de Madrid.

En la imaginacion del pobre loco, ha muerto por haber sido precipitado al fondo de un abismo.

Los soldados permanecieron un momento atónitos, y en seguida se contemplaron unos á otros como pidiéndose consejo en aquel lance verdaderamente escepcional. Al fin y al cabo, el atlético gendarme que primero habia dado cuenta de la desagradable impresion que le causara el encuentro de Varner, dijo:

—Siempre supuse que este hombre era un pícaro de los mas supinos. Cuando no ha podido causar mas daño á sus semejantes, les ha privado del escarmiento de su muerte por mano del verdugo.

—¿Y ahora, qué hacemos de eso?—dijo otro de los soldados designando con el pié el cadáver de Varner.

—Dejarlo en el monte: daremos parte á la autoridad del Portús, y mañana vendrán á retirarlo, si antes no se lo han cenado las alimañas del monte, como es muy probable.

—Un bribon de esta naturaleza no merece mas—añadió un gendarme.

—Ni aun tanto:—dijo chuscamente un tercero—es capaz de indigestarse á las mismas fieras.

Y los gendarmes se alejaron, riéndose á carcajadas del repugnante chiste de su compañero.

Tal fué la oracion fúnebre pronunciada junto al cadáver de aquel hombre que algunos años antes ponia en duda si existia efectiva-

mente mas allá de la vida un Dios para castigar á los infames.

Un hombre solo permaneció junto al cuerpo yerto del desdichado Varner.

Aquel hombre era Alberto, que contemplando los fúnebres despojos del que fué su mortal enemigo y de sus padres, levantó los ojos al cielo, y compadecido, pese á todo, de aquella inmensa desgracia, sintió que una lágrima ardiente despuntaba en sus ojos.

—¡Perdon, padre mio! — exclamó—Dios solo pudo haberte vengado hasta este punto.

Y la lágrima suspendida un momento en los ojos, se desprendió de ellos como una chispa de fuego.

Este fué el único llanto que se derramó sobre el cadáver de don Cárlos Varner...

Al siguiente dia, un mismo objeto congregaba en el monte á la mayor parte de la vecina poblacion del Portús. Los gendarmes habian esparcido la nueva de los dos fallecimientos, y la gente curiosa, que en los pueblos de corto vecindario es toda la gente, habian emprendido el camino en pos de la justicia, para enterarse de unos acontecimientos que á sus ojos habian adquirido mayor importancia por la simple razon de haber tenido lugar en el bosque negro y en la cabaña de Jorge.

Mas, llegada la muchedumbre al monte, dividióse instintivamente en dos grupos: los que tenian el corazon sensible para compadecer un infortunio, se dirigieron hácia la cabaña: al frente de ellos marchaba el dueño de la *Flor de lis*, que se habia reconciliado completamente con Jorge desde el instante en que supo que este habia muerto, y que el rumboso capitan era hijo suyo. Por al contrario, la canalla, ávida de emociones mas violentas, se encaminó al sitio que los gendarmes designaron, por ser aquel en que se hallaria el cadáver de Varner, al cual deseaban contemplar con ese afan propio del hombre que gusta de correr un peligro cuando este ha desaparecido.

Así fué como naturalmente se formaron dos cortejos funerarios, que uno en pos de otro tomaron la senda del Portús.

Formaban el primero una multitud de pilluelos, que por el camino se iban apedreando con bolas de nieve, y algunos hombres de siniestro aspecto que tal vez iban á estudiar en la práctica, por lo que pudiera interesarles personalmente, la vista de un gran bandido muerto de una manera estraordinaria. Venia luego el cadáver de Varner, arrastrado, mejor que conducido, por una caterva de muchachos que se ofrecieron á desempeñar este repugnante oficio, y que le desempeñaron efectivamente con la misma frivolidad y gana de chacota que si corrieran por las calles del pueblo el cuerpo muerto de una alimaña rara. Por último, cerraban la marcha los gendarmes, interrumpiendo á menudo su conversacion para poner órden á culatazos en la desmandada comitiva, que muy pronto se perdió de vista, ocultada por las revueltas del monte.

Media hora despues se ponia en marcha el entierro de Jorge. Reinaba en sus concurrentes el silencio mas profundo, interrumpido tan solo por las esclamaciones de compasion y las oraciones de algunos viejos devotos. Habiase improvisado con palos y ramas una camilla funeraria, encima de la cual venia el cuerpo yerto del desdichado Gomez, envuelto respetuosamente en un blanco sudario. La viuda habia querido acompañar á su difunto esposo, por mas reflexiones que se le hicieron, y caminaba detrás del féretro apoyándose en Alberto y en Amelia, y regando el sendero que recorria con lágrimas silenciosas. El juez de instruccion, el maire del distrito, y algunas otras personas respetables cerraban la marcha, y á menudo prodigaban sus consuelos á la familia del difunto, hablándola con el cariño y el respeto que infunden las grandes desgracias cuando van acompañadas de no menos grandes virtudes.

Iguales muestras de aprecio continuó recibiendo Amelia y sus hijos hasta la inhumacion de Jorge.

Tres dias despues partieron para España.

Durante mucho tiempo las muertes del bosque negro fueron objeto de la conversacion favorita de los vecinos del Portús, que iban relatando la lúgubre historia á cuantos manifestaban el menor deseo de conocerla.

—¡Era un pobre desgraciado!—decian siempre al ocuparse de Jorge Gomez.

Y al referirse á su esposa, nunca descuidaban la siguiente frase:

—¡Era una santa!

En cambio, al nombre de Varner iba siempre unido alguno de estos ó parecidos calificativos.

—¡Miserable! ¡infame! ¡traidor! ¡lástima de guillotina; nunca hubiera estado mejor empleada!

Tal era el epitafio escrito por la voz pública sobre la ignorada tumba de Cárlos Varner.

EPÍLOGO.

Algunos años despues, ninguno en Madrid se acordaba de la historia de Jorge Gomez.

¿Qué es algunos años?... Estamos por decir algunos dias.

Las grandes capitales tienen el privilegio de la frivolidad y de la pérdida de la memoria. Se amontonan en ellas los hechos, los incidentes, los hombres y las cosas, con tan rápida sucesion, que apenas tienen tiempo para dejar una lijera huella de su paso.

Hay tanto nuevo en que pensar, que lo de ayer parece insignificante y antiguo. Al tenderse periódicamente las sombras de la noche, sepultan las tinieblas las impresiones del dia. Al asomar la aurora, un nuevo panorama de murmuraciones, de desgracias, de alegrías, de cieno y de oro, viene á herir los ojos del desocupado hijo de la coronada villa.

Se necesita un argumento de drama romántico para que Madrid fije en él su atencion siquiera con un poco de interés; la catástrofe de una tragedia clásica para que se preocupe con ella veinte y cuatro horas; el asunto de un poema épico para que deje recuerdos durante tres dias.

La reaparicion de Amelia apenas se comentarió en alguna tertulia; y como de sus antiguas amigas, que ya no eran en gran número, algunas habian muerto y otras habian dejado la corte, de ahí que apenas recibió algunas visitas, que por lo severas y ceremoniosas

hicieron comprender á la viuda que sin duda tendria poco trabajo en sacudirse las impertinencias propias de esta clase de relaciones.

La única mujer que volvió á ser para Amelia una amiga verdadera, una hermana dispuesta á compartir sus penas, fué Dolores Carranza, la esposa del banquero que tantas veces habia tenido que intervenir en los asuntos de Gomez. Lola, siempre amable, siempre buena, sostenia á su amiga, que mas de una vez volvia los ojos al pasado, recordando, con estraño placer, aquella cabaña tan triste, tan pobre del Pirineo, en donde durante muchos años obtuvo del mundo lo único que al mundo pedia: su olvido.

De suerte que Amelia, amante del retiro como todas las personas que padecen de aquella enfermedad cruel que se llama melancolía, hubiera cambiado á Madrid y su pompa y hasta el lujo de que en la corte la habia rodeado el solícito cariño de su hijo, por una casita de campo con muchos árboles, con muchas flores, con mucho cielo, y sobre todo con mucha quietud.

Pero Alberto no creyó conveniente este destierro: la soledad y el silencio, gratos á las gentes tristes, no por esto dejan de minar su salud convirtiendo en enfermedad del cuerpo lo que empezó por ser una simple afeccion del alma; y además la pequeña Amelia tenia que recibir una instruccion que la permitiese alternar un dia en la sociedad de que debia formar parte, gracias á la decidida proteccion que la dispensaba su hermano. El sacrificio era grande para Amelia; pero se resignó porque Amelia era la mujer de los grandes sacrificios, hizo mas, encontró un modo de embellecer, de hacerse hasta agradable su permanencia en Madrid.

En las grandes capitales hay mucha miseria que se ve, y mucha mas miseria que se oculta. La viuda se decidió á sanar el mayor número de llagas de esta naturaleza que le fuese posible.

Y hé aquí que al poco tiempo la caridad habia obrado un milagro: Amelia estaba perfectamente tranquila, hasta gozosa. Su salud, que amenazaba resentirse de las amarguras pasadas y de la tristeza que en Madrid la aquejaba, se restableció en mucha parte, y aun cuando su palidez continuaba siendo la misma y su mirada brillaba siempre con melancólica dulzura; sin embargo su corazon se hallaba mucho mas tranquilo; el deseo de hacer bien la habia devuelto sus fuerzas,

y la satisfaccion de haberla obrado ponia en sus labios de vez en cuando una sonrisa, en que sus hijos hallaban la mayor compensacion de su estremado cariño. Oia, además, tantas bendiciones en torno suyo, y estaba segura de redimir tantas necesidades, que la que ningun placer hallara en vivir para sí, los halló inefables en vivir para sus semejantes.

Cierto dia tuvo noticia de que una dama, que en otro tiempo habia tenido una regular y hasta desahogada posicion social, se encontraba enferma y privada de lo mas necesario para restablecer su salud, quebrantada de muchos años á aquella parte. Amelia no hizo esperar su socorro: aquel mismo dia se dirigió á una de las calles peor vistas de Madrid, y penetró en una escalerilla, tan húmeda y tan sucia y tan oscura, que únicamente pudiera embellecerla la presencia de la caridad representada por la virtuosa y simpática viuda. Detúvose esta junto á la puerta de una buhardilla de tan humilde apariencia que, sin necesidad de empujarla, se presentia la miseria que debia reinar en su interior.

Pero Amelia no se asustaba por tales espectáculos: ¿acaso ella no habia vivido durante trece años en un estado de abandono superior á toda comparacion y hasta á todo cálculo?

Llamó discretamente á la entornada puerta, y una voz cascada respondió del lado opuesto:

—Adelante... Está abierto...

La viuda penetró sin recelo y se encontró dentro de un cuchitril que, si era angosto de entrada, casi terminaba en vértice de ángulo por el lado de la calle, donde habia una ventana angosta por la cual penetraba mas luz y mas aire del que buenamente era menester para una enferma grave.

A poca distancia de la ventana, y encima de un colchon tísico tirado sobre el duro suelo, se veia á una infeliz anciana, mal cubierta con algunos andrajos, y tan pálida y demacrada, que á no ser por el brillo de sus ojos, pudiérasela creer cadáver que aguardara ser conducido al cementerio por amor de Dios en el carro de los despojos del Hospital.

En el interior de la buhardilla se percibia el olor acre, fuerte, nauseabundo, de la calentura y de las medicinas, y el conjunto era

casi un problema resuelto del último grado de estrechez á que puede llegar un sér humano para morir propiamente de miseria, que es uno de los males que mayor número de otros males engendran. Amelia todo lo abarcó de una sola mirada, y sin volver la cabeza, sin mostrar repugnancia alguna, sin dar á conocer en lo mas mínimo que se encontrase mal dentro de aquel lugar en que tan solo la muerte, al parecer, pudiera haber entrado voluntariamente; se encaminó al sitio en que la enferma yacia solitaria y abandonada de los hombres, el cuerpo presa de enfermedad y el alma desgarrada por el dolor, y quizás por el remordimiento.

La heróica viuda se acomodó como pudo junto á la pobre enferma y entabló con ella un diálogo tierno, afable, el cual la puso en antecedentes de las sucesivas transformaciones que habia esperimentado la vida de la mísera anciana. En pos de la juventud, la hermosura y la riqueza, que traen consigo el vigor, las adoraciones y los placeres, habian sobrevenido la vejez, la fealdad y la miseria, tres cosas de las cuales bastara una sola para que la medalla presentara un aspecto totalmente distinto.

Y era lo malo que la anciana habia perdido la fe, y la desesperacion habia entrado en aquella buhardilla muchos dias antes que Amelia. Esta comprendió que se trataba de algo mas que salvar un cuerpo: el alma tenia mas necesidad aun de ser salvada.

La viuda habló á la enferma de resignacion y de esperanza, y aquella hizo un gesto que significaba claramente el gran vacío que la desgracia habia dejado en su pecho.

Cuando se llega á semejante estremo, únicamente el ejemplo produce de vez en cuando resultados favorables. Amelia contó á la enferma su historia, y al final, dijo:

—En vista de esto, atreveos á decir que la mano de Dios no se vé claramente en las obras de los hombres.

El relato de Amelia causó en la enferma un efecto estraordinario. Sus pálidas mejillas se encendieron con un fuego que en ella parecia haberse estinguido, sus ojos se volvieron hácia Amelia como si tratase de recordar su fisonomía, y estrechando con efusion las manos de la viuda entre las suyas húmedas y frias, la preguntó con labio trémulo:

—Señora... su nombre de V.... ¿cómo se llama V.?...

Amelia creyó haber conseguido su propósito, viendo la reaccion que habia obrado en el ánimo de la enferma, y calculando que la pregunta de esta seria una simple y natural curiosidad de conocer los nombres de los protagonistas del relato, sin cuya publicidad parece que no existe verdad histórica, dijo con su habitual sencillez:

—Me llamo Amelia García, viuda de D. Jorge Gomez.

—Esto... Esto...—murmuró temblando la pobre enferma.—Y... el amigo... el traidor... el que murió loco ¿cómo se llamaba?...

—Se llamaba D. Carlos Varner.

La enferma soltó las manos de Amelia, y cruzando las suyas, esclamó:

—¡Justicia del cielo!... Tiene V. razon, señora; Dios nunca se olvida de sus criaturas...

Y adoptando una actitud reflexiva, quedó por mucho tiempo sin decir palabra ni hacer movimiento alguno. La escelente viuda creyó del caso dejar que la tranquilidad y el silencio terminasen la obra de la regeneracion de la enferma, y guardando el mismo silencio se retiró, estrechándola cariñosamente la mano, y aprovechando la ocasion para dejar en la de la pobre mujer una moneda de oro.

Luego salió de la mísera vivienda, y se encaminó á la suya, contenta con el bien que habia hecho. Su primer cuidado fué encargar á uno de sus domésticos que diariamente pasara á informarse del estado de la pobre enferma, procurando que nada la faltase que pudiera contribuir á su mas pronto restablecimiento.

Olvidada tenia Amelia su buena obra, satisfecha y pagada con solo haberla llevado á cabo, cuando una mañana, á tiempo que se hallaba reunida con sus dos hijos, hermosas y prudentes criaturas que procuraban embellecer todos los instantes de la vida de su madre, entró el criado por cuya mediacion socorria Amelia á los necesitados, y que, insiguiendo su costumbre, venia á darla cuenta de la visita del dia.

La viuda de Jorge se enteró minuciosamente del estado de cada uno de los infelices á quienes profesaba un cariño tan sincero como desinteresado, y cuando llegó el turno á la anciana de la buhardilla, dijo:

—Supongo que permanece animada de los mismos sentimientos de resignacion que ha demostrado desde mi última visita.

—Señora, dicen que hasta el último instante ha permanecido resignada.

—¿Hasta el último instante?... Pues qué ¿la ha sobrevenido alguna novedad?

—Señora... cuando yo he llegado, acababa de exhalar el postrer suspiro en brazos de un escelente sacerdote.

—¡Dios se haya apiadado de la infeliz que llegó á dudar de su misericordia!...

—Segun el sacerdote me ha dicho, ha pasado la mayor parte de la última noche dictando una carta para V., con encargo de que me la entregasen en cuanto esta mañana hiciera mi visita.

—¿Una carta para mí?...

—Véala V., señora;—contestó el criado entregando á su ama un pliego cerrado.

—Está bien; retírese V.

El criado se retiró.

Alberto y su hermana estaban deseando penetrar el secreto de aquella estraña carta, escrita á su madre por una mujer desconocida y muerta en una buhardilla, poco menos que de miseria.

Tambien Amelia daba vueltas al pliego sin atreverse á abrirlo; aunque por otra parte nada malo pudiera prometerse de la despedida de una mujer, en cuyo tenebroso corazon habia hecho penetrar el postrer rayo de esperanza.

—Salgamos de dudas—dijo Amelia rompiendo el sobrescrito.

Y desdoblando el contenido, leyó lo siguiente:

«Señora mia: Al borde de la tumba, una conciencia intranquila desea reconciliarse con V., porque de esta suerte presumo que me reconciliaré mas fácilmente con el Señor. La mano de Dios nos ha reunido por primera vez en un sitio bien triste, tan triste como el último período de mi vida. Es la primera vez que nos veíamos; sin embargo nuestro destino habia caminado junto durante mucho tiempo, influyendo poderosamente el de la una en la otra. Separada nuestra suerte hace quince años, nos hemos venido á juntar al lado de mi pobre lecho de muerte.

Amelia se detuvo: no atinaba en quien pudiera ser la persona que de tal suerte la escribia. Ninguno de los recuerdos de su juventud habia dejado de acudir á su imaginacion al regresar á la corte; de todos se habia enterado, de todos habia recibido noticias; ningunas convenian con la autora de la carta.

—Vea V. la firma—dijo Alberto buscando una solucion al problema.

La viuda volvió la hoja del papel, y se lo alargó á Alberto.

—Míralo tú mismo: el carácter de letra es distinto en la firma.

Con efecto, el contenido de la carta se hallaba escrito con regular claridad y sobre todo por persona que se conocia tener el pulso firme, en tanto que la firma se hallaba trazada por una mano poco práctica de escribir y seguramente muy trémula en el acto de consignar aquel nombre.

Alberto deletreó dos ó tres veces la firma, y últimamente dijo muy conmovido:

—O mis ojos se hallan torpes, ó aquí dice: *María del Rio, viuda de Varner.*

—¡Viuda de Varner!... ¡Viuda del desgraciado que tan funesto fué á vuestro padre!... Lee, Alberto, lee; me interesa mucho esta carta, despues que tengo este nuevo dato de quien es su autora.

El jóven capitan repitió la última de las frases leida por su madre, y prosiguió:

»El primer disgusto que ha aquejado á V. en esta vida, fué el dia de su casamiento, cuando se apercibió V. de que su aderezo de novia habia sido robado dias antes á una de sus amigas.

Alberto y su hermana contemplaron atónitos á Amelia, dirigiéndola una interrogadora mirada.

—Lo que dice esta carta es cierto;—contestó su madre—pero si esa mujer que firma es realmente viuda de quien dice, no me estraña que se halle tan enterada en mis asuntos. Prosigue, Alberto, prosigue....

El jóven continuó leyendo:

»Aquel aderezo le habia yo comprado á las personas que lo sustrajeron de la casa de Carranza, dos miserables que distintas veces habian traido á mi casa el fruto de sus delitos. Un hombre á quien

yo amaba de todo corazon, un jóven que tenia completamente avasallada mi voluntad, me exigió aquellas joyas prometiendo que me serian religiosamente pagadas al siguiente dia de haberse celebrado la boda de un íntimo amigo suyo. Condescendí, señora; accedí á la proposicion de Varner; y sin saberlo me hice cómplice en la desgracia de V. Quizás sin aquel aderezo se hubiera descubierto que su prometido de V. habia jugado y perdido el dinero que en él debia haber empleado, y V. nunca hubiera sido la esposa de un jugador.

—Esa mujer tiene razon—dijo Alberto suspendiendo la lectura.—Sin el aderezo, no se hubiera V. dejado seducir por las apariencias.

—Y no habria sido V. desgraciada durante treinta años—añadió la jóven Amelia.

—Tampoco hubiera tenido el placer de estrecharos entre mis brazos—dijo la escelente madre estrechando á entrambos jóvenes contra su corazon.—Lee, Alberto.

»No es esta falta la única que inadvertidamente he cometido en perjuicio de V. No habrá V. olvidado seguramente el hecho mas culminante en la historia de su difunto esposo. Aquel pagaré que con la firma de D. Félix Carranza fué presentado al tribunal como falsificado por D. Jorge Gomez, se hallaba en mi poder, gracias á que D. Carlos Varner me habia hecho prestar sobre él una gran cantidad de dinero. Cuando llegó su vencimiento, yo tenia reembolsado el préstamo, pero fué á condicion de que debia denunciar la falsedad, y así lo hice, obedeciendo á la fascinacion que Varner ejercia constantemente sobre mí.

—¡Siempre Varner! ¡Siempre ese hombre!...—dijo Alberto.

—Dios le ha juzgado;—contestó Amelia—compadezcámonos de él.

»Vino, finalmente, un dia,—continuó Alberto—en que, emigrado su esposo de V. y bastante desacreditado su amigo D. Carlos para seducir á ningun incauto, la miseria amenazó á Varner con sus tristes consecuencias. La miseria era lo que mas temia aquel hombre, habituado á la disipacion y á allanar todos los obstáculos á fuerza de dinero. Para conjurar el porvenir que le amenazaba de muy cerca, pensó en hacer una nueva víctima, y me propuso un enlace, al cual tuve la debilidad de acceder; porque yo amaba á D. Carlos y á él se lo hubiera sacrificado todo. El Señor me castigó bien duramente por

haberme dejado engañar por sus hipócritas protestas de amor. Apenas unidos, Varner continuó fingiendo una pasion que yo no le inspiraba, hasta que se hizo dueño de todo lo mio: entonces desapareció de mi vista, y tuve la desgracia de saber que mi caudal, juntado á fuerza de economías, de bajezas, de crueldades, hasta de delitos, servia para alimentar el vicio del juego, que en Varner llegó á ser frenesí verdadero, y para atender á los gastos de sus queridas, con las cuales se presentaba en público á todas horas. ¿Podia caberme mayor desgracia?

—¡Pobre mujer!—esclamó Amelia.—Yo, al menos, nunca perdí el amor de Jorge...

»Finalmente,—prosiguió Alberto—mi esposo se fugó, perseguido á un tiempo por sus acreedores y por la justicia, y yo nunca mas habia vuelto á saber de él, hasta tanto que la casualidad la condujo á V. á mi lado. Entonces me enteré del desastroso fin de Varner: V. presenciará el mio. La historia propia que V. me refirió para mi consuelo, alivió en parte mis pesares: gracias á ella he vuelto á Dios los ojos que de Dios tenia apartados; pero mi vida no puede prolongarse: es el primer beneficio que me concede el Señor.

—¡Desdichada mujer!—murmuró la jóven Amelia.

—Estaba escrito que cuanto se pusiera en contacto con Varner, debia ser aniquilado por él—dijo Alberto.

Amelia hizo seña de que su hijo terminase aquella lectura: el jóven continuó:

Voy á morir; lo presiento de tal suerte, que seguramente me habrá abandonado la existencia cuando V. recibirá esta carta: por esto quiero que en su escrito participe de confesion y de testamento. Lo primero está ya hecho; voy á cumplir lo segundo. V. ha presenciado la miseria que me ha rodeado en mi trance postrero; sin embargo, la economía estrema á que me encontraba reducida, me permitió conservar en mi poder los títulos de propiedad de una casita en un cortijo de Andalucía, que á lo mas podrá venderse en cuatro ó cinco mil reales. Véndala V., señora, y de su producto emplee V. la mayor cantidad en sufragios por el alma de mi difunto esposo: una voz secreta me dice que los necesita mas que yo: él no tuvo lugar de arrepentirse.....

«Lego á V. la memoria de una mujer que la ha ofendido: no me maldiga V.... Yo me prosterno delante de esta virtud que nunca la ha abandonado, y siento que su perdon de V. no llegará tan pronto como mi muerte. Seria tan dulce en mi última hora saber que V. me ha perdonado...

»Pero sí, yo moriré en la ilusion de que V. no maldecirá mi memoria: la virtud es sobradamente hermosa para no practicarse cuantas veces haya ocasion de hacerlo.

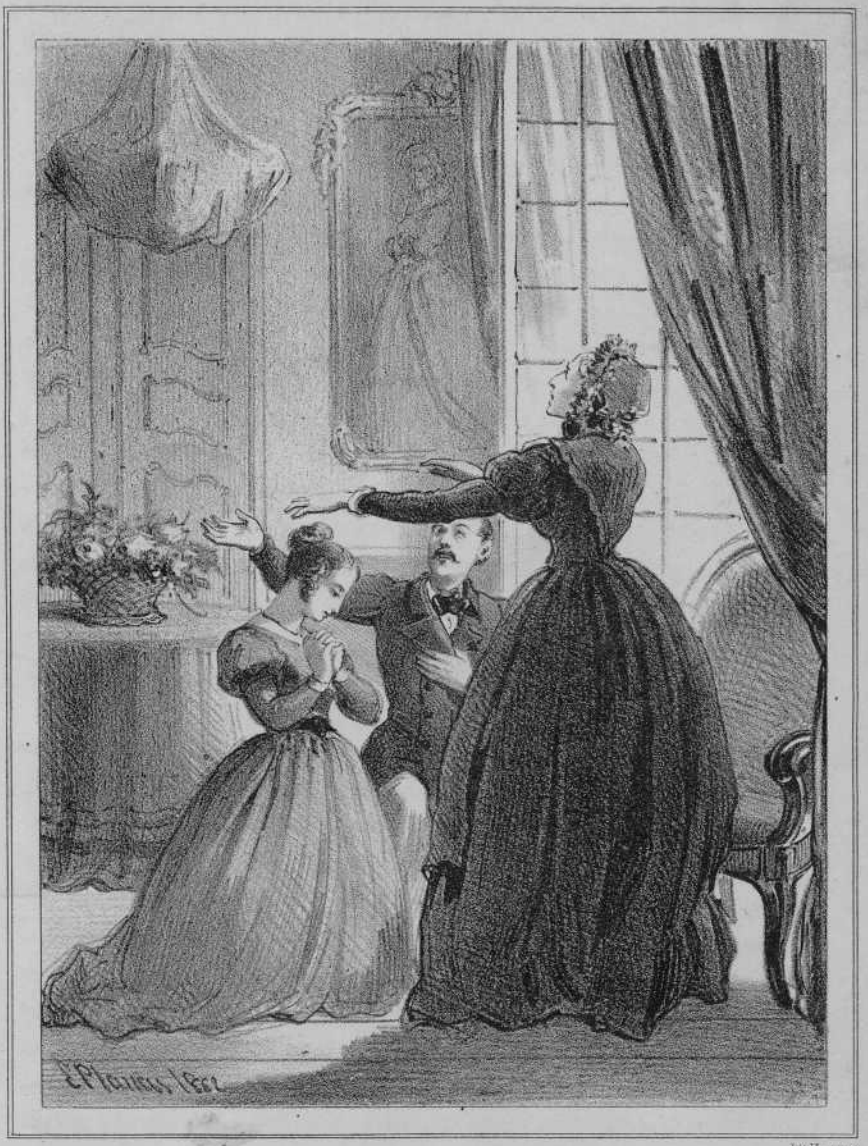
»¡Perdon, señora, perdon; para no morir desesperada!»

No decia mas la carta: al llegar á este punto su autora habia sido acometida de un desmayo, del cual habia vuelto únicamente el tiempo preciso para firmar el escrito y pedir con mucha instancia que lo remitiesen á la persona á quien iba dirigido.

Amelia habia llorado casi siempre durante la lectura de Alberto: compadecia desde el fondo de su corazon á aquella criatura estraviada, cuya alma habia sentido vehemente necesidad de ser regenerada antes de su muerte. El acto de reparacion, el grito de entusiasmo, pagado en su trance postrero por la viuda de Varner á la viuda de Gomez, era uno de aquellos tributos que el Señor tiene dispuestos para enaltecimiento de la virtud: el genio del mal se habia humillado ante el tipo del bien, representado por una mujer.

Alberto y la jóven Amelia comprendian todo el valor de aquel tributo, y llenos de admiracion hácia su madre, doblaron en tierra una rodilla, y contemplaron á la viuda con esa admiracion propia del creyente que se dirige á la imágen de un bienaventurado. Su madre estendió sobre ambos las manos, en señal de bendicion, y de sus labios salieron estas palabras:

—Dios mio ¡cuán grande es tu justicia! Tú no permites que la virtud sea humillada, tú no consientes que los buenos desesperen nunca de su triunfo. Hijos mios, si en este mundo os aguarda alguna prueba ruda, nunca desmayeis ni os salgais del buen sendero: el que tiene la conciencia tranquila, siempre sonrie á la vista del porvenir que le aguarda, porque el porvenir empieza despues de la muerte, y la muerte es la única cosa segura, cierta, infalible, en la vida del hombre. El mundo puede cometer muchas injusticias al apreciar á sus hijos, pero no puede destruir la tranquilidad que esperimenta



Lit. Vazquez.

Dios mio! cuan grande es tu justicia!...

el que se halla muy por encima de sus miserias, de sus locuras, de sus sentencias. Fija la mirada en Dios que es nuestra esperanza; segura la planta en la tierra que es nuestro sepulcro, mostrémonos siempre dispuestos á perdonar y á sufrir: la resignacion es la mayor de las virtudes, porque prueba la obediencia ciega á las disposiciones del Señor. Alzaos, hijos mios: tambien vosotros habeis sufrido: aprended ahora á perdonar.

—Madre,—dijo Alberto—si el dolor es susceptible de ser aplicado en favor de alguna persona, como se aplica la oracion, sirvan quince años de desvelos para redimir las culpas de aquellos que me los causaron.

Amelia dirigió una mirada á su hijo dándole las gracias por aquella prueba de abnegacion.

—¡Madre!—esclamó el jóven capitan—V. es nuestro orgullo...

—¡Hijos!—dijo Amelia estrechándolos entre sus brazos. ¡Sois mi felicidad!...

Cuantos han permanecido en Madrid durante la tarde del dia que la Iglesia dedica á la festividad de todos los Santos, víspera de la conmemoracion de los difuntos, habrán tenido curiosidad sin duda de seguir al pueblo madrileño en su visita á los cementerios, que en gran número rodean á la capital de España.

Es una peregrinacion que se podria llamar piadosa, si la generalidad de los que la verifican no la bastardease conjurando un calor que no hace y aplacando una sed que no tienen, con la ayuda de sendas copas de aguardiente que se espende á la puerta de aquellos sagrados y fúnebres recintos.

La mayoría cumple una costumbre cuya importancia no comprende: hace una visita á los muertos para solazarse con los vivos, y apenas se ve uno que otro nicho, sepulcro ó humilde fosa, junto á la cual se derrame una lágrima ó se pronuncie una oracion para el que yace dentro de ella.

Hay en cambio, muchas luces que arden delante de las lápidas sepulcrales, muchos criados con libreas de gala que despabilan aque-

llas luces, y muchos personajes que, tomando por pretesto la memoria de sus antepasados, van á surcar su orgullo contemplando aquellos criados que son de su casa y aquellas luces que arden por mera vanidad, y con cuyo producto se pudiera remediar el hambre de muchos verdaderos necesitados que aquella misma noche tienden una mano descarnada al frívolo habitante de la coronada villa.

En una palabra, la peregrinacion á los cementerios de Madrid es una fiesta solemne que se aguarda por los amigos de diversiones, ni mas ni menos que la romería de S. Isidro ú otra parecida.

Ahora bien: en uno de los cementerios mas apartados y humildes de la corte, frecuentado solamente por uno que otro deudo de los que yacen á la sombra de su cruz bendita, veíase en la tarde de la fesividad de todos los Santos del año 1825, un grupo compuesto de cuatro personas, tres mujeres y un hombre, de rodillas ante un modesto nicho, en cuya lápida de azulejos se leian las siguientes palabras:

AQUÍ DESCANSA QUIEN NO DESCANSÓ EN VIDA.
EMPEZÓ A VIVIR EN LA HORA DE SU MUERTE.
VIVA EN LA ETERNIDAD:
AMEN.

Ni una luz, ni una flor, ni una corona ofendian la vista en aquel sepulcro. En cambio aquellas cuatro personas enlutadas rigurosamente, que de muchas horas á aquella parte oraban en silencio por el incógnito personaje á quien se referia el estraño epitafio, inspiraban tal sentimiento de tristeza y piedad que los escasos concurrentes de aquel sitio que transitaban junto á ellas, se detenian involuntariamente, se quitaban el sombrero con respeto, y quizás unian su mental oracion á la de aquella familia inspirada por un mismo sentimiento de dolor silencioso, resignado, profundo.

Así se pasó hasta tanto que las sombras del crepúsculo empezaron á estenderse en el horizonte, descendiendo lentamente sobre la tierra que durante la noche parece envolverse en un negro sudario.

Entonces los cuatro personajes se pusieron de pié, y emprendieron el camino de regreso á Madrid. Eran los últimos en abandonar el fúnebre recinto, y al verles recorrer las calles orilladas de cipreses y

de cruces, parecian sombras de otros tantos difuntos que se hubieran abierto paso á través de la tierra sembrada de ataudes.

A alguna distancia del cementerio aguardaba á la familia un carruaje de severas formas, tirado por dos magníficos caballos negros.

Media hora despues, Amelia, sus hijos y la anciana Luisa, la antigua ama de gobierno de la viuda de Gomez, que habia querido morir al lado de la señorita á quien vió nacer, se apeaban en su propia casa. El camino se habia verificado en silencio: los cuatro personajes habian retrotraido su memoria á pasados tiempos y esperimentaban aquel placer estraño que produce el recuerdo de antiguos sinsabores. Este recuerdo, empero, agolpó algunas lágrimas á los ojos de Amelia.

—Madre mia...—dijo Alberto—me habia V. dicho que esa traslacion le seria grata...

—¿Cómo no habia de serlo para mí la posesion de los restos de vuestro padre? Todo su afan en vida era descansar en tierra de su patria: ya está en ella, y me parece que su sueño eterno debe ser mas tranquilo.

—Sin embargo,—repuso la jóven Amelia—si estuvieras contenta, no llorarias...

—Inocente hija mia, que aun no comprendes el placer que cabe en derramar cierto llanto... ¡Ojalá nunca sepas lo que valen las lágrimas dulces! Para saberlo es menester haberlas derramado muy amargas...

La jóven se arrojó en brazos de su madre, y Alberto se disputó con su hermana el derecho de secar las lágrimas de aquella, á fuerza de ardientes besos.

La viuda sonrió con inefable delicia.

—¿De suerte que es V. muy feliz, pobre ama mia?...—dijo la viejecita Luisa, enternecida en presencia de aquel cuadro.

—Júzgalo tú misma,—contestó Amelia,—que sabes lo que he padecido en este mundo...

FIN.

ÍNDICE.

INTRODUCCION.—El Gólgotha. . . . . Pág. 5

PRIMERA PARTE.

El Tahur.

Capítulos.		Pág.	Capítulos.		Pág.
I.	El Café de la fortuna.	13	VIII.	Preparativos de boda. . . .	120
II.	Una tertulia de gente honrada.	26	IX.	La boda	140
III.	Inocencia y honradez.	37	X.	La vergüenza.	159
IV.	Un comercio lucrativo. . . .	54	XI.	La prediccion.	174
V.	El Garito	71	XII.	La primera víctima. . . .	189
VI.	Tira el diablo de la manta . .	90	XIII.	Furor y desamparo. . . .	208
VII.	El rastro de unos diamantes. .	105			

SEGUNDA PARTE.

El Falsario.

I.	Dime con quien andas. . . .	237	VIII.	Los Misterios de una noche .	366
II.	La huronera.	249	IX.	Una leccion	386
III.	Confidencias edificantes. . .	270	X.	Correspondencia	402
IV.	La víctima	292	XI.	El secreto de Jorge	423
V.	La leona y su cachorro. . . .	309	XII.	Nuevas infamias.	439
VI.	Dinero á toda costa.	324	XIII.	El derecho del mas fuerte . .	457
VII.	La lluvia de oro.	342	XIV.	El toque de media noche . .	479

TERCERA PARTE.

El Asesino.

I.	El Pirineo.	504	VI.	La perfidia	581
II.	El Guia.	512	VII.	El dedo de Dios	594
III.	Un rico y un pobre.	529	VIII.	El castigo del cielo	610
IV.	El bosque negro.	547		Epílogo	622
V.	Dicha inesperada.	565			

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Portada. . . . . Pág. 3

¡Anatema sobre vosotros, anatema! . . . . . » 11

Varner . . . . . » 54

Al menor desman os levanto la tapa de los sesos. . . . . » 65

Valentin . . . . . » 121

Mi querida Amelia, dígnese V. añadir á las gracias que la adornan el brillo de estos diamantes. . . . . » 141

¡Yo te maldigo! . . . . . » 202

Jorge. . . . . » 276

La inicial es una A, el niño es mi hijo . . . . . » 340

Este viene hácia mí lentamente, se arrodilla y pide mi bendicion. . . . . » 421

Amelia . . . . . » 465

Si no eres culpable, ¿de quién es esta espada? . . . . . » 488

¡Detente! . . . . . » 560

¡Dios mio! ¡cuan grande es tu justicia! . . . . . » 632

CATÁLOGO

DE ALGUNAS DE LAS OBRAS QUE SE HALLAN

EN LA

LIBRERÍA DE ALOU HERMANOS,

calle del Hospital, núm. 94.

BARCELONA.

Aguas (Las) de San Ronan, por Walter Scott, traducida por don Eugenio de Ochoa: 4 t. 16 mayor lám. **36**

Album pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Coleccion de artículos relativos á toda clase de ciencias y artes; parte recopilados de las obras europeas mas acreditadas, parte originales redactados por los principales escritores españoles: edicion lujosa en 3 t. fól. **288**

Alma al pié del calvario, considerando los tormentos de Jesucristo y hallando al pié de la cruz el consuelo de sus penas, traducido por don Manuel Vela y Olmo: 2 t. 8. **16**

Antídoto contra los malos libros de estos tiempos, ó tratado de la lectura cristiana, por el P. Nicolás Jamin: 1 t. 8. **8**

Arte de amar de Ovidio, añadido con los remedios del amor y el arte de hermosear la casa: 1 t. 16 mayor lám. **7**

Atala y René, ó los amores de dos salvajes en el desierto, por el V. de Chateaubriand: 1 t. 16 mayor lám. **7**

Aventuras del último Abencerraje, por el V. de Chateaubriand, traduccion de don Mariano José Cicilia: 1 t. 16 mayor. **7**

Aventuras de Saturnino Fichet, por Federico Soulié: 4 t. 8. **36**

Aviso al pueblo sobre los primeros socorros que se han de dar á los enfermos en los casos urgentes y antes de la llegada del médico, por Le Roy: 1 cuaderno 8. **5**

Biblioteca selecta de amena instruccion, por don Mariano Torrente: 12 t. 16. **80**

Carolina de Lichfield; nueva edicion: 1 t. 16 mayor lám. **16**

Cartas (Coleccion de) que bajo el título de Filósofo rancio escribió el P. M. Fr. Francisco Alvarado: 4 t. 4. **60**

Cartas de Abelardo y Eloisa, en prosa y verso, con las vidas de estos desgraciados amantes: 1 t. 16 lám. **7**

Cartas de Cabarrús á Jovellanos sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinion y las leyes oponen á la felicidad pública: 1 t. 8. **10**

Cartas de un viajero, por Jorge Sand: 3 t. 16 mayor lám. **24**

Coleccion de Casos prácticos ó curaciones obtenidas por medio de la purgacion, entresacados de la publicada por Mr Le Roy, de la Gaceta de los enfermos y de otras colecciones, y adicionada con varios casos particulares observados en España por don Pedro Reinés y Solá: 1 t. 8. **14**

Coleccion de retratos de los principales personajes célebres contenidos en el Diccionario histórico, ó biografía universal, grabados con finura y habilidad, y sacados de los mas auténticos que se conocen: consta de 159 retratos y el frontispicio, que lo forma una lámina alegórica. **160**

Compendio de anatomía arreglado bajo un plan breve, sencillo y metódico y conforme á los escritos de los mejores autores, principalmente segun la obra de los señores Bonelli y Lacaba, para los que deben subir á exámenes, por don Rafael Reinés; segunda edicion aumentada: 1 t. 8. **14**

COMPENDIO de higiene pública y privada, ó tratado elemental de los conocimientos relativos á la conservacion de la salud, por Deslandes: 2 t. 8. 24

COMPENDIO de mitología y de las metamórfosis de Ovidio, con un extracto de la historia romana, por don Rafael Reinés: 1 t. 8. 7

COMPENDIO de patología general, arreglado en vista de la de Chomel, de la de Roche y Sanson y de otros célebres autores, por don Rafael Reinés: 1 t. 8. 11

CONDE (el) de Monte-Cristo, novela original del célebre A. Dumas, traduccion de don Victor Balaguer: 4 t. 8 lám. 60

CONOCIMIENTO de los temperamentos y probabilidades de la duracion de la vida, por Delacroix: 1 t. 8. 6

CUADERNO de misas nuevas para los Misales, fól. 8

CUENTOS de Shakspeare, ó sea el teatro de este autor novelado, por Cárlos Lamb, puesto en castellano por A. T. Manglaez: 1 t. cuarto mayor de hermosa edicion, ilustrado con 21 finísimas láminas abiertas en acero por los mas célebres grabadores europeos. 80

CLAVE de la misma: 1 t. 4. 5

CUCHILLADAS á la capilla de Fray Gerundio, por don Tomás Bertran Soler: 1 t. cuarto. 15

CONSULTOR hispano-galo ó vocabulario español francés. Guia de la conversacion, por don Francisco Vila é Iglesias: 1 t. 16 mayor. 4

DEBERES del hombre. Discurso dirigido á un jóven de Saluzo, por Silvio Pellico, traducido por don Pedro Reinés: 1 t. 8 con 4 láminas finas. 6

DIARIO de la isla de Santa Helena, por el conde de las Casas.—Napoleon en su destierro, por Barry E. O'Meare.—Últimos momentos de Napoleon, por el Dr. Antomarchi: 9 t. 8 lám. 108

DICCIONARIO histórico ó Biografía universal de hombres célebres que se han distinguido por su ingenio, sus talentos, virtudes, vicios y errores desde la creacion del mundo hasta nuestros dias: 13 t. 4 con 160 retratos. 900

Dos huérfanos, por D. Alejandro Cardeñosa y Mir: 1 t. 8 lám. 7

DESARROLLO de la pronunciacion francesa y recopilacion literaria. Coleccion de reglas de pronunciacion aplicadas á todos los sonidos etc. por D. Francisco Vila é Iglesias: 1 t. 8. 12

DICCIONARIO histórico enciclopédico por el Dr. D. Joaquin Bastús: 5 t. 4. 160

DOCUMENTOS para tranquilizar las almas timoratas en sus dudas, por Quadrupani: 1 t. 16. 4

EJERCICIOS devotos para emplear santamente el dia de la fiesta al sagrado corazon de Jesus, y todos los primeros viernes de cada mes, por Deronville, de la compañía de Jesus: 1 t. 16. 4

ELEMENTÆ juris civilis ad usum studiosæ juventutis adornata, por Heineccio: 2 t. 8. 20

EMANCIPACION literaria. Didáctica, por D. Antonio Ribot y Fontseré: 1 t. 16 mayor. 8

ENANO misterioso, por Walter Scott: 1 t. 16 mayor lámina. 7

ENSAYO psicológico concerniente al amor, por D. Juan B. Cavaller: 1 t. 8. 12

ESOPO de Madrid (El) nueva coleccion de fábulas castellanas que no son de Iriarte, ni de Samaniego, recopiladas por el aficionado á este utilísimo género de poesías D. José Pi y Monteis: 1 t. 8. 2

FILOSOFÍA moral (Indice de la) cristiano-política, dirigida á los nobles de nacimiento y espíritu, por el P. Antonio Codorniu: 1 t. 4. 16

HIJO del carnaval, historia notable y sobre todo verídica, por Pigault-Lebrun: 2 t. 16 mayor lám. 16

HISTORIA argentina, escrita por Rui Diaz de Guzman, continuada hasta nuestros dias: 3 t. 4. 48

HISTORIA de Inglaterra, desde la invasion de Julio César hasta el fin del reinado de Jacobo II (año de J. C. 1589) por David Hume, y traducida por D. Eugenio de Ochoa, continuada en estracto hasta nuestros dias segun Smollet y otros autores, por el baron de Rougoux y adornada con 17 finísimas lám.: 5 t. 4. 220

HISTORIA de la conquista, poblacion y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva-España, por D. Antonio de Solis: nueva

edicion, ilustrada con notas por D. Wenceslao de Linares y Pacheco y adornada con los retratos del autor y de Hernan Cortés: 2 t. 8. 32

Historia general de España, compuesta, enmendada y añadida por el P. Juan de Mariana; última edicion aumentada con las tablas del Autor y la continuacion de Miñana traducida, que llega hasta el año 1600, y adicionada únicamente en esta edicion con una narracion de sucesos desde 1600 hasta 1833, ó sea hasta la muerte del rey D. Fernando VII; un resúmen cronológico de los sucesos mas notables sumamente necesario para metodizar el estudio de la historia, por D. José María Gutierrez de la Peña, y un escrito clásico del Sr. Conde de Floridablanca á D. Carlos III, que contiene lo acaecido durante su ministerio: 10 t. 8 mayor con 45 lám. 230

Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral, natural de Salamanca, fingido Cardenal de Borbon en Francia, escrita por él mismo: 1 t. 16 lám. 5

Ida y Natalia por el vizconde de Arlincourt: 2 t. 16 mayor lám. 16

Indiana, por Jorge Sand: 2 t. 16 mayor lám. 16

Intérprete anglo-hispano, ó sea tratado práctico de las lenguas inglesa y española, acomodado al uso respectivo de ambas naciones, en cuatro partes, seguido de un apéndice que demuestra estractos históricos, oratorios, alegóricos y poéticos, sacados de los mas célebres escritores ingleses y españoles, para adiestrarse el alumno á la lectura y la traduccion por D. Guillermo Casey; tercera edicion corregida, mejorada y considerablemente aumentada por el mismo autor: 1 t. 4. 30

Ivanhoe ó el cruzado, por Walter Scott: 5 t. 16. 25

Jacobo, por Jorge Sand: 3 t. 16 mayor lám. 24

Juicio crítico de don Leandro Fernandez de Moratin como autor cómico, por Inarco Cortejano: 1 t. 8 mayor. 6

Leon Leoni, por Jorge Sand: 2 t. 16 mayor lám. 14

Manual del cirujano ministrante y de la comadre; escrito en vista del publicado por Julio Hatin, por D. Santiago Mendez y D. J. O. Navarro; segunda edicion con importantes enmiendas y adiciones, é ilustrada con 45 figuras: 1 t. 16. 12

Manual de la salud, ó medicina y farmacia doméstica, por F. V. Raspail; nueva traduccion aumentada con un Apéndice original por don Pedro Reinés y Solá y con una coleccion de casos prácticos españoles: 1 t. 8 con el retrato del autor y grabados. 9

Manual del cristiano para los ejercicios de piedad y solemnidades de la religion, arreglado sobre un nuevo plan, por don Joaquin Roca y Cornet; segunda y hermosa edicion orlada y adornada con 7 láminas finas: 1 t. 16 mayor. 16

Modo espedit y practich de ajudar á be morir, compost per lo R. Dr. Joseph Hivern: 1 t. 16. 2

Monasterio por Walter Scott, traduccion de don Eugenio de Ochoa: 2 t. 16 mayor lám. 18

Moral universal, ó deberes del hombre fundados en su naturaleza, por el baron de Holbach, traducida por don Manuel Diaz Moreno: 3 t. 8 lám. 30

Muestras (Coleccion de) de carácter inglés por órden de facilidad, grabada por Mabon: 1 cuaderno de 18 lám. 8

Mundo moral ó el imperio de las pasiones, traducido por don Cárlos José Melcior: 3 t 8. 30

Noche de sangre, por el vizconde de Arlincourt: 1 t. 8 mayor. 4

Nuestra Señora de Paris, por V. Hugo: 3 t. 16 mayor láminas. 27

Obras literarias de D. Francisco Martinez de la Rosa: 6 t. 8 mayor con el retrato del Autor. 130

Oraciones y meditaciones para el santo sacrificio de la Misa, por D. José A. de Lavalle: 1 t. 12. 2

Ordinario de la Santa Misa, en latin y castellano, con ocho láminas finas: contiene el ejercicio diario para el cristiano, con oraciones muy devotas para antes y despues de la confesion y comunion, el Trisagio, Te-Deum, Miserere, etc. por D Victoriano Abad, Pbro.: 1 t. 16. 8

Picciola, por X. B. Saintine: 2 t. 16 mayor lám. 14

Quince dias en el Monte Sinaí, por A. Dumas: 2 t. 8 lám. 16.

Religion (La) meditada, ó piadosas meditaciones sobre todas las dominicas y sobre los misterios y festividades: 3 t. 8. 16

Renegado (El), por el vizconde de Arlincourt: 3 t. 16 mayor lám. 21

Sansimoniana (La), por Mme. Josefina Lebassu: 2 t. 8 mayor con lám. 20

Secretario (El) privado, por Jorge Sand: 2 t. 16 lám. 14

Selectæ é profanis scriptoribus historiæ, quibus admixta sunt varia honesté vivendi præcepta: 1 t. 8. 5

Simon, por Jorge Sand: 2 t. 16 mayor lám. 14

Sinónimos de la lengua castellana, por don J. March, adicion á los publicados por don José Lopez de la Huerta y don S. Jonama; segunda edicion corregida: 1 t. 16 mayor. 8

Teneduría de libros (la) simplificada, ó sea nuevo método analítico para aprender breve y fácilmente á formar los asientos de toda clase de operaciones que se practican en el comercio, segun el sistema de la Partida doble, por medio de una série de negocios simulados esplicados con los libros necesarios que la ley obliga á tener, y de los auxiliares mas generales; seguido de un formulario mercantil, que contiene entre otros varios modelos, los de las cuentas corrientes con interés, el modo de formarlas y algunos cálculos de muy frecuente uso en el comercio, por A. U. Lujano: 1 t. 4. (Se acaba de publicar). 24

Tristan ó el hijo del crímen, por Alejandro Dumas hijo: 1 t. 4 mayor. 20

Una venganza para dos crímenes; novela histórica. 1 t. 8. 4

Valentina, por Jorge Sand: 2 t. 16 mayor lám. 18

Verdulera, por el Vizconde de Arlincourt: 2 t. 16 mayor lám. 18

Viajes del jóven Anacarsis á la Grecia, por J. J Barthelemy: 11 t. 8. 60

La misma obra compendiada: 2 t. 8 mayor lám. 26

Vida (La) del Lazarillo de Tormes, sus fortunas y adversidades, por don Diego Hurtado de Mendoza: 1 t. 12. 4

Vida de Napolon Bonaparte, con un bosquejo de la Revolucion francesa, por Sir Walter Scott: 9 t. 8. 140

Voz del pastor y maestro universal de los fieles, ó instruccion catequística de la doctrina cristiana: 3 t. 8. 36

Waverley ó sesenta años ha, por Sir Walter Scott: 6 t. 16 mayor lám. 42

NOTA. Además de estos libros hay un gran surtido de todas clases. Se remitirán por correos mandando su importe en libranza sobre tesorería, sellos de franqueo ó letra de fácil cobro.

⊗ So hijo puta, solo en caso de incendio

MANUEL ANGELON

TREINTA AÑOS
O LA VIDA
DE UN JUGADOR

14.378

PUBLICA